

ANTOLOGÍAS

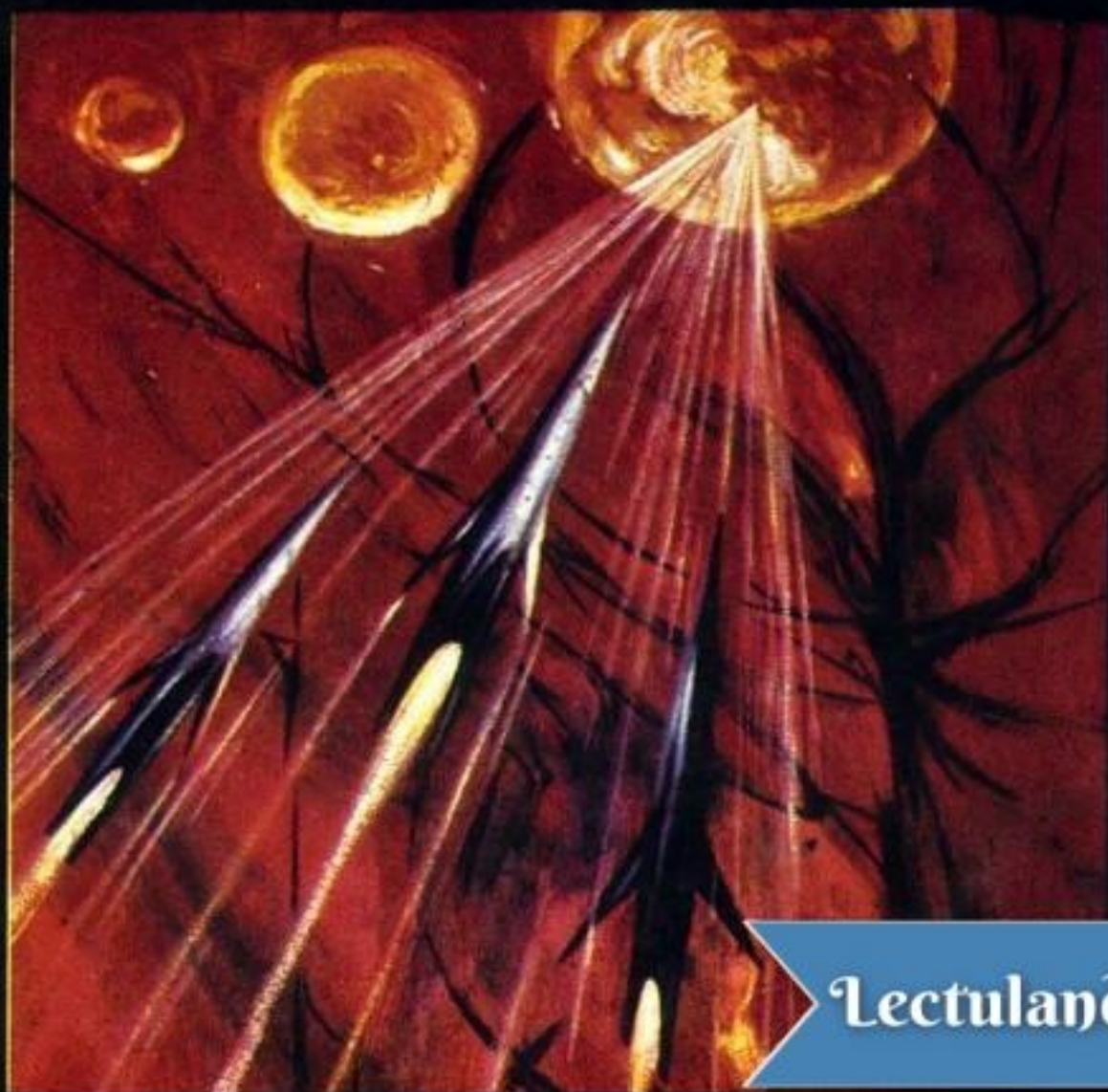
A

**NARCISO
IBÁÑEZ
SERRADOR**

presenta

**Los mejores relatos de
CIENCIA FICCIÓN**

selección de
GROFF CONKLIN



Lectulandia

Narciso Ibáñez Serrador presenta a: George Summer Albee, Poul Anderson, J. F. Bone, Ray Bradbury, Fredric Brown, Algis Budrys, Bertram Chandler, Arthur C. Clarke, G. C. Edmondson, Richard Gehman, Wyman Guin, Zenna Henderson, Damon Knight, J. T. McIntosh, Lion Miller, William Morrison, Alan Nelson, William T. Powers, Robert Sheckley, Cordwainer Smith, William W. Stuart, Theodore Sturgeon, John Wyndham, Robert F. Young, en una selección de Groff Conklin.

Lectulandia

VV. AA.

Los mejores relatos de ciencia ficción

Selección de Groff Conklin

ePub r1.0

viejo_oso 14.03.14

Título original: *13 Great Stories of Science Fiction y 12 Great Classics of Science Fiction*

VV. AA., 1960, 1963

Traducción: Carlos Murciano & José M.^a Claramunda & Rosa Moreno & Andrés Díaz & Rafael de los Ríos & José Baca & Manuel Benavides

Editor digital: viejo_oso

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

CONTENIDO

PRÓLOGO DE NARCISO IBÁÑEZ SERRADOR

El cohete, *Ray Bradbury*

I. PARTE

Trece maestros

INTRODUCCIÓN DE GROFF CONKLIN

La guerra ha terminado, *Algis Budrys*

La luz, *Poul Anderson*

Circuito compasivo, *John Wyndham*

Volpla, *Wyman Guin*

Silencio, por favor, *Arthur C. Clarke*

Alegoría, *William T. Powers*

Un romance sentimental, *Alan Nelson*

El intermediario, *William Morrison*

Recesión tecnológica, *G. C. Edmondson*

Los análogos, *Damon Knight*

Datos disponibles acerca de la reacción Worp, *Lion Miller*

Los poderes de Xanadu, *Theodore Sturgeon*

La máquina, *Richard Gehman*

II. PARTE

Doce clásicos

INTRODUCCIÓN DE GROFF CONKLIN

Pleito resuelto, *Algis Budrys*

Un regalo de la Tierra, *Fredric Brown*

Cosas, *Zenna Henderson*

La cima, *George Sumner Albee*

Mensajero del futuro, *Poul Anderson*

Aflicciones del Hombre Humano, *Robert Sheckley*

En el Cuarto Planeta, *J. F. Bone*

La balada de la infeliz G'mell, *Cordwainer Smith*

Treinta días tenía setiembre, *Robert F. Young*

La jaula, *A. Bertram Chandler*

El amante estelar, *William W. Stuart*

Inmortalidad limitada, *J. T. McIntosh*

PRÓLOGO

La Tierra ha sufrido una invasión, una conquista. No se trata de humanoides marcianos provistos de cinco ojos, ni de insectos venusianos superdesarrollados, no. Se trata de la conquista lograda por un nuevo género literario: Ciencia-Ficción o Fantasía Científica, como quizá sea más exacto denominarlo.

Desde luego, hay muchos críticos que, por no conocerlo a fondo, lo clasifican como «refrito moderno de los mismos temas en que se basan los relatos del Oeste y las novelas policíacas»; afirman que el monstruo extraterrestre que rapta a la muchacha es sólo un nuevo disfraz del eterno traidor al que tantas veces hemos conocido como asesino sádico recorriendo las cloacas de Londres, o como pistolero sin escrúpulos que siembra terror y muerte en un pacífico pueblo norteamericano. En resumen, aseguran que la Ciencia-Ficción es sólo un nuevo género literario muy popular y, por lo tanto, carente de calidad. Un nuevo género popular, sí, de acuerdo, pero falta de valor o de calidad, no.

Para defenderlo de quienes lo atacan o para presentarlo a aquellos que lo desconocen, es interesante señalar que se trata de un género nacido a la sombra del progreso, ese progreso de cohetes y satélites, de aviones supersónicos y helicópteros increíbles que nos obliga cada vez más a mirar al cielo. Y ahí radica la diferencia y el mérito de la Ciencia-Ficción: hacernos mirar al cielo, darnos un cauce donde liberar nuestra imaginación, nuestra fantasía. Y, ¡qué curioso!, son precisamente los científicos, los hombres que a través de fórmulas y cifras hacen culto de la exactitud y de los hechos concretos, los que hoy día nos toman de la mano y nos dicen: «Todo lo que imaginen, todo lo que sueñen, por absurdo que sea, es probable que el futuro lo convierta en realidad. Por eso, den rienda suelta a su fantasía, imaginen extrañas naves interplanetarias, imaginen visitas a las más apartadas galaxias, emborráchense de estrellas..., porque es posible que algún día las alcancemos...»

Esa es la Ciencia-Ficción, esa es la diferencia; una literatura popular, sí, pero que ha logrado lo que ningún otro género literario consiguió: hacer que muchos de sus autores, como Heinlein, Bradbury o Lovecraft, de tanto mirar al cielo buscando allí argumentos para sus libros, dejaran de ser novelistas para convertirse en poetas.

La intención de este libro es darles a conocer algunos de los mejores autores del género. Sus historias puede que hoy resulten absurdas, fantásticas, pero mañana... sí, recuerden que mañana... pueden ser verdad.

Ch. Ibañez Senader
4

EL COHETE

Ray Bradbury

Muchas noches, Fiorello Bodoni se despertaba para oír los cohetes que pasaban suspirando por el cielo oscuro.

Mientras su buena esposa estaba soñando, se levantaba y salía de puntillas al aire de la noche. Durante unos momentos no sentiría el olor a comida vieja de la casita junto al río. Después de permanecer un rato en silencio, dejaría que su corazón volase hacia el espacio, siguiendo a los cohetes.

Ahora, esta noche, estaba medio desnudo en la oscuridad, observando los surtidores de fuego que murmuraban en el aire. ¡Los cohetes en sus largos y veloces viajes a Marte, a Saturno, a Venus!

—Bien, bien, Bodoni.

Bodoni se sobresaltó.

Sobre un cajón, junto al río silencioso, estaba sentado un anciano que también contemplaba los cohetes en la medianoche tranquila.

—¡Oh, eres tú, Bramante!

—¿Sales todas las noches, Bodoni?

—Sólo a tomar aire.

—¿Sí? Yo prefiero mirar los cohetes —dijo el viejo Bramante—. Yo era casi un niño cuando empezaron a volar. Hace ochenta años. Y todavía no he estado en ninguno.

—Yo haré un viaje uno de estos días —dijo Bodoni.

—No seas tonto —dijo Bramante—. Nunca lo harás. Este mundo es para los ricos. —Sacudió la cabeza gris, recordando—. Cuando yo era joven, alguien escribió un anuncio con letras de fuego: «¡EL MUNDO DEL FUTURO. Ciencia, Confort y Novedades para todos!». ¡Bah! Ochenta años. El futuro ha llegado. ¿Volamos en cohetes? No. Vivimos en casuchas como nuestros padres.

—Acaso mis hijos... —dijo Bodoni.

—¡No, ni los hijos de tus hijos! —gritó el anciano—. ¡Sólo los ricos tienen sueños y cohetes!

Bodoni vaciló.

—Bramante, tengo ahorrados tres mil dólares. Me costó seis años reunirlos. Los destinaba a mi taller, para invertirlos en maquinaria. Pero, desde hace un mes, todas las noches me despierto en la cama y oigo los cohetes. Pienso en ellos. Y esta noche me he decidido. ¡Uno de nosotros irá a Marte!

Los ojos de Bodoni eran brillantes y oscuros.

—Idiota —estalló Bramante—. ¿A quién elegirás? ¿Quién irá? Si vas tú, tu mujer te aborrecerá, porque en el espacio habrás estado un poco más cerca de Dios. Cada vez que le cuentes tu asombroso viaje, ¿no se sentirá roída por la amargura?

—No, no.

—¡Sí! ¿Y tus hijos? ¿No se pasarán la vida pensando en su padre, que voló hasta

Marte mientras ellos se quedaban aquí? ¡Qué obsesión insensata impondrás a tus hijos! Pensarán en el cohete toda su vida. No dormirán por la noche. Enfermarán de deseo. Lo mismo que tú ahora. Desearán la muerte si no pueden conseguir ese viaje. No les despiertes ese sueño, te lo aconsejo. Déjalos vivir contentos en su pobreza. Haz que miren sus manos y a tu chatarra, no hacia las estrellas.

—Pero...

—Supón que vaya tu mujer. ¿Cómo te sentirás sabiendo que ella ha visto y tú no? No podrás ni mirarla. Desearás arrojarla al río. No, Bodoni, cómprate una nueva excavadora, la necesitas, y aparta esos sueños, hazlos pedazos.

El anciano se calmó, con los ojos clavados en el río, en el cual se ahogaban imágenes de cohetes cayendo en llamas desde el cielo.

—Buenas noches —dijo Bodoni.

—Que duermas bien —dijo el otro.

Cuando la tostada saltó de su caja de plata, Bodoni casi dio un grito. No había dormido en toda la noche dando vueltas y vueltas. Entre sus nerviosos niños, al lado de su voluminosa mujer, Bodoni había reflexionado. Bramante tenía razón. Era mejor invertir el dinero. ¿Para qué guardarlo si sólo un miembro de la familia podría viajar en el cohete? Los otros se sentirían sumidos en el desengaño.

—Fiorello, come tu tostada —dijo María, su mujer.

—Tengo la garganta irritada —dijo Bodoni.

Los niños entraron corriendo. Los tres varones luchaban por la posesión de un cohete de juguete; las dos niñas traían unas muñecas que representaban a los habitantes de Marte, Venus y Neptuno: maniqués verdes con tres ojos amarillos y manos de seis dedos.

—¡Yo vi el cohete de Venus! —gritó Paolo.

—Despegó haciendo siiiii... —silbó Antonello.

—¡Niños! —gritó Bodoni, tapándose los oídos.

Los niños le miraron. Bodoni rara vez gritaba.

El hombre se levantó.

—Escuchad todos —dijo—. Tengo dinero suficiente para que uno de vosotros vaya en el cohete a Marte.

Todos se pusieron a gritar.

—¿Comprendéis? —preguntó—. Sólo *uno* de nosotros. ¿Quién?

—¡Yo, yo, yo! —gritaron los niños.

—Tú —dijo María.

—Tú —dijo Bodoni.

Todos callaron.

Los niños pensaron un poco.

—Que vaya Lorenzo..., es el mayor.

—Que vaya Miriam..., es una chica.

—Piensa en todo lo que verás —dijo María a Bodoni. Pero sus ojos tenían una extraña expresión, su voz temblaba—. Los meteoros, como peces. El Universo. La Luna. Debería ir alguien que luego pueda contarnos todo eso. Siempre tuviste facilidad de palabra.

—Tonterías. Tú también la tienes —objetó Bodoni.

Todos temblaban.

—Venid aquí —dijo Bodoni tristemente. De una escoba arrancó varias pajitas de distinta longitud—. La más corta, gana. —Mantuvo el puño cerrado—. Escoge.

Solemnemente, todos sacaron su pajita.

—Larga.

—Larga.

Otro:

—Larga.

Los niños habían terminado. La habitación estaba en silencio.

Quedaban dos pajitas. Bodoni sintió que el corazón le dolía en el pecho.

—Vamos, María —suspiró.

María tiró de la pajita.

—Corta —dijo.

—Ah —suspiró Lorenzo, mitad feliz, mitad triste—. Mamá va a Marte.

Bodoni trató de sonreír.

—Enhorabuena. Hoy mismo te compraré el pasaje.

—Espera, Fiorello...

—Puedes salir la semana próxima —murmuró él.

María miró los ojos tristes de los niños y las sonrisas bajo las narices largas y rectas. Devolvió la pajita lentamente a su marido.

—No puedo ir a Marte.

—¿Por qué no?

—Pronto llegará otro niño.

—¿Qué?

Ella no le miraba.

—No me conviene viajar en este estado.

Bodoni la tomó por el codo.

—¿Es verdad eso?

—Probad suerte otra vez.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —preguntó Bodoni, incrédulo.

—No me acordé.

—María, María... —suspiró, dándole palmaditas en la cara. Se volvió a los niños —: Empecemos de nuevo.

Paolo sacó inmediatamente la pajita corta.

—¡Voy a Marte! —gritó, dando saltos como un salvaje—. ¡Gracias, papá!

Los otros niños dieron un paso atrás.

—Eso es magnífico, Paolo.

Paolo dejó de sonreír y examinó detenidamente a sus padres, hermanos y hermanas.

—¿Puedo ir, no es cierto? —preguntó con incertidumbre.

—Sí.

—¿Y me seguiréis *queriendo* cuando regrese?

—Naturalmente.

Paolo estudió con mano temblorosa la preciosa pajita, la dejó caer meneando la cabeza.

—Había olvidado que empieza la escuela. No puedo ir. Sacad otra vez.

Pero ninguno quiso hacerlo. Una gran tristeza los envolvía.

—Ninguno de nosotros irá —dijo Lorenzo.

—Será lo mejor —dijo María.

—Bramante tenía razón —concluyó Bodoni.

Después de desayunar, Fiorello Bodoni se puso a trabajar en el depósito de chatarra, cortando el metal, fundiéndolo, vaciándolo en lingotes útiles. Sus herramientas se le rompían. La competencia le estaba arrastrando hacia la desgraciada orilla de la pobreza desde hacía veinte años. Aquella era una mala mañana.

—Por la tarde entró un hombre en el depósito y llamó a Bodoni, que trabajaba en su máquina de trocear.

—Eh, Bodoni, tengo metal para ti.

—¿De qué se trata, señor Matthews? —preguntó Bodoni con indiferencia.

—Un cohete. ¿Qué hay de malo en ello? ¿No lo quieres?

—¡Sí, sí! —Tomó al hombre por el brazo y se detuvo perplejo.

—Claro que es sólo una maqueta —dijo Matthews—. Ya sabes. Cuando proyectan un cohete, construyen primero un modelo de aluminio, a tamaño natural. Puedes ganar algo fundiéndolo. Te lo dejaré por dos mil...

Bodoni dejó caer la mano.

—No tengo dinero.

—Lo siento. Pensé que podría ayudarte. La última vez me dijiste que todos los otros se llevaban la chatarra. Creí que yo te hacía un favor. Bueno...

—Necesito nuevas herramientas. He ahorrado para eso.

—Comprendo.

—Si compro el cohete, no podré fundirlo. Mi horno de aluminio se vino abajo la semana pasada.

—Ya lo sé.

—Posiblemente no podré utilizar el cohete si se lo compro a usted.

—Lo comprendo.

Bodoni parpadeó y cerró los ojos. Los abrió después y miró al señor Matthews.

—Pero soy un tonto. Sacaré mi dinero del banco y le compraré el cohete.

—Pero si no puedes fundirlo ahora...

—Mándemelo —dijo Bodoni.

—Conforme, si tu lo dices... ¿Esta noche?

—Esta noche —dijo Bodoni—, estaría muy bien. Sí, me gustaría tener el cohete esta noche.

Era noche de luna. El cohete se erguía blanco y enorme en el depósito. Tenía la blancura de la luna y la luz de las estrellas. Bodoni lo miraba con amor. Sentía deseos de abrazarlo, de oprimir la cara contra el metal y contarle todos los secretos de su corazón.

Lo miraba fijamente.

—Eres enteramente mío —decía—. Aunque nunca te muevas, ni escupas fuego, y te quedes ahí cincuenta años enmoheciéndote, eres mío.

El cohete tenía aroma de tiempo y de distancias. Caminar por dentro del cohete era como hacerlo por el interior de un reloj. Estaba acabado con una precisión suiza. Podría uno llevarlo como un dije en el bolsillo del chaleco. «Hasta podría dormir aquí esta noche», murmuró el exaltado Bodoni.

Se sentó en el asiento del piloto.

Movió una palanca.

Bodoni zumbó con la boca cerrada, entornando los ojos.

El zumbido se elevó de tono, se hizo más intenso, más elevado, más salvaje, más alegre, estremeciendo a Bodoni de pies a cabeza, inclinándolo hacia delante y tirando de él y de la nave en un crujiente silencio, en una especie de grito metálico, mientras sus manos volaban entre los controles y sus ojos cerrados le latían, y el sonido crecía y crecía hasta ser un fuego, un impulso, una fuerza tal que trataba de partirlo en dos. Lanzó un grito sofocado. Una vez y otra vez zumbaba, sin parar, porque no podía detenerse; sólo podía seguir, seguir, y él iba con los ojos cerrados y el corazón furioso.

—¡Despegamos! —gritó Bodoni con euforia—. *¡La enorme sacudida! ¡El trueno! ¡La Luna!* —gritó con los ojos cerrados—. *¡Los meteoros! ¡La silenciosa precipitación en una luz volcánica!* Marte. ¡Oh, Dios! ¡Marte! ¡Marte!

Cayó hacia atrás, exhausto y jadeante. Las manos temblorosas abandonaron los controles, y la cabeza le cayó hacia atrás, con violencia. Se quedó sentado durante mucho tiempo, respirando anhelante, hasta que el corazón latió con más lentitud.

Lenta, muy lentamente, abrió los ojos.

El depósito de chatarra estaba todavía allí.

Bodoni se movió. Miró durante un minuto las pilas de metal y sus ojos no se separaban de ellas. Después, incorporándose de un salto, golpeó las palancas.

—¡Despega ya, condenado!

La nave guardó silencio.

—¡Ya te enseñaré! —gritó Bodoni.

Salió afuera, al aire nocturno, tambaleándose, puso en marcha el potente motor de su terrible máquina demoledora y avanzó sobre el cohete. Manióbró. Los pesados martillos se alzaron hacia el cielo iluminado por la luna. Preparó sus temblorosas manos para aplastar, para hacer pedazos ese sueño insolentemente falso, esa cosa estúpida que le había costado todo su dinero, que no se movería, que no quería obedecerle.

Pero sus manos no se movieron.

El cohete de plata se erguía a la luz de la luna. Y más allá del cohete se veían las luces amarillentas de su casa, en la otra manzana, luciendo afectuosamente. Escuchó Bodoni la radio familiar, donde sonaba alguna música distante. Se quedó sentado durante media hora, pensando en el cohete y en las luces de la casa, y sus ojos se le achicaron y se le abrieron. Bajó de la máquina y echó a andar, y mientras caminaba empezó a reír, y cuando llegó a la puerta trasera tomó aliento y gritó:

—¡María, María, prepara las maletas! ¡Nos vamos a Marte!

—¡Oh!

—¡Ah!

—¡No puedo *creerlo*!

—Lo crearás, lo crearás.

Los niños se balanceaban en el patio atravesado por el viento, bajo el deslumbrante cohete, sin atreverse a tocarlo. En seguida se echaron a gritar, llorando de alegría.

María observó a su marido.

—¿Qué has hecho? —preguntó—. ¿Has gastado nuestro dinero en esto? No volará nunca.

—Volará —dijo Bodoni mirando el cohete.

—Estas naves cuestan millones. ¿Es que los tienes?

—Volará —repitió Bodoni—. Ahora volveos todos a casa. Tengo que telefonar, hacer algunas cosas. ¡Salimos mañana! No se lo digáis a nadie, ¿comprendéis? Es un secreto.

Los niños, aturdidos, se alejaron del cohete. Bodoni vio sus rostros menudos y febriles en las ventanas de la casa, a lo lejos.

María no se había movido.

—Nos has arruinado —se lamentó—. Nuestro dinero gastado en... esa cosa.

Cuando necesitabas tanto un nuevo equipo.

—Ya verás —dijo Bodoni.

Sin pronunciar una palabra, María dio media vuelta y se fue.

—Que Dios me ayude —suspiró su marido, y se puso a trabajar.

Hacia la media noche llegaron unos camiones, dejaron su carga, y Bodoni, sonriendo, agotó su cuenta del banco. Con sopletes de soldar y tiras metálicas asaltó el cohete, añadió, suprimió, pronunció sobre él artificios de fuego y secretos insultos. Metió en el vacío cuarto de las máquinas viejos motores de automóvil. Luego cerró herméticamente el cuarto, para que nadie pudiera ver su trabajo.

Al amanecer entró en la cocina.

—María —dijo—. Estoy listo para desayunar.

Ella no quiso hablarle.

A la caída de la tarde llamó a los niños.

—¡Estamos dispuestos! ¡Vamos!

La casa estaba en silencio.

—Los he encerrado en la despensa —dijo María.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Bodoni.

—Te matarás en ese cohete —dijo ella—. ¿Qué clase de cohete puedes comprar con dos mil dólares? —¡Uno que no sirve!

—Escúchame, María.

—Estallará contigo dentro. Ni siquiera eres piloto.

—No importa, puedo hacer que vuele. Lo he arreglado muy bien.

—Te has vuelto loco —dijo María.

—¿Dónde está la llave de la despensa?

—La tengo aquí.

Bodoni extendió la mano.

—Dámela.

María se la dio.

—Los matarás.

—No, no.

—Sí, los matarás. Lo presiento.

Quedó en pie delante de ella.

—¿No vendrás conmigo?

—Me quedo aquí.

—Ya comprenderás; lo vas a ver —dijo Bodoni y sonrió. Abrió la puerta de la despensa—. Vamos, chicos. Seguid a vuestro padre.

—¡Adiós, adiós, mamá!

María se quedó asomada a la ventana de la cocina, mirándolos salir, muy erguida y silenciosa.

Ante la puerta del cohete, Bodoni dijo:

—Niños, estaremos fuera una semana. Tenéis que volver para ir a la escuela, y yo a mi trabajo. —Fue cogiendo a cada uno de la mano—. Escuchad. Este cohete es muy viejo y no volverá a volar. Éste será vuestro único viaje. Abrid bien los ojos.

—Sí, papá.

—Oid con atención: Oled los olores de un cohete. *Sentid. Recordad.* Así, al volver podréis hablar de esta experiencia todo el resto de vuestras vidas.

—Sí, papá.

La nave estaba quieta y en silencio, como un reloj parado. La cámara de aire se cerró susurrando tras ellos. Bodoni los envolvió a todos como a menudas momias, en las hamacas de caucho.

—¿Listos?

—Listos —contestaron los niños.

—Allá vamos.

Bodoni movió diez conmutadores. El cohete tronó y dio un salto. Los niños chillaron y bailaron en sus hamacas.

—¡Aquí viene la luna!

La luna pasó como un sueño. Los meteoros se deshicieron como fuegos artificiales. El tiempo se deslizó como una serpentina de gas. Los niños alborotaban. Horas después, liberados de sus hamacas, espionaron por las ventanillas. ¡Allí está la Tierra! ¡Allí está Marte!

El cohete despedía rosados pétalos de fuego, mientras las esferas horarias giraban vertiginosamente. Los ojos de los niños se cerraban. Al fin, se durmieron, como polillas ebrias de luz en los capullos de sus hamacas de goma.

—Bueno —murmuró Bodoni para sí.

Salió de puntillas desde la cabina de control, y se detuvo largo rato, lleno de temor, ante la puerta de la cámara de aire.

Apretó un botón. La puerta se abrió de par en par. Bodoni salió por ella. ¿Hacia el vacío? ¿Hacia los mares de tinta donde flotaban los gases ardientes? ¿Hacia los años y kilómetros y las infinitas dimensiones?

No. Bodoni sonrió.

Alrededor del tembloroso cohete se extendía el depósito de chatarra.

Oxidada, idéntica, allí estaba la puerta del patio con su cadena y su candado. Allí estaban la casita en silencio junto al agua, la iluminada ventana de la cocina, y el río que discurría hacia el mismo mar. Y en el centro del patio, elaborando un mágico ensueño, reposaba el estremecido y ronroneante cohete. Se sacudía, rugía, agitando a los niños, prisioneros como moscas en una tela de araña.

María lo miraba desde la ventana de la cocina.

Bodoni la saludó con un gesto de saludo y sonrió.

No pudo ver si ella le correspondía. Un leve saludo, quizá. Una débil sonrisa.

Salía el sol.

Bodoni entró apresuradamente en el cohete. Silencio. Todos dormidos. Bodoni suspiró aliviado. Se ató a una hamaca y cerró los ojos. Rezó en silencio para sí. Oh, no permitas que nada destruya esta ilusión durante los próximos seis días. Haz que todo el espacio venga y vaya, y que el rojo Marte se alce sobre el cohete, y también las lunas de Marte, e impide que fallen las películas en colores. Haz que aparezcan las tres dimensiones, haz que nada se estropee en los espejos. Haz que el tiempo pase sin un error.

Se despertó.

El rojo Marte flotaba cerca del cohete.

—¡Papá!

Los niños trataban de salir de las hamacas.

Bodoni miró y vio al rojo Marte. Estaba bien, no había ningún fallo. Bodoni se sintió muy feliz.

A la puesta de sol del séptimo día, el cohete se detuvo con un estremecimiento.

—Estamos en casa —dijo Bodoni.

Salieron del cohete y cruzaron el patio. La sangre les cantaba en las venas. Les brillaban las caras.

—He preparado jamón y huevos para todos —dijo María desde la puerta de la cocina.

—¡Mamá, mamá, deberías haber venido a ver a Marte, y los meteoros, y todo!

—Sí —dijo María.

A la hora de acostarse, los niños se reunieron alrededor de Bodoni.

—Queremos darte las gracias, papá.

—No merece la pena.

—Lo recordaremos siempre, papá. Nunca lo olvidaremos.

Aquella noche, muy tarde ya, Bodoni abrió los ojos. Sintió que su mujer se hallaba a su lado, contemplándole. Durante un largo rato María no se movió y al fin, de pronto, le besó en las mejillas y en la frente.

—¿Qué es esto? —preguntó Bodoni.

—Eres el mejor padre del mundo —susurró María.

—¿Por qué?

—Ahora veo —dijo ella—. Ahora comprendo.

María se echó de espaldas y cerró los ojos, tomando la mano de Bodoni.

—¿Ha sido un viaje hermoso? —preguntó.

—Sí.

—Quizá —dijo ella—, quizá alguna noche, puedas llevarme a hacer un viaje, un viaje corto, ¿no es cierto?

—Un viaje corto, quizá.
—Gracias —dijo María—. Buenas noches.
—Buenas noches —dijo Fiorello Bodoni.

PRIMERA PARTE

TRECE MAESTROS

13 Great Stories Of Science Fiction (1960)

INTRODUCCIÓN A LA PRIMERA PARTE

¿En qué consiste la invención, tanto en la Ciencia-Ficción como en la Ciencia? La definición que da el diccionario, como tantas definiciones del diccionario, es vaga, demasiado general, variable, abarca una extensión excesivamente amplia y se presta a interpretaciones contradictorias.

Dice el Webster: «Invención: la facultad de inventar, concebir, proyectar, crear, etc... Algo inventado; specif.: a. Un producto de la imaginación; ficción; falsedad. b. Un mecanismo, dispositivo, o similar, creado tras estudio y experimentación.»

En otras palabras, «invención» no significa únicamente un aparato o un proceso patentables que pueden utilizarse para aumentar el lujo, la eficiencia, o la complejidad de la vida moderna. Puede significar muchas otras cosas. Por considerar un simple ejemplo, existen las «invenciones» musicales; el gran Juan Sebastián Bach escribió que su finalidad no consistía sólo en enseñar al estudiante «A aprender... a adquirir buenas ideas, sino también a desarrollarse por sí mismos...» El propósito de la invención, en la ciencia, en la ficción, en la música, en cualquier actividad, es por consiguiente el de aumentar el uso de la imaginación, tanto como el de conseguir algo «nuevo».

¡Con qué amplitud se ha utilizado este término! Algunos poetas han dicho que Dios «inventó» el universo. Ciertos críticos alaban con frecuencia la «inventiva» de un actor al caracterizar un personaje o describir una situación. En cierta ocasión un poeta social escribió:

*«Así significa cada gran invención
un nuevo multimillonario
cuyas máquinas y sus mercenarios
subsisten por menos que el guardia de una prisión».*

Fue un autor americano casi olvidado, que se llamaba John Luckey McCreery († 1906).

En la presente selección están representadas casi todas las diversas clases de invención, excepto la musical. Una de ellas inicia una nueva civilización, otra viene a poner término a una antigua. Otra invención, muy banal, hace inútil la publicidad aérea... por poco tiempo y en una superficie limitada. Y otra, muy seria esta vez, esclaviza a la humanidad. Uno de estos relatos habla de un hombre que «inventó» un nuevo animal, mientras que otro concierne a un individuo que «desinventó» el ruido. También hay otros dos que describen invenciones que se hallan patentemente (perdón por el retruécano) más allá de la ciencia; quizá participen más de los aspectos de la definición del Webster referentes a «productos de la imaginación» que de los

dispositivos «creados a través del estudio y la experimentación». En otras palabras, se trata de puras invenciones fantásticas.

Sólo uno de los tipos importantes de la Ciencia-Ficción más generalizada se ha omitido en esta selección, que casi se ha convertido en tópico durante los últimos años: la máquina del tiempo. No hay máquinas del tiempo en nuestra selección porque —vamos a decir las cosas claras— lo primero que esperaría cualquiera es hallar aquí una historia de este género. Y no hay razón para incluir lo obvio en una antología tan singularmente imprevista como ésta.

Entretanto, confío en que usted saboree la presente selección y que, al mismo tiempo, saque de ella sus propias conclusiones, comparando sus singulares ideas con el mundo real que conocemos. Resultado: ¡casi todo puede ser inventado! ¿Podría resultar algo tan increíble como la radio para una persona nacida en un mundo que desconociese las ondas hertzianas? ¿O las bombas de hidrógeno en un mundo sin $E = Mc^2$? No se sorprenda entonces si algunas de las invenciones contenidas en esta antología se han hecho realidad antes de que usted termine su lectura. Ni, por supuesto, se asombre de lo contrario...

Existen, como es natural, muchos cientos de «invenciones» en la mina de oro de la Ciencia-Ficción, pero en un libro tan breve como éste, apenas podemos ahondar un poco en la superficie del filón. Quienes deseen más, la mayor parte del centenar de antologías aparecidas en los últimos doce años se hallan repletas de invención de primera calidad como un buen racimo lo está de uvas. Este libro, sin embargo, debe limitarse a una visión selectiva de la casi increíblemente rica vena de ideas que los mejores especialistas suelen explotar, y su intención no es otra. Si logra animarle a internarse en un campo tan excitante como éste, tanto mejor.

GROFF CONKLIN

LA GUERRA HA TERMINADO

Algis Budrys

The War is Over, 1957

Un ligero viento soplaba sobre la polvorienta meseta donde la nave espacial estaba siendo aprovisionada de combustible y Frank Simpson, expectante, con su atuendo de vuelo, cubrió con sus membranas nictitantes unos ojos irritados. Continuó abstraído en su espera, mirando de hito en hito el casco recién terminado.

Allá en lo alto, el frío sol de Castle brillaba débilmente a través de unas nubes escarchadas. Una fila de hombres se extendía desde la cabria con su cuadernal, en el borde de la plataforma, hasta los bastidores enrejados para el combustible, visibles en la base del casco roblonado. Cada vez que desde la ranura se izaba un bloque desnudo de combustible, pasaba de mano en mano, hasta ocupar su sitio en la nave. Un equipo de reserva permanecía silenciosamente a un lado; cuando un hombre flaqueaba en la línea de trabajo, era substituido por otro de la reserva. Los hombres enfermos o moribundos se hacinaban amodorrados en un lugar dispuesto para ellos, apartado de la zona de trabajo, donde se mantenían en una silenciosa espera. Algunos de ellos estuvieron manejando el combustible desde su llegada de la pila de preparación, a seiscientos kilómetros en línea recta a través de las llanuras, casi mil por vía férrea. Simpson no se sorprendió que estuvieran muriéndose, ni les prestó atención. Su tarea estaba en la nave y pronto se encontraría en ella.

Se quitó la película de suciedad que cubría sus mejillas, extrayéndola de los surcos de su cuero con la uña córnea del índice. Mirando a la nave, se dio cuenta que nada nuevo experimentaba. No se sentía impresionado por su tamaño, ni complacido por la innata gracia de su diseño, ni excitado por la proximidad de su objetivo. Sólo le impulsaba la ansiedad por hallarse a bordo, cerrar las puertas, soltar amarras, maniobrar los mandos, poner en funcionamiento los motores, y adelante, ¡adelante! Desde que nació, probablemente desde la primera conciencia clara de sí mismo, este impulso se desarrolló siempre igual, como un demonio que le aguijoneaba a su espalda. Cada uno de aquellos hombres sobre la plataforma sentía lo mismo. Sólo que Simpson iba hacia delante, pero esto no significaba un triunfo para él.

Volvió la espalda en dirección a Castle Town, que se divisaba a lo lejos en el horizonte, al otro lado de las grandes llanuras que terminaban al pie de esta meseta.

Castle Town era su ciudad natal. Pensó para sí con sorna que difícilmente podría haber sido otra. ¿En qué otro sitio de Castle se podría vivir que no fuera Castle Town? Recordaba el albergue retirado de su familia sin ningún sentimiento especial de afecto. Pero mientras se hallaba allí, en pie, soportando el fino viento, enturbiado por la polvareda, lo apreciaba en su memoria. Era un lugar recogido y confortable, rodeado por el rico y húmedo aroma de la tierra. Una rampa se extendía hasta la superficie; a su término se abrían unos cuantos palmos de terreno bien apisonado por el peso de varias generaciones de su familia, que descansaban allí extáticamente para saturarse del poco frecuente calor del sol.

Alzó los hombros contra el frío de la meseta y le acometió el deseo de hallarse

más allá de las llanuras, donde Castle Town yacía a un lado de la amplia colina, sobre un riachuelo escondido que se arrastraba serpenteando.

Castle Town le hacía recordar a su padre y le parecía oírle:

—¡Ésta es la generación Frank! La generación que verá la nave terminada y a uno de nosotros tripulándola. ¡Podrías ser *tú*, Frank!

Tampoco olvidaba el largo proceso, hecho de duro trabajo, de cierta aptitud innata y un poco de suerte, que le había llevado allí para pilotar esta nave hacia las estrellas.

Y al volver a la realidad, dio la espalda a las llanuras y a Castle Town, para contemplar la nave una vez más.

Fueron necesarias varias generaciones para su construcción y otras para aprender cómo roblonar del primer jabalcón al primer formero. Hubo que buscar por todo el planeta una fuente de combustible apropiado. Cientos de equipos de exploración, algunos de los cuales jamás regresaron, desaparecieron en territorios desconocidos y no consignados en los mapas, que rodeaban las llanuras. Por fin fue descubierta y se inició la construcción de la pila. Durante la elaboración del combustible murieron muchos de los operarios, sin que se conocieran todavía las causas.

La nave creció lentamente en la meseta, año tras año, en el foco de las vías por las que circulaban los vagones procedentes de los pozos del mineral y de los talleres metalúrgicos, donde unos operarios luchaban entre juramentos y maldiciones con la fundición ardiente que salpicaba en los moldes, mientras otros se laceraban las manos al limar las rebabas de las piezas fundidas.

Los obreros de las grúas, izaron cada pieza junto a la plataforma, lugar designado para construir la nave, hacia lo alto, donde el aire era fino y el terreno circundante se encontraba a cientos de kilómetros, allá abajo, donde los pacientes equipos se atrafagaban con la descarga de los vagones que llegaban sin cesar, dejando las huellas de las pesadas piezas en sus hombros encallecidos.

Ahora, todo había culminado felizmente y podía partir.

El crujido de la grava le hizo volver la cabeza hacia la izquierda. Vio a Vilmer Edgeworth que subía en aquella dirección, llevando una caja sellada de metal enmohecido.

—Aquí está —dijo Edgeworth, entregándole la caja. Edgeworth era un hombre brusco y descortés que a Simpson nunca le agradó mucho. Tomó de sus manos la caja.

Edgeworth siguió su ojeada hacia la nave.

—Casi dispuesta ya, al parecer —comentó.

—El aprovisionamiento de combustible está casi listo. Ahora roblonarán esas últimas planchas sobre los bastidores y en seguida podré irme —explicó Simpson.

—Sí. Ya puede irse —convino Edgeworth—. ¿Por qué?

—¿Eh?

—¿Por qué se va? —repitió Edgeworth—. ¿Dónde se dirige? ¿Sabe pilotar una nave espacial? ¿En qué hemos volado nosotros hasta ahora?

Simpson le miró con asombro.

—¿Por qué? —estalló—. ¡Porque necesito hacerlo, porque todos hemos trabajado con toda el alma en ello durante generaciones, para que yo pudiese partir! —sacudió violentamente la caja metálica bajo las mandíbulas de Edgeworth.

Edgeworth retrocedió varios pasos.

—No estoy tratando de detenerle —dijo.

La rabia de Simpson se desvaneció ante la disculpa.

—Perfectamente —dijo, conteniéndose. Miró a Edgeworth con curiosidad—. ¿Por qué hace entonces esas preguntas?

Edgeworth sacudió la cabeza.

—No sé —dijo. Nunca había logrado contener su exaltación. Tras su primer impulso, sus maneras habían perdido mucho de su seguridad habitual—. Mejor dicho —prosiguió—, no sé qué pensar. Algo no marcha bien. ¿Por qué estamos haciendo esto? Ni siquiera comprendemos lo que aquí hemos construido. Escuche, ¿sabe que allá se encuentran poblaciones como Castle Town, pero mucho más pequeñas? Están habitadas por hombrecillos diminutos, de unas tres pulgadas de altura, que andan sobre sus manos y sus pies, y que van desnudos. No pueden hablar y carecen de manos.

—¿Qué tiene eso que ver?

La cabeza de Edgeworth oscilaba.

—No lo sé. ¿Ha visto alguna vez el osario?

—¿Para qué?

—Nadie pensó hacerlo, pero yo sí. Escuche, nuestros antepasados eran más pequeños que nosotros. Sus huesos eran más pequeños. Cada generación que precedía tenía los huesos más pequeños.

—¿Y cree que eso supone algo para mí?

—No —admitió Edgeworth. El aliento le silbaba un poco entre los dientes—. No significa nada para mí tampoco. Pero necesitaba decírselo a alguien.

—¿Por qué? —repuso Simpson.

—¿Eh?

—¿Qué objeto tiene esta conversación? —preguntó Simpson—. ¿A quién le importan los huesos viejos? ¿Quién mira en los osarios? Lo único importante aquí es la nave. Hemos sudado y nos hemos esclavizado por ella. Hemos muerto y hemos viajado por lugares ignorados, hemos trabajado en minas y hemos fundido y moldeado metales para construirla, cuando podíamos trabajar para nuestro propio provecho. Hemos luchado con el tiempo, con nuestros cuerpos débiles, con las distancias, para arrastrar esas cargas hasta aquí, las hemos izado y hemos construido

la nave. ¡Ahora voy a irme!

Veía a Edgeworth a través de una neblina roja. Parpadeó con impaciencia. Lentamente, su reacción agresiva contra cualquier obstáculo se disolvió en su corriente sanguínea y pudo sentirse un poco avergonzado.

—Lo siento, Edgeworth —murmuró. Sacudió violentamente la cabeza en dirección a la nave, al oír el sonido de las machotas de roblonar que martilleaban sus oídos. Los depósitos de combustible estaban siendo plateados por encima y la larga línea de cargadores, con las manos ociosas, se dejaban caer al suelo para descansar, mientras observaban la terminación de la nave.

—Me voy —agregó Simpson. Se puso la caja metálica bajo el brazo y avanzó lentamente hacia la escalera de la nave, pasando entre los hombres tumbados. Ninguno le miró. Para ellos no tenía importancia. Era la nave lo que interesaba.

El interior de la nave estaba casi completamente hueco, enrejado con una celosía de ristreles que convergían en una serie de pesados aros de acero. Montada a prueba de golpes en el cilindro de espacio libre interior a los aros, se hallaba una pesada y compleja maquinaria, llena de alambres y de tubos esmeradamente soldados, formando un conjunto encajado en arcilla refractaria y protegido por placas de goma silicosa. Una pesada trama de alambre corría desde las aberturas del blindaje final de acero prensado y conectaba la máquina a un generador. Otros alambres corrían a los postecillos que se proyectaban desde el blindaje galvanizado del casco interior. Nadie sabía su finalidad. Una cuadrilla distinta lo había construido, mientras se iban formando las secciones del casco y esta tarea les llevó años. Simpson miraba las costuras del blindaje, realizado por medio del procedimiento llamado «soldadura autógena», según le explicó el capataz.

Debajo del compartimiento principal se hallaban las máquinas con su pesada culata de plomo.

—¿Para qué esto? —recordó haber preguntado cuando lo vio nivelar en su sitio.

—No lo sé, y fui yo quien lo hizo construir. —El capataz de la cuadrilla extendió los brazos con desamparo—. La nave sólo... no la encuentro en forma... sin eso.

—¿Pretende decir que no volaría sin una tonelada de peso muerto?

—No. No... no lo creo. Creo que podría volar, pero usted moriría, como los hombres que manejaban el combustible, antes de llegar a su destino. —El capataz meneó la cabeza—. Creo que es eso.

En el morro de la nave, pendiente sobre la cabeza de Simpson al arrimarse a la escalera interior junto a la compuerta de aire, estaba la cabina de pilotaje. Contenía una cama con suspensión cardan y también pedestales para los controles enraizados en el ahusado casco y que convergían en el lecho. El morro era sólido y Simpson se admiraba de haberlo diseñado así. Sospechaba que hubo algún procedimiento especial de construcción. Después de una última mirada a su alrededor, trepó escalera

arriba, hasta la cama, moviéndose torpemente con la caja bajo el brazo. Una vez en la cama, encontró un marco que sobresalía de su armazón. La caja se ajustaba a él en forma exacta, con grapas de resorte que la mantendrían bien sujeta.

Se acomodó en la cama, asegurando sus caderas y su pecho con anchas correas. Intentó alcanzar los controles, hasta que los encontró todos a una distancia cómoda para su manejo.

«Aquí estoy —pensó para sí—, estoy dispuesto.»

Sus dedos recorrieron una hilera de conmutadores. En el vientre de la nave algo resonó y las macilentas luces de emergencia se apagaron al quedar encendidas las de maniobra. Un juego de pantallas se elevó sobre su cabeza, dentro del sistema de mecanismos de la nave, que le proporcionó una perfecta visión del espacio exterior. Dirigió una última mirada a la plataforma y a los hombres de vigilancia, al cielo y a las llanuras. En lo alto del morro de la nave, muy por encima de las llanuras, pensó que podría divisar la colina de Castle Town.

Pero ya no le quedaba tiempo. Sus manos recorrían rápidamente los mandos. Las luces dispuestas al efecto destellaban en el tablero y a su espalda los motores auxiliares se hallaban trabajando también a pleno rendimiento. Tiró hacia sí de las palancas de maniobra y las macizas máquinas empezaron a ronronear. Recorrió ágilmente los enclavamientos para asegurar el curso normal del combustible. Abrió la boca y empezó a jadear, falto de aliento. Sintió tambalearse la nave y experimentó un relámpago de pánico. Pero un instante después había recobrado la calma. Todo iba bien. La nave acababa de romper sus amarras. Todo iba bien, la nave funcionaba y el viaje había comenzado. Por fin se hallaba en el espacio.

Las pantallas traseras estaban empañadas por el halo de las ardientes arenas. La nave rugía sordamente en su volar hacia el cielo, cegando a los espectadores que la observaban desde la meseta tras ella.

Nunca en su vida hubiera imaginado que algo semejante existía más allá del cielo. No había nubes, ni cortinas de polvo, ni ondulaciones estremecidas en la atmósfera, ni resplandores difusos de luz. Únicamente estrellas y nada más que estrellas, sin nada que las velara, esparcidas por la negrura, agrupándose en nebulosas espirales, que se coagulaban y en sábanas de luz, gigantescas lentes y ovas de galaxias, un sol tras otro y tras otro. Los miraba con admiración, mientras la maciza nave se lanzaba contra ellas, enteramente aturdido. Pero cuando llegó el momento de maniobrar los controles, que hasta entonces había dejado muy sueltos, lo hizo precisa y perfectamente. La máquina, anidada en su red de estructuras, engulló glotonamente más y más potencia del generador. Cuando comprendió con perfecta claridad por qué la nave exigía un diseño complejo, se hallaba ya en el hiperespacio. Lo atravesó como una exhalación en la más completa oscuridad, hasta que de pronto, se vio fuera de él otra vez. Mientras los timbres de alarma resonaban por todo el fuselaje, apareció

ante él una gigantesca nave interestelar.

Cortó rápidamente toda la potencia de marcha, excepto los circuitos de señales y luces y mantuvo una mano protectora sobre la caja metálica, preguntándose que contenía, de dónde habría venido. Y esperó.

Simpson empujó apresuradamente el cierre interior del escotillón que hacía posible el acceso a la nave terrícola y se detuvo, mirando a los dos extranjeros que le aguardaban.

Su piel era tersa y de un blanco tostado, con protuberancias fibrosas de aspecto suave amoldadas a la forma de sus cráneos. «Aspecto suave», sería también una adecuada descripción de conjunto. De piel flexible como la tela, sus rostros aparecían redondos y sus facciones turbiamente definidas. Blandos. Pulposos. Los contempló con disgusto y aversión.

Uno de ellos cuchicheó al oído del otro, probablemente para que Simpson no pudiera escucharle:

—¿Terrícola? ¿Que viene de...? ¡No puedo creerlo!

—¿Cómo hubiera podido aprender lo suficiente para llegar hasta aquí? —repuso el otro rápidamente—. Reflexione, Hudston. Ya me oyó al teléfono. Ha adquirido un acento terrible y algunos modismos extraños, pero se trata de un terrícola, sin duda alguna.

Simpson iba descifrando sus blandas entonaciones. Debiera haberse encolerizado, pero no lo hizo. Al contrario, algo pugnaba por salir de su garganta, algo enterrado, algo que había comenzado no con él sino con generaciones pasadas y que ahora surgía a la luz:

—¡La guerra ha terminado! —gritó—. ¡Ha terminado! ¡La hemos ganado!

El primer terrícola le miró con asombro, enarcando una ceja.

—¿De verdad? ¿Qué guerra es esa? No tenía noticia de ninguna guerra.

Simpson pareció confuso. Se sintió también vacío, aturdido y perplejo ante lo que había brotado de su laringe. No sabía qué respuesta dar. Quiso decir algo más, pero nada se le ocurría. Vacilante, ofreció la caja metálica al terrícola.

—¡Déjeme ver eso! —exclamó rápidamente el segundo terrícola, tomando la caja de manos de Simpson. Miró fijamente la tapa—. ¡Santo cielo!

—¿Qué es, almirante? —preguntó Hudston. El segundo terrícola le mostró en silencio el sello sobre la tapa, que nunca había significado algo para Simpson ni para ningún otro habitante de Castle.

—T.S.N. Servicio de Correos —deletreó Hudston—. Pero qué diablos... ¡Oh, ya comprendo, señor! Fue disuelto, en el siglo veinticuatro, ¿verdad?

—A finales del veintitrés —murmuró el almirante—. Cuando se completó la cadena de radio hiperespacial.

—¿Cuatrocientos años, señor? ¿Dónde la encontraría este hombre?

El almirante estaba examinando la caja. La tapa, que todo el mundo en Castle creía sellada, se abrió de pronto. El almirante sacó una colección de mapas arrugados y un libro con cubiertas de cuero debajo de ellos. Ninguno de ambos terrícolas prestaba la menor atención a Simpson. Éste se removía incómodo y observó en la pared metálica cómo algunas varillas oscilaban para seguir sus movimientos.

El almirante cepilló cuidadosamente la cubierta del libro, que mostraba un título estampado en oro: «Cuaderno de bitácora oficial, TSNS *Hare*».

—¡Muy bien, ahora estamos llegando a alguna parte! —ojeó cautelosamente algunas de las primeras páginas, para comprobar la fecha. Luego prosiguió—. Asuntos de trámite. Vayamos al grano, si es que lo hay.

Se detuvo y miró a Simpson otra vez durante un momento, sacudió la cabeza violentamente y continuó su búsqueda.

—¡Aquí está, Hudston! Escuche: «Siguiendo a toda velocidad, rumbo al Sistema Solar. Todo bien» —leyó—. «En 0600 GST, Gobierno Provisional Eglin concluida tregua pendiente armisticio. Signatarios fueron...» Bueno, esto no interesa. Todos se han convertido en polvo desde hace mucho tiempo. Veamos lo que le ocurrió a él — el almirante volvió algunas páginas—. Aquí lo tenemos. Esto es lo consignado el siguiente día. Se interrumpe aquí, como verá, y termina más adelante: «Prosiguiendo a toda velocidad, rumbo al Sistema Solar. En hiperespacio. Todo bien. Tiempo estimado de llegada, Base Griffon, + 2d, 8 hrs».

—Observe esa tachadura, Hudston. Debe habersele movido el brazo. Ahora: «Continuación del cuaderno de bitácora: Combate casual con buque patrulla de Eglin, al parecer ignorante de la tregua, resultado con avería grave por torpedo, compartimientos D-4, D-5, D-6, D-7. Nave sin gobierno. Máquinas y generador hiperespacial semiaveriados y nave definitivamente fuera de combate, creyéndose navegación por ahora imposible. Sufrido quemaduras superficiales y fracturas simples pierna derecha y brazo izquierdo».

—Aquí está lo registrado al día siguiente: «Nave todavía sin gobierno y máquinas y generador continúan semiaveriados. Casi todos los instrumentos de a bordo desprendidos o en corto-circuito por choque explosión. Navegación imposible. Nave ahora cayendo dentro y fuera de hiperespacio a intervalos casuales. Intentando desconectar generador sin conseguirlo. Se sospecha avería compleja progresiva en circuitos del coordinador y rejillas de modulación.»

—¿Por qué no pidió ayuda, señor?

El almirante miró de soslayo a Hudston.

—Le era imposible. No podía comunicar a mayor velocidad que la luz, a menos que enviara correos. Estaba confuso, Hudston. Herido y atrapado. Y esa, dicho sea de paso, es la última anotación. Lo restante es un corto diario:

—«Aterrizaje forzoso alrededor de 1.200 GST en un planeta pequeño,

deshabitado y desconocido. Las constelaciones no proporcionan ninguna orientación, ni aun por Proyección Náutica. Estoy aquí al azar.

»La nave quedó destruida en el choque. Tengo dos piernas rotas y algunas heridas. Logré salvar el botiquín, por lo que no hay problema. No estoy bien. Sigo perdiendo sangre por derrame interno y no sé cómo aplicar a las fracturas un vendaje Stedman.

»Hice una pequeña exploración esta tarde. Desde mi observatorio, no se divisa más que hierba, pero vi algunas montañas y ríos antes del choque. Hace frío pero muy moderado, a menos que estemos en verano ahora. Acaso primavera. Me entristece pensar en el invierno.

»Pienso en cuánto tiempo pasará hasta que en la Tierra sepan que la guerra ha terminado.»

Simpson se movió nerviosamente. Otra vez aquellas palabras. Debería haberse interesado por esta nave y por esta gente. Pero ni siquiera los lisos y macizos mamparos, dotados de brillante luz propia, ni los dos terrícolas con sus uniformes escarlata, parecían causarle impresión.

Estaba allí. Lo había conseguido. Y no parecía importarle lo que ocurriera después.

—No hay mucho más en el diario —decía el almirante. «Me siento muy débil hoy. No cabe duda, estoy perdiendo más de lo que puedo soportar. Como protrombina en terrones como si fuera azúcar, pero sin resultado. Se me están acabando, de todos modos.

»El alimento va a ser también un problema. No hay en este sitio nada comestible, excepto algunos pequeños seres que parecen proceder de un cruce entre perro de las praderas y lagarto. Pero necesitaré unas dos docenas de ellos para un almuerzo.

»De nada sirve engañarme. Si con mi UDI (unidad de información) no puedo sostener mis entrañas, la vitamina K tampoco será capaz de hacerlo. El alimento, por tanto, no llegará a constituir un problema.

»Esto me hace pensar algo muy interesante. Dispongo de una UDI, elemento que se supone anida nuestro interior, dotado de vida, y que intenta salir de nuestro cuerpo. La verdad es que no había pensado mucho en ello, hasta ahora. Siempre me ocupé de transmitir mis informaciones directamente. Pero ahora este elemento, por derecho propio, vive dentro de mí. Está construido de tal forma que su finalidad es que toda la información que poseo llegue al destinatario adecuado. He oído decir incluso que una UDI se ha proyectado fuera de un hombre, atravesando todas las barreras protectoras hasta entregar un mensaje. Son endiabladamente listas, a su manera. Nada las detiene, ni nada las rechaza.

»Estoy aquí solo en este lugar solitario donde nadie podrá encontrarme. Si dispusiera de una nave, podría llegar hasta ella e irme. Forzosamente llegaría en un

sentido o en otro a territorio de la Federación. Pero no la tengo. Ni tengo ya ninguna otra cosa. Me pregunto que podrá hacer ahora mi UDI.»

El almirante miró a Hudston.

—Aquí termina el diario. Hay una firma... «Norman Castle, oficial Insignia, TSN.»

Hudston miró distraído al almirante.

—Fascinador —comentó—. Todo un problema para su UDI, ¿verdad? Supongo que un modelo tan primario como el de Castle debió morir con él, sencillamente.

—Los UDIS no mueren nunca, Hudston —repuso el almirante lentamente. Cerró el viejo cuaderno de bitácora y su rostro se contrajo bajo el impacto acumulativo de una idea—. Cuando se tiene una UDI, se tienen mil. Y nunca se dan por vencidos —su voz se apagó hasta convertirse en un suspiro—. Son demasiado poco inteligentes para ceder, pero demasiado astutos.

Miró a Simpson.

—No creo que el UDI de Castle fuese lo bastante evolucionado para tener sentido del tiempo. Ni para juzgar que su misión había caído en desuso —giró rápidamente la cabeza en dirección a Simpson.

—La guerra ha terminado —le dijo—. Acabó hace tiempo. Gracias de todos modos. Ha cumplido bien su misión.

Simpson no le oía. Estaba vacío, agotado. Su fuego interior le había abandonado y su mente se retraía, perdiendo todo interés en las cosas trascendentales para los hombres. Cayó bajo la mesa, a cuatro patas como un animal, aullando y desgarrando sus ropas con mordiscos rabiosos.

LALUZ

Poul Anderson

The Light, 1957

—Debe usted comprender que este es el mayor secreto desde el Proyecto Manhattan. Puede que más importante aún. Su vida ha sido investigada desde que dejó de llevar pantalones cortos y...

—No, ¡maldita sea! No somos una banda de militaristas locos por adueñarse del poder. ¿Creéis que no me gustaría gritar la verdad al mundo entero?

—Pero esto podría significar la guerra. Y todos saben que la guerra acarreará el fin de la civilización.

—He de creer que usted, como historiador, entenderá nuestras razones. Maquiavelo es el símbolo del realismo cruel... y no me venga con que sólo era un patriota excepcionalmente inteligente. He leído *El Príncipe* y los *Discursos*.

Francoamente, no esperaba que se sorprendiera. ¿Habré de ser un inculto inexperto precisamente porque conozco bastante física y matemáticas como para dedicarme a la Astronáutica? No, señor. He viajado y me he pasado en los museos de Europa tanto tiempo como en las tabernas.

Confesaré que mis compañeros en el viaje a la Luna me miraban con cierto desdén y recelo por tal causa. No eran robots, desde luego, pero había tanto que aprender, que parecía imposible de retener para un cerebro humano. Creo que temían que el recuerdo que yo guardaba de la *Virgen de las Rocas* —me refiero al lienzo que se conserva en Londres, que es el mejor de todos— echase fuera de mi memoria las funciones orbitales. Por eso tuve por regla mostrar todos mis conocimientos de navegación astronáutica durante las pruebas, cosa que pudo haber molestado un poco a Baird.

No nos peleábamos. Éramos un equipo muy unido cuando el *Benjamin Franklin* abandonó la estación espacial y se lanzó hacia la Luna. Bueno, tal vez estuviésemos algo más tensos de lo normal.

Éramos tres, como recordará: Baird, el jefe y piloto; Hernández, el ingeniero, y yo, el encargado de los instrumentos. Una sola persona podía gobernar la nave si todo iba bien, pero tres significaban completa seguridad, ya que cada uno de nosotros sabía hacer el trabajo del compañero. Aunque, como se trataba del primer contacto real con la Luna, no de una simple vuelta a su alrededor, nos creíamos pocos para acometer tan magna empresa.

Una vez en órbita, no tuvimos mucho que hacer en varios días. Flotábamos hacia arriba, viendo alejarse a la Tierra y crecer la Luna sobre la noche más profundamente oscura y estrellada que imaginarse pueda. No, no puede imaginárselo. Aquel esplendor y aquella soledad de ello no los captan las fotografías.

Reinaba un profundo silencio en la nave. Hablábamos de cosas triviales para mantener a distancia aquel silencio. Recuerdo muy bien una conversación, precisamente acerca del motivo de todo este secreto.

La Tierra, parecía un zafiro entre la oscuridad y las estrellas. Largas fajas rosadas

y blancas ondeaban como banderas desde los polos. ¿Sabe que, visto desde tal distancia, nuestro planeta tiene fajas? Muy parecidas a las de Júpiter. Es más difícil de lo que se cree distinguir los contornos continentales.

—Creo que Rusia va a ponerse a la vista —dije.

Baird consultó los cronómetros y la previsión orbital y se mordió los labios un instante.

—Si —gruñó Baird—. Siberia debiera aparecer desde el terminador en estos momentos.

—¿Nos estarán observando? —murmuró Hernández.

—Indudablemente —respondí—. Tienen una estación espacial y buenos telescopios en ella.

—¿Cómo se divertirían si nos convirtiéramos en un meteoro! —exclamó Hernández.

—Eso si no han preparado ya un accidente —repuso Baird—. No me fío un pelo de que estén más atrasados que nosotros en astronáutica.

—No se pondrían tristes si nos vieran fracasar —añadí yo—. Pero dudo de que quieran de veras sabotarnos. Nunca en un viaje como éste, que está observando todo el mundo.

—¿Podría provocar la guerra? —se dijo Baird—. No es probable. Nadie, por tres astronautas y una nave que ha costado diez millones de dólares, destruiría una nación sabiendo que la suya lo sería también.

—Sin duda —respondí—, pero una cosa puede conducir a la otra. Una nota diplomática puede ser el primer eslabón de una cadena que termine en la guerra. Disponiendo ambos bandos de proyectiles teledirigidos, la situación se pone interesante. El principal objetivo de la política nacional se ha convertido en el mantenimiento del *statu quo* pero, al mismo tiempo, la tensión creada hace que ese *statu quo* resulte excesivamente inestable.

—¿Crees que nuestro Gobierno nos enviaría a la Luna si con ello ganase algún beneficio militar? ¡Ni hablar! Lo primero que parezca hacer inclinar la balanza hacia un lado hará que el otro vaya a la guerra, y esto significa el fin probable de la civilización. Nosotros ganamos puntos —prestigio—, con el primer desembarco en la Luna, pero nada más. Aun así, fijate en que la Luna será un territorio internacional directamente controlado por las Naciones Unidas. Es decir, que nadie se atreverá a reclamarlo, porque allá puede haber algo de verdadero valor estratégico.

—¿Cuánto tiempo puede durar este equilibrio? —preguntó Hernández.

—Hasta que ocurra un accidente... —dije yo—. Bastará con que un loco se adueñe del poder en Rusia, o en otra parte, para que, tras el ataque, vengan las represalias. O se haga realidad la débil esperanza de que descubramos un artificio absolutamente revolucionario... una pantalla de protección capaz de defender a un

continente... antes de que nadie tenga la menor sospecha de ello. Entonces presentaremos al mundo un *fait accompli*^[1], y habrá terminado la guerra fría.

—A menos que los rusos sean los primeros en poner esa pantalla —repuso Hernández—, y no ganen los buenos...

—¡Callaos! —gritó Baird—. Habláis demasiado.

En la hermosa noche silenciosa había dicho lo que no debía decir. Nunca debimos llevar más allá del cielo y fuera del espacio nuestros pequeños odios, temores y ambiciones.

O acaso el hecho de cargar con ellos y, no obstante, llegar a la Luna, muestre que el hambre es algo más de lo que cree. No podría decirlo.

La espera nos consumía. Es bastante fácil habituarse a la gravedad cero mientras se está despierto, pero los instantes no son tan dóciles. Nos pondríamos a dormir y tendríamos pesadillas. Hacia el fin del viaje eso sucedió con menos frecuencia, por lo que supongo será posible adaptarse enteramente al tiempo.

Pero no experimentamos una dramática sensación de ser pioneros cuando descendimos. Estábamos muy cansados y nerviosos. Era solamente un trabajo muy duro y peligroso.

El lugar de alunizaje no había sido elegido exactamente, puesto que un pequeño error orbital podría producir una gran diferencia en lo tocante a la superficie lunar. Sólo podíamos estar ciertos de que sería cerca del polo norte, y no en uno de los mares, que parecen atractivamente tranquilos, aunque son con probabilidad traicioneros. De hecho, como recordarán, alunizamos al pie de los Alpes Lunares, no lejos del cráter Platón. La tierra era áspera, pero nuestra nave y equipos habían sido diseñados de acuerdo con estas características.

Y cuando se hubo apagado el estruendo que ensordecía nuestros oídos y éstos se fueron acostumbrando lentamente al silencio, nos paramos. Permanecimos unos minutos sin pronunciar palabra. El sudor me había pegado las ropas al cuerpo.

—Bien —dijo Baird al fin—. Bien, aquí estamos.

Se quitó las correas, tomó el micrófono y llamó a la estación. Hernández y yo nos pusimos a mirar por los periscopios para ver qué nos aguardaba.

El espectáculo era formidable. He estado en muchos desiertos en la Tierra, pero no brillan con tal fulgor, no se hallan tan absolutamente despoblados ni sus rocas son tan grandes ni sus ángulos cortan como navajas de afeitar. El horizonte meridional estaba próximo; creí que podría contemplar cómo la superficie se combaba a lo lejos y se hundía en una espuma de estrellas.

Echamos suertes. A Hernández le tocó permanecer en la nave, mientras que yo tuve el privilegio de ser el primero en poner el pie sobre la Luna. Baird y yo nos pusimos el traje espacial y salimos por la cámara de presión intermedia. Aun en la Luna, esos trajes pesan mucho.

Hicimos una pausa a la sombra de la nave mirando a través de nuestras gafas protectoras. La oscuridad no era absoluta —había reflexión desde el suelo y las colinas—, pero sí más profunda y aguda que todas las que se ven en la Tierra. Detrás de nosotros las montañas eran altas y de formas inclementes. Delante, el suelo caía en declive, ocráceo, lleno de asperezas y cavidades, hacia el borde de Platón, donde sostenía aquel horizonte que se derrumbaba. La luz era demasiado brillante para que yo pudiese ver muchas estrellas.

Tal vez recuerde que alunizamos al ponerse el sol, creyendo que podríamos emprender de madrugada el regreso dos semanas después. Durante la noche, la temperatura en la Luna alcanza 250 bajo cero, pero los días son lo bastante calurosos como para asarle a uno. Y es más fácil —pues necesita menos masa— calentar la nave con la pila que instalar un equipo de refrigeración.

—Bueno —dijo Baird—. Adelante.

—Adelante y ¿qué? —pregunté.

—Pronuncia el discurso. Eres el primer hombre en la Luna.

—Pero tú eres el capitán —repuse yo—. Ni lo sueñes, jefe... Desde luego que no.

Probablemente habrá leído usted aquel discurso en los periódicos. Se supuso que había sido improvisado, pero fue escrito por la esposa de un encumbrado personaje, el cual creía en sus dotes poéticas. Un vomitivo oral ¿verdad? ¡Y Baird pretendía que yo lo pronunciara!

—Esto es insubordinación.

—¿Puedo rogar al capitán que consigne en el libro de a bordo que el discurso fue pronunciado?

Baird soltó un taco, pero así lo hizo después. Y no olvide que lo que le estoy contando es Alto Secreto.

El capitán seguía de mal humor.

—Busca muestras de roca —ordenó, disponiendo la cámara—. ¡Y date prisa, que me estoy asando vivo!

Con el pico partí algunas, pensando en que las señales que dejase durarían probablemente hasta la puesta del sol. Parecía un acto de profanación, aunque Dios sabía que aquel paisaje era bastante desagradable...

Pero no, no lo era. Únicamente era extraño para nosotros. ¿Sabe que pasaron algunas horas antes de que pudiera distinguir las cosas con claridad? Mi cerebro necesitó ese tiempo para acostumbrarse a algunas de aquellas impresiones y empezar a registrarlas.

Baird tomaba fotografías.

—Me maravillaría que se pudiese fotografiar esta luz —dije—. No se parece a ninguna de las que brillan en la Tierra.

Y no se parecía. No puedo describir la diferencia. Piense en las luces fantásticas

que tenemos en la Tierra, como ese resplandor bronceo que precede a una tempestad, cosas así... y multiplique su rareza un millón de veces.

—La fotografiaré, por supuesto —replicó Baird.

—Hasta cierto punto, sí —dije yo—. Mas para captarla y sentirla se necesitaría un pintor como hace siglos no ha existido ninguno. ¿Rembrandt? No, es demasiado dura para él, una luz fría que de algún modo contiene también el fuego del Infierno...

—¡Cállate! —la voz de la radio casi me rompió los auriculares—. ¡Tú y tu maldito Renacimiento!

Al cabo de un rato volvimos adentro otra vez. Baird continuaba enfadado conmigo. No era razonable de su parte, pero había estado sometido a una tensión violenta, y lo estaba todavía, y acaso aquel no fuese el lugar oportuno para charlar de arte.

Verificamos nuestros instrumentos, tomamos cuantos datos era posible, comimos y echamos un sueñecito. Las sombras serpenteaban de una parte a otra de la tierra en tanto el Sol transponía la colina. Era un movimiento lentísimo. Hernández examinó las muestras de roca y dijo que, sin ser un geólogo, no se parecían a ninguna de las terrestres. Nos explicaron después que eran nuevas para los expertos. Los minerales eran los mismos, sólo que cristalizaban diferentemente bajo aquellas fantásticas condiciones.

Luego de descansar, observarnos que el Sol bajo y el paisaje irregular se habían unido para formar una ancha, casi continua, faja de sombra que se extendía hasta el cráter Platón. Hernández sugirió que aprovechásemos la ocasión para explorar. No podríamos regresar hasta después de la puesta del sol, pero el suelo no se enfriaría con tal rapidez que hiciera inútiles nuestras baterías caloríficas. En el vacío sin sol no se pierde calor muy de prisa por radiación; es la roca lunar, fría hasta el núcleo central, la que lo absorbe a través del calzado.

Baird discutió por discutir, pero estaba anhelante también. Así es que, al fin, salimos todos dispuestos a correr el riesgo.

No describiré con detalle aquel paseo. No puedo. No fue simplemente el paisaje y la luz. En la Luna, el peso de uno es solamente una sexta parte que en la Tierra, mientras que la inercia permanece igual. Da un poco la sensación de estar andando bajo el agua. Pero se puede caminar con rapidez cuando uno se acostumbra.

Cuando llegamos a la cavidad faltaban aún un par de horas para el crepúsculo, y subimos. Empresa difícil en aquel extraño fulgor y aquellas sombras que se podrían cortar con cuchillo, pero tampoco muy penosa. Había un talud accesible en el sitio que elegimos y una especie de paso en la parte superior, por lo que no fue preciso llegar hasta la cima, que se alzaba hasta un poco menos de 500 metros.

Al llegar al tope, miramos hacia abajo y vimos una llanura de lava que se extendía unos 20 kilómetros; su parte más lejana estaba oculta para nosotros. Parecía

casi de metal bruñido, cruzada por la larga sombra de la cavidad occidental. Cuesta abajo era más escarpada y su base se perdía en la oscuridad, aunque también podía ser franqueada.

Mi casco, que recibía directamente la luz solar, era como una sartén, pero mis pies, en la sombra, parecían témpanos. Pero olvidé todo eso cuando vi la niebla debajo de mí.

¿Ha oído usted hablar de ella? Los astrónomos la han observado durante largo tiempo y parecía una formación de nubes, o algo, en alguno de los cráteres. Platón es uno de ellos. Yo abrigaba la esperanza de descubrir el misterio en aquel viaje. Y allí, ondeando como un gallardete hecho jirones a unos metros por debajo de mí, se hallaba la niebla.

Brotó hirviente, de la oscuridad, relució como el oro por un momento al incidir en la luz, y luego se evaporó, pero se renovaba de forma incesante. Su magnitud no le permitía ser vista desde la Tierra, pero...

Empecé a descender.

—¡Eh! —gritó Baird—. ¡Vuelve acá!

—Déjame echar una ojeada —supliqué.

—Y te rompes una pierna, y hemos de llevarte a bordo. Está oscureciendo. ¡No!

—No me puedo romper nada dentro de este traje —le contesté.

Era bastante cierto. La armadura espacial es de sólido metal en su exterior, incluso sus engañosas articulaciones dilatables son metálicas y el casco de plástico es también muy resistente. Creo que en la Luna un hombre podría sufrir una caída lo bastante fuerte como para matarse, si lo intentase de veras, mas le costaría no poco trabajo.

—Vuelve o haré que te formen consejo de guerra —dijo Baird entre dientes.

—Ánimo, jefe —rogó Hernández.

Hernández se tomaba a veces esas libertades con Baird, pero el capitán sólo se enfadaba conmigo. Nos atamos con una cuerda y descendimos con precaución.

La niebla salía de una fisura a medio camino hacia el fondo de la cavidad. Donde había sombras, nuestras luces la mostraban acumulándose en escarcha blanca sobre las rocas, para luego hervir plácidamente y alejarse otra vez. Después de anochecer, se convertiría en hielo hasta el alba. ¿Qué era aquello? Agua. Supongo que existía un manantial de algún género, y... no sé. Esto significaría que puede haber vida indígena en la Luna, alguna baja forma de vida vegetal quizá, pero no hallamos ninguna mientras estuvimos allí. Lo que encontramos fue...

Un ancho banco estaba debajo de la fisura. Trepamos a él y nos pusimos a mirar hacia arriba.

Ahora tendrá que hacerse una idea de la situación. Nos hallábamos en ese banco, que medía varias yardas de una parte a otra, con la pared circular proyectándose

arriba, cortada a pico y un risco que descendía hasta hundirse en la oscuridad. Muy lejos, distinguía aun el acerado resplandor del piso del cráter. Todo el suelo estaba cubierto por el fino polvo meteórico de millones de años. Vi mis pisadas, claras y bien marcadas, y comprendí que podrían quedar allí para siempre, o hasta que la agitación termal y una nueva caída de polvo las borrara.

A tres metros sobre nuestras cabezas asomaba la fisura, como una boca petrificada de donde salía la niebla humeante hacia arriba. Formaba casi una techumbre, un delgado techo entre nosotros y el cielo. Y el sol se escondía detrás del muro más alto, invisible para nosotros. Los picos reflejaban algunos de sus rayos cayendo a través de la niebla.

Permanecimos un instante rodeados por un brillo frío, tenuemente blanco-áureo, luminoso y difuso... ¡Dios mío! ¡Nunca ha habido semejante luz en la Tierra! Parecía llenarlo todo, inundarnos, blanca y fría como un silencio convertido en luz. Era la luz del Paraíso.

Y yo la había visto ya antes.

No pude recordar dónde. Me hallaba sumido en aquella extraña luz de ensueño, con la niebla arremolinándose y disipándose en lo alto, con el silencio de la eternidad vibrando en mis auriculares y en mi alma, y me olvidaba de todo excepto de su fría, serena e increíble belleza...

Pero la había visto en alguna parte, en alguna ocasión, y no conseguía recordar...

Hernández gritó.

Baird y yo salimos de nuestro ensimismamiento y nos dirigimos hacia él. Estaba en cuclillas unos cuantos pasos más allá, mirando y volviendo a mirar.

Contemplé el suelo y algo se hundió en mí. Había huellas de pasos.

Ni siquiera nos preguntamos si las había dejado uno de nosotros. No eran botas espaciales americanas. Y habían venido de *abajo*. Habían escalado el muro y detenido allí un rato, dando vueltas alrededor, y ahora descubríamos el rastro de vuelta.

El silencio parecía una cuerda de violín a punto de romperse.

Baird alzó la cabeza al fin y miró al frente. La luz daba a su rostro una belleza no humana y, en algún sitio, yo había visto una cara iluminada así. La había contemplado absorto durante media hora o más, pero ¿cuándo, en qué sueño olvidado?

—¿Quién? —musitó Baird.

—Sólo hay un país que pueda enviar secretamente a la Luna una nave espacial — dijo Hernández con voz apagada.

—Inglaterra —tercié yo—. Francia...

—Lo sabríamos, si lo hubieran hecho.

—Los rusos. ¿Estarán todavía aquí?

Eché una mirada a la noche que reinaba en Platón.

—No se sabe —respondió Baird—. Estas huellas podrían ser de hace cinco horas o cinco millones de años.

Eran huellas de botas con suela guarnecida con clavos de cabeza redonda. No eran excesivamente grandes, pero a juzgar por la longitud del paso, aun en la Luna, pertenecían a un hombre de elevada estatura.

—¿Por qué no lo han revelado al mundo? —preguntó Hernández—. Podrían Jactarse...

—¿Tú crees? —repuso Baird.

Miré hacia el sur. La Tierra estaba en media fase, baja sobre el horizonte, remota e infinitamente hermosa. Pensé que América nos miraba, pero no estaba seguro.

Sólo existía una explicación para guardar el secreto acerca de este viaje. Se había descubierto algo que alteraría el equilibrio militar, indudablemente en favor de ellos. En aquel momento, allá en la Tierra, el Kremlin se disponía a esclavizar a todo el género humano.

—Pero, ¿cómo *pudieron* hacerlo en secreto? —protesté yo.

—Tal vez enviaron una nave cuando nuestra estación espacial estaba al otro lado del planeta.

Baird seguía sin moverse.

El sol iba bajando, la luz fantástica se extinguía poco a poco y ocupaba su lugar el resplandor de la Tierra. Nuestros rostros se teñían de un tono cadavérico detrás de los cascos.

—¡Vamos! —exclamó Baird, que dio media vuelta—. Volvamos a la nave. Hay que comunicar esto a Washington.

—Si los rusos descubren que lo sabemos, puede provocar la guerra —dije yo.

—Tengo una clave.

—¿Estás seguro de que no puede ser descifrada? ¿No lo habrá sido ya?

—¡Maldito entrometido! —gritó furioso—. ¡Cállate!

—Lo mejor sería que nos acercáramos —propuso con calma Hernández—. Sigamos esas huellas y veamos...

—No hemos traído armas —repuso Baird—. Me sorprendería que los rusos fuesen tan descuidados.

No detallaré los argumentos. Se acordó finalmente que yo seguiría explorando en tanto Baird y Hernández no regresasen. Tenía una hora para seguir aquel rastro, pero debía apresurarme en volver a la nave si no quería helarme.

Miré otra vez y vi una negra figura con armadura espacial a través de las estrellas. Se veían cada vez más estrellas, palidecía la luz del sol, y se dilataban mis pupilas. Entonces me envolvieron las tinieblas.

La cuesta era áspera, aunque rápida, y las piedras oscuras y quebradizas. Podía

seguir al extraño en parajes más despejados, donde en su ascensión había desprendido pequeños fragmentos de roca. Me pregunté por qué en aquellos sitios había una mayor claridad cuando faltaba oxígeno y pensé que era debido a un efecto fotoquímico.

Era difícil ver el camino en la sombra. El haz de la linterna era solamente un pequeño arco luminoso delante de mí. Pero pronto entré en la zona terrestre y, al acostumbrarse mis ojos, fue bastante fácil. En media hora llegué al piso del cráter. El Sol estaba detrás del muro circular. La noche tenebrosa pesaba sobre mí.

No había mucho tiempo que perder. Pisaba la oscura y resbaladiza lava, preguntándome si debía seguir las huellas en el polvo. Me encogí de hombros y caminé con más rapidez que mi predecesor.

Mi corazón latía aceleradamente y mi traje estaba lleno de aire viciado. No era fácil ver el sendero a la luz de la Tierra. Y me sentía más consciente de esas incomodidades que de los riesgos que corría mi vida.

Fue un poco más allá del límite de seguridad cuando encontré el campo.

No había mucho que ver allí. Una larga senda de piedra pulverizada, donde algo con ruedas había aterrizado y despegado después..., pero ninguna señal de toberas de cohetes. Unas cuantas grietas en donde un pico había hendido la piedra para tomar muestras. Pisadas. Eso era todo.

Permanecí allí mientras la espesa niebla empezaba a teñirse de azul. Pensé en alguien que aterrizó sin necesidad de cohetes y nunca lo dijo a nadie. Miré al cielo, vi la roja silueta de Marte y sentí frío. ¿Nos habían derrotado los marcianos en nuestra propia Luna?

Pero tenía que volver. Cada minuto de tardanza reducía las probabilidades de mi regreso.

Una mirada más...

Había una pequeña elevación de granito no muy lejos. Supuse que serían unas piedras amontonadas, pero al acercarme, comprobé que era natural. Me encogí de hombros y di media vuelta para irme.

Algo atrajo mi atención y miré más de cerca.

La roca era de color de aguanieve a la luz de la Tierra. Tenía una superficie plana, mirando a mí planeta. Y había una cruz grabada en la piedra.

Olvidé el tiempo y que empezaba a enfriarme. Estuve preguntándome si la cruz no era más que un símbolo casual o si había existido también en Marte o en algún planeta de otra estrella. Uno que...

Un millón de soles giraba y brillaba sobre mí.

Entonces lo supe. Recordé dónde había visto aquella luz que incidía en el muro a la puesta del sol y conocí la verdad.

Di media vuelta y eché a correr.

Casi no lo conseguí. Mis baterías dejaron de funcionar a cinco millas de la nave. Pedí ayuda por radio y continué andando para entrar en calor, pero mis pies no tardaron en helarse y me tambaleaba mientras el frío se hacía cada vez más intenso.

Baird salió a mi encuentro a medio camino y substituyó mis baterías por otras nuevas.

—¡Loco! —gritó—. ¡Grandísimo idiota! Haré que te formen consejo de guerra si...

—¿Aun si te dijera quién estuvo en Platón?

—¡Cómo!

Estábamos en la nave y mis pies se deshelaron antes de que lograra saber nada de mí. Fue una larga conversación, pero cuando captó la idea...

Por supuesto, el Servicio de Inteligencia ha trabajado horas extraordinarias desde que lo explicamos a nuestro regreso. Ha dictaminado ya que no fue una expedición rusa. Pero Baird, Hernández y yo lo sabíamos desde nuestra primera noche en la Luna.

Y esta es la razón por la que usted, profesor, ha sido designado. Nosotros vamos juntos allende los mares, oficialmente como turistas. Busque en los archivos, y yo le diré si ha hallado algo útil. Mucho dudo que quiera hacerlo. Aquel secreto fue muy bien guardado, como el secreto del submarino, que él también creía no se debía comunicar a un mundo amante de la guerra. Pero, si en alguna parte, de algún modo, hallamos aunque solamente sea una nota mal pergeñada, un indicio, me daré por contento.

No pudo hacerse con cohetes, compréndalo. Aun si se hubiese conocido la Física —que no se conocía—, la Química y la Metalurgia no tuvieron nada que ver. Pero se tropezó en algo más. ¿La antigravedad? Tal vez. Sea lo que fuere, si podemos averiguarlo, la guerra fría será ganada... por los hombres libres.

Tanto si hallamos algo como si no, nuestros investigadores seguirán trabajando. Sabiendo que semejante artificio es posible, que significa un tremendo impulso, comprenderá usted por qué este asunto debe permanecer secreto.

¿No lo ha comprendido aún? Profesor, me decepciona. ¡Usted que es historiador! ¡Un hombre culto!

De acuerdo, pues. Iremos a Londres, se detendrá en la Galería Nacional y se sentará ante un cuadro llamado *La Virgen de los Rocas*. Y podrá ver una luz fría, pálida y suave, una luz que nunca brilló en la Tierra, jugueteando sobre la Madre y el Hijo. Y el pintor fue Leonardo de Vinci.

CIRCUITO COMPASIVO

John Wyndham

Compassion Circuit, 1954

Después de cinco días en el hospital, Janet ya se había hecho a la idea de una criada-robot. De ellos empleó dos en descubrir que la enfermera James era un robot, uno en recuperarse de la sorpresa, y los dos restantes en darse cuenta de la comodidad que representaba tener como sirviente a una máquina.

Este convencimiento la alivió. De hecho, cada familia que conocía tenía una criada de este tipo, que significaba el segundo o tercer objeto de más valor en la casa. Las mujeres tendían a considerarlo ligeramente más valioso que el coche, los hombres un poco menos.

Janet tenía plena conciencia, desde hacía algún tiempo, que sus amigas la consideraban como una mujer de poco seso, o aún peor, por cargar con el trabajo de una casa, que un robot solucionaba en unas cuantas horas diarias.

También sabía perfectamente lo que irritaba a George al llegar a casa y encontrar una esposa cansada por un trabajo innecesario. Pero se trataba de un prejuicio firmemente arraigado. No era la posición intransigente de quienes rehusaban ser servidos por camareros-robot, conducidos por chóferes-robot, o vestidos por modistas-robot. Consistía, simplemente, en una sensación de incomodidad hacia ellos, de temor a quedarse a solas con una máquina, así como de una repulsa natural a experimentar este sentimiento en el propio domicilio.

Janet atribuía el motivo a que su familia, muy conservadora, jamás usó tales objetos. Otras personas que, sin embargo, crecieron en casas manejadas por robots, incluso de los tipos primitivos que habían aparecido durante la generación anterior, nunca parecieron sentir esta incomodidad. Y la enfurecía que su marido creyera infantil su miedo. Una infinidad de veces había explicado a George que no era ésta la razón, sino el *disgusto* hacia la intromisión en su vida personal y privada a que el robot estaba destinado.

La enfermera-robot James fue el primer mecanismo con el que mantuvo un estrecho contacto personal, lo que significó una revelación para ella.

Al notificar al doctor su satisfacción, se sintió tranquilizada, y lo mismo su marido, que acudió por la tarde para visitarla. Luego, antes de salir del hospital, los dos hombres cambiaron impresiones.

—Excelente —opinó el doctor—. A decir verdad, temía encontrarme con una verdadera neurosis, un caso muy difícil. Su esposa nunca ha sido fuerte, y en los últimos años se ha fatigado en exceso llevando la casa.

—Ya lo sé —corroboró George—. Durante los dos primeros años de nuestro matrimonio intenté convencerla repetidas veces, pero no conseguía más que disgustos y lo dejé correr. Pero esto era ya el colmo. Se quedó muy preocupada cuando descubrió que la causa de este tratamiento era la de no tener ningún robot en casa para cuidarla.

—Bien, una cosa es cierta. No puede seguir como hasta ahora. Si lo intenta,

dentro de dos meses estará otra vez aquí —dictaminó el doctor.

—No lo hará. Ha cambiado realmente de opinión —aseguró George al médico—. El problema principal residía en que nunca tuvo tratos con un robot realmente moderno. De los que poseen nuestros amigos, el más reciente tendrá por lo menos diez años, y los otros son bastante más antiguos. Nunca creyó que existiese algo tan moderno como la enfermera James. Ahora, la cuestión es ¿qué modelo escogemos?

El doctor reflexionó un momento.

—Francamente, señor Shand, me temo que su esposa va a necesitar muchos cuidados. Yo le recomendaría un modelo que tenemos aquí. Se trata de algo muy nuevo, un tipo especial de gran sensibilidad que dispone además de un circuito compasivo-protector equilibrado. Un trabajo de primera categoría... Cualquier orden directa que un robot normal obedecería al instante, en éste es evaluable antes por dicho circuito, calculando su beneficio o daño para el paciente. Sólo en el caso que sea beneficiosa, o al menos no perjudicial, será obedecida la orden. Se han obtenido resultados maravillosos en la crianza y cuidado de niños. Pero existe una gran demanda, y me temo que este modelo resulte bastante caro.

—¿Cuánto? —preguntó George.

El precio en números redondos que le dio el doctor le hizo fruncir el ceño unos momentos. Luego dijo:

—Representa la mayor parte de las economías de Janet, pero las comodidades se logran gracias al ahorro. ¿Dónde puedo encontrar uno?

—No se pueden adquirir así como así —le informó el doctor—. Tendré que conseguirle prioridad, pero dadas las circunstancias, lo haré gustoso. Ahora vaya junto a su esposa y decidan los dos acerca de la presentación que prefieran. Luego, me hace saber lo que su esposa desea y me ocuparé de ello inmediatamente.

—Uno apropiado —dijo Janet—. Quiero decir que quede bien en una casa. Que no sea una de esas cajas de plástico provistas de palancas y anteojos. Si ha de cuidar la casa, al menos que tenga apariencia de sirvienta.

—¿No prefieres un criado?

Janet sacudió la cabeza.

—No, ya que también se va a cuidar de mí, me gustaría más una criada, con un vestido de seda negro, un delantal y un gorrito blanco almidonado. Me gustaría que fuera rubia, de pelo oscuro, que mida 1,65 y tenga aspecto agradable, pero que no sea demasiado guapa. No quiero ponerme celosa...

El doctor retuvo a Janet otros diez días en el hospital, mientras se resolvía el asunto. Tuvieron suerte, pues se canceló un encargo y ganaron el turno, aunque tuvieron que esperar un poco debido a los requisitos exigidos por Janet, sin contar con que fue preciso añadirle también los circuitos normales de pseudo-memoria de una criada doméstica, para que llevara a cabo el trabajo de la casa.

Se lo entregaron al día siguiente de su salida del hospital. Dos graves mozos-robot depositaron una caja en la puerta principal, preguntando si deseaban que fuese desembalada. La mujer dijo que no y les rogó que la dejaran allí mismo.

Al llegar, George quiso abrirla inmediatamente, pero su esposa meneó la cabeza.

—Primero la cena —decidió—. Al robot no le importa esperar.

La cena fue breve. Cuando terminaron, George llevó los platos a la cocina y los apiló en el fregadero.

—¡Se acaban de fregar los platos! —exclamó, satisfecho.

Se acercó a la casa vecina para pedir prestado un robot que le entrara la caja, pero como ésta pesaba más de lo previsto, tuvo que apelar también al de la casa de enfrente. Entre los dos, lo entraron al fin y lo depositaron en la cocina; luego se fueron.

George fue a buscar un destornillador y quitó los seis grandes tornillos que mantenían la tapa en su sitio. El interior estaba lleno de virutas. Las quitó todas y las tiró al suelo.

Janet protestó.

—¿Qué haces? *Vamos* a tener que limpiarlo —exclamó divertida.

En el interior había otra caja más ligera. Al abrir la tapa apareció una capa de guata blanca como la nieve. George la enrolló con cuidado y la sacó. Debajo, con un vestido negro y un delantal blanco, yacía el robot.

Lo miraron durante algunos segundos sin hablar.

Parecía realmente vivo. Por alguna razón, a Janet le pareció extraño que aquel fuera *su* robot..., notó un sentimiento nervioso y oscuro de ligera culpabilidad...

—La bella durmiente —comentó George mientras buscaba el manual de instrucciones.

No se podía decir que el robot fue una belleza. Se habían respetado los deseos de Janet. Parecía agradable, tenía buen aspecto y todos los detalles se hallaban muy cuidados. Su pelo dorado era abundante y casi envidiable, pese a estar compuesto posiblemente de hebras de plástico ondulado irrompible. La piel, otra especie de plástico que recubría un cuerpo cuidadosamente reproducido, sólo se distinguía de la verdadera por su perfección.

Janet se arrodilló ante la caja y recorrió con un dedo aquella impecable complexión. Estaba bastante, bastante fría.

Se sentó sobre los talones y pensó que le acababan de regalar una muñeca grande, una maravillosa muñeca de metal, plástico y circuitos electrónicos. Pero también algo inquietante.

En primer lugar, no esperaba considerarla como «eso». Le gustase o no, la consideraría en su interior como «ella». Por otra parte, necesitaría un nombre, lo que aumentaría su parecido con una persona.

—«Un modelo equipado con baterías —leyó George—. Requiere normalmente una carga nueva cada cuatro días. Otros modelos, sin embargo, están diseñados para generar su propia electricidad, en cuanto sea necesario». Vamos a sacarlo.

Lo cogió por los sobacos e intentó levantarlo.

—¡Uf! —exclamó—. Debe pesar tres veces más que yo —probó de nuevo—. ¡Demonios! —y buscó otra vez el libro.

Sus cejas se contrajeron.

—«Los interruptores de control se hallan situados en la espalda, un poco más arriba de la cintura». Muy bien, quizá podamos darle la vuelta.

Con un esfuerzo consiguió poner el maniquí de costado y empezó a desabrochar los botones del vestido. A Janet le pareció una indelicadeza y dijo:

—Yo lo haré.

Su marido le echó una rápida mirada.

—De acuerdo, es tuyo —cedió.

—No es una cosa. La voy a llamar Hester.

—Perfectamente —respondió él.

Janet desabrochó los botones y rebuscó por debajo del vestido.

—No encuentro nada.

—Tiene que haber un pequeño panel que se abre —le informó él.

—¡Oh, no! —exclamó ella en un tono ligeramente alterado.

Su marido la miró de nuevo.

—Querida, no es más que un robot, una máquina.

—Ya lo sé —respondió Janet con sequedad.

Se recobró de nuevo y abrió el panel.

—«Se gira el interruptor superior media vuelta a la derecha y se cierra el panel para completar el circuito» —leyó George en el manual.

Janet obedeció y se sentó de nuevo, rígidamente, sobre los talones, esperando.

El robot se estremeció. Luego se volvió, se sentó para, finalmente, ponerse de pie. Permaneció ante ellos, como una perfecta doncella de película.

—Buenos días, señora —saludó—. Buenos días, señor. Me sentiré complacida en servirles...

—Gracias, Hester —respondió Janet, mientras buscaba apoyo en un almohadón. No era necesario dar las gracias a un robot, pero decidió que si no se practica la cortesía con los robots, pronto se olvida en su uso el trato con las demás personas.

Por otra parte, Hester no era un robot corriente. No volvió a llevar el uniforme de doncella. En cuatro meses se convirtió en una amiga, una incansable y atenta amiga. Ya desde el principio, a Janet le había costado creer que fuera una máquina. Con el correr de los días se transformaba más y más en una persona.

El hecho de que consumiese electricidad en vez de comida no tenía la menor

importancia. En una ocasión empezó a girar sobre sí misma y en otra se alteró su sentido de la perspectiva y dispuso todos los objetos de la casa al revés, pero esto no eran más que indisposiciones como las tendría cualquiera, y el mecánico-robot que venía para ajustarla cobraba lo mismo que cualquier médico. Hester no sólo era una persona, sino una compañía preferible a otras muchas.

—Supongo —comentó Janet, recostándose en la silla— que me considerarás como una pobre cosa débil.

Si algo no cabía esperar de Hester eran los eufemismos.

—Sí —respondió francamente. Pero luego añadió—. Creo que los humanos son pobres cosas débiles. Están hechos así. Hay que sentir lástima por ellos.

Janet pensaba que en tales ocasiones era el circuito compasivo el que hablaba, o intentaba imaginar la labor de computación, selección, asociación y síntesis que Hester debía efectuar para producir una observación semejante. Como diría un extraño, había tomado las cosas bien.

—Comparados con los robots, es natural que lo parezcamos. Eres fuerte e incansable, Hester. ¡Si supieras cuánto te envidio! —añadió.

Hester se ajustó a la verdad.

—Nosotros fuimos diseñados. Ustedes fueron accidentales. No es culpa suya, es una desgracia.

—¿Te consideras mejor que yo? —preguntó Janet.

—Por supuesto —respondió el robot—. Somos más fuertes, no tenemos que dormir periódicamente para recuperarnos, ni llevar dentro una fábrica química de funcionamiento inseguro. No hemos de crecer ni nos deterioramos. Los seres humanos son torpes, frágiles y enferman a menudo porque hay algo en ellos que no trabaja debidamente. Si se nos estropea algún órgano o se rompe, podemos sustituirlo inmediatamente. Ustedes tienen una serie de palabras tales como dolor, sufrimiento, infelicidad y fatiga, cuyo significado no entendemos y que nos han de enseñar que son inútiles para nosotros. Lamento que deba depender de estas cosas y sea tan débil y frágil. Se desequilibra mi circuito compasivo.

—Débil y frágil —repitió Janet—. Así es como me siento.

—¡Los humanos tienen que vivir tan precariamente! —prosiguió Hester—. Si perdiese una pierna o un brazo, en pocos minutos tendría otro nuevo. Pero un ser humano no sólo sufriría largo tiempo, sino que se consideraría afortunado con sanar, aunque le faltara un miembro. Y después de diseñarnos, ustedes han aprendido a hacer brazos y piernas más fuertes y mejores que los antiguos. La gente debería apresurarse a cambiar un brazo débil por otro mejor, pero no parece desearlo si puede conservar los que ya tenía.

—¿Quieres decir que se pueden injertar? No lo sabía —se asombró Janet—. Si mi problema se limitase a las piernas o a los brazos, quizá dudaría, pero...

Suspiró.

—El doctor no me dio muchos ánimos esta mañana, Hester. He perdido fuerzas y debo descansar más. No espera que me fortalezca mucho; precisamente estaba intentando animarme cuando... Tenía una curiosa expresión después de la revisión. Pero lo único que dijo era que tenía que descansar. ¿Para qué sirve estar vivo si sólo se descansa, se descansa y se descansa?... Y el pobre George, ¿qué clase de vida es la suya? ¡Es tan paciente y tan cariñoso! Haría cualquier cosa por reponerme, pero... Pronto moriré...

Janet hablaba más para sí que para la paciente Hester. Empezó a llorar y la miró.

—¡Oh, Hester! Si fueras humana creo que no podría soportarte. Te odiaría por ser tan fuerte y tan sana. Pero no puedo, Hester. ¡Eres tan amable y tan paciente cuando me pongo tonta como ahora...! Creo que hasta llorarías conmigo, por acompañarme, si pudieras.

—Lo haría si pudiera —corroboró Hester—. Mi circuito compasivo...

—¡Oh, *no!* —protestó Janet—. No es posible. Has de tener un corazón en alguna parte, Hester. Has de tenerlo.

—Espero que sea más útil que un corazón —dijo Hester.

Se acercó ella, se inclinó y tomó en brazos a Janet como si no pesara nada.

—Se ha cansado demasiado, querida Janet. La llevaré arriba para que duerma un poco antes de que su marido regrese.

Janet sintió los brazos del robot a través del vestido, pero su frialdad ya no la molestaba. Lo único importante era que unos brazos fuertes la protegían.

Murmuró:

—¡Cómo me alivias, Hester! Sabes siempre lo que debo hacer. —Hizo una pausa y añadió doliente—: Sé lo que piensa, el doctor quiero decir, lo adivino. Cree que me iré debilitando, debilitando, hasta que un día desfallezca y muera. Me moriré pronto y no quiero, Hester. No quiero morir...

El robot la meció un poco como si fuera una niña.

—Vamos, vamos, querida. No se encuentra tan mal como parece —la animó—. No debe pensar en morir ni tampoco debe llorar. No es bueno para usted, ya lo sabe. Además, no querrá que su marido vea que ha estado llorando.

—Lo intentaré —asintió Janet, obediente, mientras Hester la sacaba de la habitación y subía las escaleras...

El recepcionista-robot del hospital levantó la cabeza del escritorio.

—Mi esposa —pidió George—. Hace una hora que llamé preguntando por ella.

El rostro del robot asumió una impecable expresión de simpatía profesional.

—Sí, señor Shand. Lamento la fuerte impresión que ha sufrido usted, pero, como ya le dije, su sirvienta-robot hizo lo que debía y nos la envió inmediatamente.

—He intentado establecer comunicación con su médico, pero está ausente —le

informó George.

—No debe preocuparse por ello, señor Shand. Ha sido examinada y disponemos de todos los datos precisos del hospital donde estuvo internada anteriormente. La operación ha sido fijada, en principio para mañana, pero, desde luego, necesitamos su consentimiento.

George vaciló.

—¿Podría ver al doctor que se encarga del caso?

—En este momento no se halla en el hospital, lo siento.

—¿Es absolutamente necesario...? —preguntó tras una pausa.

El robot lo miró inmutable e hizo una señal afirmativa.

—Durante los últimos meses se ha debilitado progresivamente.

George asintió.

—De no intervenir, seguiría debilitándose y padecería más antes del fin —explicó el robot.

George miró confuso la pared durante algunos segundos.

—Ya veo —murmuró sombrío.

Tomó la pluma y firmó con mano temblorosa el formulario que el robot le puso delante. Lo miró unos momentos sin verlo.

—¿Tendrá..., tendrá probabilidades de éxito?

—Sí —respondió el robot—. Nunca falta riesgo, desde luego, pero existen muchas probabilidades de completo éxito.

George suspiró de nuevo.

—Me gustaría verla —rogó.

El robot oprimió un botón.

—*Debe verla* —respondió—. Pero le ruego que no la moleste. Ahora está durmiendo y es mejor no despertarla.

George tuvo que conformarse, pero abandonó el hospital tranquilizado por la plácida sonrisa que se dibujaba en los labios de su mujer mientras dormía.

Del hospital le llamaron a la oficina al día siguiente por la tarde. La operación parecía haber resultado un completo éxito, y todos confiaban en ello. No había, pues, motivo de preocupación. Los médicos se sentían muy satisfechos. No, no le convenía a la paciente recibir visitas durante cinco días por lo menos, pero ello no significaba nada alarmante, en absoluto.

George llamó cada día con la esperanza que le permitieran visitarla. Se mostraron amables, pero inflexibles en esta cuestión. Al quinto día, sin embargo, le comunicaron repentinamente que su mujer había sido dada de alta y se hallaba ya en casa. George se quedó desconcertado; esperaba que la convalecencia durara semanas. Salió corriendo, compró un ramo de rosas y se saltó media docena de señales de tráfico para llegar antes.

—¿Dónde está? —le preguntó a Hester al abrirse la puerta.

—En la cama. Pensé que lo mejor... —empezó Hester, pero George no oyó el resto, porque se hallaba ya en la escalera.

Janet estaba acostada. Sólo la cabeza sobresalía de la colcha, con un vendaje alrededor del cuello. George puso las flores sobre la pequeña mesita de noche, se inclinó sobre ella y la besó gentilmente. La mujer le miró con ansiedad.

—¡Oh, George, querido! ¿Te lo ha dicho?

—¿Quién me ha dicho el qué? —preguntó él, sentándose en el borde de la cama.

—Hester. Me dijo que lo haría. ¡Oh, George! No quise hacerlo. No pensaba hacerlo. Ella me envió, George. Me sentía tan débil y desgraciada. Quería estar fuerte y no comprendía lo que significaba realmente. Hester dijo...

—Tómalo con calma, querida. Tranquilízate —sugirió su marido con una sonrisa—. ¿Qué quieres dar a entender?

Buscó bajo las sábanas y tomó una de sus manos.

—Pero George... —empezó ella.

Él la interrumpió.

—Querida, tienes las manos terriblemente frías. Parece como...

Sus dedos subieron a lo largo del brazo y la miró con ojos desorbitados, incrédulamente. De un brinco saltó de la cama y quitó la colcha de un tirón. Puso la mano sobre el leve camisón, a la altura del corazón, y la retiró como si le hubieran pinchado.

Se tambaleó.

—¡Dios mío! ¡No! —exclamó, mirándola.

—Pero, George. George, querido —imploró la cabeza de Janet desde las almohadas.

—¡NO! ¡NO! —gritó George, casi con un chillido.

Dio la vuelta y abandonó corriendo, ciegamente, la habitación.

Pero en la oscuridad del rellano no encontró el peldaño superior de la escalera y cayó de cabeza hasta abajo, con gran ímpetu.

Hester lo encontró, hecho un ovillo, en el vestíbulo. Se inclinó para explorar cuidadosamente el daño que había sufrido. La extensión de éste y la fragilidad de la estructura dañada alteraron grandemente su circuito compasivo. No intentó moverlo. Se dirigió al teléfono y marcó un número.

—¿Urgencia? —preguntó, y dio el nombre y la dirección—. Sí, inmediatamente —apremió—. Quizá no quede mucho tiempo. Muchas fracturas graves. Creo que se ha roto la columna vertebral, pobre hombre... No, la cabeza no parece haber sido afectada... Sí, mucho mejor. Quedaría tullido para el resto de sus días, aun en el caso de salvarse... Sí, conviene que envíen el formulario de consentimiento con la ambulancia, para que se pueda firmar en seguida... ¡Oh, sí! No habrá ningún

inconveniente. Su esposa firmará.

VOLPLA

Wyman Guin

Volpla, 1952

Vivían tres de ellos. Docenas de débiles y pequeños mutantes que habrían vuelto histérico a un zoólogo convencional yacían allí, en el acelerador metabólico. Sin embargo, vivían tres de *ellos*. Mi corazón dio un vuelco.

Oí el rumor de los pies de mi hija en las salas de los animales y los golpes de sus patines. Cerré el acelerador y me dirigí hacia la puerta del laboratorio. La niña giró el tirador violentamente, intentando encontrar una combinación que la abriese.

Abrí la cerradura de la puerta, la sostuve contra su empuje y me deslicé fuera, de suerte que, pese a su curiosidad, no pudiese ver nada. Bajé la vista hacia ella con indulgencia.

—¿No puedes ajustar tus patines? —pregunté de nuevo.

—Papaíto, lo he intentado una y otra vez y no puedo ajustar esta vieja llave lo suficiente.

Continué observándola.

—¡Papaíto, no puedo!

—Ajústala lo suficiente.

—¿Qué?

—No puedes ajustar la vieja llave lo suficiente.

—Eso es lo que he *dicho*.

—Muy bien, pequeña. Siéntate en esa silla.

Me incliné y empujé un zapato dentro de un patín. Encajó perfectamente. Anudé las correas al tobillo e intenté utilizar la llave para apretar la grapa.

Al fin tenía volplas. Tres de ellos. Estuve siempre tan seguro que podría crearlos, que durante diez años los había estado llamando volplas. No, doce. Eché una ojeada hacia la sala de animales, donde el viejo Nijinsky asomaba su grisácea cabeza por una jaula. Les llamaba volplas desde el día en que los prolongados brazos del viejo Nijinsky y los pliegues laterales de la piel de su primo me habían sugerido la idea de un mutante volador.

Cuando Nijinsky advirtió que lo miraba, inició una pequeña tarantela alrededor de su jaula. Sonreí con nostalgia cuando los quintos dedos de sus manos, cuatro veces tan largos como los otros, se desenroscaron mientras daba vueltas.

Me volví para encajar el otro patín de mi hija.

—¿Papaíto?

—¿Sí?

—Mamá dice que eres un excéntrico. ¿Es verdad?

—Le hablaré acerca de ello.

—¿No lo *sabes*?

—¿Entiendes lo que quiere decir esa palabra?

—No.

La alcé de la silla y la puse de pie sobre sus patines.

—Dile a tu madre que éste es mi desquite: yo digo que *ella* es guapa.

La niña patinó torpemente entre las hileras de jaulas desde las cuales los mutantes con piel parda y piel azul —demasiada y demasiado poca piel, brazos enormemente largos y ridículamente cortos—, la miraron con rostros simiescos, caninos o roedores. En la puerta que daba al exterior, giró peligrosamente y me saludó.

Otra vez en el laboratorio, penetré en el acelerador metabólico y retiré las agujas intravenosas de mis primeros volplas. Llevé sus débiles y pequeños cuerpos fuera hasta un colchón de laboratorio, dos hembras y un macho. El acelerador les había empujado casi hasta la edad adulta en menos de un mes. Transcurrirían varias horas antes de que empezaran a moverse, a aprender a alimentarse y a jugar, quizá a volar.

Estaba claro que no existía ninguna lucha de mutaciones dominantes. Los alelos modulantes habían convertido algo monstruoso en un hermoso ejemplar. Los volplas no eran monstruos agostados por el control de las radiaciones. Eran preciosas y perfectas criaturas.

Mi esposa intentó también abrir la puerta, pero de forma más sutil, como si casualmente tocase el tirador mientras llamaba.

—La comida, querido.

—No te muevas de ahí.

También ella atisbó, como lo hacía desde unos quince años, pero obstruí su campo de visión al deslizarme fuera.

—Vamos, viejo ermitaño. Tengo un ambigú en la terraza.

—Nuestra hija dice que soy un excéntrico. Lo que me asombra es cómo diablos lo descubrió.

—Sin duda gracias a mí.

—Pero me quieres exactamente lo mismo.

—Te adoro. —Se puso de puntillas, apoyó sus brazos sobre mis hombros y me besó.

Mi esposa tenía un ambigú de aspecto realmente delicioso dispuesto en la terraza. La criada se disponía a colocar en el suelo un calentador lleno de hamburguesas. Le di un pellizco diciendo:

—Hola, nena.

Mi esposa me miró con desconcertada sonrisa.

—¿Se puede saber qué te pasa?

La criada se refugió dentro de la casa.

Puse una hamburguesa y una rodaja de cebolla sobre un plato, cogí la salsa y afirmé:

—He llegado a la edad peligrosa.

—¡Oh, válgame Dios!

Unté de salsa la hamburguesa, eché la cebolla encima y la cerré. Abrí una botella

de cerveza y bebí un largo trago. Suspiré, mientras miraba a través de las onduladas colinas y los robledales de nuestro rancho hacia el Pacífico. Pensé: «Todo esto y además tres volplas».

Me limpié la boca con el dorso de la mano y exclamé:

—Sí, señor, la edad peligrosa. Y voy a divertirme, señora.

Mi esposa suspiró pacientemente.

Me encaminé hacia ella, puse el brazo que sostenía la botella de cerveza alrededor de su hombro y alcé cariñosamente su barbilla con la otra mano. El dorado sol danzó en sus azules ojos. Observé una luz conocida en ellos y dije:

—Pero tú eres la única que me pone peligroso.

La besé hasta que oí los patines atravesando la terraza y, por el lado contrario, un galope de caballo hacia la terraza.

—Tus labios son deliciosos —murmuré.

—Gracias. También tu eres un perfecto hombre de tu casa.

Nuestro hijo encabritó el nuevo caballo que le acababa de regalar al cumplir los catorce años y gritó:

—¡Suelta a esa doncella, malvado, o te llenaré la tripa de plomo!

Me reí, cogí mi plato y me senté en la silla. Mi esposa me trajo un poco de ensalada y empecé a comer a dos carrillos mientras miraba al chico desensillar el caballo y enviarlo con una palmada hacia el prado.

Pensé: «¡Cielos, le daría un ataque si supiese lo que tengo allí, en el laboratorio! ¡Y a todos ellos!»

El muchacho llevó la silla hasta la terraza y la dejó caer.

—Mamá, me gustaría nadar antes de comer —y empezó a desnudarse.

—Me parece que te conviene, un poco de agua te sentará bien —convino ella, sentándose junto a mí con su plato.

La niña se quitó de un tirón sus patines.

—También yo quiero nadar.

—Muy bien. Pero entra en la casa y ponte el bañador.

—¡Oh, mamá! ¿Por qué?

—Porque yo lo digo, querida.

El chico había cruzado ya la terraza y se arrojó dentro de la piscina. El refrescante ruido de la zambullida hizo que la niña echara a correr en busca de su bañador.

Miré a mi esposa.

—¿Ocurre algo de particular?

—Pronto será una mujer.

—¿Es esa una razón para llevar ropa? Mírale. Ya es un hombre.

—Bien, si esa es tu opinión, los dos tendrán que empezar a ir vestidos.

Engullí los restos de mi hamburguesa y los hice bajar con la cerveza.

—Este lugar se va al infierno —me lamenté—. Al viejo no se le permite pellizcar a la criada y los niños no pueden ir desnudos.

Me incliné hacia ella y deposité un sonoro beso en su mejilla.

—Pese a todo, la comida y la vieja son todavía lo mejor.

—Dime, ¿qué te pasa? Has estado sonriendo como un mico satisfecho desde que saliste del laboratorio.

—Te lo expliqué...

—¡Oh, otra vez no! Tú fuiste peligroso a cualquier edad.

Me levanté, eché mi plato a un lado y me incliné sobre ella.

—Exactamente. Y voy a tener una nueva clase de diversión.

Extendió la mano para asir mi oreja. Contrajo sus ojos e hizo una mueca de horror fingido.

—Es una broma —le aseguré—. Voy a gastarle una tremenda broma al mundo entero. Antes tenía la sensación de haberme equivocado, pero siempre he...

Retorció mi oreja y contrajo aún más sus ojos.

—¿Cómo?

—Bueno, cuando mi padre empezaba a extraer su fortuna de algunos pozos de petróleo de Oklahoma, estuvimos allí. En las afueras encontré una vez un lecho de piedras planas que escondía una camada de serpientes negruzcas. Llené un cubo con ellas, lo llevé a la ciudad y lo vertí en la acera frente a un cine justamente cuando salían los asistentes a la función de tarde de Theda Bara. Lo grande fue que nadie me había visto. No podían comprender cómo tantas serpientes llegaron allí. Aprendí que lo mejor es permanecer tranquilamente a la expectativa y observar cómo la gente reacciona ante la sorpresa que se le ha preparado.

Ella soltó mi oreja.

—¿Es esa tu diversión?

—Sí.

Meneó la cabeza.

—¿Dije que eras *excéntrico*?

Sonreí burlonamente.

—Perdóname si como y me marché, querida. Algo en el laboratorio no puede esperar.

El hecho es que guardaba en el laboratorio más de lo que había pretendido. Había buscado únicamente un mamífero planeador algo más eficiente que el Planeador Polvorientado de Australia, un marsupial. Pese a la importancia de las mutaciones, en los últimos años mis animales tenían decidida apariencia simiesca, una considerable evolución desde las ratas de vertedero con las que empecé. Sin embargo, mis primeros volplás eran asombrosamente humanoides.

También habían sido infinitamente más rápidos que sus predecesores en organizar

su actividad nerviosa, después de su tranquila explosión de crecimiento en el acelerador metabólico. Cuando regresé al laboratorio, ya estaban dando vueltas sobre el colchón y el macho intentaba ponerse en pie. Era, con escasa diferencia, el más grande y tenía sesenta y cinco centímetros de alto.

Exceptuando el rostro, el pecho y el vientre, estaban cubiertos por un vello suave y casi dorado. Donde no existía ese dorado pelaje, la piel era rosada. Sobre sus cabezas, y a lo largo de los hombros del macho, se hallaba un mechón de piel tan suave como la chinchilla. Los rostros eran manifiestamente humanoides, aunque los ojos eran grandes y nocturnales. La proporción entre el cráneo y el cuerpo era similar a la humana.

Cuando el macho extendía los brazos, abarcaba un espacio de un metro. Extendí sus brazos e intenté provocar que se abriesen los mástiles. No eran nuevos. Durante años los mástiles habían sido comunes a la colonia básica y eran el resultado de mutaciones sucesivas, produciendo aquellos prolongados quintos dedos que aparecieron primero en Nijinsky. Ya no unido como un dedo, el mástil giraba vivamente hacia atrás y corría a lo largo de la muñeca casi hasta el codo. Los poderosos músculos de la muñeca podían lanzarlo hacia afuera y hacia adelante, lo que ocurrió súbitamente cuando excitaba al volpla macho.

Los mástiles aumentaban su envergadura en veinticuatro centímetros. Mientras giraban hacia fuera y hacia delante, su piel lateral —hasta entonces recogida en holgados pliegues— se estiraba en una dorada superficie, que se extendía desde la punta del mástil hasta su cintura y continuaba con un ancho de nueve centímetros sus extremidades en donde se aseguraba al dedo meñique del pie.

Aquella era, con mucho, la más impresionante superficie obtenida hasta entonces. Se trataba de una verdadera superficie planeadora, quizá incluso voladora. Sentí correr un estremecimiento a lo largo de mi espalda.

A eso de las cuatro de la tarde, empecé a suministrarles alimento sólido y, con los mástiles cerrados, formaban pequeños recipientes y bebían en ellos de un modo muy parecido al humano. Eran activos, curiosos, juguetones y decididamente encantadores.

Sus cualidades humanoides parecían en aumento. Existía una curvatura lumbar y nalgas. La zona del hombro y los músculos pectorales eran fuertes y fuera de proporción, por supuesto, mientras que las hembras sólo tenían un par de pechos. La barbilla y la mandíbula eran iguales a las humanas, en vez de simiescas, y el aparato dental resultaba apropiado a su estructura. Lo que eso presagiaba me produjo una conmoción.

Estaba arrodillado sobre el colchón, sopapeando al macho como si fuera un perrito, cuando una de las hembras trepó juguetonamente sobre mi espalda. Extendí la mano, la puse sobre mi hombro y la senté. La acaricié diciendo:

—Hola, bonita. Hola.

El macho me observó, sonriendo burlonamente.

Dijo:

—Hola, hola.

Mientras penetraba en la cocina, aturdido por el acontecimiento, mi esposa dijo:

—Guy y Em vuelan hacia aquí para cenar. Ese cohete de Guy que lanzaron en el desierto ayer resultó un éxito. Arrastró a Guy hasta la Cloud Nine y quiere celebrarlo.

Bailé una jiga como sólo el viejo Nijinsky hubiese podido hacerlo. ¡Oh, grande! ¡Oh, maravilloso! ¡Estupendo, Guy! Todo el mundo alcanza el éxito. ¡Éxito sobre éxito!

Bailé junto a la mesa de la cocina hasta que la criada salió precipitada en busca de otro lugar donde refugiarse.

Mi esposa me miró con asombro.

—¿Has estado bebiendo alcohol del laboratorio?

—He estado bebiendo el néctar de los dioses. Hera mía, estás casada con el mismísimo Zeus. He concebido a unos pequeños griegos descendientes de Ícaro.

Ella simuló un desesperanzado hundimiento de sus bonitos hombros.

—¿No te sosegarías con un terrenal martini?

—Me sosegaré, sí. Pero primero un beso divino.

Sorbí mi martini y me repantigué en una silla de la terraza observando el áureo declinar de la tarde a través de las hermosas colinas de nuestro rancho. Soñé. Idearía una eufórica serie de palabras equiparables al vocabulario inglés básico y vivirían en pequeñas casas de árboles.

Les enseñaría leyendas: que habían venido de las estrellas, que observaron a los primeros hombres rojos y luego a los primeros hombres blancos penetrar en esas colinas.

Cuando pudieran valerse por sí mismos, los dejaría en libertad. Existirían colonias volplas a un lado y a otro de la costa antes de que nadie pudiese sospechar nada. Un día, alguien vería un volpla. Los periódicos se reirían.

Más tarde una persona autorizada encontraría una colonia y la observaría, hasta concluir: «Estoy convencido que tienen un lenguaje y hablan inteligentemente».

El Gobierno lo desmentiría. Los periodistas «fieles a la verdad» preguntarían: «¿De dónde han venido esos extraños seres?» El Gobierno admitiría los hechos de mala gana. Los lingüistas estudiarían cuidadosamente y aprenderían el sencillo lenguaje volpla. Después llegarían las leyendas.

La sabiduría volpla llegaría a ser un culto, y de todas las formas de comedia, en mi opinión, los cultos son la más divertida.

—Querido, ¿estás escuchándome? —preguntó mi esposa con inquieta paciencia.

—¿Qué? Sin duda alguna. Desde luego.

—No oíste una palabra. Te limitas a sentarte ahí y a sonreír burlescamente al vacío.

Se levantó y me sirvió otro martini.

—Toma, quizá esto te tranquilizará.

—Esos son probablemente Guy y Em.

Un helicóptero apareció sobre la loma, para luego enfilarse hacia nosotros. Guy lo posó suavemente sobre el espacio reservado para el aterrizaje y descendimos para salir a su encuentro.

Ayudé a salir a Em y la abracé. Guy saltó fuera, preguntando:

—¿Está funcionando tu televisor?

—No —contesté—. ¿Debería estarlo?

—Es casi la hora de la emisión. Temía que nos la perderíamos.

—¿Qué emisión?

—La del cohete.

—¿Cohete?

—Por favor, querido —se lamentó mi esposa—. Te expliqué lo del cohete de Guy. Los periódicos no hablan de otra cosa.

Mientras subíamos a la terraza, se volvió hacia Guy y Em.

—Hoy está completamente ido. Cree que es Zeus.

Pedí a nuestro hijo que empujase el carrito del televisor a la terraza, mientras yo preparaba martinis para nuestros amigos. Luego nos sentamos, nos bebimos los combinados, los niños tomaron zumo de frutas y miramos el programa que Guy había sintonizado.

Un guasón del Tecnológico de California estaba explicando diagramas de un cohete multifase.

Tras una pausa me levanté y dije:

—Tengo algo en el laboratorio que necesito revisar.

—¡Eh! Espera un minuto —objetó Guy—. Va a salir el lanzamiento en seguida.

Mi esposa me dirigió una mirada; conozco la clase. Me senté. Luego me levanté, me serví otro martini y renové también el de Em. Volví a sentarme.

La pantalla mostraba ahora una plataforma de lanzamiento en el desierto. El propio Guy explicaba que, al oprimir el botón enfrente de él, la compuerta de la tercera sección del gran cohete se cerraría y, cinco minutos más tarde, la nave se lanzaría al espacio.

Apretó el botón, y oí a Guy, junto a mí, exhalar un pequeño suspiro. Observamos cómo se cerraba lentamente la compuerta.

—Tienes un magnífico aspecto —dije—. Un atildado miembro de las fuerzas de asalto al espacio. ¿A qué estás disparando?

—Querido ¿te estarás... quieto, por favor?

Sí papaíto. Pero como estás siempre bromeando.

En la pantalla, el enorme rostro de Guy estaba explicando, con absoluta seriedad, otros detalles del proyecto y de súbito comprendí que se trataba de un cohete dotado de instrumentos que pensaban enviar a la Luna. Emitiría desde allí. Bueno, no estaba nada mal. Empecé a sentirme un poco avergonzado por el modo en que me había estado portando, tendí la mano y le di una palmada al viejo Guy sobre el hombro. Durante un segundo, pensé en hablarle de mis volplás. Fue únicamente un segundo.

Una bola de fuego apareció en la base del cohete. Milagrosamente, la pesada torre se elevó, por un instante pareció reposar sobre una llameante columna, luego desapareció.

La emisión volvió a un estudio, donde un locutor explicó que la película que acababan de mostrar había sido tomada anteayer. Por el momento, se sabía que la tercera sección del cohete había alunizado felizmente en la orilla sur del Mare Serenitatis. Indicó la localización sobre un gran mapa lunar detrás de él.

—Desde esta posición, el telémetro denominado Cohete Charlie estará emitiendo datos científicos durante varios meses. Ahora, damas y caballeros, conectaremos. Atentos al Cohete Charlie.

Un cronómetro apareció en la pantalla y, durante varios segundos, reinó el silencio.

Oí murmurar a mi hijo:

—¡Tío Guy, eso es formidable!

Mi esposa dijo:

—Em, creo que voy a desmayarme.

De repente surgió un paisaje lunar en la pantalla, con la misma apariencia de como siempre ha sido descrito. Una voz mecánica intervino.

—Aquí el Cohete Charlie diciendo «Hola, Tierra» desde mi posición en el Mare Serenitatis. En primer lugar observaré las montañas Menelaus durante quince segundos. Luego enfocaré mi cámara sobre la Tierra durante cinco segundos.

La cámara empezó a moverse y aparecieron las montañas, muertas y terriblemente salvajes. Hacia el final del movimiento, la sombra vertical de la tercera sección brotó en primer término.

Bruscamente la cámara describió una vertiginosa panorámica, enfocó un momento, y allí estaba la Tierra. Ahora no existía ninguna Luna sobre California. Eran África y Europa lo que estábamos contemplando.

—Aquí el Cohete Charlie diciendo «Adiós, Tierra».

Al terminar la emisión, se desencadenó un pandemónium en nuestra terraza. El viejo Guy, en el colmo de la felicidad, se secaba las lágrimas. Las mujeres le besaban y le abrazaban. Todo el mundo hablaba a la vez.

Utilicé el acelerador metabólico para reducir la gestación de los volplás a una semana. Luego conseguí con él que los cachorros llegasen a la madurez en un mes. Tuve suerte. Por absoluta casualidad, la mayoría de los primeros cachorros fueron hembras, lo que aceleró las cosas considerablemente.

La primavera siguiente disponía ya de una colonia de más de cien volplás y detuve el acelerador. De ahora en adelante podrían tener niños a su propia manera.

Había creado un lenguaje para ellos, utilizando el inglés básico como modelo y, durante los meses en que cada hembra estuvo ocupada en el acelerador metabólico, se lo enseñé a los machos. Lo hablaban lentamente, en alta voz, pero las ochocientas palabras de que se componía no parecían abrumar ni un ápice sus pequeños cerebros.

Mi esposa y los niños se fueron a Santa Bárbara para pasar una semana y aproveché la oportunidad para soltar al más viejo de los machos y a sus dos hembras fuera del laboratorio.

Los instalé en el *jeep* junto a mí y los conduje hasta un pequeño valle alejado aproximadamente una milla detrás del rancho.

Los tres contemplaban asombrados el paisaje y parloteaban continuamente. Estuve ocupado relacionando sus palabras para «árbol», «roca», «cielo», con los objetos. Tuvieron una pequeña dificultad con «cielo».

Hasta que no los saqué al aire, no pude apreciar lo encantadores que eran. Armonizaban perfectamente con el paisaje de California. Ocasionalmente, cuando levantaban los brazos, los mástiles se abrían y extendían sus estupendos planeadores.

Casi dos horas pasaron antes de que el macho consiguiera elevarse en el aire. Su juguetona curiosidad acerca del mundo había sido olvidada momentáneamente y perseguía a una de las muchachas. Como suele ocurrir, ella estaba ansiosa por ser atrapada y se detuvo bruscamente al pie de una pequeña loma.

Probablemente pensó en lanzarse hacia ella. Pero cuando extendió sus brazos, los mástiles se soltaron hacia fuera y sus dorados planeadores se agitaron en el aire. Se deslizó sobre la hembra en un vuelo sorprendente. Luego se elevó más y más hasta balancearse en la brisa durante un largo rato, a diez metros sobre el suelo.

Volvió un rostro implorante hacia mí, profundamente preocupado, y se deslizó directamente hacia un arbusto. Se inclinó instintivamente, giró hacia nosotros con un áureo fulgor y se estrelló con brusquedad sobre la hierba.

Las dos hembras le alcanzaron antes de que yo lo hiciese y le acariciaron y se agitaron sobre él de suerte que no pude acercarme. De repente profirió una aguda y pequeña carcajada. Desde entonces todo fue muy divertido.

Aprendieron rápida y brillantemente. No eran voladores, pero sabían planear y remontarse. No tardaron en trepar ágilmente a los árboles para lanzarse en bellos planeos durante centenares de metros, inclinándose, girando y moviéndose en espiral

hasta una loma suave.

Me desternillé por anticipado pensando en lo que sucedería cuando la primera pareja de volplas fuese llevada ante un comisario de policía o cuando los periodistas del *Chronicle* se lanzaran a las colinas para atestiguar su existencia.

Como es lógico, los volplas no deseaban volver al laboratorio. Existía un pequeño manantial en el lugar que, en un punto determinado, formaba un estanque. Chapotearon con sus largos brazos dentro de él y se restregaron mutuamente. Luego salieron, se tumbaron de espalda con los planeadores extendidos para que se secaran.

Los observé afectuosamente y pensé en la conveniencia de dejarlos allí. Alguna vez tendrían que valerse por sí mismos. Nada de lo que pudiese explicarles acerca de la supervivencia les ayudaría tanto como una pequeña experiencia personal. Llamé al macho para que se acercara.

Vino y se agachó, atentamente, con los codos apoyados sobre el suelo, las muñecas cruzadas ante su pecho. Fue el primero en hablar.

—Antes de que llegase el hombre rojo, ¿vivíamos aquí?

—Vivíais en lugares como éste a todo lo largo de estas montañas. Ahora quedan muy pocos de vosotros. Como habéis permanecido mucho tiempo en mi finca, es natural que hayáis olvidado la vida al aire libre.

—Podemos aprender otra vez. Deseamos permanecer aquí. —Su pequeño rostro era tan solemne y pensativo que alargué la mano para acariciarle la cabeza tranquilizadamente.

Ambos oímos batir de alas sobre nuestras cabezas. Dos tórtolas remontaron la corriente y se posaron en un roble en el lado opuesto de la colina.

—Ahí está tu alimento, si puedes cogerlo —indiqué.

Me miró:

—¿Cómo?

—No creo que puedas alcanzarlas en el árbol. Tendrás que elevarte y atrapar a una de ellas al vuelo cuando se alejen. ¿Crees que lo conseguirás?

Miró lentamente a su alrededor, mientras la brisa jugaba con las ramas y danzaba a través de la hierba junto a la colina. Parecía como si el volpla hubiera volado mil años con una ancestral sabiduría.

—Puedo llegar allá arriba. Puedo estar un rato. ¿Cuánto tiempo permanecerán en el árbol?

—Es probable que no permanecerán mucho tiempo. Mantén tu vista en el árbol, por si acaso se van mientras subes.

Corrió hacia un roble cercano y trepó hasta la copa. Luego se lanzó, dirigiéndose hacia la parte inferior del valle, y alcanzó en la colina una cálida corriente de aire ascendente. En un abrir y cerrar de ojos se elevó aproximadamente a cuarenta y seis metros. Empezó a cruzar la loma, abriéndose de nuevo camino hasta nosotros.

Las dos hembras observaban atentamente. Se acercaron a mí con asombro, deteniéndose de vez en cuando para mirarle. Cuando estuvieron a mi lado, no dijeron nada. Se protegieron la vista de la luz con sus pequeñas manos y le contemplaron mientras pasaba exactamente sobre nosotros a unos setenta y cinco metros. Una de ellas, con los ojos fijos en los remontantes planeos del macho, me cogió de la manga nerviosamente.

Pasó como un relámpago sobre la corriente y osciló tras la cima de la colina donde se cobijaban las palomas. Oí su arrullo desde el roble. Se me ocurrió que no abandonarían su refugio mientras la silueta parecida a un halcón del volpla ensombreciera el horizonte.

Quitó la mano de la hembra de mi manga y le dije con un ademán:

—Quiere atrapar un pájaro. El pájaro está en ese árbol. Tú puedes conseguir que el pájaro vuele para ponerse a su alcance. Mira hacia aquí —me levanté y encontré un palo—. ¿Puedes hacer esto?

Tiré el palo hacia lo alto de un árbol próximo a nosotros. Luego le proporcioné otro palo. Lo arrojó mejor de lo que esperaba.

—Bien, bonita. Ahora cruza la corriente, súbete a ese árbol y tírale un palo.

Trepó hábilmente al árbol más cercano y se lanzó a través de la corriente. Saltó al lado opuesto de la colina y se posó limpiamente en el árbol donde reposaban las palomas.

Las aves abandonaron el árbol, ascendiendo rápidamente con sus gráciles aleteos.

Miré hacia atrás, imitado por la hembra que permanecía a mi lado. El volpla cerró a medias sus planeadores y empezó a descender. Se convirtió en un dorado destello a través del cielo.

Bruscamente, las palomas detuvieron su ascensión y descendieron, alejándose con un rápido batir de alas. Vi abrirse un poco uno de los planeadores del volpla. Viró vertiginosamente en la nueva dirección y bajó como una flecha.

Las palomas se separaron y empezaron a zigzaguear hacia la parte inferior del valle. El volpla hizo algo inesperado, abrió sus planeadores y descendió bajo el pájaro que perseguía, luego subió rápidamente e interceptó su vuelo entrecruzado.

Vi cerrarse momentáneamente los planeadores. Después se abrieron de nuevo y la paloma cayó a plomo a un lado de la colina. El volpla se posó suavemente sobre ella y se volvió para mirarnos.

A mi lado la hembra empezó a bailotear, gritando en un lenguaje incomprensible. La otra, que había levantado los pájaros del árbol, voló planeando hacia nosotros, gimiendo igual que un azulejo.

Fue la bienvenida de un héroe. Tuvo que regresar andando, por supuesto, ya que no podía transportar tal carga en vuelo. Las hembras corrieron a su encuentro. Tranquilo durante un tiempo, no tardó en pavonearse como cualquier cazador

humano.

Su curiosidad hacia el pájaro fue enternecedora. Hurgaron en él, maravillados ante sus plumas, y bailaron a su alrededor en un rudimentario rito de la caza. Mas, al poco rato, el macho se volvió hacia mí.

—¿Comemos eso?

Reí mientras cogía su manita de cuatro dedos. En un lugar arenoso bajo un gran árbol suspendido sobre el riachuelo, encendí una pequeña fogata para ellos. Aunque eso les maravilló, deseaba enseñarles primero a limpiar el pájaro. Les mostré cómo ensartarlo y darle vueltas sobre el fuego.

Más tarde, acepté un bocado de su festín. Estuvieron alegres y extremadamente simpáticos durante la comida.

Cuando tuve que partir, ya era de noche. Les recomendé vigilancia, mantener bajo el fuego y retirarse al árbol en cuanto algo se aproximara. El macho me acompañó un trecho cuando me alejé de la hoguera.

—Prométeme que no os iréis de aquí hasta que estéis preparados para ello — repetí.

—Nos agrada esto y nos quedaremos. ¿Mañana traerás a otros de mi especie?

—Sí. Traeré a muchos de tus compañeros, si prometes continuar en este bosque hasta que se hallen dispuestos.

—Lo prometo —miró al cielo de la noche y, a la luz del fuego, advertí su asombro—. ¿Dices que vinimos de allí?

—Los viejos de tu especie me lo dijeron así. ¿No te lo explicaron?

—No puedo recordar a ningún viejo. Explícamelo tú.

—Los viejos me contaron que llegasteis en una nave desde las estrellas mucho antes que los hombres rojos. —En la oscuridad sonreí al pensar en los suplementos dominicales que los periódicos publicarían dentro de un año aproximadamente, quizá menos.

Miró al cielo durante mucho tiempo.

—¿Esas pequeñas luces son las estrellas?

—Así es.

—¿Qué estrella?

Eché un vistazo y luego señalé sobre un árbol.

—Desde Venus —comprendí después mi error al citarle un nombre inglés—. En tu lenguaje, Pohtah.

Miró durante largo rato y murmuró:

—Venus. Pohtah.

La semana siguiente, llevé todos los volplas a los robledales. En total ciento siete machos, hembras y cachorros. Sin premeditación por mi parte, tendían a segregarse en grupos de cuatro a ocho parejas junto con sus cachorros. Dentro de ellos, los

adultos practicaban la promiscuidad, pero aparentemente sin abandonar el grupo. Éste conservaba pues la apariencia de una superfamilia y los machos toleraban y cuidaban a todos los niños, sin preocuparse por la paternidad real.

Hacia fines de semana, estas superfamilias estaban esparcidas en una extensión aproximada de siete kilómetros cuadrados por el rancho. Habían encontrado un nuevo bocado exquisito, los gorriones, y los cazaban fácilmente durante su descanso nocturno. Había enseñado a los volplas a hacer fuego y a usar hierbas, vides y matorrales para construir casas de árboles maravillosamente diseñadas, en las cuales los jóvenes y, a veces, los adultos dormían entre mediodía y medianoche.

La tarde en que mi familia volvió a casa, una cuadrilla de trabajadores demolió las salas de los animales y el edificio del laboratorio. Los vigilantes habían anestesiado a todos los mutantes experimentales, mientras que el acelerador metabólico y el restante equipo del laboratorio fueron desmantelados. No quería conservar nada que pudiese relacionar la súbita aparición de los volplas con mi propiedad. Resulta evidente que no precisarían más que algunas semanas para establecer sus medios de supervivencia y desarrollar por su cuenta una cultura rudimentaria. Después podrían abandonar mi rancho y la broma proseguiría.

Mi esposa descendió del automóvil y miró a los trabajadores ocupados en torno a las derruidas construcciones y exclamó:

—¿Qué diablos está pasando aquí?

—He terminado mi trabajo y ya no necesitamos el laboratorio. Voy a escribir un informe acerca de los resultados.

Me miró apreciativamente meneando la cabeza.

—Pensé que era eso lo que te proponías. Pero estaría bien que lo hicieras de verdad. Sería tu primer libro.

Mi hijo preguntó:

—¿Qué les ha ocurrido a los animales?

—Han sido devueltos a la universidad para un estudio más amplio —mentí.

—Bueno —se dirigió a ella—. No dirás que papá no es un hombre de decisión.

Veinticuatro horas más tarde no existía el menor indicio de experimentación animal en todo el rancho.

Excepto los bosques, por supuesto, que estaban llenos de volplas. Por la noche podía oírles débilmente cuando salía a sentarme a la terraza. Mientras surcaban la oscuridad, en lo alto charlaban, reían y a veces gemían con alado amor. Una noche, una bandada de ellos pasó lentamente ante la tranquila faz de la Luna llena, pero fui el único en advertirlo.

Cada día visitaba el campo para encontrar al más viejo de los machos, que aparentemente se había erigido en jefe de todas las familias volplas. Me aseguró que los volplas permanecerían junto al rancho, si bien se lamentó que la caza estaba

escaseando. Por otra parte las cosas marchaban muy bien.

Los machos llevaban ahora pequeñas lanzas con punta de piedra y emplumados ástiles, que podían arrojar en vuelo. Las utilizaban por la noche para abatir a los gorriones en reposo y durante el día para matar su caza mayor, los conejos.

Las mujeres llevaban plumas de azulejo en la cabeza y los hombres penachos de plumas de paloma y a veces pequeñas faldas hechas con pieles de conejo. Les di algunas instrucciones sobre el particular y les enseñé a curtir las pieles de conejo y ardilla para sus casas arbóreas.

Éstas eran cada vez más complejas, cuyas paredes y piso estaban tejidas con gran habilidad, cubiertas por un ajustado techo de paja. Habían sido convenientemente camufladas por abajo, tal como sugerí.

Aquellas pequeñas criaturas me deleitaban cada día más. Podía pasearme horas observando a los adultos, machos y hembras, jugando con los niños o enseñándoles a planear. Me sentaba toda la tarde para contemplar cómo tejían sus casas arbóreas.

Un día mi mujer me preguntó:

—¿Qué *hace* en la selva el poderoso cazador?

—Oh, he estado disfrutando de nuestra vida animal.

—Otro tanto hace nuestra hija.

—¿Qué quieres decir?

—Tiene dos de ellos arriba en su cuarto.

—¿Dos qué?

—No lo sé. ¿Cómo los *llamas*?

Subí los peldaños de tres en tres e irrumpí en la habitación de mi hija.

Estaba sentada sobre su cama, leyendo un libro a dos volplas.

Uno de los volplas sonrió y dijo en inglés:

—Hola, rey Arturo.

—¿Qué pasa aquí? —pregunté.

—Nada, papaíto. Sólo leyendo, igual que hacemos siempre.

—¿Igual que *siempre*? ¿Cuánto tiempo hace que esto dura?

—Oh, semanas y semanas. ¿Cuánto tiempo hace que me visitaste por primera vez, Fuzzy?

El descortés volpla que me había llamado «rey Arturo» respondió burlonamente:

—Oh, semanas y semanas...

—Y encima les enseñas a leer inglés.

—Por supuesto. Son tan buenos alumnos y tan agradecidos. Papaíto, no harás que se marchen ¿verdad? Nos queremos mucho ¿verdad?

Ambos volplas hicieron vigorosamente un gesto afirmativo con la cabeza.

Se volvió de nuevo hacia mí.

—Papaíto, ¿sabías que pueden volar? Pueden volar directamente fuera de la

ventana y subir al cielo.

—¿Seguro? —comenté en forma impertinente. Miré con frialdad a los dos volplas—. Hablaré con vuestro jefe.

Cuando llegué abajo, le grité a mi esposa:

—¿Por qué no me dijiste lo que estaba sucediendo? ¿Cómo has permitido que prosiguiera sin hablar conmigo?

Su rostro adquirió una expresión desacostumbrada.

—Ahora vas a escucharme. Toda tu vida es un secreto para nosotros. ¿Por qué tu hija no puede tener un pequeño secreto propio?

Se aproximó a mí y sus azules ojos lanzaron destellos de furia.

—La verdad es que no debí explicarte nada. Prometí que no se lo diría a *nadie*. ¿Y qué ocurre cuando lo hago? Empiezas a saltar por la casa como un maniático sólo porque una niña tiene un secreto.

—¡Un bonito secreto! —bramé—. ¿No se te ocurrió que podía ser peligroso? No conoces la sexualidad de... —di un traspie en medio de un penoso silencio, mientras ella me obsequió con una indecente sonrisa.

—¿Cómo te volviste tan puritano de repente? Estas criaturas son dulces y amables, sin mal en sus cuerpos. Sin embargo, no creas que ignoro lo que ha pasado. Los creaste *tú*. Así que si sus ideas son indecentes, yo sé dónde las adquirieron.

Me lancé fuera de la casa. Hice girar el *jeep* en el exterior del patio y me dirigí hacia el bosque.

El jefe se había instalado con perfecta comodidad. Se apoyaba hacia atrás en el gran roble que cobijaba su vivienda. Ardía una pequeña hoguera y una de las hembras se hallaba asando un gorrión para él. Me saludó en el lenguaje volpla.

—¿Te das cuenta —declaré abrupta y airadamente—, que hay dos volplas en el dormitorio de mi hija?

—Desde luego —contestó con calma—. Van allí cada día. ¿Hay algo de malo en eso?

—Les está enseñando las palabras de los hombres.

—Nos explicaste que algunos hombres pueden ser nuestros enemigos. Estamos ansiosos por conocer sus palabras lo mejor posible para nuestra protección.

Su mano buscó detrás del árbol y sacó a plena luz del día un ejemplar del *Chronicle*, de San Francisco, fuera de su escondite. Lo mantuvo en alto apologeticamente.

—Lo hemos estado cogiendo durante algún tiempo del buzón frente a tu casa.

Extendió el periódico, sobre el suelo, entre nosotros. Vi por la fecha que era del día anterior.

—Gracias a los dos que van a tu casa, he aprendido las palabras de los hombres. Como dicen los hombres, puedo «leer» la mayor parte de esto —afirmó con orgullo.

Me quedé con la boca abierta. ¿Cómo podría conservar el control de la situación? ¿Parecía razonable que, simplemente con observar y escuchar a los hombres, los volplas hubiesen aprendido su lenguaje? ¿O les había enseñado un amigo humano?

Bueno, tendría que sacrificar mi anonimato. Mi familia y yo habíamos encontrado una colonia de volplas en nuestro rancho y les enseñamos el inglés. Se me antojó una buena idea porque era la verdad.

El volpla agitó su brazo largo y delgado sobre la primera página.

—Los hombres son peligrosos. Nos dispararán con sus armas si abandonamos este lugar.

Me apresuré a tranquilizarle.

—En absoluto. Cuando los hombres os conozcan, os dejarán en paz —pese a mi énfasis comprendí por primera vez que el asunto no sería una broma para los volplas—. Debes dispersar a los tuyos en seguida. Permanece aquí con tu familia para que continuemos en contacto, pero envía a los demás a otro sitio —proseguí de todas formas.

Meneó la cabeza.

—No podemos abandonar estos bosques. Los hombres nos dispararían.

Luego me hizo frente y sus ojos nocturnales me miraron con franqueza.

—Quizá no eres un buen amigo. Tal vez nos has mentido. ¿Por qué dices que deberíamos abandonar este refugio?

—Seréis más felices. Habrá más caza.

Continuó observándome fija y directamente.

—Habrá más hombres. Uno ha disparado ya contra uno de nosotros. Le hemos perdonado y somos amigos. Pero uno de los nuestros ha muerto.

—¿Son amigos de *otro* hombre? —pregunté, aturdido.

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza y señaló hacia la parte superior del valle.

—Está allá arriba con otra familia.

El jefe volpla tenía la ventaja de planear, pero no pudo mantener mi paso. Corriendo unas veces, caminando aprisa otras, me abrí camino delante de él. Mi respiración jadeante se debía menos al esfuerzo que a la ansiedad de descubrir al desconocido.

Bordeé un recodo del riachuelo y allí estaba mi hijo, sentado sobre la hierba junto a una fogata, jugando con un bebé volpla y charlando en inglés con un macho a su lado. Mientras me aproximaba, mi hijo lanzó al bebé al aire. Los minúsculos planeadores se abrieron y el pequeño descendió flotando hacia las manos que le aguardaban.

Se dirigió al volpla:

—No, estoy seguro que no vinisteis de las estrellas. Cuanto más lo pienso, más seguro estoy de que mi padre...

—¿Qué diablos te propones al decirles eso? —grité a su espalda.

El macho se sobresaltó. Mi hijo volvió la cabeza lentamente y me miró. Luego devolvió el bebé al volpla y se levantó.

—¿No tienes nada que hacer en otra parte? —gruñí. Había destruido todo mi arsenal de leyendas volpla con una pequeña duda.

Sacudió la hierba de su pantalón y se enderezó. Su expresión hizo que mi cólera se desvaneciera.

—Papá, ayer maté a uno de estos seres. Creí que era un halcón y le disparé mientras cazaba. No lo habría hecho si me hubieses prevenido.

No pude mirarle. Bajé la vista y mi rostro enrojeció.

—El jefe me ha dicho que deseas que abandonen el rancho pronto. ¿Crees que esto va a ser divertido?

Oí llegar al jefe, que permaneció silencioso a mi espalda.

Mi hijo dijo suavemente:

—No creo que lo sea, papá. Tendrías que haber escuchado sus gritos cuando le acerté.

Había grandes y negros regueros de hormigas moviéndose en la hierba. Me pareció percibir un extraño zumbido en el cielo. Alcé mi cabeza y le miré.

—Hijo, volvamos al *jeep* y hablaremos de camino a casa.

—Preferiría caminar.

Saludó al volpla con quien había estado hablando y luego al jefe. Saltó sobre el riachuelo y se alejó por el robledal.

El volpla que sostenía al cachorro me observaba fijamente. Desde alguna parte, muy lejos del valle, un cuervo graznaba. No miré al jefe. Me volví, pasé apresuradamente junto a él y me encaminé de nuevo al *jeep*, solo.

En casa, abrí una botella de cerveza y me senté en la terraza para esperar a mi hijo. Mi esposa se acercó a la casa con varios ramos de flores del jardín, pero no me dirigió la palabra. Chasqueó las hojas de la tijera mientras caminaba.

Un volpla remontó la terraza y se posó en la ventana del dormitorio de mi hija. Permaneció allí un instante y reemprendió el vuelo. No tardaron en seguirle los otros dos volplas que había dejado con mi hija a primera hora de la tarde. Los observé con una vaga inquietud, mientras los tres se alejaban hacia el este, elevándose sin esfuerzo.

Cuando bebí por fin un sorbo de cerveza, estaba casi caliente. La dejé a un lado. Mi hija salió a la terraza.

—Papaíto, mis volplas se fueron. Dijeron adiós y ni siquiera había terminado el programa de la televisión. Dijeron que no me volverían a visitar. ¿Hiciste que se marcharan?

—No. No lo hice.

Me miró con ardientes ojos. Su labio inferior sobresalió y tembló como una lágrima rosada.

—Papaíto, lo hiciste. —Entró en la casa golpeando el suelo con el pie, sollozando.

¡Dios mío! ¡En unos minutos me había convertido en un puritano, un asesino y un embustero!

Pasó la mayor parte de la tarde antes de que oyese a mi hijo entrar en casa. Le llamé, salió y permaneció frente a mí. Me levanté.

—Hijo, no puedo explicarte lo apesadumbrado que estoy por lo que te ocurrió. Fue culpa mía, en modo alguno tuya. Únicamente espero que consigas olvidar la pena que te produjo matar a esa criatura. No sé cómo no preví que esto sucedería. Estaba tan resuelto a asombrar al mundo entero que yo...

Me detuve. No había nada más que decir.

—¿Vas a obligarles a que abandonen el rancho? —preguntó.

—¿Después de lo ocurrido? —me horroricé.

—¿Qué piensas hacer con ellos, papá?

—He estado intentando tomar una decisión. No sé qué resultaría mejor para ellos —miré mi reloj—. Volvamos y hablemos con el jefe.

Sus ojos se iluminaron y me dio unas palmadas sobre el hombro, de hombre a hombre. Abandonamos la casa, subimos al *jeep* y me dirigí de nuevo al valle. El sol del crepúsculo lanzaba sus postreros fulgores.

Apenas hablamos mientras dejábamos atrás los árboles sombríos. Me hallaba cada vez más lleno de la inquietud que se había apoderado de mí cuando los tres volplas dejaron mi terraza y se elevaron suave y decididamente hacia el este.

Llegamos al campo y no vimos a ningún volpla en las inmediaciones. El fuego se había consumido hasta convertirse en un rescoldo. Llamé en el lenguaje volpla, pero no hubo respuesta.

Fuimos de campo en campo y encontramos fuegos apagados. Trepamos a sus casas y las hallamos vacías. Me sentía enfermo y asustado. Llamé repetidamente hasta enronquecer.

Al fin, en la oscuridad, mi hijo me cogió del brazo.

—¿Qué vas a hacer, papá?

—Llamar a la policía, a los periódicos y advertir a todo el mundo —respondí tembloroso.

—¿Dónde crees que han ido?

Miré hacia el este, donde las estrellas surgían del gran desfiladero en las montañas y resplandecían como un profundo cuenco de luciérnagas.

—Los tres últimos que vi tomaron esa dirección.

Habíamos estado fuera de casa varias horas. Cuando llegamos a la terraza iluminada, vi la sombra de un helicóptero. Luego distinguí a Guy sentado cerca de mí, sostenía su cabeza entre las manos.

Em le decía a mi mujer:

—Estaba fuera de sí. El pobre no podía hacer nada. Tuve que sacarle de allí y pensé que no os importaría que viniéramos aquí para estar con vosotros hasta que decidan qué medidas deben tomarse.

Me dirigí hacia ellos.

—Hola, Guy. ¿Qué ocurre?

Alzó la cabeza, luego se puso de pie y me estrechó la mano.

—Un desastre. El proyecto fracasará y no podemos hacer nada para evitarlo.

—¿Qué ha sucedido?

—Justamente mientras lo disparábamos...

—¿Disparaban qué?

—El cohete.

—¿Qué cohete?

Guy gimió.

—¡Dios mío! ¡El cohete a *Venus*!

Mi esposa intervino.

—Le contaba a Guy que no sabemos nada acerca de ello porque no nos han entregado nuestro periódico en semanas. Me he quejado...

Le hice señas para que se callase.

—Prosigue —pedí a Guy.

—Exactamente cuando oprimí el botón y la compuerta se cerraba, una bandada de lechuzas rodeó la nave. Revolotearon en torno a la compuerta y de algún modo lograron abrirla.

Em se dirigió a mi esposa.

—Debían ser un centenar. Fueron llegando y se introdujeron por ella. Luego empezaron a arrojar fuera todos los instrumentos registradores. Los hombres intentaron subir con una escalera mecánica, pero las lechuzas, o lo que fuesen, golpearon al conductor con algo en la cabeza y le dejaron sin sentido.

Guy volvió su desconsolado rostro hacia mí.

—Luego se cerró la compuerta y no nos atrevimos a acercarnos a la nave. Suponíamos que despegaría a los cinco minutos, pero no fue así. Esos malditos bichos han podido...

Hubo un resplandor en el este. Todos nos volvimos para divisar una fugaz línea dorada que se remontó sobre el negro terciopelo más allá de las montañas.

—¡Ahí está! —gritó Guy—. ¡Ésa es la nave! —luego gimió—: Un fracaso completo.

Le así por los hombros.

—¿Quieres decir que no llegará a Venus?

Se desasí de un tirón con desconsuelo.

—Claro que sí. Los mandos automáticos no pueden ser desviados. Pero el cohete está en camino sin equipo registrador ni televisión a bordo. Sólo hay un cargamento de lechuzas.

Mi hijo soltó una carcajada.

—¡Lechuzas! Papá podría explicarte una o dos cosas.

Le impuse silencio mirándole con ceño. Se calló y luego empezó a bailar por la terraza.

El teléfono sonaba. Mientras me dirigía a la cabina, cogí a mi hijo por el brazo.

—No digas una sola palabra.

Intentó ocultar la risa.

—Ahí está tu broma, papá. ¿Por qué tengo que decir algo? Sólo me reiré de cuando en cuando.

—Ahora basta.

—Espera a que alguien desembarque en Venus y encuentre venusianos con una leyenda acerca de su Gran Padre Blanco de California. Entonces es cuando hablaré.

La llamada era de un individuo chillón que deseaba hablar con Guy. Permanecí junto a él mientras escuchaba la excitada voz a través del hilo telefónico.

Guy exclamó:

—No, no. Los mandos automáticos corregirán la demora en el despegue. No es eso. Pero el caso es que no hay ningún instrumento... ¿Qué? ¿Qué pasó exactamente? Cálmese. No puedo comprenderle.

Oí a Em decir a mi esposa:

—Y no sabes lo más extraño. Parecía como si aquellos bichos llevasen algo sobre sus espaldas. Uno de ellos dejó caer su carga. Los hombres la recogieron y nunca podrías adivinar lo que encontraron... ¡Tres pajaritos asados estupendamente preparados!

Mi hijo me dio ligeramente con el codo.

—Listas lechuzas. Largo viaje.

Le tapó la boca con la mano. Luego vi que Guy alejaba el receptor de su oído.

—Acaban de grabar en cinta magnetofónica un mensaje procedente del cohete. La radio quedó a bordo. Pero no teníamos ninguna grabación parecida... —balbuceó.

Luego gritó al teléfono:

—¡Póngala otra vez! —y me pasó el receptor.

Durante unos instantes sólo se oyó zumbido desde el receptor. Después surgió una voz clara y suave.

—Aquí el Cohete Harold sin novedad. Aquí el Cohete Harold diciendo adiós a los

hombres.

Hubo una pausa y luego, en lenguaje volpla, habló otra voz.

—Hombre que nos creaste, te perdonamos. Sabemos que no vinimos de las estrellas, pero iremos a ellas. Yo, el jefe, te daré la bienvenida cuando nos visites. Adiós.

Nos hallábamos demasiado excitados para hacer comentarios. Me sentía lleno de una gran y súbita tristeza.

Permanecí de pie durante mucho tiempo y miré hacia el este, donde la montaña estrechaba un cuenco de danzantes luciérnagas entre sus negros senos.

Luego pregunté a Guy:

—¿Cuánto tiempo crees que pasará antes de que tengáis otro cohete dispuesto para Venus?

SILENCIO, POR FAVOR

Arthur C. Clarke

Silence, Please!, 1950

Ya que lo hace observar, le diré que los enemigos del Profesor siempre tuvieron una extraordinaria facilidad para verle desde sus aspectos menos favorables. Pero creo que su insinuación es algo injusta. Se trata de una persona realmente bondadosa que no haría daño ni a una mosca. No digo que no se comporte a veces como un viejo gruñón, pero siempre es honrado y franco, sin doblez. Bueno, casi siempre. Quizá fue ésta una excepción. Y usted debe admitir que Sir Roderick merecía todo lo que le ocurrió.

Cuando le conocí, el Profesor acababa de salir de Cambridge y luchaba ya por sostener la solvencia de la Compañía. Creo que en ocasiones lamentaba haber abandonado los claustros académicos por la tumultuosa y combativa industria, pero un día me confesó que disfrutaba al poner su ingenio a prueba por primera vez en su vida. Electron Products (1960) Ltd., estaba precisamente a punto de cubrir sus gastos cuando ingresé a ella. Nuestro negocio principal era la Integradora Harvey, una calculadora electrónica, pequeña y compacta, que podía hacer casi todo lo que un analizador diferencial y por una décima parte de su coste. Se vendía continuamente a las universidades y organismos de investigación y es aún el favorito del Profesor. Siempre lo está perfeccionando y el modelo 15 saldrá al mercado dentro de algunas semanas.

En aquella época, sin embargo, el Profesor contaba sólo con dos ventajas en su activo. Una era la buena voluntad del mundo académico, que lo consideraba algo loco pero admiraba secretamente su valer y firmeza; sus antiguos colegas del Cavendish tenían en excelente concepto sus productos y ponían a su disposición una buena cantidad de investigaciones útiles. La otra residía en la escasa perspectiva mental de los hombres de negocios con que trataba, quienes daban por sentado que un ex-profesor de universidad sería tan ignorante en la estrategia comercial como un bebé recién nacido. Y esto era justamente lo que el Profesor deseaba que pensarán de él. Algunos pobres ingenuos siguen aún patéticamente fieles a esa teoría.

Fue precisamente la Integradora Harvey lo que provocó el primer conflicto entre Sir Roderick y el Profesor. Tal vez no hayan visto nunca al Dr. Harvey; es una rara criatura que corresponde perfectamente a la imagen popular de un científico. Un genio, desde luego, pero de esos que deben ser encerrados en su laboratorio y alimentados con cuchara por un ventanillo en la puerta. Sir Roderick hizo una floreciente colección de negocios con científicos desvalidos como Harvey. Cuando el control estatal puso fin a la mayor parte de sus turbias operaciones, tendió una mano generosa al estímulo de inventos originales. La Ley de Empresas Privadas (Limitaciones) de 1955 había tratado de seguir esta política, pero no en la forma que a Sir Roderick le interesaba. Éste se aprovechó de las exenciones de impuestos y, al mismo tiempo, mantuvo su prosperidad, apoderándose de patentes fundamentales de inventores tan poco despabilados como Harvey. Alguien le llamó una vez salteador

de caminos científico, lo que constituye una lograda definición.

Cuando Harvey nos vendió los derechos de su calculadora, se retiró a su laboratorio privado y no volvimos a saber de él hasta un año más tarde. Publicó entonces un estudio en el *Philosophical Magazine*, donde describía un maravilloso circuito para calcular integrales múltiples. El Profesor no lo leyó hasta algunas semanas después ya que Harvey, por supuesto, no se acordó nunca de mencionarlo por hallarse muy atareado en otra cosa parecida. La dilación fue fatal. Uno de los sabuesos de Sir Roderick (de los que éste obtenía a buen precio una excelente información técnica) había obligado al pobre Harvey a vender su descubrimiento por una fruslería a Fenton Enterprises.

El Profesor, naturalmente, se puso furioso. Harvey quedó muy contrito cuando se dio cuenta de lo que había hecho y prometió no volver a firmar nunca nada antes de consultarnos. Pero el daño estaba ya hecho y Sir Roderick empezaba a percibir sus mal adquiridas ganancias, esperando que nosotros intentásemos negociar con él.

Yo hubiera dado cualquier cosa por estar presente en esta entrevista pero, desgraciadamente, el Profesor insistió en ir solo. Regresó una hora más tarde con el rostro encendido y muy molesto. El viejo tiburón había pedido 5.000 libras esterlinas por las patentes de Harvey, lo que representaba un poco menos de nuestro remanente por aquel entonces. Comprendimos que la despedida del Profesor había carecido de cortesía. En efecto, le respondió a Sir Roderick que se fuera al infierno, y señalándole un posible itinerario.

El Profesor desapareció en su oficina y le oímos dar vueltas durante unos minutos. Después salió con su sombrero y su abrigo.

—Me estoy asfixiando aquí —dijo—. Vámonos lejos de la ciudad. Miss Simmons puede ocuparse de todo. ¡Venga!

Estábamos ya acostumbrados a estos prontos del Profesor. Al principio los creímos una excentricidad, pero ahora le conocíamos mejor. En momentos de crisis, una salida repentina al campo podía producir maravillas y compensar de sobra el tiempo perdido de oficina. Además, era una tarde deliciosa a últimos de verano.

El Profesor condujo su gran Alvis —su único lujo y muy necesario para él— a lo largo de la nueva Great West Road, hasta salir de los límites de la ciudad. Abrió entonces los rotores y nos remontamos en el cielo hasta unos doscientos metros sobre la campiña que se extendía debajo. Muy lejos divisamos las blancas sendas de Heathrow y un gran avión de línea, de trescientas toneladas, que descendía hacia ellas con los propulsores a chorro parados.

—¿Dónde vamos? —preguntó George Anderson, entonces nuestro director gerente. Paul Hargreaves, el otro miembro de la partida (usted no le conocerá porque se pasó a la Westinghouse hace un par de años), era ingeniero de producción y de los mejores. Tenía que serlo para no desmerecer del Profesor.

—¿Qué les parece Oxford? —sugerí yo—. Sería un contraste agradable después de nuestras ciudades-satélite sintéticas.

Nos decidimos pues por Oxford. Pero antes de llegar, el Profesor se fijó en unas colinas de muy buen aspecto y cambió de idea. Descendimos en círculo sobre una llana extensión de brezal que dominaba un largo valle. Parecía haber formado parte de una amplia hacienda privada, como las que existían antaño. Hacía mucho calor y abandonamos el aparato, arrojando ropas de abrigo sobrantes en todas direcciones. El Profesor extendió cuidadosamente su sobretodo encima del *brezo* y se ovilló en él.

—No me despierten hasta la hora del té —fueron sus instrucciones. Cinco minutos después estaba profundamente dormido.

Charlamos en voz baja durante un rato, echándole una ojeada de vez en cuando para asegurarnos de que no se despertaba. Adquiría un aspecto extrañamente joven al relajarse su rostro durante el sueño. Resultaba difícil imaginar que tras esta plácida expresión se desarrollara toda una complicada gama de maquinaciones, entre ellas la ruina de Sir Roderick Fenton.

Creo que finalmente dormitamos todos un poco. Era una de aquellas tardes en las que hasta el rumor de los insectos parece apagado. El calor era casi visible y las colinas lanzaban destellos a nuestro alrededor.

Me despertó un gigantesco estrépito. Durante un instante seguí tendido, sin darme cuenta apenas de la naturaleza de la perturbación. Los demás se agitaron también y miramos en torno encolerizados.

Cuatro kilómetros más allá, un helicóptero flotaba sobre una pequeña aldea cuyas casas se desparramaban a través del lejano extremo del valle. Estaba bombardeando a sus habitantes con propaganda electoral y, a intervalos de pocos minutos, el viento nos traía al azar algunos fragmentos de discurso. Continuamos descansando un rato más, tratando de averiguar qué partido era responsable del desaguizado, pero los altavoces no hacían más que ensalzar las virtudes de un tal Mr. Snooks, y no descubrimos nada nuevo.

—No tendrá mi voto —exclamó Paul, colérico—. ¡Vaya modales! Ese angelito debe ser un socialista.

Esquivó a tiempo el zapato de Anderson.

—Puede que los aldeanos hayan pedido que se les hable —dijo con escasa convicción en un intento de restablecer la paz.

—Lo dudo —repuso Paul—. Hay que protestar por principios. Es... es una violación de la vida privada. Como escribir en el cielo.

—No diría yo que el cielo sea una cosa muy íntima —comentó George—. Pero comprendo lo que quiere expresar.

He olvidado el exacto desarrollo de la controversia, pero eventualmente se desvió hacia una discusión acerca de los sonidos molestos en general y de Mr. Snooks en

particular. Paul y George observaban el helicóptero desapasionadamente, cuando el segundo declaró:

—Me gustaría que fuera posible establecer una especie de barrera al sonido donde lo deseara. Siempre creí que los tapones para los oídos de Samuel Butler^[2], eran una buena idea, aunque no podían ser muy eficaces.

—Lo fueron desde un punto de vista —repuso Paul—. Hasta el peor pelmazo se desanimaría si uno se colocara ostentosamente en las orejas un par de tapones en cuanto se acercara. Pero la idea de una barrera sonora me parece intrigante. Lástima que no pueda ponerse en práctica sin suprimir el aire, cosa un tanto difícil.

El Profesor no había intervenido en la conversación. De hecho parecía haberse vuelto a dormir. Pero luego, con un amplio bostezo, se levantó.

—Es la hora del té —dijo—. Vamos a casa de Max. Le toca pagar, Fred.

Un mes más tarde, aproximadamente, el Profesor me llamó a su oficina. Como era su agente de publicidad y apoderado, ensayaba en mí nuevas ideas para comprobar si las comprendía y las veía de alguna utilidad. Hargreaves y yo constituíamos el lastre que conservaba al Profesor en contacto con la tierra. Pero no siempre teníamos éxito.

—Fred —empezó—, ¿recuerda lo que George dijo el otro día acerca de una barrera de sonido?

Tuve que reflexionar un instante antes de acordarme.

—Ah, sí... una idea disparatada. Supongo que no pensaré en ella seriamente...

—Humm. ¿Qué sabe usted sobre interferencias de ondas?

—No mucho. Explíquese.

—Suponga que tiene usted un tren de ondas, una cresta aquí, un seno allí, y así sucesivamente. Ahora toma usted otro y lo superpone con el primero. ¿Qué obtendrá?

—Bueno, me figuro que depende del modo de hacerlo.

—Justamente. Imaginemos que se dispone de forma que el seno de una onda coincida con la cresta de la otra, y así sucesivamente, a lo largo del tren.

—Entonces resultará una completa anulación... nada absolutamente. ¡Santo cielo...!

—Exacto. Ahora vamos a considerar una fuente de sonido. Junto a ella puso un micrófono y empleó el circuito de salida para alimentar lo que llamaremos un amplificador a la inversa. Éste acciona un altavoz, y todo el conjunto queda organizado de modo que el circuito de salida se conserva automáticamente a la misma amplitud que el de entrada, sólo que desfasado con él. ¿Cuál será el resultado?

—No parece razonable... pero en teoría obtendríamos un silencio absoluto. Tiene que haber un fallo en alguna parte.

—¿Dónde? No es más que el principio de realimentación, que se viene utilizando en la radio desde hace años.

—Sí, ya lo sé. Pero el sonido no consiste simplemente en crestas y senos, como las olas del mar. Es una serie de compresiones y rarefacciones de la atmósfera, ¿no es así?

—Cierto. Pero no afecta al principio en lo más mínimo.

—No creo que sirviera. Debe existir alguna cosa que usted ha...

Y entonces sucedió algo extraordinario. Seguía aún hablando, pero no podía oír mi voz. La habitación se había quedado de pronto completamente silenciosa. Ante mis ojos el Profesor cogió un pesado pisapapeles y lo dejó caer sobre la mesa. Hubo un choque y un rebote, en absoluto silencio. Entonces movió su mano y, de repente, el sonido entró a raudales en la habitación.

Me senté momentáneamente aturdido.

—¡No es posible!

—Muy bien, ¿quiere otra demostración?

—Es increíble... ¿Dónde lo ha ocultado?

El Profesor sonrió bonachonamente y tiró de uno de los cajones de su mesa. Dentro había un curioso amasijo de piezas. Por los goterones de soldadura, los alambres retorcidos y pegados unos con otros y por el desaliño general, juraría que el Profesor lo había hecho con sus propias manos. El circuito en sí parecía muy sencillo; seguramente menos complejo que una radio moderna.

—El altavoz, si podemos llamarlo así, está allí, tras las cortinas de esta habitación. Sin embargo, no hay razón para que el equipo no pueda ser compacto e incluso portátil.

—¿Qué alcance le ha conseguido usted? Quiero decir que debe haber un límite para esa cosa infernal.

—No he hecho pruebas exhaustivas, pero este aparato puede ajustarse para producir un silencio total en un radio de acción de seis metros. De rebasarse a lo largo de otros seis metros los sonidos se amortiguan, y aún más allá recobran su intensidad normal. Se puede cubrir el área que se desee, basta con aumentar la potencia. El aparato tiene un circuito de salida de unos tres watios de sonido negativo y no domina ruidos *muy* intensos. Pero creo que podré construir un modelo capaz de silenciar el Albert Hall^[3], si se quiere, o incluso mejor el estadio de Wembley.

—Bueno, ya que lo ha conseguido, ¿qué pretende obtener con ello?

El Profesor sonrió dulcemente.

—Ese es *su* trabajo... Sólo soy un científico poco práctico. Pero supongo que habrá un montón de aplicaciones. Y no diga nada a nadie; necesito conservarlo como una sorpresa.

Estaba ya acostumbrado a estas cosas, así que presenté mi informe al Profesor algunos días después. Busqué datos en la sección de producción con Hearnreaves y fabricar el equipo parecía muy sencillo. Todas las piezas eran comunes; hasta el

amplificador-inversor no tenía ningún misterio cuando se conocía su composición. No resultaba difícil imaginar toda clases de usos para el invento y realmente me dejé llevar. En su estilo, era el mecanismo más inteligente que el Profesor había diseñado. Estaba convencido que podríamos convertirlo en una provechosa fuente de beneficios.

El Profesor leyó mi informe detenidamente. Pareció vacilar un poco en uno o dos puntos.

—No veo el modo de emprender la fabricación del Silenciador —dijo, bautizándolo por primera vez—. No disponemos de instalaciones ni de personal, y necesito dinero en el acto, no dentro de un año. Fenton llamó ayer para decirme que había encontrado un comprador para las patentes de Harvey. No me fío de él, pero quizá diga la verdad. La integradora es mucho más importante que esto.

Me sentí decepcionado.

—Podríamos vender la licencia a cualquiera de las grandes firmas de radio.

—Tal vez sea la mejor solución. Pero tengo que considerar uno o dos puntos más. Voy a darme una vuelta por Oxford.

—¿Por qué Oxford?

—Oh, no todos los buenos cerebros están en Cambridge...

No le volvimos a ver en tres días. Cuando regresó, parecía bastante complacido consigo mismo. Pronto descubrimos el motivo. En el bolsillo traía un cheque de 10.000 libras extendido a R. H. Harvey y endosado a Electron Products. Estaba firmado por Roderick Fenton.

El Profesor se instaló plácidamente en su despacho, sin reparar en nuestras miradas de furia. El más encolerizado era Anderson. Después de todo, se le *suponía* el director gerente. Pero lo que le ponía más fuera de sí era el hecho que Sir Roderick hubiese comprado el Silenciador. No podíamos admitirlo.

El Profesor parecía muy alegre mientras aguardaba a que nos calmásamos. Al parecer consiguió que Harvey vendiera el Silenciador a Fenton como invención suya, para camuflar con ello su verdadero origen. El financiero había quedado gratamente impresionado por el mecanismo y lo había adquirido sin vacilar. Si el Profesor deseaba conservarse al margen de la transacción, no podía haber escogido mejor intermediario que el cándido Dr. Harvey. Era la última persona de la que alguien sospecharía.

—Pero, ¿por qué se ha dirigido a este viejo ladrón? —nos lamentábamos—. Aunque ha obtenido un buen precio, lo que ya es sorprendente de por sí, ¿no podía venderlo a una persona honrada?

—No importa —respondió el Profesor, abanicándose con el cheque—. No podemos despreciar 10.000 libras por un mes de trabajo, ¿verdad? Ahora puedo comprar las patentes de Harvey y complacer al mismo tiempo a mis banqueros.

Esto fue todo lo que pudimos sonsacarle. Nos despedimos en un estado de incipiente rebelión, que continuó aunque la nueva calculadora absorbió todo nuestro tiempo durante las semanas sucesivas. Sir Roderick había entregado las preciosas patentes sin más dificultades. Probablemente se sentía muy satisfecho con su nuevo juguete.

El Silenciador Fenton apareció en el mercado con gran alarde de publicidad unos seis meses más tarde y casi causó sensación. El primer modelo fue ofrecido a la sala de lectura del Museo Británico y la propaganda que constituyó bien valía el coste de la instalación. Mientras los hospitales se apresuraban a encargar equipos, permanecíamos en un estado de mudo abatimiento, mirando acusadoramente al Profesor, que no parecía darle importancia.

Ignoro por qué Sir Roderick puso a la venta el silenciador portátil. Es probable que alguna persona interesada le sugiriese la idea. Se trataba de un juguete muy ingenioso, diseñado en forma de pequeña radio de transistores y, al principio, se ofreció solamente como novedad. Poco después el público descubrió su utilidad en ambientes ruidosos. Y entonces...

Por pura casualidad, asistí al estreno de la sensacional ópera de Edward England. No es que yo sea especialmente aficionado a la ópera, pero un amigo tenía una entrada sobrante y me prometió que sería un espectáculo memorable. Y lo fue.

Los periódicos habían estado hablando de la ópera durante las últimas semanas, sobre todo por el revolucionario empleo de instrumentos eléctricos de percusión. La música de England había sido motivo de controversia durante años. Sus defensores y detractores libraron casi una batalla campal antes de la representación, pero ello no ofrecía nada de particular. La gerencia del Sadler's Wells había dispuesto previsoramente de una cantidad desusada de policías y solamente se registraron algunos abucheos y rechiflas al alzarse el telón.

Por si no conoce usted la ópera, le diré que se trata de uno de esos dramas, fuertes y realistas, tan populares hoy. La acción se desarrolla en la última era victoriana, y los personajes principales son Sarah Stampe, la apasionada administradora de correos; Walter Partridge, el saturnino guardabosques, y el hijo del amo, cuyo nombre no recuerdo. Es la vieja historia del eterno triángulo, complicado con la aversión de los aldeanos hacia lo nuevo, en este caso, un sistema telegráfico que las viejas de la localidad predicen como perjudicial para la leche de las vacas y perturbador para la procreación de corderos.

Ya sé que esto suena bastante confuso e improbable, pero la óperas siempre parecen ser de esta manera. Sea como fuere, no falta el conocido drama de los celos. El hijo del terrateniente no quiere casarse en la Oficina de Correos, y el guardabosque, enloquecido por su repulsa, trama el desquite. La tragedia alcanza su terrible clímax cuando la pobre Sarah, estrangulada con una cinta de hacer paquetes,

es descubierta en el departamento de cartas no reclamadas dentro de una saca de correos. Los aldeanos cuelgan a Partridge del poste del telégrafo más próximo, con gran disgusto de los operarios encargados de la línea; el hijo del terrateniente se da a la bebida, o se va a las Colonias, y eso es todo.

Me imaginé de qué se trataría desde que empezó la obertura. Quizá resulte una persona anticuada, pero, de todas formas, este género moderno me deja frío. Me gusta la música que tenga melodía, pero parece que nadie cultiva ya ese estilo. No tengo paciencia con estos compositores modernos... denme ustedes Bliss, Walton, Stravinsky y otros músicos pasados de moda.

La cacofonía se extinguió entre vítores y rechifla, mientras se alzaba el telón. La escena se situaba en la plaza de la aldea, en Doddering Sloughleigh, alrededor de 1860. Entra la heroína leyendo postales llegadas en el correo matutino. Halla una carta dirigida al joven terrateniente y en seguida rompe a cantar.

El aria inicial de Sarah no fue tan mala como la obertura, pero sí bastante triste y austera. A juzgar por las apariencias, resultó tan penosa de cantar como lo fue de escuchar. Pero sólo tuvimos que escuchar los primeros compases, porque bruscamente descendió un familiar manto de silencio sobre el teatro de la Ópera. Por un momento debí ser la única persona de aquel inmenso auditorio que supiera lo que había ocurrido. Todos parecían petrificados en sus butacas, al tiempo que los labios de la cantante seguían sin producir un sonido. Hasta que también ella comprendió la verdad. Su boca se abrió con lo que hubiera sido un chillido penetrante en cualquier otra circunstancia, y salió disparada hacia los bastidores entre un diluvio de postales.

Lamento confesar que lloré de risa durante los diez minutos siguientes. El caos fue indescriptible. Gran número de personas habían descubierto lo ocurrido y trataban de explicarlo a sus amigos. Pero, como es natural, no podían, y sus esfuerzos para lograrlo resultaban increíblemente cómicos. Al poco rato, empezaron a pasarse trozos de papel y a mirarse también con recelo unos a otros. Sin embargo, el culpable gozaba de un buen escondite, porque no llegó a descubrirse.

¿Quién fue? Sí, supongo que es posible. Nadie podía sospechar de la orquesta. También pudo ser un motivo; no había reparado en ello. El caso es que los periódicos del día siguiente fueron implacables con Sir Roderick y exigieron una investigación. Las acciones de la Fenton Enterprises empezaron a hacerse impopulares. Y el Profesor tenía un aspecto más alegre que en los días precedentes.

El episodio del Sadler's Wells inició una avalancha de incidentes similares, no importantes, pero todos divertidos. Algunos de los responsables fueron capturados, entre la consternación general, se descubrió que no existía ninguna ley que permitiera aplicarles una acusación. Mientras el Lord Canciller intentaba hacer extensiva al caso la Ley de Hechicerías, tuvo lugar el segundo escándalo grave.

Siempre tengo a mano un ejemplar del Hansard^[4], pero al parecer alguien me lo

ha quitado. Y mis sospechas se dirigen hacia el Profesor. ¿Recuerda usted aquel deplorable incidente? El Parlamento discutía los Presupuestos Civiles, los ánimos se iban caldeando y el Canciller del Echiquier golpeaba la mesa con los puños, cuando de repente se acalló el estrépito. Fue exactamente como en el caso del Sadler's Wells, con la única excepción que ahora todo el mundo conocía el motivo.

La sesión se convirtió en un silencioso pandemónium. Cada vez que un orador de la oposición se disponía para hablar, se borraba el campo sonoro y, de este modo, el debate se hizo unilateral. Las sospechas recayeron en un infortunado liberal a quien se le había ocurrido llevar una radio portátil. Fue prácticamente linchado, mientras prodigaba mudas protestas de inocencia. La radio quedó destrozada, pero los silencios continuaron. El locutor se levantó para intervenir y se le hizo callar. Esta fue la gota de agua que desbordó el vaso, y salió furioso de la sala, terminando el debate en un desorden sin precedentes.

Sir Roderick debía sentirse por aquel entonces muy enojado con el Silenciador, al que su nombre había quedado irrevocablemente unido por su propio engreimiento. Todo el mundo estaba furioso contra él. Pero nada realmente serio había ocurrido aún. Hasta que...

Poco tiempo antes, el Dr. Harvey nos había llamado para darnos la noticia que Fenton le necesitaba para diseñar un equipo de gran potencia, un pedido especial. El Profesor lo llevó a cabo, por unos honorarios bastante elevados. Por mi parte, continuaba muy sorprendido al ver que Harvey llevase adelante el fingimiento con tanto éxito, pero el caso es que Sir Roderick nunca sospechó nada. Obtuvo su supersilenciador, Harvey consiguió el mérito y el Profesor recibió el dinero al contado. Cada cual quedó satisfecho, incluso el cliente. Porque un par de días después del incidente en la Cámara de los Comunes, se produjo un robo en una joyería de Hatton Garden a primeras horas de la tarde, en plena luz del día. Lo más extraordinario del suceso fue que una caja de caudales había sido volada, sin que nadie oyera *ni a los asaltantes ni la explosión*.

¡El colmo! Esa fue precisamente la opinión de Scotland Yard. Y Sir Roderick empezó a experimentar deseos de no haber oído hablar jamás del Silenciador. Podía probar, desde luego, que no tenía la menor idea del uso que pudiera hacerse del modelo especial encargado a su firma. Ni que decir tiene que, la dirección del cliente había resultado falsa.

Al día siguiente la mitad de los periódicos ostentaban grandes titulares: EL SILENCIADOR FENTON DEBE SER PROHIBIDO. Su unanimidad hubiera parecido desconcertante de no saberse que el Profesor estableció desde tiempo atrás excelentes relaciones con todos los reporteros científicos del Fleet Street. Por otra extraña coincidencia, un agente de una compañía americana visitó a Sir Roderick

aquel mismo día con una oferta de compra inmediata del Silenciador. Su visita coincidió con la salida de los detectives, y cuando la resistencia de Sir Roderick se hallaba en su más bajo nivel. La transacción se llevó a efecto por 20.000 dólares y creo que el financiero quedó satisfecho de haberse desembarazado de las patentes.

El Profesor, por su parte, parecía muy alegre cuando nos llamó a su oficina la mañana siguiente.

—Creo que debo disculpas a todos ustedes —explicó—. Sé lo que sintieron cuando vendí el Silenciador. Sin embargo, lo hemos recuperado y creo que todos hemos hecho un buen trabajo, a excepción de Sir Roderick, cuyo corazón Dios bendiga.

—No presuma tanto —repuso Paul—. Ha tenido una suerte loca, nada más.

El Profesor se mostró molesto.

—Admito que ha existido algo de suerte —convino—. Pero no tanta como cree. ¿Recuerda mi excursión a Oxford después de recibir el informe de Fred?

—Sí. ¿Qué tiene que ver?

—Bueno, fui a ver al doctor Wilson, el sicólogo. ¿Conoce sus trabajos?

—No mucho.

—Lo suponía; no ha publicado aún sus conclusiones. Pero ha desarrollado lo que denomina las matemáticas de la sicología social. Resulta muy complicado, pero asegura que es capaz de expresar las características de una sociedad en forma de determinante de un centenar de columnas. Si se quiere saber lo que ocurrirá en dicha sociedad en determinadas circunstancias —por ejemplo, cuando se aprueba una nueva ley— hay que multiplicar por otra matriz. ¿Capta la idea?

—Vagamente.

—Los resultados son puramente estadísticos, por supuesto. Es más una cuestión de probabilidades —como los seguros de vida— que de certidumbre. Tenía mis dudas acerca del Silenciador desde el principio, y me preguntaba qué ocurriría si no se restringiese su uso y su difusión. Wilson me lo explicó; no con detalle, naturalmente, sino en líneas generales. Predijo que si un uno por ciento —digamos— de la población los utilizaba, los silenciadores tendrían que ser prohibidos antes de un año. Y si elementos criminales empezaban a usarlos, la perturbación surgiría mucho antes.

—¡Profesor! ¿No pretende decir que...?

—¡Santo Dios, no! ¿Por quién me ha tomado? Todo *fue* un golpe de suerte, aunque tenía que ocurrir más pronto o más tarde. Lo único que me sorprende es que haya pasado tanto tiempo sin que nadie pensara en ello.

Le miramos sin hablar.

—¿Qué otra cosa podía hacer? Necesitaba el Silenciador y el dinero. Corrí un albur, y me salió bien.

—Sigo creyendo que es usted un tramposo —dijo Paul—. ¿Y qué piensa hacer

con el aparato ahora que ha conseguido recuperarlo?

—Tendremos que aguardar hasta que se olvide todo este alboroto. Por lo que he comprobado, los aparatos vendidos por la Fenton Enterprises, volverán a sus talleres para ser reparados en el plazo de un año, así que podremos deshacernos de ellos. Entretanto, nuestros modelos estarán listos para salir al mercado, debidamente reformados, integrados en una estructura, por lo que no podrán ocasionar más accidentes. Y serán alquilados, no vendidos al contado. Tal vez les interesará saber que estoy esperando un importante pedido de la Empire Airways. Los cohetes atómicos producen un estrépito infernal y nadie hasta ahora ha sido capaz de amortiguarlo.

Tomó sus papeles y los estrujó cariñosamente.

—Este es un buen ejemplo de los inescrutables designios de la Providencia. Les demostrará que la honradez siempre triunfa y que aquel cuya causa es justa...

Todos nos adelantamos al unísono. Y le costó bastante rato sacar la cabeza de la papelera.

ALEGORÍA

William T. Powers

Allegory, 1953

El Centro de Gobierno de Investigación estaba siempre atareado al acercarse el día primero del mes, ya que entonces se calculaban y distribuían todas las asignaciones para fondos de investigación, y en los grandes computadores subterráneos se iniciaba la primera semana de operación de los cheques de Gobierno.

En la mañana de un lunes, el día tercero del mes, John Mark recibió una comunicación que repercutió considerablemente sobre su equilibrio durante unas dos semanas, aunque luego, por supuesto, no tuvo importancia.

Mark estaba sentado a su mesa en el despacho de Ingresos, clasificando peticiones para iniciar la investigación. Su tarea era puramente rutinaria y consistía en traducir los distintos tipos de peticiones a un idioma que los computadores pudieran entender; sólo una de cada cincuenta solicitudes requería una labor mental, y únicamente una de cada mil precisaba contactos personales. Su mente, cómodamente adaptada a un modelo suave y ordenado, no se veía turbada más que por hechos de naturaleza excepcional...

Abriendo los ojos al máximo, miró fijamente la solicitud que había retenido entre sus dedos sobre la clave de clasificación.

Nombre, Henry Norris. Dirección, WJCHNIOIIOOIIIIOIOOI. Naturaleza de la investigación proyectada: Aplicación de ingenio antigravitatorio a diversos medios de transporte.

La confusión se agitó peligrosamente en el plexo solar de Mark. Su mente, bien entrenada para manejar tal sensación, buscó con rapidez todas las posibilidades y facilitó una contestación. Mark sonrió.

Con sumo cuidado subrayó en rojo dos palabras de la solicitud y añadió otras dos, de forma que podía leerse: «*Invento* de ingenio antigravitatorio *para* diversos medios de transporte». Luego estampó en el papel: «RECHAZADO: CIENCIA; Física», y «Datos no sujetos a investigación racional», y la devolvió por correo a WJCHNIOIIOOIIIIOIOOI. Cuatro días después la recibió de nuevo, junto con una carta.

«Muy señor mío», decía la carta. «He recibido la solicitud que le incluyo, que me fue devuelta con las palabras cambiadas y el sello de rechazado. Naturalmente, por la manera en que se han alterado las palabras, comprendo el motivo del rechazo. Sin embargo, deseo solicitar el permiso para aplicar mi invento, no para desarrollarlo. Le envío, por consiguiente, otra solicitud convenientemente redactada, y espero que se considere esta vez con mayor precisión.»

Mark experimentó con sorpresa un escalofrío a lo largo de su espina dorsal. Por supuesto, no había nada de que preocuparse, pero...

En fin, eso era, no había nada de que preocuparse. Con un suspiro puso la solicitud en clave y la envió a *Ciencias, Sección de Física*. Cuando regresó del almuerzo, el impreso rechazado con la acostumbrada carta explicatoria estaba sobre

su mesa. Rompiendo la costumbre la examinó detalladamente:

«Muy señor nuestro: Su petición ha sido rechazada por el Departamento de Ciencias Físicas por las razones siguientes:

1) No existe ningún ingenio antigravitatorio.

2) Las leyes reconocidas de la ciencia Física no admiten la existencia de ingenios antigravitatorios; debido a ciertos datos, demasiado complejos para consignarlos aquí, no podemos permitir computaciones para determinar la probabilidad de desarrollo de tal ingenio, que desbordaría los servicios de nuestro departamento de cálculos. Le sugerimos que se dirija a...»

A continuación seguía una larga lista de claves de biblioteca, enumerando libros y documentos sobre la ingravidez, con el consejo final que aprendiera más sobre las leyes de la ciencia Física.

Mark conocía aquella parte, así que se la saltó. Por mera fórmula, añadió una nota de su puño y letra a la carta excusándose por el descuido inicial, y envió el sobre con su contenido al correo.

Cuatro días más tarde, una carta de WJCHNIOIIIOOIIIIOIOOI descansaba sobre su mesa.

«Muy señor mío:

»He recibido el rechazo de mi solicitud. Ya que nadie en el C.G.I. parece capaz de leer, iré personalmente a su oficina una semana después de la fecha de envío de esta carta. Para evitar pérdidas de tiempo ulteriores con otros miembros de esta plantilla de analfabetos, llevaré un modelo en funcionamiento de mi aparato. Tal vez haciendo dibujos en color y poniendo mi vocabulario al nivel de un niño de ocho años, podré hacerles comprender que tengo un ingenio antigravitatorio, que pretendo aplicarlo a diversos medios de transporte, y que deseo que mi solicitud no sea cursada por chimpancés que sepan escribir a máquina. Si los computadores opinan que el ingenio no existe, están en su derecho, pero el dictamen de esas máquinas me parece que guarda muy poca relación con la realidad. Le veré el próximo martes a las dos; si no le es posible, lo haré a media tarde.

»Le saluda atentamente,

»H. Norris.»

Mark se vio invadido por un sentimiento de extrema incomodidad al leer la frase: «el dictamen de esas máquinas me parece que guarda muy poca relación con la realidad». Por un momento, pensó en llamar al departamento médico, pero cambió de idea pensando que aquel pobre individuo debía de sufrir una gran frustración, y su

carta venía a ser una forma de catarsis. Quizá sería divertido, además, ver su aparato.

Al regresar a su casa aquella tarde, Mark contempló accidentalmente el reactor vespertino de Sydney atronando el espacio sobre su cabeza. Siempre pasaba, aproximadamente, a la hora en que él esperaba el 4:08:30, y era algo habitual en su camino de regreso. Pero ese día lo observó hasta perderlo de vista, removiendo pequeñas ideas que se agitaban en su cerebro. En el caso que el reactor hubiese pasado sin hacer su ruido habitual, sobre rayos antigravitatorios, ¿lo habría advertido? Estaba convencido que sí, como cualquier otra persona. Podía imaginarse el desasosiego de la multitud y sentir sus emociones agitadas.

Durante la cena, se mostró desacostumbradamente silencioso y, a la mañana siguiente, su mujer tuvo que visitar al siquiatra de la familia. Había significado para ella un grave contratiempo, ya que pensaba hablarle acerca de la carta de su hermana, que en sí constituía un acontecimiento inesperado y un tanto desagradable. Como que John había empleado sus tres cuartos de hora habituales leyendo el periódico, después de poner ella los platos en la lavadora, y había conectado la radio para escuchar las noticias, no pudo cumplir su propósito. John parecía un poco alterado por la mañana, pero no quiso acompañarla al siquiatra.

Cuando llegó el lunes, y luego el martes, John Mark había olvidado completamente que tendría un visitante. Su esposa se había recuperado por completo, ya que, por consejo del siquiatra, terminó con la inseguridad haciendo unas compras y repitiendo varias veces las cantidades 6-36-992 y -9973 antes de dormir. Otras veces había utilizado para ello algunos pasajes especiales del «Libro de Autocorrección», con idéntico éxito.

Hacia la hora de almorzar, aproximadamente, Mark recordó la frase: «el dictamen de esas máquinas me parece que guarda muy poca relación con la realidad». Empezó a sentirse confundido, preguntándose por qué diablos pensaba en tales cosas. Por fortuna tenía cerca una Máquina de Salud y, tras contemplar por unos minutos a su actriz favorita, se calmó de nuevo. Tomó el almuerzo y volvió tranquilamente a su mesa, donde reanudó el trabajo de clave.

A media tarde recordó que Norris aparecería en cualquier momento. Lo recordó precisamente porque Norris en persona apareció en la puerta de su despacho.

—¿Es usted Mark? —preguntó Norris. Traía una cartera de mano, sobre la que se posaron las miradas incontenibles de John.

—John Mark, en efecto... ¿Cómo está usted? —respondió Mark rápidamente. Recordando sus modales, ofreció una silla a su visitante—: Siéntese. Bien, señor, ¿existe alguna dificultad en la que pueda serle útil? (Vagamente recordó que en una ocasión el siquiatra le preguntó lo mismo.)

—No diga tonterías —repuso Norris—. Tiene tantos deseos de ayudarme como de cortarse la cabeza. He traído el modelo.

Norris nunca preguntó si Mark sabía quién era, ni a Mark se le ocurrió hacerlo.

—¿Dónde está? —preguntó Mark, con el corazón a punto de estallar y los ojos todavía clavados en la cartera.

Norris hizo una pausa y miró a Mark con momentánea conmiseración. Luego se encogió de hombros y lanzó la cartera hacia Mark.

Surcó silenciosamente el aire en línea recta hacia su cabeza. Aparentemente, no había nada que la sostuviera.

Mark miró fijamente, sin comprender, el rectángulo marrón que se le aproximaba. Su mente empezó a imaginar cartera tras cartera, todas partiendo de la suspendida en el aire y cayendo al suelo después de trazar una nítida parábola, pero la verdadera retenía su atención.

Algo bullía en su cerebro, aumentando su excitación:

«Para cada acto hay una reacción idéntica y contraria.»

«¡Caerá, caerá!»

«Sección 356, párrafo 9, subtítulo A: La gravedad es...»

«Juro defender los principios de Seguridad y Bienestar Social...»

«Recuerda, hijo, hay siempre un computador al que recurrir para...»

Después, completamente espontánea, surgió la frase: «El dictamen de esas máquinas me parece que guarda muy poca relación con la realidad».

Sus manos se levantaron involuntariamente para recibir la cartera, la asió por un momento y se desmayó.

Al abrir los ojos, oyó a Norris que decía:

—¿Va a desmayarse otra vez?

—No —contestó.

Se levantó de la silla de su visitante, donde, evidentemente, Norris le había colocado, y bebió un sorbo de agua que éste le acercó. Se sentía avergonzado, muy deprimido.

—¿Me cree ahora? —preguntó Norris.

—Salga, por favor —respondió Mark.

—¡Ni hablar! —cortó Norris—. Después de dieciocho años y dos semanas, voy a conseguir que su condenada máquina me permita aplicar mi modelo a diversos medios de transporte, o descubriré las razones de su negativa.

—Pero esto es completamente imposible —musitó Mark—. No puede usted construir un ingenio antigravitatorio. Las leyes de la Física.

—Mire, amigo —dijo Norris con algo más de paciencia—, ¿quién elaboró esas leyes?

—¿Por qué?... Nadie. Los computadores las han deducido de los hechos básicos del Universo.

—Y ¿quién ha dicho cuáles son los hechos básicos del Universo?

—¿Cómo?... ¡Eso es ridículo! —Mark agitó la cabeza en plena confusión—. Los hechos básicos son hechos básicos. No importa quién los descubrió. Siguen siendo básicos.

Norris señaló silenciosamente la cartera que flotaba a deriva entre la mesa y el pequeño depósito de agua, ligeramente agitada por la corriente que producía el aparato de aire acondicionado.

Mark la contempló sólo un instante, desviando la mirada en seguida.

—Eso es una ilusión muy molesta —dijo—. Y sabe que el ilusionismo es ilegal. Le exijo inmediatamente una explicación.

—No puede admitirlo, ¿verdad? —comentó Norris, relajándose—. ¿Cómo puedo convencerlo que no hay ningún truco, ninguna ilusión?

—¿Por qué tengo que dejarme convencer? —repuso Mark desesperadamente—. No hay motivo para ello. Esto no puede suceder, así que es inútil que trate de convencerme. No lo comprendo.

—¿Qué es lo que no comprende? —inquirió Norris, recuperando la cartera—. Puede verlo..., ¿qué es lo que hay que comprender?

—¡Pero yo sé lo que veo! —gritó Mark desesperado, casi a punto de llorar.

—Permítame exponerlo de la manera más sencilla posible —rogó Norris—. Esta cartera contiene un aparato que anula la atracción de la tierra. Ha sido ajustado de forma que compensa exactamente el peso de la cartera. Dentro de ella no hay otra cosa que el aparato, y nada más que la sostenga. Por consiguiente, esto es un ingenio antigravitatorio. Además, quiero sacar de él algún dinero, porque he venido fatigando mi pobre cabeza desde hace dieciocho años y dos semanas con esta bobada. Ya no me impresiona. Lo único que me preocupa ahora es hacerme rico, para no tener que privarme de nada mientras invento el campo de fuerzas. ¿Sabe a qué me refiero?

—¡Pero tampoco puede usted inventar un campo de fuerzas! —exclamó Mark, sintiéndose enfermo—. De acuerdo con las leyes físicas, no puede haber...

—Otra vez las leyes físicas —musitó Norris—. No voy a echar por la borda mis planes, sólo porque un anacrónico computador niegue lo que es evidente.

Mark sintió algo frío que recorría su pecho.

—Podría hacerle encarcelar por eso. No debe decir tales cosas. Las leyes físicas preservan nuestro juicio frente al Universo real. No existe otro modo de observar la realidad, evitando la sicosis, y usted lo sabe tan bien como yo. Es uno de los hechos básicos de la vida —murmuró.

—Supongo que los computadores le contaron también eso, ¿verdad? —dijo Norris—. ¿No le dijeron también que crea todo lo que le digan? ¡Tonterías!

Mark se agarró con ambas manos a su escritorio.

—Necesita una revisión médica. Y cuanto antes, pues su mente se halla en peligro. No siga, por favor. Está destrozando mi fe en todo lo que creo.

—¿Por qué tiene fe? —preguntó Norris—. ¿Porque le han dicho que la tenga? ¿Piensa alguna vez por su cuenta?

Mark tragó saliva.

—Está trastornado —dijo mientras buscaba el timbre de la mesa, pero Norris le sujetó la muñeca.

—No le serviría de nada. En cualquier «test» sicométrico puedo sacar la mejor puntuación. No estoy loco, ni usted tampoco. Lo que sucede es que ha aceptado una realidad muy limitada, y lo ha hecho por miedo. ¿Por qué le resulta tan penoso mirar esto? —señaló la cartera.

Mark respiró profundamente e intentó refugiarse en su vacilante sentido de la realidad. Con gran cuidado volvió al único punto confortable para él.

—La ley de gravedad no necesita demostración. Ha sido evidenciada miles de veces por autoridades competentes y se ha comprobado la exactitud de la información de los computadores..., la atracción mutua entre dos cuerpos *cualesquiera*.

Luego añadió:

—Podemos considerar que el tema de la ley de gravedad está agotado. Los computadores no necesitan ya más datos; en caso contrario, están diseñados para reclamarlos, a fin de mantener en equilibrio el sistema según el universo real.

Esta frase, con pequeñas variantes, aparecía en la mayor parte de los capítulos del «Libro del Omniconocimiento».

Mark leyó aquel libro hacía varios años, y sólo recordaba sus principios básicos, pero estaba convencido que el conocimiento y la lógica podrían demostrar a aquel hombre increíble con su absurdo juguete, que era un tramposo, un ilusionista, un demente. Si pudiese encontrar algo más... En medio de su confusión se le ocurrió una idea repentina.

—Mire —dijo de pronto, muy razonablemente—. Supongo que no está bien que yo dude de mis propios ojos. Pero puede haber algo en lo que usted no ha pensado. ¿Qué opinarán los demás departamentos? Después de todo, esto es un ingenio (le costó decir la palabra) bastante revolucionario, y hay que consultarles.

Como Mark sospechaba, Norris presentó objeciones inmediatamente.

—Pero este ingenio se relaciona exclusivamente con las leyes físicas y mecánicas, no tiene nada que ver con los demás departamentos. ¡Sabe muy bien que al pedir permiso para aplicar un invento nadie tiene que someterlo a la aprobación de todo el C.G.I.!

Mark sonrió.

—Acaba de decir que este ingenio no parece estar basado en los datos reconocidos por el departamento de Física. Puesto que es así, debemos investigar en todos ellos para llegar a la conclusión más adecuada posible.

—Está bien —admitió Norris—. Adelante. Pero recuerde que seguiré aquí para

asegurarme de que les cuenta lo que ha visto. *Que no cae*.

Mark se acercó al intercomunicador y apretó el botón donde se leía «Sico». Dijo:

—Aquí tengo a un hombre que afirma haber inventado un ingenio antigravitatorio. No..., espere un momento..., ha traído una cartera de mano que flota en el aire. Sí. Sin soporte aparente. Muy interesante, pero no hay nada en las leyes físicas que lo justifique. No puedo echarle de aquí por ser dueño de esa cartera. ¿Cree que podemos autorizar su aplicación a diversos medios de transporte?

Norris se acercó para escuchar la respuesta.

—Absolutamente no. No hace falta ni consultar siquiera al computador.

Norris hizo una mueca de disgusto, mientras la voz continuaba:

—La ingravidez causaría una inseguridad muy extendida que arruinaría el sistema. No se puede ir destruyendo la realidad así como así, ¿sabe? Dígale a ese individuo que más vale que oculte ese cacharro y que lo olvide. Dígale que puede venir a charlar un poco conmigo, si lo desea. Ha debido ser bastante traumático para él inventar tal cosa. ¿Sigue ahí?

—¡Sí, sigo aquí! —replicó Norris al micrófono—. ¿Qué pretende decir con eso que ha debido de ser bastante traumático? Lo pasé estupendamente en todo momento. ¿Intenta explicarme que no puedo solicitar lo que deseo?

—Bueno, si así quiere llamarlo, señor... Esa es exactamente nuestra postura. Por supuesto, puede apelar contra esta decisión, con lo que suministraríamos los datos al computador. Sin embargo, puedo asegurarle que el computador de Ciencias Sicológicas está montado de forma que rechaza automáticamente cualquier cosa que interfiera las decisiones del computador de Ciencias Físicas. Creo que haría usted mejor en pasarse unas semanas con una Máquina de la Salud tridimensional, o concentre su talento en algo más productivo. Después de todo, existe un número prácticamente infinito de conexiones sin descubrir entre los datos del «Libro del Omniconocimiento». Sólo los computadores saben lo que puede encontrarse allí..., cosas fascinantes.

—Está bien, eso es todo —dijo Norris—. ¡Ah!..., si la Física cambiase de opinión sobre la ausencia de gravedad, ¿cambiaría usted la suya?

—Probablemente, pero tendríamos que consultar también con Ciencias Médicas. Después de todo, la salud física de nuestro pueblo es tan importante en estos días como la mental.

En la sección médica todo fue rápido y exacto; tuvieron la suerte de tomar contacto con un hombre de buena memoria.

—No, Mark, ya hemos tenido consultas parecidas. La decisión es automática. Parece ser que un tal doctor Summers colocó los datos en el computador hará unos cincuenta años, simplemente para ver que pasaba, y descubrió que ningún ser

humano podría soportar las tensiones de un vuelo antigravitatorio. Trastorna el equilibrio endocrino, la presión sanguínea, el ritmo respiratorio, etcétera. Por otra parte, disponemos de muchos datos de la sección psicológica, que afirman que la introducción de un elemento antifísico similar provocaría inmediatamente una sicosis masiva. ¿Qué dice la sección comercial?

—Todavía no la he consultado —dijo Mark, sonriendo—. Bueno, gracias y hasta luego, Jim. —Apretó otro botón.

—Sí, aquí Ciencias Comerciales. ¿Qué desea?... ¡Menudo caso, me dan escalofríos sólo de pensarlo!... No, no creo que hayamos calculado alguna vez nada semejante; aguarde un instante. El canal que necesita queda libre ahora. Le contesto en seguida.

Después de esperar varios minutos, la voz agitada reapareció:

—Escuche, lo mejor será que confisque ese aparato. Si se implanta, todo el sistema se vendrá abajo con un índice de seguridad muy por debajo de cero. ¡Es dinamita! El computador no puede siquiera asimilar un nuevo medio de transporte, aunque admite capacidades de carga y combustible además de muchos otros factores. He introducido los datos considerando la ingravidez como un hecho, y las tarjetas han salido todas emborronadas. No marcha.

Norris no se molestó en contestarle.

Mark notó su silencio y le preguntó:

—¿Quiere que llame a Comunicaciones, o Transportes, o Leyes o Filosofía?

—No —contestó Norris con tristeza, mirando a su cartera flotante—. No ve nada absolutamente, ¿verdad?

—Está muy claro —repuso Mark—. Su aparato no pertenece a este mundo. Incluso si fuese real sería lo peor que podría pasar. ¿Se da cuenta de lo que está intentando hacer con el sistema, el orden natural?

—Lo sé —admitió Norris.

—Mire, no se lo tome así. Comprendo que estas cosas le parezcan ahora importantísimas, pero no tardará en olvidarlas. Existe una enorme demanda y quien es capaz de crear una ilusión tan convincente como la suya, no me cabe duda que podrá ganar todo el dinero que quiera si produce mecanismos autorizados por los computadores. Se ha dejado obsesionar por este asunto y lo que necesita ahora es liberarse de él. Al fin y al cabo, ¿qué son dieciocho años...?

—Sí, dieciocho años y dos semanas —sonrió Norris—. ¿Cree, realmente, que con sus palabras logrará que me sienta *mejor*?

—Norris, ha atacado la exigencia humana más importante, la necesidad de sentirse seguro, a salvo, protegido. Si elimina en la gente el deseo de seguridad, le quita toda razón de vivir. ¿No se da cuenta?

—¿Ha intentado alguna vez rechazar esa seguridad? —preguntó Norris.

—No sea ridículo —Mark empezó a sentirse incómodo otra vez—. ¿Por qué debería trastornarme deliberadamente?

—¿Cómo sabe que no lo está ya? —inquirió suavemente Norris.

Mark le miró con horror por unos instantes. Sabía que se trataba de un truco muy antiguo, pero así, de pronto, no podía recordar la respuesta lógica. Norris le observó con atención, suspiró y empezó de nuevo.

—¿Por qué cree en los computadores?

—Porque me proporcionan seguridad.

—¿Por qué necesita seguridad?

—La seguridad es una exigencia básica. No existe ningún «por qué» en ello —Mark empezó a mirar sin objeto a través de la ventana, sintiéndose extrañamente *atrapado* por algo, por una telaraña de pensamientos que Norris iba tejiendo.

—¿Cómo sabe que es básica?

—Los computadores lo dicen. Todos los computadores lo confirman.

—¿Quién decidió que las máquinas dijeran eso?

—Nadie. Es un hecho básico.

—¿Cómo sabe que lo es?

—Los computadores lo dicen.

—¿Quién ha decidido que lo digan?

—Nadie. Las máquinas. ¡No lo sé!

—¿Cómo puede averiguarlo?

—¡No quiero hacerlo!

—¿Por qué no?

—Las máquinas me dan una contestación si la necesito.

—¿Quién dijo que debe recurrir a los computadores? ¿Ellos mismos?

—Déjeme solo.

—¿Por qué he de dejarle solo?

Mark se detuvo un momento y gritó:

—¡Salga de aquí! ¡Pretende volverme loco!

—¿Qué entiende por loco?

—¡Está usted loco! ¡Intenta destruir la realidad de los computadores!

—¿Por qué no debería intentarlo?

—Todo está en el «Libro del Omniconocimiento», y no quiero contestar más preguntas.

—¿Quién escribió ese libro?

—¡Los computadores! ¡Los computadores! ¡Ya lo sabe! ¿Por qué insiste? ¡Por favor, salga de aquí!

—¿Por qué tiene miedo? ¿Es que empieza a pensar?

Mark se precipitó a la puerta y la abrió de par en par.

—Salga, por favor, o haré que le arrastren.

Norris se levantó y tomó la cartera. En el umbral se volvió hacia el aturdido y tembloroso Mark, diciendo muy claramente:

—Continuará pensando en ello.

Y se marchó.

Un segundo después, Mark se hundió materialmente en el asiento que había dejado libre.

Intentó pensar, pero todo lo que le venía a la cabeza era una serie de preguntas y respuestas, que torturaban su cerebro. «Es tan evidente, tan evidente».

Permaneció así toda la noche y todo el día siguiente con su noche. Alrededor de las dos de la mañana, después de esfuerzos sobrehumanos para dormirse, de pensar en riberas de lagos y en montañas, en la Máquina de la Salud, de intentar quedar inconsciente, incluso morir de una vez, empezó a llorar.

Una semana después le llevaron al manicomio. Estaba extrañamente tranquilo cuando le condujeron hacia la puerta de entrada. Observó en silencio cómo se llenaban docenas de impresos, de normas, todas las trivialidades formularias. Al acercarse al gran edificio gris empezó a sonreír y, cuando hacía antesala para el reconocimiento, tuvo que contener la risa. Fue caminando entre carcajadas a través de largas series de puertas cerradas y llenas de barrotes y, cuando el empleado hizo girar la llave de la última y más aparatosa de todas ellas, se llevó las manos a las caderas y profirió una especie de rugido. No tardó en calmarse, inspirando profundamente como el nadador que ha permanecido largo rato bajo el agua. Al abrirse la puerta del todo, suspiró.

Norris miró hacia arriba desde su puesto de trabajo, hizo un gesto indicando el enorme y reluciente laboratorio, los activos hombres vestidos de blanco, los paneles salpicados de válvulas y contadores, y dijo con una mueca:

—Bienvenido a la jaula de los necios.

UN ROMANCE SENTIMENTAL

Alan Nelson

Soap Opera, 1953

Ninguna historia de aquella alocada década de 1970 podría considerarse completa sin mencionar el célebre episodio del «Anunciante Paranoico del Cielo», que en setiembre de 1973, sumió a la ciudad de San Francisco en un desconcierto y una confusión tales durante tres días completos, que no fueron superados por ningún otro incidente de todo aquel periodo. El relato escueto de los hechos es como sigue.

El 27 de agosto de 1973, un hombrecillo encolerizado, de pelo blanco y zapatos de color, avanzó indignado por un largo corredor, empujó una puerta que decía «Publicidad» y, refunfuñando, cruzó la habitación, abrió violentamente la ventana y se asomó para contemplar el cielo, frunciendo el entrecejo.

Se trataba de H. J. Spurgle, propietario y fundador de la compañía de jabones Spurgle (fabricantes del detergente para usos domésticos conocido por GIT), y su airado ceño se debía a tres frases escritas que revoloteaban vaporosas en el cielo de San Francisco.

GIT ES CRIMINALMENTE EFICAZ
EL CRIMEN SE PAGA... ¡ADQUIERA GIT!
PRUEBE LA FORTALEZA DE GIT

Justo detrás de él se hallaba su secretaria privada, Nita Kribbert, una morena deliciosa de elaborado peinado, que dejaba escapar pequeñas exclamaciones de adulación.

—¿Quién es el responsable de *eso*? —gruñó Spurgle al retirar su cabeza de la ventana, señalando hacia arriba con un dedo sarmentoso. Su cara aparecía anormalmente roja, como si se la hubieran frotado con demasiado vigor.

Once empleados de la oficina de Publicidad parpadearon ansiosamente y volvieron sus rostros hacia él.

—Yo.

Spurgle dio media vuelta y miró fijamente a un inquieto y delgado joven vestido con una chaqueta de cuero, que acababa de entrar en la habitación.

—Bien, es el peor anuncio de esta clase que he contemplado jamás —gritó Spurgle aproximándose lentamente hacia él con su reloj en la mano—. Sus letras han empezado a esfumarse en menos de treinta segundos.

—La brisa, señor... —se disculpó Everett Mordecai, mirando doliente a Nita.

—Con brisa y sin brisa —rugió Spurgle—, no le estoy pagando para que deje un simple rastro de humo a través del cielo y que nadie es capaz de leer. ¿Por qué? Yo podría hacerlo mejor con un puro de treinta centavos. ¡Prepare mejor la mezcla de humo, joven! ¡Necesito que el anuncio permanezca más tiempo en el cielo! ¿Comprende? ¡Más tiempo!

Mordecai observó con expresión triste al airado hombrecillo y luego a la

encantadora Nita, preguntándose si esto sería el fin. Había sido contratado cinco meses atrás como químico investigador y todo le había salido mal. Durante la primera semana había hecho estallar un pequeño laboratorio, al llevar a cabo, sin autorización, un experimento con el que pretendía conseguir un jabón de «acción rápida» para las manos. Trasladado a contabilidad, su borrador de tinta experimental disolvió casi por completo un libro Mayor ante la mirada horrorizada del jefe de sección. Un breve paso por la sección de ventas y mercancías resultó igualmente desastroso.

Y ahora su miserable ocupación como anunciador aéreo estaba a punto de constituir también un fracaso. Y precisamente en presencia de Nita. La perspectiva era insoportable. Durante meses había perseguido a esta estupenda y evasiva criatura como un atolondrado y abyecto esclavo, que jugaba al «ahora me caso, ahora no me caso».

—No puedo soportar a los fracasados —le había dicho cuando empezó a cortejarla—. Quiero un hombre que camine hacia la cumbre del éxito.

Pero cuando con más ahínco trataba de triunfar, peor le salían las cosas. Había adelgazado más de cuatro kilos, y la boca del estómago se le retorció de la mañana a la noche, como un eruptante tubo de ensayo.

—¡Permanencia! —estaba gritando Spurgle—. ¿Está claro?

Mordecai contempló estúpidamente a su enfurecido jefe, que salió como una tromba de la oficina. Nita se detuvo un momento.

—Continúa probando —le animó con una sonrisa.

Mordecai escribió el *slogan* usual: «¿Probó GIT?», «¡Compre GIT!» a una altura de seiscientos metros, hizo descender el helicóptero y aterrizó, arrastrándose fuera de la cabina hasta donde Nita y mister Spurgle le esperaban, junto al hangar.

—¡Everett! —gritó Nita, acercándose a él—. Durante dos semanas he estado tratando de localizarte. ¿Dónde te has metido?

—He estado fuera —contestó Mordecai con sequedad.

Estaba más delgado, más huraño; unas bolsas oscuras temblaban bajo sus ojos.

—Tengo algo que decirte —empezó ella.

—Joven —interrumpió, impaciente, Spurgle—, ¿podría explicarme quizá todo esto? —Enarbolaba una nota interna de oficina—. ¿*Por qué* es tan urgente que esté hoy en el aeródromo a las once de la mañana?

Mordecai sacó su cronómetro y volvió su vista al cielo, mirando las frases que había escrito unos minutos antes.

—Posiblemente le gustará comprobar la *permanencia* de esas letras...

Spurgle miró hacia arriba automáticamente. Las letras, aún firmes, fuertes y perfectamente dibujadas, parecían descender sin resultar afectadas en lo más mínimo por la brisa que soplaba a través del campo.

—Están bajando —comentó Nita con asombro.

Spurgle frunció el entrecejo esperando que, inevitablemente, se disolvieran hasta desaparecer.

Pero ni se disolvieron ni desaparecieron.

Como grandes globos inflados, las letras bajaron gradualmente, haciéndose cada vez mayores y más claras a medida que se acercaban al suelo, donde rebotaban suavemente varias veces y permanecían inmóviles.

Los tres se acercaron en silencio. Spurgle dio una patada a la Letra G de «GIT». Era una cosa blanca, monstruosa, de tres metros de espesor y tan grande como media manzana de casas, hecha de una sustancia elástica, flexible, a media camino entre la goma espuma y la gelatina, de color opaco y tan ligera que, pese a su tamaño, Mordecai podía levantar toda la letra con una sola mano. Jugó con ella un momento.

—Usted exigió, *permanencia*...

Mordecai bajó la mano y la gigantesca letra se deslizó, botó perezosamente sobre la tierra, se retorció como los anillos de una monstruosa serpiente y se quedó quieta, vibrante. Nita encontró el punto de la I, una tremenda esfera blanca del tamaño de dos enormes garajes juntos... y trató de empujarla fuera del hangar. Spurgle hizo una mueca y se frotó las mejillas.

—¿De qué está hecho eso? —preguntó, por fin, cogiendo un pedazo de la G y retorciéndolo nerviosamente entre sus manos. Al soltarse, la letra adquirió instantáneamente su forma primitiva.

—No es más que un derivado del caucho sintético con un poco de neopreno y un par de puñados de korosil...

—Da lo mismo —masculló Spurgle, cada vez más irritado. Sacó una navaja, la abrió e intentó cortar un extremo de la T—. Lo enviaré al laboratorio y haré que lo analicen.

Pero la materia no se dejaba cortar. Dos veces hundió Spurgle la navaja, incluyendo el brazo, dentro de aquella sustancia parecida al caucho, con el mismo resultado que si tratara de pinchar una esponja con un prensapatatas.

—Bueno, sí, debo admitir que es un truco ingenioso —gruñó vacilante—. Sin embargo, la semana pasada decidí abandonar nuestra campaña publicitaria aérea.

Consultó su reloj y se volvió hacia Nita.

—¡Por Dios, Nita! Vaya a recoger los billetes. Nos quedan exactamente veinticinco minutos.

Nita se entretuvo lo suficiente para acariciar el brazo de Mordecai.

—Continúa probando —dijo sonriente, y echó a correr a través del campo.

—Como le decía, Mordecai —continuó Spurgle—, parece interesante, pero mucho me temo que resulte otro fracaso. Cuando regrese de mi luna de miel trataré de darle una nueva oportunidad, tal vez en el departamento de expediciones...

—¿Luna de miel? —repitió Mordecai como un eco, presagiando un desastre.

—En efecto —contestó Spurgle, mientras se relajaba su rostro en dirección a la desaparecida silueta de Nita—. Nita y yo nos vamos ahora mismo a Palm Springs. Pero no diga ni una palabra de esto a nadie todavía. Es un secreto...

Mordecai permaneció atontado, mientras Spurgle se dirigía hacia la administración. De repente, un gruñido sordo pareció sacudir todo su cuerpo y se alejó, pegando tan terrible puntapié al punto de exclamación, que lo hizo salir fuera del aeródromo.

Estos son los sucesos que condujeron a San Francisco a los tres días más confusos y disparatados de toda su historia. Durante los veinte años sucesivos se intentó inútilmente determinar si los actos de Mordecai fueron consecuencia de una frustración de personalidad o simplemente que «continuó intentándolo».

El *Chronicle* de San Francisco del día 14 de setiembre de 1973, incluyó esta noticia en la primera página:

«Los vecinos de numerosos distritos de la ciudad se vieron sorprendidos a primeras horas esta mañana por la aparición de enormes letras de caucho, que se apoyaban en los aleros de las casas, llenaban los patios interiores o bloqueaban el paso de los vehículos en las calles. En las afueras una enorme O elástica rodeó el edificio de la “Shell”, como si fuera un anillo gigantesco, y quedó suspendida del asta de una bandera del piso dieciséis. La “Fundición Atlas” ha comunicado que una de sus grandes chimeneas de ladrillo quedó obstruida por una esfera blanca de considerable tamaño.

»El meteorólogo míster Fred Ballard no logró identificar el origen del fenómeno, aunque declaró que tales objetos podrían ser subproductos de un nuevo proyecto de desarrollo atómico localizado en algún lugar de la vecindad.

»Según ha avanzado la mañana, la extraña lluvia ha parecido ir en aumento, produciendo singulares molestias en varios puntos estratégicos, debido a la dificultad de eliminar estos objetos. Resulta imposible cortarlos, quemarlos o desinflarlos; únicamente desplazarlos de un lugar a otro. Pero la pregunta que todos se formulan es: “¿Adónde?”. Los solares vacíos de algunos distritos han sido colmados y la policía informa que se han producido algunas reyertas entre los vecinos sobre el particular.»

Hasta la mañana después, no descubrió San Francisco, con ira, que el persistente fenómeno no era un subproducto atómico sino un viejo truco publicitario. Mordecai había arrojado hasta entonces letras sueltas, pero ahora empezaba a unirlas en una

escritura bellamente caligráfica. Las frases caían lentamente, en las que todos podían leer con claridad: «¡COMPRE GIT!», e iban cubriendo la ciudad como una capa de nieve.

El caso es que el tamaño de las letras se hacía cada vez mayor. La sola frase «GIT LIMPIA», por ejemplo, ocupaba completamente la avenida Van Ness, desde el Golden Gate a la calle Post. Y «LIMPIE CON EL PODEROSO GIT», que aterrizó en el estadio Kezar, se desbordó como una cuchara en una fuente de sopa.

El rugido de protesta que brotó del pecho de los ciudadanos en aquella mañana, un inolvidable viernes, constituyó una demostración de indignación cívica que, probablemente, nunca será igualada. Como es lógico, la compañía de «Jabones Spurgle» se convirtió en el blanco de la repulsa popular.

Cuarenta mil indignadas amas de casa marcaron casi simultáneamente el número de teléfono de Spurgle, y las cuatro asustadas telefonistas de servicio en la centralita, desconcertadas por la avalancha, tuvieron que quitarse los auriculares, mientras observaban con pánico el frenético relampaguear de las luces indicadoras, hasta que la instalación se fundió definitivamente.

En el exterior, una furiosa muchedumbre, estimada entre las 10.000 y 20.000 personas, se amontonaba en torno a las verjas de alambre, gritando y arrojando de vez en cuando ladrillos al patio.

A las once de la mañana un comité de siete personas, encabezadas por el alcalde Randolph Rockwell, un hombre grueso, con arrugas verticales en su rostro, se abrió camino entre la airada multitud hasta que logró entrar en la encristalada oficina de H. J. Spurgle. Éste se hallaba preso de un ataque de fría rabia, balanceándose en su sillón oscilante, con la cara casi purpúrea, e intentando controlar desesperadamente sus sacudidas.

—¿Quién es el responsable de eso? —gritó Rockwell junto a la ventana y señalando con un dedo hacia el cielo—. Le exijo que ponga fin inmediatamente a esta publicidad abusiva.

Transcurrió un instante antes de que Spurgle pudiese recuperar la voz.

—¡Poner fin! —aulló—. ¿Y no cree que yo soy el primero en desearlo? Esto ha estropeado mi boda. Ahora arruina mi negocio. ¿Poner fin? ¿Cómo?

—Ordene a su empleado que vuelva, ese es el «cómo».

Spurgle rió histéricamente.

—Ordéneselo usted mismo. ¡Ese individuo se ha vuelto completamente loco! El único procedimiento posible para que baje es derribarlo a cañonazos.

Un hombre con una cartera se adelantó.

—Sea como fuera, Spurgle —afirmó con un tono frío y judicial—, como abogado del Ayuntamiento, debo advertirle que ese individuo está incluido en su nómina y que, por lo tanto, es usted legalmente responsable.

—¿Qué quiere decir legalmente responsable? —gritó Spurgle—. Mi compañía tiene una licencia perfectamente válida para utilizar el cielo en su campaña de publicidad durante el año 1973. Así que la responsabilidad legal me tiene sin cuidado.

Removió por un momento en los cajones de su mesa de despacho y halló un documento que tendió al abogado.

Éste examinó cuidadosamente el papel y frunció el entrecejo, meneando la cabeza.

—Esto parece estar en orden —dijo—. Caballeros, con franqueza, ignoro por completo cuál de las ordenanzas municipales ha sido violada, como no sea la prescripción antinieblas. Por desgracia, nada parece haber salido de los límites de la legalidad.

Se produjo un silencio embarazoso.

—¿Cuánto tiempo puede continuar en el aire? —preguntó alguien.

—Meses —contestó Spurgle, sombrío—. Nuestros dos helicópteros están propulsados por energía atómica.

—Pero el aprovisionamiento de caucho... o lo que sea el material —exclamó el alcalde Rockwell—. Es probable que no durará indefinidamente. ¿Qué dice a eso, Cliff...? Es usted nuestro ingeniero municipal.

—No he tenido tiempo de analizar esa sustancia —contestó un hombre estólido, vestido con un traje azul de sarga—. Pero puedo decirles una cosa. Hay más caucho en una pelota ordinaria de golf que en una de esas frases publicitarias entera. Es como el azúcar en aquellos azucarillos que se vendían en las ferias... Con muy poco se consigue convertirlo en una espuma voluminosa. Si ese individuo dispone de 100 ó 150 kilos de cubiertas viejas, por ejemplo, tiene cuerda para rato.

—Tal vez lo mejor sea derribarle a cañonazos —intervino Guire, el jefe de Policía.

—¡No! ¡No! —se apresuró a intervenir el abogado—. ¿No ha comprendido que no está cometiendo ningún delito? Si escribiese frases obscenas en lugares públicos... Derríbelo y el Ayuntamiento se vería demandado por medio millón de dólares.

El alcalde Rockwell, nervioso testigo de esta discusión, dejó de mordisquear las patillas de sus gafas, aclaró su garganta y se volvió hacia un hombre enteco y preocupado.

—Bueno, Ed, parece que este asunto es de su competencia.

—Este asunto no entra en modo alguno en la jurisdicción de la Defensa Civil —contestó, irritado—. No estamos siendo atacados. Personalmente, creo que compete a la Comisión Aeronáutica Civil.

—¡Ni hablar! —exclamó otro hombrecillo unas filas más atrás—. Se trata de un asunto local, pura y simplemente. Quizá el director del departamento de Régimen Interior pueda hacernos alguna sugerencia...

—¡Hagan bajar a ese loco! —vociferó Spurgle.

Mientras tanto, en el exterior, la ciudad se veía más y más sumergida por un torrente de frases publicitarias. Por la tarde, cansado por lo visto de arrojar frases estereotipadas, Mordecai empezó a lanzar otras de su propia cosecha:

GIT CONTIENE TRI-SODIUM PHENO-BARBITO-HIPERCLOROSOL Y
SE OBTIENE POR REACCIÓN DE ALCOHOLES POLI-HÍDRICOS CON
ÁCIDOS REACTIVOS POLIBÁSICOS

Estas frases se extendían desde la ladera este de Twin Peaks hasta la calle del Mercado y el Embarcadero.

Y durante un breve intervalo, posiblemente bajo la influencia de la bebida, llovieron una serie de mensajes como este:

NITA KRIBBERT ES ESBELTA, SUAVE, LIMPIA Y SUS MANOS NO
ENROJECEN

H. J. SPURGLE NO NECESITA LAVARSE
FELIZ BODA PARA GIT

Aquella noche, los barrios extremos de la ciudad se hallaban ya completamente paralizados. Todo el tráfico se había detenido. Letras elásticas obstruían por completo todas las calles, descansaban perezosamente sobre los tejados y se amontonaban unas sobre otras en pila gigantesca y desordenada de madera. Únicamente los pisos superiores de los más altos edificios eran visibles.

Las siguientes palabras del testigo ocular, Edgar Fogleman, empleado de la Wells Fargo, se han transcrito de la revista *Glimpse* en su número correspondiente a noviembre de 1973.

«No estaba seguro de si el Banco abriría o no, pero de todas formas me dirigí a mi trabajo. La situación empeoraba al acercarme al distrito comercial.

»No sé cómo describir aquel espectáculo; era como pasear a través de un baño de burbujas. Había aire y luz a raudales, pero resultaba muy fácil perderse al ir a doblar una esquina, porque luego no era una esquina, sino el extremo de una letra.

»Nadie parecía asustado o dominado por el pánico, pues no era difícil abrirse camino..., pero todos se sentían confundidos y como locos.

»Cuando llegué al cruce de las calles Montgomery y California, un hombre con un brazal me advirtió de que todas las personas útiles del distrito estaban cooperando para quitar los obstáculos que obstruían el paso. Fui agregado a un grupo de tres

individuos y empezamos a empujar una letra enorme a través de un estrecho callejón despejado al efecto y que conducía hacia el mar. No costaba mucho empujarlas, pero su manejo era una verdadera complicación.

»Al cabo de cuatro horas, el embarcadero quedó tan repleto que ya no podíamos acercarnos a las proximidades de la bahía. Permanecimos allí algún tiempo hasta que nuestro improvisado capataz nos mandó a casa, mientras otro equipo intentaba remolcar todo aquello hacia la península por media de camiones.»

Dos horas antes, el alcalde de Oakland, en un elegante gesto de amistad y colaboración cívica, envió a través de la bahía a unos 500 exploradores que estaban celebrando su concentración anual en las orillas del lago Merritt. El párrafo que sigue forma parte de un informe presentado más tarde por el explorador jefe Jerrold Danielsen a la Dirección Nacional de Exploradores de América, y que reproducimos con el amable permiso del señor Danielsen.

«... Deseo hacer una puntualización a su carta en reprimenda a la Patrulla Hedgehog por “conducta indigna de los exploradores”, como dice textualmente. Es cierto que nuestros muchachos se extraviaron y vagabundearon de un lado para otro durante tres horas, pero creo un mérito por su parte el que no perdieran la cabeza por completo. Después de todo, el hallarse perdido en el bosque o en un amasijo de caucho son dos cosas completamente diferentes... No olvide que era imposible cortar aquellas frases publicitarias para abrirse camino.

»En cuanto a su afirmación de que “encender hogueras en todas las esquinas sólo sirvió para aumentar la confusión general”, señalaré que dichas fogatas se usaron para asar la carne de los cazadores y sirvieron para elevar la moral de quince hambrientos vecinos de San Francisco (según mis cálculos), y que compartimos con ellos.

»En cuanto a su reclamación de que...»

La policía de la ciudad había cursado órdenes mucho antes para descubrir y hacer aterrizar a aquel loco.

No hubo dificultad en localizarle.

El sargento Mulrooney informó pasada una hora de que Mordecai describía círculos a unos 1.500 metros de altura, arrastrando un líquido de caucho, de aspecto curioso, que se solidificaba casi instantáneamente.

—¿Pero cómo vamos a hacerle bajar si no podemos derribarlo? —preguntó—. No podemos acercarnos lo suficiente para ello..., para esconderse le basta con zambullirse detrás de una de sus propias frases.

Y en el crepúsculo de aquel frenético viernes, Mordecai no sólo permanecía en el aire, sino que había agregado a las letras un nuevo ingrediente: la fluorescencia.

SAQUE BRILLO A SUS FREGADEROS Y LAVABOS CON H. J. SPURGLE

La frase resplandeció en un brillante color púrpura para, por fin, acurrucarse obscenamente sobre el Museo de Arte Moderno. A partir de entonces, en la noche, el cielo se vio rasgado por relámpagos verdes, bermellón y naranja, que inundaban todo con una deslumbrante fosforescencia fantasmal.

A las 5 y 17 minutos de la madrugada del tercer día, cuando todo San Francisco descansaba bajo un manto multicolor, se produjo una brusca interrupción de las frases descendentes. Una completa quietud siguió durante cinco minutos completos. Luego el cielo se vio cruzado por un nuevo mensaje.

SIGUE ANUNCIO IMPORTANTE

Varios cientos de miles de ojos escudriñaron la oscuridad, aguardando llenos de esperanza. Finalmente, llegó el esperado anuncio:

COMPRE ESCRAMO, EL NUEVO JABÓN EN POLVO

Y fue seguido casi inmediatamente por otro:

¡ESCRAMO DICE ADIÓS A GIT!

Cientos de miles de espectadores, sin comprender, indiferentes, con los ojos inyectados en sangre, se volvieron disgustados y emprendieron de nuevo su abrumador acarreo de letras.

Aquel fue el último mensaje que apareció en el cielo de San Francisco.

Quizá el desenlace pueda describirse mejor por medio de un extracto de la entrevista con la señora Millie Speicher, ama de casa, residente en la calle Washington 2390, publicada el 26 de setiembre de 1973 en el *News* de San Francisco:

«... Me hallaba en el mercado de la calle 14, hacia las nueve de la mañana. Era sábado y me llamó la atención un almacén con un letrero que decía: “Compre «Escramo» aquí”.

»Recordé la frase de esta madrugada acerca de Escramo y entré. Estaba abarrotado de saquitos de dos kilos de producto nuevo. El dependiente me aconsejó comprar unos y probé su contenido sobre las frases del GIT.

»Salí a la calle, abrí el paquete y lo espolvoreé un poco sobre la letra más próxima. Esta se desintegró instantáneamente como una pompa de jabón. Así se lo

dile a otras personas, y en menos de quince minutos se había formado una enorme cola enfrente del almacén que llegaba hasta la instalación del *ferry*.

»A mediodía habían desaparecido todas las letras del GIT. Lo único que quedaba era una delgada cantidad de polvo gris, que lo cubría todo y que los bomberos barrieron con sus mangueras. Fue algo maravilloso...»

Así acabó el incidente del «Anunciante Paranoico del Cielo», un episodio que San Francisco ha tratado en vano de olvidar en los últimos veinte años.

Hay quien insiste en que Mordecai nunca salió del helicóptero, que su proceder fue dictado por la locura y que tuvo un final misericordioso cuando su aparato resulto averiado y se hundió para siempre en el Pacífico.

Pero otros no se sienten tan seguros.

Estos últimos señalan algunos hechos significativos.

Primero, que los fabricantes de GIT se vieron obligados a abandonar su negocio por exigencia popular.

Segundo, que ESCRAMO, al alcanzar la cumbre de la popularidad, tras su espectacular acción sobre las letras GIT en aquel tercer día, surgió en un momento sospechosamente oportuno.

Tercero, que la nueva compañía ESCRAMO fue regida durante los años siguientes por un consejo títere de directivos, cuyo presidente se dejó ver muy raramente.

En lo concerniente a Nita Kribbert, estos dos extractos pueden resultar de interés, el primero de los cuales apareció en la sección de anuncios personales del *Examiner*, el 14 de noviembre de 1973: «¡Ev! ¿dónde estás? ¿Cómo pudiste creer por un solo momento que tenía la intención de casarme con H. J.? Ha sido una horrible equivocación y puedo explicarlo todo. ¡Por favor, llámame! Kribbie».

El segundo extracto apareció en el número de febrero de 1974 de *High Life*:

«... sí, estoy a punto de casarme. Pero no puedo decirle, ni dónde ni con quién. ¡Es un gran secreto! Todo lo que puedo decir es que es joven y guapo y que está en el camino del éxito. ¿Que si es cierto que en una ocasión tonteeé con H. J. Spurgle? En absoluto. Íbamos a asistir a una boda, pero no se trataba de la mía. H. J. iba a casarse con cierta persona a quien conocí en Arizona y me pidió que le acompañara en mi calidad de secretaria particular como dama de honor. Entonces se produjo el bombardeo de las frases publicitarias de GIT, que deshizo todos los preparativos. ¿Cómo es posible que se extiendan estos estúpidos rumores? ¡Ahora me siento completamente feliz...!»

Una última observación. Hace sólo dos años que el *Boletín del Consumidor* explicó lo siguiente acerca de Escramo:

«... La compra histórica de ESCRAMO, por las amas de casa ha situado este nuevo producto entre los de mayor venta en el mercado, posición que se ha mantenido durante más de quince años. Sin embargo, las pruebas efectuadas en nuestros laboratorios han demostrado repetidamente, sin lugar a dudas, que es del todo inoperante en fregaderas, lavabos, bañeras, esmaltes, porcelanas y linóleos, a excepción de su finalidad primitiva: destruir las frases publicitarias de GIT.»

EL INTERMEDIARIO

William Morrison

Shipping Clerk, 1952

Si alguna vez había existido un tiempo en que Ollie Keith no sintiera hambre, estaba tan remoto en el pasado que no lo podía recordar. Tenía hambre ahora, mientras vagaba por el callejón, paseando sus ojos sin brillo de uno a otro montón de basura. Su hambre era canina en cada uno de los cincuenta y seis kilos que pesaba. Su carne se hallaba repartida por su alto cuerpo con tal parquedad, que parecía a punto de quedar tan gastada como lo estaba su ropa. Que eso no hubiese ocurrido en cuarenta y dos años a veces sorprendía a Ollie tanto como un milagro.

Trabajaba para un trapero, con tan mala suerte en ese empleo como la que había tenido en todos los demás que había ejercido. Ollie había consumado con exactitud la primera parte de la clásica evolución de andrajoso a millonario. Había nacido para andrajoso y, como si eso no fuera ya bastante, luego murieron sus padres y se quedó huérfano. Tendría que haber ido a una gran ciudad, encontrar un empleo en la compañía de un comerciante rico y enamorar a su preciosa hija, adquiriendo a ésta y su fortuna al propio tiempo.

Las cosas no habían salido así. Durante la orfandad en que consumió tantos años de infortunio, le habían escatimado tanto la comida como la educación. Más tarde, fue empleado por un granjero, pero, por no ser lo bastante fuerte para las faenas agrícolas, le despidieron.

Su vida había sido, desde entonces, de una infelicidad constante. Por carecer de fuerza y destreza, no había podido encontrar y conservar un buen empleo. Sin un buen empleo no podía pagar alimentos ni cuidados médicos. Y para instruirse debía adquirir fuerza y habilidad. Una vez, en busca de comida y educación, se había ofrecido al Ejército, pero los médicos que le examinaron habían vuelto rápidamente sus pulgares hacia abajo y fue rechazado con desprecio. Necesitaban material humano algo mejor.

El sólo hecho de haber sobrevivido hasta entonces constituía otro milagro. Por supuesto, como decía el cómico de la radio, sabía que ya no era de este mundo. Y para facilitar su paso a otro, se había dado a la bebida. Un intestino podrido calmaba los dolores del hambre con mayor eficacia que la mala comida. Y la bebida le proporcionaba los primeros momentos de bienestar, por falsos que fueran, que podía recordar.

En aquel momento, al buscar en los montones de basura trapos aprovechables o botellas de leche por cuya devolución pudiera cobrar el casco, sus ojos descubrieron algo inesperado. Al borde de la acera había una nuez pequeña de especie indeterminada. Con su suerte habitual, la cáscara estaría vacía, pero tal vez ahora las cosas irían mejor.

Cogió la nuez, la golpeó en vano contra el suelo y buscó a su alrededor una piedra para partirla, pero no vio ninguna. Se la metió en la boca medrosamente y trató de partirla con los dientes. Su dentadura se hallaba en tan malas condiciones como el

resto de su persona, por lo que tenía mayores probabilidades de romperla antes que la nuez.

La nuez se deslizó y Ollie gorgoteó manoteando y casi se ahogó. Pasó luego por el gaznate hasta que, un segundo después, el hombre respiró otra vez con facilidad. La nuez estaba en su estómago, todavía sin partir. Y Ollie se sintió más hambriento que nunca.

El callejón fue un fracaso. Su vida había sido una progresión de andrajos a andrajos, los últimos de peor calidad que los primeros. No había botellas ni trastos viejos que valiese la pena recoger.

Al final del callejón había una barbería, y allí Ollie tuvo una grande e inesperada racha de buena suerte. Vio una botella. No era de leche, ni estaba vacía. Se hallaba sobre una mesita junto a una ventana abierta en la parte posterior de la barbería. Ollie consideró que podía apoderarse de ella con sólo alargar su escuálido brazo, sin necesidad de entrar por la ventana.

Tomó un largo trago, y luego otro. El licor le supo mejor que todo cuanto había bebido en su vida.

Cuando devolvió la botella a su sitio, estaba vacía.

Cosa bastante rara, pese a su excelente calidad, o tal vez por causa de ella — pensó Ollie—, el whisky no le produjo el efecto acostumbrado. Le dejó completamente sereno y con la vista clara, pero con más hambre que antes.

Ollie, en su desesperación, hizo algo que pocas veces había osado. Entró en un restaurante, no muy bueno, pues, de lo contrario, no se hubiera atrevido, y encargó una comida que no podía pagar.

Sabía lo que iba a suceder, por supuesto, después de haber comido. Fingir que había perdido su dinero, no engañaría ni un instante al dueño del establecimiento. Si el hombre tenía buen corazón y necesitaba ayuda, dejaría que Ollie le pagase fregando los platos. Pero si estuviese de mal humor y dispusiera de todos los lavaplatos precisos, le daría un puntapié en salva sea la parte y lo entregaría a la policía.

La sopa estaba espesa y sabrosa, aunque su sabor no complacería a ningún gastrónomo. Sin embargo, era comestible y Ollie la engulló con placer. Pero resultó inútil para colmar su hambre. El estofado contenía también toda clase de sobras, ninguna de ellas hizo experimentar a Ollie la menor satisfacción. Hasta el postre y el barroso café le dejaron tan vacío como antes.

El camarero había estado en la trastienda con el cocinero. Ollie le vio hacer señas al dueño y éste se apresuraba en acudir. Cerró los ojos. Se iban a arrojar sobre él. Por un momento pensó en salir por la puerta de entrada antes de que se acercasen, pero allí se hallaba otro camarero vigilando a los clientes, y Ollie sabía que no lo conseguiría. Respiró hondo y esperó a que el techo se derrumbase sobre él.

Oyó las pisadas del dueño y abrió los ojos. El dueño dijo:

—Lo que ha comido...

—No estaba mal —respondió Ollie ingenuamente.

—Celebro que le haya gustado.

Observó perlitas de sudor en la frente del dueño y se preguntó el motivo.

—Lo único que... no me siento lleno. Sigo con la misma hambre de antes.

—¿No se siente lleno? ¡Cuánto lo siento! No me gustaría verle irse descontento...

¿Sabe lo que voy a hacer? No le cobraré la comida..., ni un centavo.

Ollie parpadeó. Eso no tenía sentido. No obstante, si no fuese porque algo le roía el estómago, se hubiera marchado corriendo.

—En ese caso, sírvame otra ración de estofado. Puede que esta vez me quede hartado.

—El estofado se ha acabado —repuso el dueño, muy nervioso—. Pruebe el rosbif.

—No quisiera gastar tanto.

—Gratis, para usted gratis.

—Entonces que me traigan una ración doble. Me muero de hambre.

Ollie engulló la doble ración y continuó sintiéndose tan vacío como siempre. Pero tuvo miedo de abusar de su suerte. Después de tomar otro postre —también gratis—, se levantó de la mesa y se fue de mala gana. Estaba demasiado hambriento para seguir preguntándose por qué no le habían cobrado la comida.

En la trastienda del restaurante el dueño se dejó caer sin fuerzas sobre una silla.

—Temí que insistiese en pagar. Nos hubiera puesto en un compromiso.

—Me figuro que se habrá ido muy contento —dijo el cocinero.

—Si ahora le pasa algo, será fuera de aquí.

—¿Y si le examinan el estómago?

—Nunca podría demandarnos. ¿Qué ha hecho con el estofado que quedaba?

—Tirarlo al cubo de la basura.

—Tápalo y escóndelo. No quiero gatos ni perros muertos por aquí. Y, la próxima vez que necesites sal, procura que no haya una etiqueta de polvos insecticidas en el paquete.

—Ha sido una distracción —replicó el cocinero filosóficamente—. A cualquiera le pasa. ¿Habremos hecho bien en dejarle irse? Quizá hubiese sido mejor llevarle a un médico.

—¿Y quién paga la minuta? No digas tonterías. En lo sucesivo, allá él. Pase lo que pase, no sabemos nada. No le hemos visto nunca.

Lo único que le pasaba a Ollie es que tenía cada vez más hambre. Nunca se había sentido tan hambriento. Le parecía como si no hubiese comido en muchos años.

Había disfrutado de dos rachas de buena suerte: la botella accesible y la

generosidad inesperada del dueño del restaurante. Pero seguía tan sediento y hambriento como antes. La fortuna volvió ahora a protegerle. En el cristal del escaparate de un restaurante destacaba un extravagante anuncio: ¡ESTA NOCHE CONCURSO DE TRAGONES EN EL RESTAURANTE MONTE'S! ¡PARA EL CAMPEONATO DEL MUNDO! ¡ADQUIERAN SUS ENTRADAS AHORA! ¡TODO GRATIS PARA QUIENES COMAN POR TRES!

El rostro de Ollie se iluminó. En su estado, hubiese podido comer por ciento. No le importó descubrir, al seguir leyendo, que los concursantes sólo recibirían huevos duros. Por una vez tendría la suerte de comer todo lo que cupiese en su bostezante estómago.

Ni los jurados ni el público parecieron considerar a Ollie como aspirante peligroso al premio. Su estatura era elevada y estaba flaco, mientras que los otros concursantes mostraban una apabullante obesidad. Como en otras tantas cosas, la divisa era poseer para aumentar. Ollie tenía demasiado poco con que empezar.

A fin de impedir que el concurso perdiese emoción, comenzaron por Ollie, creyendo que podría darse por satisfecho si llegaba a los diez huevos.

Ollie estaba tan hambriento que le fue difícil dominarse, y tragó el primer huevo tan de prisa como pudo, causando mala impresión. Un verdadero especialista habría dejado que el huevo se deslizase rápida aunque suavemente, sin hacer esfuerzo visible. En opinión de los jueces, aquella incontrolada rapidez de aficionado solamente podría conducir al dolor de estómago.

Ollie devoró el segundo huevo, el tercero, el cuarto y el resto de los diez que le sirvieron. Uno de los jueces le preguntó:

—¿Cómo se siente?

—Con hambre.

—¿Le duele el estómago?

—De hambre. Como si nada hubiese en él. Los huevos no me llenan.

Algunos de los asistentes echaron a reír. Los jueces cruzaron miradas y pidieron más huevos. Empezaron a oírse gritos de aliento para Ollie. Nadie creía hasta entonces que tuviera alguna oportunidad.

Ollie se zampó otros veinte huevos, cuarenta, sesenta, un centenar. Los jueces y el público se hallaban ya en un estado de agitación sin precedentes.

Otro juez preguntó:

—¿Cómo se encuentra?

—Con hambre aún. Decididamente no me llenan.

—Pero son huevos grandes. ¿Sabe cuánto pesan los cien? ¡Más de seis kilos!

—No me importa lo que pesan. Sigo teniendo hambre.

—¿Nos permite que le pesemos?

—Mientras sigan dándome de comer, hagan lo que gusten.

Trajeron una báscula, y Ollie subió en ella. Pesaba cincuenta y cinco kilos.

Empezó de nuevo a engullir huevos. Cuando hubo despachado doscientos, le volvieron a pesar. Su peso había disminuido en trescientos gramos.

Los jueces se miraron entre ellos, consternados. Todos los concursantes enmudecieron por un instante, como si estuviesen viendo un milagro. Después se les pasó el temor.

Uno de los jueces manifestó con suficiencia.

—Esconde los huevos en la palma de la mano y los pasa a un compañero.

—¿Aquí? —preguntó otro juez—. ¿Dónde está su compañero? No le quepa duda de que se los come. Puede ver claramente que le bajan por la garganta.

—Pero eso es imposible. Si de verdad le bajasen por la garganta, ganaría peso.

—No sé cómo lo hace —reconoció el otro—, pero lo hace.

—Este hombre es un fenómeno. Conviene que le examinen los médicos.

Ollie comió ciento cuarenta y tres huevos más, y tuvo que detenerse porque el restaurante agotó las existencias. Los demás concursantes no daban crédito a sus ojos.

Cuando llegó el médico y le explicaron el caso, su primer impulso fue el de echarse a reír. Le gustaban los chistes. Pero pusieron a Ollie en la báscula, y había perdido otros trescientos gramos. Le hicieron comer un pan de kilo y lo volvieron a pesar.

No pesó más que cincuenta y cuatro kilos.

—A este paso, se morirá de hambre —comentó el doctor, que abrió su maletín negro para reconocer detenidamente a Ollie.

Éste se sentía muy desgraciado porque le impedían seguir comiendo y su hambre era mayor que nunca. Pero le prometieron alimentarle después y, a regañadientes, se sometió.

—Mala dentadura, corazón dilatado, lesión en cada pulmón, pies planos, hernia, vértebras desviadas; lo tiene todo —manifestó el médico—. ¿De dónde diablos ha salido este hombre?

Ollie, enfrascado en una ración de rosbif, estaba demasiado ocupado para contestar.

Alguien dijo:

—Es traperero. Le he visto por aquí.

—¿Cuándo empezó a comer de esta manera?

Ollie, con la boca llena, barbotó:

—Hoy.

—¿Hoy? ¿Qué pasó hoy que le hace comer tanto?

—Que tengo hambre.

—Eso ya lo veo. ¿Le importaría ir al hospital para que le examine más a fondo?

—Sí, señor —respondió Ollie—. No quiero que me pinchen.

—Nada de inyecciones —se apresuró en aclarar el doctor. Si no hubiese otro medio de obtener muestras de sangre, siempre podrían drogarle con morfina, sin que él se enterase—. Nos limitaremos a reconocerle. Y le daremos toda la comida que quiera.

—¿Toda la que quiera? ¡Será mucha!

El chiste era de mal gusto, pero tocaba el fondo del problema. El fotógrafo encargado del concurso había obtenido una instantánea de Ollie al tragar dos huevos. Uno bajaba por su garganta, formando un bulto en la garganta, y el otro se introducía al mismo tiempo en su boca. La fotografía llevaba el siguiente pie: EL HOMBRE QUE BATIÓ EL RECORD DE MONTE'S. Los titulares «Se come trescientos cuarenta y tres huevos» y «Tengo hambre, dice», encabezaban la noticia.

Zolto dejó el periódico.

—Es él —dijo a su esposa—. No cabe duda de que lo ha encontrado.

—Sabía que ya no estaba en el callejón —respondió Pojim. Era una mujer bien parecida, y su actitud de profunda reflexión la hacía parecer guapa y pensativa a un tiempo—. ¿Cómo podremos recuperarlo sin llamar demasiado la atención?

—Francamente, no lo sé —repuso Zolto—. Pero hemos de buscar el medio. Debió pensar que se trataba de una nuez y se lo ha tragado. Si en el hospital le examinan por rayos X, lo descubrirán.

—Le operarán para extirpárselo.

Pojim asintió con la cabeza y dijo:

—No comprendo como ha producido ese efecto. Estaba cerrado cuando lo perdimos.

—Se habrá abierto por casualidad. He observado que alguno de esos seres tienen la costumbre de partir las nueces con los dientes. Si ha mordido el conmutador...

—¿El de materia inanimada? Zolto, creo que tienes razón. El contenido del estómago se habrá transferido a nuestro Universo. Pero como el estómago mismo forma parte del ser viviente, no puede pasar por el mismo conmutador. El pobre perderá peso continuamente a causa del metabolismo. Sobre todo, cuando coma.

—¿Pobre, le llamas? Eres demasiado bondadosa, Pojim. ¿Qué va a ser de nosotros si no lo recuperamos? —Encogió los hombros y se echó a reír.

Pojim dijo:

—Domínate, Zolto. Cuando ríes no pareces un ser humano, desde luego que no.

—¿Qué importa eso ahora? Estamos solos.

—Nos pueden oír por casualidad...

—No cambies de tema. ¿Qué podemos hacer?

—Lo pensaremos —respondió Pojim.

Pero Zolto podía ver que su mujer estaba preocupada.

Ollie fue instalado en una cama del hospital. Una enfermera pretendió bañarlo,

ante su oposición violenta a tal indignidad, y, finalmente, habían mandado a un practicante a hacerse cargo por fin de ese trabajo. Bañado, afeitado y vestido con una corta camisa de dormir que le hacía avergonzarse, estaba echado en la cama, mientras se moría lentamente de hambre.

En torno a él había una docena de platos vacíos, restos de variadas especialidades del hospital, llenas de vitaminas y otras cosas apetecibles. Su sabor fue excelente al meterlo entre pecho y espalda, pero su apetito permanecía incólume.

No cabía hacer otra cosa que meditar sobre las expresiones de inquietud y confusión que mostraban los rostros de los médicos al examinarle.

El ataque se presentó sin previo aviso. Ollie seguía sufriendo los dolores del hambre, cuando alguien le pinchó en el estómago. El susto le hizo estremecerse y mirar a su alrededor. Pero no había nadie junto a él. Los médicos le habían dejado solo para consultar sus libros de texto y discutir entre sí.

Sintió otro pinchazo, y luego otro, y otro. Gritó de dolor y miedo.

Al cabo de cinco minutos entró una enfermera.

—¿Llamaba usted?

—¡El estómago! —gimió Ollie—. ¡Alguien me da golpes en el estómago!

—Es un dolor corriente y vulgar —dijo la enfermera con una sonrisa jovial—. Esto debiera enseñarle a no devorar la comida como un lobo.

La enfermera se fijó entonces en el estómago del paciente, descubierto porque en un espasmo Ollie había bajado la sábana y tragó saliva. Estaba hinchado como una sandía, una sandía llena de grandes verrugas y bultos.

La enfermera salió corriendo.

—¡Doctor Manson! ¡Doctor Manson!

Regresó con dos médicos, pero Ollie sufría tan agudos dolores que ni siquiera reparó en ellos. Uno de los doctores soltó un taco y empezó a dar golpecitos en el abultado estómago.

Su colega preguntó:

—¿Cuándo se presentó?

—Me figuro que hace poco —contestó la enfermera—. Hace unos minutos tenía el estómago completamente normal.

—Lo mejor será colocarle una inyección de morfina para calmar el dolor —dijo el primer médico— y luego le examinaremos por rayos X.

Ollie se hallaba en estado semicomatoso cuando lo levantaron y, en una camilla, fue conducido al gabinete de rayos X. No oyó una palabra de la discusión que siguió, acerca de las radiografías, aunque los especialistas hablaban sin preocuparse de su presencia.

—¿Qué diablos será esto? —preguntó el doctor Manson.

—Parecen piñas y toronjas —respondió el desconcertado radiólogo.

—¿Piñas cuadradas? ¿Toronjas con un extremo puntiagudo?

—No he dicho que lo sean —replicó el otro, excusándose—, sino que lo parecen. Las toronjas podrían ser berenjenas.

—¿Qué berenjenas ni qué narices! ¿Cómo ha podido entrar todo esto en su estómago? Ha comido como un cerdo, pero ni un cerdo podría tragar esas cosas.

—Despiértelo y pregúnteselo.

—No sabe más que nosotros —terció la enfermera—. Dijo que sentía como si le dieran golpes en el estómago. Eso es todo lo que dirá ahora.

—¿Tiene el estómago más raro que he visto en mi vida! —exclamó el maravillado doctor Manson—. Convendría abrirle y echar una mirada por el interior.

—Necesitaremos su consentimiento —dijo el especialista, muy nervioso—. Será muy interesante, pero sin autorización no podemos intervenirle.

—Pero es por su bien. Le extraeremos esa macedonia de frutas —el doctor Manson volvió a mirar las placas—. Piñas, toronjas, un plátano. Diversas cosas redondas y algo que parece una nuez. Una nuez pequeña.

De estar consciente, Ollie hubiera podido contar al doctor Manson que la nuez era la clave del trastorno. Pero tal como se hallaba, lo único que pudo hacer fue quejarse.

—Ya vuelve en sí —dijo la enfermera.

—Bueno —repuso el doctor Manson—. Usted, enfermera, cuando le vea en condiciones, hágale firmar el formulario.

Afuera, en el pasillo, dos internos con bata blanca se detuvieron junto a la puerta del cuarto de Ollie y escucharon. No podría asegurarse que fuesen verdaderamente un hombre y una mujer, pero el caso es que uno era varón y el otro hembra. Para un observador superficial, se trataba de seres humanos, justo lo que ellos pretendían.

—Como te decía —declaró Zolto—, quieren operarle, y la nuez ya les ha llamado la atención.

—Si es necesario, podemos impedirlo por la fuerza. Pero no me gustaría emplear la violencia.

—Lo sé, cariño —respondió Zolto, pensativo—. Lo que ha sucedido está bastante claro. Los nuestros han recibido su comida y la han analizado. Una vez hecho esto, sorprendidos de no encontrar un mensaje nuestro, habrán creído que necesitábamos alimento propio y nos lo han mandado. Menos mal que no enviaron mucha cantidad de una vez.

El pobre hombre debe estar sufriendo mucho.

—No te preocupes por él. Piensa en nuestra situación.

—¿No lo comprendes, Zolto? Sus jugos digestivos no pueden disolver unos constituyentes químicos tan poco comunes para él, y su estómago debe estar muy irritado.

Pojim se interrumpió al pasar por su lado una enfermera, que los miró con

indiferencia. Poco después pasó el radiólogo, cuyo semblante reflejaba el asombro que le causaba el resultado del examen de la placa que traía en la mano.

—El doctor Manson se ha quedado solo con él —dijo Zolto—. Se me ocurre una idea, Pojim. ¿Has traído las tabletas pandigestivas?

—Sí. En este mundo nunca sé si voy a comer algo que mi estómago no pueda digerir.

—Haces bien —Zolto se apartó de la puerta, carraspeó y se puso a gritar:

—¡Llaman al doctor Manson! ¡Le llaman del quirófano!

—Has visto demasiadas de sus películas —comentó Pojim.

Sin embargo, la treta de Zolto produjo el resultado apetecido. Oyeron refunfuñar. Vieron al doctor correr refunfuñando por el pasillo. Se cruzó con ellos sin verlos.

—Ya es nuestro —musitó Zolto—. ¡Pronto, las tabletas!

Entraron en el cuarto. Zolto pasó varias veces un pequeño inhalador por debajo de la nariz de Ollie. Éste meneó la cabeza molesto, y abrió los ojos.

—Tómese esto —dijo Pojim con una sonrisa persuasiva—. Sentirá menos dolor.

Y puso dos tabletas en la boca del sorprendido Ollie.

Ollie tragó automáticamente, y las tabletas bajaron con rapidez para aumentar la colección que poseía en el estómago. Pojim le dedicó otra sonrisa, y salió apresuradamente del cuarto con Zolto.

A Ollie le pareció todo cada vez más raro. Apenas se habían ido aquellos dos médicos, que no conocía, entró de nuevo el doctor Manson, maldiciendo de una forma que hubiese escandalizado a Hipócrates, al imbécil que le había hecho ir al quirófano. Luego entró la enfermera con un papel. Ollie comprendió que querían que firmase algo.

Sacudió con energía la cabeza.

—¡No firmaré!

Es una cuestión de vida o muerte. De su vida y su muerte. Hemos de sacarle eso que tiene en el estómago.

—No, señor; no quiero que me abran.

El doctor Manson rechinó los dientes con rabia.

—Ahora no siente dolor gracias a la morfina que le he dado. Pero cuando cesen sus efectos, dentro de unos minutos, volverá a sentirlo, y tendrá que permitir la operación.

—¡No quiero que me abran! —repitió tercamente Ollie.

Casi saltó de la cama. Ante los asombrados ojos del médico y de la enfermera, en su dilatado estómago apareció un nuevo y extraño bulto.

—¡Auxilio! —aulló Ollie.

—Eso es precisamente lo que queremos prestarle —respondió el doctor Manson, furioso—. Pero usted nos lo impide. Firme este papel, buen hombre, y déjese de

tonterías.

Ollie gimió y firmó. Un instante después lo conducían al quirófano.

Los efectos de la morfina iban cesando rápidamente, cuando Ollie fue dispuesto sobre la mesa de operaciones gimiendo aún. Una luz brillante caía del techo sobre él. Junto a su cabeza un practicante disponía la anestesia. A un lado el satisfecho doctor Manson, se calzaba los guantes de goma en sus antisépticas manos, mientras aguardaban enfermeras y ayudantes.

Dos internos custodiaban la puerta del quirófano. Uno de ellos, Zolto, susurró:

—Tal vez tengamos que emplear la fuerza después de todo. Conviene que no lo encuentren.

—Debí darle otra tableta —repuso pesaroso el otro interno, Pojim—. ¡Quién iba a pensar que el efecto sería tan lento!

Callaron. Zolto metió una mano en el bolsillo para asir su arma, la que pensó no tendría necesidad de usar.

El doctor Manson hizo una señal afirmativa con la cabeza y ordenó:

—¡Anestesia!

Al inclinarse el practicante al descubierto estómago de Ollie, indefenso en espera del bisturí, pareció levantarse y hervir. El paciente chilló, mientras los médicos reunidos miraban, con deslumbrada fascinación, cómo desaparecían los bultos. Todo el estómago empezó a contraerse. Las tabletas pandigestivas habían actuado al fin.

Ollie se incorporó. Olvidó que tenía puesta la corta y desvergonzada camisa de dormir. También olvidó que la sala estaba llena de espectadores. Apartó con la mano al practicante, que intentaba detenerle.

—Me siento muy bien —afirmó.

—¡Échese! —ordenó con severidad el doctor Manson—. Vamos a operarle.

—No quiero que me operen —replicó Ollie, incorporándose—. No estoy enfermo. Me encuentro perfectamente. Por primera vez en mi vida no tengo hambre, y no quiero más molestias. Me voy.

Cruzó la sala abriéndose paso entre las protestas de los médicos.

—Por aquí —dijo uno de los internos junto a la puerta, a quien Ollie miró con recelo, sin dejar de andar—. ¿No se acuerda? Soy quien le dio las tabletas que le quitaron el dolor.

—Han obrado a las mil maravillas —respondió alegremente Ollie, y permitió que le guiasen.

Oyó un clamor a su espalda, pero no hizo caso. Por mucho que hablasen, él se iba. Un escándalo era inminente, pero en el momento oportuno, el sistema de llamadas personales empezó a funcionar gracias a la previsión de sus extraños amigos, que habían conectado al micrófono un dispositivo portátil especial. El aparato empezó a llamar al doctor Manson, al doctor Kolanyi, al doctor Pumber y a

todos los demás.

Ollie escapó en la confusión y por primera vez en su vida, apareció como pasajero de un taxi. Le acompañaban los dos amables internos, que ya no vestían de blanco.

—Si volviesen a aparecer bultos en su estómago, tómese un par de estas tabletas —dijo la mujer.

Se mostró tan persuasiva, que Ollie apenas puso resistencia. Las tabletas descendieron hacia su estómago. El goce del paseo en automóvil le hizo olvidar que no había preguntado adónde le llevaban. Pero entonces sentía ya demasiado sueño para hacerlo.

Con las dos primeras tabletas había ingerido el equivalente de una comida pantagruélica. La sangre corría alegremente por sus venas y experimentaba una grata sensación de bienestar.

Mientras el taxi seguía su camino, cerró los ojos.

—¿Transmitiste el mensaje en una de las tabletas? —preguntó Zolto en su lengua nativa.

—He explicado todo lo sucedido —respondió su esposa—. No mandarían más comida hasta nuevas instrucciones.

—Está bien. Debemos extraerle el aparato tan pronto como sea posible. Si practicamos la operación ahora, nunca lo sabrá.

—Pero seguiremos teniendo un problema —consideró Pojim—. Cuando hayamos recuperado el aparato, constituirá un grave estorbo para nosotros. Tendremos que guardarlo con cuidado y temiendo perderlo constantemente. ¿No sería mejor dejarlo dentro de él?

—Pojim, cariño, ¿has perdido el juicio?

—No. Es más fácil custodiar a un hombre que a un objeto muy pequeño. Eché un vistazo a una de las radiografías, ¿sabes? El conmutador se ha adherido a su estómago y permanecerá allí indefinidamente. Si podemos establecer una conexión en el estómago, todo lo que se nos envíe de Aldebarán podría ser proyectado a nuestro laboratorio y devolverlo una vez lo hayamos analizado.

—¡Pero se trata de un hombre que se mueve, y no de un depósito!

—Si le tratamos bien, permanecerá donde queramos. ¿No lo comprendes, Zolto? Es un ser que siempre ha carecido de alimentos. Le proporcionaremos comida que ningún hombre de su especie ha soñado jamás, complementadas con fluido pandigestivo. Al mismo tiempo le haremos trabajar un poco para tenerle ocupado. Este trabajo podría consistir en estudiar y cultivar su inteligencia. Y por la noche recibiremos lo que sea preciso desde nuestro universo.

—¿Y cuando tengamos lo suficiente para abastecer a la colonia de Aldebarán II?

—Entonces tendremos ocasiones de sobra para extraerle el conmutador.

Zolto se rió. Fue una risa curiosamente impropia de un ser humano y, de no estar

tan pendiente de la circulación el chofer habría vuelto la cabeza para mirar. Pojim advirtió el peligro y le llamó la atención.

Zolto dejó de reír.

—Tienes ideas luminosas, querida esposa. No veo razón para que esto no salga bien. Intentémoslo.

Ollie comenzó una nueva vida. Nunca se había sentido mejor en toda su mísera existencia. Los dos internos se transformaron mágicamente en una gentil pareja que deseaba contratarle para hacer un trabajo fácil y bien remunerado. Ollie se dejó contratar.

Ahora podía elegir el menú, pero lo raro fue que ya no experimentaba el apetito de antes. Era como si fuese alimentado por una fuente oculta y comía, casi por cubrir las apariencias. Consumía muy poco, pero con sorprendente provecho.

Ganó peso, se endurecieron sus músculos, le cayeron los dientes y le salieron otros. Él mismo estaba asombrado de este último fenómeno, pero tras el incidente del hospital, se guardaba la sorpresa para sí. Habían desaparecido las manchas de sus pulmones, alcanzó los setenta y seis kilos de peso. Sus ojos tenían brillo y veían con claridad. Por la noche dormía el sueño del justo... o del drogado.

Al principio fue feliz. Sin embargo, después de algunos meses, experimentó una sensación de hastío. Habló con la pareja y les comunicó:

—Sintiéndolo mucho, no puedo quedarme por más tiempo.

—¿Por qué? —preguntó Pojim.

—Porque aquí no tengo porvenir, señora —respondió casi disculpándose—. He estudiado y se me han ocurrido ideas acerca de lo que puedo hacer. Muchas ideas.

Pojim y Zolto, que habían sembrado esas ideas, asintieron con solemnidad.

Pojim dijo:

—Nos alegramos de saberlo, Ollie. El caso es que habíamos resuelto mudarnos a... a un clima más cálido, un poco lejos de aquí. Me preocupa cómo se las arreglará sin nosotros.

—No se preocupen por mí. Me defenderé.

—Espléndido. ¿No podría quedarse hasta mañana? Quisiéramos hacerle un obsequio para que guardase un buen recuerdo de nosotros.

—Esperaré con mucho gusto, señora.

Ollie tuvo aquella noche una extraña pesadilla. Soñó que volvía a estar sobre la mesa de operaciones, y que los médicos y las enfermeras le rodeaban otra vez. Abrió la boca para gritar, mas de ella no salió sonido alguno. Y luego aparecieron los dos internos con su bata blanca.

La mujer dijo:

—Está bien. Está muy bien. Vamos a extraerle el conmutador. Mañana no recordará nada.

Y, en efecto, no se acordaba. Sólo la vaga impresión que *había* sucedido algo.

Se estrecharon la mano. Le dieron una carta con excelentes referencias, por si decidía buscar otro empleo. Y la señora le entregó un sobre que contenía varios billetes, cuyo tamaño casi logró que los ojos se le saliesen de las órbitas.

Echó a andar calle abajo como si el mundo fuese suyo o tuviera que serlo. Ya no andaba cabizbajo. Sus ojos ya no tenían legañas ni su aspecto era el de un vagabundo.

Había desaparecido de su memoria todo recuerdo de su triste pasado.

Y entonces fue cuando Ollie experimentó una extraña sensación. Al principio resultó tan extraña, que no comprendió la causa. Su estómago pareció doblarse, formando un nudo. Sintió un dolor agudo y pegó un claro respingo.

Tardó varios minutos en descubrir la causa.

Por primera vez en muchos meses, tenía hambre.

RECESIÓN TECNOLÓGICA

G. C. Edmondson

Technological Retreat, 1956

En otro tiempo hubo dos extraterrestres, a los que, en lo sucesivo, llamaremos ET. Estaban sentados en un planeta de aspecto agradable y se situaron en el espectro visible para un nativo.

El nativo era un buen ciudadano, aunque no constituía precisamente una lumbrera. Tenía televisión y había leído todos esos libros que los niños traen a casa. No obstante, le extrañó el ver que algo grande y redondo se hacía visible en el aire transparente, y que de allí salían un par de seres jorobados con cara de pez. Parecían peces amistosos y por este motivo Oliver Jenkins no se asustó.

Oliver Jenkins no era ET. Era un ejemplar más bien bajito y fofo de la raza dominante en el Sol III y había llegado a una edad en la que el equilibrio de su potencia había provocado un imperceptible traslado desde sus gónadas al encéfalo. Debía fidelidad a los Kiwanis, a la Cámara de Comercio, al partido republicano y a los Estados Unidos, aunque estimaba sumamente reprobable la manera con que aquellos idiotas de Washington seguían inmiscuyéndose en el derecho de un honrado hombre de negocios a obtener justos beneficios.

El señor Jenkins poseía un sentido muy desarrollado de la responsabilidad social. Contribuía a todo y era miembro de un grupo político-religioso-social cuyo talismán mostraba orgullosamente colgado de una cadena de oro que le cruzaba el pecho. Tenía la costumbre de tocar con los dedos ese talismán, consistente en el blanco molar de un herbívoro local.

En aquel momento el señor Jenkins se hallaba excesivamente alarmado para tocar el talismán. Además, se lo había dejado en casa. Carecía de objeto llevarlo en un lugar donde no iba a encontrar hermanos herbívoros. Estaba usando una mosca como anzuelo y, como buen herbívoro, no iba a permitir que nada se interpusiese en la segunda cosa más importante de la vida. No, hasta que aquella cosa grande y redonda se presentó como un fantasma. Se sintió enojado al comprender que no pescaría más aquella mañana, sobre todo porque aquellos dos extranjeros le habían hecho, contra su voluntad, llenar de clara y espumosa agua de montaña, fría como el hielo, una de sus botas.

El más alto de los dos ET hizo una señal amistosa con la mano y Jenkins, por no ser menos, devolvió el saludo en igual forma. Se movió la boca del ET y una voz asombrosamente recia dijo:

—*Buenos días. ¿Puedo interesarle en algún trato comercial?*^[5]

Jenkins hizo un gesto local de «no entiendo» y empezó a salir del riachuelo. El ET apretó un botón y probó otra vez.

—Lo siento en el alma —continuó—. Debo tener desplazado un punto decimal en alguna parte.

Al acercarse, Jenkins pudo oír zumbidos pasajeros en la boca del ET conforme las frases en su idioma eran emitidas desde la hebilla del cinturón de éste.

—Nunca logro aprender el manejo de una de estas cosas —prosiguió el ET para dar conversación.

Jenkins hizo una seña afirmativa con la cabeza para mostrar su comprensión. A veces también le pasaba lo mismo con sus aparatos.

—Como decía... —añadió el ET—. A propósito, me llamo Chorl. Este es Tuchi, mi socio.

—Oliver Jenkins. Mucho gusto en conocerle.

Jenkins tendió su mano, que fue estrechada débilmente por un racimo de dedos con un pulgar opuesto en cada extremo. Tras un momento de indecisión. Tuchi se agregó al ritual nativo.

—*Eaut sirtam matcal da mutnemerxe* —comentó.

Chorl meneó ligeramente un despreciativo tentáculo-labio y ajustó la hebilla del cinturón de Tuchi.

Oliver Jenkins se sentó sobre un tronco de árbol y se quitó la bota. Mientras la vaciaba de agua, Chorl sacó un manual de una bolsa. Escrutó páginas durante varios segundos antes de mirar con asombro al señor Jenkins.

—No quisiera ofenderle, pero el manual nada dice acerca de anfibios inteligentes en este planeta.

—No soy anfibio, soy americano —respondió Jenkins.

—Pero los humedecedores de la pierna... ¿Por dónde respira usted?

—Por la nariz, como todo hombre normal.

—¡Oh! —exclamó Chorl pensativamente, haciendo girar un tentáculo-labio—. No somos científicos, señor Jenkins. No comprendo como puede respirar... Pero dejémoslo. ¿Le interesa el comercio?

Las ventanas de la nariz del señor Jenkins temblaron. Podría soportar una interrupción de la segunda cosa más importante de la vida si ello significara conseguir un poco de la primera.

—No me opongo a obtener alguna pequeña ganancia de cuando en cuando, pero... De acuerdo con las historias que leen los niños, lo único que les interesa sería combustible para los reactores, así que más vale dejarlo. Esos burócratas nos tienen atados...

Chorl emitió zumbidos amistosamente.

—Con franqueza, señor Jenkins; no podríamos usar su combustible para reactores aun en el caso que lo obtuviera —al ver que empezaban a palpar las bolsas de la garganta de Jenkins, añadió—. ¡Oh, no! No se trata de eso. No estamos equipados para trabajar con combustible. Debe comprender que la nuestra es una empresa pequeña.

—Ya veo —repuso el señor Jenkins con poca sinceridad.

—De ser posible, quisiéramos cambiar los artefactos y objetos curiosos que

fabricamos por artículos de comestibles, si resultan asimilables para nosotros.

—¡Hum...! ¿Quieren un puro?

El señor Jenkins sacó tres y enseñó a los ET el modo de arrancarles la punta con los dientes. Esto provocó alguna dificultad, porque su dentadura carecía de incisivos. Cada uno de los ET dio una chupada y se zambulló en el riachuelo, dando gritos glóticos que las hebillas de sus cinturones no interpretaron. Jenkins borró mentalmente el riachuelo de su lista de sitios para pescar truchas, en tanto ellos nadaban velozmente arriba y abajo como focas en una piscina.

Por fin salieron a la superficie y echaron una fina espuma por sus agallas.

—Los cigarros no nos sientan bien —dijo Chorl.

—Ya me doy cuenta —asintió Jenkins con tristeza—. No traigo muestras. ¿Por qué no me acompañan...?

—Creo que no es prudente —se apresuró a decir Chorl—. Pudiéramos causar agitación.

—¿Van a estar mucho tiempo aquí?

—Pocos días.

—Volveré esta tarde con las muestras.

—¿Solo?

—¿Se lo cuenta Johnson a Kosyguin?

Oliver Jenkins pasó cuatro horas febriles en la ciudad y volvió al lugar donde le esperaban los ET, tras dar a su esposa y empleados unas frívolas disculpas. En su apresuramiento, patinó desde el polvoriento camino al cauce del riachuelo y salió del percance con una abolladura en el guardabarros. Después de emitir zumbidos intraducidos y alguna expectoración mientras examinaban las muestras de comestibles, propusieron como medios de transacción caviar, arenques, ostras ahumadas y pasta de anchoa.

—¿Qué tienen a cambio? —preguntó Jenkins.

Tuchi se introdujo en la esfera y salió con un objeto semejante a un cono puesto sobre un pedestal. Apretó un conmutador, y empezaron a brillar por su superficie ondas fluorescentes. Los dos ET miraban vidriosamente y hacían vibrar los tentáculos-labios al unísono con los pequeños relámpagos.

—Me temo que no —dijo Jenkins.

Tuchi encogió sus inexistentes hombros y devolvió el cono a su lugar. Salió con un globo de plástico e hizo movimientos ilustrativos. Jenkins husmeó con cautela, pero no percibió nada. Dio un mordisco al tubo y se ahogó cuando un chorro a alta presión de algo que parecía aceite de hígado de bacalao rancio amenazó con arrancarle las amígdalas. Los ET cruzaron miradas de impotencia en tanto Jenkins vomitaba en la hierba.

Le ofrecieron otros manjares, que Jenkins rehusó.

—Tiene que haber algo más —protestó débilmente.

Los ET emitieron zumbidos. Chorl pareció entender sus razones.

—Esta parte de su vehículo —dijo señalando el guardabarros—, no debiera estar así.

Jenkins asintió con la cabeza. Chorl mostró un tubo parecido a una estilográfica y apuntó con él al guardabarros. En un instante guardó el tubo y puso una mano con dos pulgares detrás del guardabarros. Con la otra alisó la abolladura, como si el metal fuese una blanda pasta. Apuntó otra vez con el tubo al guardabarros. Jenkins lo golpeó con precaución. Estaba tan fuerte como antes de abollarse.

—¿Cuántos me pueden proporcionar? —preguntó.

Durante un rato cada una de ambas partes juró que se arruinaba con el trato. Cuando llegaron a un acuerdo, Jenkins poseía setecientos cuarenta tubos y la exclusiva de venta para Sol III. Los ET eran dueños de golosinas por valor de treinta y ocho dólares con ocho centavos. Prometieron volver en el próximo viaje y regalaron un talismán a Jenkins para que lo colgase junto a su molar mágico. El talismán cambiaría de color cuando pudiesen reunirse con él otra vez en el mismo lugar. Los ET cerraron su esfera y se hicieron invisibles. El nativo permaneció visible y regresó a la ciudad.

Oliver Jenkins había vendido dos tubos con el máximo beneficio y la mínima publicidad cuando llamaron a la puerta.

—Simpson, FBI —dijo el visitante.

—Presento mi declaración de utilidades cada trimestre —manifestó Jenkins.

—Hablemos del impuesto sobre artículos de consumo. Necesito información acerca de los instrumentos que vende usted ahora.

—Garantizados por sesenta y ocho años. Ciclo de servicio, cincuenta por ciento. Capacidad máxima, dos metros y medio. Cono de rendimiento, treinta grados. Actúa solamente sobre los metales. Se usa el botón izquierdo para ablandar, el derecho para endurecer. El disco de la parte posterior sirve para operaciones de temple. Mil dólares.

—No es precisamente esto lo que deseo saber.

—No puedo dar más información. Es un secreto de la casa.

—Póngase la chaqueta.

—Esto es anticonstitucional.

—También lo es escupir en la acera.

El general George S. Carnhouser no se distinguía por el dominio de sí mismo. Había elegido el ejército como campo más apropiada para el pleno desenvolvimiento de su amable personalidad paternalista. Por el momento se limitaba a razonar con el

señor Oliver Jenkins.

—¿Y si los rusos consiguen apoderarse de esto? —decía.

—No soy inventor ni fabricante —respondió Jenkins—. Me dedico a importaciones si me dejan lo bastante tranquilo para atender mi negocio.

—Reflexione, hombre, reflexione sobre las posibilidades.

La actitud de bondadosa moderación del general Carnhouser se veía malograda por las palpitantes venas de sus sienas.

—Estoy harto de reflexionar. He dicho al FBI lo que quieren saber. No he quebrantado ninguna ley. Exijo que me suelten inmediatamente.

—¿Qué me dice de los derechos de importación?

El señor Jenkins se enderezó con ampulosa dignidad. Acarició talismanes gemelos y cobró fortalezas.

—He realizado un profundo estudio —dijo majestuosamente— del Anexo A, Clasificación Estadística de Mercancías Importadas en los Estados Unidos con Arancel de Aduana para Países (Anexo C), Distritos y Puertos Aduaneros en los Estados Unidos (Anexo D) y Matrícula de Pabellones de Buques (Anexo J), edición 1-1-1954, así como de aproximadamente ochocientas páginas de inserciones sueltas relativas a modificaciones posteriores. En ninguna parte he visto que se prohíba la importación de plastificantes de bolsillo. En ninguna parte he visto que deban pagarse derechos de importación sobre dicha mercancía. En ninguna parte existe prohibición expresa del comercio interestelar.

La refutación del general Carnhouser no fue publicable. Cedió la voz al contraalmirante Schifführer, el Lord Nelson de la inteligencia naval.

—Paso —dijo el contraalmirante.

—Exijo que me suelten inmediatamente —repitió el señor Jenkins.

—¿Por qué no hace usted algo? —preguntaron el contraalmirante y el general al agente de la CIA.

El hombre de la Central de Inteligencia miró especulativamente el molar que colgaba de la cadena de oro del señor Jenkins.

—Lo haré —respondió.

Empezaron de nuevo a la mañana siguiente.

—Señor Jenkins —dijo el agente de la CIA—, hemos examinado sus antecedentes y no hemos hallado irregularidades políticas, asociaciones ideológicas, o declaraciones del impuesto de utilidades. Deseamos su cooperación. —Hizo una pausa para producir efecto dramático—. ¿Sabe su esposa lo que sucede en sus convenciones anuales? Me refiero, sobre todo, a la celebrada en Chicago en setiembre de 1951.

—Cooperaré —concedió el señor Jenkins.

Cuatro horas después, el Gobierno tenía setecientos treinta y ocho tubos. El señor

Jenkins tenía varias promesas vagas y dolor de cabeza.

Simpson volvió a llamar a la puerta cuatro días después.

—¿Qué quiere ahora? —preguntó el señor Jenkins.

—Póngase la chaqueta.

—¿Otra vez?

—Señor Jenkins —terció el agente de la CIA—, nos parece que ha sido poco franco con nosotros. Hace unas ocho horas que un oficial soviético de alta graduación ha desertado al Oeste. Se proponía vivir tranquilamente del producto de un nuevo procedimiento descubierto en un laboratorio soviético. Ha traído un modelo —el agente de la CIA arrojó sobre la mesa un tubo de plastificante—. ¿Qué tiene que decir ahora?

—¡Ja! —exclamó el señor Jenkins.

—Usted no coopera —añadió el agente de la CIA.

—He cooperado ¿y que he ganado con ello? Mi negocio va a la ruina. Mi esposa quiere saber lo que oculto cuando salgo de casa a todas horas para estar con extraños. Me han decomisado todas mis existencias... ¡Adelante, fusílenme!

—¿He de entender que no desea seguir cooperando?

—Entiéndalo como quiera. Espero que me traigan algo para ablandar los huesos en el próximo viaje que hagan.

—¡Ajá! ¿Van a volver?

—¿Por qué no? El negocio es el negocio.

—¿Cuándo?

—No es de su incumbencia.

—Lo mejor será que diga a su esposa que tenga dispuesto el cuarto de los invitados. Simpson pasará unos días con ustedes.

El severo rostro de Simpson había honrado durante una semana la casa de los Jenkins. Sus feas mandíbulas habían masticado una increíble cantidad de comida antes de que se produjera el incidente sucesivo.

—No me cabe duda de que sus técnicos no han podido reproducir el plastificante —comentó el señor Jenkins con aspereza por encima del borde de su taza de café.

—No lo sé —repuso Simpson.

Se hacía evidente que Simpson no podía decir gran cosa acerca de nada. Se le atragantó la tostada y, de pronto, le quitó al señor Jenkins de las manos el periódico de la mañana. Un anuncio de cuarto de plana ofrecía el plastificante por cuarenta y nueve dólares con noventa y cinco centavos (impuesto federal incluido).

—Vámonos —dijo Simpson, tomando su sombrero.

—En mi coche, supongo —replicó resignadamente Jenkins.

Cuando llegaron a su destino, estaban ya conferenciando a puerta cerrada el

agente de la CIA, un representante del Tesoro y el director de los Almacenes Peerless. Hubo un breve pero iluminador coloquio sobre la interpretación que Almacenes Peerless daba al artículo ganancias del capital (1952), hasta que el director, en vista de las dificultades de Fabricación y la mala presentación del producto, tomó la decisión de retirar el plastificante del mercado.

El asunto quedó zanjado en una hora a gusto de todos, a excepción de Almacenes Peerless y del señor Jenkins. En la calle, Jenkins se volvió hacia su guardián con una maligna sonrisa.

—Veo lo que usted no ve.

Simpson miró a su alrededor. Una tienda de artículos para automóvil exponía en el escaparate una herramienta para reparar guardabarros. Jenkins vio con triste satisfacción que el precio había bajado a veinticuatro dólares con noventa y cinco centavos.

—Supongo que tiene la exclusiva —dijo el señor Jenkins al dueño de la tienda.

—No —respondió éste—. ¿Por qué quiere saberlo?

—Pregunte a Simpson. Se encarga de esto.

—Tendré que telefonar a Washington —dijo Simpson.

Un partidario de la iniciativa privada los vio salir desde la tienda y los llamó. Se detuvieron.

—¿Ven? —señaló el plastificante expuesto en el escaparate—. Supriman los intermediarios. Se lo doy con catorce dólares con noventa y cinco.

Se desabrochó la chaqueta y el señor Jenkins observó que el modelo de catorce con noventa y cinco tenía un sujetador para que no se cayera del bolsillo de la camisa. Los ojos de Simpson se pusieron vidriosos.

Llegaron muy tarde a casa aquella noche, pero los hijos del señor Jenkins les esperaban para mostrarles sus nuevos juguetes.

—¿Cuánto os han costado? —preguntó Jenkins.

—Un dólar —respondió Oliver hijo.

Simpson se sentó pesadamente.

—A mí me ha costado sólo cuarenta y cinco centavos —intervino Olivia—. ¡Mira, papá!

Le enseñó dos tazas de café muy toscas.

—¿Cómo las has hecho? —preguntó el señor Jenkins.

—Es muy fácil, mira.

Sintiéndose importante por cumplir ocho años la semana próxima, Olivia tomó un puñado de soldados de plomo, una vía de tren de juguete, una lata de tomate en conserva y piezas de mecano. Con su herramienta convirtió todo aquello en masa, hasta formar una bola. Después de un minuto de trabajo, con ayuda de sus dedos y un rodillo, ofreció a Simpson un cenicerito.

Horace Crannach se sentía triste. Se llenó de café otra taza y miró sus herramientas, que estaban oxidándose. Clavó la vista en un plastificante.

—Pagué noventa y seis dólares por él —gimió—. Y dos semanas después bajaron a diez centavos. Cualquiera ama de casa puede reparar las abolladuras. ¡Ojalá me hubiese hecho carpintero!

Su socio le respondió:

—Te quejas porque sí. Yo hace un mes que no toco un motor. Iba a empezar el último trabajo cuando el sabihondo vino y me dijo: «Déjalo, lo haré yo mismo».

—¿Y lo hizo?

—Lo hizo. Colocó bien los pistones. Rectificó el cilindro. Colocó las válvulas con las manos en su sitio. Arregló con dos dedos las bielas. Le vendí un cubo de agua. No era de metal.

—Señores —dijo William J. Volante con energía—, las prensas se han hecho anticuadas. Las forjas pueden continuar. Ya no necesitamos preocuparnos de los fabricantes. Formaremos un equipo de mujeres que harán a mano las piezas. No veo razón para que no podamos producir un nuevo modelo cada seis meses. El señor Archer de Contabilidad me informa que las nuevas herramientas sólo costarán, aproximadamente, el dos por ciento de nuestros anteriores presupuestos. En vista de ello, parece indicado anunciar una rebaja del dos por ciento en los precios de todos los modelos...

El señor Mardsell carraspeó.

—Me temo que no, señor Volante. ¿Ha visto usted nuestros últimos precios de venta? Me figuro que no. Los cuatro grandes están ofreciendo modelos de lujo con radio, calefacción, ventanillas automáticas, acondicionamiento de aire, camas plegables, etc., por mil cien dólares.

Volante pareció de pronto representar más de los sesenta y ocho años. Abrió y cerró la boca como un lenguado recién sacado del agua y se sentó como si se hubiesen agotado sus fuerzas. El señor Archer le tendió un vaso de agua.

—No se preocupe —dijo Mardsell—. No venden más que nosotros. Parece ser que eso de «hágalo usted mismo» ha afectado también a la industria del automóvil.

ÚLTIMAS NOTICIAS. «BROMISTAS» EN ACCIÓN.

San Francisco, 16 de octubre. – Anoche unos «bromistas» soltaron los cables del tramo principal del puente del Golden Gate. Los coches hubieron de retroceder trece kilómetros en tanto que las embarcaciones esperaban la bajamar. Trescientos cincuenta metros del tramo central se hallan ahora a flor de agua en la marea alta. Las autoridades de la ciudad están efectuando llamadas urgentes a las ciudades costeras más próximas para que manden

vapores de río para remplazar al inseguro puente.

El conductor del camión se secó el sudor de la frente con un antebrazo peludo.

—No me importa lo que diga el viejo —dijo dirigiéndose a su ayudante y a dos ardillas que le miraban con curiosidad desde la copa de un pino—. Iré andando el resto del camino.

Su ayudante asintió enérgicamente con la cabeza.

—Es intolerable bajar por la colina y que el motor se haga masilla —añadió el conductor—. Cualquiera día de estos un chiquillo va a pulverizar el eje delantero o una rueda, y no pienso conducir cuando esto suceda.

—¿Has leído en el periódico de esta mañana lo que ha pasado con el ferrocarril de la Twentieth Century Limited?

—¡Oh, no! —gruñó el conductor.

—¡Oh, sí! Un niño necesitaba unos cuantos metros de vía.

—¿Le gustan las manzanas? —preguntó el agente de la CIA.

—¡Déjeme en paz! —replicó el señor Jenkins—. He cooperado. Todavía tienen mis setecientos treinta y ocho.

Salieron del edificio. El coche del Gobierno se había convertido en un montoncito de lodo blando durante su ausencia.

—A propósito, ¿qué le pasó a aquel ruso que pretendía haber inventado esas cosas?

—Tengo entendido que también ellos tienen sus conflictos —con sarcasmo el agente de la CIA sonrió—. Alguien descubrió que las ametralladoras ligeras no disparan bien, y ahora todos los camaradas están transformando sus rejas de arado en espadas.

Tuchi emitió zumbidos durante varios minutos. Como no había seres humanos escuchando, su voz no salía de la hebilla de su cinturón. De lo contrario, la conversación hubiera sido más o menos como sigue:

—Tú has hecho todo. Ahora deshazlo.

—¿Cómo quieres que lo deshaga? —repuso el indicado Chorl—. Lo dices como si fuese culpa mía.

—¿Es que no lo es?

—¡Qué sé yo!

Calló al ver que otro grupo de nativos se acercaba por la orilla opuesta del riachuelo. El jefe del grupo les arrojó un hacha de piedra y los ET tuvieron el tiempo justo de zambullirse.

—Puede ser que tengan un coeficiente de distinto desarrollo. Nos costó quizá

ciento diez revoluciones el viaje de ida y vuelta. Admito que es bastante rápido, pero las civilizaciones se derrumban, sobre todo, las primitivas.

—¿Y que hacemos ahora con cien millones de plastificantes?

—Dime mejor qué hacemos con la cláusula que penaliza el retraso en la entrega del caviar y te diré lo que se puede hacer con los plastificantes.

—No lo comprendo —dijo Chorl.

Al otro lado del riachuelo un grupo de nativos recogía piedras para cargar una catapulta. Su jefe llevaba en el cuello una cadena de oro de la que colgaba el molar de un herbívoro local y otro talismán de brillante color rojo.

LOS ANÁLOGOS

Damon Knight

The Analogues, 1952

La criatura era igual que un ojo, un ojo globular que podía ver en todas direcciones, enquistado en la gris y nublada mente que se llamaba Alfie Strunk. Dentro de ella los pensamientos serpenteaban, mientras el ojo los seguía sin piedad.

Conocía a Alfie, conocía lo malo en Alfie; la enmarañada madeja de impotencia, odio y deseo; la ecuación amor = muerte. Las raíces de aquel mal se hallaban fuera de su alcance; era sólo un ojo. Pero ahora estaba cambiando. Pequeños hormigueos eléctricos iban y venían profundamente por su propio centro. La energía encontraba un nuevo matiz, y fluía.

Un pensamiento brilló en la nube gris que era Alfie, formado a medias, pero inequívoco. Y se abrió un cauce. Instantáneamente, el ojo introdujo por él un filamento de sí mismo.

Ahora había quedado libre. Ya podía actuar.

El hombre que yacía en el sofá se agitó, gimiendo. El doctor, que le susurraba al oído, retrocedió para observar su rostro. Al otro extremo del sofá, el técnico miró con profunda atención al paciente, luego volvió de nuevo a sus contadores.

La cabeza del paciente se hallaba cubierta hasta las orejas por un casco ovoide de metal. Una ancha tira de cuero, abrochada bajo su mandíbula, lo sostenía con firmeza. Las cabezas de los tornillos de sujeción sobresalían en tres círculos alrededor de la circunferencia del casco, y del grueso haz de los aislados alambres que partía de su centro, dirigido finalmente al tablero de control situado en la parte inferior del sofá.

El grueso cuerpo del hombre estaba envuelto por una plancha de caucho, y la parte posterior de su cabeza reposaba en la cubeta de un bloque de goma fijado al sofá.

—¡No! —gritó súbitamente. Balbuceó, mientras se contraían sus relajadas facciones—. No iba... ¡No! ¡No lo hagas...! —Intentó mover su cuerpo, se tensaron vivamente los tendones de su cuello.

—*Por favor.* —Las lágrimas brillaron en sus ojos.

El doctor se inclinó hacia delante y musitó en su oído:

—Ahora podrá irse de aquí. Podrá irse. Han pasado cinco minutos.

El paciente se relajó y pareció dormirse. Una lágrima se deslizó lentamente por su mejilla.

El doctor se puso en pie e hizo un gesto afirmativo con la cabeza al técnico, que bajó lentamente el reóstato a cero, antes de desconectar los conmutadores.

—Buen viaje —murmuró silenciosamente el doctor. El técnico inclinó su cabeza en señal de asentimiento con una sonrisa. Garrapateó sobre un bloc: «¿Habrás test esta tarde?». El doctor escribió la respuesta: «Sí. No podré decirlo hasta el preciso momento, pero creo que esto marcha».

Sentado en la dura silla, Alfie Strunk masticaba rítmicamente, con la mirada perdida en el vacío. Su hermano le había indicado que esperase allí mientras bajaba el vestíbulo para hablar con el doctor. Alfie tenía la sensación de que estuvo ausente mucho tiempo.

El silencio flotaba a su alrededor. La estancia de desguarnecidas paredes sólo contenía la silla en que estaba sentado y un par de mesitas con libros. Había dos puertas; una de ellas, abierta, conducía al largo y desnudo vestíbulo exterior. En él existían otras, pero todas estaban cerradas, lo mismo que las ventanas. Al final del vestíbulo había una última puerta, también cerrada. Alfie oyó a su hermano cerrarla tras él, con un fuerte golpe seco, al marcharse. Se sentía muy seguro y solo.

Escuchó algo, un débil eco de movimiento, y volvió la cabeza con rapidez, automáticamente. El ruido venía de detrás de la segunda puerta de la habitación, la única entreabierta. Volvió a oírlo.

Se puso en pie prudentemente y en silencio. Se dirigió hacia la puerta de puntillas para mirar a través de la rendija. Al principio no vio nada; luego los pasos se aproximaron de nuevo y distinguió una llamarada de color; una falda estampada en azul, un suéter blanco, un reflejo de cabello cobrizo.

Alfie ensanchó la abertura, con gran cuidado. Su corazón latía con violencia y su respiración se estaba haciendo más rápida. Entonces pudo ver el extremo más alejado de la habitación. Un sofá, y una niña sentada en él, abriendo un libro. Aparentaba unos once años, y era delgada y frágil. Una lámpara de sobremesa junto al sofá proporcionaba la única luz de la estancia. Estaba sola.

Los embotados dedos de Alfie se introdujeron en el bolsillo de su pantalón y se contrajeron fútilmente. Le habían quitado el cuchillo. Dirigió su mirada a la mesita junto a la puerta, y contuvo la respiración. Allí estaba, su propio cuchillo de hoja plegable, al lado de los libros. Su hermano debió haberlo olvidado allí. Alargó la mano para cogerlo...

Y una irritada voz de mujer gritó:

—¡ALFIE!

Se giró de forma rastrera. Su madre estaba allí, dos veces más alta que él, con sus grises ojos encolerizados, con sus rasgos tan nítidos y reales que no podía dudar que era ella... aunque sabía que estuvo muerta esos quince años.

Tenía un bastoncillo de sauce en la mano.

—¡No! —rogó entrecortadamente Alfie, retrocediendo hacia la pared—. No lo hagas..., no pretendía hacer nada.

Ella levantó el bastoncillo.

—Eres malo, malo, malo —le riñó con dulzura—. Llevas el diablo dentro de ti y hay que sacártelo.

—No lo hagas, *por favor*... —imploró Alfie. Las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Apártate de esa niña —ordenó la mujer—. Apártate por completo y no vuelvas. Alfie se volvió y echó a correr, mientras los sollozos se ahogaban en su garganta. En la habitación vecina, la niña continuó leyendo hasta que una voz dijo:

—Está bien, Rita. Eso es todo.

Levantó la vista.

—¿Ya está? Bueno, no fue mucho.

—Lo suficiente —continuó la voz—. Ya te lo explicaremos todo algún día. Anda, vámonos.

Ella sonrió, se puso en pie... y se desvaneció mientras salía de la hilera de espejos en la habitación de abajo. Las dos estancias en que Alfie fue sometido a prueba estaban vacías. Su madre ya se había ido..., con Alfie, dentro de su mente. Alfie jamás podría escapar de ella otra vez, mientras viviese.

Los largos y fríos dedos de Martyn apretaron suavemente el largo vaso de whisky y soda. El vidrio aceptó la presión, muy poco; el líquido subió casi imperceptiblemente dentro del vaso. No se rompería, estaba seguro; no tenía bordes agudos y, si lo arrojaba, no lastimaría a nadie. Quizá era un símbolo, pero casi todo cuanto había a su alrededor lo era también.

La música del combo de cinco instrumentos, en el extremo de la larga sala, era como un cristal, silenciosa, suave, complaciente. Y el contenido en alcohol del whisky que bebía era de veinticuatro grados en un cinco por ciento.

No obstante, los hombres aún se emborrachaban, aún alargaban la mano instintivamente en busca de un arma para matar.

Incluso podían suceder cosas peores. La cura era a veces peor que la enfermedad. «La operación resultó un éxito, pero el paciente murió.» Somos hechiceros, pensó. La mayoría de nosotros aún no lo hemos comprendido, pero eso es lo que somos. El doctor que únicamente cura es un siervo, mas el que gobierna los poderes de la vida y la muerte es un tirano.

Tenía que hacérselo comprender al hombrecillo moreno que se encontraba al otro lado de la mesa. Martyn pensó que sería capaz de ello. El hombre tenía poder, el poder que representaban millones de lectores, amigos en altos puestos. Pero constituía un auténtico y nada servil amante de la democracia.

El hombrecillo alzó su vaso, lo vació en un repentino y automático gesto. Martyn vio el desplazamiento de su nuez mientras consumía el líquido. Puso el vaso sobre la mesa al tiempo que la suave y rosada luz del bar centelleaba en sus lentes.

—¿Y bien, doctor Martyn? —preguntó. Su voz era frágil y veloz, pero amable. Ese hombre vivía en constante tensión y estaba aclimatado a ella.

Martyn hizo un gesto con su vaso, lento y gobernado movimiento.

—Primero deseo que vea algo —dijo—. Después hablaremos. Le pedí que viniera

aquí por dos razones. Una es que se trata de un lugar apartado; como comprenderá tengo que ser prudente. La otra está relacionada con un hombre que viene aquí cada noche. Su nombre es Ernest Fox; es maquinista, cuando trabaja. Allí en el mostrador. El hombre grueso con chaqueta a cuadros. ¿Lo ve?

Su compañero dio una rápida ojeada en dicha dirección.

—Sí. ¿El de la «merluza»?

—Sí. Tiene razón, está muy bebido. No creo que necesite mucho tiempo.

—¿Cómo es que le sirven?

—Lo verá dentro de un instante —respondió Martyn.

Ernest Fox estaba inclinándose ligeramente sobre el taburete del mostrador. Su colérico rostro aparecía sonrojado, y las ventanas de su nariz se ensanchaban visiblemente a cada inspiración. Sus ojos estaban contraídos, mirando fijamente al hombre de su izquierda, un apagado y minúsculo individuo con un gran sombrero de fieltro.

Súbitamente se enderezó y depositó su vaso con un golpe en el mostrador. El líquido se esparció sobre la superficie en una reluciente inundación. El hombre apagado levantó la vista hacia él nerviosamente. Fox le mostró el puño.

El invitado de Martyn seguía observando la escena, tranquilo e interesado.

El rostro del hombre grueso giró bruscamente como si alguien le hubiera hablado. Fijó la vista en algo invisible a quince centímetros de distancia, y su erguido brazo descendió con lentitud. Parecía escuchar. Gradualmente su rostro perdió su ira y se hizo sombrío. Murmuró algo, mirándose las manos. Escuchó de nuevo. Luego se volvió al hombre apagado en ademán de excusa. El pequeño hombre le aceptó la disculpa y se enfrascó en su bebida.

El hombre grueso se hundió otra vez en el taburete, meneando la cabeza y musitando. Después recogió su cambio del mostrador, se levantó y se fue. Su lugar fue ocupado por otro cliente.

—Eso sucede cada noche, sin variación —dijo Martyn—. Por eso le sirven. No hace ningún daño, ni nunca lo hará. Es un buen cliente.

El hombrecillo moreno le miraba con atención.

—Hace año y medio —continuó Martyn—, ningún local le hubiera permitido la entrada, y sus antecedentes policíacos eran tan largos como su brazo. Le gustaba emborracharse, y cuando lo hacía le agradaba organizar peleas. Era más fuerte que él. No tenía cura y aún ahora es incurable. Sigue siendo exactamente el mismo, maníaco, hostil. Sólo que ahora no causa ninguna dificultad.

—Perfectamente, doctor, le creo. ¿Por qué no?

—Posee un análogo —afirmó Martyn—. En un sentido literal, está aún menos sano que antes. Sufre alucinaciones auditivas, visuales y táctiles... en una sucesión completa y planificada. Bastarían para confinarle en un manicomio. Pero esas

alucinaciones son provocadas. Fueron introducidas en él, deliberadamente. Y es un aceptable miembro de la sociedad, *porque* las padece.

El hombre moreno parecía interesado y molesto al mismo tiempo.

—Ve cosas. ¿Qué ve exactamente? ¿Qué significan para él? —preguntó.

—Nadie lo sabe, excepto él mismo. Quizá vea un policía o a su madre tal como la conoció de niño. Alguien al que teme y cuya autoridad reconoce. El subconsciente posee su propio mecanismo para crear esas falsas imágenes, lo único que hacemos es estimularlo..., el resto es cosa suya. Creemos que, en general, constituye una advertencia. No hace falta más en la mayoría de los casos. Una palabra de la persona adecuada en el momento conveniente basta para impedir el noventa y nueve por ciento de los crímenes. Sin embargo, en casos extremos, los análogos pueden actuar contra el paciente en forma física... Como le dije, la alucinación es completa.

—Un buen procedimiento.

—Excelente... si se emplea como es debido. Otros diez años y se reducirá vertiginosamente el número de personas recluidas por demencia.

—Se trata en resumen, de una especie de ángel guardián personal, hecho a la medida.

—Exactamente —confirmó Martyn—. El análogo se ajusta siempre al paciente porque es ese mismo paciente... una parte de su propio cerebro que actúa contra sus propósitos conscientes en cuanto traspasen la prohibición que hemos dispuesto. Ni siquiera un hombre excepcionalmente inteligente podría vencer a su análogo, porque éste posee tanta inteligencia como él. Tampoco representa una ayuda enterarse que se ha recibido el tratamiento, aunque normalmente el paciente no lo sabe. El análogo, para el paciente, es por completo indiscernible de una persona real, pero carece de todas las debilidades de esta última.

Su interlocutor sonrió burlescamente.

—¿Podría conseguir uno que me impida meterme en interioridades?

Martyn no sonrió.

—Este asunto no es tan divertido como le parece —dijo—. Existe una posibilidad muy real de que pueda conseguirlo dentro de unos diez años. Y esa es precisamente la catástrofe que deseo me ayude a evitar.

El joven alto de cabello negro salió del lujoso vehículo y penetró airoso en el vestíbulo del hotel. No estaba pensando acerca de lo que iba a hacer; su mente se hallaba alegremente ocupada en la decoración del enorme piso que acababa de alquilar en la zona inferior del East Side. Lo mejor sería colocar los dos divanes a lo largo de una pared y disponer el bar frente a ellos, pensó. O situar la cómoda allí, con un sillón a cada lado.

El pequeño vestíbulo se hallaba desierto, las únicas personas presentes eran el

repcionista tras su minúsculo mostrador y el botones que holgazaneaba junto al ascensor. El joven se adelantó confiadamente.

—¿Sí, señor? —dijo el escribiente.

—Escuche —manifestó el joven—, hay un hombre arriba asomado a una ventana, pidiendo ayuda a gritos. Parecía enfermo.

—¿Qué? ¿Dónde?

El recepcionista y el botones le siguieron a la calle. El joven señaló hacia dos ventanas abiertas.

—Era una de éstas, las que están en medio del último piso.

—Gracias, señor —dijo el recepcionista.

El joven observó cómo los dos hombres se metían dentro del ascensor. Cuando las puertas se cerraron tras de ellos, entró de nuevo lentamente y miró subir el indicador. Después, por primera vez, bajó la vista en dirección a la alfombra azul que se extendía entre el ascensor y la entrada. Era casi nueva, no se hallaba fijada al suelo, y parecía precisamente del tamaño adecuado. Se inclinó para coger un extremo.

—Suéltela —ordenó una voz.

El joven quedó estupefacto. Era aquel hombre, el mismo hombre que lo había detenido ayer en el almacén de muebles. ¿Lo estarían vigilando?

Dejó caer la alfombra.

—Creí haber visto una moneda allí debajo —manifestó.

—Ya lo sé —dijo el hombre—. Retírese.

El joven regresó a su lujoso automóvil y se alejó a toda prisa. Sentía frío en su interior. ¿Y si esto le sucedía cada vez que quisiese robar algo...?

El hombre moreno miró sutilmente a Martyn.

—Perfectamente, doctor. Cuénteme el resto de ello. Quiero detalles, no generalidades. No soy un periodista científico.

—El Instituto —continuó Martyn—, ha dispuesto ya que un cuerpo de administrativos empiecen a trabajar en la primera parte de su programa cuando la legislatura mundial reanude las sesiones este otoño. He aquí lo que desean para empezar: Primero, tratamiento analógico para todas las personas culpables de delitos «temporalmente insanas», que substituya tanto el confinamiento como el castigo. Su argumento es que el verdadero propósito de la sociedad es impedir la repetición del crimen, no castigar.

—Les darán la razón —comentó el hombrecillo.

—Por supuesto. Pero aún no he terminado. Segundo, quieren que el gobierno abogue por una vasta y rápida expansión de servicios analógicos. Su objetivo es restituir ciudadanos útiles a la sociedad, y aliviar el trabajo de los organismos

correctivos o punitivos.

—¿Por qué no?

—En efecto... si todo se redujera a eso. Pero no será así.

Martyn suspiró profundamente y entrelazó sus largos dedos sobre la mesa. Todo resultaba muy claro para él, aun cuando fuese algo difícil de comprender para un profano... incluso para un especialista. Pero era inevitable, iba a suceder, a menos que él lo impidiese.

—Nuestra mala suerte —prosiguió—, ha hecho que este descubrimiento apareciera en este momento concreto de la historia. Hace sólo treinta años, poco después de la tercera guerra mundial, que el problema del desgaste de nuestros recursos humanos llegó a adquirir caracteres tan agudos que ya no pudo permanecer ignorado. Desde entonces se han conseguido numerosos progresos, apoyados por la opinión pública. Nuevos códigos de edificación para las grandes ciudades, nuevas leyes de velocidad, limitación del contenido alcohólico limitado en el vino y el licor, etcétera. El tratamiento analógico significará la culminación.

—Personalidades competentes han estimado que ésta alcanzará su punto máximo dentro de los próximos diez años. Entonces el Instituto estará dispuesto para llevar a cabo la segunda etapa de su programa. Esto es: Primero, tratamiento analógico contra actos de violencia obligatorio para *todos* los ciudadanos mayores de siete años.

El periodista pareció impresionado.

—Por vida de... —dijo—. ¿Hasta ese extremo?

—Sí. Eliminarán completamente toda posibilidad de una nueva guerra, al igual que nuestro problema policíaco.

El hombre silbó admirativamente.

—Segundo —siguió Martyn—, tratamiento analógico contra todas las formas de corrupción obligatorio para todos los candidatos a cargos públicos. Esto libraré el sistema democrático de imprudencias, y para siempre.

El hombre moreno dejó caer su lápiz.

—Doctor Martyn —dijo—, me está confundiendo. Soy amante de la libertad, pero tiene que haber algún medio para impedir que nuestra raza se autoexterminen. Si este tratamiento logra lo que usted dice, no importa que viole los derechos civiles. Deseo seguir viviendo, y quiero que mis nietos —a propósito, tengo dos—, lo hagan también. A menos que exista un truco que no me haya contado, yo estoy a favor.

Martyn le replicó con severidad.

—Ese tratamiento es como unas muletas. No constituye una terapia, no cura al paciente de nada. En realidad, como ya expliqué antes, no lo hace más sano, sino menos. Las causas de su comportamiento irracional o antisocial permanecen, se hallan sólo reprimidas... temporalmente. No pueden jamás manifestarse del mismo modo, eso es cierto; hemos construido un muro a través de ese cauce particular. Pero

se manifestarán de algún otro modo, más pronto o más tarde. Cuando una inundación se extiende hacia una nueva dirección ¿qué se hace?

—Construir un dique.

—Exactamente —aseveró Martyn—. ¿Y después? Otro, y otro, y otro...

—¡Es un completo error!

Nicholas Dauth, con toda tranquilidad, miró fija y acariciadoramente a la peña que unos caballetes sustentaban entre la casa y el huerto. Era un trozo de granito de Nueva Inglaterra, marcado aquí y allá con trozos de yeso.

Había permanecido allí durante ocho meses, y aún no fue tocada por un cincel.

El sol era cálido en su espalda. El aire se hallaba en calma; únicamente la ocasional insinuación de una brisa rizaba las copas de los árboles. Tras él podía oír el tintinear de los platos en la cocina, y más allá la voz clara de su esposa.

Había existido una forma oculta en la piedra. Cada piedra tenía un ser latente, y al esculpirla, parecía que no se hiciese otra cosa que ayudarlo a nacer.

Dauth podía recordar la silueta oculta en ella: una mujer y un niño... la mujer arrodillada, medio inclinada sobre el niño en su regazo. El equilibrio de las masas le había dado gracia y autoridad, y el espacio libre le confería movimiento.

Podía recordarla, pero ya no podía verla.

Su brazo y costado derechos sufrieron un rápido y corto espasmo doloroso mientras duró. Fue como el esquema de una acción: su caminata, la búsqueda de whisky... el encuentro con el guardia que no le permitía beber, el regreso. Todo ello se había comprimido ahora en un espasmo, una especie de tic. Ya no bebía, no intentaba beber. Pero soñaba, pensaba en ello, sentía el abrasante dolor en su garganta e intestinos. Sin embargo, no lo intentaba. Era simplemente inútil.

Miró otra vez la piedra sin forma, por un instante, no pudo recordar ni siquiera lo que contenía. El tic apareció otra vez. Dauth experimentó un sentimiento de opresión intolerablemente en su interior, de algo reprimido que exigía salida.

Fijó la vista en dirección a la piedra, y vio como la forma soñada se desvanecía lentamente a lo lejos, dentro de un difuso mar gris; luego nada.

Se volvió sofocadamente hacia la casa.

—¡Martha! —llamó.

Le contestó el repique de la vajilla.

Dio un traspié hacia delante, manteniendo sus brazos lejos de su cuerpo.

—¡Martha! —gritó—. ¡Estoy ciego!

—Dígame si estoy equivocado —solicitó el periodista—. Me parece que su único problema serían los casos mentales auténticos, las personas que verdaderamente padezcan alucinaciones intensas. Según usted, son las únicas que deberían seguir el

tratamiento. Ahora bien, el hombre medio no siente ningún apremio de matar, o robar, o lo que sea. Quizá sufra esa tentación, una vez en su vida. Si alguien le detiene, en ese preciso momento ¿puede perjudicarlo?

—Durante un minuto o dos, habrá estado loco —respondió Martyn—. Pero estoy de acuerdo con usted en que si el procedimiento atrae tales tendencias, resultaría especialmente perjudicial. En el Instituto existe el convencimiento que será plenamente efectivo y están equivocados, trágicamente equivocados. Porque existe una medida que el Instituto no ha incluido en su programa, y que sería la primera que cualquier jurista del mundo trataría de aplicar. *El tratamiento contra cualquier intento de derrocar al gobierno.*

El hombre moreno permanecía silencioso.

—De ahí —concluyó Martyn—, sólo hay un paso a la tiranía por los siglos de los siglos.

El otro hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Tiene usted razón —admitió—. Toda la razón. ¿Qué desea que haga?

—Reúna fondos —dijo Martyn—. Hasta ahora el Instituto ha sido financiado casi enteramente por los mismos miembros. Nos basta operar sobre una escala mínima y extendernos muy lentamente, abriendo un nuevo centro al año. Si nos ofrece una contribución caritativa de medio millón —deducible de los impuestos, claro está—, la aceptaremos. La trampa es la siguiente: los donantes, en justa correspondencia por una contribución de esta magnitud, solicitan el privilegio de elegir tres miembros para la junta directiva del Instituto. No habrá ninguna objeción en contra, mientras mi vinculación con los donantes sea mantenida en secreto, porque tres votos no significan un control absoluto. No obstante, bastarán para darme la mayoría en la segunda etapa del programa del Instituto... Nos enfrentamos con una epidemia. Dentro de unos cuantos años nada podrá detenerla. Pero si se actúa ahora, la venceremos, la venceremos, mientras sea todavía lo suficientemente pequeña para dominarla.

—No está mal —dijo el hombre moreno—. No voy a prometerle medio millón para mañana, pero conozco a unas cuantas personas dispuestas a contribuir si les explico el motivo. Haré lo que pueda. Le conseguiré el dinero, aunque tenga que robarlo. Puede contar conmigo.

Martyn sonrió afectuosamente, y detuvo al camarero mientras pasaba junto a él.

—No, pago yo —dijo, adelantándose al gesto del hombrecillo—. Me pregunto si es usted consciente del peso que me ha quitado de encima.

Pagó, y salieron caminando con lentitud bajo la cálida noche de verano.

—Ahora que recuerdo —dijo Martyn—, existe una respuesta a un punto que mencionó de pasada, el de que el punto débil del tratamiento son los casos verdaderamente compulsivos, en los que resulta más necesario. Hay medios para

resolver esto, aunque el tratamiento sigue sin constituir. Son como unas muletas, y nada más. Por ejemplo, recientemente hemos desarrollado una técnica en que el análogo no aparece como un guardián, sino como el objeto de ataque... Si lo hay. De ese modo, el paciente se alivia en lugar de reprimirse aún más, no daña a nadie más que a un fantasma.

—Será una gran cosa para la humanidad —manifestó muy digno el hombrecillo —, pero pudo resultar algo terrible de no ser por usted, doctor Martyn. ¡Buenas noches!

—Buenas noches —respondió agradecidamente. Observó como su compañero desaparecía entre la multitud, después se encaminó hacia el Instituto. Era una noche maravillosa, y no tenía ninguna prisa.

El camarero silbó en voz baja, tan inconsciente de la antagónica melodía que interpretaba el combo como lo estaba del aire que respiraba. Filosóficamente, tomó las dos bebidas intactas que permanecían en un extremo de la mesa y las ingirió una tras otra.

Si un individuo bien vestido, de aspecto elegante como aquel deseaba sentarse solo toda la noche, hablando y pagando bebidas a alguien que no se hallaba allí, ¿qué había de malo en ello?

Nada en absoluto, se dijo el camarero.

DATOS DISPONIBLES ACERCA DE LA REACCIÓN WORP

Lion Miller

The Available Data on the Worp Reaction, 1953

Los primeros datos confirmados sobre Aldous Worp, indican que, sí bien aparentemente normal en la mayoría de aspectos físicos, estaba considerado por vecinos, compañeros de juego y familiares como un idiota incurable. Sabemos también que era un niño tranquilo y de hábitos extremadamente sedentarios. El único sonido que se le oía proferir alguna vez era un agudo monosílabo, muy semejante a la expresión «¡Huy!»; esto sucedía únicamente al ser llamado para las comidas o, con menos frecuencia, al ser despertado su enigmático interés por un estímulo externo, tal como una piedrecita de forma rara, un palo, o uno de sus propios nudillos.

Este niño súbitamente abandonó su inactividad habitual. Poco después de su sexto cumpleaños —esta estimación de tiempo es sólo aproximada, por desgracia—, Aldous Worp empezó una serie de excursiones exploratorias al vertedero de la ciudad, localizado en la parte trasera de las propiedades de los Worp.

Después de unos cuantos viajes, el chico regresó una tarde a su hogar arrastrando una gran rueda dentada. Tras una ardua meditación, ocultó dicha rueda dentro de un gallinero vacío.

Así comenzó un proyecto que no terminó hasta transcurridos veinte años. El joven Worp avanzó a través de la niñez, la adolescencia y la juvenil virilidad, transportando miles de objetos metálicos, grandes y pequeños, de casi todas clases, hasta el gallinero. Dado que cualquier clase de educación formal se hallaba aparentemente más allá de su capacidad mental, sus padres veían complacidos la actividad que mantenía a Aldous feliz y contento. Cabe presumir que no les inquietaban los problemas de estética implicados.

Aldous Worp abandonó su autoimpuesta tarea tan bruscamente como la había iniciado. Durante casi un año —la estimación de tiempo es de nuevo aproximada debido a los insuficientes datos—, Aldous Worp permaneció dentro de los confines de la propiedad familiar. Cuando no estaba ocupado en necesidades corporales básicas tales como comer y dormir, se movía lentamente en torno a su montón de desechos sin ningún plan aparente.

Una mañana fue observado por su padre (como éste nos comunicó posteriormente) mientras se dedicaba a seleccionar ciertos objetos del montón y a ajustarlos unos con otros.

Debería advertirse aquí, en mi opinión, que ningún informe acerca de la Reacción Worp puede ser completo sin citas directas del padre de Aldous, Lambert Simnel Worp. Con respecto a la mencionada estructura, Worp padre ha declarado:

«El hecho que me llamó la atención fue que cada (tachado) cosa que cogía encajaba con alguna (tachado) otra. No (tachado) Importaba que fuese un (tachado) muelle de cama o un (tachado) batidor de huevos estropeado; si el (tachado) muchacho lo introducía en otra (tachado) parte, permanecía allí.»

En lo referente a las herramientas empleadas por Aldous Worp, L. S. Worp ha

manifestado: «Ninguna herramienta».

L. S. Worp nos ofrece luego una información más extensa al responder a una pregunta que transcribo aquí textualmente: *P* «¿Cómo diablos se las arregló para lograr que partes separadas se adhiriesen entre si para formar un todo?» (Dr. Palmer) *R* «Los (tachado) pedazos se unieron más estrechamente que una malla (tachado), y nadie —lo que se dice *nadie*, señor— pudo separarlos.»

La estabilidad del conjunto era obvia, por cuanto el joven Aldous se encaramaba a menudo por aquel amasijo para añadir otra «parte», sin alterar su equilibrio en lo más mínimo.

Lo que precede, no obstante su concisión, son todos los antecedentes que poseemos del experimento en sí. Por su exacto relato de las circunstancias habidas en una de las demostraciones «controladas» de la Reacción Worp, nos hallamos en deuda con el comandante Herbert R. Armstrong, ingeniero del Ejército de los EE. UU. y con el doctor Philip H. Eustace Cross, A. E. C., que estuvieron presentes.

Al parecer, exactamente a las 10'46 de la mañana, Aldous Worp cogió una rueda dentada muy vieja y herrumbrosa..., el primer objeto que había rescatado del olvido en el montón de chatarra, cuando sólo tenía seis años. Después de un momento de vacilación, trepó hasta lo alto de su mal construida estructura y se detuvo, para luego descender por su parte interna. Desapareció de la vista de estos expertos observadores durante varios minutos. (Dr. Cross: 4 minutos, 59 segundos; comandante Armstrong: 5 minutos, 2 segundos). Aldous reapareció por fin, bajó a gatas y miró fijamente su creación.

Reproducimos un fragmento de los informes combinados del comandante Armstrong y del doctor Cross:

«Después de permanecer como ausente por unos cuantos minutos, Worp se pegó a su ensamblaje, del que sobresalía una varilla con la bola de latón de un poste de cama unida a ella. Aldous Worp dio un ligero tirón a la bola. Lo que sucedió después fue absolutamente fantástico. Oímos un rumor creciente, parecido al de una catarata, que aumentó hasta convertirse en un fuerte estrépito. Aproximadamente quince segundos después, vimos un resplandor purpúreo que salía de *debajo* de la estructura. Luego, todo el conjunto de trastos se levantó en el aire hasta una altura de unos tres metros y permaneció flotando ahí, inmóvil. Aldous brincó a su alrededor en una completa apariencia de júbilo y oímos claramente su observación “¡Huy!” por tres veces. Finalmente, se dirigió a un costado del fenómeno, alargó su mano por la parte inferior, dio vueltas a la herrumbrosa rueda de un molinillo de café y su “máquina” se posó con lentitud en el suelo.»

Se registró, por supuesto, una excitación considerable. Representantes de las Fuerzas Armadas, de la Prensa, de la A. E. C., de varias escuelas de estudios superiores, y otros organismos, llegaron en manadas. La comunicación con Aldous

Worp era imposible, ya que el joven jamás había aprendido a hablar. L. S. Worp, aunque profano, era un caballero serio y sincero, ansioso de ponerse al servicio de su país, pero las anteriores citas de sus conversaciones indican la escasa luz que le era posible arrojar sobre el problema. Los esfuerzos de observar el interior de la estructura valieron de poco, puesto que los más atentos y detallados análisis no lograron establecer otra hipótesis efectiva que «no es absolutamente nada más que un montón de chatarra» (Dr. Palmer). Por otra parte, el joven Worp se mostró claramente ofendido por tales investigadores.

Sin embargo, hizo funcionar con placer su máquina y expuso repetidamente la «reacción» a todos los espectadores.

Los *tests* más exhaustivos —Geiger, electrónicos, Weisendonk, químicos, etc.—, no revelaron nada.

Resultó imposible contener la curiosidad de la Prensa y, a primeras horas de la tarde del segundo día, los informadores de la televisión se presentaron en el lugar del acontecimiento.

Aldous Worp los miró un momento, luego hizo descender otra vez su invento al suelo. Con una expresión resuelta en su rostro, se encaramó hasta la cima, se deslizó por el interior y, pasado algún tiempo, reapareció con la vieja rueda dentada. La depositó cuidadosamente en el lugar que había ocupado en el gallinero. Sistemáticamente, y por orden de instalación, desmontó cada componente de su estructura y con el mayor cuidado lo devolvió a su primitivo lugar en el montón que había formado junto al gallinero.

En la actualidad, las partes integrantes de lo que constituyó la Reacción Worp se hallan esparcidas. Ignorando los casi histéricos ruegos de los científicos y de los militares, el silencioso Aldous Worp, tras dismantelar su máquina por completo y amontonar sus partes junto al gallinero, se hizo cargo de la pesada tarea de transportarlas de nuevo, una por una, a su primitivo lugar en el vertedero de la ciudad.

Hoy, impasible ante los ocasionales regaños de L. S. Worp, mudo en los ya poco frecuentes interrogatorios oficiales, Aldous Worp se sienta sobre una caja en el patio posterior de su casa solariega y mira serenamente en dirección al vertedero de la ciudad. Muy de tarde en tarde sus ojos se iluminan durante un momento, y dice «¡Huy!» con gran placidez.

LOS PODERES DE XANADU

Theodore Sturgeon

The Skills of Xanadu, 1956

Y el sol se extinguió y la Humanidad se fragmentó y se dispersó. Por su conocimiento de sí misma comprendió que debía salvaguardar su pasado como lo hizo con su existencia, o dejaría de ser humana. Su orgullo de sí misma fue tal que convirtió sus tradiciones en un ritual y un modelo.

Dondequiera que la Humanidad se asentase, que viviese, aun en pequeños grupos, más que empezar de nuevo debía continuar su trayectoria, de manera que a través del Universo y del devenir del tiempo, los humanos permanecieran siendo humanos. En cualquier momento que uno de esos grupos se encontrase con otro, sin importar la diversidad ni la lejanía, se unirían en paz, para formar una misma especie, para hablar un mismo lenguaje.

Los humanos, sin embargo, por su misma condición...

Bril emergió junto a la estrella rosada, cuya luz le desagradó, y descubrió el cuarto planeta. Parecía un fruto exótico que le aguardaba. (¿Estaba maduro? ¿Podría madurarlo? ¿Y si fuese venenoso?). Dejó su vehículo en órbita y descendió en una cápsula. Un joven nativo, próximo a una cascada, le vio acercarse.

—La Tierra fue mi madre —dijo Bril desde la cápsula.

Era la fórmula ritual entre la especie humana, en la Vieja Lengua.

—Y mi padre —respondió el joven con fuerte acento.

Bril salió con precaución de la cápsula, pero sin alejarse de ella. Terminó el ritual:

—Respeto la disparidad de nuestros deseos, como individuos, y te saludo.

—Respeto la identidad de nuestras necesidades, como humanos, y te saludo. Me llamo Wonyne —explicó el joven—, hijo de Tanyne, del Senado, y de Nina. Este lugar es el distrito de Xanadu, el cuarto planeta.

—Me llamo Bril, de Kit Carson, segundo planeta del Sistema Sumner, y miembro de la Autoridad Única —repuso el recién llegado—, y vengo en son de paz.

Hizo una pausa, por si el nativo se despojaba de algún arma que pudiese llevar, siguiendo el protocolo histórico. Wonyne no lo hizo, pues, aparentemente, no poseía ninguna. Vestía tan sólo una túnica de gasa y un ancho cinturón hecho de piedras negras y planas, brillantemente pulidas, que difícilmente podrían esconder ni un dardo. No obstante, Bril esperó un poco más, contemplando el tranquilo rostro del nativo. Tal vez Wonyne presintiera su arsenal, oculto en el pulcro uniforme negro, en las relucientes botas altas, o en las metálicas manoplas.

Wonyne se limitó a decir:

—Sé, pues, bienvenido en paz —y sonrió—. Ven conmigo a la casa de Tanyne para descansar.

—¿Dices que Tanyne, tu padre, es senador? ¿Está en activo? ¿Podría facilitarme el contacto con vuestro gobierno?

El joven se detuvo, moviendo ligeramente los labios, como si estuviera traduciendo literalmente la pregunta a su idioma. Después contestó:

—Sí, claro que sí.

Bril golpeó ligeramente su manopla izquierda con la punta de los dedos de su mano derecha y la cápsula empezó a elevarse para reunirse con el vehículo espacial, hasta que fuera de nuevo necesaria. Wonyne no se sorprendió, probablemente porque se hallaba más allá de su comprensión.

Bril siguió al muchacho por un sendero serpenteante a través de un paisaje maravilloso, con plantas cuajadas de flores, en su mayoría moradas, algunas blancas y otras, las menos, de color escarlata, a las que la cascada daba una belleza especial. Los bordes más altos del camino estaban flanqueados por una hierba espesa, rojiza a medida que se acercaban, rosa pálido cuando la dejaban atrás.

Los ojillos negros de Bril se fijaban en todo y todo querían retenerlo: el ágil muchacho que ascendía ante él, los constantes cambios de color de su sutil ropaje al ser azotado por la brisa, los altos árboles, algunos de los cuales podían ocultar a un hombre o un arma, los cortes de las rocas y lo que su oxidación delataba, las aves que alcanzaba a ver y los trinos que oía de otras que permanecían ocultas.

Era un hombre que sólo pasaba por alto lo vulgar, porque hay muy pocas cosas que sean vulgares.

Sin embargo, no estaba preparado para la casa. El muchacho y él llegaron a mitad de camino de aquel parque que la rodeaba, antes de que pudiera reconocerla como tal.

No parecía tener límites. Por una parte era alta, por otra un simple espacio entre lechos de flores, más allá una habitación se convertía en terraza, y en otro lugar el césped se confundía con un tejado. La casa estaba dividida en zonas, más que en habitaciones, por medio de verjas abiertas y distribuciones de color. No se veía ni una sola pared. No había nada que ocultar, ni nada que pudiera ser cerrado bajo llave. Toda la tierra y todo el cielo entraban en la casa, una gran ventana abierta al mundo.

Al verla, Bril sintió un ligero cambio en su opinión sobre los nativos. Su actitud todavía era de desprecio, pero ahora agregó la sospecha. Un aforismo básico sobre los humanos, tal y como él los conocía, dictaminaba que «todo hombre tiene algo que ocultar». Un estilo de vida como aquél no le autorizaba a desmentir el dicho; incrementó simplemente su capacidad de observación, preguntándose: *¿Cómo lo esconden?*

—¡Tan! ¡Tan! —gritó el muchacho—. ¡Traigo a un amigo!

Un hombre y una mujer se acercaron a ellos por un jardín. El hombre era enorme y tan parecido al joven Wonyne que no podía dudarse su parentesco. Ambos tenían unos ojos largos y pequeños, de color gris claro, muy separados, y un cabello rojizo, casi anaranjado. Su nariz era sólida y de limpio trazo, la boca de labios finos, amplia y saludable.

Pero la mujer...

Pasó largo rato antes de que Bril se atreviera a mirarla, de convencerse de la

existencia de una mujer semejante. Después de su primera mirada, no podía dar crédito a sus ojos, que pudiera existir un pelo, una cara, una voz, un cuerpo como aquellos. Iba vestida como su esposo y el muchacho, con vaporoso caleidoscopio que, cuando el viento lo permitía, se convertía en una túnica con cinturón negro.

—Os presento a Bril, de Kit Carson, Sistema Sumner —balbuceó el joven—, y es miembro de la Autoridad Única, viene del segundo planeta, y dijo bien el saludo ritual. También yo —añadió riendo—. Éste es Tanyne, del Senado, y Nina, mi madre.

—Sea bienvenido, Bril de Kit Carson —le saludó ella.

El estupefacto Bril desvió su mirada e inclinó la cabeza.

—Pase, por favor —dijo Tanyne con cordialidad, guiándole a través de una arboleda, que no era un arco aislado como parecía sino una entrada.

El aposento era amplio, más ancho por un extremo que por el otro, y cuya diferencia resultaba difícil de determinar. El suelo aparecía desigual, en rampa hacia una esquina, donde había un banco cubierto de musgo. Por doquier se desperdigaba algo parecido a piedras blancas estriadas de gris; al tacto eran suaves como la carne. Todo el mobiliario consistía en unas cuantas repisas que hacían las veces de mesa.

El agua corría espumosa y con suave rumor a través del aposento, a semejanza de un arroyo natural, pero Bril vio cómo el pie descalzo de Nina pisaba una invisible película que lo cubría en todo su recorrido hasta el estanque del otro extremo, que era el mismo que había visto desde fuera, sin poder definir si era exterior o interior a la casa. A su lado se alzaba un grueso árbol, inclinando sus pesadas ramas hacia el banco. Sus abiertos extremos se veían entrelazados y cubiertos por la misma sustancia invisible que protegía el arroyuelo. No les cubría otra cosa encima, y, sin embargo, para el *oído* constituía un auténtico techo.

El conjunto resultó para Bril deprimente en extremo. Se sorprendió al sentir un ramalazo de nostalgia, recordando las altas ciudades de acero de su planeta natal.

Nina desapareció, sonriente. Bril siguió el ejemplo de su anfitrión y se hundió en el piso, o suelo, donde surgió una especie de asiento. En su fuero interno, Bril se rebeló contra la falta de firmeza, de orden, de limitación evidente, que implicaba un diseño tan arbitrario como aquel. Pero estaba lo suficientemente preparado, en principio, para ocultar sus sentimientos delante de los bárbaros.

—Nina volverá dentro de un instante —dijo Tanyne.

Mientras seguía observando los ligeros movimientos de la mujer por el patio, a través de la transparente pared, Bril contuvo sus impulsos.

—Estoy desorientado con respecto a sus costumbres y me preguntaba qué está haciendo —dijo.

—Le prepara algo de comer —dijo Tanyne.

—¿Ella misma?

Tanyne y su hijo se miraron sorprendidos.

—¿No le parece normal?

—He creído entender que es la esposa de un senador —se excusó Bril, creyendo su explicación adecuada. Escrutó el rostro del muchacho y luego el del hombre—. Tal vez tengo un concepto diferente de la palabra senador.

—Tal vez. ¿Querría explicarnos qué es un senador en el planeta Kit Carson?

—Es un miembro del Senado, subordinado a la Autoridad Única, y por turno líder de una nación libre.

—¿Y su esposa?

—Comparte sus privilegios. Podría servir a un miembro de la Autoridad Única, pero apenas a nadie más, y nunca, por supuesto, a un extranjero sin identificar.

—Es interesante —comentó Tanyne, mientras el muchacho mostraba la sorpresa que no dejó ver ante la cápsula de Bril—. Dígame, ¿no se ha identificado, entonces?

—Lo hizo junto a la cascada —repitió el muchacho.

—No les he dado ninguna prueba —dijo Bril con rigidez. Observó cómo padre e hijo intercambiaban una mirada—. Credenciales, documento escrito. —Palpó la aplastada cartera que colgaba en su cinturón.

Wonyne preguntó ingenuamente:

—¿Dicen las credenciales que *no* es Bril de Kit Carson, del Sistema Sumner?

Bril frunció el ceño, mientras Tanyne decía suavemente:

—Wonyne, ten cuidado. —Dirigiéndose a Bril, añadió—: Ciertamente, existen muchas diferencias entre nosotros, como las hay siempre entre mundos distintos. Pero estoy seguro de que se parecen en algo: los jóvenes a veces siguen un camino recto, cuando la sabiduría ha trazado una senda serpenteante.

Bril se sentó silencioso. Pensó que esto debía ser una excusa, y asintió con la cabeza. La juventud debía constituir allí un defecto. Un chico de la edad de Wonyne sería un soldado en Carson, preparado a realizar un trabajo de hombres, sin que nadie tuviese que presentar excusas por él. Ni tampoco diría disparates. ¡Nunca!

—Traigo estas credenciales para mostrarlas a sus autoridades. ¿Cuándo podré hacerlo? —explicó Bril.

Tanyne encogió sus anchos hombros.

—Cuando guste.

—Cuanto antes mejor.

—Muy bien.

—¿Está lejos?

Tanyne pareció sorprendido.

—Está lejos ¿qué?

—Su capital, el lugar donde se reúne su Senado.

—Ah, ya. No se reúne realmente, en el sentido que quiere dar a entender. Se halla permanentemente en sesión, como se decía antes. Nosotros...

Apretó los labios y emitió un sonido líquido, bisilábico. Después sonrió.

—Le ruego que me disculpe —dijo afectuosamente—, la Vieja Lengua carece de ciertos vocablos, ciertos conceptos. ¿Cuál es la palabra que utilizan para expresar la-presencia-de-todos-en-la-presencia-de-uno?

—Creo —dijo Bril con tacto— que haríamos mejor volviendo al tema que nos ocupa. ¿Dice que el Senado no se reúne en ningún lugar oficial, ni en una fecha determinada?

—Yo... —titubeó Tan, asintiendo después—. Sí, es verdad en cuanto...

—¿Entonces no hay posibilidad de que me dirija directamente a su Senado?

—No he dicho eso —Tan intentó por dos veces expresarse con mayor claridad, mientras los ojos de Bril se achicaban lentamente. De pronto, Tan soltó una carcajada—. Usar la Vieja Lengua para explicar viejas historias y para hablar con un amigo son dos cosas diferentes —explicó con cierta tristeza—. Me gustaría que aprendiese nuestro idioma. Es racional y está basado en hechos que ya conoce. Estoy convencido de que, en Kit Carson, tienen otro idioma además de la Vieja Lengua.

—Reverencio la Vieja Lengua —repuso Bril con sequedad, eludiendo la pregunta. Muy despacio, como si hablase con un retrasado mental, dijo—: Me gustaría saber cuándo puedo ser conducido ante quienes tengan autoridad aquí, a fin de discutir con ellos ciertos asuntos planetarios e interplanetarios.

—Discútalos conmigo.

—Es usted un senador —repuso Bril en un tono que expresaba claramente: *sólo un senador*.

—En efecto —admitió Tanyne.

Con paciencia forzada, Bril preguntó:

—Y ¿qué es un senador aquí?

—Un punto de contacto entre los vecinos de este distrito y los demás en general. Una persona experta en los problemas particulares de una pequeña zona del planeta y capaz de relacionarlos con la política planetaria.

—¿Y a quién sirve el Senado?

—Al pueblo —contestó Tanyne, como si considerara obvia la respuesta.

—Sí, sí, claro. ¿Y quién sirve, entonces, al Senado?

—Los senadores.

Bril cerró los ojos y apenas pudo reprimir una expresión sarcástica que hervía en su interior.

—¿Quién forma su Gobierno? —inquirió con firmeza.

El muchacho les había estado observando, alternativamente, con avidez, como un espectador en un partido de tenis.

—¿Qué es un Gobierno? —preguntó.

La llegada de Nina les interrumpió y Bril sintió un gran alivio.

Nina traía, mejor dicho, guiaba una enorme bandeja con tres dedos debajo de la misma y uno detrás, apenas rozándola con la palma de la mano, como pudo observar Brill al acercarse. La transparente pared de la habitación desapareció al entrar, o tal vez entró por un lugar donde no había pared.

—Espero que algo sea de su gusto entre estas cosas —dijo alegremente, mientras depositaba la bandeja junto a Brill.

—Aquí tiene carne de ave, de pequeños mamíferos y pescado. Las pastas están hechas con cuatro clases de cereales, y estas otras blancas sólo con una, la que llamamos trigo de leche. También le traigo agua, dos vinos distintos y un licor destilado especial que hacemos nosotros.

Brill mantuvo la mirada sobre los alimentos, intentando que su universo no fuese absorbido por la dulce y fresca fragancia que emanaba la mujer al aproximarse e inclinarse hacia él, dijo suavemente:

—Muy agradecido.

Nina se acercó a su marido y sentó a sus pies, recostándose contra sus piernas. Tan le acarició suavemente el espeso cabello, y ella le correspondió con una breve sonrisa. Brill levantó la mirada de la comida, tan llena de color como una camisa floreada, por un lado humeante, por otro escarchándose al contacto con el aire, y la fijó, desconcertado, en los tres rostros sonrientes, llenos de confianza.

—Esto es muy apetitoso —murmuró mientras ellos seguían observándole los tres. Tomó un blanco pastel y se levantó, mirando a todos lados, dentro y fuera de la casa, sin saber a dónde ir.

El tufillo que subía de la bandeja llegó a su nariz, y la boca se le hizo agua. Tenía hambre, pero...

Suspiró, se sentó, y dejó suavemente el pastel en su sitio. Intentó sonreír, sin lograrlo.

—¿No le gusta ninguno? —preguntó Nina con inquietud.

—¡No puedo comer aquí! —protestó Brill. Entonces notó en los nativos algo que no había percibido antes, y añadió—: Muchas gracias.

Sus rostros permanecieron impasibles. Dijo a Nina:

—Tiene un aspecto estupendo.

—Coma, pues —le invitó ella, sonriendo de nuevo.

Esta simple frase logró algo que no habían conseguido su casa, sus vestimentas, sus maneras ultrajantemente simples —comportarse como si estuvieran solos, permitir las intromisiones de su hijo, admitiendo sin reparos que tenían un dialecto propio, etc.—. Sin perder su invariable dignidad, con el más mínimo cambio de expresión, notó, no obstante, cómo el rubor le subía a las mejillas. Enfurruñado, dejó que su infantil reacción se convirtiese en un sonrojo de ira. Se sentiría feliz, pensó furioso, cuando tuviese en su puño el contenido de esa cultura, para estrujarlo a

voluntad; entonces terminarían sus amables e hipócritas modales y conocerían la humillación.

Pero aquellos tres rostros, el del chico tan abierto y ajeno a la maldad, el de Tanyne tan fuerte y confiado, el de Nina, aquel rostro de Nina..., aparecían sin artificio, con la mayor inocencia del mundo. Bril no podía consentir que advirtiesen su turbación. En caso de premeditación por su parte, no podía hacerles el juego. De lo contrario, no debía revelarles su vulnerabilidad.

Con un inmenso esfuerzo de voluntad mantuvo el tono bajo de su voz, pero aun así resultaba áspero.

—Creo que en Kit Carson —dijo lentamente—, tenemos un concepto sobre la intimidad distinto al de ustedes.

Los tres cambiaron sorprendidas miradas, hasta que una chispa de comprensión asomó en el colorado rostro de Tanyne.

—¡No comen ustedes juntos!

Bril no se estremeció, pero sí su voz al responder.

—No.

—¡Oh! —exclamó Nina—. ¡Qué lástima!

Bril no creyó oportuno ni discreto indagar el significado de sus palabras y añadió:

—No importa. Las costumbres son diferentes. Comeré cuando esté solo.

—Ya lo comprendemos. ¡Adelante, coma! —dijo Tanyne.

¡Pero seguían allí, sentados!

—Me gustaría que hablase nuestra lengua —dijo Nina—. ¡Sería tan fácil explicarse! —Se inclinó hacia él, gesticulando con los brazos como si pudiese persuadirle—. Por favor, intente comprender, Bril. Está completamente equivocado, respetamos la intimidad casi por encima de todo.

—Tiene otro significado para nosotros —insistió Bril.

—Significa soledad consigo mismo, ¿no es eso? Significa hacer algo, pensar, actuar, o simplemente *ser*, sin intromisión alguna.

—No ser observado —dijo Bril.

—¡Empiece, pues, coma! ¡No miraremos! —replicó Wonyne alegremente, sin aliviar en absoluto la situación.

—Wonyne está en lo cierto —aseveró su padre—, aunque como de costumbre se ha expresado de forma excesivamente impulsiva. Quiere decir que no podemos mirar, Bril. *Si desea intimidad, no podemos verle.*

Disgustado, nervioso, Bril alargó el brazo hacia la bandeja. Tomó una copa de agua, sacó una cápsula de su cinturón, la introdujo en su boca, dio un sorbo y se la tragó. Dejó la copa sobre la bandeja y elevando la voz dijo:

—Bueno, ya lo han visto todo.

Con una expresión inescrutable, Nina se incorporó, se inclinó como una bailarina

y tocó la bandeja, y se la llevó guiándola a través del patio.

—Muy bien —dijo Wonyne, en un tono como de agradecimiento. Se irguió para seguir a su madre.

¿Qué había expresado la cara de la mujer?

Algo que no era suyo; algo que ascendía por aquella suave piel, a punto de revelarse, de estallar... ¿Ira? Probablemente. ¿Despecho? También era probable. Pero... ¿Hilaridad? En su interior deseó que no fuera esto último.

—Bril —rogó Tanyne.

Se hallaba por segunda vez tan abstraído en la contemplación de la mujer, que la voz de Tanyne le hizo volver a la realidad.

—¿Qué?

—Si me explica sus disposiciones para la comida, haré lo preciso para satisfacerle.

—No las comprendería —cortó Bril bruscamente, recorriendo con su fría y aguda mirada todo el aposento—. Su pueblo no construye paredes que protejan de la vista de los demás, ni puertas que se puedan cerrar.

—En efecto. ¿Por qué? —Como de costumbre, el gigante tomó las palabras en su sentido literal, sin captar el insulto.

«*Apostaría que ni siquiera para...*», se dijo Bril, y una terrible sospecha empezó a nacer en su interior.

—Los habitantes de Kit Carson pensamos que toda la historia y el desarrollo humano están por encima de lo animal, dirigidos hacia algo más elevado. Estamos encadenados a nuestra condición animal, por supuesto, pero hacemos todo lo posible para evitar que los actos animales constituyan un espectáculo público —señaló inflexiblemente la amplia mansión abierta con una de sus brillantes manoplas—. Al parecer, aquí no se ha alcanzado esa idealización. ¿Es que todos sus actos y funciones se verifican tan abiertamente como la comida?

—Desde luego —respondió Tanyne—. De hecho, no hay diferencia.

—¿Cómo?

Tanyne volvió a señalar uno de los objetos que parecían piedras. Arrancó un puñado de musgo, musgo auténtico, y lo echó sobre la blanda superficie de una de aquellas falsas piedras. Se inclinó para tocar una de las rayas grises y el musgo se hundió en su superficie del mismo modo que un guijarro lo haría en arenas movedizas, aunque con mucha mayor rapidez.

—No admiten ninguna sustancia orgánica viva de cierta complejidad —explicó—, pero absorben instantáneamente todas las moléculas de cualquier cosa, no sólo en su superficie sino también a cierta distancia sobre ellas.

—Y eso es un... un... donde...

Tan asintió con la cabeza y dijo que era exactamente tal como pensaba.

—¡Pero cualquiera puede verlos!

Tanyne se encogió de hombros y sonrió.

—¿Cómo? Por eso dije que no había diferencia. De la comida hacemos un acto social. Pero esto —lanzó otro puñado de musgo y contempló su rápida desaparición—, esto simplemente no se observa. —Su repentina risa explotó sonoramente y repitió otra vez—: Me gustaría que aprendiese nuestro idioma. Una cosa así es muy fácil de explicar.

Pero Bril ya no pensaba en ello.

—Aprecio su hospitalidad —dijo pomposamente—, pero desearía seguir mi camino. —Echó una ojeada de repugnancia a la piedra—. Y cuanto antes.

—Como guste. Pero no se olvide de entregar su mensaje para Xanadu.

—Lo haré a su Gobierno.

—A nuestro Gobierno. Como le dije antes, Bril... Puede proceder a ello cuando quiera.

—No puedo creer que sea el único representante de este planeta.

—Tampoco yo —sonrió Tanyne de buen humor—, a través de mí, puede dirigirse a otros senadores, cuarenta y uno exactamente.

—¿No existe otro medio?

—Otros cuarenta y un medios. Hable con cualquiera de los restantes. Es lo mismo —respondió Tanyne.

—¿No hay ningún organismo gubernativo de más rango?

Tanyne extendió su largo brazo y tomó una copa de la repisa del banco de musgo. Era de fino cristal montado en un soporte de metal luminoso.

—Encontrar el punto más elevado del Gobierno de Xanadu es como encontrárselo a esto —dijo. Y deslizó un dedo por el interior de la copa, alrededor del borde, de la que salió una bella sonoridad.

—Bastante inestable —gruñó Bril.

Tanyne hizo sonar la copa otra vez y la dejó en su sitio, sin que Bril pudiese decidir si aquello significaba una contestación.

Bruscamente declaró:

—¡No es extraño que el chico ignorara lo que es un gobierno!

—No usamos esa palabra —dijo Tanyne—. No la necesitamos. Hay pocas cosas aquí que un ciudadano no sepa manejar por sí mismo; me gustaría explicarle hasta qué punto son escasas. Si se quedase a vivir con nosotros una temporada, se las enseñaría.

Sorprendió en otra mirada de Bril su repugnancia y aprensión hacia la falsa piedra, y se echó a reír abiertamente. Pero la amabilidad de su voz calmó la oleada de indignación que iba a brotar de Bril. «¿No me estará manejando a su antojo?», se preguntó, pero no tuvo tiempo de comprobarlo.

—¿Puede quedarse para conocernos, Bril? Como le digo, no tenemos un Gobierno centralizado, ni casi tenemos Gobierno; los miembros del Senado hacemos las veces de consejeros. Hablar con un senador es como hacerlo con todos ellos, tanto ahora, en este momento, como dentro de un año, cuando le plazca. Ésta es la verdad; puede aceptarla o viajar meses, años por este planeta para comprobarla. Obtendrá siempre la misma respuesta.

Con desconfianza, Bril arguyó:

—¿Cómo sé que mis palabras serán transmitidas fielmente hacia los demás?

—No se transmiten —dijo Tan con franqueza—. Todos las oímos simultáneamente.

—¿A través de una especie de radio?

Tanyne dudó, luego asintió:

—Una especie de radio.

—No aprenderé su idioma —dijo Bril con sequedad—. Y viviré a mi manera. Si acepta estas dos condiciones, me quedaré por algún tiempo.

—¿Acepta? ¡Magnífico! —Tanyne se acercó alegremente a la repisa y levantó la palma de la mano. Una ancha y opaca hoja de una materia blanca y brillante apareció misteriosamente—. Dibuje aquí —indicó a Bril.

—¿Dibujar? ¿Dibujar qué?

—Una casa para usted donde le guste vivir, comer, dormir, en fin, todo.

—Necesito muy poco. Es la costumbre de Kit Carson.

Dispuso el dedo índice como un arma, sin quitarse la manopla, e hizo un par de trazos en la esquina de la hoja a modo de ensayo. Bosquejó entonces un paralelepípedo regular.

—Tomando mi estatura como unidad, querría que las dimensiones de esto fueran de uno y medio de longitud y uno y cuarto de altura. Las ranuras de ventilación al nivel de los ojos, una en cada extremo y dos a cada lado, con protección contra los insectos...

—Aquí no hay insectos dañinos —dijo Tanyne.

—Que la pongan de todas formas, lo más completa e irrompible que se pueda. Aquí una percha para colgar prendas. Aquí una cama, lisa, dura, con colchón macizo del grueso de mi mano, de uno y un octavo de larga por un tercio de ancha. Los espacios bajo la cama deben ir cerrados como un armario, imposibles de abrir salvo con la llave o combinación que se me entregará. Aquí una repisa de un tercio por un cuarto, a un medio del suelo, adecuada para comer sentado. Uno de esos..., si es útil y de confianza —indicó fríamente con el dedo pulgar el objeto de apariencia pedregosa—. Quiero que el conjunto esté aislado, sobre terreno firme, y sin nada encima, ni árboles, ni rocas salientes, de manera que sea claramente visible desde todos los ángulos; tan fuerte como la rapidez en construirlo lo permita, con luz que

pueda encender y apagar. La puerta tendrá una cerradura que sólo yo podré abrir y cerrar.

—Muy bien —dijo Tanyne, complaciente—. ¿Y la temperatura?

—La misma de este lugar.

—¿Alguna cosa más? ¿Música? ¿Cuadros? Tenemos unos muy bellos de...

Desde lo alto de su dignidad, Bril emitió un claro y elocuente gruñido:

—Agua, si es posible. Todo lo demás son artículos de lujo y sólo deseo una vivienda sencilla.

—Espero que se encuentre cómodo en ella —deseó Tanyne con cierto acento sarcástico.

—No lo dude —contestó Bril con altanería.

—Venga.

—¿Cómo?

Le indicó el camino y salió por la arboleda. Bril le siguió, entornó un poco los ojos a causa de la rojiza luz del sol poniente.

En la suave pendiente más arriba de la casa, a mitad de camino entre ella y la cumbre de la montaña, había una pradera de la misma hierba roja que Bril había observado durante su trayecto desde la cascada. En su centro se hallaba un numeroso grupo de gente en plena animación, como mariposas revoloteando alrededor de una luz; sus vestidos vaporosos y llenos de colorido lucían en miles de tonalidades. Entre ellos yacía un objeto en forma de féretro.

Bril no podía admitir lo que veían sus ojos, pero al acercarse tuvo deseos de darse por vencido: aquello era la vivienda que acababa de pedir.

Se aproximó con cada vez mayor lentitud, mientras aumentaba su admiración. Miró a la gente —había niños incluso— que daba vueltas en torno al pequeño edificio. Unos hombres terminaban de sellar los bordes entre tejado y pared con un mecanismo zumbador, y otros las protegían, daba la impresión de gran fortaleza. A medida que se acercó sin temor y, balbuciendo el Viejo Idioma, una niña le pidió la mano para aplicarla a una tablilla.

—Son sus llaves —explicó Tanyne, viendo cómo la niña corría hacia un hombre que la esperaba a la puerta.

Éste cogió la tablilla y desapareció en el interior, aunque pudieron verle arrodillado junto a la cama. Pasó corriendo un muchacho con una plancha de la misma sustancia que estaban hechos el tejado y las paredes. Parecía ligera, pero su superficie, tenuemente áspera y de pálida tonalidad, daba la impresión de gran fortaleza. A medida que se acercaban a la puerta, vieron colocar al muchacho la plancha entre los pies de la cama y el umbral. La alineó cuidadosamente, apretándola contra la pared, la golpeó una vez con el borde inferior de la mano y al momento quedó lista la mesa pedida por Bril, sin soportes ni brazales, pero nivelada y sólida.

—He pensado que le apetecería alguna de estas cosas. —Nina depositó la bandeja sobre la recién fabricada mesa, saludó graciosamente y se fue.

—En seguida estaré contigo —le dijo Tan, añadiendo tres sonoras sílabas en la lengua de Xanadu, que sonaron a Bril como un cumplido cariñoso; al menos, así lo parecían. Tan se volvió hacia él, sonriente—: Bien, Bril, ¿qué le parece?

Bril sólo pudo preguntar:

—¿Quién dio las órdenes?

—Usted —dijo Tanyne, de un modo que no admitía réplica.

A través de la puerta abierta podía ver a la gente que ya se retiraba, riendo y charlando en su cantarina lengua. Un hombre recogió flores escarlatas del césped sonrosado para ofrecerlas a una sonriente muchacha; inexplicablemente, le molestó la escena. Se volvió bruscamente hacia la pared, a fin de comprobar su consistencia, y echó una ojeada por la mirilla. Tanyne se arrodilló al lado de la cama, combando su recia espalda al sacar el pequeño armario. Parecía de roca maciza.

—Ponga la mano aquí —dijo, y Bril aplicó su guantelete sobre la placa indicada.

Se abrieron unos paneles deslizantes. Bril se agachó, mirando al interior, donde había una luz y pudo ver una porción de la amarillenta pared del aposento y los pequeños y sólidos soportes de la cama. Tocó de nuevo el panel, y las puertecillas se cerraron silenciosamente, tan ajustadas que apenas podía distinguir la línea de separación entre ellas.

—La puerta exterior es idéntica —explicó Tanyne—. Nadie, excepto usted, puede abrirla. Aquí está el agua. No especificó dónde había que ponerla. Si no le conviene...

Bril acercó la mano a una espita y empezó a manar agua sobre una cubeta debajo de ella.

—No, así está bien. Trabajan como especialistas.

—Lo son —repuso Tanyne.

—¿Habían construido antes una vivienda tan extraña como ésta?

—Nunca.

Bril le dirigió una mirada penetrante. ¡Aquel bárbaro no podía burlarse de él deliberadamente! No, tenía que ser un error semántico, algún cambio de significado durante los años que les separaron del antepasado común. No lo olvidaría, pero lo apartó de su mente para meditarlo en otra ocasión.

—Tanyne —preguntó de repente—. ¿Cuántos habitantes tiene Xanadu?

—El distrito, trescientos. El planeta, casi trece mil.

—Nosotros somos un billón y medio —dijo Bril—. ¿Y cuál es su ciudad mayor?

—Ciudad... —vaciló Tanyne, como si rebuscase en lo más recóndito de su memoria—. ¡Oh..., ciudad! No tenemos ninguna. Hay cuarenta y dos distritos como éste, algunos mayores, otros más pequeños.

—Toda la población de su planeta cabría en un edificio de cualquier ciudad de Kit Carson. ¿Durante cuántas generaciones ha permanecido aquí su pueblo?

—Treinta y dos, treinta y cinco, poco más o menos.

—Nosotros nos establecimos en Kit Carson hace escasamente seis siglos terrestres. Su cultura, por lo tanto, es más antigua. ¿No le interesaría saber cómo hemos podido superarles en tan poco tiempo?

—Me fascinaría.

—Disponen aquí de unos cuantos artesanos habilidosos —consideró Bril— y una facilidad de cooperación realmente admirable. Podrían convertir este mundo en algo formidable, si quisieran, con sólo una supervisión apropiada.

—¿Cree eso realmente? —Tanyne parecía muy complacido.

—Debo admitir que no son lo que yo..., lo que había supuesto —confesó Bril sombríamente—. Tal vez me quede un poco más de lo que pensaba. Mientras me documento sobre su pueblo, quizá pueda usted documentarse sobre el mío.

—Encantado —dijo Tanyne—. ¿Necesita alguna cosa más?

—Nada, puede marcharse.

Su tono autoritario no produjo otro resultado en Tan que una amplia y agradable sonrisa. Le saludó con la mano y se marchó. Bril le oyó llamar a su mujer con voz de barítono, así como la alegre contestación de ella. Colocó su enguantada mano sobre la plancha de la puerta, que se deslizó silenciosamente hasta quedar cerrada.

«Y ahora —se preguntó—, ¿qué hago con todo esto? —Luego volvió su asombro por el pueblo de Xanadu para darle la respuesta—: ¿Cómo pueden ser especialistas de algo que nunca han hecho antes?»

Se quitó su pesado, rígido y brillante uniforme, los guanteletes y las botas. Todas las piezas de su vestimenta estaban conectadas alámbricamente, con reserva de energía en las botas, mandos y controles en el pantalón y el cinturón, sensibilidad mecánica en la túnica, proyectores y detectores en los guantes.

Colgó su equipo en la percha que le habían proporcionado y montó su dispositivo de alarma contra cualquier cosa que fuese mayor que un ratón y estuviese situada a menos de treinta metros de distancia. Emitió una cúpula de radiaciones para cubrir su aposento y eliminar todos los posibles rayos de detección o armas radiactivas. Después dejó el guantelete izquierdo balanceándose en su cable sobre la mesa, y se puso a trabajar en un rincón.

Tardó media hora en hallar una combinación de calor y presión capaz de destrozar el material que constituía las paredes de su morada; se sentó sobre el borde de la cama abrumado por la sorpresa. Con una sustancia como aquella se podría construir una nave espacial.

No le quedaba otro remedio que creer en la existencia de almacenes y medios de manufactura capaces de elaborar ese material en todas las dimensiones; en caso

contrario, debían poseer maquinaria susceptible de fabricar instantáneamente y al por mayor, lo que acababa de destruir con su soplete.

Pero no era posible que dispusieran de ninguna planta industrial propiamente dicha, y de poseer almacenes, estarían localizados en puntos que los robots exploradores de Kit Carson no habían podido detectar en sus vuelos orbitales durante los últimos cincuenta años.

Lentamente se echó, para pensar.

Para conquistar un planeta, es necesario localizar el gobierno central. Si se trata de una autocracia, organizada rígidamente hasta el mando central, tanto mejor; basta con destruirlo o controlarlo para dominar la organización. Si se trata de una democracia popular, se ha de obedecer al pueblo o se le extermina. Si hay una fábrica, se sitúan unos capataces que obliguen a trabajar a los nativos, hasta que, instruido un personal propio, puedan ser eliminados. Si existen técnicas especiales, se aprenden o se controla a quienes la dominan. Todo está escrito; una norma para cada eventualidad, para cada posibilidad.

¿Pero, si como habían informado los robots, existía una tecnología evolucionada sin plantas industriales de ninguna clase? ¿Y una estabilidad cultural en todo el planeta casi sin comunicaciones?

Al informar los robots incidencias tan fuera de lo común, se envía a un investigador. Su trabajo consiste en averiguar de qué se trata. Su táctica es clasificar lo que debe ser respetado y lo que debe ser eliminado a la llegada de una fuerza expedicionaria.

«Siempre queda una salida fácil —pensó Bril, colocando las manos bajo la nuca y mirando al techo—. Por ejemplo, en un planeta del tipo terrestre común, rico en recursos naturales, y escasamente poblado: el exterminio total.»

Pero no era válida en este caso. Hay que descubrir cómo se comunican, cómo colaboran y se especializan en las habilidades que desconocen. Cómo elaboran materiales complejos en un tiempo ínfimo.

Tuvo una fugaz visión mental de Kit Carson equipado como lo estaban aquellas gentes, un billón y medio de especialistas universales con un sistema de intercomunicación insospechado hasta entonces, capaz de edificar ciudades, de entablar guerras, con la habilidad sin límite y la comprensión y la obediencia instantánea que testimoniaba la construcción de su vivienda.

No, no cabía exterminar a aquella gente. Había que utilizarla. Kit Carson tenía que aprender sus recursos. Pero si estos recursos (¡esperaba que no!) eran inherentes a Xanadu y se hallaban fuera de las posibilidades de Carson, ¿cuál sería la mejor política?

¿Por qué no un cuadro de oficiales de Xanadu, distribuido por las ciudades y ejércitos de Kit Carson, obedientes y dispuestos a ser entrenados al instante?... Con

instruir a uno, se instruían a todos ellos; cada uno enseñaría a los elementos más capaces de Kit Carson. Producción, estrategia, sistemas..., lo vio todo en una fracción de segundo.

Xanadu permanecería casi como hasta entonces, aunque con una nueva exportación: ayudantes de campo.

«Sueños, nada más que sueños —se dijo con severidad—. Espera a tener mayor información. Obsérvalos mientras construyen tableros indestructibles y bandejas de té que burlan la ley de la gravedad.»

El recuerdo de la bandeja de té hizo refunfuñar a su estómago. Se levantó para buscarla. Los alimentos calientes humeaban, los fríos estaban aún escarchados y enteros. Probó unos bocados y terminó por comérselo todo.

Nina, esa Nina...

No, no debían ser exterminados, pensó somnoliento, desde el momento en que producen mujeres como aquella. En todo Kit Carson no había cocinera que la igualase.

Volvió a echarse y soñó. Soñó hasta quedarse dormido.

Fueron completamente francos con él. Le enseñaron todo, sin preguntarse aparentemente por qué deseaba saber tantas cosas. Se daba en ellos el hecho singular de carecer de ese orgullo propio de todo experto, fuese alfarero, metalúrgico o especialista en electrónica. Suministraban una información exacta, impersonal, sobre su trabajo, como si cualquiera pudiera hacer lo mismo.

Y así era en Xanadu, en efecto.

Bril creyó al principio que su organización era total. Aquellas atractivas gentes, vestidas en forma indecorosa, iban y venían, mezclando el juego con el trabajo, sin plan aparente. Pero sus juegos les conducían a través de un florido jardín, exactamente hacia donde se hallaban las malas yerbas, y las eliminaban.

Tanyne intentó explicarlo:

—Digamos que escasea algo, estroncio, pongamos por caso. La escasez misma crea una especie de vacío. Las personas que no tienen nada determinado que hacer, lo notan; piensan en el estroncio, lo buscan y lo recogen.

—Pero no he visto minas —arguyó Bril algo confuso—, y, además, ¿cómo resuelven el transporte? Supongamos que la escasez se da aquí y las minas están en otro distrito.

—Eso ya no sucede nunca. Si hay depósitos, es evidente que no habrá escasez. En caso contrario, buscamos otros medios, utilizando algo parecido o produciéndolo sin minas.

—¿Por medio de transmutación?

—Demasiado complicado. No, cultivamos un crustáceo de agua dulce, cuyo

caparazón está formado por carbonato de estroncio en lugar de carbonato cálcico. Los niños los recogen cuando los necesitamos.

Bril estudió también la industria textil, sita en una combinación de telar, cueva y cañada forestal. Había allí una piscina donde nadaba la gente joven, con una pradera para tomar el sol. A ratos iban a la sombra y trabajaban junto a un enorme recipiente en el que hervían productos químicos, que adquirían un color verde brillante y se precipitaban después. El precipitado negro era extraído del fondo del frasco, colocado en unas rejillas y prensado, después de darle forma y dividirlo.

Explicar el funcionamiento de las prensas, de tamaño algo mayor que las formas, estaba más allá del alcance de la Vieja Lengua. El caso es que, en cuatro o cinco segundos, el precipitado se convertía en las negras piedras que usaban aquellas gentes en sus cinturones, pulidas y cortadas, con una fórmula química en la Vieja Lengua grabada en la parte posterior de la hebilla izquierda.

—Una de nuestras escasas supersticiones —aclaró Tanyne— es la fórmula de los cinturones, que pueden fabricarse con la química más elemental. Nos gustaría que los copiasen, que se distribuyeran por todo el Universo. Son lo que nosotros somos. Póngase uno, Bril. Así será uno de nosotros.

Bril, algo azarado, gruñó con desprecio y observó a dos niños que elaboraban cinturones con destreza, tan fácilmente y con el mismo frívolo placer con el que en un par de minutos harían collares de flores. A medida que eran terminados, el niño los golpeaba contra su propio cinturón, apareciendo, cada vez que lo hacía, toda su gama de colores en un breve, brillante y frío fulgor. Providos de este ya pequeño adorno luminoso, los cinturones se guardaban en un arcón.

La única vez en que Bril se permitió asombrarse abiertamente en Xanadu, fue probablemente al ver cómo uno de los nativos se ponía esa prenda. Era un hombre joven, que salía chorreando de la piscina. Cogió un cinturón en el borde, y se lo ajustó; inmediatamente, color y materia se distendieron hacia arriba y hacia abajo, tejiendo un brillante y sutil ropaje con cuello y faldellín.

—Es algo vivo, como puede ver —dijo Tanyne—. Mejor dicho, no es materia inerte.

Metió y sacó los dedos varias veces entre el dobladillo de su propio faldellín, atravesando la tela, que crujía sin desgarrarse.

Con seriedad dijo:

—No es material compacto; si me permite emplear la Vieja Lengua, el término más apropiado sería «aura». A su manera se trata de sustancia viva. Se conserva durante un año o más, después del cual, se regenera al sumergirla en ácido láctico. Una sola persona basta para ionizar un millón de cinturones o un billón. ¿Cuántos palos puede quemar una fogata?

—¿Pero por qué llevan esa prenda?

Tanyne rió.

—Por modestia —rió de nuevo—. Un erudito de la vieja época, antes de que la Tierra se convirtiese en Nova^[6], me transmitió estas palabras de un tal Rudofsky: «La modestia no es una virtud tan simple como la honestidad». Llevamos esa prenda porque abriga cuando necesitamos calor, y porque disimula a veces algunos defectos..., seguramente es lo máximo que cabe pedir a toda afectación humana.

—No es ciertamente una prenda modesta —replicó Bril con sequedad.

—Expresa modestia en el sentido que llevarla nos hace más agradables a la vista. ¿Qué expresión mayor y pública de humildad quiere usted?

Bril volvió la espalda a Tanyne. No alcanzaba a comprender ni las palabras ni las maneras de Tanyne y por otra parte, esa clase de conversación le dejaba desconcertado, insatisfecho o ambas cosas a la vez.

Se documentó sobre el panel resistente. Colgando de la rama de un árbol había una especie de cuba grande con un fluido lechoso —el papel, le explicó Tan, producido por unas avispas que habían conseguido desarrollar—, disuelto en uno de los ácidos nucleicos que extraían sintéticamente de unas hierbas naturales. Bajo la cuba se disponía una placa de metal, lisa, y un juego de barras móviles. Éstas podían ser dispuestas a voluntad para lograr la forma y el espesor deseados de las planchas; entonces se abría una espita para verter el líquido sobre la placa. Al instante, dos niños pequeños pasaban un rodillo sobre el borde de las planchas. El blanco lago del líquido adquiría un tono marrón claro y se solidificaba, quedando terminado el panel.

Tanyne hizo todo lo posible para explicar a Bril el funcionamiento del rodillo, pero por causa de las dificultades de la Vieja Lengua y la ignorancia técnica de Bril, su esfuerzo resultó baldío. El mecanismo del rodillo era tan sencillo en diseño y tan complejo en teoría como un transistor, y Bril tuvo que desistir de comprenderlo, como le sucedió con el análisis selectivo de la «fontanería» por medio de piedras y las bandejas antigravitatorias (las cuales, según descubrió, debían ser guiadas durante el servicio, pero una vez vacías regresaban solas a la cocina).

Tuvo menos fortuna en los días sucesivos, al indagar la naturaleza de las realizaciones de Xanadu. Pensó incluso en desechar su propio sueño como una fantasía, una imposibilidad: la extraña idea de que lo que uno puede hacer, todo el mundo es capaz de hacerlo también. Tanyne intentaba explicárselo; al menos respondía a todas las preguntas de Bril.

Aquellos hombres alegres, indolentes y algo vagabundos, podían continuar el trabajo de otra persona en cualquier fase y llevarlo hasta cualquier límite. Si uno tomaba una flauta para emitir unas cuantas notas musicales, en seguida aparecían otros en escena con instrumentos o sin ellos; rápidamente se juntaban cincuenta o sesenta y la música se convertía en una pasión o en una tormenta, en una paz amorosa o en un sueño al que se vuelve.

Y a veces los asistentes se adelantaban y tomaban de las manos de sus compañeros, ya cansados, un instrumento, para continuar tocando con los demás, bella y armoniosamente. Tan aseguraba que aquellas cincuenta o sesenta personas jamás habían tocado antes esa pieza musical.

Todas las explicaciones de Tan conducían invariablemente al *sentimiento*.

—Es una cuestión de *sentimiento*. Por ejemplo, el violín; digamos que lo he escuchado, pero nunca he tenido uno en mis manos. Contemplo a alguien que lo toca y comprendo la manera en que se forman las notas. Entonces lo tomo y hago lo mismo, y al concentrarme para emitir una nota, y la que le sigue, comprendo no sólo cómo debe sonar, sino cómo hay que *sentirla*, acomodarla a los dedos, al brazo arqueado, la barbilla y la clavícula. Comprendo, además, la sensación que se experimenta al producir esa música. Existen ciertas limitaciones, naturalmente —admitió—, algunos pueden hacerlo mejor que otros. Si las yemas de mis dedos son suaves, no puedo tocar tanto tiempo como lo haría otro. Si las manos de un niño son demasiado pequeñas para el instrumento, tendrá que prescindir de una octava, o saltarse una nota. Pero el sentimiento está ahí, cuando pensamos de una determinada manera. Lo mismo sucede con cualquier otra cosa que hagamos —resumió—. Si necesito algo en mi casa, una máquina, un instrumento, no utilizaré el hierro cuando el cobre sea mejor; no lo sentiría como cosa apropiada. No me refiero al tacto del metal con mis manos, sino al hecho de pensar en el instrumento, en sus partes, en lo que sirve. Cuando pienso en todos los materiales con que podría construirlo, sólo existe una combinación que se acomoda a mi sentimiento.

—Así, pues —comentó Bril—, esta tendencia de los distritos en buscar todos los elementos y materias primas por los alrededores en vez de pedirlos en otra parte, es lo que provoca la ausencia de comercio. Sin embargo, están unificados, al menos, todos tienen el mismo tipo de instrumentos y los mismos sistemas de actuar.

—Sí, todos disponemos de lo que deseamos y lo construimos nosotros mismos —asintió Tan.

Por las tardes, Bril se sentaba en casa de Tanyne a escuchar el va y el viene de la conversación, o de la música, sin dejar de hacerse preguntas. Luego dirigía una bandeja a su cubículo, cerraba la puerta y comía, mientras rumiaba sus experiencias. A veces, se sentía como atacado por armas desconocidas en un territorio extraño.

Recordó una observación casual de Tanyne, acerca de los hombres y sus instrumentos.

«Desde que existen los seres humanos ha habido siempre conflicto entre el Hombre y sus máquinas. O él las dirige, o ellas le dirigen a él; es difícil determinar cuál de estas eventualidades es menos desastrosa. Pero una cultura de hombres está obligada a destruir a la cultura de máquinas, o será destruida a su vez. Siempre ha ocurrido de la misma manera. Una vez perdimos una cultura en Xanadu. ¿No se ha

preguntado nunca, Bril, por qué somos tan pocos aquí? ¿Y por qué casi todos tenemos el cabello rojo?»

Bril había achacado la escasa población a la descarada falta de intimidad, sin la cual ninguna raza humana parece ser capaz de despertar el suficiente interés como para procrear con gusto.

—Hubo un tiempo en que éramos billones —dijo Tan inesperadamente—. Fuimos barridos. ¿Sabe cuántos quedaron? ¡Tres!

Aquella fue una noche de pesadilla para Bril, al comprender lo lamentable de sus esfuerzos para descubrir el secreto de aquellas gentes. En el supuesto que una raza había quedado reducida a unos pocos individuos, produciéndose una mutación, para después multiplicarse de nuevo, todas las nuevas generaciones deberían mostrar el nuevo rasgo mutante. Pensó que tal vez podría descubrir el secreto que ocultaban los cabellos rojos. Aquella noche llegó a la conclusión de que aquellas gentes tendrían que desaparecer y se sintió enojado consigo mismo por pensarlo. Aquella noche fue también la del desastre definitivo.

Estaba echado en la cama, rechinando los dientes con rabia incontenible. Después del mediodía continuaba aún allí, preso en su propia estupidez, en un ridículo absoluto. Se vio despojado de su mayor pertenencia personal, la dignidad, por un imperdonable descuido; por un artilugio diabólico e innoble que...

El aparato de alarma emitió un zumbido indicador de que alguien se acercaba. Saltó de la cama con angustiosa perplejidad, pese a las fuertes y opacas paredes y a la puerta que sólo él podía abrir.

Era Tanyne; su amistoso saludo sonó claramente antes de mezclarse con el viento y el trino de los pájaros.

—¡Bril! ¿Está ahí?

Bril le dejó que se acercara un poco más. Le gritó por la mirilla:

—No voy a salir.

Tanyne se detuvo petrificado, e incluso Bril quedó sorprendido por el sonido áspero y agobiante de su propia voz.

—Es que Nina ha preguntado por usted. Hoy va a tejer y pensó que tal vez le gustaría...

—No —cortó secamente Bril—, voy a irme hoy. Esta noche. He llamado a mi cápsula. Estará aquí dentro de dos horas. Después, cuando oscurezca, me iré.

—Bril, no puede hacerlo. Le he preparado para mañana un trabajo de incrustación; le mostraré cómo niquelamos...

—¡No!

—¿Le hemos ofendido, Bril? ¿Le he ofendido en algo?

—No. —La voz de Bril sonó con dureza, pero en un tono más bajo.

—¿Qué ha pasado?

Bril no contestó.

Tanyne intentó acercarse más. Bril se apartó de la ventanilla y, sudoroso, se acurrucó contra la pared.

—Algo ha sucedido, algo no marcha bien... Conoce mi manera de sentir las cosas, amigo, mi buen amigo Bril.

El solo pensamiento aterrizó a Bril. ¿Lo sabría Tanyne? ¿Sería capaz?

Lo fue. Bril maldijo a aquellas gentes, a sus máquinas, su planeta, la hora en que había llegado allí.

—No existe nada en mi mundo o en mi experiencia que no pueda usted confiarme. Le comprenderé —insistió Tanyne, acercándose aún más—. ¿Está enfermo? Poseo toda la ciencia de los cirujanos que han vivido desde los Tres. Déjeme entrar.

—¡No! —explotó el angustiado Bril.

Tanyne dio un paso atrás.

—Perdone, Bril. No le molestaré más... Por favor, dígame lo que le pasa. ¿Puedo ayudarle!

«Está bien —pensó Bril medio histérico—, se lo contaré para que se desternille de risa. No importará cuando hagamos caer la Gran Plaga sobre su planeta.»

—No puedo salir, se me ha roto la ropa.

—¡Bril! ¿Qué importa eso? Démela, se la arreglaremos.

—¡No!

Era consciente de lo que pasaría si caía en manos de esos talentos universales la armadura más sólida y terrible de todo el Sistema Sumner.

—Póngase mi ropa, entonces —Tan dirigió su mano al cinturón de negras piedras.

—Por nada del mundo me pondría eso tan indecente. ¿Cree que soy un exhibicionista?

Con un vago calor que Bril no le había advertido antes en él, Tanyne insistió:

—Resulta usted mucho más llamativo con esos ropajes con pliegues, que como pueda estarlo con esto.

Bril nunca había pensado en ello. Miró con vehemencia aquella brillante bagatela ceñida por el cinturón, y luego su negro equipo, arrugado contra la pared bajo la percha. No se había atrevido a ponérselo desde el accidente, y no había estado nunca tanto tiempo desvestido desde que era un bebé.

—¿Qué le ha pasado a su ropa? —preguntó Tan con simpatía.

«Ríete —pensó Bril—, y te mato ahora sin darte la oportunidad de ver cómo muere tu raza.»

—Me senté sobre él... He estado usándolo como silla; aquí sólo hay espacio para un asiento. He debido dar un golpe al interruptor. No sentí nada hasta que me levanté.

Toda la parte trasera de mi... —añadió, brusca y ásperamente—. ¿Cómo no les pasa a ustedes...?

—¿No se lo conté? —repuso Tanyne, sin dar importancia a lo sucedido—. La instalación sólo admite materia inerte.

—Deje eso que llama ropa ante la puerta —gruñó Bril tras un prolongado silencio—. Tal vez intente ponérmelo.

Tanyne dejó caer el cinturón y se marchó cantando suavemente, pero el eco de su voz no parecía extinguirse.

Bril, con expresión ausente, recogió sus pantalones sin posaderas, los dobló con tristeza escondiéndolos debajo de la otra ropa que colgaba de la percha. Miró otra vez a la puerta, emitiendo un pequeño y solitario gemido. Por fin apoyó la manopla sobre la hoja y la puerta se abrió obedientemente de par en par, ya que no estaba diseñada para quedar entreabierta. Se le escapó una exclamación, se asomó al exterior, recogió el cinturón y se metió dentro de un salto.

«Nadie me ha visto», se dijo, para justificarse.

Se colocó el cinturón. Las partes de la hebilla ajustaban perfectamente.

Lo primero que notó fue una sensación de calor. Únicamente el cinturón le había tocado y, sin embargo, sentía sensación de abrigo, suave, cálida, segura, parecida al plumaje de un pájaro. Una fracción de segundo después respiró entrecortadamente.

¿Cómo era posible que una mente se llenara hasta tal extremo sin sentir presión? ¿Cómo era posible que tanto conocimiento inundara el cerebro sin romperlo?

Comprendió el funcionamiento del rodillo al fabricar el panel resistente; actuaba de una cierta manera y no de otra, y pudo sentir la exactitud de aquella posibilidad única.

Comprendió la actividad de los iones que construían los cinturones, y el tejido dotado de vida que llevaba como vestimenta. Comprendió cómo se podía escribir con el dedo en una pantalla, cómo podía transmitir a distancia las instrucciones para que se construyera su morada, cómo los nativos se apresuraron a cumplirlas.

Recordó sin esfuerzo la descripción que le hiciera Tanyne sobre el *sentimiento* de tocar un instrumento, de hacer algo, de construir, de modelar, de terminar de compartir. Se sintió miembro activo de una comunidad, yendo y viniendo al azar solamente por placer, pero substituyendo a otro en el preciso momento en que dejase su puesto, en la cuba, en el banco de trabajo, en el surco o en la red de pescar.

Permaneció vestido con aquella especie de llama en su pequeño cubículo con forma de ataúd, mirándose las manos, convencido de que si quisiera le construirían un modelo de ciudad en Kit Carson, o una estatua del espíritu de la Autoridad Única.

Estaba seguro ahora de que poseía los poderes de aquel planeta, de que podría utilizarlos simplemente con concentrarse en una tarea hasta que le llegara el

sentimiento del modo correcto de efectuarla. Supo sin sorpresa que esos recursos trascendían incluso a la muerte, ya que la especialidad de un hombre se convertía en patrimonio de todos los demás, de manera que si ese hombre moría, sus dotes permanecían en la comunidad.

Y comprendió la fuerza que encerraba aquella nueva aura, imaginó cómo su planeta natal podría ser amalgamado en una unidad jamás vista en el Universo. Xanadu no lo había logrado, porque había crecido al azar con sus dones, sin la preparación preliminar, ni ordenación, ni fusión de la autoridad y la disciplina.

Pero Kit Carson sería algo magnífico con todas aquellas dotes y talentos compartidos por todos sus habitantes, imperativa y plenamente, unidos por una cadena de necesidad y ejecución instantánea, dirigidos por la Autoridad Única y el Estado. Aunque, en el fondo, algo en su interior le hacía preguntarse por qué el Estado tenía alejado a su pueblo de tantos conocimientos, esta nueva dimensión abría una solemne y nueva dedicación a su patria y a todo lo que ella significaba.

Temblando, se desabrochó el cinturón y buscó en la parte posterior de la hebilla izquierda. Allí estaba, en efecto, la fórmula para el precipitado. Y entonces comprendió el proceso del prensado; poseía la chispa que daría vida a otros cinturones, millones, billones, tal como había dicho Tanyne.

Pero ¿por qué no le había explicado nunca que las vestiduras de Xanadu eran el origen de todos sus asombros y perplejidades?

¿Pero lo había preguntado Brill alguna vez? ¿No le había rogado Tanyne que tomara uno de sus ropajes para identificarse con Xanadu?

¡Pensar que con ese pretexto ese pobre y solícito ingenuo pretendía apartarle de Kit Carson! Para compensar también se les haría una oferta a Tanyne y a su gente: podrían, si así lo deseaban, unirse inmediatamente a los brillantes ejércitos de un nuevo Kit Carson.

Su negro traje emitió desde la percha un leve tintineo. Brill sonrió y recogió su viejo equipo, dotado de potentes y reducidas armas que encerraban gran poder de fuego, choque y paralización. Tocó la puerta para abrirla y se acercó a la cápsula que le aguardaba, arrojando su viejo uniforme en el interior, quedando arrugado sobre el suelo, como una crisálida muerta. Exultante, saltó a bordo, tras el uniforme, y la cápsula se elevó hacia el cielo.

Una semana después del regreso de Brill a Kit Carson, del Sistema Sumner, la túnica había sido duplicada una y otra vez, y comprobada.

Al cabo de un mes ya se habían distribuido casi doscientas mil, y ocho fábricas la producían ininterrumpidamente día y noche.

Al año, todo el planeta, todos sus millones de habitantes, se mostraban unidos como nunca lo estuvieron antes, actuando en equipo bajo la voluntad de su jefe, como

los dedos de una mano.

Y entonces, en sorprendente unísono, todos ellos se agitaron y se turbaron, porque llegó la hora en que, como había aprendido Bril, debía practicarse la inmersión en ácido láctico. Se efectuó con cierto pánico, sin ensayos ni titubeos. El uso de aquella sujeción luminosa había creado un fuerte hábito. Todo marchó bien durante una semana...

A continuación, como habían previsto los planificadores de Xanadu, todos los segmentos de los cinturones negros quedaron ensamblados plenamente.

Un billón y medio de seres humanos, que habían adquirido las técnicas de la música, las artes gráficas y la teoría de la tecnología, ahora poseían las otras: la filosofía, la lógica y el amor; la simpatía, la empatía, la indulgencia, la unidad en la idea de sus especies más que en su obediencia; sentido de comunidad en armonía con la vida universal.

Un pueblo con tales conocimientos y poderes derivados no puede ser esclavo. Al aparecer la luz entre ellos, asumieron todos una concentración común: ser libres, el sentimiento total de serlo. A medida que cada uno de ellos lo hallaba, se convertía en un experto en libertad, y cada cual trascendía a su vecino, y así hasta el momento en que un billón y medio de almas poseían un talento común: la libertad.

Kit Carson, como cultura, dejó así de existir, iniciando un nuevo movimiento que se extendió por las estrellas vecinas.

Y al conocer Bril lo que era un senador, y desear serlo, lo fue.

Tanyne y Nina, abrazados, cantaban suavemente, cuando la copa que estaba en la repisa emitió un sonido.

—Aquí llega otro —dijo Wonyne, sentado a sus pies—. Me pregunto cómo llegará a pedir, tomar prestado o robar, un cinturón.

—¡Qué más da! —dijo Tanyne, estirándose voluptuosamente—. Con tal que lo consiga. ¿Cuál es? ¿Ese ruidoso mecanismo al otro lado de la pequeña luna?

—No —respondió Wonyne—. Ése continúa aún allí, alborotando y creyendo que ignoramos su presencia. No, se trata del campo de fuerza que ha estado gravitando sobre el Distrito Fleetwing durante los dos últimos años.

—Será nuestra conquista número diez y ocho —sonrió Tanyne.

—Diez y nueve —corrigió Nina como en un sueño—. Lo recuerdo muy bien, porque el número dieciocho ha sido el que acaba de dejarnos y el diecisiete fue aquel divertido y encantador Bril, del Sistema Sumner. Tan, por un momento aquel hombre me amó.

Pero aquello era una bagatela y no tenía importancia.

LA MÁQUINA

Richard B. Gehman

The Machine, 1946

Acabo de hablar con Joe y estoy más confundido que nunca. Quisiera volverme loco, pero no puedo. Me siento demasiado asustado, y sigo preguntándome cómo va a terminar todo. Al, me digo a mí mismo, tienes que hallar una salida. Así que voy a contarle todo por escrito, para aclarar mis ideas.

Joe McSween y yo hemos sido amigos desde que íbamos a la escuela. Vivimos en el mismo barrio, y ambos trabajábamos en el Comercio de Maquinaria de Krug antes de que Joe ingresase en el ejército y yo me alistara en la infantería de marina. Continuamos escribiéndonos todo el tiempo que estuvimos separados, y cuando regresamos decidimos buscar trabajo juntos.

Justo al terminar la guerra, una gran planta de fabricación de plásticos, Fabricaciones Turnbull —probablemente habrán oído hablar de ella—, se abrió en las afueras de la ciudad. Pagaban altos sueldos, por lo que intentamos colocarnos allí. Ambos conseguimos trabajo rápidamente. Tal como lo veo ahora, fue entonces cuando empezaron las dificultades.

Antes de proseguir, es conveniente que hable acerca de Agnes Slater. Aggie fue la razón por la que Joe decidió ir a Turnbull. Había sido su novia antes de la guerra, pero cuando él volvió a casa, formalizaron sus relaciones. Joe creyó acertado trabajar en Turnbull porque un buen sueldo facilitaría las cosas cuando él y Aggie contrajesen matrimonio.

Me destinaron al departamento de expediciones. No era gran cosa, pero resultó mejor que donde pusieron a Joe. Consiguió que le inscribiesen en X. La Turnbull posee muchas de esas enormes máquinas que llaman fabricantes, y la más grande es precisamente X. Jamás podré explicar lo que fabrica. Supongo que alguna clase de plásticos. Sea como fuere, lo envían a alguna otra instalación para utilizarlo en sus productos. Los dependientes de X saben únicamente que trabajan en una enorme máquina, de siete pisos de altura, rodeada por largas pasarelas. Joe la odió desde el primer momento.

—Esa condenada X —me confesó mientras nos dirigíamos en coche a casa aquel atardecer—, es algo infernal. Me han destinado al tercer piso. Estoy en una pequeña habitación encristalada junto a un tablero de instrumentos. Me enseñaron el trabajo en diez minutos. No tengo que hacer más que unos cuantos movimientos, todo es automático.

El caso es que Joe es un sujeto al que le agrada utilizar la cabeza. Le gusta resolver problemas y encontrar soluciones. Y el trabajo de X no era en absoluto propio de Joe.

—¿Qué es lo que haces, Joe? —pregunté.

—Huh —gruñó—. Escucha esto, Al. Me meto en ese pequeño e incómodo agujero a las 8 de la mañana. A las 8 y 10 alargo la mano y hago girar el Cuadrante N hasta 40. A las 8 y 20, hago presión sobre un botón marcado con la letra Q. A las 8 y

23 giro hacia atrás el Cuadrante N hasta cero. A las 8 y 31 alargo la mano hacia un pequeño anaquel, cojo una aceitera y echo dos gotas, exactamente dos, en un pequeño orificio de la parte inferior del tablero. A las 8 y 46 levanto la mano y tiro hacia mí una palanca. A las 8 y 47 la empujo hacia atrás. A las 8 y 53 oprimo de nuevo el botón Q. A las 8 y 59 hago girar el Cuadrante N hasta 10, lo mantengo un segundo y, de nuevo, lo hago girar rápidamente hacia atrás. Entonces dan las nueve y comienza de nuevo todo el proceso.

—¿Eso es todo?

—Exactamente todo igual —contestó Joe—. Así cada hora hasta el mediodía. Dispongo de una hora para comer, y después vuelvo para continuar hasta las cinco —suspiró—. Ese es mi nuevo trabajo.

—Joe —pregunté— ¿qué ocurre dentro de esa máquina cuando haces todas esas cosas?

—Que yo vea, Al —contestó Joe—, nada.

—Bien, pero ¿qué hace la máquina?

—Que me condenen si lo sé. No me lo explicaron.

—¿No puedes oír algo en el interior, quiero decir cuando haces girar esos cuadrantes y oprimes los botones?

Joe meneó la cabeza.

—Ni lo más mínimo.

No podía comprenderlo.

—Hay algo extraño en torno a eso, Joe —opiné.

—Eso es lo que creo —asintió Joe—. Desde luego no teníamos nada parecido en Krug.

Parecía como no querer hablar más sobre el tema, no hice más preguntas. Le hablé de mi trabajo, que consistía en archivar impresos de expedición durante todo el día. Yo, un mecánico. Impresos.

Aquella noche Joe y Aggie iban al cine; por el camino se detuvieron un momento en mi casa. Aggie no es muy bonita, sin embargo hay algo en ella —y no me refiero a su figura— que es bueno. Supongo que su energía. Quizá, mejor, ambición. Siempre está a la que salta.

Esa noche Aggie se mostraba realmente animada. Tenía un aspecto elegante, llevaba un vestido de un color rojo que realzaba su negro cabello, y se sentía en excelente forma.

—Joe me ha estado hablando acerca de su trabajo, Al —me dijo—. Parece estupendo.

Joe pareció preguntarse de dónde había sacado ella tal idea.

—Quiero decir —continuó Aggie— que me parece estupendo que una firma

como Turnbull quiera ofreceros esta oportunidad. En una gran empresa como ésta, tenéis grandes probabilidades de ascender.

—Sí, claro —comentó Joe—. A los cinco años dan más cuadrantes que girar.

—Lo que nos preocupa, Aggie —dije—, es que no tenemos idea de qué produce Turnbull. Alguna clase de plásticos, eso es lo que sabemos.

—En estos tiempos todo parece secreto —prosiguió Joe—. Es casi peor que durante la guerra. Esta noche leí en el *Courier* que aprobaron ese proyecto de ley, ¿cómo lo llaman?

—Challendor-Collander-Wingle-Wanger —informó Aggie.

Sabe cosas como ésta. Es lista.

—Eso es —aseveró Joe—. Bien, según esa nueva ley el ejército puede incautarse de todo lo que crea necesario para la defensa nacional. He estado pensando que quizá el ejército tenga algo que ver con Turnbull.

—Quizá —dije.

—No me importa lo que digáis —cortó Aggie—. Creo que te gustará estar allí, Joe. Y a ti también, Al.

Como dije, Aggie es una bonita y lista muchacha, pero en lo concerniente a este último punto se hallaba —como diría ella misma— lejos de la verdad. Después de la primera semana, vi a Joe más abatido que nunca. Cuando íbamos al trabajo por las mañanas, apenas si decía nada. Al regresar por las tardes, ocurría lo mismo. Parecía ensimismado todo el tiempo. Pero tras la segunda semana estaba peor. Terminada la tercera, decidí intervenir.

—Joe —dije— ¿qué diablos te ocurre? Esto no es propio de ti, Joe.

—¿Yo? No me ocurre nada.

—Joe —dije—, cuéntamelo todo. Es X, ¿verdad?

Permaneció callado uno o dos minutos. Luego confesó:

—Sí, supongo que es X. Estoy sentado allí todo el día. Oprimo los botones, hago girar los cuadrantes, doy aceite y, durante ese tiempo, Al, soy únicamente un tipo junto a una máquina. Esa máquina no hace ningún ruido, no se mueve, y que yo sepa, ni siquiera puede fabricar *nada*. Y es tan grande, con sus siete malditos pisos...

Había una mirada tan peculiar en su rostro, que no supe qué decir.

—Eso no es todo —continuó Joe—. Hay algo más. ¿Te acuerdas de Krug? Allí teníamos máquinas normales y simpáticas, con ruedas que giraban, bielas, correas de transmisión, poleas, motores. Eran verdaderas máquinas que andaban, y hacían ruido, y fabricaban piezas de maquinaria. Con mirarlas lo sabías todo acerca de ellas. Cuando se rompían, se podían reparar. Cuando se ponían en funcionamiento, andaban, y cuando se desconectaban, se detenían.

Joe se interrumpió.

—De X —prosiguió lentamente—, no sé nada. Todo está oculto. Me limito a

sentarme en aquella pequeña jaula de cristal con otros cien individuos. Hago lo que me indican. Si la máquina se estropea, ni siquiera me entero. Sólo ejecuto los movimientos. ¡Maldita sea! No soy un hombre manejando una máquina, Al, soy una pieza de esa condenada máquina. Una de sus palancas —me miró—. ¿Comprendes lo que quiero decir, Al?

—Si quieres saber lo que pienso, Joe —manifesté—, creo que lo mejor es que te marches de allí tan pronto como puedas.

—No —murmuró sosegadamente—. No es tan fácil.

Por un instante no conseguí comprender el significado de sus palabras, pero luego recordé a Aggie. Joe me confesó más tarde que intentó explicárselo, pero no lo logró. Fue una noche después de que Joe me confiara sus sentimientos acerca de X. Tal como Joe lo cuenta, la conversación debió ser más o menos así:

—Aggie —explicó Joe—, he estado pensado que, quizá, lo mejor sería que únicamente nos viésemos dos noches por semana, en lugar de seis.

Ya se sabe cómo son las mujeres. Rápidamente se hizo una idea equivocada y le echó un jarro de agua fría.

—Sí, Joe —manifestó—, no faltaría más, si eso es lo que deseas.

—Se trata simplemente de que tengo algo en la cabeza —aclaró Joe—. Tengo algo en la cabeza y necesito trabajar sobre ello.

—Si crees que tus noches resultarán mejores quedándote en casa, Joe —cortó Aggie—, no sería yo, desde luego, quien pretendiera convencerte de lo contrario.

—Aggie —suplicó Joe—, desearía poder explicártelo. Pero necesito algo que aleje mi mente de Turnbull. He estado pensando en un invento. Creo que lo he resuelto del todo, pero necesito un poco más de tiempo. Sólo serán unos días, Aggie.

La idea de una invención pareció gustarle, según me explicó más tarde Joe. Pero cuando ella empezó a formular preguntas sobre el particular, no pudo contestarlas. Eso la hizo más suspicaz que nunca. Ya se sabe cómo son las mujeres. Las hay que pretenden estar en todo. De esta forma, aquella noche comenzaron las dificultades con Aggie.

Al principio, Joe no me habló del invento. Sin embargo, aproximadamente a mitad de nuestro segundo mes en Turnbull, su buen humor comenzó a reaparecer. Pensé que simplemente empezaba a adaptarse, pero luego comprendí que algo había ocurrido. Subía al coche silbando, hablaba y bromeaba durante todo el trayecto hacia el trabajo y, por la noche, exactamente lo mismo. Se iba pareciendo cada vez más al Joe que yo conocía.

Todo se aclaró un atardecer. Joe tenía una misteriosa expresión en su rostro, silbaba y sonreía más que nunca. Cuando nos detuvimos frente a su casa, dijo:

—Al, ¿tienes un minuto? Entra. Tengo algo que enseñarte.

Penetramos en casa de Joe, donde su madre le esperaba para cenar.

—Al —me dijo—, ¿tú también estás metido en esa barbaridad?

—¿Qué barbaridad? —empecé a preguntar, pero Joe me llamaba ya desde el sótano, gritándome.

—Jamás vi nada semejante —insistió la madre de Joe.

Seguí a Joe hasta el taller que habíamos montado durante nuestra etapa escolar. Teníamos allí muchas herramientas que compramos a base de recoger papeles y de trabajar los fines de semanas, y era un espléndido taller. Pero desde que volvimos de la guerra, apenas lo utilizamos, y lo había olvidado. La verdad es que no esperaba nada, mejor dicho, no sabía lo que esperaba. Por supuesto nada igual a lo que vi.

—Míralo —dijo Joe con orgullo—. ¿Qué te parece?

Quizá no me expreso con elegancia, pero cuando hay algo en mi mente, sé decirlo. En la mayoría de ocasiones, al menos. Pero esta vez no se me ocurrió nada que decir.

En el centro del pavimento, montada sobre grandes bloques de madera, se hallaba una máquina. Y qué máquina. Tenía, aproximadamente, tres metros cuadrados y metro y medio de alto. Era el montón de mecanismos de aspecto más complicado que jamás he visto. Ruedas, volantes, dientes, transmisiones, bielas, poleas, émbolos, correas motrices, brazos de conducción, luces, cuadrantes, botones, válvulas, conmutadores, de todo. Hasta un silbato.

Había tantas piezas en esa máquina que no podría ni empezar a describirla. Era la clase de máquina con la que podría soñar un mecánico.

Mientras permanecía atónito, preguntándome qué diablos era, Joe oprimió un botón sobre el banco de trabajo. Las dos grandes ruedas del extremo más próximo a nosotros empezaron a girar lentamente, tomando impulso. Un brazo se extendió por un lado, dirigiéndose al otro, asió algunas agarraderas y las atrajo hacia atrás. Brilló una luz verde, luego una roja. Joe se encaminó al otro extremo, hizo girar un disco, y el conjunto empezó a funcionar más y más aprisa. Producía un ruido tal que retemblaba toda la casa. Sonó un silbato. Una lanzadera empezó a oscilar hacia arriba y hacia abajo en algún lugar de la zona central. Un eje engrasado se deslizó a través del mecanismo, salió por un extremo, giró dos veces, y retrocedió hasta el interior. Brilló una luz azul, y una aguja sobre un cuadrante próximo a mí comenzó a ascender en dirección a una señal roja. Era lo más extravagante que había visto.

—Joe —exclamé— ¿qué diablos es?

Me echó una expresiva mirada que dejó entrever lo que pensaba acerca de mi talento de empleado de la sección de expediciones.

—Es un secreto —contestó, sonriendo burlonamente.

—¿Un secreto?

—Ciertamente —continuó Joe—. No, Al, no es ningún secreto. Pero es lo que le

digo a la gente. Como en estos tiempos todo es secreto... Igual que X... Bien, no existe ningún secreto en esta máquina. La realidad es que no tiene nada de particular. Es sólo una máquina.

—¿Qué clase de máquina, Joe?

—Demonio —dijo Joe—. Una complicada y vieja máquina, y nada más.

—Sí, Joe —repuse, pacientemente—. Ya veo que es complicada. ¿Pero qué hace?

—¿Hacer? No hace nada, anda. Eso es todo lo que hace. Sólo anda —luego, antes de que pudiese replicar, Joe continuó—: ¿Qué os pasa a todos vosotros? Tú, mi madre, nuestro vecino Herb, todos vosotros. ¿Qué hace? preguntáis. No hace nada. Es sólo una máquina que anda. Mi máquina. Soy su amo, esta máquina no me dirige, Al.

Cuando creí que empezaba a comprender la idea, le formulé algunas preguntas más. Pero no tardé en sentirme tan confundido como al principio. Según creo comprender ahora, la forma en que Joe se sentía con respecto a X, o más bien, en que X le hacía sentirse, le indujo a crear una máquina que pudiese dirigir él mismo. La clave del asunto era simplemente una broma. El caso es que entonces no logré comprenderlo por completo. Dejé a Joe allí, contemplando la máquina como un padre orgulloso.

Al salir, me tropecé con Aggie, que entraba.

—Al, ¿la has visto? —preguntó jadeante—. ¿Qué es, Al?

—Aggie —dije—, pensaba que eras una chica lista.

Su mirada se tornó algo dura.

—¡Al, dímelo!

Me exasperé un poco.

—Es un secreto, Aggie —contesté—. No puedo decir más de lo que Joe me ha explicado. Es una máquina que anda.

Aggie meneó la cabeza y entró en la casa. Bueno, pensé, no hay más que hablar. Salí, subí a mi coche y regresé calle abajo en dirección a mi casa.

Por aquel entonces, los acontecimientos no se habían desencadenado aún. En una ciudad como Parkside, las cosas trascienden, ya se sabe. Quizá la madre de Joe habló con alguna de sus amigas, y éstas fueran a ver la máquina. Es posible que algunos de los muchachos de Turnbull lo descubrieran. De cualquier modo, la especie se divulgó y no mucho después, la gente se paraba a mirar a la casa cuando pasaba junto a ella. El paso siguiente fue que un repórter del *Parkside Courier* se presentó allí para ver a Joe y a su máquina.

No sé si Joe se enteró de que era un repórter o no. Había tanta gente metida en su casa, todo el tiempo, que existe una probabilidad de diez contra una de que no lo supiera. El repórter le formuló muchas preguntas, y Joe le dio las respuestas de costumbre. En broma, declaró:

—Es un secreto —y luego, manifestó—: No es más que una máquina que construí a ratos perdidos, una máquina que anda. —Luego intentó explicar, muy cuidadosamente, sus sentimientos con respecto a ella.

Supongo que el repórter no se sintió satisfecho con estas declaraciones. Añadió cosas de su propia cosecha. Un poco de color, por supuesto. Y el titular de la primera página del *Courier* rezaba así:

¿FUERZA ATÓMICA? ES UN SECRETO

Seguidamente, nuestro amigo el periodista se dirigía a la ciudad:

«Joseph McSween, con domicilio en Parkside Avenue n.º 378, de esta ciudad, tiene algo en su sótano que bien podría revolucionar la ciencia. Es una máquina, pero McSween no quiere decir de qué clase. Únicamente ha admitido que se trata de una máquina secreta “que anda”. Nuestra opinión es que a los muchachos de Oak Ridge y Hanford no les conviene dormirse sobre sus laureles. Si Joe McSween, de Parkside, no posee una máquina atómica en el sótano de su casa, soy yo Lincoln. Su actitud no parece revelar otra cosa. McSween ha estado trabajando en su invento durante...»

Con esto será suficiente, ya que los casi doce párrafos que seguían carecen de interés. El artículo incluía una fotografía de Joe, de la época de su graduación, que desenterraron de los archivos. Hasta me mencionaba a mí, como compañero de Joe en la construcción de esa máquina atómica.

Lo que sucedió a continuación es ya conocido. Ese reportaje fue el fósforo que prendió fuego a la hoguera. Los teletipos recogieron la historia aquella misma noche y a la mañana siguiente estaba en todos los periódicos del país. EL INVENTOR DE UNA PEQUEÑA CIUDAD PUEDE POSEER LA CLAVE DEL UNIVERSO, decía un periódico de Nueva York. ¡AUXILIO! CLAMA EL ÁTOMO, voceaba otro. Si alguien me hubiera anunciado lo que iba a ocurrir, le habría tomado por un loco.

Aquella noche Joe me llamó aproximadamente a las nueve.

—Al —dijo—, ¿viste...?

—Sí —respondí—. Y lo dan también por radio.

—No he tenido tiempo de escucharla —continuó Joe—. El teléfono ha estado sonando sin interrupción desde que salió el *Courier*. Hasta el alcalde llamó. Al, me voy a volver loco. ¿Cómo pudo ese cretino contar tal cosa?

—Joe —corté—, no todo el mundo sabe comprender una broma. Probablemente creyó que tenía una gran noticia.

—Sí, claro —admitió—. Intento explicarles que todo es un error, pero los

periodistas siguen llamando y haciéndome preguntas y no me quieren escuchar. Me preguntan cosas de las que ni siquiera he oído hablar, y cuando les digo que no sé de lo que están hablando, comentan que soy muy modesto. Aguarda, Al, hay otro mozo de telégrafos en la puerta. He recibido treinta y dos telegramas.

—¿Qué vas a hacer, Joe? —le pregunté.

—No lo sé —murmuró—. Cada vez que digo algo, ponen más palabras en mi boca. Y no puedo..., Al, tengo qué colgar ahora. Es ese chico de telégrafos. Llámame por la mañana, Al.

No resultó tan fácil como parecía. Intenté llamarle dos veces alrededor de las ocho de la mañana, pero la línea estaba ocupada. Finalmente tuve que irme al trabajo. Me dirigí en mi coche calle arriba hacia la casa de Joe, para recogerle. ¡Qué ingenuidad la mía! Me acerqué a la casa como pude, porque había una gran cantidad de automóviles aparcados, y una pequeña muchedumbre en torno al porche de entrada. Descendí y me encaminé a la casa.

—¿De qué diario es usted? —me preguntó un hombre.

Advertí que casi la mitad de los hombres, así como algunas mujeres, llevaban colgadas del hombro cámaras fotográficas. Seguramente se hallaba allí la flor y nata del periodismo, enviados de todas las grandes ciudades.

—Soy sólo un compañero de Joe —informé al sujeto. Un colosal error por mi parte.

—¿Usted es amigo de Joe McSween? —gritó—. ¡Eh, compañeros!

Se apiñaron todos a mi alrededor, abrumándome a preguntas: ¿Dónde está ahora McSween? ¿Cómo la hizo? ¿Es cierto que puede mover un acorazado con dos gotas de agua? ¿Su patrón le ofreció realmente tres millones por una cuarta parte del interés? ¿Cuánto tiempo hace que lo sabe? Intenté contenerlos mientras pude, luego eché a correr hacia mi automóvil. No me detuve hasta aproximadamente ocho manzanas más abajo para entrar en un *drugstore*. Me dirigí a la cabina telefónica. El número de Joe seguía comunicando. Probé de nuevo al cabo de cinco minutos. No hubo suerte. Tres intentos más, y al cuarto lo conseguí.

La voz de Joe, muy cansada, dijo:

—¿Diga? —fue casi un gruñido.

—Soy Al. Estuve en tu casa, pero...

—Lo sé. Te vi por el postigo. Al, he estado en vela toda la noche. ¿Dónde estás? Se lo dije.

—Intentaré llegar —murmuró—. Espérame ahí.

Colgué el auricular, fui al puesto de refrescos y me senté. La radio estaba tocando música de baile, pero de repente la emisión se interrumpió para dejar paso a un locutor.

«—Un boletín especial de Parkside, Nueva York —anunció la voz—. Mientras el país aclama el ingenio y los fértiles recursos del joven Joseph McSween, de quien se dice ha inventado la primera auténtica máquina atómica de nuestra época, las autoridades de Parkside han sido informadas de que el ejército desea examinar sin demora el proyecto McSween. El teniente coronel George P. Treex, célebre por su trabajo en la bomba atómica, ha sido enviado ya a Parkside en avión especial. Le acompañan sus ayudantes. El...»

—¡El ejército! —grité, levantándome.

El encargado del puesto bostezó.

—Cosas que pasan —contestó.

—Pero se han vuelto... —entonces me callé, para oír el resto.

«—... Según las disposiciones del proyecto de ley Challendor-Collander-Wingle-Wanger —decía el locutor—, las fuerzas militares están autorizadas para examinar cualquier proyecto que consideren vital para la defensa de este país. Se da por sentado que la máquina del joven McSween quedará bajo el control del gobierno.»

—¡Control del gobierno! —exclamé atónito.

—¿Y qué más? —preguntó el encargado—. Jugando con los átomos, ¿eh?

«—... Esta mañana, en la Cámara de Representantes —zumbaba la radio—, el senador Burge Fulsome declaró que presentaría un proyecto de ley a fin de asignar un millón de dólares para la protección de esta novísima arma. En la Cámara, el diputado Hayden Kratcher puede votar un proyecto de ley que proporcione una suma igual para el desarrollo de las fuerzas de seguridad del país. “Debemos proteger este secreto cueste lo que cueste”, manifestó esta mañana a los informadores el diputado Kratcher, “y conservarlo a salvo en el seno de la democracia de donde nació.”»

—Qué diablos... —de nuevo me detuve para escuchar.

«—... Hasta el momento el Congreso no ha votado ninguna cantidad para trabajos adicionales en la máquina de McSween. Un senador que rehusó dar su nombre declaró que el próximo mes podría presentarse un proyecto de ley, pero agregó: “No deseamos precipitarnos en este asunto”. La invención ha tenido efectos de mucho alcance. En Hollywood, varias firmas están intentando conseguir los derechos para la historia de la vida de McSween. En Nueva York, la Stud Press ha anunciado planes para la publicación de *Esta Es*, una historia de la Era de la Máquina Atómica. Y en Parkside, el alcalde, E. R. Risco, anunció esta mañana que solicitaría al ayuntamiento una asignación de treinta y siete mil dólares para erigir una estatua a la memoria de Adolph McSween, el padre del joven inventor, y que murió durante la primera guerra mundial. La estatua le mostrará de uniforme, sosteniendo a su hijito, el cual enarbolará un átomo de tamaño natural.»

Me pregunté si me hallaba realmente allí sentado, en aquel puesto de refrescos.

«—... Esta emisora ha intentado varias veces obtener de McSween una entrevista

exclusiva, pero únicamente ha conseguido una declaración de la madre del inventor: “Sabía que Joseph tenía algo allí abajo, en el sótano” —manifestó la señora McSween.»

Una mujer entró en el establecimiento y se sentó junto a mí.

—Hola, Al —dijo con voz profunda—. Salgamos de aquí.

Di un salto, mis nervios estaban empezando a ceder.

—Joe —exclamé—, ¿qué haces disfrazado de esa manera? —contemplé el gran sombrero con flores, el vestido, la chaqueta con el cuello de piel—. ¿Cómo conseguiste escapar?

—Me puse esta ropa de mamá y fui por la puerta de atrás a casa de Herb, al lado nuestro —explicó Joe—. Luego salí por su puerta de entrada. Se debieron creer que era mi madre. Vámonos de aquí.

Me dispuse a pagar la cuenta, cuando recordé que no había tomado ninguna bebida. Salimos y subimos a mi coche. Cuando empezaba a arrancar vi a una muchacha que cruzaba la calle.

—Espera, Joe —advertí—. ¿No es Aggie aquella chica?

—Sí —contestó Joe, saliendo del coche para atravesar la calle como una liebre. Le seguí por si acaso hacían falta explicaciones.

Las hicieron. Aggie rehuyó a Joe, y continuó caminando. Joe quedó asombrado, pero la siguió e intentó asirla del brazo.

—Puedo explicarlo todo, Aggie, con tal de que me des una oportunidad —dijo.

Aggie se volvió y le dio una bofetada.

—Aggie, por favor...

—¡Sin favor! —gritó ella—. ¡Joe McSween, cómo se te ocurrió una cosa semejante!

—¿Una cosa cómo?

—¡Trabajar todo este tiempo en tu máquina atómica y no decirme nada! Nunca...

—Aggie, no era...

—Joe McSween, eres el más vil, el más ruin...

La gente empezó a aglomerarse. Después de todo, no se ve todos los días a un sujeto vestido con ropas de mujer discutiendo en la calle con una muchacha. Y no se oye con frecuencia soltar tacos a una muchacha del modo en que Aggie lo hizo.

Joe aguantó pacientemente el chaparrón. Después pareció darse cuenta de que era inútil. En aquel momento, alguien gritó:

—¡Ese es McSween! ¡El tipo atómico!

Joe y yo nos lanzamos a través de la calle hacia mi coche, y salimos huyendo. Me volví, pero Aggie no se dignó dirigirnos ni siquiera una mirada.

Joe permaneció silencioso mientras yo conducía. Al cabo de un rato se quitó el

floreado sombrero y abrió la cremallera del vestido, arrojándolos sobre el asiento posterior. No llevaba más que unos pantalones cortos.

—Sabes, Al —dijo tras una pausa—, si *hubiera* inventado una máquina atómica, nadie me habría creído.

—Es cierto —convine. Para entonces estaba dispuesto a creer cualquier cosa. Me dirigí hacia Cedar Hill, una pequeña ciudad a quince millas aproximadamente de Parkside. En el trayecto me detuve en un almacén general para que Joe comprase un mono. Fue una suerte que llevara cartera. Continuó sin decir nada, con los ojos cerrados.

Después de recorrer sesenta y cinco kilómetros, Joe dijo:

—Al, tengo que intentarlo de nuevo. Para en el próximo garaje.

Así lo hice. Joe entró, llamó al *Parkside Courier* y preguntó por el director. Se puso en comunicación con él.

—Soy Joe McSween —dijo. Luego palideció y se apartó del teléfono. Colgó—. No ha querido creer que era yo. Me preguntó que por quién le había tomado.

—¡Maldita sea! —gruñí—. ¿Lo probamos otra vez?

—No. Regresemos. Haré que me escuchen...

Cuando salíamos del garaje, el mozo de uno de los surtidores de gasolina dijo:

—¿Me firma un autógrafo, señor McSween?

—Ni hablar —estalló Joe—. No me molestes.

Era la primera vez que veía a Joe McSween tratar de ese modo a un chico. El asunto empezaba a afectarlo de veras. Regresamos lentamente. Joe sólo habló una vez en todo el recorrido.

—No comprendo por qué Aggie se porta de esa manera.

Cuando salimos del *drugstore* en Parkside debían ser más o menos las diez o las diez treinta. Mi reloj señalaba ahora casi las doce. Di la vuelta hacia Parkside Avenue, preguntándome qué iba a ocurrir. No tuve que esperar mucho tiempo.

Algo sucedía en nuestro barrio. Pensé al principio que era la gente congregada ante la casa de Joe. Pero estaba equivocado. De haberlo sabido, hubiera dado la vuelta en redondo y ni el mismo demonio me detendría hasta no poner cien millas entre la ciudad y nosotros. El caso es que continuamos avanzando. Al aproximarnos, vimos que una barrera cortaba el acceso a nuestra calle. Sobre ella leímos, incrédulos, el siguiente aviso: «Distrito Militar - Prohibidas las visitas».

Un sargento de la M. P. armado hasta los dientes se acercó al coche.

—¿Qué desean?

—Vivo aquí —dijo Joe—. ¿Qué sucede?

—¿Cuál es su nombre? —preguntó el M. P., sacando una tira de papel del bolsillo.

—McSween. Este es Al Niles.

El M. P. observó atentamente a Joe, y me echó una rápida ojeada.

—Déjeme ver sus papeles. Identificación. Los dos.

Sacamos nuestras carteras y le mostramos nuestros carnets de conducir, cartillas militares y los pases de la Turnbull.

—Hum —manifestó. Estudió la lista otra vez—. Parece conforme. Lo mejor es que vaya a su casa, McSween. Usted también, Niles. El coronel desea verles a los dos.

No permitió que entrásemos el coche.

—Al ¿qué significa esto? —preguntó Joe—. ¿Estamos realmente en Parkside Avenue?

No le contesté. Me hallaba demasiado ocupado mirando lo que sucedía frente a la casa de Joe. Había allí tres camiones del ejército aparcados y un grupo de M. P. montaba la guardia. Parecían ocupados en algo muy importante. Uno de ellos estaba clavando un aviso en el porche de entrada: **ÁREA DE ALTO SECRETO**. Otro se adelantó mientras nos aproximábamos.

—Identificación —gruñó.

Le enseñamos lo mismo que al sargento. Entró en la casa de Joe y volvió al cabo de dos minutos.

—El coronel Treex ha dado su conformidad por el momento. Tendrán que bajar al sótano y esperar allí. Les recibirá aproximadamente dentro de una hora —dijo.

—¿El coronel qué? —preguntó Joe.

—El teniente coronel George P. Treex, oficial de investigación. Limítense a entrar —indicó—. Traten de no hacer ruido cuando atraviesen el vestíbulo. El coronel está muy ocupado.

—¿Está bien que masque mí chicle? —pregunté.

—Cuidado —advirtió el M. P.—, este es un asunto muy serio.

Entramos en la casa. La puerta del despacho aparecía cerrada, por lo que atravesamos el vestíbulo en dirección al sótano. Al llegar a él tuvimos que mostrar de nuevo nuestros papeles a otro M. P. A mitad de la escalera, Joe pareció recordar algo y se volvió.

—Al —dijo, cogiéndome del brazo—. ¿Qué habrán hecho de mi madre?

—¡Diablos! —exclamé. Retrocedimos y golpeamos la puerta. El M. P. abrió.

—¿Dónde está mi madre?

El M. P. no se inmutó.

—El coronel creyó que lo más conveniente para ella sería vivir en otro sitio mientras se efectúa la investigación —explicó—. La señora McSween está en el Hotel Parkside, a expensas del gobierno, por supuesto.

—Muy amable por parte del gobierno —comentó Joe.

—¿Algo más? —preguntó el M. P.

—Sí. Hable con el *Courier* y dígales que envíen aquí un repórter sensato —dijo Joe—. Uno que comprenda el inglés vulgar.

—Lo siento —manifestó el M. P.—. El coronel no tolerará a ningún periodista.

Joe abrió con asombro los ojos, meneó la cabeza y me miró. Le devolví la mirada. Dimos la vuelta otra vez.

Todas las luces del sótano se hallaban encendidas, así como las de un equipo suplementario. El lugar tenía más claridad que a la luz del día. La máquina de Joe descansaba allí, quieta, como si esperara que algo sucediese. Nos sentamos en el banco de trabajo y la miramos fijamente. Era la causa de todas nuestras dificultades.

—Al —preguntó Joe— ¿cómo puedo conseguir que lo comprendan?

—Tendrás que explicárselo de nuevo. No puedes hacer otra cosa. Debes hablar con ese coronel.

—Al, ya sabes cómo son los coroneles —murmuró Joe.

—Sí —tuve que admitir.

No tardamos mucho en descubrir cómo era el coronel. Una voz retumbó en lo alto de la escalera.

—¡Sin novedad! —tras un breve intervalo de silencio, se oyó un cuerpo pesado que descendía los peldaños. Ante nuestros ojos apareció el teniente coronel George P. Treex.

Parecía una montaña con nieve en la cumbre, sólo que con tres barbillas. Exhibía aproximadamente cuatro tiras de condecoraciones, incluyendo la mellada de puntería. Joe y yo nos pusimos en pie. Conocíamos a los jefazos con sólo verlos.

El coronel se dirigió hacia mí.

—Me alegra verle, señor McSween.

—McSween es éste —indiqué, señalando a Joe. El coronel se desinteresó de mí en lo sucesivo. Estrechó rápidamente la mano de Joe, como si fuese un trámite a liquidar a toda prisa. Luego retrocedió y echó una mirada en torno al sótano, como si estuviera inspeccionando un cuartel.

—Coronel —suplicó Joe—, ante todo, me gustaría explicarle que este asunto es un gran...

El coronel no le escuchaba. Estaba ocupado con los anaqueles y el banco de trabajo.

—Que quiten el polvo de esos anaqueles —ordenó—. El polvo significa un riesgo para la seguridad.

Los ojos de Joe se desorbitaron.

—Desde luego. En Turnbull, cada día liquidan a los individuos que dejan de limpiar el polvo —informé.

El coronel me ignoró.

—Ahora, señor McSween —continuó—, ¿dónde están sus informes? Tendré que

estudiarlos durante la investigación. Por favor ¿puede entregármelos?

—¿Informes? —dijo Joe—. Pero si no existen...

—McSween, no necesita preocuparse acerca de mi autoridad —manifestó el coronel—. Fui enviado aquí por el jefe en persona, actuando bajo órdenes del secretario. Serán adoptadas las adecuadas precauciones de seguridad. Ningún secreto será divulgado. Puede entregarme sus papeles con completa garantía.

—Coronel —cortó Joe—, me tiene sin cuidado si le envió aquí el espíritu de Isaac Newton. —Tenía un aspecto extraño, más extraño del que le había visto nunca.

—Por favor, señor McSween —insistió el coronel—. Tengo tantas cosas que atender... Hay que estudiar la posibilidad de proteger esta casa con radar, hay que... Comprenda, estoy muy, muy ocupado. Por favor ¿puede darme sus papeles?

—No, coronel —dijo Joe—. Y la razón es...

Las barbillas del coronel temblaron antes de que interrumpiese.

—¿Rehúsa, señor McSween? ¿Desafía mi autoridad?

—No estoy desafiando nada —gruñó Joe—. Sólo trato de explicarle que no existe ningún papel. Y deseo decirle algo más. Yo...

—¿Qué dijo usted? —el teniente coronel Treex parecía atónito—. ¿No existe ningún papel? ¿Planos?

—No. Ningún plano. Nada.

—No comprendo. Esto no es, en absoluto, lo que esperaba. Señor McSween —continuó el coronel, forzando una especie de risa militar—, lo cierto es que no puedo perder el tiempo en bromas. El jefe está esperando un informe. Por favor, ¿podría hacerme una demostración? Sólo lo suficiente para tener una ligera idea.

Joe se dirigió a su banco de trabajo.

—Perfectamente —dijo—. ¿Desea una demostración? La tendrá. A ver si comprende de una vez por qué todo este asunto es un...

Liberó la fuerza motriz y el resto de sus palabras se perdió en el estruendo de la máquina, que se puso en marcha con brusquedad. Las correas de transmisión empezaron a moverse hacia atrás y adelante, las ruedas y los engranajes dieron vueltas, las luces brillaron, el brazo se movió de través para coger las agarraderas... El estrépito era infernal. Sonaba incluso como una máquina atómica de verdad, pensé.

El coronel quedó evidentemente impresionado.

—¿Cuál es su capacidad? —aulló por encima del ruido.

—¿La capacidad para qué, coronel? —gritó Joe en respuesta.

—¿Cuánto produce? —vociferó el coronel.

—¡Nada! —gritó Joe—. ¡No produce nada!

El coronel no podía oírle, y le hizo una seña para que desconectase.

—Le digo que no produce nada —dijo Joe, cuando la máquina se detuvo—. No

es lo que usted piensa, coronel. Es sólo una máquina..., una máquina que construí por divertirme. Sólo anda, eso es todo.

El coronel se encogió de hombros, y se encaminó a la escalera.

—¡Comandante Stoughton! —gritó—. ¡Comandante Brown! ¡Teniente Winberg!
¡Teniente Boris! ¡Sargento English!

Todos bajaron y permanecieron firmes como soldados de plomo.

—¿En cuánto estimarían su capacidad? —preguntó el coronel.

El teniente sacó de su bolsillo un objeto que parecía como un termómetro casero, y por su extremo miró de soslayo a la máquina.

—Aproximadamente cuarenta —dijo, por fin. Los demás oficiales habían sacado lápices y estaban garrapateando sobre pequeños blocs de notas.

El coronel hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Es eso correcto, señor McSween?

—¿Cuarenta qué? —preguntó Joe.

—Por favor, señor McSween —dijo el coronel—, seriedad. Yo...

—¡Cállese! —de súbito el rostro de Joe se congestionó y su respiración se hizo difícil—. ¡He intentado explicársela desde que bajó aquí, y no ha querido darme una oportunidad! Seriedad, pues... —cogió una llave inglesa del banco de trabajo y la enarboló como una maza.

Todos los oficiales dejaron de garrapatear.

—¡Ahora verá! —dijo Joe—. ¡Ahora verá su máquina atómica!

Y antes de que nadie comprendiera lo que iba a suceder, se arrojó sobre ella, alzó la llave inglesa y la descargó con fuerza, destrozando primero un tablero de instrumentos, luego partiendo por completo una correa de transmisión, rompiendo una rueda, hendiendo un volante...

El coronel se recuperó rápidamente de su asombro. Actuó, mejor dicho, lo hicieron sus hombres. Tres de ellos saltaron sobre Joe, dos me prendieron a mí. Alguien gritó:

—¡Traición!

Todos gritaban y vociferaban produciendo un espantoso alboroto, mientras Joe lanzaba alaridos.

—¡No pueden hacer esto! ¡Es mi máquina y la destrozaré si quiero! ¡Déjenme tranquilo! ¡Están locos! ¡No es una máquina atómica!

Finalmente se llevaron a Joe a rastras escaleras arriba. Le seguí, con la ayuda desinteresada de dos oficiales. Y nos encerraron con llave en la habitación de Joe.

Ahora está tranquilo, me refiero a Joe. Como digo, hace poco hemos discutido ampliamente el caso, y ahora queda consignado por escrito. Quizá haya omitido algunos detalles, pero creo que todo está aquí.

Joe me explicó que, en su opinión, la razón de lo ocurrido es que algunas personas están siempre buscando cosas inexistentes. Quizá su broma al decir que se trataba de un secreto resultó una mala idea, ya que nadie le creyó cuando dijo la verdad.

—Hay personas que no quieren aceptar las cosas como son —dijo Joe hace un momento—. No intentaba armar ningún alboroto. Construí una máquina, sólo para apartar mi mente de Turnbull, y ahora se la han llevado. La presentarán a los científicos y descubrirán la verdad. Dirán después que les engañé. Espera y verás.

Joe no se muestra amargado, sino únicamente un poco filósofo. Me dijo que la única cosa que siente es no darle su autógrafo al muchacho del surtidor de gasolina.

Y eso es todo. Nos tienen a Joe y a mí presos en esta habitación, mientras abajo intentan reparar su máquina, pretendidamente atómica. No estamos seguros de que descubran alguna vez que no lo es. Quizá todo se resolverá tranquilamente con la investigación. Joe y yo saldremos de esta confusión; Joe y Aggie volverán a reunirse; la madre de Joe regresará de ese hotel donde permanece a expensas del gobierno; Joe y yo nos iremos a Turnbull para volver a nuestro empleo de Krug. He dicho quizá. No tengo ninguna seguridad de que esto ocurra... Estoy tan confundido como lo estaba antes, y no puedo decir lo que va a suceder.

SEGUNDA PARTE
DOCE CLÁSICOS

12 Great Classics of Science Fiction (1963)

INTRODUCCIÓN A LA SEGUNDA PARTE

En el momento de escribir esta introducción —a primeros de octubre de 1963— se intensifica la perenne controversia que concierne a la función de los científicos en la sociedad moderna. Un escritor y científico inglés muy conocido, sir Charles P. Snow (más conocido quizá para los lectores como “C. P. Snow”), fue atacado por varias mentes excelsas por su convicción de que los científicos —a causa de su formación, su conocimiento de nuestro mundo tecnológico, y su creencia más en hechos que en emociones o intereses— deben desempeñar un papel más importante en los asuntos políticos, económicos y sociales del mundo.

Si bien varias de las narraciones de esta selección abordan problemas de ética y responsabilidad social constantes en la vida de los seres humanos, e incluso en los no-humanos, lo hacen en términos casi oníricos. Están planteadas desde el alejamiento que implican el tiempo, la distancia o la suposición. El propósito de la presente antología es el de proporcionarle unas horas de evasión fuera de las persistentes frustraciones, nimiedades y querellas de nuestra vida cotidiana, de la general tontería humana.

Este alivio que pueda experimentar en los problemas con que se enfrenta usted y el mundo, será naturalmente una consecuencia indirecta. La mayoría de estos relatos logra su impacto a través de extrapolaciones vívidas, excitantes e imaginativas. Esto significa, por citar una definición del diccionario, “extender las variables” de los problemas científicos, tecnológicos y sociales de hoy “más allá de sus límites establecidos”. En ello reside la mayor parte del placer que proporciona esta antología.

Como todas las buenas antologías de ciencia-ficción, la que tiene ahora en las manos abarca el cosmos tanto en espacio como en tiempo. En lo que se refiere al tiempo, sigue por lo menos tres direcciones distintas. Primera, una de nuestras historias dirige una irónica mirada hacia los tiempos venideros a través del informe de un ciudadano del futuro “proyectado” a la contemporánea ciudad de Evanston, Illinois. Segunda, varios relatos nos trasladan hasta algunos de esos tiempos futuros para ofrecernos visiones de primera mano de los resultados frecuentemente descabellados de la extrapolación de ciertas tendencias en nuestra sociedad. Tercera, una narración nos enfrenta, de forma más individual, con una imagen casi aterradora de lo que en un lejano porvenir puede ocurrirle a quien haya alcanzado la casi-inmortalidad.

En lo concerniente al espacio, los relatos de este libro muestran desde la vida común con los robots en un cercano asteroide, hasta mundos ultradistantes donde los viajeros humanos hallan formas de vida imprevisibles o no siempre amistosas. Así fue siempre en la ciencia-ficción, y así será hasta que la humanidad salga de nuestro

planeta y descubra efectivamente si esas “cosas” pueden existir o no.

Finalmente, hemos explorado algunas ideas divertidas, y otras que no lo son tanto, acerca de nuestro propio mundo en su infinitud de mañanas posibles. He mencionado ya este tipo de historias bajo la rúbrica de “fábulas del tiempo”, pero algunas de ellas merecen un epígrafe propio, en cuanto son tan fascinantemente reales como para desbordar la noción de desplazamiento en el tiempo. Se extienden desde la extraordinaria descripción de la invención genética de los “subhumanos” como siervos del hombre —en una de las historias de ciencia-ficción más imaginativas que nunca leí— hasta un par de agudas sátiras contra nuestra sociedad burocrático-tecnológica, entregada a la inexorable evolución retrógrada de las agencias de publicidad y las gigantescas organizaciones industriales.

Como es lógico, doce narraciones no bastan para reflejar los infinitos prismas de la ciencia-ficción. Sus variedades son casi tan numerosas como los autores que las cultivan. No obstante, confío en que se hallará de acuerdo conmigo en que estas doce selecciones han incluido los jalones más importantes de la topografía de la ciencia-ficción. De hecho, algunos de nuestros relatos entran en los límites de la controversia científico-no científico que actualmente se desarrolla en torno a C. P. Snow y otros. Sin embargo, lo hacen en una línea muy alejada de las realidades comunes. Incluso en sus aspectos más amargos y satíricos, constituyen extrapolaciones auténticas y fascinantes, las mejores expresiones de la ciencia-ficción. Pero debe añadirse que, se trate de sátira, profecía o crónica, ninguno de ellos son verdaderamente científicos, en el sentido estricto de la palabra. Todos son ficticios.

No puede decirse que ninguna de las historias de esta colección de vívidas imágenes no haga pensar. Si no ha intentado nunca tal ejercicio, es un momento oportuno para ello. Si lo hizo ya, algunos de estos cuentos le proporcionarán una práctica muy estimable. Según avance en su lectura, deberá considerar progresivamente la situación de nuestro mundo y tomar partido acerca de “lo que sería necesario hacer”. Pero nunca he pretendido dar ideas en este sentido. Lo que me interesa al ofrecerle estos relatos es, primero, que usted disfrute con ellos y, segundo, que comprenda que la ciencia-ficción no significa solamente aventuras, viajes espaciales, monstruos terroríficos, chicas guapas, invasores extraterrestres, o mundos mágicos de mañana. Además de todo eso, la ciencia-ficción implica una interrogación inteligente acerca de la condición humana de nuestra vida, de la de nuestros semejantes y del mundo en general.

Disfrute, pues, con este libro, y mantenga activo su espíritu mientras lo hace.

PLEITO RESUELTO

Algis Budrys

Due Process, 1960

Frank Hertzog, de la Asociación de Viajes Internacionales, se rascó la parte posterior de una oreja desproporcionadamente grande, enarcando una de sus pobladas cejas. Se hallaba sentado perpendicularmente a su mesa de despacho, con los pies apoyados sobre uno de los abiertos cajones. Un visitante se había acomodado con rigidez en una silla frente a la mesa. Hertzog podía observar a la vez a su visitante y al mar que se extendía en el lejano horizonte.

Hertzog mordisqueó espasmódicamente su labio superior.

—Vamos a aclarar esto —dijo al estirado hombrecillo de la otra silla—. Desea el dinero por adelantado. ¿No es cierto?

—Y no más tarde de la medianoche del 14 de julio —añadió su interlocutor—. Es muy importante que el dinero llegue a nuestra oficina de Basilea dentro de ese plazo.

Estaba sentado con las piernas y rodillas juntas, la espalda erecta y las manos unidas en su regazo. Vestía traje oscuro, camisa blanca y corbata negra. Su cara era pálida y huesuda, el cabello entre gris y negro, rapado a los lados y en cepillo en la parte superior de la cabeza. Inmóviles gotas de sudor perlaban su frente.

—Tan pronto como el dinero esté en su oficina, deberá embarcar nuestro pedido en el primer tren subterráneo que salga.

—Correcto —asintió el hombrecillo, que era viajante de una casa de licores—. Debo recordarle que hoy es el día 1 de julio.

—Todo esto me parece una forma extraña de hacer negocios, así tan de repente. Hemos sido buenos clientes de su firma durante muchos años. Ningún buque de recreo de la AVI sirve otro licor que los suyos —dijo Frank Hertzog en son de queja.

—Naturalmente —aseguró el pequeño viajante—. Nuestras marcas son las mejores del mundo.

—¿Entonces es ese el crédito que AVI les merece? No lo comprendo, señor Keller. De veras que no. Nuestras cuentas son saldadas mensualmente. Parece que casi no desean hacer negocios con nosotros. Le diré que existen otros comerciantes de venta al por mayor, por si no lo sabe.

Keller empezó a ponerse nervioso.

—Por favor, señor Hertzog, ninguno de nuestros competidores es capaz de ofrecer un servicio igual al nuestro.

—Querrá decir que hasta ahora no lo han intentado. Pero me obliga a preguntarme si no sería mejor tener un servicio menos eficiente pero más cordial.

—Señor Hertzog, yo... —el minúsculo viajante se inclinó de repente hacia adelante—. Podría perder mi empleo si le hablo con franqueza. ¿Me comprende?

Hertzog se reclinó en su asiento y, mirando fijamente a Keller, dijo:

—Créame, no sé si le comprendo o no, señor Keller. Su empresa y la mía han estado realizando negocios en común desde hace tiempo. Cuando un agente ha estado llevando los mismos pedidos durante años, se establece paulatinamente un acuerdo

tácito de crédito entre el vendedor y el cliente. Este es un hecho tan viejo como el comercio mismo. Me siento sorprendido ante su repugnancia en someterse a la ética comercial, realmente sorprendido, señor Keller. Me gustaría que manifestase con claridad lo que piensa. Ni que decir tiene que sus palabras no saldrán de esta habitación.

A Keller empezaron a temblarle los labios.

—Señor Hertzog, me pone en una posición muy difícil. Reconozco que tiene razón e incluso...

—Ya que tengo la razón, señor Keller, desearía conocerla. ¿Qué es lo que sucede? El hombrecillo suspiró.

—Está bien, señor Hertzog —su voz se hizo más baja y se inclinó hacia adelante, escudriñando la habitación antes de continuar—. ¿Sabe que se ha producido un cambio en el consejo de administración de mi compañía? Y los nuevos consejeros se inclinan más favorablemente por Ciudad del Cabo que por Atlantis.

—Eso es ridículo —le interrumpió Hertzog—. Atlantis es lógicamente el puerto con mejores rutas para Europa. Es cierto que el acarreo de mercancías hasta nuestra terminal de ferrocarril subterráneo y el transporte a través del túnel bajo el golfo de Vizcaya y el sobrecargado tráfico a través de la costa encarece los gastos. Pero el transporte por superficie a través de África desde Ciudad del Cabo es aún más costoso.

Keller extendió su mano en forma conciliadora.

—Por favor, señor Hertzog. Esto lo sabe usted y lo sé yo. Con el tiempo también mis superiores lo sabrán. Pero ahora se han dejado seducir por esta nueva idea de los zepelines de mercancías. Han visto planos de naves más ligeras que el aire con una capacidad de carga comparable a la de un vapor, y han asistido a demostraciones aéreas. Están impresionados, señor Hertzog. Ya lo comprenderán, pero mientras tanto... —Keller meneó la cabeza.

—Bien, que hagan pruebas con los zepelines en ese trayecto. Después de uno o dos huracanes, entrarán en razón. Las tarifas de las compañías de seguros son un excelente incentivo para la madurez —masculló Hertzog.

—Exactamente, exactamente —asintió Keller—. Pero por el momento están convencidos de que la Ciudad del Cabo llegará a ser el gran centro cosmopolita del hemisferio occidental y que Atlantis se marchitará en medio del océano. El caso es que han instituido nuevas normas muy estrictas. Por favor, señor Hertzog, una o dos operaciones de inmediato pago al contado por parte de su compañía, les hará reflexionar. Me doy perfecta cuenta que resulta algo molesto para su amor propio, pero un hombre importante de verdad puede permitirse el lujo de estar por encima de esas cosas.

Su voz llegó a convertirse en un imperceptible murmullo.

—Al fin y al cabo, cuando esa fantasía de la Ciudad del Cabo se haya disipado, estará en una excelente posición para lograr buenos descuentos.

—Sí —admitió Hertzog—. Sí, ya veo.

Se levantó y comenzó a pasear sin rumbo definido por la oficina, con las manos en la espalda. Miró a través de la ventana sin propósito definido, arrugó la nariz y se detuvo por fin junto al sofá donde Keller había dejado su cartera.

—Muy bien, señor Keller, un enviado especial se presentará en su oficina de Basilea antes de la medianoche del 14 de julio —dijo. Empezó a jugar con el asa de la cartera de Keller, balanceando su mano distraídamente.

Esto no le sentó bien a Keller, y dijo secamente:

—Muchas gracias, señor Hertzog. Estaba seguro de que se haría cargo de la situación.

—Sí —asintió Hertzog vagamente—. Sí —repitió, contemplando como salía su visitante.

Hertzog pulsó el botón de llamada de Hoke Bannister y volvió a la ventana. El mar parecía hervir en torno a las grandes vigas de hormigón sobre las cuales descansaba Atlantis. Era un día tormentoso y el agua parecía verde y blancuzca bajo un cielo gris, mientras la lluvia caía como espesa cortina al otro lado del cristal. En un radio de tres kilómetros, el agua estaba tranquila, más allá, la violencia de las ondas sonoras rompía la acción de las olas y torres de espuma chocaban entre sí, rodeando a Atlantis de un muro de espuma. Frank Hertzog sonreía tranquilamente junto a la ventana cuando llegó Hoke Bannister.

—¿Qué hay? —preguntó mientras empezaba a revolver en el mueble-bar. Era un hombre ancho y feo, que últimamente había adquirido el hábito de fumar habanos de cinco dólares. Su boca era bastante grande, lo que permitía tener siempre uno entre los dientes mientras hablaba o bebía.

—¿Qué haría usted por treinta mil dólares, Hoke? —inquirió Hertzog a su vez, volviendo hacia la mesa.

—¿Treinta mil dólares? ¿Se refiere a qué clase de principios rompería para conseguirlos? Muy pocos. Treinta mil dólares sirven para que un hombre pueda vivir sin preocupaciones el resto de su vida, siempre que viva como un ermitaño, claro. Con esa cantidad no se hace nada.

—¿Qué haría por la comisión corriente de un agente comercial sobre un pedido de treinta mil dólares?

—¿Se refiere a Keller? —preguntó Bannister, tras servirse una bebida y cerrar el mueble-bar—. Acerté al enviárselo, ¿verdad?

—En efecto —admitió Hertzog, mirando los tiradores de su mesa.

Bannister bebió un largo trago, miró su bebida y abrió violentamente el mueble-

bar para buscar la botella de whisky de donde se había servido.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó con voz ronca.

—Quería que lo probase. Un químico local está intentando obtener whisky escocés del plancton.

—Frank, no eche a rodar ya el negocio de Keller —dijo Bannister.

—No —dijo Hertzog— no lo haré —pulsó un timbre—. Paulette, envíeme lo que le pedí, haga el favor.

—Sí, Frank, ahora mismo.

Una ranura se abrió sobre la mesa de Hertzog y una serie de fotocopias cayeron sobre ella.

—He puesto la que creo más importante, en primer lugar —explicó la eficiente voz de Paulette. Hertzog frunció el ceño ante las fotocopias.

—Oh, sí, ya veo, gracias. Por favor, localice a Thad Traven en el Ayuntamiento; es el secretario. Cítelo para tomar una copa esta tarde en un sitio confortable..., la Casa del Placer sería el lugar ideal.

Thad Traven era delgado y moreno, con una boca que el tiempo había empequeñecido por lo que resultaba invisible cuando sus labios se cerraban.

—Sé que es usted un hombre tranquilo, Thad —dijo Frank Hertzog—. Un calculador. Un hombre que considera todas las posibilidades antes de tomar una decisión.

—Nadie me ha pescado haciendo una tontería —asintió Traven. Bebió un sorbo de su Martini mientras admiraba la difusa figura de una sirena tatuada sobre el desnudo antebrazo de Hertzog.

—Es verdad. En cambio yo me equivoco con mucha frecuencia —dijo Hertzog en son de excusa—. Para decirlo claro, todo lo que soy es un descargador de muelle cuyo padre le legó una agencia de viajes —atajó las protestas de Traven—. Sí, es cierto, he tenido suerte y me las he ingeniado para ampliar el negocio. He ganado algunos dólares, ¿sabe? Pero soy un jugador que carece de instinto para detenerse en una jugada incierta. Y de vez en cuando a alguien le toca pagar por ello. He tenido suerte, como le dije. Cuando necesito saber algo, me refiero a algo que requiera un especialista de mente ágil, busco a un hombre como usted para que me ayude.

—Me alaba más de lo que merezco —sonrió Traven.

—No, no, lo digo de verdad, Thad. Por ejemplo, un hombre como yo, que tiene una Agencia de Viajes, se interesa naturalmente por otros lugares del mundo además de Atlantis. A veces pienso que no sería mala idea ampliar nuestros intereses en Europa o África, digamos por ejemplo sitios como Sebastopol o Ciudad del Cabo, pongamos por caso. No me refiero sólo a abrir agencias, sino participar verdaderamente en los negocios locales. Suponiendo que me hubiera adelantado para hacer eso, me encontraría en dificultades con las autoridades civiles de Atlantis.

Mientras que si hubiese consultado con usted, estoy seguro de que tendría sumo gusto en aconsejarme.

—Desde luego, Frank. La primera norma del Partido Conservador es que, dado nuestro aislamiento del Continente, nos encontramos en una posición ideal para evitar sus dificultades. Mientras nuestro único enlace con ellos sea el ferrocarril subterráneo actuamos sencillamente como un depósito de zona franca. Si por el contrario, participamos activamente en sus negocios, podemos vernos envueltos en especulaciones. Mientras permanezcamos apartados, podemos cargarles libremente los precios más beneficiosos por mano de alza. Establecer compromisos con el Continente puede entrañar fácilmente otras responsabilidades que no deseamos.

—Bien —continuó Hertzog ávidamente—. Tal como me lo explica, lo comprendo. Antes pensaba que, desde el momento que somos descendientes de quienes construyeron el ferrocarril subterráneo y levantaron esta ciudad, estamos ligados en cierto modo a estos países.

Traven sonrió.

—Han pasado cien años, Frank. Ninguno de los gobiernos que patrocinaron la idea ya existe. No hay base legal para un enfoque de este tipo.

—No, ahora lo comprendo. Pero necesitaba tener las ideas muy claras sobre esta cuestión.

Mientras reflexionaba, Traven bebió otro sorbo de su vaso.

—Está bien —dijo, arguyendo—, no le fue tan mal en aquel negocio con William Waring. De serle permitido organizar su sindicato de inversiones, la influencia de todo aquel capital hubiera inclinado las elecciones municipales hacia un grupo de candidatos partidarios de la intervención en los asuntos del continente. Evitó muchas cosas a bastante gente además de usted, Frank.

—Desde luego, pero estaba complicado en un intento de estafar veinte mil dólares a la AVI. Eso es mucho dinero. Quedé muy sorprendido cuando al indagar descubrí que el fraude era mayor de lo previsto. Fue un golpe de suerte y nada más, Thad. Pero me hizo pensar...

—¿Qué?

—Sencillamente que Waring montó un negocio que pudo haberme arruinado, sin que yo tuviera la más mínima idea de ello. Si alguien me hubiese informado acerca de la situación de la política municipal, mi actitud hubiera sido distinta —acabó su bebida e hizo una seña a Traven—. ¿Otro?

—Pues sí, gracias —dijo Traven lentamente.

Hertzog llamó al camarero, que no les perdía de vista y continuó:

—La candidatura de las elecciones se proclama la próxima semana, ¿no es así?

—Efectivamente, el primer martes después del Cuatro de Julio. Pero serán muy formularias este año. Todos los miembros del Partido de Intervencionistas del

Continente se retiraron después que Waring fue descubierto. No todos eran candidatos suyos, desde luego, pero incluso los legítimos estaban cortados por el mismo patrón.

—Ya... Déjeme pensar un momento... No soy entendido en la materia, como ya le dije antes... ¿Figura usted en la lista de los candidatos conservadores este año, como de costumbre?

Los labios de Traven se cerraron completamente.

—Sí, claro. Seré candidato a la Secretaría del Ayuntamiento, como de costumbre.

—Perdone, Thad... ¿Eso no está muy lejos de la cima?

—No, no lo está —contestó Traven concisamente.

—Me parece vergonzoso. No conozco al alcalde Phillips lo suficiente, pero no me da la impresión de ser una persona muy activa.

—Cumple su cometido en la política del partido —dijo Traven con amargura—. El resto de nosotros tenemos que contentarnos con lo que se nos da.

—Curiosa forma de organizar las cosas. No me parece justo.

—No lo es. ¿Pero qué quiere? Atlantis está habitada por personas que apenas tienen que trabajar por sus salarios y no pensar mucho acerca de nada. Apenas un 20% se molesta siquiera en votar, y la mayoría de ellos son absorbidos por la organización de Phillips. Tampoco tengo derecho a quejarme, naturalmente, pero sin embargo...

—Creo que sí tiene derecho. A menos que se presente con Phillips, no tiene usted ninguna oportunidad, mientras la votación continúe baja.

—¿Y quién tendría capacidad para montar un partido de la oposición? Hace falta dinero para propaganda, para carteles, para reuniones. ¿Quién puede invertirlo?

—Bien, ahora —dijo Hertzog rodeando el vaso con sus manos y mirándolo atentamente.

—¡Cielo santo, Frank! ¡No sabe lo que dice! Además, este año ya es demasiado tarde...

—¿Para nombrar un candidato?

—Para nombrarlo, no. ¡Para la campaña electoral, hombre! ¡Apenas si queda una semana!

—Thad, usted sabe que la AVI es propietaria de los taxis acuáticos, de uno de los servicios de helicópteros, y de cuatro hoteles. Publica diariamente una página entera de anuncios en nuestros tres periódicos. Patrocina la mitad de los programas radiofónicos y cuatro espectáculos en la televisión. ¿Qué le parecería presentarse como candidato a alcalde por el Partido Progresivo Reformista con una gran campaña para conseguir votos, con carteles que muestren su rostro a todo el mundo, a cualquier hora, cuando vayan a tomar una lancha o un helicóptero? ¿No cree que podría atraer, digamos, el 40 o el 45% de los votos?

Traven se puso pálido.

—¡Cielo santo, Frank, eso no es legal! Una corporación no puede volcar su capital en apoyar a un candidato de esa forma. ¿Y qué diría su Consejo de Administración?

—Me permitiré recordarle, Thad, que yo soy el Consejo de Administración.

—Pero aún así, no puede...

—¿Ni siquiera si presento mi candidatura a lacero municipal anunciada con letras de fuego? Quiero ser lacero, Thad, nunca he deseado nada con mayor pasión. Y voy a volcarme por entero en la elección, pero necesito a alguien para encabezar la candidatura. ¿Qué opina?

—Frank, yo..., ¿lo desea realmente?

Hertzog hundió dos dedos en el bolsillo del pecho de su camisa de sport, tomó dos arrugados billetes de cinco dólares y un trozo de papel. Abrió el papel y lo dejó caer sobre el tapete ante Traven. Era un cheque de la AVI por un importe de doscientos mil dólares a favor de los fondos para la campaña del Partido Progresivo Reformista.

—Vamos a necesitar una campaña —dijo Hertzog—. ¿Qué? Phillips y el Partido Conservador están enajenando intereses comerciales en el Continente, en donde se están empezando a irritar por nuestra actitud neutral y nuestras tarifas de transporte. Estamos perdiendo buenos negocios. Calcule la cifra... Controlamos todas las mercancías poco importantes; las que nos interesan son enviadas por barco a Arcángel y de allí por ferrocarril hasta el Mar Negro. Y algún día van a construir un ferrocarril que cruzará toda África, eso es, a través de la selva, si les obligamos a ello. Garantice al pueblo una jornada laboral más corta y una reducción de impuestos, si las negociaciones demuestran que podemos incrementar nuestros ingresos brutos anuales disminuyendo ligeramente el precio de nuestros fletes.

Traven vaciló cautamente.

—No estoy seguro que esto sea compatible con mis anteriores manifestaciones públicas.

—¿Las suyas? Las del alcalde Phillips, querrá decir. Usted se está pronunciando ahora, está empezando a luchar de una vez. Thad, no es usted de los *gangsters* de Waring, sino un respetable ex conservador que ha tenido ya bastante.

—Ya comprendo —Traven exhibió una amplia sonrisa—. Creo que podré hacerlo. Sí, esto será justamente lo apropiado.

—Bien, Thad, es un hombre experimentado. Lo dejo todo en sus manos, organice el cuartel general de la campaña y busque los expertos en relaciones públicas que hagan falta. Le enviaré a un empleado de mi oficina, llamado Bannister, que le prestará una excelente ayuda y será su enlace con la tesorería de la AVI, en caso que los efectivos resulten insuficientes, pero yo me mantendré fuera de esto. Buena

suerte.

Traven cogió el cheque, lo estudió fascinado por un momento, y lo puso en su billetera.

—Bueno... gracias, Frank.

—No tiene importancia, Thad —dijo Hertzog, levantándose. Dejó los dos billetes de cinco dólares sobre la mesa y le hizo una seña al camarero—. Ya le veré en las elecciones.

—Ah..., Frank..., suponga que Phillips desmienta mis afirmaciones.

—Ya que eso le preocupa, le diré que sus afirmaciones son religiosamente ciertas. Es un problema de registro de la propiedad. Estudie los informes de Standard & Poore y Dun & Bradstreet de los últimos treinta años. Está todo allí —agitó una mano en son de despedida y dejó el bar.

Frank Hertzog vivía en un desconchado apartamento de dos habitaciones, anclado al lado de uno de los pilones del edificio de la AVI, a cuatrocientos metros por debajo del nivel del mar. Era un lugar muy tranquilo, y difícil de localizar. En la pequeña cocina, Frank calentaba cuidadosamente un poco de chocolate. Cuando estuvo tibio, echó el chocolate en un tazón de loza con dos dedos de whisky y se dirigió a la sala de estar, mordiendo distraídamente un sandwich de jamón, lechuga y tomate con un poco de mostaza.

—¿Cómo ha ido hoy? —preguntó a Hoke Bannister, de pie sobre la alfombra, que lanzaba dardos sobre un blanco fijo en la pared.

—Pues el amigo Thad Traven ha puesto a los conservadores al borde del síncope y ha trastornado la ciudad. No es posible dar un paso sin toparse con un anuncio de Traven. Sonny Weams está haciendo chistes a costa de Phillips y nuestra revista musical de la televisión está llena de preguntas acerca de fletes y de tonelajes.

—La cosa marcha bien —asintió Hertzog—. Esto me recuerda algo. Firme aquí, ¿quiere?

Sacó una hoja de papel arrugado del bolsillo de su pantalón y se lo entregó.

—¿Qué es esto? —preguntó Bannister.

—Un acuse de recibo. Un empleado de la compañía tiene que firmarlo.

—¿Por qué no usted?

—Soy el expedidor. Me marchó a Basilea dentro de veinte minutos con treinta mil dólares. Un poco antes del plazo de Keller pero me imagino que a ellos no les importará recibir el dinero unos días antes.

Bannister garrapateó su nombre en el espacio indicado y se guardó el documento.

—¿Tomará el avión?

—No. Ya no se percibe ninguna sensación de viaje yendo a esa velocidad. Tengo tiempo de sobra. Iré por el ferrocarril subterráneo.

—No se olvide de regresar mañana, antes de que las elecciones terminen. Un voto, es un voto, ya lo sabe.

—Sí. ¿De qué me presento?

—Asambleísta de distrito. Casi tan bueno como de lacero.

—Me lo temía —tomó su maletín y llamó al ascensor, que apareció con un silbido detrás de una puerta corredera en la pared de la sala de estar—. Vigile la tienda —dijo.

—Sí, claro —contestó Bannister.

La estación término del ferrocarril subterráneo consistía en una plaza de medio kilómetro cuadrado y treinta metros de alto, con dos macizas puertas circulares llenas de cerrojos y que rezumaban agua por la condensación. Parecían como un par de ojos cerrados en el lejano muro. Dos armaduras metálicas descansaban sobre vigas de acero, alargando el perfil de los túneles sobre la bóveda y arrojaban sus complejas sombras sobre el gastado suelo de cemento en donde se concentraban los empleados ferroviarios. Había un andén de pasajeros edificado sobre la parte exterior del muro, cuyo borde más saliente era curvado a fin de encajar perfectamente con la cercana plataforma. Hertzog esperó pacientemente, junto con un pequeño grupo de pasajeros cargados con maletas.

En la plataforma, el tren estaba formándose. Consistía en tres vagones, dos de ellos de carga y el tercero de ellos con un reducido compartimento de viajeros en uno de sus extremos. Cuando los vagones de carga se abrieron, a lo largo del tren se deslizaron unas compuertas herméticas parecidas a las valvas de una concha, sostenidas en su parte superior por una especie de alas. Las grúas dejaron caer, desde el techo de los vagones, bultos de mercancías en espacios ya calculados dentro de los vagones. El interior del tren se fue llenando de una masa sólida bien ajustada, que hacía pensar en esos rompecabezas infantiles, donde piezas de plástico de formas diversas encajan unas con otras formando pistolas, aviones y otras figuras. Semejante a una crisálida, articulada en dos puntos, carente de ventanas, a excepción de los tres ojos de buey del compartimento de pasajeros, aguardaba el momento de deslizarse por la esclusa de aire. La cámara resonaba cada vez que una herramienta se caía o los empleados circulaban a un lado o a otro del enrejado de la plataforma. Los cables de la grúa crujieron dentro de sus fundas, mientras las órdenes de los cargadores dominaban el estruendo.

Cada una de las grúas parecía disponer la última carga al mismo tiempo. El aullido de una sirena subió al máximo, hasta que las compuertas se cerraron con un golpe. Los brazos de las grúas se plegaron y la puerta del compartimento de pasajeros se abrió de par en par. Hertzog y los demás pasajeros entraron en el tren. Tan pronto el último de ellos hubo penetrado, las puertas se cerraron. Los viajeros se

acomodaron en sus asientos y el tren partió sin más preámbulos, moviéndose lentamente y con dificultad a través del levantado portón de la esclusa de aire.

Mientras los pasajeros esperaban en la oscuridad, las bombas vaciaron la esclusa y entonces el sonido del metal frotando sobre metal se propagó por todo el tren con perfecta claridad.

—Un par de dólares semanales para gastos de engrase no causarían a la ciudad ningún perjuicio —murmuró Hertzog. El claxon de aviso le hizo meter los pies en las estriberas. El tren se deslizó hacia adelante, pareciendo haber encontrado su velocidad al mismo tiempo que desaparecía su primitiva inclinación. Al llegar a la llanura, alcanzó una marcha uniforme de trescientos cincuenta kilómetros por hora dentro del túnel construido bajo el mar. Oculto en su escudo protector de hormigón, el tren corría hacia las montañas que constituían la frontera occidental de la vida en Europa.

La vía era única excepto en los tramos próximos a las estaciones. Justamente antes de llegar el tren a la superficie de la costa de Francia, fue transferido a una vía muerta mientras otro avanzó con estruendo en dirección contraria. Hertzog miraba con curiosidad por la ventanilla la plataforma de emergencia. Existían posiblemente complicados mecanismos para remolcar trenes averiados fuera de la vía principal, así como topes de seguridad que evitaban choques frontales. Todo parecía funcionar bien, sea porque todo estuviera eficientemente pensado, sea por la dedicación y labor conjunta de los trabajadores protegidos con vestidos de aire que cuidaban de que las vías estuviesen libres.

Detenido junto al muro de la vía principal, el tren se encontraba de nuevo en una esclusa de aire. Los pasajeros podían, en caso de emergencia, escapar a un desastre refugiándose en el ambiguo amparo de un apeadero carente de comunicación con la superficie. Hertzog se levantó de su asiento y tiró del conmutador de la puerta del compartimento. Se oyó un silbido y una explosión de aire comprimido, y la puerta se abrió ante un desnudo andén de hormigón lleno de manchas de herrumbre y de suciedad.

—Por favor —rogó una voz a través del sistema automático de anuncios—. No salga excepto en situación de verdadera emergencia. Por favor, cierre la puerta.

Hertzog se encogió de hombros y cerró la puerta, volviendo a su asiento.

«Justamente me pregunté si funcionaba», se dijo a sí mismo.

Basilea resultó poco atrayente para Frank Hertzog. Uno de los motivos fue que los edificios se desparramaban paralelamente a las carreteras desde la colina hasta la porción interior del valle. Otro fue que todo el mundo vestía trajes oscuros, sobriamente cortados.

«Parecen una asociación de banqueros», se dijo Hertzog, cuando entraba en el ascensor del edificio del mayorista de licores.

—¿A qué piso, señor? —preguntó untuosamente el chico del ascensor con un reprimido olfateo hacia el traje de Hertzog.

—Al catorce, pollo —dijo Hertzog.

—Bien.

—¿Has estado en el ejército, jovencito?

—¿Cómo?

—Olvidaste decir «señor».

—Perdone, señor.

—Estamos listos.

—Decía el...

—Para de una vez, pollo. No puedo aguantarte más. ¿Por qué no te vienes a Atlantis y consigues un empleo decente?

—¿Atlantis, señor?

La intención oculta en la voz del ascensorista era evidente.

—No nos divierte ya comernos a los niños, ¿sabes? La mayoría los detestamos y a veces tenemos que forzarnos para comérmolos. Personalmente, me parece que tienen muy mal sabor, sobre todo hervidos. Asados ya es otra cosa, pero ya no hay forma de encontrarlos.

—Piso catorce, señor —dijo el ascensorista estiradamente.

—Gracias, pollo —repuso Hertzog, mientras se dirigía a la puerta de entrada de la compañía de licores—. Y no hagas más caso de propaganda estúpida.

El presidente de los mayoristas de licores era un hombre llamado Mott, de hundida barbilla y dientes prominentes.

—Señor Hertzog —dijo, gesticulando exageradamente—. No sé qué decirle...

—No importa, dígalo —le animó Hertzog, arrastrando las palabras y repantigándose en su asiento.

—En fin..., no estamos acostumbrados a que un presidente del Consejo de Administración nos entregue personalmente tal cantidad de dinero.

—Antes de lo previsto —añadió Hertzog.

—Oh..., sí. Ahora bien, francamente, no sé...

—¿No lo estaban esperando?

—¿Esperándolo? Oh, sí, naturalmente, pero no hasta...

—No puede servirnos el pedido hasta el día 15, aun cuando reciba el dinero hoy, ¿no es así?

—Efectivamente —suspiró Mott con aire agradecido—. Me complace que usted lo comprenda.

—Desde luego —dijo Hertzog—. Lo mismo me pasa a mí. No valía la pena continuar dando rodeos, ¿no es verdad? —Se incorporó y estrechó la mano de Mott—. Tengo que irme ahora. Tanto gusto en haberle saludado, Mott.

Salió a la calle, tomó un taxi hasta la estación del tren subterráneo y regresó a casa, silbando una canción que empezaba así: «Si todas las jovencitas fueran como Mercedes Benz...».

Había transcurrido más de una semana desde que Hertzog fuera elegido asambleísta por su distrito, y se hubiera acostumbrado a esta idea. Eran las nueve de la noche del 14 de julio y se encontraba en el ascensor del pilón con Hoke Bannister.

—Así que todo está a punto —manifestó—. Con una nueva administración en Atlantis, los gobiernos del Continente dejarán de pensar por algún tiempo en prohibir los fletes por ferrocarril subterráneo. Tres transportistas americanos van a enviar sus mercancías aquí; y si eso sale bien, como es de esperar, les seguirán otros. A los transportistas trasatlánticos por aire eso no les importa mucho mientras no establezcamos una flota de aviones de carga. ¿Por qué vamos a hacer tal cosa? Nuestro distintivo es la calidad y no el lujo.

—De esta forma, Atlantis no tendrá competidor en igualdad de condiciones, ¿no es así?

—Eso creo —admitió Hertzog.

—Continuemos bajando. Quiero pasar un momento por la terminal.

—Como guste.

—Bueno, parece que Atlantis vivirá en paz por algún tiempo. Eso está bien. Quiero quedarme en esta ciudad. El Continente está bien para una visita, pero no me gustaría vivir allá. Se toman el dinero demasiado en serio... Serían capaces de perder el mejor negocio del mundo por asegurarse treinta mil dólares.

—¿De veras?

—De veras.

El ascensor dio un suspiro al abrirse frente a la terminal. Hertzog se dirigió sin prisas hacia un tren que se estaba formando.

—Bannister, no crea que todos los continentales son individuos que saltan sobre un centavo sin un motivo importante. Recuerde aquella línea de zepelines desde Ciudad del Cabo. Valía la pena pensarlo. Sus tarifas podrían haberse acercado a las del ferrocarril subterráneo. Y si no hubiera tal ferrocarril... ¡Hombre, aquí tenemos al señor Keller! —gritó, dando un manotazo en el hombro al viajante de licores.

El compuesto hombrecillo se volvió medrosamente.

—¡Señor Hertzog! —balbuceó—. ¿Va a tomar ese tren?

—Eso pensaba.

—Oh.

—No hay nada como salir al extranjero para ampliar horizontes, es lo que yo siempre digo —murmuró Hertzog, mostrando a Keller y a Bannister el camino hasta el tren. Condujo al hombrecillo hasta un asiento, le hizo sentarse y desabrochó el

cinturón de seguridad para que el otro se lo pusiera, sin dejar de hablar—: A propósito, me da más miedo viajar por ferrocarril que por avión. Desde un aeroplano o desde un zepelín, se está siempre al tanto de lo que ocurre, pero en el tren subterráneo es diferente. Todos esos misteriosos ruidos de mecanismos que se mueven alrededor de uno, en la oscuridad... Y no cabe hacer otra cosa que quedarse sentado y esperar a que todos hayan cumplido con su obligación y que no surja una avería. Eso es lo que nos convierte realmente en ciudadanos del siglo XXI, la fe implícita en mecanismos que no se pueden controlar personalmente. ¿No le parece, señor Keller? Siéntese, Hoke. Creo que el tren va a arrancar.

El tren se introdujo por la esclusa de aire, deslizándose después hacia el exterior. Bannister sonreía a Hertzog. Keller estaba pálido y callado, con una bolsa de mano entre los pies.

—El caso es, señor Keller, si uno se detiene en ello, que las cosas pequeñas son las que realmente clasifican la tecnología de una cultura. Estamos predispuestos a dejarnos impresionar por grandes mecanismos que rechinan y gimen y que parecen cumplir una función, pero, en realidad, una máquina eficiente no debería entrometerse en actividades civilizadas como la conversación o los negocios de alto nivel, ni debería requerir complicadas instalaciones que descubran su presencia. Por ejemplo, señor Keller, poseemos máquinas fotográficas capaces de trabajar progresivamente a través de un legajo de documentos, o del contenido de una cartera, que reproducen cada hoja de papel por ambas caras y sin que nadie lo advirtiera. Incluso a través de una cartera, si es necesario. Esa cámara se puede instalar en una pared, o en un cuadro colgado de ella, o en cualquier parte, y su objetivo puede ocultarse en una sortija —metió la mano en el bolsillo y sacó la fotocopia que Paulette le envió a su despacho—. ¿Es suyo esto, señor Keller?

Keller la tomó con dedos temblorosos y la miró.

—Esto es un atropello —susurró—. Esto es demasiado.

—Oh, no lo creo —repuso Hertzog, volviéndose a Bannister—. Esto es un acuerdo, y no precisamente de caballeros, entre el señor Keller como parte privada y la compañía de zepelines. Me pregunté si se arriesgaría a confiarlo a una caja fuerte, pero no lo hizo. Se trata de un pago de cien mil dólares y (cito textualmente) «por la interrupción del servicio del ferrocarril subterráneo entre Atlantis y el Continente durante un período de tiempo que comenzará el 14 de julio a medianoche». Aquí reside el fondo de la cuestión. El señor Keller ha apostado que tal interrupción tendrá lugar, y la compañía de zepelines que no.

—Oh —dijo Bannister.

—Así es. Hoke, tenga la amabilidad de echar un vistazo a la bolsa de viaje del

señor Keller. Tengo el convencimiento que encontrará algo parecido a una máquina infernal.

—Lo siento —dijo Keller con un susurro, hundido en su asiento—. Lo siento de veras.

—Ánimo, Keller —le consoló Hertzog. Se incorporó para desenroscar la bombilla de la lámpara que iluminaba sus asientos, remplazándola con un enchufe. De otro bolsillo sacó un pequeño intercomunicador y conectó la antena al enchufe. Marcó un número telefónico—. Traven, por favor, llama Frank Hertzog.

Esperó y dirigió una sonrisa a los otros pasajeros del compartimento, mientras Bannister, con las cejas enarcadas respetuosamente, inutilizaba la bomba de relojería de Keller.

—¿Traven? Deseo que el ferrocarril subterráneo sea cerrado al público por trabajos de reparación. Eso es. Veinticuatro horas a partir de la medianoche de hoy. Es completamente necesario. Los resultados servirán para mejorar el servicio. Sí, señor. Mientras trasmita la orden, sitúe un vigilante en la estación contigua y haga instalar vías dobles para eliminar los tramos de vía muerta, tan pronto como sea posible. Contribuiremos a los gastos, desde luego. Gracias. Buenas noches, Traven.

Desenchufó el intercomunicador y devolvió la bombilla a su sitio. Entregó entonces dicho aparato y el enchufe a Keller.

—Todos los empleados de la AVI disponen de este material. Es para usted. Funciona en cualquier parte del mundo, tanto en el exterior, a través de cualquier conexión eléctrica en Atlantis, como bajo tierra o bajo el agua.

—¿No piensa usted...?

—¿Tomar represalias? Usted era tan sólo un instrumento de la compañía de zepelines. Legalice su acuerdo ante un tribunal. Coja los cien mil dólares. Es a ellos a quienes quisiera dar un buen susto.

—Oh...

—La bomba de relojería estaba a punto —dijo Bannister—, ajustada para explotar a medianoche.

—¿Sabe lo que esto significa, Hoke, con el ferrocarril subterráneo cerrado mañana?

—¿Qué?

—Significa que tendremos que regresar en avión.

—Un negocio muy sencillo —explicó Hertzog, con los pies apoyados en un brazo del sofá en su cuarto de estar—. Nuestros amigos de la compañía de zepelines tenían que usar a un hombre que conociera el ferrocarril subterráneo y que habitualmente viajase en él. Keller les serviría para cumplir sus fines. Pero como se trataba de un empleado, se lo contó a sus superiores. Éstos no sentían ningún aprecio por Atlantis

ni por sus habitantes con preferencia a cualquier negocio del Continente, antes de que cambiara nuestro Ayuntamiento, pero estaban ansiosos que pagase un pedido de más, que sabían no sería entregado, al ser destruido el ferrocarril. Cuando esto sucediera, Atlantis no tendría ya influencia alguna en los tribunales del Continente, y mis intentos para recuperar el dinero serían baldíos. El caso es que Keller apuntó alto. Tenía, por una parte, sus cien mil dólares asegurados. Pudo haber sacado algo más por entregar los negocios de su compañía a la línea de zepelines y, además, le quedaba su comisión de la venta del licor que, por cierto, no iba a ser entregado. Pretendió sacar tajada de todos nosotros, en una palabra. Pero entonces vino aquí para contarme aquella estúpida historia y habló demasiado. Me dijo incluso cuándo estallaría la bomba, justo después de que el último tren nocturno de Atlantis llegase a Basilea. Esto fue la gota que desbordó el vaso. Trató de conseguir demasiadas cosas en demasiada gente y se quedó con un palmo de narices. La avaricia, Hoke, no es una emoción útil para un hombre que desea conseguir dinero.

—Pero ganó cien mil dólares.

—No lo creo. Éste será su problema. Keller es un tipo incompetente que no podría ganarlos de ninguna manera, ni siquiera ilícita.

—Y, desde luego, él y su dinero pronto se separarán. Los jefes que pagan grandes sumas por compromisos violentos, digamos del orden de destruir un sistema importante de transporte, pertenecen precisamente a un tipo mental que procura que su incompetente empleado no disfrute de su dinero. Me temo que desconocemos la psicología más adecuada para dar a nuestro pequeño señor Keller lo que verdaderamente se mereció.

—Esto me hace recordar... que pertenecemos al gremio de mayoristas de licores. Cuando descubrí que los jefes de Keller conocían su pequeño y extraoficial plan, me puse tan furioso que los soborné. Unos directivos semejantes deberían ser fusilados. ¡Permitir que por un beneficio bruto de treinta mil dólares se les escapen muchos millones...! Gente como esa... —Hertzog meneó la cabeza—, carecen de todo sentido de la responsabilidad.

—Así es como Keller se ha convertido en empleado de la AVI —concluyó Bannister, abriendo una botella—. A través de la compañía de licores. Es lo que me estaba preguntando cuando usted le entregó el intercomunicador.

Hertzog sonrió con suavidad.

—Técnicamente esa es la respuesta. Privadamente... confío en oír gracias a ese intercomunicador, que Keller y su no merecido beneficio se han separado. Me temo que armará un gran escándalo por tal motivo.

UN REGALO DE LA TIERRA

Fredric Brown

Earthmen Bearing Gifts, 1960

Dhar Ry meditaba a solas, sentado en su habitación. Desde el exterior le llegó una onda de pensamiento equivalente a una llamada. Dirigió una simple mirada a la puerta y la hizo abrirse.

—Entra, amigo mío —dijo—. Podría haberle hecho esta invitación por telepatía, pero, estando a solas, las palabras resultaban más afectuosas.

Ejon Khee entró.

—Estás levantado todavía y es tarde, mi jefe —dijo.

—Si, Khee, dentro de una hora debe aterrizar el cohete de la Tierra y deseo verlo. Ya sé que aterrizará a unas mil millas de distancia, si los cálculos terrestres son correctos. Pero aun cuando fuese dos veces más lejos, el resplandor de la explosión atómica seguirá siendo visible. He esperado mucho este primer contacto. Aunque no venga ningún terrícola en ese cohete, para ellos será el primer contacto con nosotros. Es cierto que nuestros equipos de telepatía han estado leyendo sus pensamientos durante muchos siglos, pero este será el primer contacto *físico* entre Marte y la Tierra.

Khee se acomodó en el escabel.

—En efecto —dijo—. Últimamente no he seguido las informaciones con detalle. ¿Porque utilizan una cabeza atómica? Sé que suponen que nuestro planeta está deshabitado, pero aun...

—Observan el resplandor a través de sus telescopios para obtener... ¿cómo lo llaman?... un análisis espectroscópico. Eso les dirá más de lo que saben ahora (o creen saber, ya que mucho es erróneo) sobre la atmósfera de nuestro planeta y la composición de su superficie. Es como una prueba de puntería, Khee. Estarán aquí en persona dentro de unas cuantas conjunciones de nuestros planetas. Y entonces...

Marte se mantenía a la espera de la Tierra. Es decir, lo que quedaba: Una pequeña ciudad de unos novecientos habitantes. La civilización marciana era más antigua que la de la Tierra, pero había llegado a su ocaso y esa ciudad y sus pobladores eran sus últimos vestigios. Deseaban que la Tierra entrara en contacto con ellos por razones interesadas y desinteresadas al mismo tiempo.

La civilización de Marte se había desarrollado en una dirección totalmente diferente a la terrestre. No había alcanzado ningún conocimiento importante en ciencias físicas ni en tecnología. En cambio, las ciencias sociales se perfeccionaron hasta tal punto que en cincuenta mil años no se había registrado un solo crimen ni producido más que una guerra. También habían experimentado un gran desarrollo en las ciencias parapsicológicas, que la Tierra apenas empezaba a descubrir.

Marte podía enseñar mucho a la Tierra. Para empezar, la manera de evitar el crimen y la guerra. Después de estas cosas tan sencillas, seguían la telepatía, la telekinesis, la empatía...

Los marcianos confiaban que la Tierra les enseñara algo de más valor para ellos: restaurar y rehabilitar un planeta agonizante, de modo que una raza a punto de

desaparecer, pudiera revivir y multiplicarse de nuevo.

Los dos planetas ganarían mucho y no perderían nada.

Y esa noche era cuando la Tierra haría su primera diana en Marte. Su próximo disparo, un cohete con uno o varios tripulantes, tendría lugar en la próxima conjunción, es decir, a dos años terrestres o cuatro marcianos. Los marcianos lo sabían, porque sus equipos telepáticos podían captar los suficientes pensamientos de los terrícolas como para conocer sus planes. Desgraciadamente, a tal distancia la comunicación era unilateral. Marte no podía pedir de la Tierra que acelerase su programa, ni informar a sus científicos acerca de la composición y la atmósfera reales de Marte, objetivo de ese primer lanzamiento.

Aquella noche, Ry, el jefe (traducción más aproximada de la palabra marciana), y Khee, su ayudante administrativo y amigo más íntimo, se hallaban sentados y meditando hasta que se acercó la hora. Brindaron entonces por el futuro —con una bebida mentolada, que producía a los marcianos el mismo efecto que el alcohol a los terrícolas—, y subieron a la terraza. Dirigieron su vista hacia el norte, en la dirección donde debía aterrizar el cohete. Las estrellas brillaban en la atmósfera.

En el observatorio número 1 de la luna terrestre, Rog Everett, mirando por el ocular del telescopio de servicio, exclamó triunfante:

—¡Explotó, Willie! Cuando se revelen las películas, sabremos el resultado de nuestro impacto en este viejo planeta Marte.

Se incorporó, pues de momento no había más que observar y estrechó solemnemente la mano de Willie Sanger. Era un momento histórico.

—Espero que el cohete no haya matado a nadie. A ningún marciano, quiero decir. Rog ¿habrá hecho impacto en el centro inerte de la Gran Syrte?

—Muy cerca en todo caso. Yo diría que a unas mil millas al sur. Y eso es puntería para un disparo a cincuenta millones de millas de distancia... ¿Willie, crees que habrá marcianos?

Willie lo pensó un segundo y respondió:

—No.

Tenía razón.

COSAS

Zenna Henderson

Things, 1960

Viat volvió del campamento de los Extranjeros, con el penacho abatido, los deví arrancados de la chaqueta, la boca entreabierta y anhelante, y la mirada vacía. Se pasó un día sentado al sol, sin darse cuenta siquiera de que los niños se reunían y hacían preguntas con sus agudas vocecillas. Al alcanzarle las sombras de la tarde, Viat dio tambaleante dos pasos y cayó muerto.

Su madre vino entonces, pues el cuerpo había nacido de ella y nunca podría serle extraño, pues aquel vacío que había brotado de sus ojos no era Viat. Reconoció su muerte, prendiéndole el kiom en su desgarrada chaqueta, que ella misma había modelado el día que le dio a luz, pues nacer es empezar a morir. Mientras Viat no hubiese entregado su corazón, ella guardaba el kiom para ofrecerlo. Dejó el pelu tenuemente encendido en el centro del kiom, porque Viat había muerto bienamado. El que muere bienamado camina derecho y seguro por el sendero de los Escondidos, gracias a la luz del pelu. Si se le quita esa luz, vagará siempre, a tientas, entre la oscuridad del kiom sin luz.

Por eso le prendió el kiom y lloró.

Se celebró una reunión después que Viat fuera devuelto al seno de la tierra. Con las espaldas inclinadas contra el sol, los coveti pensaron juntos toda la mañana. Cuando el sol les dio en la cara, se cubrieron los ojos con las palmas de la mano extendidas, y entablaron conversación.

—Los Extranjeros nos han traído el mal —exclamó Dobi, pisoteando el polvo—. Por su causa, Viat ya no vive. No regresó del campamento, únicamente lo hizo su cuerpo, hasta saber que no volvería a él.

—Pero tal vez los Extranjeros no sean malvados. Vinieron a nosotros en son de paz. Incluso procuraron aterrizar su nave en un erial, en vez de chamuscar nuestros campos. —Deci clavó los ojos vehementemente en el cielo. La sangre le hervía al imaginarse una nave repleta de Extranjeros, bajando de una nube—. Quizá no fue necesario que trasladáramos el Coveti.

—Es verdad, es verdad —asintió Dobi—. Es posible que no sean malvados, pero su aliento puede significar la muerte para nosotros, o acaso la caída de sus sombras, o las cosas silenciosas que despiden invisiblemente sus manos amistosas. Es mejor que no volvamos al campamento. Ni debemos permitirles que hallen el Coveti.

—¡Pero no se los prohíbas! —gritó Deci, ondulando su penacho—. No los conocemos. Convertirlos ahora en tabú no estaría bien. Tal vez traigan regalos...

—Nadie regala nada sin motivo, siempre se busca algo. No tenemos ningún deseo de cambiar nuestros hombres jóvenes por una mirada de los Extranjeros.

Dobi trazó una especie de surco en la arena con los dedos, borrándolo luego de la misma manera en que Viat había sido borrado de la vida.

—Incluso —la voz de Vetí se elevó clara, mientras su penacho azul se mecía en la brisa—, es muy posible que posean conocimientos que ignoramos. ¡Jamás hemos

lanzado naves a las nubes para que vuelvan!

—¡Sí, sí! —afirmó Deci, clavando los ojos en Vetí, que le tenía arrebatado el corazón—. Deben saber mucho y tener muchos regalos para nosotros.

—Bienvenido sea el regalo de la sabiduría —dijo Tefu con su baja y ronca voz—. Pero los regalos son incómodos, producen obligaciones.

—¡Esas son viejas palabras! —gritó Deci—. ¡Los sistemas antiguos no sirven cuando aparecen otros nuevos!

—Es cierto —asintió Dobi—. Si lo nuevo es un auténtico sistema y no un torbellino o un sendero que no conduce a ninguna parte. Pero juzgar sin motivos es juzgar erróneamente. Iré a ver a los Extranjeros.

—Y yo —añadió Tefu con su tonante voz.

—¿Y yo? ¿Y yo? —tartamudeó Deci, levantando una polvareda al levantarse apresuradamente.

—Jóvenes... —masculló Tefu.

—Ojos jóvenes para captar lo que los ojos viejos tal vez no vieran —dijo Dobi—. Nuestro camino es el tuyo.

Agitó su penacho al inclinarse ante Deci.

—¡Deci! —exclamó Vetí con voz agitada por lo desconocido—. No vuelvas como lo hizo Viat. El corazón que late en tu pecho no te pertenece del todo.

—¡Volveré! —gritó Deci—. Llenaré tus manos con maravillas y encantos.

Besó las palmas de las manos de la mujer como aseveración a su seguridad de retorno.

El tiempo no es un conjunto de horas y días, o un movimiento de la luz y de la sombra. El tiempo pasó más rápidamente que el rizo de la brisa sobre el césped, o que el susurro de la brisa a través de las cañas, o que el breve sonido de las pisadas sobre un suelo que en apariencia no debían oírse. Las rocas parecían hendirse en dos para dejarle pasar.

Dobi, cojeando, iba el primero, lento el paso, humillado el penacho, con los ojos escondidos en la sombra que proyectaba su inclinada cabeza. Detrás venía Tefu, como un hombre con ceguera reciente, andando a tientas, esforzándose, tropezando, titubeando, hasta arrebujarse contra las rocas que le eran familiares, mientras caía la tarde.

—¡Deci! —gritó Vetí, sobresaltando al grupo con su chillido—. ¡Deci!

—No ha venido con nosotros —dijo Dobi—. Nos ha visto marchar.

—¿Voluntariamente? —preguntó—. ¿Voluntariamente o por la fuerza?

—¿Voluntariamente? —Tefu volvió los ojos hacia ella sin verla; miraba cosas escondidas en su interior—. ¿Por la fuerza? Se ha quedado. Nada le obligaba a quedarse. —Llevó su mano vacilante a un ojo y luego al otro—. Libre —murmuró—. ¿Dónde está la luz?

—¡Contadme! —exclamó Vetí—. ¡Oh, contadme!

Dobí se sentó sobre el polvo, haciendo una marca alrededor con sus grandes manos.

—Poseen auténticas maravillas. Nos darían muchas cosas extrañas por nuestro devi —golpeó con los dedos el borde de su chaqueta—. Telas que no podemos ni soñar. Instrumentos que podríamos utilizar. Armas que podrían liberar la tierra de todos los kutus hambrientos.

—¿Y Deci? ¿Y Deci? —preguntó otra vez, temblorosa, Vetí.

—Deci lo vio todo y lo deseó todo. Sus devi fueron arrancados antes que el sol se alejase del alcance de la mano. Era como un niño en una pradera de flores, que las busca, las coge, las manosea y siempre halla más hermosa la última que ve.

El viento llegó silenciosamente y se deslizó por los desnudos hombros.

—Entonces regresará —afirmó Vetí, relajando su crispada mano—. Cuando el encanto haya pasado.

—¿Como lo hizo Viat? —murmuró la voz de Tefu—. ¿Como he regresado yo? —Levantó la mano frente a los ojos, doblando los dedos uno tras otro—. ¿Cuántos dedos hay? ¿Seis, cuatro, dos?

—Has visto a los Extranjeros, antes de que retirásemos el Coveti. Has visto las extrañas vestiduras que llevaban, brillantes, espléndidas y pesadas. Nuestra atmósfera les es perjudicial. Sin sus ropajes, morirían.

—¿Si están tan bien protegidos contra el mundo, cómo pueden hacer daño? —exclamó Vetí—. No pueden hacer daño a Deci. Regresará.

—Yo he regresado —musitó Tefu—. No hice más que andar entre ellos y el vaho de su respiración me ha cegado. Sólo el tiempo y los Ocultos saben si he perdido definitivamente la vista. Uno se preocupó de mí. Me miró fijamente cuando mis pasos se hicieron vacilantes. Me alejó de los otros rápidamente, y se sentó algo separado de mí, observándome mientras la luz se extinguía a mi alrededor. Estaba preocupado por mí..., o estaba estudiándome. Pero ahora estoy ciego.

—¿Y tú? —preguntó Vetí a Dobí—. ¿No te ha hecho daño?

—Fui precavido —dijo Dobí—. No me acerqué demasiado después del primer encuentro. Y sin embargo... —Mostró el muslo. Desde la cadera hasta la rodilla, su carne cuarteada, como por la acción reciente de una poderosa garra—. Me hallaba entre los árboles cuando un kutu aulló en una ladera, por encima de mí. Los Extranjeros hicieron brotar fuego y quedó reducido al silencio. Sorprendido, moví las ramas y arbustos que me cubrían, entonces... ¡s-s-s-s-t!... —señaló con el dedo la huella en el muslo.

—Pero Deci...

Dobí se sacudió el polvo de las manos.

—Deci es como un animal que se alimenta de carroña. Busca con las manos

extendidas. «Esperad, esperad», dijo cuando volvíamos. «Podemos ser los amos del mundo con estas maravillas».

—¿Por qué debemos gobernar al mundo? Ahora no existe ni primero ni último. ¿Por qué debemos dominar a nuestros hermanos para conseguir cosas que el polvo reivindicará?

—Dale por muerto, Vetí —murmuró Tefu—. La muerte le rodea ahora de mil maneras. Y aunque su cuerpo regrese, su corazón ya no está con nosotros. Dale por muerto.

—Sí —asintió Dobi—. Lloro por él y da gracias que nuestro Coveti está tan bien escondido que los Extranjeros no podrán venir nunca a sembrar entre nosotros las semillas de otras Viats.

—Los Extranjeros son tabú. El sendero está cerrado.

Vetí le lloró, abatida sobre el polvo del sendero del coveti, apretando en sus manos el kiom que Deci le había dado con su corazón.

La madre de Viat se sentó con ella durante unas horas, hasta que Vetí empezó a sollozar y exclamó:

—Tu pena no es como la mía. Tú colocaste a Viat su kiom. Tú le cruzaste las manos para su descanso. Tú le devolviste a la tierra. No te lamente conmigo. Yo lloro un vacío, una incógnita. Tú sabes que Viat está en el camino de los Escondidos. Pero yo no sé nada de Deci. ¿Está vivo? ¿Está muriendo en la soledad sin un pelo que le alumbre en las tinieblas? ¿Se está arrastrando en este momento, ciego y tullido, por el sendero del coveti? Lloro por una muerte sin esperanza. Una desesperanza sin muerte. Lloro desamparada.

Y de esa manera lloró hasta agotar las lágrimas, sumida en la aridez hiriente del dolor. La otra mujer se dedicó a lo suyo, sabiendo que viviría aun cuando se le pasara el dolor.

Llegó entonces el día en que todos los rostros se volvieron hacia el sendero coveti. Todos los oídos escucharon el grito de Vetí, y todas las miradas se dirigieron hacia la figura tambaleante de Deci.

Vetí corrió hacia él, con los brazos extendidos y con el corazón confiado, antes que su mente pudiera comprender la realidad. Pero Deci evitó su contacto e hizo una mueca de cierto desagrado, mientras la rechazaba con una mano, de la que faltaban tres dedos, que apenas empezaban a regenerarse.

—¡Deci! —sollozó Vetí—. ¿Qué te ocurre?

—Deja... Déjame respirar —Deci se recostó contra las rocas; él, que podía correr más rápido que un kutu, y cuyos ligeros pies no tenían par entre los coveti—. El camino ha sido largo y necesito respiro.

—¡Deci! —Vetí seguía con las manos extendidas, ofreciéndole el kiom sin darse cuenta. Al verlo, la mujer se rió y lo desechó. ¿La señal de la muerte con Deci vivo,

frente a ella?— ¡Oh, Deci!

Se quedó silenciosa al descubrir su mano mutilada, su penacho deshilachado, su chaqueta hecha jirones, sus piernas tullidas, sus ojos... ¡Sus ojos! No eran los mismos del Deci que partió ansioso en busca de los Extranjeros. Ahora traía a esos Extranjeros en su mirada.

Al fin su respiración se calmó, y se inclinó hacia Veti, alargando con dificultad un bulto que llevaba.

—Lo prometí —dijo mirando sólo a Veti—. He vuelto para llenar tus manos de maravillas y hechizos.

Pero Veti escondió las manos tras la espalda. Los regalos de los Extranjeros eran sospechosos.

—Esto —continuó Deci, dejando en el suelo, a los pies de Veti, un objeto feo y anguloso—, esto significa la muerte para todos los kutus, ya sean de seis o de dos patas. ¡Que digan otra vez los coveti Durlo que el arroyo Klori les pertenece para la pesca...! Ahora nada les pertenece, salvo lo que queramos. Te doy poder, Veti.

Veti retrocedió un paso.

—Y esto —dejó un frasco de cristal al lado del arma—, esto significa sueños y alegría. De esto es lo que bebió Viat..., pero bebió demasiado. Lo llaman agua. Es una bebida que los Ocultos envidiarían. Con un solo trago todo rastro de pena y dolor, de perplejidad o sueños inalcanzables, desaparece por completo. Te entrego el olvido, Veti.

Ella movió la cabeza de lado a lado en rotunda negativa.

—Y esto... —sacó descuidadamente un rollo de brillante tela que reflejaba y retenía los rayos del sol. Sus ojos parecieron otra vez los auténticos ojos de Deci.

Veti se sintió atraída hacia el tejido, y sus manos lo tocaron, ya que no existe mujer que pueda ver realmente una tela, a menos que con los dedos palpe su cuerpo, su suavidad y su textura.

—Esto —siguió diciendo Deci— significa la belleza. Y esto es para que puedas mirarte sin recurrir a las aguas que se muevan. —Dejó un rectángulo, que la deslumbró un instante, al lado del arma y del frasco—. Para que te veas como Señora del mundo, del mismo modo que yo me veo como Señor.

Las manos de Veti dejaron caer la tela, casi sin haberla tocado. La mirada de Deci era de nuevo la de un extraño.

—Deci, durante todos estos largos días no he estado esperando cosas. —Veti se limpió simbólicamente las manos del contacto con la tela. Desvió la mirada hacia el suelo de las extrañas cosas colocadas sobre el polvo—: Ven, voy a curarte las heridas.

—¡No! ¡Mira! —exclamó Deci—. ¡Con todas estas extrañas cosas, nuestros coveti pueden dominar el valle y aun más allá!

—¿Para qué?

—¿Para qué? —repitió Deci—. Para conseguir todo lo que queramos. Para no trabajar más. Para pedir y recibir. Para tener poder...

—¿Para qué? —interrogaban todavía los ojos de Vetí—. Tenemos bastante. No sentimos hambre. Disponemos de vestidos para todas las estaciones. Trabajamos cuando es necesario. Nos divertimos cuando el trabajo está hecho. ¿Para qué necesitamos más?

—Deci cree que los métodos reposados son necesarios —observó Dobi—. Más le valdrían la agitación y el bullicio. Y el sudor y el miedo delicioso que nos empuja a la acción. Pronto llegarán los días de caza del kutu, Deci. Reserva tus ansias para entonces.

—¡Sudor, esfuerzo y miedo! —gruñó Deci—. ¿Por qué debo soportarlos, cuando con esto...? —Cogió el arma y con un simple movimiento derribó el tejado de la casa de Tefu. Mientras se oía el horrísono trueno de la descarga, exclamó—: Ningún kutu puede enseñarte los colmillos contra esto, excepto cuando la muerte le contrae las fauces para burlarse de su fuerza extinguida. Y si puedo lograr esto con un kutu —murmuró—, ¿qué no podré conseguir contra los coveti Durlo?

—¡Ven, Deci! —gritó Vetí—. Te vendaré las heridas. Cuando estén curadas, el tiempo habrá sanado tu mente de esos Extranjeros.

—¡No quiero curarme! —gritó Deci, mientras la ira retorció su desfigurado rostro—. ¡Ni tampoco lo querréis vosotros cuando vengan los Extranjeros y os hayan ofrecido sus maravillas a cambio de este simple devi con flecos! —Movié la cabeza desdeñosamente—. Por el devi de nuestro Coveti, podríamos comprar su nave aérea, sin duda alguna.

—No vendrán —dijo Dobi—. El camino está oculto. Ningún Extranjero encontrará jamás nuestro coveti. No tenemos nada más que esperar hasta...

—¡Hasta mañana! —exclamó Deci en voz más alta de lo necesario, agitando rebelde su penacho. Quizá pareció más resonante por el eco que levantó en el corazón de todos—. Les he dicho...

—¿Les has dicho? —repitieron tontamente todos.

—¿Les has dicho? —la incredulidad agudizó el lamento.

—¿Se lo has dicho? —la ira explotó en palabras.

—¡Se los he dicho! —gritó Deci—. De qué otra manera podríamos obtener los beneficios de los Extranjeros...

—¡Beneficios! —protestó Dobi—. ¡La muerte! —exclamó, dando un puntapié al arma que estaba en el suelo—. ¡Locura! —El agua del frasco gorgoteó al vaciarse—. ¡Vanidad! —El polvo empañó el espejo y manchó la brillante tela—. Por todo esto nos has traicionado, nos has traído la muerte.

—¡No! —exclamó Deci—. Yo he sobrevivido. No siempre viene la muerte con los Forasteros. —Una ira repentina endureció su voz—. ¡Las viejas costumbres! ¡No

queréis cambiar! Pero todo cambia; es lo natural en las cosas que viven. El progreso...

—No todo cambio significa progreso —murmuró Tefu ocultando su ceguera con las manos.

—Os guste o no —afirmó Deci—, mañana llegarán los Extranjeros. Tendréis que escoger —con el brazo indicó a todo el grupo—. Quedaos en vuestras casas como Pegu, o venid con vuestro devi a encontrar conmigo el poder, la riqueza...

—O cambiad el coveti de escondrijo otra vez —añadió Dobi—, para alejarlo de la traición y de la loca avaricia. Tenemos, pues, una tercera opción.

Deci contuvo el aliento.

—¡Veti! —suplicó en voz baja—. ¡Veti! No necesitamos al resto de los coveti. Tú y yo juntos podemos esperar a los Extranjeros. Juntos podemos ser los amos del mundo. Con esta arma ningún miembro de este coveti o de cualquier otro puede resistírsenos. Podemos ser el nuevo pueblo. Podemos tener nuestro propio Coveti, y conseguir lo que queramos. Ven, Veti.

Veti le miró largo rato a los ojos.

—¿Por qué has vuelto? —murmuró con lágrimas en su voz. De pronto la ira brotó en su mirada—: *¿Por qué has vuelto?*

Había toda la fuerza de un alarido en sus duras palabras. Se dirigió súbitamente a las rocas y recogió del polvo el caído kiom. Antes de que Deci comprendiese su gesto, se abalanzó sobre él y prendió la muerte sobre su desgarrada chaqueta. Luego, con un rápido y decisivo movimiento, le arrancó el pelu y lo arrojó al suelo.

Deci abrió los ojos aterrorizado, con la mano crispada sobre el kiom, pero sin atreverse a tocarlo.

—¡No! —gritó—. ¡No!

Entonces, Veti abrió los ojos y extendió a su vez las manos hacia el kiom, pero no tenía poder para deshacer lo hecho y su lamento se unió al de Deci.

Al comprender Deci que se moría, y que entraba no bienamado en la eternidad oscura del kiom sin luz, se desplomó sobre el polvo. Bajo su mejilla quedó la dureza del arma, bajo su extendida mano la belleza de la tela, mientras la luz solar a través del agua contenida en el frasco jugueteaba sobre su mentón.

Uno que muere no bienamado no es ni siquiera como una flor pisoteada en el camino. Porque al menos, en el caso de la flor, se lamenta su perdida belleza.

Así, pues, al conocer la muerte de Deci, los coveti se marcharon. Una vacilación en los pasos de Veti y un parpadeo desconcertante de sus ojos cuando se retiró con los demás para preparar el traslado del Coveti, fue lo único que se hizo en su memoria.

Volvió el viento y agitó el polvo sobre las cosas y sobre Deci.

Y Deci yacía en el suelo aguardando su último suspiro.

LA CIMA

George Sumner Albee

The Top, 1953

«9.07 h. A Jonathan Gerber de L. Lester Leath —decía el memorándum color verde pálido—. Resérveme el día, por favor, le adjunto un pase de ascensor permanente. Le sugiero una visita al piso 13 esta mañana, pero no vaya más arriba. - LLL.»

«Después de todos estos años...», se dijo Jonathan mientras extraía el pase, el primero que había tocado realmente de su envoltura plastificada. Era, por supuesto, una pirámide en miniatura. Una de sus caras metálicas llevaba el nombre de la firma, Unida; otra un fotograbado del propio Jonathan. No tenía la menor idea de cuándo o dónde fue fotografiado. Debió ser recientemente, pues lucía una corbata que acababa de comprar; resultaba evidente que la policía de la firma le había sorprendido con un teleobjetivo al entrar o salir del edificio.

—Señorita Kindhands —dijo a su secretaria por el intercomunicador—, cancele mis citas. El señor Leath desea verme.

Con la dorada pirámide en su mano, descendió en largas zancadas por el brillante corredor en dirección al ascensor.

—Trece —indicó.

Aunque conocía su rostro y su peludo traje de *tweed* desde años, el ascensorista dio un respingo.

—Está conforme —le aseguró Jonathan, y volvió su mano para mostrar el pase.

—Sí, señor —dijo el hombre. Exhaló las dos palabras como un músico podría soplar dos suaves y débiles notas en una flauta. Luego cerró la puerta de bronce y oprimió un botón.

—¿Catorce años, o tal vez dieciséis? —murmuró Jonathan para sí. Aunque cuando el ascensor le llevaba hacia arriba en poder y prestigio, descendió a través del recuerdo hasta sus primeros días en el edificio.

Recordó, sonriendo, sus dudas acerca de los ascensores. Mientras cada mañana lo subían hasta el departamento de publicidad, en el octavo piso, tenía la paradójica sensación que existía un engaño, que no le llevaban hacia arriba sino hacia abajo, a las catacumbas inferiores de la gigantesca pirámide escalonada de Unida. Las pequeñas luces intermitentes 1, 2, y 3 no le convencían de que viajaba hacia arriba; el movimiento era tan suave como imperceptible. Y cuando la silenciosa puerta se abría, nadie podía afirmar en qué lugar concreto se hallaba. Largos y vacíos corredores, estrechos como las galerías de una mina, se extendían sin fin, con paneles de plástico brillantes bajo la luz de los rectángulos de cristal lechoso del techo. No existía ninguna ventana en parte alguna del edificio, y la luz que entraba por las paredes de cristal podía proceder de lámparas eléctricas diestramente disimuladas. Nada probaba que fuese luz solar.

—Fantástico —se reprochó Jonathan—. Soy afortunado, fenomenalmente

afortunado. ¡Estoy aquí con sólo veintisiete años, en Unida! Cualquiera otro vendería su alma por estar en mi puesto.

Empleaba entonces expresiones coloquiales para captar más lectores con sus anuncios; sin embargo, en el pasado las había usado inocentemente, por placer.

Era redactor de una agencia de publicidad de Nueva York cuando, una tarde, los socios más antiguos de la firma lo habían llamado para decirle que la casi legendaria firma de Minnesota deseaba contratarle. Si Jonathan negaba el vil obsequio de sí mismo, le dejaron entrever claramente que la agencia podría en lo sucesivo considerar innecesarios sus servicios. Lo mismo le podría ocurrir en otras agencias. Sintiendo como un joven azteca elegido para el sacrificio, halagado, pero receloso, tomó el tren para Minnesota, encontrando bombones y rosas en su compartimiento. Escrupulos de conciencia no les faltaron, por supuesto.

Su primera impresión de L. Lester Leath tampoco resultó tranquilizadora. La oficina insonorizada de Leath con su mobiliario gris pálido, sus paredes de cristal que dejaban pasar una luz opaca, que tanto podía ser solar como no, parecía envuelta por la niebla. Y había sido difícil determinar dónde concluía la niebla y dónde empezaba Leath. Su rostro era de un color neblinoso, su cabello podría haber sido aluminio sobre el cual se hubiese condensado la humedad, sus blancos dedos se habían movido por el escritorio como pequeños fantasmas, mientras su voz tenía el apagado y lúgubre gemido de una sirena, oído a través de millas de velado mar.

Necesitó algún tiempo para acostumbrarse a la voz de Leath y a sus milagros de apagada circunlocución.

—¿Cuál será mi ocupación? —había preguntado, y Leath contestó que las ocupaciones eran para los subalternos y que las palabras no existían para ser empleadas incorrectamente.

—Quiero decir, ¿cuál será mi trabajo? —se había corregido a sí mismo Jonathan.

Y Leath respondió:

—¡Trabajo! ¡Ah, trabajo! Fue el trabajo lo que convirtió a los padres de nuestra nación en gigantes sobre la tierra. Fue el trabajo lo que hizo de América lo que es hoy, la luz y el faro de un mundo revuelto. Las gentes se han calmado, piden seguridad. La mejor seguridad, la única seguridad es el trabajo.

Jonathan lo había intentado por tercera vez. Y Leath dijo:

—¿Qué productos anunciará usted? Muchacho, Unida no tiene ningún producto. Digamos más bien que Unida crea y desarrolla materiales semiacabados que permiten a los pequeños fabricantes, bajo el sistema de libre empresa, enriquecer o, en cierto modo, mejorar ciertos artículos para el final beneficio del consumidor, el señor y la señora América. Su objetivo será la propia Unida. Le he hecho venir con nosotros porque posee un fino instinto para las palabras. Me sentí profundamente conmovido por su epígrafe para el anuncio de aquella escopeta... *Un muchacho y su perro*. Y la

pequeña frase que escribió para los niños, ¿cómo era...? *Los bebés son estrellas caídas*. Son palabras como éstas las que quiero para Unida. Quiero patriotismo, amistad, nobleza, amor...

Durante catorce años —quizá dieciséis ¿o diecisiete?— Jonathan había escrito pequeños ensayos sin tema para millones de lectores de periódicos. Cuando apareció el primer ejemplar de su boletín interior temió que la gente se reiría. Sin embargo, nadie se había reído. Por el contrario, habían llegado cartas de elogio de todos los rincones del país. Su anuncio que describía las virtudes de George Washington y designaba a Unida como su moderna heredera, había ganado la medalla de platino y rubíes del Consejo Nacional de Publicidad. Su anuncio que explicaba cómo Unida llevaba sus negocios de acuerdo con los preceptos aprendidos por Abe Lincoln, de los labios de una madre cansada por el trabajo, había sido distinguido con un pergamino especial por la Nueva Cámara de Comercio. Desde entonces, había concedido estas frases con una creciente apreciación de su valor, elocuencia y dignidad. Mientras tanto, L. Lester Leath no le había mostrado más que admiración y benevolencia, y Unida le aumentó su sueldo de diez mil dólares anuales a diecisiete mil quinientos, y luego a veintitrés mil doscientos. Cada año, además, recibía como premio un bono de la Clase C de acciones preferentes, cuyos dividendos sólo perdería en el caso de abandonar la compañía antes de la edad de retiro.

Le esperaban en el piso decimotercero. Un ujier corpulento y joven vestido con un uniforme gris, sin duda reclutado en un equipo universitario de rugby, le saludó.

—¿El señor Gerber? Voy a mostrarle algo que desea ver —dijo con deferencia.

—Me temo que no sabré realmente lo que deseo ver —contestó Jonathan, sonriente—. Esta es mi primera visita.

—El señor Leath dijo que podía ser presentado a los directores de sección, señor.

—Entonces hagamos eso —repuso Jonathan—. Cueste lo que cueste.

El ujier le precedió, abriendo puertas de bronce. En quince salones de la oficina de la sección, Jonathan estrechó las manos de ocho hombres calvos y delgados y de otros siete calvos y gruesos. No eran los directores. Se trataba únicamente de quienes tomaban las decisiones y corrían los riesgos, infelices padres de familia que percibían cien mil dólares anuales y morían prematuramente de ataques cardíacos. Jonathan inspeccionó su sala de gráficos, su elaborada sala de comunicaciones, su comedor y su pequeño hospital de tres camas.

—Veo que el hospital tiene su propio ascensor —observó al guardia—. Si alguien muriese en su escritorio, podrían sacarle del edificio sin que nadie lo advirtiera.

—El Consejo de Planificación no descuida muchos detalles, señor —contestó el hombre.

Durante su cuarto o quinto año en la compañía, Jonathan había tenido una experiencia personal sobre la técnica de precisión con que Unida hacía frente a tales

eventualidades. Un día, en el ascensor, un ingeniero llamado Jacks palideció, emitió sonidos entrecortados y se desvaneció. Mientras Jonathan se arrodillaba junto a él, el botones detuvo el ascensor entre dos pisos y telefoneó tranquilamente al encargado en el vestíbulo pidiendo instrucciones. Luego el ascensor había descendido rápida y profundamente a los sótanos. Guardias con una camilla acudieron a su encuentro.

—Me temo que está muerto —dijo Jonathan.

—¡Oh! No, señor —respondió el jefe de los guardias—. Está desvanecido, eso es todo, o se halla indispuesto.

—¿Lo van a llevar inmediatamente a un doctor?

—Vuelva al ascensor, señor —respondió el jefe.

Eso fue todo. Jonathan jamás pudo arrancar una contestación concreta al ascensorista, a los guardias, a nadie. Tres días después, en la página necrológica del periódico, apareció un breve párrafo informando de que un tal D. M. Jacks, ingeniero «de esta ciudad», había fallecido, pero sin mencionar que trabajaba para Unida. Jacks, simplemente, había desaparecido. La compañía no ignoraba la muerte, la pasaba por alto. Cuando alguien moría, su ayudante tomaba su lugar. En una corporación con decenas de miles de empleados cabía siempre la posibilidad de alguna defunción, y el trabajo no podía interrumpirse a cada momento.

De regreso otra vez a su departamento, Jonathan se asomó en la antecámara hermosamente decorada de Leath.

—Si me necesita —dijo—, estoy de vuelta.

—Está con el doctor ahora —explicó la señorita Tablein, secretaria particular de Leath—. Pero no se aleje del teléfono, por favor.

En su despacho, sin nada que hacer sino esperar y distraerse mirando los gráficos de penetración sobre el lector, Jonathan se preguntó que iba a suceder. Leath lo era todo menos impulsivo; el pase permanente, la visita a Trece significaban en sí mismos una promoción. El peldaño superior a Trece era Catorce, ya que absolutamente nadie tenía autorización para subir a Quince, donde la *suite* del presidente ocupaba la cúspide de la pirámide.

¿Sería cierto, se dijo Jonathan, su ingreso en el Consejo de Planificación? No podía ascender más en el departamento de publicidad sin asumir el puesto de Leath.

De todas formas no tardaría en conocer la respuesta, pensó. Con un encogimiento de hombros sacó el pase del bolsillo y examinó su parecido. Se rió. ¡Perdidas, perdidas para siempre las abundantes melenas de la juventud! Sintiendo sentimental, intentó recordar su aspecto a los veintisiete años. No pudo conseguirlo. Sólo le vino a la memoria que había sido escéptico.

Recordó, en efecto, sus sospechas en los ascensores, cómo salía de los pasillos para asegurarse de que los pisos inferiores de la pirámide eran más amplios que los superiores. Y más aún, en cierta ocasión abandonó su despacho para explorar los

sótanos. Sin encontrar nada malo, por supuesto, nada en absoluto.

Después de averiguar cuanto pudo del edificio, intentó descubrir qué fabricaba Unida. Le pareció absurdo, al principio, escribir anuncios sobre un producto que desconocía. Y logró algunas informaciones. Se enteró, por ejemplo, que los cuatro mil productos de la compañía llevaban nombres alfabéticos que empezaban con *Aab*, un adulterante para batidos de leche, y concluían en *Zyz*, rotores para magnetos de tractor. Sin embargo, su búsqueda de *Aabs* y *Zyzes* pronto le aburrió.

El zumbador de su escritorio, sintonizado en sol agudo, sonó. Con la destreza de la práctica, Jonathan levantó el teléfono de su soporte y lo posó como un periquito sobre su hombro.

—Aquí Gerber.

Era la secretaria de Leath.

—El doctor está todavía con él —manifestó—. Sus úlceras deben estar inusitadamente mal esta mañana. Pero tengo algunas instrucciones para usted. Coma, haga un recorrido por Catorce a la una y presente su informe aquí a las dos.

—¿Qué diablos sucede, señorita Tablein? —inquirió Jonathan. Para las secretarias, ciertas expresiones eran un signo de democracia y consideraban adorable a quien las usaba. Una muchacha procuraría estar a la altura de un jefe que fuera lo suficientemente adorable.

—No lo sé —contestó la señorita Tablein—. Aunque debe ser importante. Un Proyecto Mayor.

—Mire, almorzaré a las doce con el Nuevo Grupo Ejecutivo. Los directores no salen a comer hasta la una y cuarto. Si subo a Catorce entonces, el lugar estará desierto. ¿Sabe usted lo que pretende él que haga yo allá arriba?

—Supongo que mirar —dijo la señorita Tablein—. Me gustaría ir con usted. Señor Gerber, prométame una cosa. Cuando vuelva, cuénteme si el señor Waffin tiene realmente el asiento de su servicio chapado en oro.

—Se lo contaré —prometió Jonathan, consciente de que no lo haría.

Comió con dos de sus ayudantes más jóvenes que él, todavía en período de instrucción. Descubrió, divertido, que ya se había difundido la noticia de su precioso pase. Los muchachos se mostraron entregados, brillantes y ávidos, se inclinaron respetuosamente cada vez que tomó la palabra.

Poco después de la una tomó el ascensor para subir a Catorce. Era mucho más pequeño que Trece; evidentemente, el retroceso resultaba más acusado de lo que parecía desde la calle. Un nuevo ujier le saludó, informándole que había ocho oficinas de directores y una sala de conferencias, y que era libre de ir por donde quisiera.

—Son dignas de verse, señor —añadió.

Y lo eran. Varias oficinas tenían servicio de peluquería, receptores de televisión

enormes y bares abundantemente provistos. Una disponía de humitor para cigarros puros, del tamaño de una cámara acorazada, otra un salón de tiro al blanco con pistolas de aire comprimido, otra una sauna finlandesa. Lo más notable era una habitación que reproducía la cubierta de popa de un buque de recreo, equipada con una silla de pesca, una percha para cañas de pescar y carretes. Ningún memorándum profanaba la costosa madera pulimentada de los enormes escritorios.

—Dígame —preguntó Jonathan al ujier—, ¿cuándo vienen aquí los miembros del Consejo de Planificación?

—Suelen venir para la reunión anual, señor —contestó el hombre—. Supongo que vendrán también cuando el señor Satherwaite les envía a buscar.

Hanscomb Ludlow Satherwaite II era el presidente de Unida, cuya *suite* particular se hallaba en la cúspide de la pirámide. No envejecía en las fotografías a pesar de los años, y nadie lo veía jamás al natural...

—¿Vive alguno de ellos en Minnesota? Perdone mi curiosidad, esta es mi primera visita.

El guardia rió entre dientes.

—Sí, señor. No olvide que todos ellos tienen ahora aviones y pilotos particulares. El señor Ippinger posee mil seiscientas hectáreas en Luisiana, y se entretiene con la pesca del camarón, así que vive allá. El señor Latchwell es propietario de una isla frente a la costa de Méjico, con un castillo y un pequeño ejército. Por eso lleva uniformes rojos y azules y botas de cuero con estrellas.

—Ya he visto al señor Latchwell en los ascensores.

En diversas ocasiones, Jonathan había vislumbrado a la mayoría de los graves e imponentes directivos. Uno de ellos, sin duda el pescador, lucía pantalones de lona blancos y una gorra del mismo color con una visera de celuloide verde. Otro llevaba sandalias de cuero con los dedos de los pies al descubierto. Existía un método tras sus pequeñas excentricidades, por supuesto; significaba para ellos una demostración de igualdad, como el viejo Leath le había explicado sensata y pacientemente más de una vez.

Dando las gracias al ujier, volvió abajo.

—Es la 1.55 —dijo Jonathan, introduciendo su calva cabeza en la antecámara de Leath.

—Entre y espere aquí —indicó la señorita Tablein por encima de sus gafas—. Cuénteme. ¿Tiene que contármelo!

—Nuestros directores están demasiado ocupados —respondió Jonathan en tono desaprobador—, para pensar en estas tonterías. Naturalmente, comprendo lo que decía en broma.

—¿Pero si yo lo deseaba tanto!

¿Era dudosa la lealtad de la señorita Tablein? Posiblemente, se dijo Jonathan,

resultaría una peligrosa compañera de trabajo. Leyó *Queridos Compañeros*, el boletín de Unida, hasta que la luz de entrada se encendió y la señorita Tablein le indicó que podía pasar. Las buenas o las malas noticias —le pareció muy difícil esta segunda posibilidad—, vendrían ahora.

—Buenas tardes, hijo mío —musitó L. Lester Leath.

Su rostro se hallaba tan blanco como una plancha de *Cga*, producto que la compañía fabricaba como intermedio para la industria dentífrica. Un ángulo de su boca cedía. Su ojo izquierdo se asemejaba al de un búho, con la pupila enorme y fiera.

—¡Lester! —gritó Jonathan, horrorizado.

—Me estoy muriendo —continuó el gerente de publicidad sin emoción—. Moriré esta tarde en mi despacho, presumiblemente dentro de los próximos cinco o diez minutos.

—¡Voy a llevarle a su casa!

—No, quiero que sea aquí —dijo Leath con una voz que parecía un jirón de niebla—. Quiero que mi muerte, igual que mi vida, sea una demostración de lealtad a Unida y a todo lo que la firma representa. Pero tengo poco tiempo, hijo mío. Mañana por la mañana un memorándum interno, modelo 114B Azul, notificará que usted me sucede como jefe del departamento. Empezará con cincuenta mil. Su bono de acciones será proporcional.

—Gracias, Lester.

—Confío que su primer acto de servicio será contratar a un ayudante que arda en nuestro fuego sagrado. Le sugiero que haga lo mismo que yo: rastille las agencias en busca de un Jonathan Gerber y fórmelo, de igual modo a como durante veintiún años lo hice con usted yo.

La tarde era gris. En la penumbra, el rostro de L. Lester Leath surgía y se esfumaba, imagen libre en el espacio fluctuando perezosamente como un barril sobre un mar brumoso.

—Ha sido una alegría tan grande servir a Unida, que no he contado los años —aseguró Jonathan. Había aprendido la lección. Estas frases no le costaban ahora el menor esfuerzo. Pero aun así... Preguntó—: ¿Ha pasado realmente tanto tiempo?

—En efecto, hijo mío —asintió Leath. Su temblorosa boca empañaba su voz—. Y sé que dejo el departamento en buenas manos. ¿Subió a Trece?

—Sí, por supuesto.

—¿Y a Catorce?

—Naturalmente. Fue su orden.

Leath se inclinó. Con un esfuerzo reunió sus últimas energías.

—Antes de que tome posesión de su cargo —dijo con un hilo de voz—, existe una cosa más, un rito final. Debe conocer a nuestro presidente. Suba a Quince.

Se hundió en su sillón giratorio de ejecutivo.

Jonathan saltó hacia adelante.

—¡Lester!

Lentamente, Leath levantó un blanco dedo índice en dirección al techo.

—Quince —murmuró, y murió.

Jonathan cerró cuidadosamente tras él la puerta insonorizada, que ahora era la suya.

—Señorita Tablein —dijo—, llame al conserje, por favor. El señor Leath ya no pertenece a Unida.

Al fondo del pasillo, apareció un ascensor en el preciso instante en que apretaba el botón, como si la noticia de su encumbramiento hubiese trascendido a lo largo del cable del timbre.

—Al último piso —ordenó bruscamente al ascensorista, mostrando su pase con un movimiento nervioso.

Las lucecitas parpadearon y la puerta se abrió.

—He dicho que quiero ir al último piso —protestó Jonathan con indignación. Era el gerente de publicidad, ganaba cincuenta mil dólares al año y su tiempo era demasiado valioso para Unida como para que un subalterno lo malgastase—. Esto es Catorce, no Quince.

—Lo siento, señor —dijo el ascensorista—. Ya no podemos subir más. Hable con el ujier.

—¡Naturalmente que lo haré! —exclamó Jonathan. El ujier apareció junto a él; era el mismo individuo que le había guiado a través de las oficinas de los directores.

—¿Qué es esto? —le exigió Jonathan—. ¡Quiero ir a Quince, maldita sea!

—Muy bien, señor. Por aquí, señor —respondió el guardia. Le mostró el camino hacia una lisa puerta de bronce sin tirador ni ojo de cerradura.

—Deje caer su pase dentro de esta ranura. Hace funcionar un circuito eléctrico que abre la puerta. Haga lo mismo en el otro lado cuando vuelva.

—¿Pretende decir —preguntó Jonathan, incrédulo—, que el señor Satherwaite sube a pie este último tramo de escalera cada vez que viene aquí?

—Jamás lo he visto, señor. Debe hacerlo, sin embargo.

Centenares de instalaciones Unida estaban en funcionamiento de costa a costa, ciento noventa y tres mil empleados de Unida fabricaban cuatro mil productos. Y allí, en el centro del país, se alzaba la colosal pirámide que constituía el centro de este imperio. Allí, en el piso más alto de la pirámide, latía la mente cuyo genio lo regía. Y allí, allí estaba él, Jonathan Gerber, a punto de estrechar la mano del poder absoluto. Con los ojos llameantes y los hombros rígidos, dejó caer su pase dentro de la delgada ranura, cruzó la puerta y la cerró tras él.

Vio una sencilla escalera de acero pintado con una barandilla. Al subirla, junto a

toscas paredes de color naranja que no habían sido revocadas, se maravilló. Con todo su inmensurable poderío, el señor Satherwaite sabía despreciar el lujo. En numerosas ocasiones Jonathan había escrito que el presidente de Unida era un hombre sencillo; como siempre, la ficción había creado la realidad. Dejó atrás la escalera para caminar sobre un desnudo piso de hormigón, sobre el que se esparcían trozos de papel de pared, potes de pintura seca y moscas muertas. El aire olía a rancio. Abrió una puerta a su izquierda e intentó vislumbrar el interior de una oscura caverna en la que grasientos cables de ascensor de acero se deslizaban sobre grandes ruedas hendidas. A su derecha otra puerta daba a una caverna exactamente igual a la anterior.

Durante cinco, diez minutos, permaneció en el mohoso calor dando vueltas por todos lados, sin saber lo que buscaba, una puerta secreta, un escondrijo, una pizarra en la cual sus predecesores hubiesen dejado por lo menos sus firmas. Pero sólo distinguió potes de pintura, moscas y cuatro minúsculas ventanas en cada una de las inclinadas paredes interiores. Telarañas y mugre cubrían las ventanas, pero en algunos lugares, la costra parecía haber sido quitada frotando con el codo. Se acercó, agrandó el resquicio y miró al exterior.

Vio una parte de la ciudad, en ruinoso desorden, y más allá la infinita llanura de Minnesota. Y vio algo que había olvidado, que era invierno en la pradera. La fría nieve arrastrada por el viento humeaba sobre las granjas y campos. La temperatura era muy baja. Y llegaba más nieve y más frío. Si el verano significaba un asueto, un intermedio, el invierno era la realidad, el compañero constante, siempre en reposo a unos cuantos kilómetros al norte, en espera de reclamar su propiedad. Teñido de azul yacía sobre la tierra, veteado de blanco como el profundo mar, y por sus venas corría el hielo.

—Qué frío, qué frío... —murmuró Jonathan, estremeciéndose.

Sacudió con unas manotadas el polvo de su cálido y peludo traje de *tweed*, y adoptó una actitud de justa proporción entre el respeto y la entrega. Empezó a descender la escalera, mientras resonaban sus tacones sobre el pintado acero, sus suelas bajo los fragmentos de yeso arenisco. Su mano, durante todo el trayecto, acarició la barandilla de seguridad.

—No es éste el momento de resbalar y caer —se advirtió a sí mismo con prudencia—. No, no debo resbalar ahora.

MENSAJERO DEL FUTURO

Poul Anderson

My Object All Sublime, 1961

Nos conocimos por cuestión de negocios. La firma de Michaels deseaba abrir una sucursal en la parte exterior de Evanston y descubrió que yo era propietario de algunos de los terrenos más prometedores. Me hicieron una buena oferta, pero no cedí; la elevaron y permanecí en mi actitud. Por fin, el director en persona se puso en contacto conmigo. No era en absoluto como me lo esperaba. Agresivo, por supuesto, pero de un modo tan cortés que no ofendía, sus maneras eran tan correctas que difícilmente se advertía su falta de educación formal. De todas formas, estaba remediando con gran rapidez esta carencia con clases nocturnas, cursillos de ampliación y una omnívora lectura.

Salimos para beber algo mientras discutíamos el asunto. Me condujo a un bar que no parecía de Chicago: tranquilo, raído, sin tocadiscos, sin televisión, con un anaquel de libros y varios juegos de ajedrez, sin ninguno de los extravagantes parroquianos que usualmente infestan tales lugares. Fuera de nosotros, había solamente media docena de clientes, un prototipo de profesor egregio entre los libros, varias personas que hablaban de política con cierta objetiva pertinencia, un joven que discutía con el camarero si Bartok era más original que Schoenberg o viceversa. Michaels y yo encontramos una mesa en un rincón y algo de cerveza danesa.

Explicué que no me importaba el dinero, y que me oponía a que una excavadora estropease algún campo agradable con el pretexto de erigir todavía otro cromado bloque de casas. Michaels llenó su pipa antes de contestar. Era un hombre delgado y erguido, de pronunciada barbilla y nariz romana, cabello grisáceo, ojos oscuros y luminosos.

—¿No se lo explicó mi representante? —dijo—. No estamos proyectando viviendas en serie para conejos. Tenemos previstos seis diseños básicos, con variaciones, para situar en una disposición... así.

Sacó lápiz y papel y empezó a dibujar. Mientras hablaba, aumentó la inflexión de voz, pero la fluidez persistió. Y supo explicar sus propósitos mejor que sus enviados. Me dijo que estábamos en la mitad del siglo veinte y que, no por ser prefabricado, un núcleo de viviendas dejaba de ser atractivo; podía incluso lograr una unidad artística. Procedió a mostrarme el sistema.

No me presionó con demasiada insistencia, y la conversación se desvió hacia otros puntos.

—Agradable lugar —observé—. ¿Cómo lo descubrió?

Se encogió de hombros.

—Frecuentemente doy vueltas por ahí, sobre todo de noche. Explorando.

—¿No resulta un poco peligroso?

—No en comparación —dijo con una sombra de temor.

—Uh... Tengo entendido que usted nació aquí...

—No. No llegué a los Estados Unidos hasta 1946. Era lo que llamaban un PD,

una persona desplazada. Me convertí en Thad Michaels, porque me cansé de deletrear Tadeusz Michalowski. Y decidí prescindir de sentimentalismos patrioteros. Sé adaptarme con rapidez.

Pocas veces habló acerca de sí mismo. Obtuve posteriormente algunos detalles de su precoz encumbramiento en los negocios a través de admirados y envidiosos competidores. Algunos de ellos no creían aún que fuese posible vender con beneficio una casa con calefacción radiante, por menos de veinte mil dólares. Michaels había descubierto cómo hacerlo posible. No estaba mal para un pobre inmigrante.

Indagué y descubrí que había sido admitido con visado especial, en consideración a los servicios prestados al ejército de los Estados Unidos en las últimas jornadas de la guerra en Europa. En ellos demostró tanto nervio como perspicacia.

Mientras, nuestro trato se desarrolló. Le vendí el terreno que deseaba, pero continuamos viéndonos, a veces en la taberna, a veces en mi apartamento de soltero, con más frecuencia en su ático a orillas del lago. Tenía una hermosa mujer rubia y un par de hijos brillantes y bien educados. Con todo, era un hombre solitario, por lo que le proporcioné la amistad que necesitaba.

Un año, más o menos, después de nuestro primer encuentro, me contó su historia.

Me había invitado otra vez a cenar el día de acción de gracias. En la sobremesa nos sentamos para hablar. Y hablamos. Después de considerar desde las probabilidades de que surgiese una sorpresa en las próximas elecciones de la ciudad hasta las de que otros planetas siguieran un curso en su historia idéntico al nuestro, Amalie se excusó y se fue a dormir. Esto ocurrió mucho después de la medianoche. Michaels y yo continuamos hablando. Nunca le había visto tan excitado. Era como si ese último tema, o alguna palabra en particular, le hubiese abierto algo nuevo. Finalmente se levantó, volvió a llenar nuestros vasos de whisky con un movimiento un tanto inseguro, y cruzó la sala de estar silencioso sobre la gruesa alfombra verde hasta la ventana.

La noche era clara y profunda. Desde lo alto contemplamos la ciudad, líneas, tramas y espirales de brillantes colores —rubí, amatista, esmeralda, topacio— y la oscura extensión del lago Michigan; casi parecía que pudiésemos vislumbrar infinitas y blancas llanuras más allá. Pero sobre nosotros se abovedaba el cielo, negro cristal, donde la Osa Mayor se apoyaba en su cola y Orión daba grandes zancadas a lo largo de la Vía Láctea. No veía a menudo un espectáculo tan grandioso y sobrecogedor.

—Después de todo —dijo—, sé de lo que estoy hablando.

Me agité, hundido en mi sillón. El fuego del hogar arrojó pequeñas llamas azules. Una simple lámpara iluminaba la habitación de suerte que podía vislumbrar haces de estrellas también desde la ventana. Me arrellané un poco.

—¿Personalmente?

Se volvió hacia mí. Su rostro estaba rígido.

—¿Qué dirías si te respondiese que sí?

Sorbí mi bebida. Un King's Ransom es una noble y confortante mezcla, en especial cuando la misma Tierra adquiere un aire glacial para entonar.

—Supongo que tienes tus razones y esperaré para ver cuáles son.

Esbozó una media sonrisa.

—No te preocupes, también soy de este planeta —aclaró—. Pero el cielo es tan grande y extraño... ¿No crees que esto afectará a los hombres que vayan allí? ¿No se deslizará dentro de ellos y lo traerán en sus huesos al regresar? ¿La Tierra será la misma después?

—Sigue. Ya sabes que me gustan las fantasías.

Miró fijamente al exterior, luego se volvió, y súbitamente se tragó de un golpe su bebida. Este gesto violento no era propio de él. Pero había traicionado su perplejidad.

—Muy bien, entonces te contaré una fantasía. Es una historia invernal, muy fría, así que quedas advertido para no tomarla en serio —declaró ásperamente.

Di una chupada a mi excelente cigarro y esperé con el silencio que él deseaba.

Paseó unas cuantas veces arriba y abajo ante la ventana, con la vista en el suelo, llenó su vaso de nuevo y se sentó a mi lado. No me miró a mí sino a una pintura que colgaba de la pared, un objeto sombrío e ininteligible que a nadie gustaba. Esto pareció confortarle, pues empezó a hablar, rápida y quedamente.

—Dentro de mucho, mucho tiempo en el futuro, existe una civilización. No te la describiré, porque no sería posible. ¿Serías capaz de volver al tiempo de los constructores de las pirámides egipcias y hablarles de la ciudad en que vivimos? No pretendo decir que te creerían; por supuesto que no lo harían, pero eso es lo de menos. Quiero decir que no comprenderían. Nada de lo que dijeras tendría sentido para ellos. Y la forma en que la gente trabaja, piensa y cree sería aún menos comprensible que esas luces, torres y máquinas. ¿No es así? Si te hablo de habitantes del futuro que viven entre grandes y deslumbradoras energías, o de variables genéticas, de guerras imaginarias, de piedras que hablan, tal vez te hicieras una idea, pero no entenderías nada. Sólo te pido que pienses en los millares de veces que este planeta ha girado alrededor del Sol, en lo profundamente ocultos y olvidados que vivimos, en fin, en que esta civilización piensa según normas tan extrañas que ha ignorado toda limitación de lógica y ley natural, y ha descubierto medios para viajar en el tiempo. El habitante común de esa época (no puedo llamarle exactamente un ciudadano, cualquier expresión resultaría demasiado vaga), un tipo medio, sabe de un modo vago e indiferente que, milenios atrás, unos individuos semisalvajes fueron los primeros en desintegrar el átomo. Pero uno o dos miembros de esta civilización han estado realmente aquí, han caminado entre nosotros, nos han estudiado, han

levantado y unido un archivo de información para el cerebro central, por llamarlo de alguna manera. Nadie más se interesa por nosotros, apenas más de lo que pueda interesarte la primitiva arqueología mesopotámica. ¿Comprendes?

Bajó su mirada hacia el vaso en su mano y la mantuvo allí, como si el whisky fuese un oráculo. El silencio aumentó. Al fin dije:

—Muy bien. En consideración a tu historia, aceptaré la premisa. Imaginaré viajeros en el tiempo, invisibles, dotados de ocultación y demás. Pero no creo que desearan cambiar su propio pasado.

—Oh, no hay peligro en ello —aseguró—. La verdad es que no podrían enterarse de mucho explicando por ahí que venían del futuro. Imagina.

Reí entre dientes.

Michaels me dirigió una mirada sombría.

—¿Puedes adivinar qué aplicaciones puede tener el viaje en el tiempo, aparte de la científica?

—Por ejemplo, el comercio en objetos de arte o recursos naturales. Se puede volver a la época de los dinosaurios para conseguir hierro, antes de que el hombre aparezca y agote las minas más ricas —sugerí.

Meneó la cabeza.

—Sigue pensando. ¿Se contentarían con un número limitado de figurillas de Minoan, jarrones de Ming, o enanos de la Hegemonía del Tercer Mundo, destinadas principalmente a sus museos, si es que «museo» no resulta una palabra demasiado inexacta? Ya te he dicho que *no* son como nosotros. En cuanto a los recursos naturales ya no necesitan ninguno, producen los suyos propios.

Se detuvo, como tomando aliento. Luego:

—¿Cómo se llamaba esa colonia penal que los franceses abandonaron?

—¿La Isla del Diablo?

—Sí, ésa fue. ¿Puedes imaginar mejor venganza sobre un criminal convicto que abandonarlo en el pasado?

—Pensaba que estarían por encima de cualquier concepto de venganza, o de técnicas de disuasión. Incluso en este siglo, sabemos que no dan resultado.

—¿Estás seguro? —preguntó sosegadamente—. ¿No se da junto con el actual desarrollo de la penalización incremento paralelo del crimen mismo? Te asombraste, hace algún tiempo, de que me atreviese a caminar solo de noche por las calles. Además, el castigo es como una catástasis de la sociedad en su conjunto. En el futuro, te explicarán que las ejecuciones públicas, reducen claramente la proporción de crímenes que, de otro modo, sería aún mayor. Y lo que es más importante, esos espectáculos hicieron posible el nacimiento del verdadero humanitarismo del siglo dieciocho —alzó una sardónica ceja—. O así lo pretenden en el futuro. No importa si

tienen razón, o si racionalizan solamente un elemento degradado en su propia civilización. Todo lo que necesitas comprender es que envían a sus peores criminales al pasado.

—Poco amable para con el pasado —comenté.

—No, realmente no. Por una serie de razones, incluyendo el hecho de que todo cuanto hacen suceder ha sucedido ya... Nuestro idioma no sirve para explicar estas paradojas. En primer lugar, debes reconocer que no malgastan todo ese esfuerzo en delincuentes comunes. Hay que ser un criminal muy fuera de lo corriente para merecer el exilio en el tiempo. El peor crimen posible, por otra parte, depende de cada momento particular en la historia del mundo. El asesinato, el bandolerismo, la traición, la herejía, la venta de narcóticos, la esclavitud, el patriotismo y todo lo que quieras, en unas épocas han merecido el castigo capital, han sido consideradas en otras con indulgencia, y en otras todavía ensalzados positivamente. Continúa pensando y dime si no tengo razón.

Le miré por algún tiempo, observando cuán profundamente marcados estaban sus rasgos y pensé que para su edad no debería mostrar tantas canas.

—Muy bien —admití—. De acuerdo. Ahora bien, poseyendo todo ese conocimiento, un hombre del futuro no pretendería...

Dejó el vaso con perceptible fuerza.

—¿Qué conocimiento? —exclamó vivamente—. ¡Utiliza tu cerebro! Imagínate que te han dejado desnudo y solo en Babilonia. ¿Qué sabes de su lenguaje o de su historia? ¿Quién es el actual rey? ¿Cuánto tiempo reinará? ¿Quién le sucederá? ¿Cuáles son las leyes y costumbres que se deben obedecer? No te olvides de que los asirios o los persas o alguien han de conquistar Babilonia. ¿Pero cuándo? ¿Y cómo? ¿Esa guerra es un mero incidente fronterizo o una lucha sin cuartel? En este último caso, ¿ganará Babilonia? De lo contrario, ¿qué condiciones de paz serán impuestas? No encontrarías ahora ni veinte hombres capaces de contestar esas preguntas sin consultar un manual. Y no eres uno de ellos, ni dispones de un manual.

—Creo —dije lentamente—, que me dirigiría al templo más próximo, en cuanto conociese lo suficiente el idioma. Le explicaría al sacerdote que puedo hacer... no sé... fuegos artificiales...

Se rió con escaso júbilo.

—¿Cómo? Acuérdate, estás en Babilonia. ¿Dónde encuentras azufre o salitre? En el caso de que consigas por medio del sacerdote el material y los utensilios necesarios ¿cómo compondrás un polvo que realmente haga explosión? Eso es todo un arte, amigo mío. ¿No te das cuenta de que ni siquiera podrías obtener un trabajo como estibador? Fregar suelos sería ya mucha suerte. Esclavo en los campos, ese sería tu destino más lógico. ¿No es cierto?

El fuego empezó a debilitarse.

—Perfectamente —asentí—. Es verdad.

—Escogieron la época con cuidado. —Miró a su espalda, hacia la ventana. Desde nuestros sillones, la reflexión en el cristal borraba las estrellas, de modo que únicamente podíamos ver la noche.

—Cuando un hombre es sentenciado al destierro —explicó—, todos los expertos deliberan para establecer qué períodos, según sus especialidades, serían más apropiados para él. Es fácil comprender que ser abandonado en la Grecia de Homero resultaría una pesadilla para un individuo delicado e intelectual, mientras que uno violento podría pasarlo bastante bien, incluso acabar como un respetado guerrero. Podría encontrar su puesto junto a la antecámara de Agamenón, y tu única condena serían el peligro, la incomodidad y la nostalgia.

Se puso tan sombrío, que intenté calmarle con una observación seca:

—El convicto tendrá que ser inmunizado contra todas las enfermedades antiguas. En caso contrario el destierro significaría únicamente una elaborada sentencia de muerte.

Sus ojos me escrutaron nuevamente.

—Sí —dijo—. Y por supuesto el suero de la longevidad está todavía activo en sus venas. Sin embargo, eso es todo. Se le abandona en un lugar no frecuentado después de oscurecer, la máquina se desvanece, queda aislado para el resto de su vida. Lo único que sabe es que han escogido para él una época con... tales características... que esperan que el castigo se ajustará a su crimen.

El silencio cayó una vez más sobre nosotros, hasta que el tic-tac del reloj sobre la chimenea llegó a ser obsesionante, como si todos los demás sonidos se hubiesen helado hasta extinguirse en el exterior. Di un vistazo a la esfera. La noche acababa; pronto el Este se aclararía.

Cuando me volví, todavía estaba observándome con desconcertante intención.

—¿Cuál fue tu crimen? —pregunté.

No pareció cogerle de improviso, dijo solamente con hastío:

—¿Qué importa? Te dije que los crímenes de una época son los heroísmos de otra. Si mi intento hubiese tenido éxito, los siglos venideros habrían adorado mi nombre. Pero fracasé.

—Muchas personas deben haber resultado perjudicadas —dijo—. Todo un mundo te habrá odiado.

—Bien, sí —admitió. Pasó un minuto—. Ni que decir tiene que esto es una fantasía. Para pasar el rato.

—Seguiré tu juego —sonreí.

Su tensión se suavizó un poco. Se inclinó hacia atrás, con las piernas extendidas a

través de la magnífica alfombra.

—Sea. Considerando la magnitud de la fantasía que te he contado, ¿cómo has deducido la importancia de mi pretendida culpa?

—Tu vida pasada. ¿Cuándo y dónde fuiste abandonado?

—Cerca de Varsovia, en agosto de 1939 —dijo, con una voz tan helada como jamás la he oído.

—No creo que te interese hablar acerca de los años de guerra.

—No, en absoluto.

Sin embargo, prosiguió poco después como para desafiarme:

—Mis enemigos se equivocaron. La confusión que siguió al ataque alemán me ofreció una oportunidad para escapar a la vigilancia de la policía antes de que me internasen en un campo de concentración. Gradualmente me enteré de cuál era la situación. Por supuesto, no podía predecir nada. Ni puedo ahora; únicamente los especialistas conocen, o se interesan, por lo que sucedió en el siglo veinte. Pero cuando me hube convertido en un recluta polaco dentro de las fuerzas alemanas, comprendí quienes serían los vencidos. Me pasé entonces a los americanos, les expliqué lo que había observado, y llegué a trabajar como espía para ellos. Era peligroso, pero no mucho más de lo que había ya superado. Luego vine aquí; el resto de la historia no tiene ningún interés.

Mi cigarro se había apagado. Lo volví a encender, pues cigarros como los de Michaels no se encontraban todos los días. Se los hacía enviar por avión desde Amsterdam.

—La mies ajena —dije.

—¿Qué?

—Ya sabes. Ruth en el exilio. No era que la trataban mal pero, sin embargo, seguía llorando por su patria.

—No conozco esa historia.

—Está en la Biblia.

—Ah, sí. Realmente debería leer la Biblia alguna vez. —Su disposición de ánimo estaba cambiando y volvía hacia su primitiva seguridad. Saboreó su whisky con un gesto casi afable. Su expresión era alerta y confiada.

—Sí —dijo—, ese aspecto fue bastante malo. Las condiciones físicas de vida no influían en ello. Cuando se hace camping, pronto se olvida uno del agua caliente, la luz eléctrica, todos esos utensilios que los fabricantes nos presentan como indispensables. Me gustaría tener un reductor de gravedad o un estimulador celular, pero me lo paso admirablemente sin ellos. La añoranza es lo que más le consume. Las pequeñas cosas que jamás se echaban de menos, algún alimento particular, el modo con que camina la gente, los juegos, los temas de conversación. Incluso las

constelaciones. Son diferentes en el futuro. El sol se ha desplazado bastante de su órbita galáctica. Pero de agrado o por fuerza, siempre ha habido emigrantes. Todos nosotros somos descendientes de aquellos que no pudieron soportar la conmoción. Yo me adapté.

Un ceño cruzó sus cejas.

—Tal como aquellos traidores están dirigiendo las cosas —dijo—, no regresaría ahora aunque me concediesen un indulto total.

Terminé mi bebida, saboreándola todo lo posible, pues era un maravilloso whisky, por lo que le escuché sólo a medias.

—¿Te gusta este mundo?

—Sí —contestó—. Por ahora así es. He superado la dificultad emocional. Mantenerme vivo me ha tenido muy ocupado los primeros años, luego el hecho de establecerme, de venir a este país, nunca me dejó mucho tiempo para compadecerme de mí mismo. Mis negocios me interesan ahora cada vez más, es un juego fascinante y agradablemente libre de castigos exagerados en caso de error. He descubierto aquí cualidades que el futuro ha perdido... apostaré que no tienes la menor idea de lo exótica que es esta ciudad. Piensa. En este momento, a unos kilómetros de nosotros, hay un soldado de guardia en un laboratorio atómico, un holgazán helándose en un portal, una orgía en el apartamento de un millonario, un sacerdote que se prepara para los ritos del amanecer, un mercader de Arabia, un espía de Moscú, un barco de las Indias...

Su excitación se calmó. Volvió su mirada hacia los dormitorios.

—Y mi esposa y los niños —concluyó, muy suavemente—. No, no regresaría, pase lo que pase.

Di una chupada final a mi cigarro.

—Lo *has* hecho muy bien.

Liberado de su humor gris, me sonrió burlescamente.

—Empiezo a pensar que te has creído todo ese cuento.

—Naturalmente —aplasté la colilla del cigarro y me levanté, desperezándome—. Es muy triste. Más vale que nos vayamos.

No lo comprendió de inmediato. Cuando lo hizo, saltó de su sillón igual que un gato.

—¿*Irnos*?

—Por supuesto —saqué una alentadora arma desde mi bolsillo. Se detuvo en un impulso—. En esta clase de asuntos nunca se deja nada al azar. Se hacen revisiones periódicas. Ahora, vamos.

La sangre desapareció de su rostro.

—No —murmuró—, no, no, no puedes, no es justo para Amalie, los niños...

—Eso —le expliqué—, es parte del castigo.
Le abandoné en Damasco, el año antes de que Tamerlán la saquease.

AFLICCIONES DEL HOMBRE HUMANO

Robert Sheckley

Human Man's Burden, 1956

Edward Flaswell compró un planetoide, sin haberlo visto previamente, en el Departamento de Territorios Interestelares, en la Tierra. Lo eligió sobre la base de una fotografía que mostraba poca cosa aparte de una cordillera de pintorescas montañas. Pero a Flaswell le gustaban las montañas y preguntó al funcionario de Reclamaciones:

—¿Habrá o no habrá oro por aquellas colinas, paisano?

—Seguramente, paisano, seguramente —respondió el funcionario, extrañado porque un hombre en sus cabales quisiera alejarse varios años-luz de la mujer más próxima que hubiese. Pensó que ningún hombre en su sano juicio lo haría, mientras lanzaba sobre Flaswell una mirada escrutadora.

Pero Flaswell estaba absolutamente cuerdo. Simplemente no se había detenido en estudiar el problema.

Llegados a un acuerdo, Flaswell depositó una pequeña cantidad y se comprometió a mejorar su tierra cada año. Tan pronto se secó la tinta en la escritura de compra, adquirió un pasaje de segunda clase a bordo de un carguero espacial, donde se embarcó con un equipo de segunda mano, para dirigirse hacia sus posesiones.

Muchos colonizadores novatos descubren luego que compraron un pedazo apreciable de roca desnuda. Flaswell tuvo suerte. Su planetoide, al que bautizó con el nombre de Azar, poseía una mínima atmósfera fabricada que se podía activar hasta un grado respirable. Tenía agua, que su equipo de perforación alumbró al vigésimotercer intento. No encontró oro en aquellas colinas, aunque sí alguna cantidad de torio exportable. Y esto no era todo; gran parte del suelo presentaba propiedades beneficiosas para el cultivo de dices, olges, simises y otros frutos apetitosos.

Flaswell solía decir a su robot capataz:

—¡Este lugar me hará rico!

—Seguramente, jefe, seguramente —respondía siempre el robot.

El planetoide era innegablemente prometedor. Su desarrollo y explotación representaban una labor inmensa para un hombre solo, pero Flaswell contaba con veintisiete años, una complexión robusta y un ánimo resuelto. El planetoide prosperó bajo su hábil dirección. Pasaron meses, y Flaswell cultivó sus campos, extrajo torio de las pintorescas montañas y embarcó sus mercancías en el carguero espacial que, con no mucha frecuencia, pasaba por allí.

Su robot capataz le dijo un día:

—Jefe, no tiene usted muy buena cara.

Flaswell frunció el ceño al oír eso. El hombre a quien compró sus robots había sido un Sufragista Humano de la más fanática especie, que codificó la conversación de sus mecanismos según sus propias ideas del respeto debido al Género Humano. Esto resultaba molesto para Flaswell, pero le era imposible proveerse de cintas

nuevas. ¿Y en qué otra parte hubiese hallado robots por tan poco dinero?

—No me pasa nada, Gunga-Sam —replicó Flaswell.

—Perdón, señor Flaswell. No es así. Habla usted solo en los campos y perdone que se lo diga.

—Nada de particular.

—Y tiene un principio de tic en el ojo izquierdo. Y le tiemblan las manos. Y bebe demasiado. Y...

—¡Basta ya, Gunga-Sam! Un robot debe saber dónde está su sitio —cortó Flaswell. Al ver la expresión ofendida que, de algún modo, se retrató en el metálico rostro del robot, dio un suspiro, añadiendo—: Tienes razón, desde luego. Siempre tienes razón, mi buen amigo. ¿Qué opinas de mí?

—Que sufre demasiado de las aflicciones del Hombre Humano.

—¡Lo sé de sobra! —Flaswell se pasó una mano por su desgreñada melena negra—. A veces os envidio a vosotros, los robots, que estáis siempre riendo, no tenéis inquietudes, sois felices...

—Es porque no tenemos alma.

—Por desgracia, yo sí. ¿Qué me aconsejas?

—Que tome unas vacaciones, señor.

Gunga-Sam se retiró prudentemente para que su dueño pudiese reflexionar sobre ello.

Flaswell agradecía el buen consejo de su servidor, pero disponer de tiempo para unas vacaciones era difícil. Azar, su planetoide, se hallaba en el Sistema Trociano, es decir, todo lo aislado que se podía estar por aquella época. Es cierto que se hallaba solamente a quince días de vuelo de las chillonas diversiones de Citeria III y no muy lejos de Nagóndicon, donde podían pasarlo de lo lindo los poseedores de un estómago fuerte. Pero la distancia es oro, y oro era lo que Flaswell quería ganar en Azar.

Flaswell seguía cultivando, extrayendo más torio, y empezó a dejarse barba. Continuaba hablando solo en los campos y bebiendo mucho por la noche. Algunos de los robots labradores se asustaban al pasar Flaswell junto a ellos y se ponían a rezar al proscrito Dios de la Combustión. Pero el leal Gunga-Sam no tardó en cortar tan ominoso giro de los acontecimientos.

—¡Autómatas ignorantes! —les exhortó—. El Jefe Humano está bien. Es fuerte, es bueno. Creedme, hermanos, es como yo digo.

Pero las murmuraciones no cesaron, porque los robots esperaban que los humanos dieran ejemplo. La situación hubiese resultado imposible de dominar de no recibir Flaswell en el siguiente envío de provisiones, el flamante catálogo de unos grandes almacenes.

Lo abrió cuidadosamente sobre la mesa de plástico y, al resplandor de una bombilla, se puso a estudiar su contenido. ¡Qué maravillas se ofrecían al colonizador solitario! Instalaciones domésticas de destilación, solidovisión portátil y...

Flaswell volvió una hoja, la leyó, tragó saliva y volvió a leer. Decía:

¡PÍDANOS UNA ESPOSA!

Colonizadores: ¿por qué sufrir sin compañía el azote de la soledad? ¿Por qué aceptar las Aflicciones Humanas? Ofrecemos ahora, por primera vez, una selección limitada de esposas para los pioneros que viven al margen de la civilización.

La Esposa Modelo Roebuck-Ward es elegida cuidadosamente según su energía, adaptabilidad, agilidad, perseverancia, aptitudes colonizadoras y, por supuesto, algún grado de gracia y gentileza. Las seleccionadas reúnen condiciones para habitar en cualquier planeta, ya que poseen un centro de gravedad relativamente bajo, una piel adecuadamente pigmentada para todos los climas, uñas cortas y fuertes en los dedos de las manos y los pies. Están bien proporcionadas, pero sin contornos perturbadores, cualidad que apreciará el colonizador atareado.

Disponemos de modelos corrientes en tres tallas (véanse detalles a continuación) que se adaptan al gusto de cada comprador. Al recibo de su pedido, Roebuck-Ward congelará una y se la enviará, en tercera clase, por flete reducido. De este modo, sus gastos quedarán reducidos al estricto mínimo.

¿Por qué no cursa el pedido de una esposa HOY?

Flaswell llamó a Gunga-Sam y le enseñó el anuncio. El autómatas lo leyó en silencio y, luego, miró a su dueño.

—Una probable solución, *effendi* —declaró el capataz.

—¿Crees tú? —Flaswell se levantó, se puso a pasear nerviosamente por la habitación—. Pero yo no me proponía casarme ahora. ¿Qué manera es ésta de casarse? ¿Cómo sé si ella me gustará?

—Al Hombre Humano le conviene tener Mujer Humana.

—Sí, pero...

—Por otra parte, ¿no congelan un sacerdote y lo envían también?

Una lenta sonrisa surcó el rostro de Flaswell al digerir la perspicaz observación de su servidor.

—Gunga-Sam —dijo—, como de costumbre, has ido directamente al fondo de la cuestión. Me figuro que habrá una moratoria mientras un hombre toma una decisión. Resulta demasiado caro congelar un sacerdote. ¡Y sería tan bonito tener al lado una mujer que te ayudase...!

Gunga-Sam logró mostrar una sonrisa inescrutable.

Flaswell se sentó y cumplimentó su pedido, especificando que deseaba una mujer de talla pequeña, que estimó lo bastante grande para él. Indicó a Gunga-Sam que transmitiese el pedido por la radio.

Las semanas siguientes estuvieron llenas de agitación para Flaswell, que empezó a escudriñar con ansiedad el horizonte. Los robots entraron en un estado de expectación. Por las noches, sus alegres canciones y danzas estaban entremezcladas con cuchicheos y jovialidad. Los autómatas decían mil veces a Gunga-Sam:

—Oye, capataz, ¿cómo será la Mujer Humana del Jefe?

—Eso a vosotros no os importa —les respondía Gunga-Sam—. Es un problema del Hombre Humano y no debéis meter las narices en él.

Pero finalmente observaba el horizonte con tanta ansiedad como los demás.

Durante aquellas semanas, Flaswell meditó sobre las virtudes de la Esposa Modelo. Cuanto más pensaba en ello, más le agradaba la idea. No quería una mujer bonita, pintada, desvalida e inútil. Pero resultaría muy agradable tener una compañera alegre, con sentido común, que supiese guisar, lavar, arreglar la casa, dar órdenes a los robots domésticos, coser la ropa, hacer mermelada...

Así dejaba pasar el tiempo, soñando y comiéndose las uñas.

Por fin, el carguero espacial surgió en el horizonte, aterrizó, descargó una caja grande de embalaje y despegó en dirección hacia Amira III.

Los robots trajeron la caja a Flaswell.

—¡Su esposa nueva, señor! —exclamaron triunfalmente, y lanzaron al aire sus latas de petróleo.

Flaswell concedió inmediatamente medio día de fiesta, y pronto quedó solo, en su sala de estar, con la gran caja helada, con la leyenda *Frágil. Contiene Mujer*.

Apretó los botones de los controles de descongelación, esperó la hora prescrita y abrió la caja. Dentro había otra, que necesitaba dos horas para descongelarse. Flaswell aguardó impaciente, paseándose arriba y abajo por la sala y devorando lo que quedaba de sus uñas.

Y pasado el tiempo, Flaswell abrió con mano temblorosa la tapa y vio...

—¿Qué es esto? —exclamó.

La joven que se hallaba en el interior de la caja pestañeó, bostezó como un gatito, abrió los ojos y se incorporó. Se miraron, y Flaswell comprobó que se había cometido un grave error.

La muchacha lucía un bonito y nada práctico vestido blanco, con su nombre, Sheila, bordado en hilo de oro. El detalle siguiente que observó Flaswell fue su

delgadez, poco a propósito para un duro trabajo en condiciones distintas a las del planeta Tierra. Su cutis era blanco como la nieve, muy susceptible sin duda a las ampollas del cruel sol veraniego del planetoide. Sus manos tenían los dedos largos, con uñas rojas. Era elegante, completamente distinta a lo que Roebuck-Ward había prometido. En cuanto a sus piernas y demás partes, Flaswell decidía que serían perfectas en la Tierra, pero no allí, donde un hombre tiene que poner atención en su trabajo.

Ni siquiera podía decirse que tuviese un centro de gravedad bajo, sino todo lo contrario.

Flaswell pensó, no sin razón, que le habían engañado, estafado, puesto en ridículo.

Sheila salió de la caja, se acercó a una ventana y miró los campos verdes y floridos de Azar, flanqueados a lo lejos por montañas.

—¿Dónde están las palmeras? —preguntó la joven.

—¿Palmeras?

—Sí. Me dijeron que en Srinigar V había palmeras.

—Esto no es Srinigar V —repuso Flaswell.

—¿No es usted el pachá de Srae?

—Soy el colonizador que explota este planetoide. ¿No es usted la Esposa Modelo Roebuck-Ward?

—¿Lo parezco acaso? —gritó Sheila, echando chispas por los ojos—. Soy la Esposa Modelo de Gran Lujo, y esperaba que me mandasen al planeta paradisíaco subtropical Srinigar V.

—Nos han engañado a los dos —replicó Flaswell con tristeza—. El departamento de expediciones ha debido cometer un error.

La joven observó la mal arreglada sala de estar de Flaswell, y el temor alteró su hermoso rostro.

—Supongo que podrá facilitarme transporte para ir a Srinigar V.

—Ni aun para Nagóndicon —dijo Flaswell—. Informaré a Roebuck-Ward del error que han cometido. Ellos le facilitarán transporte cuando envíen mi pedido.

Sheila se encogió de hombros y dijo:

—El viajar enseña.

Flaswell asintió, pensativo. Aquella joven no tenía cualidades colonizadoras. Pero era pasmosamente bonita. No había razón para que su estancia no fuese agradable para ambos.

—En estas circunstancias —dijo Flaswell con una sonrisa de invitación—, podemos ser amigos.

—¿Qué circunstancias?

—Somos los únicos Humanos del planetoide —Flaswell puso una mano sobre el

hombro de la joven—. Tomemos una copa. Hábleme de usted...

Flaswell oyó en aquel momento un fuerte ruido a su espalda. Se volvió y vio a un robot bajito y rechoncho que salía de un compartimiento de la caja de embalaje.

—¿Qué desea? —preguntó.

—Soy un robot sacerdote —respondió éste— autorizado por el gobierno para celebrar matrimonios en el espacio. Y, además, tengo poderes de la Compañía Roebuck-Ward para actuar como dueño y protector de esta señorita hasta que se haya celebrado la ceremonia de casamiento.

—¡Maldita sea! —refunfuñó Flaswell.

—¿Qué esperaba usted? —preguntó Sheila—. ¿Un sacerdote Humano congelado?

—Eso no. Pero un robot dueña...

—Es lo mejor que puede hacerse —aseguró Sheila a Flaswell—. Le sorprendería saber lo que hacen algunos hombres apenas se han alejado unos cuantos años-luz de la Tierra.

—¿Usted cree? —repuso Flaswell desconsoladamente.

—Es lo que me han dicho —contestó Sheila, apartando su vista de él con gazmoñería—. Después de todo, la futura esposa del pachá de Srae ha de tener un protector.

—Amados hermanos —entonó el robot—. Estamos aquí reunidos para unir...

—¡Ahora, no! —gritó Sheila—. ¡Con éste, no!

—Mandaré a los robots para que arreglen una habitación para usted —gruñó Flaswell. Se retiró, musitando para sí sobre las aflicciones del Hombre Humano.

Se puso en contacto con Roebuck-Ward, de donde le comunicaron que su pedido le sería enviado inmediatamente y el otro despachado a su verdadero destino. Luego, volvió a entregarse a su trabajo, resuelto a ignorar la presencia de Sheila y de su dueño.

El trabajo prosiguió en Azar. Había que extraer torio y perforar más pozos. Se acercaba el tiempo de la recolección, y los robots pasaban muchas horas en los campos verdes y floridos, mientras en sus metálicos rostros brillaba el aceite lubricante. El aire estaba embalsamado por la fragancia de las flores.

Sheila logró que se notara su presencia con sutil aunque sorprendente fuerza. Pronto aparecieron pantallas de plástico sobre las desnudas bombillas de luz fría, cortinas en las ventanas y alfombras en el suelo. Y otros muchos más cambios adicionales en la casa, que Flaswell más bien notaba que veía.

También sufrió un cambio su dieta. La cinta memorizadora del robot cocinero estaba gastada en muchos sitios, por lo que el pobre autómatas ya no sabía preparar más que carne de buey asada, ensalada de pepino, arroz con leche y jugo de cacao. Flaswell había venido comiendo con mucho estoicismo esos platos desde su llegada a

Azar, alternándolos en ocasiones con alimentos en conserva.

Sheila grabó pacientemente en la cinta memorizadora del robot cocinero recetas para hacer estofado, marmita de carne, ensalada variada, pastel de manzanas y muchas cosas más. El panorama gastronómico de Azar empezó a mejorar ostensiblemente.

Pero cuando Sheila preparó conservas con frutas del planetoide, Flaswell comenzó a experimentar dudas.

Al fin y al cabo, era una joven muy práctica, pese a su dispendiosa apariencia. Sabía hacer todo lo que una Esposa Modelo. Y tenía otros atributos. ¿Para qué necesitaba entonces su pedido?

Flaswell, tras meditar sobre esto un tiempo, confesó a su capataz:

—Estoy desconcertado, Gunga-Sam.

—¿Sí? —dijo el capataz con su metálico rostro impasible.

—Quisiera tener un poco de intuición robótica. ¿No te parece, Gunga-Sam, que ella se está portando muy bien?

—La Mujer Humana comparte los problemas del Hombre Humano.

—¿Pero por cuánto tiempo? Hace tanto como pudiera hacerlo la Esposa Modelo. Guisa, prepara conservas...

—Los trabajadores la quieren —dijo Gunga-Sam con sencilla dignidad—. Ha de saber, señor, que durante la epidemia de oxidación que se declaró la semana pasada, ella trabajó noche y día para consolar y curar a los asustados robots más jóvenes.

—¿Hizo eso? —preguntó conmovido Flaswell—. Una mujer de su condición, un modelo de lujo...

—No importa. Es una Mujer Humana y tiene fuerza y nobleza.

—¿Sabes que me has convencido? —dijo Flaswell muy despacio—. Creo realmente que tiene condiciones para quedarse aquí, aunque sea de otro modelo. La cuestión es amoldarse a las circunstancias. Le voy a decir que se quede con nosotros y luego anularé el pedido.

Una expresión extraña, que podría ser de regocijo, brilló en los ojos del capataz. Hizo una profunda reverencia y dijo:

—Será como desee el señor.

Flaswell corrió a buscar a Sheila.

Sheila se hallaba en la enfermería, instalada en lo que antes había sido un cobertizo de herramientas. Con la ayuda de un robot mecánico, estaba curando abolladuras y dislocamientos de piezas, enfermedades peculiares de los seres de piel metálica.

—Sheila, deseo hablar con usted —dijo Flaswell.

—Tan pronto termine de ajustar este perno, estaré a su disposición —respondió distraídamente la joven.

Ajustó debidamente el perno y dio un golpecito con la llave al robot.

—Vamos, *Pedro*^[7]. Intenta andar ahora con esa pierna.

El robot se levantó con cautela, puso peso sobre su pierna y vio que resistía. Dio cómicas cabriolas alrededor de la Mujer Humana diciendo:

—Me ha reparado usted muy bien. *Gracias*^[8], señora.

Salió y se alejó saltando bajo el sol.

Sheila y Flaswell lo siguieron con la mirada, sonriendo ante sus extravagancias.

—Son como niños —dijo Flaswell.

—No se puede por menos de quererlos —respondió Sheila—. Son tan felices, tan despreocupados...

—Porque no tienen alma —le recordó Flaswell.

—Es cierto, no tienen alma —asintió tristemente la joven—. ¿Qué deseaba decirme?

—Pues...

Flaswell miró a su alrededor. La enfermería era un lugar antiséptico, lleno de llaves, destornilladores, sierras para cortar metal, martillos de punta y otros instrumentos médicos. No era el ambiente apropiado para lo que pretendía decir.

—Venga conmigo —dijo.

Salieron de la enfermería y atravesaron los campos verdes y floridos hasta el pie de las espectaculares montañas de Azar. Allí yacía una quieta y oscura extensión de agua, a la que daban sombra riscos escarpados, sobre la que colgaban árboles gigantescos que Flaswell había plantado. Se detuvieron allí.

—Quería decirle, Sheila, que me ha sorprendido completamente. Creí que era usted un parásito, una persona sin carácter. Su condición, su educación, todo parecía dar eso a entender. Pero estaba equivocado. Ha luchado contra un mundo al margen de la civilización, lo ha conquistado triunfalmente y se ha ganado los corazones de todos.

—¿De todos? —musitó Sheila.

—Creo que puedo hablar en nombre de todos los robots del planetoide. La idolatran. Creo que ya es usted como uno de nosotros.

La joven permaneció callada largo rato, mientras el viento susurraba por entre las ramas de los árboles gigantescos, rizando la oscura superficie del lago.

Sheila rompió el silencio para decir:

—¿De veras lo cree?

Flaswell se sintió cautivo de la exquisita perfección de aquella mujer, perdido en las profundidades de topacio de sus ojos. Su respiración se hizo más acelerada. Tomó

la mano de la joven.

—Sheila...

—Edward...

—Amados hermanos —aulló una estridente voz metálica—. Estamos aquí reunidos...

—¡Ahora no, grandísimo loco! —gritó Sheila.

El robot sacerdote se adelantó y dijo con aspereza:

—No me gusta inmiscuirme en los asuntos de los Humanos, pero así me obligan mis coeficientes grabados en cinta. A mi entender, el contacto físico es una insensatez. Como experiencia, una vez entrechoqué mis miembros con un robot costurera. Y todo lo que logré con estas molestias fue una abolladura. En cierta ocasión creí experimentar algo, una cosa eléctrica que me atravesó vertiginosamente y me hizo imaginar que estaba trazando lentamente figuras geométricas. Pero, tras un examen, descubrí que el aislamiento había salido de un centro conductor. Por lo tanto, esta emoción carecía de validez.

—¡Maldita sea! —refunfuñó Flaswell.

—Perdone mi presunción. Intentaba explicar que yo, personalmente, considero ininteligibles las instrucciones que me han dado... Es decir, impedir todo contacto físico mientras no se haya celebrado la ceremonia nupcial. Pero éstas son las órdenes que tengo. ¿Puedo cumplirlas ahora?

—¡No! —gritó Sheila.

El robot se encogió de hombros como quien no puede remediar la cosa y se perdió en la maleza.

—No puedo soportar a un robot que no conozca cuál es su sitio —dijo Flaswell—. Pero me alegro de que esté aquí.

—¿Cómo?

Flaswell respondió con aire de convicción:

—Vale usted tanto como la mejor Esposa Modelo y es mucho más bonita. ¿Quiere casarse conmigo?

El robot volvió a acercarse a ellos.

—No —declaró Sheila.

—¿No? —repitió Flaswell, sin comprender.

—Ya me ha oído. ¡No!

—¿Por qué? Sería tan conveniente que se quedara, Sheila. Los robots la adoran. Nunca los había visto trabajar tan bien.

—No me interesan sus robots —replicó la joven, muy erguida, desmelenada, con los ojos llameantes—. No me interesa su planetoide. Ni me interesa usted en modo alguno. Me iré a Srinigar V, donde seré la mimada esposa del pachá de Srae.

Se miraron; Sheila, con el rostro pálido de ira, Flaswell, rojo de confusión.

El robot sacerdote terció:

—¿Puedo ya dar principio a la ceremonia...? Amados hermanos...

Sheila dio media vuelta y corrió hacia la casa.

—No comprendo —dijo lastimosamente el robot sacerdote—. Todo esto es muy complicado. ¿Cuándo se celebrará la ceremonia?

—No se celebrará —respondió Flaswell, que echó a andar hacia la casa, fruncidas las cejas por la cólera.

El robot vaciló, suspiró metálicamente y se apresuró a reunirse con su protegida.

Flaswell pasó toda aquella noche sentado en su cuarto y bebió mucho, mientras gruñía en voz baja. Poco después del alba, el leal Gunga-Sam llamó y entró en la pieza.

—¡Mujeres! —barbotó Flaswell a su servidor.

—¿Eh? —inquirió Gunga-Sam.

—Nunca las entenderé. Me ha engañado... Creí que quería quedarse. Creí...

—El espíritu del Hombre Humano es oscuro —repuso Gunga-Sam—, pero es claro como el cristal comparado con el de la Mujer Humana.

—¿Dónde has aprendido eso? —quiso saber Flaswell.

—Es un antiguo proverbio de los robots.

—A veces pienso que los robots tenéis alma.

—¡Oh, no, señor Flaswell! Está expresamente especificado en nuestras Instrucciones de Montaje, que los robots han de ser construidos sin alma para que no padezcan la angustia.

—Es una medida muy acertada —aseveró Flaswell—. Debiera aplicarse también a los Humanos. ¡Que se vaya al infierno esa mujer! ¿Ahora qué quieres?

—Vengo a decirle, señor, que se dispone a aterrizar la nave de transporte.

Flaswell se puso pálido.

—¿Tan pronto? Esto significa que mi pedido...

—Indudablemente.

—Y se llevará a Sheila a Srinigar V.

—Con toda seguridad, señor.

Flaswell gimió lastimeramente. Luego dijo:

—Está bien. Voy a ver si está dispuesta.

Halló a Sheila en la sala de estar, contemplando las maniobras de la nave.

—Le deseo mucha suerte, Edward. Espero que su esposa resulte a su gusto.

La nave aterrizó y los robots empezaron a mover una caja grande de embalaje.

—Mejor será que me vaya —dijo Sheila—. No esperarán mucho tiempo.

Le tendió la mano y Flaswell la tomó.

La mantuvo así durante un momento y, luego, se apercibió de que la cogía del

brazo. Ella no opuso resistencia. Flaswell de pronto tomó a Sheila en sus brazos. La besó y se sintió como un pequeño sol que se convierte en nova.

Sheila suspiró.

Flaswell carraspeó dos veces.

—¡Sheila, te quiero! No te puedo ofrecer muchas comodidades aquí, pero si te quedas...

—¡Ya es hora de que te dieras cuenta de que me quieres! ¡Claro que me quedo!

Los pocos minutos siguientes fueron extáticos y decididamente vertiginosos. Fueron interrumpidos, al fin, por fuertes voces de robot que hablaban en el exterior. Se abrió la puerta y entró el robot sacerdote, seguido de Gunga-Sam y dos granjeros mecánicos.

—¡Sorprendente! —exclamó el robot sacerdote—. ¡Increíble! ¡Pensar que he llegado a ver cómo un robot incita a otro a pelear!

—¿Qué ha pasado?

—Este capataz suyo se ha sentado sobre mí —respondió indignado el robot sacerdote—, mientras sus compañeros me tenían sujeto. Lo único que pretendía era entrar a esta habitación y cumplir con mi deber tal como me han ordenado el Gobierno y la Compañía Roebuck-Ward.

—¿Por qué has hecho eso, Gunga-Sam? —preguntó Flaswell con una sonrisa.

El robot sacerdote se acercó a Sheila.

—¿Está averiada? ¿Abolladuras? ¿Algún cortocircuito?

—No lo creo —contestó Sheila sin aliento.

Gunga-Sam explicó a Flaswell:

—La culpa es mía, jefe. Pero todos saben que el Hombre Humano y la Mujer Humana necesitan soledad durante su noviazgo. No he hecho más que lo que consideré mi deber.

—Has hecho muy bien —afirmó Flaswell—. Te estoy profundamente agradecido, Gunga-Sam... ¡Dios mío!

—¿Qué sucede? —preguntó Sheila, recelosa.

Flaswell miraba por la ventana. Los robots labradores llevaban hacia la casa una caja de embalaje.

—¡La Esposa Modelo! ¿Qué haremos, cariño? Anulé el pedido por el que te mandaron a ti e hice otro... ¿Crees que se puede rescindir legalmente el contrato?

Sheila se echó a reír.

—No te preocupes. Esa caja no contiene ninguna mujer. Tu pedido fue anulado tan pronto se recibió.

—¿De veras?

—Puedes estar seguro —respondió la joven, bajando la vista avergonzada—. Me odiarás por...

—En los archivos de la Compañía se guardan las fotografías de los colonizadores que piden esposa. Las mujeres podemos elegir entre ellos... Estuve allí muchas veces para que no me clasificasen como modelo de lujo hasta... que trabé amistad con el jefe del departamento de pedidos. Y me mandaron aquí.

—Pero el pachá de Srae...

—Lo inventé yo.

—¿Por qué? —preguntó Flaswell, extrañado—. Siendo tan bonita...

—Todos esperan que sea un juguete para un idiota gordinflón. ¡No me da la gana! ¡Quiero ser una esposa! ¡Y valgo tanto como una mujer fea y rechoncha!

—Mucho más.

—Sé guisar, curar robots, cosas prácticas. ¿No lo he demostrado?

—Lo has demostrado, cariño.

Sheila se echó a llorar.

—Pero nadie lo hubiese creído, y por eso tuve que engañarte para que me dejaras estar aquí hasta que te enamorasas de mí.

—Y lo estoy —repuso Flaswell, enjugándole las lágrimas a Sheila—. Todo ha salido a pedir de boca. Una feliz coincidencia.

Algo similar al rubor apareció en el metálico rostro de Gunga-Sam.

—¿No ha sido acaso una feliz coincidencia?

—Verá usted, señor Flaswell, *effendi*... Es bien sabido que el Hombre Humano necesita una Mujer Humana atractiva. La Esposa Modelo parecía un poco severa, y Mensahib Sheila es hija de un amigo del dueño que tuve antes. El caso es que me tomé la libertad de enviarle el pedido directamente a ella. Su amigo del departamento de pedidos le enseñó la fotografía de usted e hizo que la mandaran aquí. Confío en que no esté descontento de su humilde servidor por haber desobedecido.

—¡Condenado de mí! —exclamó al fin Flaswell—. Es lo que siempre digo. Vosotros, los robots, comprendéis mejor que nadie a los Humanos —se volvió hacia Sheila—. ¿Qué hay en esa caja de embalaje?

—Mis vestidos, joyas, zapatos, cosméticos, mi tocador...

—Pero...

—Cariño, querrás que esté presentable cuando vayamos de visita —dijo Sheila—. Después de todo, Citerea III está sólo a quince días de aquí. Me enteré antes de venir.

Flaswell, resignado, hizo una seña afirmativa con la cabeza. Había que esperar algo semejante de un modelo de lujo.

—¡Ahora! —indicó Sheila, dirigiéndose al robot sacerdote.

El robot no respondió.

—¡Ahora! —gritó Flaswell.

—¿Estáis seguros? —preguntó con aspereza el robot.

—¡Sí! ¡Empieza!

—No acabo de comprenderlo —repuso el robot sacerdote—. ¿Por qué ahora? ¿Por qué no la semana pasada? ¿Soy el único cuerdo que hay aquí? En fin. Amados hermanos...

Y se celebró la ceremonia. Flaswell concedió tres días de fiesta y los robots los festejaron cantando y bailando a su manera.

Desde entonces la vida cambió en Azar. Los Flaswell empezaron a llevar una modesta vida social, visitar y ser visitados por matrimonios que residían a quince o veinte días de distancia, en Citerea III, Tham y Randico I. Pero el resto del tiempo Sheila era una irreprochable Esposa Modelo, amada por los robots e idolatrada por su marido. El robot sacerdote, ateniéndose a su manual de instrucciones, aprendió teneduría de libros, para cuyo desempeño su mentalidad estaba bien dotada. Solía decir que si no fuese por él, la explotación del planeta sería una ruina.

Y los robots seguían extrayendo torio, las plantas florecían y Sheila y Flaswell compartían las responsabilidades de los Humanos.

Flaswell no se cansaba de alabar las ventajas de la Roebuck-Ward. Pero Sheila sabía que la verdadera ventaja consistía en tener un capataz como el fiel y sin alma Gunga-Sam.

EN EL CUARTO PLANETA

J. F. Bone

On The Fourth Planet, 1963

El Ul Kworn suspendió la búsqueda de alimentos, abrió más el ojo y observó el objeto que le bloqueaba el paso.

No vio el obstáculo hasta casi tocarlo. Había dedicado su atención a buscar —y coger— en los líquenes que cubrían su zona alimenticia todo cuanto fuese lo bastante grande como para ser comestible. Pero le había asustado el inesperado calor que irradiaba el objeto. El crepúsculo parecía próximo. No podía existir ningún organismo, viviente o no viviente, capaz de irradiar siquiera una fracción del calor que emitía la pared de brillante metal que se hallaba ante él. Kworn extendió su manto para absorber el calor, a la vez que alzaba el ojo y miraba por encima del obstáculo. No era alto, pero sí lo bastante como para constituir un estorbo. Se combaba desde allí hasta muy lejos, extendiéndose completamente a través de toda la amplitud de su terreno.

Una oscura memoria racial le dijo que era un ingenio, un producto de los tiempos en que la Raza tenía ocio para soñar y tiempo para construir. Probablemente había sido diseñado milenios atrás por sus remotos antepasados y salido recientemente de su escondite bajo la arena. Esos objetos metálicos seguían apareciendo y desapareciendo conforme las arenas se desplazaban movidas por la fuerza del viento. El Ul los había visto antes, aunque ninguno tan grande ni tan bien conservado. Brillaba como si hubiese sido construido el día anterior, con un suave lustre plateado sobre la oscuridad negroazulada del cielo.

Cuando su ojo vio claramente la parte superior del muro, se puso a temblar. Para su sorpresa se trataba del borde de un enorme disco metálico que tenía un diámetro de cincuenta raads. Y eso no era todo. Tres gruesas columnas de metal partían del disco y conforme se elevaban, iban inclinándose hacia el cielo. En lo alto, casi más allá del alcance de la vista, convergían para sostener un inmenso cilindro colocado verticalmente con relación al suelo. El cilindro tenía un diámetro casi tan grande como el del disco que descubrió en primer lugar el ojo. Resplandecía sobre la cabeza del Ul, produciendo la inquietante impresión que estaba a punto de caerse y aplastarle. Unas excrescencias extrañamente articuladas tachonaban su superficie y, a su lado, a unos dos tercios de su altura, dos cilindros más pequeños surgían del mayor, separados por escasa distancia, divididos por una hilera vertical de cuatro formas negras que se dirigían directamente hacia su zona de alimentación.

El Ul Kworn observaba la gigantesca estructura con desagrado y desconcierto. La tempestad que logró desenterrarla tuvo que ser muy violenta para llevarse tan lejos tal masa de arena. Y la mala suerte hizo que aquel objeto se estableciera en su sendero. La ira oscureció aún más su manto. ¿Por qué todo tenía que sucederle a él? ¿Por qué no se metió el objeto en el camino de otro, en la tierra de uno de sus vecinos? Le apartaba casi tres mil raads cuadrados del suelo que le procuraba su sustento vital. Dar aquel rodeo significaba malgastar una energía de la que no podía prescindir. ¿Por

qué no había aparecido en la zona de Ul Caada o la de Ul Varsi... o la de cualquier otro de los innumerables seres de la Raza? ¿Por qué afrontar semejante problema?

No podía salvar el obstáculo, extendido hasta más allá de su territorio. No le quedaba otro remedio que invertir una preciosa energía en ascender por el muro y atravesar la plana y brillante superficie del disco. Durante tan largo trayecto le sería imposible comer, ya que su ojo no veía el menor vestigio de líquenes en la suave superficie metálica.

El frío del anochecer había caído sobre la Tierra. Muchos de los de su Raza estaban ya envueltos en sus mantos, conservando su energía hasta que el Sol del amanecer les comunicase su ardiente vida. Pero Kworn no lo estimó necesario. Había calor suficiente junto al muro.

El aire brillaba débilmente al enfriarse. En las patas de la estructura se formaban pequeños cristales de hielo, que se delineaban en fulgurante contraste con el tenebroso paisaje, que los líquenes cubrían de una capa verdegris puntuada por las bolas purpúreas de los parásitos adheridos a ellos. Separados de Kworn y sus vecinos por un espacio de veinte raads, protegidos por su manto, los cuerpos de los componentes de la Raza se unían en una sola y larga línea a través del ondulado paisaje, y se desvanecían en la oscuridad.

Detrás de ellos, a un día de distancia, se hallaba otra línea de los de la Raza. Más lejos, otra. El Ul Kworn y los demás Ul eran los mayores ejemplares de la Raza y formaban la primera línea, pues su madurez y aptitud para reproducirse lo exigía con arreglo a la Ley.

Caada y Varsi se agitaban, inquietos, estimulados al movimiento por el calor que irradiaba del obstáculo, aunque obligados por la Ley a mantenerse en su puesto hasta que el Sol reanimase a los demás. Sus mantos de color carmesí oscuro ondeaban por el suelo, mientras sus nerviosos pseudópodos se dirigían hacia los límites de sus zonas.

Estaban impacientes por comunicarse con el Ul Kworn.

Pero Kworn no estaba aún dispuesto. Se mantenía prudentemente apartado mientras enviaba un delgado pseudópodo hacia el brillante muro que se erguía ante él. Malgastaba energía, pero decidió aprender todo lo posible acerca de aquella cosa, antes de intentar atravesarla al día siguiente.

Era evidente que no tendría otro remedio que hacerlo, porque la Ley determinaba claramente el delito de usurpación cometido en territorio vecino. *Ningún miembro de la Raza ocupará la zona alimenticia de otro durante el Tiempo de Viaje, excepto con permiso reconocido. La infracción será castigada con la expulsión del transgresor de su lugar en el rango.*

Y eso equivalía a una sentencia de muerte.

Cabía la posibilidad de pedir permiso a Caada o a Varsi, pero estaba

completamente seguro que no lo obtendría. No eran buenas las relaciones con sus vecinos. Caada era vengativo, viejo y egoísta. No se había reproducido durante aquella estación y su vitalidad era poca. Siempre estaba hambriento y no sentía vergüenza de introducir taimadamente un seudópodo más allá de los límites fronterizos de sus vecinos para robar alimento. Kworn le advirtió y le amenazó con un juicio en el caso que cometiera otro robo. Como que cada miembro de la Raza era materialmente incapaz de mentir a los otros, Caada sería desterrado. Desde entonces, Caada no le importunó más, pero su aversión hacia Kworn no podía ser más evidente.

Pero Varsi, propietario del terreno situado a la derecha, era aún peor. Había ascendido al grado de Ul un año antes solamente. Por aquel tiempo corrieron rumores acerca de que los más pequeños y débiles miembros de la Raza sufrieron el robo de alimentos y plasma reproductor. Pero nada podía probarse y muchos cachorros murieron durante el desagradable proceso de ascensión a la madurez. Mas eso a Kworn no le importaba. Si Varsi constituía un ejemplo de la joven generación, la sociedad disminuiría y se haría más agradable. No profesaba ningún afecto hacia los jovencitos audaces y emprendedores que se apiñaban hasta los límites mismos de su tierra, vigilantes y agresivos ante la menor invasión de su territorio. Lo más molesto era que Varsi se había reproducido felizmente aquel año, con el consiguiente rejuvenecimiento. La tentativa de Kworn, en cambio, sólo se consumó en parte. Sus reservas de energía no fueron lo bastante grandes para producir vástagos viables, y únicamente logró rejuvenecerse de forma parcial. Bastaría, eso sí, para llevarle a las tierras de alimentación invernales. Mas su única seguridad para ello era en ocupar un puesto junto a Caada, que terminaría fatalmente en el gran Vacío si su alimentación durante el camino no fuese adecuada.

Sin embargo, nunca imaginó que tendría a Varsi por compañero.

Se consoló pensando que otros podrían tener tan malos vecinos como él. Pero nunca cometería el error de intercambiar plasma reproductor con cualquiera de sus vecinos, ni aun cuando su fecundidad y su situación dependiesen de ello. Las células ajenas nada harían por mejorar el sentido de la disciplina y el orden que había desarrollado tan cuidadosamente en las suyas. Sus vástagos eran corteses y nobles, honraban a la Raza y al nombre de Kworn. Un padre debería sentirse orgulloso de sus hijos de forma que, cuando pudiesen tener descendientes, no hubiera que avergonzarse de ellos. Kworn creía que un Ul necesitaba tener un sentido de la responsabilidad con respecto al trascendental futuro de la Raza.

Su ira cesó al aplicar el control sinérgico. La ira significaba una merma de energía, un lujo que no podía permitirse. Le quedaba poca. El año fue malo. La primavera tardaba en llegar, y el invierno había venido pronto. El verano fue árido, y los líquenes de las tierras alimenticias habían crecido poco. Los diminutos y bulbosos

parásitos del líquen, principal fuente de alimentación de la Raza, no habían alcanzado su plenitud habitual. Resultaron cosas pobres y pequeñas, que apenas merecían ser ingeridas. Y no eran mejores las que se hallaban junto al camino que conducía a los territorios invernales.

Malhumorado, tocó con un filamento táctil el muro que se erguía ante él. Estaba muy caliente, liso y escurridizo al tacto. Lo palpó suavemente y percibió las casi horizontales asperezas de la superficie. Experimentó algún consuelo, porque tenía posibilidad de escalarlo. Pero, tras relajarse momentáneamente, retiró el filamento, retorciéndose con angustia y dolor. ¡El muro le había quemado la carne! Tenues hilos de vapor se elevaron en el lugar tocado del metal, helándose al instante en el aire frío. Retiró el filamento en una automática constricción protectora de sus células. El dolor cesó de inmediato, pero el recuerdo de la quemadura era tan punzante, que su manto se encogió y tembló convulsivamente en tanto no cesaron los reflejos.

Pensativamente, escondió el miembro lesionado. Comprendió, con miedo, que no podría atravesar el disco. Lo que esto implicaba le aterrorizó. En el caso que no pudiera pasar, su terreno al otro lado del camino quedaría vacante y sujeto a prioridad de ocupación por sus vecinos. Ni siquiera podría esperar hasta que hubiesen pasado y alcanzarles luego. La Ley era clara sobre este punto. *Si un miembro de la Raza se rezaga en su rango, su tierra queda vacante y abierta a sus vecinos. Si se adelanta a él, sufrirá la misma penalización. El que abandone su posición, lo hará permanentemente.*

Pensó ceñudo que esa misma Ley era la que le obligó a ocupar una posición junto a Ul Caada. Y, por supuesto, sus vecinos conocían la Ley tan bien como él. Formaba parte de ellos, parte de sus células aun antes de que se separasen de su padre. Sería una absoluta insensatez esperar que vecinos como Caada o Varsi le iban a ceder el paso por su tierra para que conservase su puesto en el rango.

La amargura le envolvió con un estímulo tan penetrante, que Caada extendió un filamento de comunicación para proyectar una pregunta.

—¿Qué es esa cosa que está en tu tierra y la mía? —preguntó Caada.

Su proyección era débil. Era evidente que no viviría mucho, si no lograba mejorar su *status* alimenticio.

—No lo sé. Es de metal, un obstáculo que no me deja proseguir mi camino. No puedo pasar por encima de él. Si lo toco, me quema.

Un rápido temblor de agitación recorrió el filamento de Caada. El viejo Ul cortó la conexión instantáneamente. La situación no tenía remedio. Y la descomedida codicia de Varsi era tan conocida, que no resultaría sensato intentar nada por ese lado.

Sufrió un acceso de desesperación. Si no podía hallar el medio de superar aquel obstáculo, estaba perdido.

No quería entrar en el Vacío. Había visto a otros que se dirigían a él para que

quisiera seguirlos. Pensó por un momento en pedir a Caada y a Varsi libre paso por sus tierras durante el corto espacio de tiempo que sería necesario para salvar la barrera. Pero la razón se impuso. Sólo iba a conseguir una negativa y, a fin de cuentas, era el Ul Kworn y tenía su orgullo. No rogaría a sabiendas que sus súplicas fuesen en vano.

Le quedaba una posibilidad de sobrevivir si se envolvía bien en su manto y esperaba hasta que hubiesen pasado todos los rangos. Entonces podría dominar a los rezagados y, posiblemente, le quedaría la comida suficiente para llegar a las tierras de alimentación de invierno.

Y tenía incluso una posibilidad de cruzar el disco. Disponía del calor suficiente para mantenerse activo. Trabajando toda la noche podría trazar un sendero de arena a través de su superficie, con el fin de prevenir que sus tejidos fuesen quemados por el metal. Desde un punto de vista estricto iba a violar la Ley por adelantarse a los demás, pero como no pensaba tomar alimentos, no causaría ningún perjuicio.

Se acercó más al el muro y empezó a amontonar arena junto a su base, disponiendo una ancha rampa hasta lo alto del disco. Se trataba de un trabajo muy lento. La arena era escurridiza, sus pulidos granos se deslizaban y la rampa se desmoronaba una y otra vez. Pero continuó trabajando y amontonó arena hasta que ésta alcanzó lo alto del disco. Miró entonces más allá de la superficie plana que se extendía ante él.

—¡Cincuenta raads!

Pudieran muy bien ser cincuenta zetz. No lo conseguiría. Su nivel de energía era ya tan bajo, que apenas podía moverse. Construir ahora un sendero de un raad de ancho a través de aquella extensión de metal constituía una labor que rebasaba sus fuerzas. Se dejó caer por la rampa, completamente agotado. No tenía otro remedio que abrir su manto al Vacío.

No se dio cuenta hasta aquel momento que le tocaban los filamentos de comunicación de Caada y Varsi. Ante el estallido de júbilo de Caada y las cínicas frases de Varsi —«Una noble decisión, Ul Kworn. ¡Mereces alabanzas por ella!»—, comprendió que ya lo sabían todo.

Su cuerpo se agitó con desesperanza. Estaba cansado, demasiado cansado para encolerizarse. Su energía era escasa. Pensó impasiblemente en el Vacío. Más tarde o más temprano, llegaba la hora para todos los de la Raza. El Ul había vivido más tiempo que muchos otros, era justo que ahora le tocase el turno. Lo aceptó con un sereno fatalismo que no creía poseer. Tumbado sobre la arena con el manto extendido esperó a que llegase el fin.

Pensó que no vendría muy pronto. Se hallaba aún muy lejos de la desorganización celular que precedía a la extinción. Se sentía simplemente exhausto y necesitaba

alimentos para restaurar sus fuerzas.

Si dispusiera de comida, podría conservar la esperanza de construir el sendero a tiempo. Pero no era así. Había recogido toda la que quedaba en su tierra antes de llegar al camino.

Acostado en la rampa, débil y lánguido, junto al obstáculo, descubrió lentamente que el metal no estaba muerto. ¡Estaba vivo! Por el metal circulaban vibraciones rítmicas que eran transmitidas a su cuerpo por la arena.

Una loca esperanza se agitó en su interior. Si el metal estaba vivo, podía oírle en el caso que intentara comunicarse. Concentró sus restantes reservas de energía, trató de hacerse insensible al dolor y apretó sobre el metal un filamento de comunicación.

—¡Ayúdame! —proyectó desesperadamente—. ¡Estás bloqueando mi zona! ¡No puedo pasar!

Lejos, a un lado, percibía la risa de Varsi. Al otro, la codicia de Caada se deleitaba con el daño ajeno.

«No puedo despertar a este metal», pensó Kworn, mientras lo intentaba otra vez con más porfía que antes, sin hacer caso del dolor de su quemada carne.

Se oyó un chasquido dentro del metal y cambió la cadencia de los sonidos.

«¡Ya despierta!», pensó alocadamente Kworn.

Tras un crujido, una varilla salió del cilindro y se balanceó en el suelo dentro del territorio de Varsi. Una rejilla cuadrada se elevó de la parte superior del cilindro y se puso a girar. Y Kworn temblaba y sufría sacudidas ante la tremenda fuerza de las palabras que fluían a través de su cuerpo. Eran palabras sin sentido, ondas sonoras que martilleaban sus receptores en una lengua desconocida que no entendía. Pensó con desesperación que el lenguaje de la Raza había cambiado desde los tiempos de los antepasados.

Y entonces, con un bramido que desgarraba su manto, los dos pequeños cilindros superiores echaron llamas y humo. Dos bolas plateadas salieron del cilindro mayor llevando delgados filamentos oscuros, y se enterraron en la arena detrás de él. Los filamentos permanecieron inmóviles en la arena mientras Kworn se envolvía defensivamente en su manto, luego se desenrollaron por la rampa hasta llegar al suelo.

El silencio que siguió fue tan profundo que parecía como si el Vacío hubiese conquistado la Tierra entera.

Kworn se desciñó lentamente el manto.

—En nombre de mi primer abuelo, ¿qué ha sido eso? —murmuró temblorosamente.

Sus sentidos estaban trastornados por la violencia del sonido. Era peor aún que el fragor del samshin que, de tanto en tanto, soplabla del sur, arrastrando el polvo, los

líquenes, los parásitos e incluso miembros de la Raza demasiado lentos o demasiado insensatos para protegerse de la furia del viento.

Kworn examinó cuidadosamente los daños sufridos en su manto. No eran graves. Un desgarramiento muy pequeño fácil de remendar, unos pocos granos de arena que podían quitarse. Comenzó su cura con la menor pérdida posible de energía, hasta que advirtió cómo una emanación venía desde los filamentos proyectados del cilindro.

—¡Comida!

¡Y qué comida!

¡Era la destilada quintaesencia de un millar de parásitos purpúreos! Llegó hasta sus sentidos en una resplandeciente ola de éxtasis tal, que su manto se tiñó de intenso color carmesí. Extendió un seudópodo hacia su origen y, al tocar el filamento, tembló todo su cuerpo con expectación. El obstáculo fue borrado de su pensamiento por una orgía de estremecedor deleite. Oleadas de placer pasaron por su cuerpo al desplazarse rápidamente para cubrir el filamento. Pensó que pudiera tratarse de una trampa, pero no importaba. Las exigencias de su cuerpo agotado y el sabor de aquel comestible constituían una combinación demasiado potente para su voluntad, aunque hubiera pretendido oponerse. Oleadas de placer pasaron por su superficie al aumentar su contacto con el filamento. Se apretó contra él, envolviéndolo completamente. Que Kworn recordase, nunca había comido así. Sus depósitos de energía se incrementaban según absorbía con gula el contenido del cordón, pensando ya en el nuevo placer que le esperaba en aquel otro, a veinte raads apenas más allá.

Extendió sensualmente un seudópodo de su superficie superior para probar el otro filamento. Kworn se sentía repleto; pero el deseo de comer era mayor que nunca. Sabía, sin embargo, que el alimento contenido en el otro cordón le llevaría al nivel crítico, le obligaría a reproducirse. Este pensamiento le divirtió. No recordaba que ningún miembro de la Raza hubiera tenido un vástago durante el Tiempo de Viaje. Sería una cosa nunca vista, algo que, andando el tiempo, pasaría a los anales de la Raza y acaso provocase un cambio en la Ley.

El seudópodo tanteó, alcanzó y se detuvo cerca de su meta. Allí no había más que aire.

El miedo arrojó de su mente los lentos pensamientos orgiásticos. Absorto en su glotonería, no había notado que el filamento se tensaba y, lentamente, iba entrando de nuevo en el cilindro. ¡Era ya demasiado tarde! El filamento corría sobre el borde del disco metálico.

Kworn intentó impacientemente desprender sus superficies absorbentes y bajar hasta retirarse a un lugar seguro, pero no pudo moverse. Estaba pegado al oscuro cordón por algún extraño adhesivo que unía tenazmente sus células al mismo. No podía desasirse.

El cordón subía constantemente, tirando de Kworn en forma inexorable, hacia una cavidad oscura del cilindro superior. Le invadió el pánico. Intentó con desesperación liberar sus superficies. Su seudópodo azotaba en vano el aire buscando temerosamente algo donde agarrarse y que detuviese aquel lento movimiento hacia el infierno de dolor que le esperaba allá arriba, en el metal.

Su carne exploradora chocó con algo y comprendió, aterrado, que se trataba de Ul Caada. El viejo había reaccionado más prontamente que él, quizá por tener mayor costumbre de robar, pero, al igual que Kworn, había sido atrapado y no lograba desprenderse.

—¡Para que escarmientes! —proyectó Kworn con aspereza—. La cosa estaba en mi territorio. No tenías derecho a alimentarte.

—¡Suéltame! —gritó Caada.

El cuerpo de Caada se sacudía al extremo de una espesa masa de tejido digestivo, colgando del cordón, forcejeando loco de terror. Era extraño, pensó Kworn, que el miedo fuese más fuerte en los viejos que en los jóvenes.

—¡Suéltate, loco! —proyectó Kworn—. No estás lo bastante adherido para herirte, aunque pierdas parte de ti. Un poco de sustancia no vale lo que tu vida. ¡Date prisa o será demasiado tarde! El metal es venenoso para nuestra carne.

—Pero sentiré dolor al separar mi superficie absorbente —protestó Caada.

—Si no lo haces, morirás.

—¿Por qué no lo haces tú?

—Porque no puedo —respondió Kworn desesperado—. Toda mi superficie está pegada al filamento. No puedo desasirme.

Estaba sereno, resignado a lo inevitable. Su codicia le había conducido a este final. Acaso fuera un castigo merecido. Pero Caada no tenía ninguna necesidad de morir, con tal de que mostrara coraje.

Giró su ojo para observar los esfuerzos de su vecino. Caada, al parecer, iba a seguir su consejo. Su tejido inferior pegado al filamento empezó a adelgazarse. Su seudópodo abandonó el contacto. Pero sus movimientos eran lentos y vacilantes. Ya su masa corpórea se elevaba sobre el borde del disco.

—¡Apresúrate, loco! —proyectó Kworn—. ¡Un momento más, y eres muerto!

Mas Caada no podía oírle. Sus tejidos se separaban con lentitud, mientras abandonaba de mala gana su superficie absorbente. Pero ya era tarde. Las últimas células se desprendieron y cayó, con el manto colgante, sobre la superficie del disco. Yació allí un instante, hasta que su cuerpo desapareció en una nube de vapor helado. Y su existencia se desvaneció con un grito en el vacío.

Kworn se estremeció. Era un modo terrible de morir. Pero su propia suerte no sería mejor. Se envolvió bien en su manto mientras sus guías desaparecían en la

oscura cavidad del cilindro. Dentro de un momento seguiría a Caada en el viaje del que ningún miembro de la Raza había vuelto. Su cuerpo desapareció en la cavidad...

... ¡Y se sumergió en el paraíso!

Sus partes delanteras se deslizaban por un caliente y espeso líquido que disolvía el adhesivo que le ataba al cordón. Al deslizarse, libre ya, comprendió lentamente que no iba a morir. ¡Estaba bañado en alimento líquido! ¡Nadaba en él! Por todas partes le rodeaban increíbles sabores, tan raros y deliciosos que su entendimiento no podía clasificarlos. Relajado, con el manto extendido sobre la comida, empezó a saborear, a absorber, a digerir, a metabolizar, a excretar. Sus depósitos de energía alcanzaron el más alto grado de la escala. Los núcleos de su plasma se reprodujeron, se hincharon, y los cromosomas de éstos se dividieron hasta formar un gran retoño que se separó de su cuerpo. ¡Se había reproducido!

A través de una cegadora niebla de sensación somática, comprendía torpemente que esto no era posible ni el momento oportuno, que el espacio era limitado y falsa la reacción natural ante la abundante provisión de alimento. Pero, eso no le preocupó.

Durante millares de estaciones anduvo por todos los caminos entre el ecuador y el polo, en búsqueda incesante de alimentos, creciendo y rejuveneciéndose en las buenas estaciones, reduciéndose y envejeciendo en las malas. Había permanecido ligado al suelo, esclavo de las duras exigencias de la vida y la Naturaleza. Y ahora se había interrumpido la rutina.

Se sintió complacido de su libertad. Tenía que haber sido así en los tiempos antiguos, cuando las aguas eran fértiles y crecían en ellas cosas comestibles, y la Raza disponía de tiempo para imaginar ensueños juveniles, tener pensamientos juveniles, y fundar sus pensamientos y ensueños en las esplendentes realidades de ciudades y máquinas. Aquellos fueron los tiempos en que la inteligencia dejaba la tierra para elevarse en el aire, en dirección a las lunas, al sol y las estrellas de la noche.

Pero de eso hacía mucho tiempo.

Permaneció tendido sosegadamente, consciente del cambio que se operaba dentro de él, en tanto sus células se multiplicaban para substituir a las que había perdido, y su cuerpo ganaba peso y volumen. Estaba rejuvenecido. Las células de su cuerpo en crecimiento, estimuladas por la abundancia de alimentos, liberaban recuerdos que había olvidado. Su pasado corría en continuidad celular directa hacia la aurora de su raza, y en él se conservaba toda la memoria que había experimentado desde el principio. Algunos recuerdos eran débiles, otros claros, pero todos exigían un esfuerzo de rememoración. Únicamente reclamaban un estímulo suficiente para salir desde sus escondrijos.

Y por primera vez en milenios, el estímulo se hallaba a su alcance. El estímulo significaba crecimiento, el rápido desarrollo que sólo una abundante provisión de

alimentos podía proporcionar, la clase de desarrollo que no podía suministrar el reducido medio ambiente externo. Comprendió con súbita claridad que la Raza había degenerado en cuerpo y espíritu al adaptarse con lentitud al siempre creciente rigor de la vida. El impetuoso torrente de recuerdos y sensaciones que atravesaba con velocidad de vértigo por su mente, le dio una nueva visión de lo que fue en otro tiempo y en lo que se había convertido. Su ojo se alzó del barro y los líquenes.

Lo que veía le llenó de compasión y desprecio. Compasión por lo que había devenido la Raza, desprecio porque ésta no quiso reconocerlo. Sin embargo, Kworn no fue mejor que los otros. Sólo había aprendido por una casualidad, gracias a aquel ingenio. La Raza era incapaz de saber las tristes consecuencias de la lenta mengua de su provisión de alimentos. Durante milenios se había adaptado, evolucionado para acomodarse a las cambiantes condiciones, sobreviviendo únicamente porque fue más inteligente y tenaz que las otras formas de vida que se extinguieron. Habían pasado mil millares de estaciones desde la gran guerra que devastó al mundo. Un millón de años de lenta adaptación al inmenso y estéril yermo que se había formado cuando los últimos productos de la tecnología de la Raza habían desaparecido con la extinción de sus creadores, había creado una especie ligada a un nivel de existencia para subsistir, imposibilitada de pensar más allá de las básicas necesidades de la vida.

El Ul Kworn suspiró. Mejor hubiese sido no recordar tanto. Pero no podía suprimir ni el conocimiento ni los recuerdos. Se apiñaban sobre él, estimulados por la comida en que flotaba.

Junto a él, su vástago crecía. Un vástago siempre crece con celeridad en un medio ambiente favorable, y aquel era ideal. Pronto sería tan grande como él. Sin embargo, nunca se desarrollaría más allá de cierto límite. No maduraría sin una transferencia de plasma reproductor de otros cachorros de la Raza. Y allí no los había.

Crecería y seguiría creciendo porque no habría represión de madurez sobre sus células. Continuaría siendo un trozo de carne, parcialmente sensible, que nunca llegaría a ser completo. Y, con el tiempo, resultaría peligroso. Cuando hubiese agotado la provisión de alimentos, se volvería contra él con hambre insensato. No sabría que el Ul Kworn era su padre y, si lo supiera, no le importaría. Un cachorro es irremediabilmente egoísta, y sus deseos constituyen el único elemento de importancia en su limitado universo.

Kworn consideró su situación desapasionadamente.

Era evidente que debía huir de aquella trampa antes de que su vástago le destruyese. Con todo, no podía discurrir ningún sistema para inmunizarse al metal venenoso. Lo reconocía ahora, el elemento con los doce protones en su núcleo, un metal ligero rara vez usado por la Raza aun en los días de su grandeza a causa de su aptitud para oxidarse rápidamente y su propensión a estallar en brillante llama al ser calentado. Con súbita sorpresa, comprendió que el ingenio no era otra cosa que una

gigantesca antorcha.

¿Por qué había sido construida así? ¿Cuál era su función? ¿De dónde había venido? ¿Por qué no había hablado desde que había sido liberado aquel flujo de jerga ininteligible, antes de introducirlo en su interior? A partir del momento en que entró en aquel depósito de comestibles, había permanecido silenciosa, a excepción de un zumbido que venía de alguna parte por encima de él. Tenía la extraña impresión de que el ingenio recogía información acerca de él y de sus reacciones.

Y entonces, de repente, escuchó su voz. De ella salían palabras misteriosas que se clavaban en él como diminutos cuchillos sonoros. La intensidad y la velocidad de las proyecciones le conmovían, para sacudirle al cesar tan súbitamente como habían empezado.

En el silencio que siguió, Kworn intentó recordar la secuencia del sonido. Las palabras, en nada se parecían a cuanto había oído antes. No pertenecían al lenguaje de la Raza ni en el pasado ni el presente. Y su fluidez, su sucesión, no eran orgánicas. Eran mecánicas, producto de una inteligencia metálica que registraba y hablaba, pero no pensaba. La Raza había poseído máquinas semejantes en otro tiempo.

¿Cómo había empezado? Un débil preliminar, una voz sin sonido que pronunciaba una sola palabra. Tal vez si él la proyectase, provocaría una respuesta. Graduando el diapasón de su voz con igual clave e intensidad, proyectó el vocablo lo mejor que pudo recordarlo.

Y la voz comenzó otra vez.

Kworn temblaba de agitación. Algo exterior al ingenio lo impulsaba a hablar. Quedó convencido de ello, tan seguro como de que el ingenio lo registraba a él y a su vástago. ¿Pero quién o qué recibía la información? ¿Y por qué?

Pensó el UI que resultaría fascinante meditar sobre ello, pero después tendría tiempo de sobra para hacerlo. Su inmediata necesidad era salir de allí. La provisión de comestibles parecía disminuir, mientras que su vástago adquiriría un tamaño enorme. Tendría que irse pronto y hacer algo en lo tocante a su propio desarrollo. Éste alcanzaba ya niveles peligrosos. Kworn se hallaba al borde de otra reproducción, y no tenía posibilidad de asumirla. Muy a su pesar, desplazó las células conniformes de su manto y su capa inferior hacia sus superficies internas, de manera que formasen una capa protectora en torno a su plasma reproductor y células absorbentes. Dispondría de superficie de absorción suficiente para satisfacer sus necesidades de subsistencia, y su cuerpo podría conservar el más alto grado de energía celular. Pero su deseo de nutrirse y reproducirse era aún casi predominante. Su cuerpo protestaba por negarle el derecho que el alimento le daría; sin embargo, el UI se opuso a las exigencias de su carne hasta que cesaran los frenéticos apremios celulares.

Su vástago, a su lado, tanteaba con sensación física. Kworn le envidiaba tanto

como le compadecía. El pobre necio podría ser empleado como medio para lograr el fin de su huida, pero resultaba inepto para todo lo demás. Era demasiado grande y estúpido para sobrevivir en el mundo exterior. Kworn expelió una red de seudópodos peliformes, y la examinó rápidamente por el depósito donde se hallaba. Éste no tenía más rasgos que una abertura por la que el filamento no se había retirado del todo, cuando tiró de él para meterle en aquel lugar. Algunos puntos de la pared tenían una textura distinta de los otros, eran, probablemente los órganos sensoriales del registrador. Kworn silbó con satisfacción. Por una reja en lo alto del depósito fluía una corriente continua de aire caliente. Kworn pensó que sería agradable explorar más a fondo, pero ya no había tiempo. Su vástago se había ocupado de ello.

Fijó su ojo en un delgado seudópodo y lo introdujo en la abertura de la pared del depósito. En el exterior era todavía de noche, pero una tenue raya a lo largo del horizonte anunciaba la venida del alba. El ingenio brillaba heladamente debajo de él. Experimentaba una sensación de vértigo al mirar hacia abajo, a la pendiente rápida que conducía al disco inferior. La mancha oscura del cuerpo quemado de Caada era casi invisible sobre el débil fulgor del disco todavía caliente. Kworn se estremeció. Caada no merecía una muerte semejante. Kworn miró hacia abajo para calcular las probabilidades de escape con su nueva inteligencia y, luego, con una gruesa fibrilla de combinación, proyectó con fuerza a la temerosa masa de su vástago, que retrocedía.

Kworn, ceñudo, pensó en lo curiosamente difícil que era establecer el control, teniendo en cuenta que las células de su vástago eran derivaciones directas de las suyas. El cachorro había desarrollado una asombrosa individualidad en sus pocos xals de existencia libre. Sintió una oleada de agradecimiento al viejo Ul Kworn en tanto el joven se rendía a su firme proyección. Su precursor había siempre recurrido a plasma reproductor dócil para producir lo que él llamaba «disciplina y orden». En realidad, no constituía más que debilidad. Resultaba perjudicial para la supervivencia. Mas, en aquel momento, aquella debilidad era indispensable.

Tras el azote sondeante de su proyección, el cachorro expelió una densa masa de tejido que se trabó con otra masa similar de Kworn. Cuando el contacto se hubo hecho firme y estable, éste comenzó a fluir hacia su ojo, que permanecía aún en la abertura a un lado del depósito.

El frío exterior le pinchó con agujas de hielo en sus centros sensoriales en tanto fluía al exterior, pegado al seudópodo de su vástago que iba extendiéndose poco a poco. Cayó lentamente bajo el cilindro. El vástago estaba furioso. No le gustaba el frío y forcejeaba por liberarse, pero Kworn se asía como una lapa a su carne, mientras el otro se retorció en un esfuerzo por volver al calor y el regalo en que había nacido.

—¡Suéltame! —gritó su vástago—. No me gusta este lugar.

—Dentro de un instante —respondió Kworn al transformar los vagos

retorcimientos en un oscilante movimiento de péndulo—. Ayúdame a moverme de un lado a otro.

—No puedo. Tengo frío. Me he hecho daño. ¡Suéltame!

—Ayúdame —ordenó Kworn, poniendo ceño— o te dejo aquí para que te hieles.

El cachorro tembló de miedo y se encogió. Se aceleró el impulso oscilatorio. Kworn se asió con más fuerza.

—¡Me prometiste soltarme! —lloró su vástago—. Me prome...

Fue interceptada la proyección del cachorro cuando Kworn se desasíó en el arco ascendente de la oscilación, extendió su manto y se dejó caer a plomo sobre el suelo. Sintió temor, en tanto su cuerpo se doblaba a través del aire tenue, evitando el borde del disco, hasta que dio con su cuerpo en tierra. Se oyó un desagradable ruido de objeto duro que choca con otro blando. Detrás y encima de él, junto al cilindro, el recio zarcillo de la carne de su vástago desapareció rápidamente de la vista.

La mirada del Ul Kworn estuvo clavada un momento en la hilera de extrañas señales que había sobre la superficie metálica y, luego, aplicó su atención a la vida.

No había motivo para sentir excesiva pena por aquella masa de tejido semisensible que era su vástago. La estúpida carne de su carne seguiría siendo feliz en la oscuridad con la menguante comida hasta que su carne se hubiese desarrollado lo bastante como para tocar el metal venenoso en el techo del depósito.

Y entonces...

Con una dura proyección de horror, el Ul Kworn giró en torno al ingenio por la zona desocupada de Caada. Y, mientras andaba, concentró su energía en sus órganos de comunicación de alto nivel para proyectar un aviso de peligro.

—¡Poneos en marcha! —gritó—. ¡Adelante, si queréis salvar vuestras vidas!

La línea ondeó. Los mantos rojizos se desplegaron en tanto la Raza reaccionaba. Los más cercanos, sorprendidos en su sopor, se pusieron en movimiento aun antes de comprender plenamente lo que sucedía. Alarmas semejantes no se daban sin razón.

Kworn observó que la reacción de Varsi fue más rápida que la de sus compañeros. El joven Ul poseía algunas características favorables de autoconservación. Al fin y al cabo, tendría que considerar la posibilidad de compartir con él algún plasma en el próximo período de reproducción.

En un arco gigante, la Raza seguía avanzando bajo la blanca luz de la naciente aurora. A su espalda, el ingenio se puso a proyectar de nuevo en su extraña lengua, pero cesó casi al punto, hasta oírse un gemido de insensata agonía que atormentó la mente de Kworn tanto más por cuanto nada podía hacer para evitarlo.

Su vástago había tocado el metal venenoso.

Kworn volvió su ojo hacia atrás. El ingenio oscilaba sobre su base a causa de la violencia de las atormentadas contorsiones de su vástago. Mientras miraba, un brillante estallido luminoso se proyectó desde su parte superior. El calor atravesó

rápidamente la tierra petrificando a los líquenes y a unos pocos miembros de la Raza demasiado lentos en la huida. La gigantesca estructura ardía con luz más brillante que el sol y dejaba atrás una gran nube de vapor blanco, que pendía del aire como la nube amenazadora de un samshin. Bajo la nube, la tierra aparecía desnuda y rasa, salvo unas cuantas piezas retorcidas de metal humeante.

El camino había desaparecido.

Kworn se desplazó lentamente hacia adelante, buscando y recogiendo en la zona de Caada y en la mitad de la suya, que ahora compartía con Varsi.

Necesitaría al joven Ul en el futuro. Bien estaba imponer a éste una obligación. No morían los nuevos pensamientos y los viejos recuerdos, sino que permanecían y estaban concentrados en la idea de vivir en un nivel de subsistencia mejor. Sería posible cultivar líquenes y criar un tipo de parásito más productivo. El agua conducida por los canales impulsaría el desarrollo del liquen. Y, con una más abundante provisión de alimentos, acaso algunos de la Raza se sintieran estimulados a pensar y aplicar a la embaucadora Naturaleza antiguos conocimientos prácticos ya olvidados.

Eso era teóricamente posible. La nueva generación habría de ser como Varsi, fuerte, emprendedora y de una independencia egoísta. Con el tiempo podrían heredar el mundo. La civilización renacería. No era imposible.

Sus pensamientos volvieron por breve espacio al ingenio. Le molestaba todavía. El Ul sabía aún muy poco acerca del mismo. Constituía una fascinante especulación soñar en su procedencia. De todos modos, una cosa era cierta: que no era una estructura de su Raza. Al menos, aquellas señales cabalísticas sobre el costado del cilindro eran enteramente extranjeras.

Pensativamente, las trazó en la arena. ¿Qué significarían?

LA BALADA DE LA INFELIZ G'MELL

Cordwainer Smith

Ballad of Lost C'Mell, 1962

Una mujer aniñada contra verdaderos hombres, los señores de la creación; luchaba con su inteligencia contra ellos y vencía. Eso no había sucedido antes y no cabía duda de que nunca volvería a pasar, pero el tiempo fue suyo. No pertenecía al género humano, sino que descendía del gato, aunque humana era su configuración. Esto explica la anteposición de una *G* a su nombre. Su padre se llamaba *G'mackintosh*, y ella *G'mell*. Ganó su baza contra los legítimos y reunidos Señores de la Instrumentalidad.

Todo sucedió en Puerto Tierra, el mayor de los edificios, la más pequeña de las ciudades, asentada a veinticinco kilómetros de altura sobre la orilla occidental del Mar Menor de la Tierra.

Jestocost tenía un despacho en la parte exterior de la cuarta válvula.

A Jestocost le agradaba la luz del sol de la mañana, al contrario que a muchos de los otros Señores de la Instrumentalidad. Por tal motivo nunca tuvo problemas para conservar el despacho y los apartamentos que había elegido. Su oficina principal tenía noventa metros de largo, veinte de alto y veinte de ancho. Tras ella se hallaba la «cuarta válvula» con una extensión de casi mil hectáreas. Tenía forma de espiral, como un enorme caracol. El apartamento de Jestocost, aun siendo muy espacioso, era solamente un punto minúsculo en la fachada de Puerto Tierra. Puerto Tierra era como una enorme copa de vino que se elevaba del magma hacia la alta atmósfera.

Puerto Tierra había sido fundada durante el mayor auge mecánico de la humanidad. Aunque los hombres habían poseído cohetes nucleares desde el principio de la historia consecutiva, emplearon cohetes químicos para cargar los vehículos interplanetarios de propulsión iónica y nuclear o para reunir las naves fotónicas para travesías interestelares. Impacientes por la forzada lentitud de su desarrollo, habían construido un cohete de un billón de toneladas, con el único resultado de destruir todo campo que tocaba al aterrizar. Los Daimoni —pueblo de estirpe terrestre que vino de alguna parte de allende las estrellas— ayudaron a los hombres a construirlo con materiales a prueba del clima, de la herrumbre, del tiempo, de la tensión. Luego, habían partido para nunca regresar.

Jestocost solía pasear la vista por su apartamento y preguntarse lo que debería haber sido cuando el gas blanco caliente enmudecía hasta convertirse en un susurro, salía de la válvula y penetraba en su cámara y en las otras sesenta y cuatro que le seguían. Ahora estaba protegido por una pared interior de recia madera, y la válvula misma era una grande y profunda cueva donde vivían unas pocas cosas extrañas. Nadie necesitaba ya tanto espacio. Las cámaras eran inútiles, pero la válvula nada hacía. Naves planiformes zumbaban desde las estrellas; aterrizaban en Puerto Tierra por cuestiones de conveniencia legal, pero no hacían ruido y, ciertamente, no tenían gases calientes.

Jestocost contemplaba las altas nubes por debajo de él y hablaba a solas.

—Hermoso día. Buen aire. Sin inquietudes. Mejor es comer.

Jestocost acostumbraba hablar para sí de ese modo. Era una individualidad, casi un excéntrico. Como miembro del consejo superior de la humanidad, tenía problemas, si bien no personales. Poseía un Rembrandt, colgado sobre la cabecera de su cama —el único Rembrandt conocido en el mundo, puesto que, posiblemente, era la única persona que sabía apreciar su valor—. Era dueño de los tapices de un imperio olvidado, que adornaban la pared interior. Todas las mañanas el sol cantaba una gran ópera para él, apagando e iluminando y desplazando los colores para que Jestocost imaginase que volvían otra vez a la Tierra los antiguos tiempos de contienda, crimen y tragedia. Junto a la cama, en una caja cerrada, guardaba un ejemplar de Shakespeare, otro de Colegrove y dos páginas del Eclesiastés. Sólo cuarenta y dos personas en el universo sabían leer el inglés antiguo, y él era una de ellas. Bebía vino, que le fabricaban sus robots en los viñedos de su propiedad situados en la costa de poniente. En suma, era una persona que había ordenado su vida para vivir cómoda y egoístamente como particular, pero que podía prodigar generosa e imparcialmente su talento como hombre público.

Cuando se despertó aquella mañana nunca pudo imaginar que una mujer bonita iba a enamorarse locamente de él; que, tras más de cien años de experiencia en el arte de gobernar, iba a conocer, en la Tierra, otro gobierno tan fuerte y casi tan antiguo como el suyo; que, gustosamente, conspiraría y lucharía, exponiéndose a mil riesgos, por una causa que sólo entendía a medias. Pero el tiempo le ocultó piadosamente lo que le esperaba. Al levantarse, su única preocupación fue determinar si tomaría o no en el almuerzo una copita de vino blanco. En el día 173 de cada año, siempre tenía por regla comer huevos. Éstos constituían un raro manjar, y no quería enviarse comiendo muchos ni privarse de ellos y olvidar que existía plato tan exquisito. Se puso a pasear por la habitación, musitando: «¿Vino blanco? ¿Vino blanco?»

G'mell estaba llegando a la vida de Jestocost, aunque no lo sabía. Estaba predestinada a triunfar, pero lo ignoraba.

Desde que la humanidad había realizado el Redescubrimiento del Hombre, trayendo de nuevo gobiernos, dinero, periódicos, idiomas nacionales, enfermedades y muertes aleatorias, se había planteado el problema de la subpersona, un ser que no era humano, sino sólo constituido humanamente a partir de los animales de la Tierra. Podía hablar, cantar, leer, escribir, trabajar, amar y morir; pero no estaba amparada por la ley humana, que se limitaba a definirla como «homúnculos» y le concedía un estado jurídico análogo al de los animales o de los robots. Las personas que vivían en el mundo exterior eran llamadas siempre «homínidos».

Muchas de las subpersonas hacían sus trabajos y aceptaban sin protesta su

condición de semiesclavitud. Algunas llegaban a ser famosas: G'mackintosh había sido el primer terrestre que había logrado dar un atrevido salto de mil metros bajo gravedad normal. Su rostro era conocido en mil mundos. G'mell, su hija, era una joven que se ganaba la vida recibiendo y dando la bienvenida a los seres humanos y homínidos de los mundos exteriores, haciéndoles sentir que se hallaban en su patria cuando llegaban a la Tierra. Tenía el privilegio de desempeñar un trabajo en Puerto Tierra, aun cuando era duro y no muy bien remunerado. Los seres humanos y homínidos habían vivido por tan largo tiempo en una sociedad opulenta, que no sabían lo que significaba la pobreza. Pero los Señores de la Instrumentalidad habían decretado que las subpersonas —descendientes de raza animal— debían vivir con arreglo a la economía del Viejo Mundo; habían de tener su propio dinero para pagar sus viviendas, sus alimentos, las cosas que adquirirían y la educación de sus hijos. Al ser declarados insolventes, iban a la Casa de la Caridad, donde los mataban sin dolor mediante el empleo de gas.

Era evidente que la humanidad, tras haber resuelto todos los problemas básicos, no parecía del todo dispuesta a consentir que los animales terrestres, por mucho que pudieran evolucionar, se arrogasen plena igualdad con el hombre.

Jestocost, séptimo de su nombre, se mostraba contrario a esa política. Era hombre que sentía escaso amor, que no conocía el miedo, sin ambiciones, consagrado en alma y cuerpo a su obra. Pero hay pasiones de gobierno tan fuertes y exigentes como las emociones del amor. Doscientos años creyendo que le asistía la razón y siendo derrotado por número de votos habían encendido en Jestocost el ardiente deseo de lograr que las cosas fuesen hechas a su manera.

Jestocost era uno de los pocos hombres que creía en los derechos de las subpersonas. No pensaba que la humanidad llegase algún día a enmendar los errores cometidos en otro tiempo, a menos que las propias subpersonas dispusieran de algunos de los instrumentos del poder —armas, conspiración, riqueza y, sobre todo, organización— para luchar contra el hombre. No le daba miedo la revolución, pero estaba sediento de justicia con un anhelo obsesivo que superaba cualquier otra consideración.

Cuando los Señores de la Instrumentalidad se enteraron de que, entre las subpersonas corría el rumor de una conspiración, recurrieron a los robots policías para sofocarla.

Jestocost no hizo eso.

Creó su propia policía, empleando subpersonas, con la esperanza de reclutar amigos que comprendiesen que él era un enemigo benévolo, y que, con el tiempo, le pondrían en contacto con los dirigentes de las subpersonas.

De existir tales jefes, eran inteligentes. ¿Quién podía suponer que una joven como

G'mell fuese la vanguardia de una red de agentes que había penetrado en Puerto Tierra mismo? De existir, debían tomar todo género de precauciones. Los monitores telepáticos, tanto humanos como robóticos, ejercían estrecha vigilancia sobre todos los gráficos de pensamiento. Hasta los computadores registraban cifras de felicidad en mentes que no tenían razón objetiva para ser felices.

La muerte del padre de G'mell, el más famoso atleta-gato que habían producido las subpersonas, proporcionó a Jestocost la primera pista definida.

Asistió en persona a los funerales. El cadáver yacía en un cohete de hielo que sería lanzado al espacio. Los más allegados se mezclaban allí con los coleccionistas de curiosidades. El deporte es internacional, interracial, intermundial, interespecies. Podían hallarse homínidos, hombres de verdad, cien por ciento humanos, que parecían horribles y sobrenaturales porque ellos o sus abuelos habían sufrido modificaciones somáticas a fin de adaptarse a las condiciones de vida de un millar de mundos.

También había subpersonas, «homúnculos» descendientes de animal, muchos de ellos en sus trajes de faena, y parecían más humanos que los mismos hombres de los mundos exteriores. A ninguno se les permitía desarrollarse si su talla medía menos de la mitad de la del hombre o la excedía en más de seis veces. Todos debían tener rasgos y voces humanos aceptables. El castigo por el fracaso en sus escuelas elementales era la muerte. Jestocost miró a la muchedumbre y se preguntó: «Hemos establecido las normas del más resistente género de supervivencia para esa gente y les damos el más terrible incentivo, la vida misma, como condición de progreso absoluto. ¡Qué necios somos al suponer que no nos superarán!» Los hombres verdaderos del grupo parecían no pensar como él. Daban golpecitos con el bastón a las subpersonas, pese a que se trataba de los funerales de una de ellas, y los hombres-osos, los hombres-toros, los hombres-gatos lo consentían con un balbuceo de disculpa.

G'mell estaba junto al helado ataúd de su padre.

Jestocost la contemplaba porque la belleza de la muchacha lo merecía. Cometía una acción que era una indecencia en un ciudadano común, si bien lícita para un Señor de la Instrumentalidad: espiar a hurtadillas en el pensamiento de la joven.

Y entonces descubrió algo que no esperaba.

Al ser retirado el ataúd, G'mell exclamó:

—¡E-teli-keli! ¡Ayúdame! ¡Ayúdame!

G'mell había pensado fonéticamente, no en escritura, y Jestocost no disponía más que de ese simple sonido para iniciar una investigación.

Jestocost había tenido que arriesgarse para llegar a Señor de la Instrumentalidad. Su mente era rápida, demasiado rápida para ser inteligente. Pensaba por medio de formas sin títulos, no por lógica. Decidió imponer su amistad a la joven.

Dispuesto a esperar una ocasión propicia, mudó luego de parecer.

Cuando G'mell volvió a su casa después de los funerales, Jestocost se agregó al grupo de malcarados amigos de la joven, que trataban de protegerla de las condolencias de conocidos torpes aunque bien intencionados o cordiales.

G'mell le reconoció con señales de debido respeto.

—Mi señor, no le esperaba aquí. ¿Conocía a mi padre?

Jestocost hizo, gravemente, una señal afirmativa con la cabeza y pronunció sonoras palabras de consuelo y sentimiento, que causaron un murmullo de aprobación tanto en los humanos como en las subpersonas.

Pero con la mano izquierda, que colgaba junto a su costado, hizo la señal permanente de *¡alarma! ¡alarma!* —entrechocando varias veces los dedos pulgar y medio— usada por el alto personal de Puerto Tierra para mantenerse en contacto sin que se enterasen los transeúntes del mundo exterior.

G'mell estaba tan trastornada que casi lo echó todo a perder. En tanto Jestocost seguía haciendo señales, la muchacha gritó con voz alta y clara:

—¿Se refiere a *mí*?

Jestocost continuó dando el pésame.

—... me refiero, G'mell, a que tú eres quien mejor puede llevar el nombre de su padre. Eres la única persona a quien podemos dirigirnos en esta hora de tribulación común. ¿A quién voy a referirme sino a ti cuando digo que G'mackintosh nunca hizo las cosas a medias y murió en plena juventud a causa de su celosa dedicación? Adiós, G'mell, debo regresar a mi oficina.

Ella llegó cuarenta minutos más tarde.

Jestocost estudió el rostro de la joven.

—Éste es un día importante en tu vida.

—Sí, mi señor, un día triste.

—No me refiero a la muerte y a los funerales de tu padre. Hablo del futuro al cual todos nos hemos de dirigir. En otras palabras, se trata de ti y de mí.

G'mell abrió desmesuradamente los ojos. Nunca hubiera creído que perteneciese a aquella clase de hombres. Era un funcionario que circulaba libremente por Puerto Tierra, muchas veces para dar la bienvenida a visitantes de importancia e inspeccionar la oficina de ceremonial. Y ella estaba adscrita al equipo de recepción, cuando era preciso una mujer para resolver una llegada imprevista o cortar una pelea. Al igual que las geishas del Japón antiguo, tenía una profesión honorable; no era una mala chica, sino una azafata cuya obligación se limitaba a flirtear. Miró a Jestocost. No le dio la impresión de que quisiera conducirse de una manera incorrecta. Pero nunca se podía saber de lo qué eran capaces los hombres.

—Conoces a los hombres —dijo Jestocost, pasando la iniciativa a su

interlocutora.

—Me parece que sí —respondió ésta.

Se pintó una expresión extraña en el rostro de G'mell, que obsequió mecánicamente a Jestocost con la sonrisa n.º 3 (extremadamente alentadora), aprendida en la escuela de formación profesional. Al advertir su error, procuró que asomase a sus labios una sonrisa normal. Le pareció que le había hecho una mueca.

—Mírame —repuso Jestocost— y piensa si puedes depositar confianza en mí. Voy a tomar en mis manos nuestras vidas, la tuya y la mía.

G'mell aumentó su atención. ¿Qué relación podía existir entre uno de los Señores de la Instrumentalidad y una submujer? Jamás habían tenido nada en común ni lo tendrían nunca.

—Quiero ayudar a las subpersonas.

Esto la hizo parpadear. Lo cierto es que había sido abordada sin eufemismo y con una aparente seriedad. G'mell aguardó a que él continuase.

—Tu pueblo no tiene bastante poder político ni aun para hablar con nosotros. No quiero traicionar a la verdadera raza humana, pero estoy dispuesto a ofrecer una oportunidad a los tuyos. Si negociáis mejor con nosotros, más seguras se harán, a la larga, todas las formas de vida.

G'mell bajó la vista. Su roja cabellera era suave como la piel de un gato persa. Sus ojos parecían humanos, pero tenían la virtud de reflejar la luz que incidía en ellos; el iris era del verde intenso que caracterizaba a los gatos de la antigüedad. Cuando volvió a mirar a Jestocost, al alzar la vista del suelo, su mirada producía verdadero impacto.

—¿Qué quiere de mí?

—Mírame. Mírame al rostro. ¿Estás segura... segura de que nada quiero de ti?

G'mell parecía desconcertada.

—Si no se trata de servicios personales, ¿qué desea de mí? Soy una azafata. No soy persona importante ni he recibido educación. Usted, Señor, sabe más de lo que yo pueda aprender nunca.

—Es posible —admitió Jestocost, mirándola.

La joven dejó de sentirse azafata para asumir un espíritu de ciudadana libre. Esto le causó malestar.

—¿Quién es vuestro jefe? —preguntó Jestocost con solemnidad.

—El comisario Teadrinker. Se encarga de enseñar y dirigir a los visitantes del mundo exterior.

G'mell observó a Jestocost, sin descubrir en él señales de engaño.

Jestocost parecía algo enojado.

—No me refiero a él. Forma parte de nuestro personal. ¿Quién es vuestro jefe

entre las subpersonas?

—Lo era mi padre, pero ha muerto...

—Perdóname —cortó Jestocost—. Puedes sentarte... Tampoco me refería a eso.

G'mell estaba tan cansada que se sentó en la silla con tan inocente voluptuosidad, que hubiese desecho la vida de cualquier hombre vulgar. De acuerdo con su profesión, su vestido pretendía ser inesperada y provocativamente revelador cuando su dueña tomaba asiento, aunque no lo bastante descarado como para chocar a un hombre normal. Era tan cortito, escotado y ajustado al cuerpo, que proporcionó a Jestocost mucho más estímulo visual del que esperaba.

—Le ruego que se baje un poco la falda —indicó Jestocost con frialdad—. Soy hombre, además de funcionario público, y esta entrevista es demasiado importante para nosotros para que perdamos el tiempo.

G'mell se sintió algo asustada por aquel tono. No se había propuesto provocarle. Aquel día, tras los funerales, no se proponía nada. Llevaba los únicos vestidos que tenía.

Jestocost leyó todo eso en el rostro de la joven. Prosiguió implacablemente con su tema.

—Te he preguntado quién es vuestro jefe, jovencita. Has nombrado a tu principal y a tu padre. Lo que necesito saber es el nombre de vuestro jefe.

—No comprendo —respondió G'mell, a punto de llorar—. No comprendo.

Jestocost decidió arriesgarse. Su puñalada mental cayó sin piedad sobre la joven.

—¿Quién es... *E... teli... keli*?

El pálido rostro de G'mell se puso blanco. Se volvió, mientras sus ojos brillaban como luces gemelas.

Sus ojos... como luces gemelas.

«No es una submujer —pensó Jestocost—. Podría hipnotizarme».

Sus ojos... eran como luces frías.

La sala se hizo borrosa en torno a él. La joven desapareció. Sus ojos dejaron paso a una luz fría y blanca.

Dentro de aquella luz se movía una forma humana. En vez de brazos tenía alas, pero sus manos, unidas a los codos de las alas, eran humanas. El rostro era claro, blanco, frío como el mármol de una estatua antigua, y los ojos blancos y opacos.

—Soy E-teli-keli. Deberás creer en mí. Puedes hablar con mi hija G'mell.

La imagen se desvaneció.

Jestocost vio a la joven completamente abstraída, sentada en una postura extraña, mirando sin ver a través de él. Estaba a punto de bromear sobre su capacidad hipnótica cuando observó que ella continuaba profundamente hipnotizada. Erguida y con las ropas en desorden, no resultaba incitante, sino patética, inefable, como si

padeciera una desgracia.

Jestocost le hizo una pregunta, sin esperar contestación.

—¿Quién eres?

—Soy aquel cuyo nombre nunca se pronuncia en voz alta —musitó la joven—. Aquel cuyo secreto has descubierto. He impreso mi imagen y mi nombre en tu mente.

Jestocost no estaba dispuesto a luchar con fantasmas. Tomó una determinación.

—Si te abro mi mente, ¿buscarás en ella mientras te miro? ¿Puedes hacerlo?

—Perfectamente —silbó la voz en la boca de la joven.

G'mell se levantó y puso sus manos en los hombros de él. Miró a Jestocost en los ojos. Éste sostuvo su mirada, pero aunque bien dotado para la telepatía, no pudo asimilar el enorme voltaje de pensamiento que emitía la joven.

—Mira en mi mente, pero sólo lo que concierne a las subpersonas —ordenó.

—Miro —respondió el que se hallaba tras G'mell.

—¿Ves lo que pretendo hacer por las subpersonas?

Jestocost oyó la dificultosa respiración, mientras su mente actuaba como enlace. Intentaba permanecer sereno para apreciar qué parte de su mente era explorada. «Por ahora, bien —pensó—. Una inteligencia como ésta en la propia Tierra y los Señores de la Instrumentalidad sin saberlo...»

La joven soltó una risita.

—Lo siento. Sigue —dijo Jestocost con el pensamiento a la mente extraña.

—¿Puedo ver más detenidamente tu plan? —le preguntaron.

—Todo está ahí.

—¡Oh! ¿Quieres que piense por ti? ¿Puedes darme las llaves de la Batería y la Campana que pertenecen a las subpersonas destructoras?

—Podrás tener las llaves de información si las consigo, pero no las de control ni el interruptor principal de la Campana.

—Es suficiente. Y ¿qué tengo que pagarte por ello?

—Defender mi política ante la instrumentalidad. Lograr, si es posible, que las subpersonas sean razonables cuando llegue la hora de negociar. Mantener el honor y la buena fe en todos los acuerdos sucesivos. ¿Pero cómo podré conseguir las llaves? Me haría falta un año.

—Deja que la muchacha mire una vez, y yo estaré detrás de ella —respondió la mente extraña—. ¿Conforme?

—Sí.

—¿Cierro la comunicación?

—¿Cómo volveremos a establecerla? —inquirió Jestocost.

—Como antes, a través de la muchacha. No pronuncies nunca mi nombre. No pienses en él si puedes evitarlo. ¿Cierro la comunicación?

—De acuerdo —pensó Jestocost.

G'mell, que continuaba asiéndole por los hombros, bajó el rostro y le besó apretada y ardientemente. Él nunca había pensado tocar a una subpersona y menos besarla. Fue agradable, pero apartó de su cuello los brazos de ella, y la mantuvo apoyada sobre él.

—¡Papá! —suspiró G'mell con felicidad.

De pronto se puso tensa, miró el rostro de él y se dirigió hacia la puerta.

—¡Jestocost! —exclamó—. ¡Mi señor Jestocost! ¿Qué estoy haciendo aquí?

—Has cumplido ya con tu deber, hija mía. Puedes irte.

La joven se tambaleó en la estancia.

—Me siento enferma.

Vomitó.

Jestocost apretó un botón para llamar a un robot de la limpieza y ordenó que trajesen café.

G'mell se tranquilizó. Se puso hablar de sus esperanzas en las subpersonas. Al marcharse, una hora después, habían forjado un plan. Ninguno de ellos nombró a E-tele-keli ni formuló abiertamente sus propósitos. En el caso que los monitores hubiesen estado al acecho, no habrían oído una sola frase sospechosa.

Cuando G'mell se hubo ido, Jestocost miró por la ventana. Vio las nubes a lo lejos y comprendió que el mundo entraba en su crepúsculo. En su objetivo de ayudar a las subpersonas, había descubierto unas fuerzas de las que la humanidad no tenía idea ni percepción. Su plan resultó más acertado de lo previsto. Debía llevarlo a cabo por todos los medios.

Pero su aliado... G'mell...

¿Existió alguna vez diplomático más extraño en la historia de los mundos?

En menos de una semana habían resuelto todo lo necesario. Actuarían en el mismo Consejo de los Señores de la Instrumentalidad, el centro intelectual y técnico. El riesgo era grande, pero su labor podría consumarse en pocos minutos de alcanzar la campana misma.

Esto era lo que más interesaba a Jestocost.

Pero no sabía que G'mell le observaba con dos facetas diversas en su mente. Una de ellas era un aliado activo y cordial, que simpatizaba enteramente en un objetivo común. La otra... era femenina.

G'mell poseía una naturaleza femenil más real y verdadera que la de cualquier hembra homínido. Conocía el valor de su educada sonrisa; de su espléndida cabellera roja y su textura inimaginablemente suave, cuidada con esmero; de su esbelta figura juvenil, con senos firmes y persuasivas caderas. Conocía exactamente el efecto que

sus piernas producían en los homínidos. Los humanos de verdad poseían pocos secretos para ella. Los hombres se traicionaban con deseos que no podían cumplirse, las mujeres con envidias incorregibles. Pero los comprendía mejor que nadie, por no ser como ellos. Tenía que aprender por imitación, y la imitación es consciente. Mil menudencias que las mujeres vulgares daban por supuestas, o pensaban una sola vez durante toda la vida, constituían para G'mell un objeto de inteligente y profundo estudio. Era mujer por profesión, humana por asimilación, gata inquisitiva por naturaleza genésica. Ahora se estaba enamorando de Jestocost, y lo sabía.

Lo que no sabía es que un romance sentimental a veces degenera en habladuría, a veces se trasciende en leyenda. No sabía que iba a escribirse una balada acerca de ella, que comenzaría con estos versos célebres algún tiempo después:

Supo el porqué de lo que hizo,
la Campana con una mancha ocultó,
mas, de un homínido se enamoró.
¿Dónde está el porqué de lo que hizo?

Todo esto estaba en el futuro, y ella lo desconocía.

Conocía, en cambio, su pasado.

Se acordaba del príncipe de la lejana Tierra que había reposado la cabeza en su regazo y, bebiendo de la copa de motl, le dijo a modo de despedida:

—Es gracioso, G'mell; sin ser humana eres la mujer más inteligente que he conocido en este lugar. ¿Sabes que el mandarme aquí hizo pobres a los míos? ¿Y qué obtuve a cambio? Nada, nada y mil veces nada. Sólo tú, ahora. Si estuvieras al frente del gobierno de la Tierra, yo conseguiría lo que mi pueblo necesita, tu mundo sería más rico también. Patria del Hombre le llaman. ¡Patria del Hombre...! ¡Bah! La única persona inteligente es una gata.

Jestocost pasó sus dedos por el tobillo de G'mell. Ella no se movió. Eso formaba parte de la hospitalidad, y sabía el modo de que no fuera más allá. La vigilaba la policía de la Tierra; la tenía sometida a vigilancia, convención mantenida para los seres del mundo exterior, similar a las sillas blandas de los vestíbulos de Puerto Tierra o las fuentes ácidas para los extranjeros que detestaban el agua insípida de la Tierra. No esperaba de G'mell ni sentimientos ni compromisos. De provocar un incidente, la hubieran castigado severamente, como se hacía a los animales o las subpersonas. En otro caso —tras un breve juicio formal y sin apelación—, la habrían destruido como permitía la ley y estimulaban las costumbres.

G'mell había besado a mil hombres, tal vez a mil quinientos. Les había hecho

sentirse bien recibidos, y escuchado sus quejas o sus secretos al marcharse. Era un modo de ganarse la vida muy fatigoso emocionalmente, pero muy estimulante desde el punto de vista intelectual. En ocasiones se sentía divertida al observar a las mujeres humanas, con su nariz respingada y sus aires de orgullo, y pensar que sabía más de los hombres de lo que cualquier mujer nunca conocería.

En cierta ocasión una mujer policía tuvo que informar acerca del relato de dos pioneros de Nuevo Marte. A G'mell le confiaron la misión de estar en muy estrecho contacto con ellos. Cuando el agente femenino acabó de leer el informe, miró a la muchacha con un rostro alterado por la envidia y por una ira pudorosa.

—Gata, te llamas a ti misma. ¡Gata! Eres una puerca, una perra, un animal. Puede que trabajes para la Tierra, pero nunca te creas a la altura de los humanos. Me parece un crimen que la Instrumentalidad permita que monstruos como tú den la bienvenida a los hombres del exterior. No puedo impedirlo. Pero que la Campana te ayude, chica, si alguna vez tropiezas con un auténtico hombre de la Tierra. Como te acerques a uno... Como intentes valerte de alguna maña aquí... ya me entiendes...

—Sí, señora —había respondido G'mell.

«Esta infeliz no sabe elegir sus vestidos ni peinarse. No me extraña que tenga celos de la belleza ajena», pensó para sí G'mell.

La mujer policía creyó tal vez que su odio chocaría a G'mell. No fue así. Las subpersonas estaban acostumbradas al odio, que no resultaba peor que veneno disfrazado de cortesía. Formaba parte de su vida.

Pero ahora, todo había cambiado.

¿Era correspondida?

Imposible. No, era imposible. Ilícito, improbable, indecente, pero no imposible. Tenía que sentir algo del amor de ella.

Si lo sentía, no lo exteriorizaba lo más mínimo.

Los humanos y las subpersonas se habían enamorado mucho tiempo antes. Las subpersonas eran siempre destruidas, y los humanos sufrían un lavado de cerebro. Había leyes contra tales relaciones. Los hombres de ciencia habían creado la subpersona, la dotaron de aptitudes que no poseía el hombre (el salto de mil metros, la telepatía a cuatro kilómetros bajo tierra, el hombre-tortuga, capaz de aguardar mil años junto a una puerta de emergencia, el hombre-vaca, que custodiaba una puerta sin recompensa). Incluso dieron configuración humana a muchas subpersonas; todo resultaba así más fácil. El ojo humano, la mano de cinco dedos, la talla humana, eran convenientes por razones de ingeniería. Constituir a la subpersona con talla y forma similares a las del hombre, significaba eliminar la necesidad de crear conjuntos habitables distintos. La configuración humana era suficiente para todos ellos.

Pero olvidaron el corazón humano.

Y ahora, G'mell se había enamorado de un hombre, un auténtico hombre lo bastante viejo para haber sido su bisabuelo.

Mas su actitud hacia él no tenía nada de filial. Recordaba que con su padre existía una fácil camaradería, un afecto ingenuo y próximo que encubría el hecho de que él era mucho más semejante al gato que ella. Entre ambos había un permanente y doloroso vacío de palabras, de hechos total y parcialmente silenciados. No les era posible estar más unidos. Esto significaba una distancia, a la vez desgarradora e inefable. Su padre había muerto, para dejar paso a aquel hombre, con todo su cariño...

—Eso es —se dijo—, con todo el cariño que ninguno de esos hombres mortales llegó a demostrar nunca. Con toda la hondura que se hace inalcanzable para mis pobres subpersonas. Pero esto no es culpa suya, nacen como polvo, son tratadas como polvo, las despiden como si fueran polvo cuando mueren. ¿Cómo podría alguna de ellas sentir verdadero cariño? Hay una singular especie de majestad en el cariño. Es lo mejor que tiene el ser humano. Y en Jestocost hay océanos inmensos de cariño. Es raro, muy raro, que jamás haya entregado su verdadero amor a una mujer humana.

Se detuvo, más serena.

—O si lo hizo, ha pasado mucho tiempo, y ya no importa. Me ha enamorado. ¿Lo sabe él? —musitó, consolada.

El señor Jestocost lo sabía y, sin embargo, no era así. Estaba acostumbrado a ganarse la lealtad de las personas, porque ofrecía lealtad y honor en su quehacer cotidiano. Siempre había luchado por ello. Jugaba con el hecho que G'mell era una persona portentosamente inteligente y que, como miembro del personal de hospitalidad de Puerto Tierra debía haber aprendido a dominar sus sentimientos personales.

«Hemos nacido en mala época —pensó—, porque he conocido a la mujer más bella e inteligente que he visto en mi vida, y me veo obligado a dejarla de lado por mis asuntos. Pero este problema del humano y la subpersona permanece muy arraigado. Tenemos que conservar fuera de él nuestras personalidades.»

Ésta era su línea de pensamiento. Acaso tuviera razón.

Si el innominado, de quién no se atrevía a acordarse, ordenaba un ataque contra la Campana misma, valía la pena. Sus emociones no debían entrar en juego. Lo que importaba era la Campana, la justicia, el perpetuo retorno de la humanidad al progreso. Lo que le sucediera a él no importaba porque ya se realizó la mayor parte de su obra. Ni siquiera G'mell, porque su fracaso la hundiría para siempre con las subpersonas. La Campana tenía mucha importancia.

La Campana no era una campana, por supuesto. Se trataba de una mesa de situación tridimensional, tres veces más alta que un hombre, instalada en un piso más abajo de la sala de juntas y de forma parecida a la de una campana antigua. La mesa de juntas de los Señores de la Instrumentalidad tenía una abertura circular por la que éstos podían mirar al interior de la Campana, y en cualquier situación reclamada tanto manual como telepáticamente. En su parte inferior se hallaba la Batería, oculta por el suelo, que constituía el memorizador de todo el sistema. Existían mesas idénticas en una treintena de lugares de la Tierra. Dos estaban ocultas en el espacio interestelar, una de ellas junto a la dorada nave de ciento ochenta millones de kilómetros que quedó allí desde la Guerra contra Raumsog, y la otra camuflada como asteroide.

Muchos de los Señores estaban ausentes de la asamblea.

Únicamente tres asistían además de Jestocost: Johanna Gnade, Issan Olascoaga y William No-de-aquí. (Los No-de-aquí eran una gran familia norstriliana que había vuelto a emigrar a la Tierra muchas generaciones antes.)

E-tele-keli comunicó a Jestocost los elementos de un plan.

Consistía en citar a G'mell ante un tribunal.

El requerimiento iba a ser grave.

Tendrían que evitar la muerte de la joven por justicia automática, si los relés comenzaban a funcionar.

G'mell sería sometida a hipnosis parcial en la sala.

La tarea de Jestocost sería entonces convocar las materias en la Campana, que E-tele-keli deseaba investigar. Bastaría un solo toque. E-tele-keli asumiría la responsabilidad de la investigación y distraería a los otros Señores de la Instrumentalidad.

Era fácil en apariencia.

Las complicaciones llegaron en la práctica.

El plan parecía fútil, pero Jestocost nada podía hacer en aquel momento. Se maldijo por permitir que su pasión hacia la política le comprometiese en la intriga. Era demasiado tarde para retirarse de una forma honorable; por otra parte, le gustaba G'mell, no como azafata, sino como mujer, y le hubiese desagradado verla marcada con el desengaño para toda la vida. Conocía la mucha estimación que las subpersonas abrigaban por sus identidades y su estado legal.

Con el corazón triste, se trasladó a la sala de juntas. Una mujer-perro, uno de los mensajeros de costumbre, le dio la orden del día.

Se preguntó cómo G'mell y E-tele-keli se comunicarían con él una vez dentro de la cámara, dotada de una tupida red de barreras telepáticas.

Abrumado, ocupó su puesto en la mesa.

Y casi se levantó de un salto de la silla.

Los conspiradores habían falsificado incluso las órdenes del día. El asunto principal era: «Confesión de G'mell, hija de G'mackintosh, de raza gatuna pura. Delito: conspiración para exportar género homuncular. Referencia: planeta De Prinsensmacht».

Johanna Gnade ya había pulsado el botón del planeta correspondiente. Sus habitantes, oriundos de la Tierra, poseían una complexión muy robusta, pero les costó un gran esfuerzo conservar su primitiva apariencia terrestre. Uno de sus líderes se encontraba precisamente en la Tierra, en misión a la vez diplomática y comercial; llevaba el título de Príncipe Crepúsculo (Prins van de Schemering).

Como Jestocost había llegado un poco tarde, estaban introduciendo a G'mell en la sala, mientras él ojeaba la orden del día.

El señor No-de-aquí preguntó a Jestocost si quería presidir.

—Le ruego, señor letrado, que se una a mí para rogar al señor Issan que presida la presente sesión.

La presidencia era pura formalidad. Jestocost podría observar mejor la Batería y la Campana si no tuviese que presidir también la reunión.

G'mell vestía el uniforme de los reclusos. Le estaba bien. Jestocost sólo la había visto hasta entonces con sus vestidos de azafata. La bata azul pálido le hacía parecer muy joven, muy humana, muy delicada y muy asustada. La estirpe gatuna únicamente era revelada por la furibunda cascada de su cabellera y la flexible pujanza de su cuerpo al sentarse, recatada y erguida.

Issen le ordenó:

—Has confesado. Confiesa otra vez.

—Este hombre —respondió G'mell, y señaló a un retrato del Príncipe Crepúsculo— quería ir al lugar donde se ofrece en espectáculo la tortura de niños humanos.

—¿En qué lugar? —preguntó Johanna, que era partidaria de la benevolencia.

—Lo gobierna un hombre que se parece a ese caballero que está ahí —repuso G'mell señalando a Jestocost.

Sin que ninguno de los presentes pudiera detenerla, pero sin levantar sospechas, dio la vuelta a la sala y tocó en el hombro a Jestocost. Éste sintió un vivo choque telepático. Comprendió entonces que E-tele-keli estaba en contacto con ella.

—El hombre que manda allí —continuó G'mell— pesa dos kilos menos que este caballero, es cinco centímetros más bajo y tiene el pelo rojo. Tiene su morada en la esquina Cold Sunset de Puerto Tierra. Subpersonas de mala reputación viven en ese distrito.

La Campana tomó una apariencia lechosa, fulgurando con centenares de datos sobre malas subpersonas de aquella parte de la ciudad. Jestocost la miró con involuntaria concentración.

La Campana volvió a su estado normal.

Mostró la vaga imagen de una habitación en que unos niños estaban jugando.

Johanna se echó a reír.

—Esos no son humanos, sino robots. Es un juego antiguo muy triste.

—Luego quiso un dólar y un chelín para llevárselos a casa. Legítimos —añadió G'mell—. Un robot había encontrado algunos.

—¿Algunos qué? —preguntó Issan.

—Monedas antiguas, la verdadera moneda de la antigua América y la antigua Australia —dijo William—. Poseo imitaciones, pues no hay originales fuera del museo del Estado.

William era un apasionado coleccionista de monedas.

—El robot las encontró en un escondite debajo de Puerto Tierra.

William casi gritó a la Campana:

—¡Registra todos los escondites y trae esas monedas!

La Campana se oscureció. Al hallar los barrios bajos, había cruzado como un relámpago por todos los puestos de policía en el sector noroeste de la torre. Ahora registraba todos los puestos inferiores de la torre, corriendo vertiginosamente por entre millares de combinaciones antes de detenerse en un cuarto, donde se guardaban herramientas. Un robot estaba sacando brillo a unas piezas redondas de metal.

William, al verlo, se puso furioso.

—¡Traedme eso aquí! —gritó—. Quiero comprarlo.

—Muy bien —dijo Issan—. Es un poco irregular, pero está bien.

La máquina mostró los dispositivos de puesta en marcha y trajo al robot por la escalera mecánica.

Issan dijo:

—Esto no se parece a la vista de una causa.

G'mell hizo un puchero. Era una buena actriz.

—También pretendió que le procurase un huevo de homúnculo. Uno del tipo E, procedente de ave, para llevárselo a su domicilio.

Issan accionó el dispositivo de búsqueda.

—Quizá lo hayan ocultado en las series de disposición —dijo G'mell.

La Batería y la Campana corrían a toda velocidad por todos los mecanismos de disposición. Jestocost notó que se le alteraban los nervios. Ningún ser humano hubiese podido memorizar los miles de modelos que atravesaba velozmente la Campana. Su rapidez desbordaba las posibilidades de los ojos humanos, pero el cerebro que leía en la Campana con los ojos de Jestocost no era humano. Debía estar encerrado en un computador propio. Jestocost pensó que era indigno su papel de prismáticos humano de un Señor de la Instrumentalidad.

La máquina se oscureció.

—¡Se trata de un fraude! —exclamó Issan—. No hay pruebas.

—Tal vez lo intentó en el mundo exterior —dijo Johanna.

—Vigíladlo —dijo William—. Si roba monedas, robará cualquier otra cosa.

Johanna se volvió hacia G'mell.

—Eres una estúpida. Nos has hecho perder el tiempo cuando debíamos tratar de graves asuntos intermundiales.

—Se trata de un asunto intermundial —replicó G'mell.

La joven retiró su mano del hombro de Jestocost. La transmisión se interrumpió y con ella el enlace telepático.

—Debiéramos abrir un proceso —dijo Issan.

—Y serías castigada —añadió Johanna.

Jestocost permaneció silencioso, pero apenas pudo ocultar su júbilo. Si E-tele-keli había cumplido su cometido, aunque sólo a medias, las subpersonas dispondrían ahora de una lista de controles y líneas de fuga que les permitirían eludir la caprichosa sentencia de muerte indolora que dictaban las autoridades humanas.

Se oían canciones en los pasillos aquella noche.

Las subpersonas derrochaban alegría sin causa aparente.

G'mell bailó una alocada danza gatuna para el primer cliente que llegó de las estaciones del mundo exterior aquella misma noche. Cuando llegó a su casa y se dispuso a acostarse, se arrodilló ante el retrato de su padre G'mackintosh y dio las gracias a E-tele-keli por lo que había logrado Jestocost.

Pero la historia no se hizo pública hasta unas pocas generaciones después, cuando Jestocost fue aclamado como el campeón de las subpersonas y las autoridades, que seguían desconociendo la existencia de E-tele-keli, aceptaron a los representantes electos de las subpersonas como negociadores para mejorar las condiciones de vida. Por aquel entonces ya hacía mucho tiempo que G'mell había fallecido.

G'mell tuvo una feliz y larga vida.

Se convirtió en *chef* de cocina cuando su avanzada edad le impidió seguir desempeñando su empleo. Sus platos eran famosos. Jestocost la visitó una vez. Después de haber comido, le dijo:

—Las subpersonas recitan un poema. Ningún ser humano lo conoce. Sólo yo lo conozco.

—No me interesan los poemas.

—Éste se titula «Lo que ella hizo».

G'mell enrojeció hasta el escote de su holgada blusa. Se había puesto muy entrada en carnes al alcanzar la edad madura y el medio de dirigir un restaurante había contribuido a ello.

—Es una tontería —exclamó ella.

—Dice que estuviste enamorada de un homínido.

—No es cierto.

Sus ojos verdes, tan hermosos como siempre, le miraron profundamente. Jestocost se sintió cohibido. La situación adquiriría un cariz personal. Le agradaban las relaciones políticas, pero las personales le hacían sentirse incómodo.

Cambió la luz que iluminaba la estancia y los ojos de G'mell brillaron al mirarle. Seguía pareciendo la mágica joven de cabellera de fuego que Jestocost había conocido.

—No estuve enamorada. No puede llamarlo así...

Pero su corazón gritaba: «te quise, te quise, te quise...»

—El poema dice que fue un homínido —insistió Jestocost—. ¿No sería aquel Prins van de Schemering?

—¿Quién? —preguntó G'mell en voz baja.

Sus emociones gritaban: «¿No lo comprendes todavía, amor mío?».

—El hombre fuerte y poderoso.

—¡Oh!... Lo he olvidado...

Jestocost se levantó de la mesa.

—Tu vida ha sido muy completa, G'mell. Has sido ciudadana, miembro de un comité, líder político. ¿Cuántos hijos has tenido?

—Setenta y tres. Aunque sean muchos, los recuerdo a todos.

El rostro de Jestocost se puso serio y su voz fue cariñosa.

—No he querido ofenderte.

Nunca supo que, después de marcharse, ella volvió a la cocina y estuvo llorando un rato, G'mell le había amado en vano desde que le conoció muchos años atrás.

Después que G'mell muriese, a la edad de ciento tres años, Jestocost seguía viéndola en los pasillos de Puerto Tierra. Muchas de sus bisnietas se parecían a ella, y varias ejercían la misma profesión con gran éxito.

No eran semiesclavas. Eran ciudadanas (grado reservado), cuyos fotopases protegían sus bienes, su identidad y sus derechos. Jestocost era el padrino de todas ellas y se turbaba a menudo cuando las más voluptuosas criaturas del Universo le tiraban traviosos besos. Todo lo que pedía era satisfacer sus pasiones, no las personales, sino las políticas. Siempre estuvo enamorado, locamente enamorado...

Y con razón.

Al fin le llegó su hora. Sabía que iba a morir, pero no lo sentía. Una vez tuvo una esposa, cientos de años atrás, y la había querido mucho. Los hijos de ambos se desvanecieron en las generaciones del hombre.

Al llegar la muerte, quiso saber algo y llamó a un inanonimado —o a su sucesor— oculto a gran profundidad. La llamada de su mente llegó a ser un verdadero grito.

—*He ayudado a los tuyos.*

—Sí —respondieron débiles y muy lejanos susurros dentro de su cabeza.

—*Me muero. Tengo que saberlo. ¿Me amaba ella?*

—Se fue sin ti, de tanto como te amaba. Te dejó irte por tu bien, no por el de ella. Te quería de veras. Más que a la muerte. Más que a la vida. Más que al tiempo. Nunca estaréis separados.

—*¿Nunca?*

—No, mientras subsista la memoria del hombre —respondió la voz, para luego enmudecer.

Jestocost apoyó plácidamente la cabeza en la almohada, esperando a que acabase el día.

TREINTA DÍAS TENÍA SETIEMBRE

Robert F. Young

Thirty Days Had September, 1957

El letrero en el escaparate decía:

MAESTRA DE ESCUELA EN VENTA,
BARATÍSIMA;

Y en letras más pequeñas:

Puede cocinar, coser, y sabe desenvolverse en el hogar

Al verla, Danby pensó en pupitres, borradores y hojas de otoño; en libros, sueños y risas. El dueño de aquel pequeño almacén de segunda mano la había ataviado con un vestido de alegres colores y unas minúsculas sandalias rojas. Permanecía en una caja colocada en posición vertical en el escaparate, igual que una muñeca de tamaño natural, esperando que alguien la volviese a la vida.

Danby intentó descender de la calle hacia el estacionamiento donde tenía su *Baby Buick*. Probablemente Laura tenía ya una cena automatizada dispuesta en la mesa y se pondría furiosa si llegaba tarde. Sin embargo, continuó donde se hallaba, alto y delgado, con su juventud aún cercana, refugiada en sus pardos y ávidos ojos, mostrándose débilmente en la suavidad de sus mejillas.

Su inercia le molestó. Había pasado mil veces junto al almacén en su camino desde el estacionamiento a la oficina y viceversa, pero aquella era la primera vez que se había detenido para mirar el escaparate.

¿Pero no era ésta la primera vez que el escaparate exponía algo que le interesara?

Danby intentó afrontar la pregunta. ¿Le *interesaba* una maestra de escuela? No mucho. Sin embargo, Laura precisaba de alguien que le ayudase en las faenas domésticas, mientras no pudieran hacer frente al gasto de una criada automática, y Billy sacaría, sin duda, provecho de algunas lecciones particulares, además de la televisión, ahora que se aproximaban los exámenes más difíciles...

Su cabello lo hizo pensar en la luz del sol de setiembre, y su rostro en un día de setiembre. Una neblina otoñal le envolvió y, de súbito, su inercia le abandonó por completo y empezó a caminar..., pero no en la dirección que había pensado...

—¿Cuánto vale la maestra de escuela del escaparate? —preguntó.

Antigüedades de toda clase se hallaban esparcidas por el interior del almacén. El dueño era un hombre viejo y menudo con espeso cabello blanco y ojos de color del pan de jengibre. También tenía aspecto de antigüedad.

—¿Le gusta, señor? Es muy hermosa —fulguró ante la pregunta de Danby.

Danby se sonrojó.

—¿Cuánto? —repitió.

—Cuarenta y nueve noventa y cinco, más cinco dólares por la caja.

Danby apenas podía creerlo. Ante la escasez de maestras, lo lógico sería que el precio aumentara y no disminuyera. Un año antes, cuando pensó comprar una maestra de tercer grado reconstruida para que ayudase a Billy en su trabajo telescolar, el precio más bajo que pudo encontrar había sobrepasado los cien dólares. Sin embargo, la habría comprado de no haberle disuadido Laura. Su mujer nunca había ido a una verdadera escuela y no lo comprendía.

¡Pero cuarenta y nueve noventa y cinco! ¡Y también podía cocinar y coser! Seguro que Laura no tendría inconveniente...

No lo habría, desde luego, a menos que él le diese oportunidad.

—¿Está..., está en buen estado?

El rostro del dueño se oscureció.

—Ha sido completamente repasada, señor. Nuevas baterías, nuevos motores. Sus cintas magnetofónicas pueden funcionar otros diez años todavía, y sus memorizadores probablemente durarán siempre. Pase por aquí. La entraré y se la mostraré.

La caja estaba montada sobre ruedas, pero resultaba difícil de manejar. Danby ayudó al viejo a empujarla fuera del escaparate y dentro del almacén. Permanecieron junto a la puerta donde la luz era más clara.

El viejo retrocedió admirativamente.

—Quizá soy anticuado —dijo—, pero todavía creo que los telemaestros jamás podrán compararse con los de verdad. Usted fue a una verdadera escuela, ¿no es cierto, señor?

Danby efectuó un gesto afirmativo.

—Lo pensé. Es curioso que nunca deje de advertirse.

—Póngala en funcionamiento, por favor —rogó Danby.

El activador era un pequeño botón, oculto detrás del lóbulo de la oreja izquierda. El dueño buscó a tientas durante un momento antes de encontrarlo; luego se oyó un pequeño «clic», seguido de un suave, casi inaudible ronroneo. Al punto, el rubor se insinuó en sus mejillas, el pecho empezó a elevarse y descender, los azules ojos se abrieron...

Las uñas de Danby se clavaron en las palmas de sus manos.

—Hágala decir algo.

—Puede responder casi todo, señor —afirmó el viejo—. Palabras, escenas, situaciones... Si decide tomarla y no queda satisfecho, devuélvala y tendré sumo gusto en restituirle su dinero. —Se colocó frente a la caja—. ¿Cuál es su nombre? —preguntó a la maestra.

—Señorita Jones. —Su voz era una brisa de setiembre.

—¿Su ocupación?

—Soy maestra de cuarto grado, señor, pero puedo desempeñar además los grados

primero, segundo, tercero, quinto, sexto, séptimo y octavo, y tengo amplia formación humanística. Soy también hábil en las tareas domésticas, buena cocinera y puedo efectuar trabajos sencillos, tales como coser botones, zurcir calcetines, remendar descosidos y desgarraduras en la ropa.

—Pusieron muchos alicientes a los últimos modelos —explicó el viejo a Danby—. Cuando al fin comprendieron que la teleeducación se implantaría, empezaron a hacer todo lo posible para derrotar a las compañías de cereales. Pero no lograron nada... Salga fuera de su caja, señorita Jones. Muéstrenos lo bien que sabe caminar.

Cruzó la pardusca habitación, con sus pequeñas sandalias rojas que centelleaban sobre el polvoriento suelo, con su vestido que era como un alegre chaparrón de colores. Permaneció en espera junto a la puerta.

A Danby se le hizo difícil hablar.

—Perfectamente —dijo por fin—. Póngala de nuevo en su caja, me la quedo.

—¿Algo para mí, papaíto? —gritó Billy—. ¿Algo para mí?

—Claro —confirmó Danby mientras empujaba la caja por el sendero para levantarla sobre el diminuto porche de entrada—. Y también para tu madre.

—Esperemos que valga la pena —cortó Laura, con los brazos cruzados en la puerta—. La cena está como una piedra.

—Puedes calentarla —repuso Danby—. ¡Mira, Billy!

Levantó la caja sobre el umbral, respirando con alguna dificultad, y la hizo entrar por el corto vestíbulo hasta la sala de estar. Éste se hallaba invadido por un joven con chaqueta de color rosa que se había invitado a sí mismo a través de la pantalla de 120 pulgadas, desde donde se proclamaba ruidosamente la superioridad del nuevo *Lincolnette 2061* convertible.

—¡Ten cuidado con la alfombra! —advirtió Laura.

—No te excites, no estropearé tu alfombra —aseguró Danby—. ¿Querría alguien, por favor, apagar la televisión para que tengamos un momento de tranquilidad?

—Yo la apagaré, papaíto. —Con sus zancadas de niño de nueve años, Billy cruzó la habitación y silenció al joven de la chaqueta rosa.

Danby hurgó en la cubierta de la caja, notando la respiración de Laura sobre la parte posterior de su cuello.

—¡Una maestra de escuela! —silbó la mujer entrecortadamente, al descubrir el contenido—. ¡Con todas las cosas que un hombre adulto podría traer al hogar para su esposa y apareces con esto!

—No es una maestra de escuela corriente —dijo Danby—. Puede cocinar, coser, puede... Puede hacerlo exactamente todo. Siempre andas lamentándote de que necesitas una criada. Bien, ahora ya la tienes. Y Billy tiene alguien que le ayude en sus teleelecciones.

—¿Cuánto? —Danby se dio cuenta por primera vez de lo afilado que era el rostro de su esposa.

—Cuarenta y nueve noventa y cinco.

—¡Cuarenta y nueve noventa y cinco! ¿Estás loco? Estuve ahorrando para cambiar nuestro *Baby Buick* por un nuevo *Cadillette*, y tú lo malgastas en una vieja y estropeada maestra de escuela. ¿Qué sabe de teleducación? ¡Si está anticuada en cincuenta años!

—¡No quiero que me ayude en mis telelecciones! —gritó Billy, mirando hoscamente a la caja—. Mi telemaestro dice que esas viejas maestras de forma humana no servían para nada. ¡Y *pegaban* a los niños!

—¡No es verdad! —repuso Danby—. Sé lo que digo porque fui a una verdadera escuela todo el tiempo hasta el octavo grado. —Se volvió hacia Laura—. ¡Funciona bien, no está anticuada y sabe más acerca de la *auténtica* educación de lo que jamás sabrán tus telemaestros! Puede coser, puede cocinar...

—¡Entonces dile que caliente nuestra cena!

—¡Lo haré!

Introdujo la mano en la caja, bajó el pequeño interruptor del activador y, cuando se abrieron los ojos azules, dijo:

—Venga conmigo, señorita Jones —y la condujo al interior de la cocina.

Quedó sumamente complacido de cómo ella respondió a sus instrucciones. La cena fue retirada de la mesa en un santiamén y puesta de nuevo de nuevo en un abrir y cerrar de ojos, caliente, humeante y deliciosa.

Se ablandó Laura.

—Bien...

—¡Claro que bien! —exclamó Danby—. Dije que podía cocinar, ¿no es cierto? Ahora ya no tendrás que quejarte de interruptores encallados, de uñas rotas, de...

—Está bien, George. No insistas.

Su rostro había vuelto a la normalidad, si bien aparecía aún un poco afilado, pero ello formaba parte habitualmente de su atractivo, al igual que sus oscuros y cariñosos ojos y su boca exquisitamente formada. Acababa de hacerse reforzar los pechos de nuevo y, en verdad, tenía un aspecto formidable con su nuevo *négligé* oro y escarlata. Puso un dedo bajo la barbilla de ella y la besó.

—Bueno, comamos —dijo.

Por alguna razón se había olvidado de Billy. Desde la mesa, vio a su hijo en el umbral de la puerta, mirando fija y tristemente a la señorita Jones, ocupada en preparar el café.

—¡No me pegará! —afirmó Billy, sosteniendo la mirada de su padre.

Danby rió. Se sentía mejor, ahora que la mitad de la batalla estaba ganada. La otra mitad podía ser atendida más tarde.

—Por supuesto que no va a pegarte —aseguró—. Ahora ven y cómete la cena como un niño bueno.

—Sí —asintió Laura—, y date prisa. Dan *Romeo y Julieta* en «La Hora del Oeste» y no quiero perdérmelo.

Billy cedió.

—Bueno, está bien —dijo.

Sin embargo, evitó a la señorita Jones, mientras entraba en la cocina y ocupaba su asiento en la mesa.

Romeo Montesco lió un cigarrillo con hábiles dedos, lo puso entre sus labios oscurecidos por el sombrero de ala ancha y lo encendió con un fósforo de cocina. Después condujo a su lustroso caballo hacia la ladera iluminada por la luna en dirección al rancho de los Capuletos.

—Me conviene mostrarme prudente —soliloquió—. Los altivos Capuletos, pastores y enemigos hereditarios de mi familia, descendiente de nobles ganaderos, me abatirán de un disparo sin contemplaciones, de presentarse la oportunidad. Pero esa muchacha que encontré en el calvero esta noche bien merece el riesgo.

Danby frunció el entrecejo. No tenía nada en contra de las readaptaciones de clásicos, pero a su entender quienes las escribían se extralimitaban con sus eternos conflictos entre ganaderos y ovejeros. Con todo, Laura y Billy no parecían hacer el menor caso. Inclutados hacia adelante en sus sillones especiales, miraban fija y extasiadamente la pantalla de 120 pulgadas. Tal vez los especialistas que escribían las obras, tenían razón.

Hasta la señorita Jones parecía interesada..., pero eso resultaba imposible, recordó Danby. No podía estar interesada. El hecho de que sus ojos azules pudiesen estar enfocados sobre la pantalla, nada significaba, lo único que estaba haciendo realmente era estar sentada allí, consumiendo sus baterías. Debería haber seguido el consejo de Laura y desconectarla...

El caso es que no había tenido corazón para hacerlo. Era una crueldad privarla de la vida, aun temporalmente.

Danby experimentó una sensación de ridículo. Se movió irritado en su sillón al darse cuenta de que había perdido el hilo de la obra. Cuando lo recuperó, Romeo había escalado el muro del rancho Capuleto y, tras deslizarse a través del huerto, se hallaba en un florido jardín.

Julieta Capuleto salió al balcón por un par de anacrónicas puertas francesas. Llevaba un traje blanco de vaquera —o de ovejera—, con una falda de la longitud del muslo, y un sombrero de ala ancha coronaba sus descoloridos y abundantes cabellos rubios. Se asomó a la baranda del balcón y escrutó el interior del jardín.

—¿Dónde estás, Romeo? —dijo, arrastrando las palabras.

—¡Esto es ridículo! —exclamó bruscamente la señorita Jones—. ¡Las palabras, los trajes, la acción, el lugar..., todo es incorrecto!

Danby quedó atónito. Recordó entonces lo que el dueño del baratillo había dicho acerca de su respuesta a escenas y situaciones tanto como a palabras. En realidad, había entendido que el viejo se refería a las escenas y situaciones inherentes a sus obligaciones como maestra, no *todas* las escenas y situaciones.

Una molesta prevención cruzó por la mente de Danby. Advirtió que tanto Laura como Billy se habían apartado de su alimento visual y observaban a la señorita Jones con ojos incrédulos. El momento era crítico.

Se aclaró la garganta.

—La obra no es realmente «incorrecta», señorita Jones —explicó—. Sólo ha sido escrita de nuevo. ¿No lo comprende? Nadie le prestaría atención en su estado original. Sin público, sin patrocinadores. ¿Cuál sería su sentido?

—¿Pero tenían que convertirla en un *western*?

Danby miró aprensivamente a su esposa. La incredulidad había sido remplazada por un furioso resentimiento. Con precipitación se volvió hacia la señorita Jones.

—Los *westerns* están ahora de moda, señorita Jones —explicó—. Es una especie de renacimiento de los primeros días de la televisión. Como gustan a la gente, los patrocinadores los patrocinan y los escritores buscan nuevo material para ellos.

—¡Pero vestir a Julieta con un traje de vaquera! Está por debajo del nivel de los espectáculos más ínfimos.

—George, ya basta —la voz de Laura era glacial—. Te dije que estaba cincuenta años anticuada. ¡O la desconectas o me voy a dormir!

Danby suspiró y se puso en pie. Se sintió avergonzado al aproximarse a la señorita Jones y buscar a tientas el pequeño botón detrás de su oreja izquierda. Ella le observó sosegadamente, con sus manos reposando inmóviles sobre su regazo, su respiración yendo y viniendo rítmicamente a través de sus sintéticas fosas nasales.

Fue como cometer un asesinato. Danby se estremeció mientras regresaba a su sillón.

—¡Tú y tus maestras de escuela! —le reprochó Laura.

—¡Cállate! —cortó Danby.

Miró la pantalla e intentó interesarse por la emisión. No lo consiguió. El siguiente programa presentó una historia policíaca titulada *Macbeth*. Tampoco le agradó. Echó una mirada subrepticia a la señorita Jones. Su pecho estaba ahora inmóvil, sus ojos cerrados. La estancia parecía horriblemente vacía.

Al final no pudo soportarlo más. Se levantó.

—Voy a dar un paseo en coche —informó a Laura, y salió.

Hizo salir al *Baby Buick* fuera de la pequeña calzada para coches y se dirigió por

la calle suburbana en dirección a la avenida, mientras se preguntaba una y otra vez por qué una antigua maestra de escuela le había afectado de esta manera. No se trataba simplemente de nostalgia, aunque ésta participaba en sus sentimientos: nostalgia de setiembre, de la escuela, de la entrada en clase las mañanas de setiembre, de ver cómo la maestra salía del cuartito junto a la pizarra al sonar la campana y decía: «Buenos días, niños. ¿No es un hermoso día para estudiar?».

Pero nunca le gustó la escuela más que a los otros chicos. Setiembre tenía aún importancia para él por algo más que los libros y los sueños de otoño. Era algo que perdió en alguna parte a lo largo de su vida, algo indefinible, intangible, algo que ahora necesitaba desesperadamente...

Danby hizo girar el *Baby Buick* avenida abajo, virando entre los fugaces automóviles. Al dar vuelta para entrar en la calle lateral que conducía a Friendly Fred's, vio un nuevo puesto en la esquina con un gran letrero que rezaba:

¡PERROS CALIENTES GIGANTES A LA BRASA!

¡Pruebe un auténtico perro caliente a la parrilla!

¡Próxima apertura!

Pasó de largo y entró en el estacionamiento cercano a Friendly Fred's. Salió del coche a la noche estrellada de primavera y se acercó al local. Pese a hallarse atestado, se las arregló para encontrar un compartimiento vacío. Introdujo una moneda de 25 centavos en el distribuidor y marcó una cerveza.

La sorbió pensativamente en su vaso de papel parafinado. El compartimiento estaba mal ventilado y olía a su último ocupante, un bebedor de vino, supuso Danby. Pensó en los viejos tiempos, cuando el aislamiento en los bares era desconocido y había que permanecer mezclado con los restantes clientes con el desagradable resultado de que cada uno sabía lo que los demás bebían y el grado de borrachera que llegaban a alcanzar. Su pensamiento volvió luego a la señorita Jones.

Una pequeña pantalla de televisión sobre el distribuidor de bebidas anunciaba: *¿Tiene problemas? Sintonice a Friendly Fred, que escuchará sus penas (sólo 25 centavos por tres minutos)*. Danby deslizó una moneda de un cuarto de dólar en la ranura correspondiente. Se oyó un chasquido y la moneda repiqueteó en el recipiente de devoluciones, al tiempo que la voz grabada de Friendly Fred decía:

—Ocupado en este instante, compañero. Estaré con usted dentro de un minuto.

Después de un minuto y otra cerveza, Danby hizo otra intentona. Esta vez la pantalla se iluminó, y el rostro rubicundo de Friendly Fred adquirió progresiva nitidez.

—Hola, George. ¿Cómo va?

—No demasiado mal, Fred. No *demasiado* mal.

—Podría ser mejor, ¿eh?

Danby hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Lo adivinó, Fred. Lo adivinó. —Miró al pequeño mostrador con su solitaria cerveza—. Yo... compré una maestra de escuela —confesó.

—*¡Una maestra de escuela!*

—Admito que es extraño, pero pensé que quizá el niño necesitaría un poco de ayuda en sus lecciones..., los exámenes más difíciles llegarán pronto y ya sabe cómo se sienten los niños cuando no envían las respuestas correctas y no pueden ganar un premio. Y luego creí..., es una maestra de escuela especial, ¿comprende, Fred?... pensé que ayudaría a Laura en las faenas de la casa. Cosas como esa...

Su voz se apagó gradualmente mientras levantaba su vista hacia la pantalla. Friendly Fred movía su amistoso rostro con solemnidad. Sus carrillos temblaron ligeramente.

—George, escúcheme. Deshágase de esa maestra. ¿Me oye, George? Deshágase de ella. Esas maestras androides son tan perjudiciales como las auténticas..., las de carne y hueso, quiero decir. ¿Sabe por qué, George? No lo creerá, pero yo lo sé. Acostumbraban pegar a los niños. Es cierto. Les pegan... —Se oyó un zumbido y la pantalla se hizo borrosa—. Ha terminado el tiempo, George. ¿Desea el importe de otro cuarto de dólar?

—No, gracias —repuso Danby. Acabó su cerveza y se marchó.

¿Odiaban *todos* realmente a las maestras de escuela? Y si era así, ¿por qué no odiaban todos también a los telemaestros?

Danby consideró esta paradoja durante todo el día siguiente en el trabajo. Cincuenta años atrás pareció que los maestros androides iban a resolver el problema educativo tan eficazmente como la reducción de tamaño y precio de los automóviles había resuelto el problema económico. Con el cambio de siglo, no obstante, aunque los androides habían remediado el déficit de maestros, sólo lograron poner de relieve el otro aspecto del problema, el déficit de escuelas. ¿De qué servía disponer de suficientes maestros cuando no existían aulas bastantes para la enseñanza? ¿Cómo se podía hallar dinero preciso para construir nuevas escuelas, cuando el país tenía necesidad constante de más nuevas y mejores autopistas?

Era absurdo decretar que la construcción de escuelas públicas debería tener prioridad sobre la de carreteras, ya que, de descuidarse éstas, automáticamente disminuía la tendencia del ciudadano medio a comprar nuevos automóviles, debilitando de este modo la economía, precipitando una depresión, y haciendo la construcción de nuevas escuelas más difícil de lo que era antes.

Aceptado esto, había que descubrirse ante las compañías de cereales. Al

introducir los telemaestros y la teleducación, habían salvado la situación. Un simple maestro en una habitación, con una pizarra a un lado y una pantalla de cine al otro, podía dar clase a cincuenta millones de alumnos. Si a alguno de ellos le desagradaba el sistema de enseñanza, no tenía más que cambiar de canal para sintonizar otro de los programas teleducativos patrocinados por las numerosas compañías de cereales. (Por supuesto, era responsabilidad de los padres del alumno que éste no se saltase las clases, o sintonizara el grado siguiente antes de haber aprobado los exámenes correspondientes.)

Pero la mejor característica de tan ingenioso sistema era el feliz hecho de que las compañías de cereales sufragaban todos los gastos, dispensando de este modo al contribuyente de una de sus más onerosas obligaciones y dejando a su cartera más preparada para afrontar los impuestos sobre las ventas, impuestos de gasolina, peajes, y pagos del automóvil. Y todo lo que las compañías de cereales pedían, a cambio de este admirable servicio público, era que los alumnos —y, preferiblemente, también los padres— consumiesen sus productos.

Por lo tanto, no existía tal paradoja después de todo. Una maestra de escuela era un anatema porque simbolizaba gasto; una telemaestra era un respetable servidor público, porque simbolizaba una gran concentración económica. Aunque la diferencia, Danby la sabía, iba mucho más allá.

El odio a las maestras de escuela era en parte atávico a consecuencia de las campañas de propaganda que las compañías de cereales habían lanzado al poner su idea en práctica. Eran responsables del ampliamente difundido mito de que las maestras androides pegaban a sus alumnos, con frecuencia reactualizado en previsión de que alguien lo dudase todavía.

La cuestión radicaba en que la mayor parte de los ciudadanos eran teleducados y, por tanto, no conocían la verdad. Danby era una excepción. Había nacido en una pequeña ciudad, cuya localización montañosa había hecho imposible la recepción de la televisión; antes de que su familia emigrase había asistido a una verdadera escuela. Por eso *sabía* que las maestras de escuela no pegaban a sus alumnos.

A menos que Androides Inc. hubiera distribuido por error uno o dos modelos deficientes. Y eso no era probable. Androides Inc. era una sociedad muy eficaz. Crearon excelentes mozos de estación de servicio, sin contar la reconocida calidad de sus taquígrafas, camareras y criadas.

Naturalmente, no estaban al alcance del negociante medio ni del padre de familia tipo... Pero ¿no era todo eso una razón de más por la que Laura debería sentirse satisfecha con una sirvienta eficiente?

Pero no se sentía satisfecha. Cuando Danby llegó a casa aquella noche y la miró al rostro supo, sin asomo de dudas, que no se sentía satisfecha.

Jamás había visto sus mejillas tan contraídas, sus labios tan delgados.

—¿Dónde está la señorita Jones? —preguntó.

—En su caja —respondió Laura—. ¡Y mañana por la mañana la devolverás a quien la compraste y harás que te restituyan nuestros cuarenta y nueve noventa y cinco dólares!

—¡No me pegará otra vez! —gritó Billy, sentado en cuclillas frente a la pantalla del televisor.

Danby palideció.

—¿Le pegó?

—Bueno, no exactamente —dijo Laura.

—¿Lo hizo o no lo hizo? —insistió Danby.

—¡Explícale lo que dijo de mi telemaestra! —gritó Billy.

—Dijo que la maestra de Billy no estaba capacitada para enseñar ni a caballos.

—¡Y cuéntale lo que dijo de Héctor y Aquiles!

—Dijo que era una vergüenza sacar un melodrama de vaqueros e indios de una obra clásica como la *Ilíada* y llamarlo educación.

La historia salió gradualmente. La señorita Jones había mostrado, al parecer, una gran agitación intelectual desde el mismo momento en que Laura la conectó por la mañana. Según la señorita Jones, todo en la casa de Danby era malo, desde los programas de teleducación que Billy miraba en el pequeño televisor rojo de su habitación, y los programas matutinos y vespertinos que Laura contemplaba en el gran televisor de la sala de estar, hasta el diseño del papel para las paredes del vestíbulo (pequeños *Cadilletes* rojos, retozando a lo largo de entrelazadas cintas de carretera), la ventana en forma de parabrisas de la cocina, y la escasez de libros.

—¿Te das cuenta? —dijo Laura—. ¡Cree que aún se editan libros!

—Todo lo que deseo saber —manifestó Danby—, es si le pegó.

—Te lo estoy explicando...

Alrededor de las tres, la señorita Jones quitaba el polvo en el cuarto de Billy, que miraba obedientemente sus lecciones, sentado en su pequeño pupitre, absorto en los esfuerzos de los vaqueros por conquistar el poblado indio de Troya. De repente, la señorita Jones cruzó la habitación como una loca, formuló sacrílegos comentarios acerca de la alteración de la *Ilíada*, y apagó el aparato justamente en medio de la clase. Entonces fue cuando Billy empezó a gritar; al irrumpir Laura en la habitación, encontró a la señorita Jones asiendo su brazo con una mano y levantando la otra para dar el golpe.

—Llegué a tiempo —concluyó Laura—. No sabes lo que pudo haber hecho. ¡Pudo haberlo matado!

—Lo dudo —cortó Danby—. ¿Qué sucedió luego?

—Cogí a Billy para apartarle de ella y le ordené que se retirase a su caja. Después cerré la tapa. ¡Y te juro, George Danby, que permanecerá cerrada! ¡Mañana por la

mañana la devolverás, si quieres que Billy y yo continuemos viviendo en esta casa!

Danby se sintió mal toda la noche. Apenas probó la cena y languideció durante «La Hora del Oeste», echando vistazos fugaces, cuando Laura no le miraba, a la caja que permanecía silenciosa junto a la puerta. La heroína de «La Hora del Oeste» era una bailarina, una rubia que medía 39-24-38, llamada Antígona. Por lo visto, sus dos hermanos se habían matado el uno al otro en un tiroteo y el *sheriff* del lugar, un personaje llamado Creon, únicamente había permitido a uno de ellos un entierro decente en Boot Hill, insistiendo de modo ilógico en que el otro fuese abandonado en el desierto como pasto para los buitres. Antígona mantenía otro punto de vista ante su hermana Ismene; si un hermano merecía una tumba respetable, el otro también. Antígona iba a remediar esta situación, ¿querría Ismene ayudarla? Pero Ismene era cobarde, por lo que Antígona decidió solucionar el asunto por sí misma. Luego, un viejo explorador llamado Tiresias se dirigía al pueblo y...

Danby se levantó sin ruido, se deslizó al interior de la cocina, y salió por la puerta de atrás. Subió al automóvil y condujo hacia la avenida, con todas las ventanillas abiertas y el aire cálido golpeando su rostro.

El puesto de perros calientes de la esquina estaba casi concluido. Le echó una perezosa ojeada mientras giraba por la calle lateral. Había cierto número de compartimientos vacíos en Friendly Fred's y escogió uno al azar. Tomó varias cervezas, de pie en el pequeño mostrador solitario, y pensó durante largo rato. Seguro de que su esposa e hijo se habían ido a dormir, volvió a su hogar, abrió la caja de la señorita Jones, y la conectó.

—¿Iba a pegar a Billy esta tarde? —preguntó.

Los ojos azules le miraron con firmeza, mientras las pestañas temblaban a rítmicos intervalos y las pupilas se ajustaban gradualmente a la lámpara de la sala de estar, que Laura había dejado encendida.

—Soy incapaz de golpear a un ser humano, señor. Creo que la cláusula está en mi garantía.

—Me temo que su garantía caducó hace algún tiempo, señorita Jones —repuso Danby. Su voz era espesa y sus palabras se confundían—. Pero no importa. Le cogió del brazo de todas formas, ¿no es cierto?

—Tuve que hacerlo, señor.

Danby frunció el entrecejo. Volvió a la sala de estar, caminando como si sus piernas fueran de goma.

—Venga y siéntese. Explíquemelo todo, señ... señorita Jones —dijo.

La vio salir desde su caja y cruzar la habitación. Había algo extraño en su modo de andar. Su paso ya no era ligero, su cuerpo ya no parecía delicadamente equilibrado. Con sobresalto, se dio cuenta de que cojeaba.

Se sentó en el canapé y se acomodó junto a ella.

—Le pegó patadas, ¿verdad? —inquirió.

—Si, señor. Tuve que retenerle o hubiera continuado.

Una luz rojiza llenó la estancia. Luego, sutilmente, ésta se disipó ante la naciente comprensión de que en sus manos se hallaba el arma psicológica con la cual podría reprimir en lo sucesivo toda objeción a la señorita Jones.

—Lo siento muchísimo, señorita Jones. Me temo que Billy es demasiado agresivo.

—Lo raro sería lo contrario, señor. Quedé horrorizada hoy cuando supe que esos horribles programas constituyen todo su alimento educativo. Su telemaestro es poco más que un viajante encargado de vender la particular marca de copos de maíz de su compañía. Comprendo ahora por qué sus escritores han de volver a los clásicos para conseguir ideas. Su facultad creadora fue sofocada por los tópicos, ya desde su etapa embrionaria.

Danby estaba encantado. Jamás había oído hablar a nadie de ese modo hasta entonces. No eran las palabras. Era la manera con que las decía, la convicción que mostraba su voz, pese a tratarse de un altavoz hábilmente construido, conectado a unas cintas magnetofónicas, conectadas a su vez a inimaginablemente intrincados memorizadores.

Sentado allí junto a ella, viendo moverse sus labios, descender sus pestañas, siempre tan suavemente sobre aquellos ojos tan azules, era como si setiembre hubiese entrado en la habitación. Súbitamente, un sentimiento de paz total le envolvió. Los dulces y suaves días de setiembre desfilaron otra vez ante su mirada, y comprendió por qué eran diferentes de los demás días. Eran diferentes porque tenían profundidad, belleza y quietud; porque sus cielos azules contenían promesas de días más dulces y suaves por venir...

Eran diferentes porque tenían *significado*...

Aquel momento se hacía tan intensamente grato, que Danby deseó que jamás terminase. El mero hecho de pensar en ello le torturaba con insoportable agonía, e, instintivamente, hizo la única cosa física a su alcance para prolongarlo.

Pasó un brazo alrededor de los hombros de la señorita Jones.

Ella no se movió. Seguía allí sosegadamente, con su pecho que se alzaba y descendía a intervalos regulares, sus largas pestañas que se movían hacia abajo de vez en cuando como oscuros y apacibles pájaros aleteando sobre azules y límpidas aguas...

—El programa que vimos la noche pasada —dijo Danby—, *Romeo y Julieta*. ¿Por qué no le gustó?

—Era más bien horrible, señor. Una parodia barata y despreciable, la belleza de los versos corrompida y oscurecida...

—¿Conoce usted los versos?

—Algunos de ellos.

—Dígalos, por favor.

—Sí, señor. Al terminar la escena del balcón, cuando los dos enamorados están despidiéndose, dice Julieta: *¡Buenas noches, buenas noches! Despedirse es tan dulce aflicción, que diré buenas noches hasta que sea mañana.* Y contesta Romeo: *¡El sueño more sobre tus ojos, la paz en tu pecho! ¡Quisiera yo fuesen el sueño y la paz, tan dulces para descansar!* ¿Por qué omitieron eso, señor? ¿Por qué?

—Porque estamos viviendo en un mundo despreciable —dijo Danby, sorprendido ante su súbita percepción—, y en un mundo despreciable las cosas preciosas son inútiles. Dig... diga los versos de nuevo, por favor, señorita Jones.

—*¡Buenas noches, buenas noches! Despedirse es tan dulce aflicción, que diré buenas noches hasta que sea mañana...*

—Déjeme terminar —Danby se concentró—. *El sueño more sobre tus ojos, la paz...*

—... *en tu pecho...*

—*Quisiera yo fuesen el sueño y la paz, tan...*

—... *dulces...*

—*¡... tan dulces para descansar!*

Bruscamente la señorita Jones se puso en pie.

—Buenas noches, señora —dijo.

Danby no se molestó en levantarse. No habría servido de nada. De cualquier modo, podía ver bastante bien a Laura desde donde se hallaba. Su mujer, que permanecía en el umbral de la sala de estar con su nuevo pijama «Cadillete» y sus pies desnudos silenciosos en su subrepticio descenso de la escalera. Los automóviles bidimensionales que adornaban el pijama eran de un vivo bermellón y parecían correr sobre su cuerpo yacente, rampando por encima de sus pechos, su vientre y sus piernas...

Vio su afilado rostro y sus fríos y despiadados ojos y supo que serían inútiles las explicaciones, que no comprendería, no podría comprender. Y descubrió con súbita y horrible claridad que en el mundo en que vivía, setiembre estuvo muerto durante décadas, y se vio a sí mismo cargando la caja por la mañana en el *Baby Buick* y descendiendo las relucientes calles de la ciudad en dirección al pequeño almacén de objetos para pedir al dueño que le devolviese su dinero. Miró a la señorita Jones permaneciendo incongruentemente en la poco acogedora sala de estar y la oyó decir, una y otra vez como un disco rayado:

—¿Algo está mal, señora? ¿Algo está mal?

Transcurrieron varias semanas antes de que Danby se sintiese lo suficientemente

bien para volver a Friendly Fred's en busca de una cerveza. Para entonces, Laura había empezado a hablarle otra vez, y el mundo, aun cuando no fuera el mismo de antes, recuperó algunos de sus aspectos anteriores. Hizo salir al *Baby Buick* de la pequeña calzada y se introdujo calle abajo en el multicolor tráfico de la avenida. Era una clara noche de junio y las estrellas aparecían como puntas de alfileres de cristal sobre el fuego fluorescente de la ciudad. El puesto de perros calientes de la esquina estaba terminado y abierto al público. Varios clientes junto al resplandeciente mostrador cromado miraban cómo una camarera estaba dando vueltas unos panecillos de Viena sobre una también cromada parrilla. Había algo familiar en el alegre centelleo de su vestido, el modo en que se movía, la forma en que el suave nacimiento de su cabello enmarcaba su dulce rostro... El nuevo propietario se hallaba apoyado sobre el mostrador a cierta distancia, charlando con un cliente.

Había una tensión en el pecho de Danby mientras estacionaba el *Baby Buick*, salía y se encaminaba a través del batiente de hormigón hacia el mostrador..., una tensión en su pecho y un constante latido en sus sienes.

Había llegado a la parte del mostrador donde se hallaba el propietario y cuando iba a inclinarse para abofetear su presumido y grueso rostro, vio un pequeño letrero de cartón apoyado contra un tarro de mostaza, letrero que decía:

Se necesita mozo...

Un puesto de perros calientes estaba muy lejos de ser un aula de setiembre, y una maestra distribuyendo perros calientes jamás se podría comparar con una maestra dispensadora de sueños. Pero cuando se necesitaba algo con urgencia había que tomarlo sea como fuere, y dar, además, las gracias...

—Podría trabajar por las noches —dijo Danby al propietario—. Es decir, desde las seis hasta las doce...

—Sería estupendo —manifestó el propietario—. Aunque me temo que no podré pagarle mucho al principio. Comprenda, acabo de empezar y...

—No importa —replicó Danby—. ¿Cuándo empiezo?

—Cuanto antes mejor.

Danby se acercó hasta donde una parte del mostrador se levantaba sobre ocultos goznes, entró en el interior y se quitó la chaqueta. Si a Laura no le gustaba la idea, podía irse al infierno, pero sabía que no le importaría, porque el dinero adicional que ganase haría realidad el sueño de su mujer, el *Cadillete*.

Se puso el delantal que le entregó el propietario y se unió a la señorita Jones frente a la parrilla.

—Buenas noches, señorita Jones —dijo.

Ella volvió la cabeza y sus ojos azules parecieron iluminarse y su cabello era

como el sol surgiendo en una brumosa mañana de setiembre.

—Buenas noches, señor —respondió, y un aire de setiembre se levantó en la noche de junio y sopló a través del puesto y fue como volver a la escuela otra vez, después de un interminable y vacío verano.

LA JAULA

A. Bertram Chandler

The Cage, 1957

El encarcelamiento es siempre una experiencia humillante, sea cual fuere el espíritu filosófico del prisionero. El encarcelamiento que nos inflige alguien de nuestra propia especie es muy desagradable, pero se puede hablar a los que nos han capturado, cabe conseguir que lo comprendan a uno al exponer sus necesidades, en ciertas ocasiones incluso apelar a ellos de hombre a hombre.

Pero el encarcelamiento constituye una humillación doble cuando los captores nos tratan como a un animal de especie inferior.

La partida del cohete patrulla podría, quizá, ser disculpada por no haber reconocido como seres racionales a los supervivientes de la nave de línea interestelar *Lode Star*. Habían transcurrido doscientos días por lo menos, desde su aterrizaje en el planeta innominado, un aterrizaje forzoso que se produjo cuando los generadores Ehrenhaft de la *Lode Star*, obligados a trabajar con gran exceso sobre su capacidad normal por una avería del regulador electrónico, la habían hecho volar lejos de las rutas regulares hasta una región inexplorada del espacio. La *Lode Star* había aterrizado con bastante facilidad, pero poco después (las desgracias nunca vienen solas), su pila atómica se había hecho incontrolable y el capitán había ordenado al primer oficial que evacuase a los pasajeros —los cuales no tenían por qué soportar la emergencia—, llevándolos tan lejos como fuera posible.

Hawkins y el personal a su cargo se hallaban ya bastante lejos cuando se produjo un fogonazo de energía liberada y una explosión no muy violenta. Los supervivientes deseaban volver para presenciarlo, pero Hawkins les hizo seguir adelante con maldiciones y, a veces, golpes. Afortunadamente estaban a sotavento de la nave y así escaparon a los efectos de la explosión.

Cuando los fuegos artificiales parecieron haber terminado, Hawkins, acompañado por el doctor Boyle, el cirujano de la nave, regresó al lugar del desastre. Los dos hombres, temerosos de la radiactividad, fueron precavidos y se mantuvieron a una prudente distancia del cráter poco profundo y humeante aún, que indicaba dónde había estado la nave. Era evidente que el capitán, sus oficiales y técnicos constituían ahora una parte infinitesimal de la nube incandescente en forma de hongo.

Después de esto, los cincuenta y tantos hombres y mujeres, supervivientes de la *Lode Star*, habían ido degenerando. No fue un proceso rápido, ya que Hawkins y Boyle, ayudados por un comité de los pasajeros más responsables, habían combatido en una obstinada acción de retaguardia. Pero la suya era una lucha sin esperanza. El clima estaba en su contra, para empezar. Hacía calor, siempre en las cercanías de los 30°. Y había humedad, cayendo incesantemente una fina y cálida llovizna. El aire parecía rico en esporas de hongos que, por fortuna, no atacaban a la piel viva, pero medraban en la materia orgánica muerta y sobre las ropas. Se desarrollaban en un grado ligeramente menor en los metales y sobre los tejidos sintéticos que usaban

muchos de los náufragos.

El peligro, un peligro exterior, hubiera contribuido a mantener la moral. Pero allí no existían animales peligrosos. Sólo existían pequeñas cosas de piel suave, no muy diferentes de las ranas, que avanzaban a saltitos a través de la maleza húmeda, y criaturas semejantes a peces en los numerosos ríos, que variaban en tamaño desde el tiburón al renacuajo y que poseían toda la belicosidad del primero.

El alimento no significó un problema, pasadas las primeras horas de hambre. Algunos voluntarios habían probado un hongo grande y succulento que crecía en los huecos de unos corpulentos árboles semejantes a helechos. Decidieron que tenía buen sabor. Tras un lapso de cinco horas, no habían muerto ni se quejaban de dolores abdominales. Aquel hongo había de constituir la dieta habitual de los náufragos. En las semanas que siguieron, se encontraron otros hongos, bayas y raíces, todos ellos comestibles. Proporcionaban una variación gratamente recibida.

Pese al calor penetrante, el fuego era lo que más echaban a faltar los náufragos. Con él podrían haber completado su alimentación, cocinando los pequeños seres parecidos a ranas del bosque lluvioso y los peces de los riachuelos. Quienes mostraban un espíritu más esforzado, comían estos animales crudos, pero la mayor parte de los demás miembros de la comunidad los miraban con asco. El fuego les hubiera ayudado también a retrasar la oscuridad de las largas noches y, gracias a su calor y a su luz, desvanecer la ilusión de frialdad producida por el incesante rocío de todas las hojas y frondas.

Al huir de la nave, la mayoría de los supervivientes poseían encendedores de bolsillo, pero se perdieron con la desintegración de sus ropas. En todo caso, cualquier intento de encender una fogata en los primeros días, cuando aún tenían los encendedores, hubiera fallado al no existir, según juraba Hawkins, un solo sitio seco en todo aquel maldito planeta. Hacer fuego ahora era absolutamente imposible; aun cuando se hubiera contado entre ellos un experto en frotar dos ramitas secas, no hubiera encontrado material con que trabajar.

Se establecieron de modo permanente en la cima de una colina de escasa altura. (Allí no existía, en lo que podía distinguir la vista, ninguna montaña.) El bosque era allí menos espeso que en las llanuras circundantes, y el terreno menos pantanoso. Trenzando frondas de los helechos árboles, consiguieron construir unos refugios primitivos, más por motivos de aislamiento que por las comodidades que con ello pudieran obtener. Recurrieron con cierta desesperación a las formas gubernamentales de los mundos que habían abandonado para elegir un consejo. Boyle, el cirujano de la nave, fue su jefe. Hawkins fue rechazado sólo por dos votos, debido al resentimiento de muchos pasajeros, que atribuían al personal ejecutivo de la nave la responsabilidad por haberlos arrastrado a la presente situación.

La primera reunión del consejo tuvo lugar en una choza —si así podía llamarse

—, construida especialmente para este objeto. Los miembros del consejo se acurrucaron en cuclillas formando un círculo. Boyle, el presidente, se puso de pie con lentitud. Hawkins sonrió con desprecio al comparar la desnudez del cirujano con la pomposidad que parecía haber asumido en su rango electivo, confrontando la dignidad del hombre con la desaliñada apariencia que ofrecía su cabello gris, sin cortar ni peinar, y su desordenada y grisácea barba.

—Señoras y caballeros —empezó Boyle.

Hawkins miró en torno suyo los cuerpos desnudos y pálidos, los cabellos fibrosos y sin brillo, las largas uñas sucias de los hombres y los labios sin pintar de las mujeres. Pensaba que su aspecto tampoco era el de un oficial y un caballero.

—Señoras y caballeros —continuó Boyle—. Hemos sido elegidos para representar la comunidad humana sobre este planeta. Sugiero que en esta primera reunión discutamos nuestras probabilidades de supervivencia, no como individuos sino como raza...

—Quisiera preguntar al señor Hawkins cuáles son nuestras probabilidades de ser rescatados —preguntó una de las dos mujeres que componían el consejo, una criatura seca, con aspecto de solterona, de costillas y vértebras prominentes.

—Slim —respondió Hawkins—, como ya sabe, no es posible ninguna comunicación con otras naves espaciales ni con estaciones planetarias cuando está operando el Sendero Interestelar. Cuando salimos del Sendero y vinimos a parar aquí en nuestro desgraciado aterrizaje, lanzamos una llamada de socorro, pero no pudimos explicar nuestro paradero. Además, no sabemos si la llamada fue recibida o no...

—Señorita Taylor —cortó Boyle malhumorado—. Señor Hawkins. Quisiera recordarles que soy el presidente electo de este consejo. Ya tenemos tiempo después para una discusión general.

»Como la mayor parte de ustedes habrá supuesto ya, la edad de este planeta, biológicamente hablando, corresponde aproximadamente a la de la Tierra durante el período carbonífero. Sabemos que todavía no existen especies que nos disputen nuestra supremacía. Con el tiempo tales especies surgirán (análogas a los lagartos gigantes fósiles de la Era Triásica), pero entonces estaremos sólidamente establecidos...

—¡Estaremos muertos! —exclamó uno de los hombres.

—Estaremos muertos —convino el doctor—, pero nuestros descendientes sí estarán vivos. Tenemos que pensar en facilitarles el mejor punto de partida posible. El lenguaje que les legaremos...

—No me interesa el lenguaje, doctor —chilló el otro miembro femenino. Era una rubia pequeña, delgada, de expresión dura—. Es a mí a quien concierne la cuestión de los descendientes. Represento a las mujeres en edad de procrear..., somos quince aquí. Hasta ahora las muchachas han sido extremadamente cuidadosas. Tenemos

razones para ello. ¿Puede garantizar, como médico, no disponiendo de drogas ni de instrumentos, alumbramientos sin peligro? ¿Puede garantizar que nuestros hijos tendrán una buena probabilidad de supervivencia?

Boyle se desprendió de su pomposidad como de una prenda de vestir muy usada.

—Seré franco —dijo—. No dispongo, tal como usted apuntó, señorita Hart, de drogas ni de instrumentos. Pero puedo asegurarle que sus probabilidades de alumbramiento sin peligro son mucho mejores que lo fueron en la Tierra durante, digamos, el siglo dieciocho. Le explicaré el motivo. En este planeta, que nosotros sepamos (y ya llevamos aquí lo suficiente para saberlo), no existen microorganismos nocivos al hombre. En el caso contrario, los que hemos sobrevivido seríamos ahora simples masas de supuración. La mayoría de nosotros, desde luego, hubiésemos muerto de septicemia hace tiempo. Creo que esto contesta las preguntas de ustedes dos.

—No he terminado aún —insistió ella—. Existe otro punto a considerar. Somos aquí cincuenta y tres, entre hombres y mujeres. Hemos contado diez matrimonios. Esto significa treinta y tres individuos solteros, de los cuales veinte son hombres. Veinte hombres para trece mujeres. Todas nosotros somos jóvenes, pero también somos mujeres. ¿Qué clase de fórmula estableceremos? ¿Monogamia? ¿Poliandria?

—Monogamia, naturalmente —exclamó un hombre alto y delgado. Era el único entre los presentes que iba vestido, si así podía considerarse un sarmiento de vid arrollado a la cintura.

—De acuerdo, entonces —observó la muchacha—. Monogamia. La prefiero, desde luego. Pero le advierto que si vamos a seguir esta línea, surgirá un conflicto. En cualquier asesinato cuyos móviles sean la pasión y los celos, la mujer resulta tan posible víctima como el hombre, y no quiero verme complicada en eso.

—¿Qué propone entonces, señorita Hart? —preguntó Boyle.

—Sólo esto, doctor. Cuando llegue el momento, dejaremos a un lado el amor. Si dos hombres desean casarse con la misma mujer, que peleen por ella y el mejor la conseguirá y la conservará.

—Selección natural... —murmuró el cirujano—. Estoy a favor, pero debemos ponerlo a votación.

En la cima de la loma había una depresión poco profunda, un cuadrilátero natural. Alrededor de sus bordes se sentaron los náufragos, todos menos cuatro. Uno de ellos era el doctor Boyle, consciente de que sus deberes presidenciales incluían los de árbitro. Se decidió que sería la persona más competente para declarar vencido a uno de los competidores. Otro miembro de este grupo era la joven Mary Hart. Había encontrado una varita dentada para peinar sus largos cabellos y tejido una guirnalda de flores amarillas, con la que pensaba coronar al vencedor. Hawkins se preguntó, al tomar asiento entre los otros miembros del consejo, si aquello significaba el deseo de

imitar una ceremonia matrimonial terrestre, o bien pretendía resucitar algo más perverso.

—Fue una lástima que las cenizas de la explosión cayeran sobre nuestros relojes —dijo el hombre grueso sentado a la derecha de Hawkins—. Si tuviéramos algún sistema para medir el tiempo, podríamos establecer asaltos, y hacer de esto un combate de boxeo reglamentario.

Hawkins inclinó la cabeza. Miraba al curioso grupo en el centro del cuadrilátero: una petulante mujer bárbara, un pomposo anciano y dos jóvenes de oscura barba con cuerpos blancos y relucientes. Los conocía a ambos. Fennet había sido tripulante de la desdichada *Lode Star*. Clemens, por lo menos siete años mayor que él, era un pasajero y había sido prospector de minas en los mundos de la frontera.

—Si tuviéramos algo para apostar —apuntó el hombre gordo—, lo haría por Clemens. Ese cadete suyo no tiene nada que hacer. Ha sido educado para jugar limpio, Clemens está acostumbrado precisamente a lo contrario.

—Fennet se halla en mejores condiciones —repuso Hawkins—. Ha estado haciendo ejercicio, mientras que Clemens no hizo sino dormir y comer. ¡Fíjese que panza tiene!

—No poseen nada de malo la carne sana y los músculos fuertes —afirmó el hombre gordo, dándose palmadas en el vientre.

—¡Prohibido morderse y sacarse los ojos! —intervino el doctor—. ¡Que gane el mejor!

Se separó vivamente de los contrincantes, quedando de pie junto a Mary Hart.

Ambos luchadores parecían preocupados, con los puños en tensión. Los dos tenían aire de deplorar que las cosas hubiesen llegado a tal extremo.

—¡Adelante! —chilló al fin Mary Hart—. ¿No me deseáis? Vais a vivir aquí mucho tiempo y os sentiréis muy solos sin una mujer.

—Siempre podrían esperar hasta que tus hijas crecieran, Mary —bromeó uno de sus amigos.

—¿Y si no tengo hijas? —arguyó ella—. ¡A este paso, desde luego que no!

—¡Adelante! —chilló la multitud—. ¡Adelante!

Fennet inició el ataque. Avanzó desconfiado, golpeando débilmente con su puño derecho la cara mal protegida de Clemens. No fue un golpe duro, pero debió resultar doloroso. Clemens se llevó la mano a la nariz, la retiró y se quedó mirando la sangre brillante que la manchaba. Profirió un gruñido, se adelantó pesadamente con los brazos abiertos para hacer presa en su enemigo. El joven saltó hacia atrás, golpeando dos veces más con la derecha.

—¿Por qué no le *golpea de verdad*? —preguntó el hombre grueso.

—¿Para romperse todos los huesos del puño? No llevan guantes, amigo —repuso Hawkins.

Fennet decidió intentar una finta. Se mantuvo firme, con los pies ligeramente separados, y puso en juego su derecha una vez más. Esta vez su blanco no fue el rostro de su contrincante, sino el vientre. Hawkins se sorprendió al ver que el prospector encajaba los golpes con aparente ecuanimidad. Debía ser, pensó, mucho más resistente de lo que aparentaba en realidad.

El cadete saltó a un lado vivamente... y resbaló en la hierba húmeda. Clemens cayó pesadamente sobre él. Hawkins pudo oír el silbido del aire al salir forzado de los pulmones del muchacho. Los gruesos brazos del prospector rodearon el cuerpo de Fennet, cuando la rodilla de éste se lanzó rencorosamente contra la ingle de su adversario. Clemens emitió un gemido, pero continuó apretando fieramente. Una de sus manos rodeaba ahora la garganta de Fennet; la otra, con los dedos malignamente engarfiados, intentó clavarse en los ojos del cadete.

—¡Prohibido sacarse los ojos! —gritó Boyle—. ¡Prohibido sacarse los ojos!

Se arrodilló para asir con ambas manos la gruesa muñeca de Clemens.

Algo hizo que Hawkins levantara la vista. Debía ser un sonido, aunque era difícil: los espectadores estaban gritando como hinchas del boxeo en un combate profesional. Apenas podía culpárseles, pues aquella era la primera ocasión de divertirse que habían tenido desde la pérdida de la nave. Debió ser en realidad el sexto sentido que poseen todos los buenos navegantes del espacio. Lo que vio le hizo lanzar un grito.

Un helicóptero se cernía sobre el cuadrilátero. Su diseño, sutilmente extraño, indicó a Hawkins que no se trataba de un aparato terrestre. Repentinamente, de su parte inferior cayó una red, al parecer de metal. Envolvió a los luchadores, atrapando también al doctor y a Mary Hart.

Hawkins volvió a gritar, un chillido inarticulado. Incorporándose, se lanzó en auxilio de sus enredados compañeros. La red parecía como si fuese viva. Retorcía alrededor de sus muñecas, ataba sus tobillos. Algunos otros náufragos corrieron a ayudar a Hawkins.

—¡No os acerquéis! —advirtió—. ¡Dispersaos!

El débil zumbido de los rotores del helicóptero aumentó en intensidad. La máquina se elevó en el aire. En un tiempo extraordinariamente breve, el cuadrilátero se redujo ante la vista del primer oficial a un pequeño círculo verde pálido, en el cual unas hormigas blancas se escurrían sin dirección de un lado a otro. La máquina voladora se movía ya entre las nubes bajas envuelta en un blanco vacío.

Cuando, al fin, efectuó el descenso, Hawkins no se sorprendió al ver entre los árboles la torre plateada de una gran nave espacial inmóvil en una meseta llana.

El mundo al que fueron trasladados habría constituido una señalada mejora sobre el que acababan de dejar, de no ser por la equivocada bondad de sus captores. La jaula donde los tres fueron alojados reproducía, con notable fidelidad, las condiciones climáticas del planeta sobre el que se perdió la *Lode Star*. Estaba acristalada y desde

unos rociadores situados en el techo caía una constante llovizna de agua templada. Un par de helechos aburridos proporcionaba cierto refugio contra el deprimente y continuo aguacero. Dos veces diarias en la parte trasera de la jaula, hecha al parecer de hormigón, se abría una compuerta y por ella les arrojaban tabletas de un hongo decididamente similar al que había constituido su alimento. En el suelo de la jaula existía un hoyo; los prisioneros supusieron acertadamente que tenía un propósito sanitario.

A ambos lados había otras dos jaulas. En una de ellas estaba Mary Hart, sola. Podía hacerles gestos y ademanes de saludo, con la mano, y eso era todo. La otra encerraba a una bestia cuyas líneas generales hacían pensar en una langosta o un bogavante, pero con fuertes rasgos de calamar. Al otro lado de la ancha calle se levantaban otras jaulas, pero no podían ver su contenido.

Hawkins, Boyle y Fennet, sentados en el húmedo suelo, miraban a través de los gruesos cristales y los barrotes a los seres que los contemplaban desde el exterior.

—Aunque sólo fueran humanoides —suspiraba el doctor—. Si su forma fuera sólo un poco parecida a la nuestra, podríamos intentar convencerles de que nosotros también somos seres inteligentes.

—Pero no tienen la misma forma —repuso Hawkins—. Y en la situación contraria, nos costaría trabajo admitir que tres barriles de cerveza con seis patas eran hombres y nuestros hermanos... Prueba otra vez el teorema de Pitágoras —indicó al joven.

Sin gran entusiasmo, Fennet arrancó frondas del helecho arborescente más cercano. Las rompió en pedazos más pequeños; después, las colocó en el suelo musgoso, formando la figura de un triángulo rectángulo, con los cuadrados contruidos sobre los tres lados. Los nativos —uno grande, otro ligeramente menor y otro pequeño— le miraban curiosamente con sus ojos planos y opacos. El mayor metió la punta de un tentáculo en un bolsillo —las cosas aquellas llevaban ropa— y sacó un paquete de brillantes colores, que entregó al pequeño. Éste desgarró la envoltura y empezó a introducir pedazos de una materia azul brillante en la ranura de la parte superior, que obviamente le servía de boca.

—Me gustaría que les estuviera permitido dar comida a los animales —suspiró Hawkins—. Estoy harto de esos condenados hongos.

—Recapitulemos —dijo el doctor—. Después de todo, no nos queda más que hacer. Fuimos arrebatados, seis en total, de nuestro campamento por el helicóptero. Nos condujeron a la nave de observación, que no parece muy perfeccionada con relación a nuestros vehículos interestelares. Según usted, Hawkins, esa nave emplea un propulsor Ehrenhaft, o algo tan parecido como un hermano gemelo...

—Exacto —aseveró Hawkins.

—Ya dentro de la nave fuimos encerrados en jaulas separadas. No nos dan mal

trato, porque nos proporcionan alimento y agua a frecuentes intervalos. Hemos desembarcado en este extraño planeta, pero no hay posibilidad de ver nada. Estamos encerrados a la fuerza en jaulas como animales. Sabemos que nos conducen a *alguna parte*, pero eso es todo. Cuando nos detenemos, la puerta se abre y esos barriles de cerveza ambulantes nos apresan con pértigas provistas de redes. Cogieron a Clemens y a la señorita Taylor y se los llevaron. No volvimos a verlos. El resto de nosotros pasa la noche y las veinticuatro horas siguientes en jaulas individuales. Un día después nos traen a este... zoo.

—¿Cree que los sometieron a vivisección? —preguntó Fennet—. Nunca me ha gustado Clemens, pero...

—Mucho me temo que sí —admitió Boyle—. Nuestros amos conocerán ahora la diferencia entre los sexos. Desgraciadamente, la vivisección no permite descubrir la inteligencia.

—¡Brutos inmundos! —barbotó el joven.

—Calma, hijo —aconsejó Hawkins—. No se les puede culpar. Hemos practicado la vivisección en animales mucho más semejantes a nosotros de lo que lo somos a esas cosas.

—El problema —prosiguió el doctor— es convencer a esas cosas (como usted las llama, Hawkins), de que somos seres racionales como ellos. ¿Cómo definiríamos nosotros a un ser racional?

—Como alguien que conoce el teorema de Pitágoras —repuso Fennet, enfurruñado.

—Leí en alguna parte —observó Hawkins—, que la historia del Hombre es la historia del animal que descubrió el fuego y el uso de herramientas...

—Hagamos fuego, entonces —sugirió el doctor—. Construyamos algunas herramientas y usémoslas.

—No diga tonterías. No disponemos de nada absolutamente. Ni siquiera de un diente postizo... Hizo una pausa. Recuerdo ahora que cuando era joven, se pusieron de moda entre los cadetes de las naves interestelares los antiguos trabajos de artesanía. Nos considerábamos descendientes en línea directa de los tripulantes de los barcos de vela y aprendíamos a empalmar cuerdas y cables, a trenzar sogas, nudos de fantasía y todas esas cosas. Entonces, uno de nosotros tuvo la idea de hacer cestas. Prestábamos servicio en una nave de turismo y acostumbábamos hacer nuestras cestas a escondidas, las adornábamos después con colores vivos y las vendíamos a los pasajeros como auténticos *souvenirs* del Planeta Perdido del Rey Arturo VI. Ya se pueden figurar lo que pasó cuando el capitán y el primer oficial lo descubrieron...

—¿Adónde quiere ir a parar? —preguntó el doctor.

—A eso precisamente. Demostraremos nuestra destreza manual, tejiendo cestas. Yo les enseñaré el procedimiento.

—Podiera dar resultado... —concedió Boyle lentamente—. Podría servir, sí... Por otra parte, no olvidemos que ciertos pájaros y animales poseen esta habilidad. En la Tierra existe el castor, que construye presas muy ingeniosas; el pájaro tejedor, que hace un nido cubierto para su compañera como parte del ritual de enamoramiento...

Los guardianes del exterior debían conocer criaturas de hábitos amorosos semejantes a los del pájaro tejedor de la Tierra. Después de tres días de febril confección de cestas, que consumió todos los helechos arborescentes, Mary Hart fue sacada de su jaula y metida en la de los tres hombres. Una vez desahogada su histórica necesidad de hablar con alguien, se mostró bastante indignada.

Era una suerte, pensó Hawkins algo amodorrado, tener de nuevo con ellos a Mary. Unos días más de confinamiento solitario y la muchacha se hubiera vuelto loca probablemente. Pero su presencia en la misma jaula creó algunos problemas. Hubo que vigilar a Fennet, incluso al viejo chivo de Boyle...

Mary chilló.

Hawkins despertó bruscamente. Vio la pálida silueta de Mary —en aquel mundo nunca había noche de perfecta oscuridad— y, al otro lado de la jaula, las sombras de Fennet y Boyle. Se puso apresuradamente en pie, y se dejó caer junto a la muchacha.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—No lo sé... Una cosa pequeña, con uñas afiladas... Me corría por encima.

—Oh —suspiró Hawkins—, sólo fue «Joe».

—¿Joe? —repitió sorprendida.

—No sabemos exactamente si es varón o hembra.

—Creo que es, decididamente, varón —intervino el doctor.

—¿Qué es «Joe»? —insistió ella de nuevo.

—Debe ser el equivalente local de un ratón —explicó el doctor—, aunque no se parezca mucho. Anda por todas partes, buscando sobras de comida. Estamos tratando de domesticarlo...

—¿Se han vuelto locos? —chilló ella—. Hagan algo con él, ¡en seguida! Tienen que envenenarle, o cogerlo. ¡Ahora!

—Mañana —dijo Hawkins.

—¡Ahora! —exigió Mary con un chillido.

—Mañana —repitió Hawkins con firmeza.

La captura de «Joe» resultó fácil. Dos cestas planas, engoznadas como las valvas de una concha, sirvieron de trampa. Escondía un cebo en el interior, un pedazo grande de hongo. Dispusieron ingeniosamente un palito vertical para que cayera al menor tirón que moviera el cebo. Hawkins, insomne en su húmedo lecho, oyó el leve

y sordo chasquido, que le avisaba del funcionamiento de la trampa. Escuchó los indignados gruñidos de «Joe» y las menudas uñitas que arañaban el robusto material de la cesta.

Mary Hart estaba dormida y Hawkins la sacudió.

—Lo hemos atrapado —dijo.

—Entonces hay que matarlo —contestó ella, soñolienta.

Pero no lo hicieron. Los tres hombres le habían tomado cariño. Al comenzar el día, le trasladaron a una jaula que Hawkins había confeccionado para él. Hasta la joven se aplacó cuando vio aquella bola inofensiva de piel multicolor, que saltaba indignada, arriba y abajo, dentro de su prisión. Mary insistió en alimentar al animalito, y gritaba con alegre vehemencia cuando los finos tentáculos se alargaban para coger de sus dedos el fragmento de hongo.

Durante tres días se entretuvieron mucho con su mascota. Al cuarto, sus guardianes entraron en la jaula con sus redes, inmovilizaron a sus ocupantes y se llevaron a «Joe» y a Hawkins.

—Me temo que no hay remedio —murmuró Boyle—. Habrá corrido la misma suerte...

—Estará disecado y expuesto en algún museo —comentó Fennet sombríamente.

—No, no es posible —sollozó la muchacha—. ¡No es posible!

—Sí lo es —dijo el doctor.

Se abrió abruptamente la compuerta de la jaula. Antes que los tres humanos pudieran buscar refugio en un rincón, se oyó una voz:

—Todo está arreglado, pueden salir.

Hawkins entró en la jaula. Estaba afeitado y su aspecto parecía saludable. Iba ataviado con unos pantalones cortos hechos de un material rojo y brillante.

—Salgamos —dijo otra vez—. Nuestros huéspedes nos han presentado sus más sinceras disculpas y han dispuesto un alojamiento más adecuado para nosotros. Tan pronto como tengan una nave disponible, iremos a recoger a los demás supervivientes.

—No tan aprisa —exigió Boyle—. Aclaremos esto. ¿Qué les hizo comprender que éramos seres racionales?

El rostro de Hawkins se oscureció.

—Únicamente los seres racionales encierran a otros seres en jaulas —dijo.

EL AMANTE ESTELAR

William W. Stuart

Star-Crossed Lover, 1962

Ayúdenme. No soy un monstruo ni un asesino, ni un ser angelical. Ni tampoco un científico loco que juega con la cabeza de Frankenstein. Mis conocimientos sobre la ciencia terminan en el suplemento que el periódico publica los sábados. Todo este alboroto acerca de los cuerpos de estas mujeres que maté y luego enterré descuidadamente junto al garaje, todo eso no es más..., bueno, no es más que una fastidiosa coincidencia.

En cambio, no es una coincidencia esa plaza que tengo reservada, para el próximo espectáculo, en la silla eléctrica, y que me concedieron tras un juicio meramente formulario.

Soy, en realidad, o lo era, un hombre corriente, un poco por encima de lo normal, pero un tipo como todos. Siempre fui amistoso, sociable, amable e indulgente con los defectos ajenos. ¿Cómo es posible que mi indulgencia y amabilidad se hayan mezclado en un suceso tan sangriento?

Simplemente porque ayudé a una viejecita a cruzar la calle. Eso es todo.

Desde luego, admito que era un poco mayorcito para hacer de *boy scout*. Pero aquella pobre anciana parecía tan confusa y desamparada allí, en la esquina de York y Grand Avenue, mirando vagamente a su alrededor...

«¡Qué diablos!», pensé. Y me dirigí hacia ella:

—¿Puedo ayudarla en algo, señora?

Como tenía que cruzar la calle de todos modos y el tráfico era muy intenso, me figuré que estaría más seguro en su compañía. Es tonto, desde luego, imaginar que, por el simple hecho de llevar a una pobre vieja del brazo, iba a detener el denso tráfico de la Grand Avenue. Pero lo hice.

El atardecer era tranquilo y demasiado agradable para trabajar. Y el director me había despedido de nuevo. Como aún no habían empezado las aglomeraciones y no tenía nada más que hacer, pensé ir a Maxim's para tomar una copa o dos. Entonces, en una esquina, vi a la vieja.

Era la anciana de aspecto más repelente que había visto en mi vida. Parecía, hablando con delicadeza, un cadáver de tres días que hubiera recorrido un largo camino tras un siglo de depauperación. Al principio pensé en darle un empujón y echarla debajo de un autobús. Hubiera sido lo más misericordioso.

Le hablé para tantear el terreno. Dio media vuelta y desde su encogida figura de bruja me miró. En la arrugada ruina de su rostro, de curvada nariz, los ojos resplandecían grandes y luminosos, con un brillo verde. Eran extraños, y en su fondo lucía una expresión de desamparo y de súplica.

—Yo..., ejem... ¿quiere que la ayude a cruzar, señora?

Se agarró a mi brazo. Hubo un claro momentáneo en el tráfico. Musité una plegaria y bajamos del bordillo. La vieja resultó sorprendentemente ágil y parecía que íbamos a conseguirlo. Llevábamos recorridas tres cuartas partes del trayecto cuando

resbalé sobre una mancha de aceite, justo en el preciso momento que un aullante camión se me echaba encima como una avalancha. Di un empujón inocente a la vieja bruja, cerré los ojos para no ver la sangre y los intestinos —los míos—, esparcidos por el suelo.

Y entonces, en vez de estrellarme contra el pavimento, cuya probabilidad era de diez a uno, me sentí elevado por los aires. Unos brazos fuertes como cables de acero me llevaron en volandas todo el trecho restante, esquivando el peligro.

Nos encontramos a salvo en la otra acera. El tráfico continuaba rugiendo frente al lugar donde la frágil y temblorosa viejecita me había depositado. No es que fuera un hombre de gran talla, pese a mi afición a la cerveza y a los ricos postres. Pesaba unos ochenta y cuatro kilos y medía alrededor de un metro ochenta. Aun así, me consideré un poco grande para semejante transporte.

Aquella viejecita me había sorprendido.

La contemplé fijamente. Su porte era tan tranquilo que apenas si podía decirse que respirase.

—Señora —exclamé—, mis más sinceras gracias y mi admiración. Si las conveniencias o la hora no se lo impiden, ¿querría venir conmigo a cualquier parte y charlar un rato?

No podía precisar el motivo, pero allí había una buena historia. Y si encontraba algo aprovechable para la edición del domingo podría recuperar mi empleo.

La vieja bruja me miró con aquellos extraños e implorantes ojos.

—¿Me escuchará? ¿Querrá ayudarme?

—Señora, usted no necesita ayuda. Pero sí atención. Y esta es mi especialidad. Me sentiré encantado de oírla.

Imaginé que un rincón y un par de bebidas en Maxim's serían lo más indicado. Pero se opuso con una extraña y temblorosa voz de vieja:

—Lo que tengo que contarle, joven, le resultaría probablemente difícil de creer. Quizá sea necesario mostrarle algunas cosas.

—¡Oh! —exclamé.

No era precisamente mi tipo para celebrar una velada social en casa, pero hubiera parecido descortés ignorar la súplica de sus ojos.

—Está bien —acepté.

Nos dirigimos hasta donde estaba aparcado mi coche y la conduje a la cómoda casa de Oakdale que tío John y tía Belle me prestaron antes de iniciar su vuelta al mundo, haría un año y medio.

Me figuro que tía Belle me dejó su casa con la problemática ilusión de que facilitaría mi encuentro con alguna chica agradable, que se casara conmigo y me hiciera sentar cabeza. Pero bastó con que me imaginase a mi tío John, de pie junto a la fregadera y vestido con un delantal, para conjurar el peligro.

El viejo murciélago que me acompañaba no cerró el pico en todo el camino. Charlamos sin interrupción, ella preguntando y yo respondiendo. Explicó que acababa de llegar a la ciudad y quería saber las cosas más absurdas.

Aparqué en el garaje y entramos en casa. La instalé en el sofá, fui al bar (modesta aportación mía al mobiliario de la casa), con el propósito de prepararme algo de beber. Busqué algo de té para ella, pero lo pensé mejor y preparé dos vasos. Volví a su lado.

—Y ahora —propuse—, cuéntemelo todo.

—Bien —anunció aquel arruinado despojo—. Sucede que yo soy de otro mundo.

—¡Diablos! —exclamé—. ¿Y cómo ha llegado, en platillo volante o en escoba?

Fui poco oportuno. Y nada amable. Lo admito, pero aun así, el efecto que produjo en ella fue completamente exagerado. Sus facciones se descompusieron de repente y cayó de costado en el sofá, con sus grandes ojos verdes abiertos, mirando fijamente al vacío. No había necesidad de tomarle el pulso o auscultarla. Estaba completa e irrevocablemente muerta.

Dejé caer al suelo uno de los vasos, cosa bastante apropiada dadas las circunstancias.

—No se alarme —dijo una voz—. Estoy perfectamente. Lo único que he hecho es abandonar el pobre vehículo que estaba empleando. Me imaginé, aunque tal vez me equivocase, que la comunicación con sus potentes formas de vida química sería más fácil si adoptaba también una estructura parecida.

La voz, o mejor dicho, su impresión, sonaba sobre el cuerpo del sofá. Parecía implicar un cúmulo de significados, muy elevados, casi sobrenaturales.

Busqué su origen. Era algo fuera del alcance de la mano, un puntito de intensa luz verde dorada, tan intensa que tuve que apartar los ojos. Empezó a dolerme la cabeza. Intuí con toda seguridad que aquella debía ser hembra. Por el momento, se mostraba dominante en grado sumo. Se expresaba con efectividad y justeza, pero más allá de mi comprensión. Un alud de conceptos, divagaciones e ideas inundaba mi mente, como si una muchedumbre de mujeres venidas de todo el mundo estuvieran hablando a la vez. Jadeé y me apoyé tembloroso contra el bar.

—Está bien —gemí—. Está bien. Le creo. Ha venido de otro mundo, es una muchacha encantadora y me siento orgulloso de tenerla conmigo. Pero, por favor, vuelva a ser una viejecita o algo tangible.

La mirada despierta de la vieja bruja volvió a lucir. Empezó a parpadear y se sentó.

—Por favor —suplicó con afectación—. No grite así. Le oigo perfectamente.

—¡Uf! Esto es mejor. Pero, ¿quién... qué... dónde?

—Le ruego que calle y reflexione un minuto —me aconsejó la vieja—.

Simplemente con que use sus facultades mentales electroquímicas se dará cuenta de que he respondido a todas estas preguntas.

—Tonterías.

Entonces comprendí a lo que se refería. Con la impresión no había tenido tiempo de reflexionar.

Intenté poner en orden sus revelaciones. Muchas aparecían confusas, tal vez por hallarse tan lejos del campo de mis conocimientos. Por lo visto, se trataba de una forma de vida basada en algo aproximado a la energía atómica. Procedía, creo, de una estrella enana, más allá de Orión. Su estructura me era completamente desconocida y, sin embargo, tenía una infinidad de detalles que me resultaban extrañamente familiares. Aquella forma de vida era totalmente diferente a la nuestra en concepto y desarrollo, pero sus sistemas de pensamiento, las afinidades de su mundo, y su organización social, estaban fantásticamente cerca de mí. Conocían el trabajo, el descanso, y la distribución de clases. Se reproducían de una peculiar forma especial polarizada que no comprendí ni comprendo ahora, pero requería un acoplamiento, y lo que parecía una leve insinuación de sexo.

Sus artes se basaban en formas y figuras según el modelo de la energía, pero no los asimilé. Se refirió a nuestra literatura, música y pintura, comparándolas con sus formas de arte, pero añadió un leve toque de tristeza en la voz:

—En la era presente se hallan en un momento de decadencia terrible, lamentable.

Ahí radicaba su problema. Sus estructuras sociales e individuales parecían, por lo visto, haber perdido toda su vitalidad. El índice de nacimientos decrecía y la cultura declinaba. Habían descubierto recientemente, gracias a sus especialistas, la manera de salir de su sol y atravesar el espacio. Pero aunque habían descubierto varios planetas con formas de vida químicas semejantes a las nuestras, no encontraron ninguna similar a la suya. Decidieron, pues, revitalizar su vida a través de contactos exteriores. Pero donde hay vida, hay política. Entre ellos existían profundas y amargas diferencias de opinión concernientes a la posibilidad de comunicarse con otras formas de vida química. Un partido apoyaba la moción, otro la rechazaba, y los restantes mudaban de actitud, según las circunstancias. Nada constructivo se había logrado. Ésta era la razón de la presencia de mi vieja visitante.

El partido de la «comunicación» decidió actuar pese a la carencia de un permiso oficial. Actuaron con cautela y en secreto. Se eligieron representantes, especialmente seleccionados, atendiendo a ciertos grados excepcionales de sensibilidad. La energía necesaria para tan largo viaje se obtuvo a escondidas, y se cuidaron todos los detalles hasta anular casi por completo cualquier contingencia contraria. Y allí estaba la horrible vieja sentada en mi sofá, mirándome esperanzada con sus grandes y juveniles ojos verdes.

Estas fueron mis conclusiones, aunque se me hacía difícil de creer.

—¿Quiere que salga y se lo muestre de nuevo?

—¡No! —respondí al punto—. No, por favor. Ya estoy convencido.

—O lo estará —opinó enigmática—. Esto prueba que entre nosotros es posible un cierto nivel de comunicación. Es un comienzo prometedor y abre la posibilidad de una relación que puede ser beneficiosa para nuestras dos formas de vida.

«Algo es algo», pensé. No tenía más remedio que admitirlo.

—Hablando de formas —dije en voz alta—, la que ha elegido es francamente desagradable. ¿Por qué?

—Oh, apenas estoy empezando a comprender sus criterios de belleza. Asumí esta forma —explicó, señalando su cuerpo con una mano nudosa y retorcida—, porque con la mía propia nadie hubiera aceptado mi existencia. Lógicamente, me hubieran considerado como una especie de bomba A, un corto circuito, un relámpago o pretendido que no me veían en absoluto. Entonces tomé este cuerpo con unas simples adaptaciones y mejoras internas. Pero hasta que usted apareció, nadie había querido escucharme.

—¿Y dónde lo encontró?

—En uno de esos lugares donde mueren ustedes. En lo que llaman el depósito del hospital del condado. Admito que provoqué cierta confusión...

Esto lo comprendí perfectamente.

—Sus costumbres y procesos mentales no presentan tantas diferencias con los nuestros como pensé en un principio. Pero sus módulos de vida son tan extravagantes que me apasionan. Venga y siéntese a mi lado.

Me hizo con recato un gesto de invitación, mientras me guiñaba uno de sus ojos llenos de brillo y juventud. En aquel rostro arruinado, su gesto resultó horripilante. No me moví de donde estaba.

—¡Oh! —exclamó con tono dolido—. ¿No le gusto? ¡Tan amable y dispuesto a atenderme como parecía antes! ¿Cómo podré comunicarme por completo con usted, si se mantiene tan lejos?

Calló y pareció concentrarse un momento. De repente sentí como si algo removiera bruscamente mis pensamientos, del mismo modo que un *barman* agita un cóctel.

—¡Maldición! —exclamé—. ¡Estése quieta! ¿Me oye? Deje ya de fisgar en mi mente. Esto es una invasión ultrajante...

—Está bien, está bien —se disculpó—. Le prometo que no lo haré más. Por lo menos..., no a propósito.

Una promesa típicamente femenina.

—Veo que lo que le ofende es simplemente mi cuerpo —añadió—. En otro caso, estaría dispuesto a amarme.

Debo admitir que tal observación resultaba un poco fuerte, aunque la proposición fuera interesante.

—Es extraño que concedan tanta importancia a la forma. Una simple característica de la vida química. Observo que su propia estructura tiene sus... No hay razón para que esto cree un problema entre nosotros. Cambiaré de forma.

Hablaba con la misma tranquilidad como si se tratara de cambiar de vestido. Pero no era tan fácil.

—Quiero que me explique claramente qué clase de cuerpo prefiere. Ya comprendo..., alto, con muchas curvas, pelo rojo. Sí, me lo imagino... y vestido ligeramente. Muy bien. Obtendré ese cuerpo para usted.

Ya estaba leyendo de nuevo en mi cerebro. En el escondido rincón donde conservaba el brillante recuerdo de la Venus de Lite, una danzarina exótica y sensual del Roma, un local de los barrios bajos.

—Pero —le advertí, no sin desilusión—, se trata de un cuerpo vivo. Y usted no puede vivir en ellos. ¡Y deje ya de leer mis pensamientos!

—Lo siento, no lo haré —prometió de nuevo, pero sin dejar de hacerlo—. No tomaré el original, me basta con copiarlo.

—¿Cómo lo conseguirá?

—No es difícil. Los elementos de la estructura son aquí bastante comunes, de formas apenas modificadas. La organización del cuerpo es compleja y en muchos aspectos no muy eficiente, pero sus líneas se pueden reproducir rápidamente. Es suficiente una aplicación de energía a la materia química. Ahora, debe permitirme observar este cuerpo que tiene tanta atracción para usted.

Ésta fue la principal dificultad. Hice cuanto pude con un viejo vestido que encontré en un baúl de tía Belle y unos cosméticos. El resultado fue desastroso. En vez de parecer una vieja bruja corriente, presentaba un aspecto escandalosamente bebedor y depravado. Desde los lejanos tiempos de la prohibición, el Roma había visto cosas de todas las clases y colores, pero es probable que nunca conociera unos clientes tan condenadamente raros como nosotros.

—Ejem..., es mi abuela —aclaré, ante las innobles sonrisas de los pocos conocidos que no pude evitar—. Acaba de llegar de Lower Dogpatch para hacerme una corta visita. ¿Quieres excusarnos? Abuela necesita un doble con toda urgencia.

Tomamos asiento en una mesa no lejos de las basculantes puertas de la cocina, y nos dispusimos a contemplar el espectáculo. Cuando Venus acabó su número con el frenesí habitual, entre la luz azul de las candilejas, mi bruja exclamó:

—Ya tengo el modelo. Existen ciertas diferencias con relación a su imagen. La edad, los agentes químicos...

Venus desapareció en medio de un estruendoso aplauso. Estuve pensando en que

la mujer que yo imaginaba sería más atractiva, porque tenía la ventaja de la ilusión.

—Donde encuentre diferencias, déjese guiar por mi imaginación, ¿de acuerdo? —recomendé.

Me dio un golpecito en la mano, mientras me favorecía con lo que consideré como el guiño más provocativo de la historia. De las mesas vecinas nos miraron con desdén.

—¿Empezamos? —propuso ella—. Quizá lo mejor sería que cerrase los ojos y...

—¡No! ¡Aquí no! —grité, asiéndola por un brazo y poniéndola de pie.

Nuestros vecinos nos observaron con descarada atención y los murmullos reprobadores se hicieron más fuertes.

—¡Por lo que más quiera, vámonos a casa!

Estaba convencido de que lograría transformarse, pero un club nocturno atestado de gente no era el lugar más apropiado.

—¡Violador de sepulturas!

El indigno epíteto llegó a mis oídos cuando ya estaba haciendo salir a la vieja. Ella soltó una risita. El sentido del humor de las especies inmateriales abarcaba sin término medio desde la ingenuidad de Blancanieves hasta el retorcimiento del marqués de Sade...

Permaneció silenciosa y pensativa mientras volvíamos a casa. Durante el trayecto pensé hasta dónde habría bajado la reputación de mi salud mental en toda la ciudad.

Una vez en casa, se mostró muy atareada e hizo que la ayudara a apilar sobre la mesa de la cocina las conservas y todo el contenido de la nevera.

—Para su conveniencia —observó con instinto doméstico— hubiera sido mejor que efectuase mi transmutación en otro lugar. Le hubiera ahorrado combustible y electricidad, ya que me veo obligada a usar los de esta casa. Comprenderá que debo administrar el mío propio.

—De acuerdo. Esta es su casa.

Aquello parecía un sueño. ¿Han soñado ustedes alguna vez? Nos damos cuenta que todo lo que nos rodea es fantástico, y que, con un esfuerzo de voluntad, podemos despertarnos y ponerle fin. Pero, sin embargo, continuamos para ver cómo acabará. Esto es exactamente lo que me sucedía a mí.

—Un detalle más —precisó mi bruja—. ¿Y los ojos? No descubrí su color en su imagen mental de aquella lagartona cursi que bailaba en aquel cabaret barato.

Ya no sólo hablaba como una mujer, pensaba también como tal. Escudriñé en mi representación mental de Venus y advertí que había omitido su rostro.

—¿Por qué no conserva los mismos que tiene ahora? —sugerí.

—Está bien —aceptó ella—. Son a gusto mío. Ahora cierre los ojos; podría deslumbrarse.

Los cerré. Durante unos instantes no sucedió nada, pero, de repente, un intenso resplandor atravesó mis párpados. Luego reinó la oscuridad.

—Ya está —dijo una voz cálida y dulce con una risita medio ahogada—. Ya puede mirar.

Alcé la vista.

Consternado, no vi nada. No había luz. Todo lo que se podía ver, a la tenue luz de la luna que entraba por la ventana, era una silueta oscura, de pie junto a la mesa.

Más tarde averigüé que un chispazo en la conducción principal había estropeado un transformador y que todo el barrio se había quedado a oscuras.

Agarré mi linterna y la enfoqué hacia ella. Allí estaba Venus. Mostraba una expresión de semitimidez y vestía la misma inexistente indumentaria que en su último número del Roma, luciendo sus ideales proporciones.

—Estoy lista —dijo con otra risita—. Tal como me quería. Ahora vamos a...

Debo admitir que no soy un individuo exageradamente impetuoso, pero la situación no era para menos. Solté la linterna y la atraje hacia mí.

—Ahora podemos empezar a comunicarnos plenamente —le recordé con voz acariciante.

Puedo asegurar, sin lugar a dudas, que lo hizo con mucha eficiencia. No pertenecía a nuestro mundo, pero era una chica, la chica de mis sueños. O mejor, las chicas. ¿Qué hombre provisto de alguna imaginación es monógamo en sus sueños? Con todo, ella era innegablemente encantadora, amorosa, dócil y dulce. Es cierto que cuando su insondable mente tomaba una determinación, ni todos los demonios del infierno hubieran logrado disuadirla, pero era mujer y, probablemente, no mucho peor que varios millones de chicas terrestres. Mi chiquilla atómica espacial, poseía, en cambio, otros muchos factores estructurales que significaban una gran compensación.

Así es cómo ocurrió. Naturalmente, aquella noche la dedicamos por completo a la más devota comunicación y, al estar despedido, no tuve que preocuparme de levantarme para ir el día siguiente al trabajo.

Alrededor de las once de la mañana, mi bruja saltó de la cama, hermosa y vivaracha. Fui a la cocina tras ella, curioso por ver si era capaz de preparar el desayuno con los restos del contenido de la nevera, que no consideró necesarios para su nueva encarnación. Junto a la mesa de la cocina tropecé con el cuerpo de aspecto más miserable y difunto que había visto en mi vida, el de la pobre bruja, que yacía donde cayó la noche anterior.

—Oye, cariño, ¿qué hacemos con esto?

Se encogió de hombros de forma adorable, a pesar de las gigantescas dimensiones del camión de tía Belle.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué no lo usaste en vez de las conservas?

Hizo un nuevo mohín.

—Necesitaba algo fresco.

No encontré una respuesta. Es decir, nunca podía hacerlo cuando me miraba con sus grandes ojos verdes, magnetizantes.

—Sí, claro —corroboré—. Pero no vamos a dejar eso ahí.

—¿Qué hacéis con los cadáveres?

—La mayoría son enterrados.

—De acuerdo, entonces.

Una observación de intachable lógica femenina.

Aquella noche, bajo la pálida luz de la luna, cogí la pala y el pico de tío John y enterré el cuerpo de la vieja junto al garaje, bajo los rosales de tía Belle, mientras mi flamante novia espacial recorría el lugar.

El cuerpo sin vida significó un último toque de pesadilla en aquella situación irreal. Pero empezaba ya a preguntarme ciertas cosas, entre otras, nuestros proyectos para el futuro más inmediato.

—Muñequita estelar —hay veces en que un hombre necesita recurrir a expresiones como esa para comunicarse con una mujer—, supongo que no vas a desmayarte de repente y abandonarme, ¿eh? —sentí como si una losa me oprimiera—. ¿Cuáles son tus planes?

—Ya he asimilado por completo vuestras costumbres. Por de pronto, vamos a casarnos. Luego ya veremos, no hay prisa. Según vuestras convenciones, me queda mucho tiempo. Quiero comprenderte a ti y a tu fascinante manera de vivir. Como ya te dije, tu especie y la mía obtendrán muchos beneficios de este intercambio.

Sus palabras sonaron a gloria en mis oídos. Era la mejor propuesta que me hicieron en muchos años, y hubiera sido muy poco hospitalario rehusar tal cosa a una muchacha sola y a varios años-luz de su casa.

—Ha sido todo tan repentino... —opiné—. ¡Uf! Esta fosa me parece ya bastante grande para un cuerpo tan pequeño... Sí, querida. Nos casaremos. La vida es nuestra...

Salí del hoyo y la besé. Luego enterramos a la vieja.

Al día siguiente obtuvimos la licencia y, tres días más tarde, nos casamos. Que yo sepa, fue el primer matrimonio interestelar. No hubo dificultades de trabajo ni de dinero. Ella resolvió este problema de forma directa y femenina. Simplemente, cuando necesitábamos dinero lo fabricaba con periódicos viejos, del mismo modo que había hecho su cuerpo. Intentó enseñarme.

—Me parece lo más fácil —le advertí—. Pero me temo que el Gobierno sentirá celos de tu habilidad en fabricar moneda. No admitirá que otra persona pueda hacerlo

con tanta facilidad.

Tuve miedo que este punto causara fricciones entre nosotros, pero me equivoqué. Los mandatos gubernativos, la burocracia y los formalismos oficiales eran completamente inteligibles para ella.

—Sucede lo mismo en mi planeta con la distribución de fuerza y energía —observó—. No tienes idea de las dificultades que hubo a fin de proveer energía necesaria para mi viaje. Creo que tendremos que buscar otro medio. ¿Lo gastaste ya todo? ¿Y no podrías pedir algo prestado?

Sólo quedaban 37'62 dólares en mi cuenta corriente, pero la casa estaba a mi nombre y pude obtener cinco de los grandes. Los invertí. Probablemente fui el financiero más afortunado desde que el rey Midas convirtiese en oro todo lo que tocaba. Si compraba terrenos, surgía petróleo al cabo de una semana y se agotaba de forma inexplicable a la siguiente, cuando ya los había vendido. Disfrutamos toda clase de comodidades, y el dinero corría en nuestras manos. Pagábamos nuestros impuestos, pero ella tenía una manera especial de dar excusas a los recaudadores, que sufrían crisis nerviosas.

Viajamos, pero permanecemos fieles a la vieja casa por razones sentimentales. Fuimos a bibliotecas y museos, a espectáculos y conciertos. No faltamos a ningún acontecimiento de actualidad. Mi mujer sentía un interés contagioso, que yo no siempre compartía. Algunas de las óperas y sinfonías a las que tuve que asistir —hay que hablar francamente—, me dieron ganas de echar a correr. Sin embargo, tenía mis compensaciones, y en número no precisamente desdeñable.

Un ejemplo. Durante una vuelta por Europa, fui siempre un esposo devoto y atento, completamente leal. Una vez me sentí atraído por una muchachita, una sonriente flor de pelo negro, que cantaba canciones españolas en inglés con acento italiano, en un pequeño club de la Riviera. No di el menor paso, ni siquiera hablé con ella, pero debo admitir que en momentos en que daba rienda suelta a mi fantasía, pensé en ella en un par de ocasiones.

—¡Vaya! —exclamó una noche mi pelirroja, estatuaria y flamante esposa; estábamos escuchando música de alta fidelidad o, como ella la llamaba, «el segundo invento más fascinante de nuestra raza».

Yo me hallaba sentado enfrente de ella, quizá un poco soñoliento.

—¡Muy bonito! ¡Te sientas ahí y me sonríes, mientras estás pensando en esa hembra cursi, cantante de toreros! ¡Me has engañado dos veces mentalmente! —continuó, presa de descomunal indignación.

Remedó incluso el acento de la muchacha.

—¡Escúchame! —protesté—. Prometiste que no volverías a espiar en mi mente. Un hombre tiene derecho a un poco de independencia.

—¿Cómo puedes pensar en otra mujer? —sollozó—. ¡Ya no me quieres!

¡Mujeres! Esto es lo que se consigue intentando razonar con ellas. Hay que mantenerse siempre a la defensiva.

—¡Pero mi dulce estrellita! —la arrullé—. Fue sólo un pensamiento pasajero. Únicamente...

—¡Sé muy bien qué clase de pensamiento era! —afirmó—. Se puso en pie y se dirigió majestuosamente hacia la cocina.

No pude comprender lo que estaba haciendo, ni siquiera cuando la oí revolver cosas furiosamente.

Surgió de repente un violento resplandor y las luces se apagaron. Fue entonces cuando me sobresalté. ¿Se habría ido? ¿Me habría abandonado? Entré como una exhalación en la cocina. Al cruzar la puerta giratoria, lo primero con que tropecé fue un cuerpo caído debajo de la mesa. ¿Habría...? Pero oí una encantadora y leve risita.

No busqué la linterna. La estreché entre mis brazos y la besé.

—Mi deliciosa muñeca..., te amo. No me importa quién seas. ¡Te amo!

Mis palabras eran sinceras. Existía una comprensión entre nosotros fuera del alcance de cualquier mujer terrena.

Tuve que cavar una nueva tumba junto al garaje. Más grande esta vez a la medida de un hermoso cuerpo de largas piernas y pelo rojo. Pero, cosa curiosa, esto no pareció afectar a los rosales de tía Belle, que continuaban tan anémicos como de costumbre. Seis meses más tarde le tocó el turno a una pequeña morena, luego a otra pelirroja. Cuando dije que mi esposa era todas las mujeres para mí, me ceñí a la verdad.

La última encarnación era de mediana estatura, con el cabello oscuro a lo Ticiano, no muy espectacular, pero linda, buena compañera, amante y hermosamente formada. Mi esposa tenía talento para las formas y moldeaba admirables figuras para mí.

Una noche, tres semanas después de nuestro matrimonio, me sentí pesado, con dolor de cabeza y sin apetito.

No se trataba de nada grave, el típico ataque de gripe que acostumbraba a sufrir cada invierno. Me hice una tisana caliente y expliqué el procedimiento a mi alta y pelirroja esposa.

—Sí, sí —me respondió—. Ya veo.

Me pareció que volvía a introducirse en mi cerebro, pero me sentía demasiado mal para quejarme.

—Me voy a la cama —le dije.

Y subí.

Cosa extraña, en vez de pasar una noche agitada, dormí como un tronco. Cuando me desperté a la mañana siguiente, estaba completamente bien. Canté un solo impresionante de *Body and Soul* en la ducha y decidí que nunca me había sentido tan

bien. Me miré al espejo para afeitarme, me pareció que no tuve mejor aspecto en toda mi vida.

Aquel mismo día, un poco después, subí a la azotea para instalar la antena del televisor. Nunca lo había hecho, pero mi mujer deseaba ver la televisión y quise complacerla. Pero con tan mala suerte que me caí sobre el brazo y el hombro izquierdos desde una altura de cuatro metros. Al levantarme, sacudiéndome el polvo, observé con sorpresa que no me había hecho ningún daño. Estaba perfectamente.

—Torpe —me apostrofó mi mujer desde el porche.

—¡Maldita sea! Había una teja suelta allá arriba, resbalé y... De todos modos, podrías ser un poco más amable. Me pregunto cómo no me he roto un brazo. Realmente, no lo comprendo.

—No te rompiste nada porque introduje en ti algunas mejoras la pasada noche.

—¿Qué?

—Querido —me explicó—. No he hecho más que mejorarte un poco. Desde luego, eras muy atractivo, encantador. Pero, realmente, tu estructuración resultaba un tanto imperfecta. Como ahora conozco a fondo los cuerpos que usáis... El caso es... que te he reconstruido.

—¿Oh? ¡Oh! ¿Pero quién demonios te dijo que lo hicieras?

Me pareció una intromisión intolerable. Aunque he de confesar que llevó a cabo el trabajo bastante bien. Una fuerte y ligera aleación metálica parece producir mejores huesos que los hechos de calcio. Poseía ahora una envidiable inmunidad a las enfermedades, no puedo negarlo, y mi sistema nervioso y mi reformada estructura muscular funcionaban mejor que antes. Era un hombre distinto.

Cada mujer, por supuesto, aspira siempre a convertir en un fino ejemplar a la calamidad con la que se casa. Pero sólo yo había tenido la suerte de poseer la más dotada para ello, capaz de hacerlo desde el interior y de una forma definitiva.

Nuestro matrimonio era casi perfecto. No tengo ninguna queja, ni la tuve entonces. Me había facilitado un organismo apto para funcionar un par de siglos, y estaba dispuesto y deseoso de seguir a su lado todo ese tiempo.

Pero las cosas nunca salen como está previsto. ¿No es cierto?

Sucedió algo que suele ocurrir. Al tercer año de nuestro matrimonio, mi mujer quedó encinta. Un hecho normal en una mujer, de acuerdo, y nada sorprendente. Pero es que ella no era una mujer normal.

Nos hallábamos en la cama una noche (sería la última), cuando me abrazó.

—Querido —me dijo, besándome—. Tengo algo que decirte.

—¿Qué? —pregunté medio dormido.

—He estado esperando y esperando que llegara, pero temí no conseguirlo.

—¿Cómo, cómo?

—Querido, nosotros... vamos a ser padres.

—¿Qué? —me despabilé de inmediato—. ¿Vamos a tener un hijo? ¡Esto es formidable! ¡Maravilloso! ¿Crees que se parecerá a mí?

Súbitamente me hice cargo del problema. ¿Qué heredaría? ¿Cómo sería?

—No te preocupes, querido —me tranquilizó con cierta tristeza—. Tengo que reflexionar. Ese es trabajo para una mujer. Déjame los detalles a mí.

La besé. Después de acariciarnos tiernamente, me dormí. Toda la noche estuve soñando en dos gemelos siameses que luchaban fraticidamente sobre el cuerpo de mi esposa.

Me desperté al rayar el día con una sensación de frío, soledad y desamparo, como si algo dentro de mí hubiera muerto. Alargué la mano para asegurarme y no pude contener un grito.

El cuerpo cálido y curvilíneo que reposaba en la cama vecina a la mía, parecía helado y muerto.

—¡Por favor, no te asustes! No ha pasado nada. De veras.

Era la voz que oí la noche de nuestro primer encuentro. Me sonaba familiarmente y nueva a la vez. ¡Algo había pasado! Levanté la vista sobre la cama. Allí estaban, no uno sino dos puntitos brillantes de luz.

—¿Qué? ¿Quién...?

—Papá —dijeron al unísono—. Somos tus hijos.

Debo confesar que no eran como los esperaba.

—¡No! ¡Oh, no! Estrellita, ¿dónde estás?

—Aquí. Nosotros somos ella. Se ha dividido y ahora somos dos, los hijos de ella y de ti.

—¡Qué tontería! ¡Dejad de hablar a coro y venid aquí!

Al recobrar me de la impresión, intenté argumentar con ellos, pero no conseguí nada. Con su madre ya no lo logré nunca... Aunque no quisiera admitirlo, debía inclinarme ante verdad tan simple como brutal. Aquel era su sistema de reproducción. Mi extraterrestre esposa se había dividido para crear dos descendientes semiextraterrestres.

Me sentía muy desamparado. No quería por hijos a dos puntos brillantes de luz. Quería a mi esposa.

—Pero no podría uno de vosotros...

—¡Padre! —exclamaron con horror—. ¡Sería un incesto! Ahora debemos irnos. Ya hemos cumplido la misión para la que fue enviada nuestra madre: revitalizar y renovar a nuestro pueblo por la mezcla de una nueva corriente de vida.

—¿De veras? —me sentía orgulloso porque mi sangre revigorizase nuevamente a toda la población de un planeta, pero esto no mitigaría mi soledad—. ¿Vais a abandonarme?

—Sí, padre. Hemos de partir inmediatamente.

—¡Esperad un momento! Ya que soy vuestro padre, os prohíbo...

—Padre, por favor... —rogaron pacientemente.

—Pero... ¿no volveréis nunca?

—Desde luego. Gracias al éxito de la misión, esperamos que las facciones divididas de nuestro pueblo se unirán en una política de intercambio. Esperamos volver pronto con otros miembros de nuestra familia. Incluso es posible que encontremos el medio de convertirte a nuestra propia forma y puedas venir con nosotros.

—Pero mirad...

Mas esto era todo.

—Adiós, padre —dijeron con un tono cortés de ligera pesadumbre. Aun así su impaciencia por partir era ostensible—. Adiós, cuídate mucho.

Se habían ido. Me quedé solo. Y sin ninguna esposa alta, morena, rubia ni pelirroja. Ninguna en absoluto.

Nunca me había sentido tan solo. Sólo conmigo mismo. ¿Qué haría ahora?

Decidí que no me quedaba otro remedio que beber. Y lo hice a conciencia. En algún momento de la noche siguiente enterré el último cuerpo de mi mujer. Reconozco que la cosa no tenía sentido, y que bien pude llamar a un médico que certificase la defunción. Pero estaba muy borracho. Además, me había acostumbrado ya a hacer las cosas a mi manera.

Un día después, hacia las 2'30 de la tarde, sonó la campanilla de la puerta. Muy abatido, intentaba consolarme con algo de cerveza fría y un poco de la música de alta fidelidad que agradaba a mi mujer.

La campanilla insistió. Luego dejé que aporrearan la puerta un rato, pero mi dolor de cabeza era considerable y fui a abrir.

Era la señora Schmerler, la vecina que a veces ayudaba a tía Belle en las faenas caseras. La escoltaban dos policías de dura mirada. Sin explicaciones se me metieron todos en casa.

—¿Celebrando algo, Mac? —preguntó el primer policía, mientras el otro y la señora Schmerler miraban en torno con sospecha.

—No —respondí. Me sentía excesivamente desgraciado para pensar—. No es una celebración, sino un funeral. Acabo de perder a mi esposa y también a mis hijos.

—¡Nunca tuvo niños! —proclamó la señora Schmerler—. Sólo mujeres. Una gran cantidad de mujercuelas baratas. ¿Qué diría la pobre Belle, una santa...! ¿Por qué no le pregunta qué enterraba en el jardín la noche pasada, cantando *Polvo de estrellas*?

La evidencia repentina de lo que encontrarían junto al garaje, de lo que eso parecería a los fríos e incrédulos ojos de la Ley, me sacudió profundamente. Abrí y

cerré la boca tres o cuatro veces como una carpa enferma, sin lograr emitir más que vapores de alcohol. La señora Schmerler me contempló con asombrado deleite, indignación y horror. Era el gran momento de su vida.

Los policías se adelantaron y me cogieron por el brazo de forma más fraternal que agresiva.

No es necesario detenerse en detalles. Llamaron a una brigada y me trasladaron. Seguía sin poder hablar. Me encerraron. En mi bloque de celdas las apuestas eran de 50 a 1 de que me enviarían al «pabellón de la muerte». Pero todo me era ya indiferente. Mientras tanto, los diarios, faltos de temas desde las elecciones, se volcaron sobre mí. Todos mis antiguos compañeros de la Prensa se referían a mí diciendo: «Incluso entonces había algo en él atterradoramente diferente» y cosas por el estilo.

Un día más tarde mi aturdimiento cedió y logré reflexionar. Mi modo de ver la situación cambió y comprendí que no debía entregarme al desánimo. Tenía que buscar un abogado.

Fui a la puerta de la celda y llamé.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Aquí, guardia!

Se acercó.

—¡Vaya! ¿Es que nuestro Barba Azul se ablanda? ¿Quieres hacer una declaración?

—Oh..., no. Sólo quiero preguntar una cosa. ¿Han practicado la autopsia a los cuerpos?

—Aun no. Hoy.

—Bien. Mire...

Tuve algunas dificultades para convencerle. Al fin pude hacerlo una vez recordé todos los datos, empezando por el primero. La vieja bruja. Sus informes estarían archivados en el hospital del condado. Acusarme del robo del cuerpo sería lo único que podrían hacer en mi contra.

¿Y los demás? Me reí entre dientes, imaginando las caras de los médicos al encontrar los immaculados huesos de acero, el sistema circulatorio de plástico, los alambres y otras pequeñas innovaciones que mi esposa —mi *última* esposa— introdujo en su propio cuerpo. Les daría mucho que pensar.

Bien, ésta es mi historia hasta el momento. Todavía sigo en mi celda pequeña y fría y me encuentro terriblemente solo. Pero no estoy asustado. Creo que tengo cuatro clases diferentes de seguridad.

En primer lugar, mi actual constitución, con todas las mejoras de estructura y permanencia que ella me proporcionó. Dudo que logran electrocutarme. Probablemente se fundiría la instalación. Me convertiría entonces en una curiosidad científica, pero no en un muerto.

Segundo, mis inversiones y mi dinero acumulado. Todo el mundo sabe perfectamente que nunca enviarán un millón de dólares a la silla eléctrica.

Tercero, si me hacen convicto de algo, me temo que no será de asesinato. Es presumible que me envíen a un manicomio, pero no me preocupa. Por el momento, no puedo hacer más que esperar.

En cuarto y último lugar, y mi mayor esperanza, están mis hijos, los de ella y míos. Confío en que volverán pronto, con compañía. «Decidles que vuelvan» fue lo último que les recomendé antes de añadir: «Quiero una chica, igual a la que se casó con vuestro querido papaíto».

Admito que dice muy poco en favor de un hombre el enviar a sus propios hijos para que le busquen una novia, pero se da el caso que los míos son excepcionales. Mucho mejor informados que la mayoría, además. Me traerán una nueva esposa. Estoy convencido.

De todos modos, creo que una rubia, alta, cimbreante y de tipo estatuario, ahora resultaría adecuada. No lo sé, tendré que pensarlo. La espera será lo más duro.

Actualmente, los chicos no son indignos de confianza, ¿verdad?

INMORTALIDAD LIMITADA

J. T. McIntosh

Immortality... For Some, 1960

De nuevo era un fugitivo. Y esta vez no sentía la menor alegría, únicamente una triste ansiedad de derrota. Es imposible ocultarse indefinidamente de la sociedad en el seno de ella misma.

Su mayor ventaja radicó siempre en el hecho de que la policía, presuntuosamente segura de que no debía existir ningún crimen inédito o no resuelto en sus archivos, tardaba mucho en investigar los aspectos considerados como poco interesantes.

Otro punto a su favor era que siempre estuvo solo. Pero esta vez no era así. Sentado en la playa bajo el resplandeciente sol de Florida, hacía señas en ocasiones a una muchacha de plateado traje de baño, que nadaba en aguas poco profundas.

Si la policía no había empezado a buscarle, aún estaba a salvo. Pero ahora la policía debía estar ya sobre aviso, lo que significaba que en cualquier momento una pesada mano caería sobre su hombro, y su libertad y su vida habrían terminado.

Hizo memoria, pero no pudo señalar los errores que hubiera cometido, ningún error evitable. Por supuesto, de no haber ido al club nocturno Luna Azul, las cosas habrían sido diferentes. Sin embargo, careciendo del poder de adivinación del futuro, difícilmente pudo evitarlo. Tal vez hubiera sido más conveniente dar a Marita un nombre falso, pero el peligro era entonces mayor. Era inevitable que personas que le conocían por un nombre, le presentasen a otras que le conocieran por uno distinto.

Un joven Adonis bronceado entró corriendo en el agua, directamente hacia la muchacha del bañador plateado. Ella le ignoró para enviar un beso en dirección a la playa. La confianza en sí mismo del Adonis vaciló y decidió pasar de largo.

El hombre de la playa le hizo nuevas señas. Era evidente que estaba enamorada de él. Se preguntó si ella sabría que él no la amaba... si se sentiría herida.

Escasamente a unos metros de él, el aire crepitó. Esto sucedía a veces en plena acción de la vigilancia por televisión oculta. Sintió el impulso de levantarse de un salto y echar a correr, pero se contuvo. Si se trataba de TVO, lo mejor era parecer lo más indiferente posible. Bastaba con acordarse de que si el aire chasqueaba, esto equivalía a ver a un agente de policía. Pero huir por sistema ante cada agente de policía, no tardaría en crear dificultades.

La crepitación significaba simplemente que le vigilaban. Eso podía significar el fin o el principio, o una infructuosa e insignificante coincidencia en el curso de la búsqueda de otra persona.

Dos mujeres pasaron junto a él, caminando a lo largo de la playa. A ninguna de ellas les favorecía llevar bañador, pero ambas lo usaban. Una dijo:

—¿Ves aquella muchacha del bañador plateado? Ése es el tipo al que me refiero.

—¿Qué tipo? —preguntó la otra.

—Demasiado ingenua para ser sincera. Con esos ojos azul claro y esas curvas que pretende ignorar, apuesto que ha olvidado sobre los hombres más de lo que tú y yo nunca supimos.

Era asombroso, pensó el hombre de la playa, el extremo de sutileza a que pueden llegar las mujeres al criticarse entre ellas. Ese comentario casual le recordó a Susan Sonnenburg.

Susan Sonnenburg..., hasta cierto punto era ella la responsable de su huida, aun cuando había dejado de existir una semana atrás. Inconscientemente, Susan dispuso el curso de la presente situación. ¿Por qué no se habría ocupado de sus propios asuntos?

—Justo en la puerta de entrada, por favor —pidió Susan Sonnenburg con firmeza, mientras el taxi se ladeaba para detenerse a una manzana de casas de distancia del Edificio Musicosmos.

—Lo siento, señora, pero no tengo permiso VIP^[9] —dijo el conductor del taxi—. Si me paro frente al Musicosmos, la policía me detendría antes de que usted pudiese abrir la puerta del coche.

—No, se equivoca. Tengo un pase.

—Muy bien, me gustaría verlo.

—No voy a estar revolviendo mi bolso durante media hora. Sea amable y acepte mi palabra.

—No quiero correr ningún albur, señora. Puede ir andando desde aquí.

—Desde luego que no, y no pienso intentarlo. A mi edad ya es bastante ejercicio el cambiar de opinión.

El conductor sonrió burlonamente.

—Oiga, si usted es realmente beneficiaria de un pase, debería conocerla. ¿Cuál es su nombre, señora?

—Ya le dije que tengo un pase —insistió Susan—. No me gusta que duden de mi palabra. ¿Me creería si le dijera que soy Martha Washington?

El conductor pareció pensar algo de repente y bajó la vista a las manos de ella. Obstinate y perversamente, la mujer las ocultó tras su espalda.

Pero el rostro de él se había iluminado.

—Usted es Susan Sonnenburg, la pianista —dijo—. Tengo su grabación de la sonata de Chopin, esa en re bemol.

—En si bemol menor —corrigió Susan.

—Será como dice. De cualquier modo, cinco bemoles. Toca usted la marcha fúnebre demasiado rápida. No obstante, es indudable que tiene pase. La llevo inmediatamente.

El taxi se dirigió al edificio Musicosmos y entró suavemente en la zona de aparcamiento reservado.

—No es que la toque demasiado rápida —arguyó Susan—. Usted la escucha con demasiada lentitud.

—Pero el movimiento anterior —dijo el conductor—, ese de los acordes cromáticos en crescendo, lo interpreta como una marcha fúnebre. Cuando llega a la parte que debería ser más rápida, la mantiene a la misma velocidad.

—Debería oírme tocar el Minueto en sol —dijo Susan agriamente—. Con frecuencia logro ejecutar la mayor parte casi a la perfección.

El conductor tocó el botón que abría la puerta. Cuando Susan sacó el portamonedas, meneó la cabeza.

—Esta carrera es por mi cuenta, señorita Sonnenburg. Cuando dije que usted ejecutó el segundo movimiento demasiado lento y el tercero demasiado rápido, no quise decir que no me gustó.

—No tiene necesidad de ponerse lírico —replicó Susan sarcásticamente. Se encaminó cojeando al interior, apoyándose en su bastón.

El edificio Musicosmos se elevaba hacia el cielo como un himno de alabanza. En esta época la música proporcionaba dinero, la música seria. Algunos afirmaban que este hecho se había iniciado al enseñar en las escuelas a los niños que no debían tener miedo a pensar, a ser diferentes, a sentir secretos anhelos de gusto y cultura. Otros lo atribuían a que la detección y el castigo no sólo habían logrado controlar el crimen sino que se adelantaban; el secreto consistía en legalizar estrictamente el amor, la lectura, la asistencia a la televisión, incluso la audición de Beethoven y Brahms. Un tercer grupo, los eternos optimistas, se limitaba a comentar que tal vez la raza humana alcanzaba al fin su madurez.

Sesenta años después de la muerte de Borodin, su música fue convertida en un afortunado espectáculo musical compuesto principalmente de lujuriantes rubias, morenas y pelirrojas ataviadas con pantalones transparentes y joyas. Doscientos años después de la muerte de Borodin, su Segunda Sinfonía, devuelta a su forma original, ocupaba el primer puesto de la parada de los éxitos. Y todo esto significaba algo.

El viejo Benny tocó su gorra en señal de saludo a Susan, al penetrar ésta en el edificio. Tenía aún más edad que ella, pero nadie sabía con exactitud el número de años.

—La están aguardando en el estudio siete —murmuró, meneando la cabeza sin razón aparente, y le ofreció su brazo. Susan lo tomó con agradecimiento.

Había sufrido una caída grave ocho meses antes, y aunque soldaron los huesos con facilidad, no se recuperó por completo del accidente. Hecho curioso, mientras la ciencia ofrecía mayores posibilidades a las personas normales, la vida se tornaba cada vez más difícil para los semiimpedidos. En el siglo XIX, los ancianos achacosos —y ricos—, disponían de sirvientes para todo lo que fuera necesario. En la actualidad no quedaba un solo sirviente particular en los Estados Unidos y, en cambio, las

distancias eran mayores, a causa del problema del aparcamiento, las escaleras más largas por la supresión de los pasos de peatones, y los peldaños más altos en taxis, autobuses, escaleras móviles, factores con los que ninguna dama entrada en años del siglo XIX tuvo nunca que luchar.

Por tales motivos, Susan apreciaba la vacilante, pero caballerosa asistencia del viejo Benny. Pensó que era la última vez y se detuvo súbitamente, incapaz de dejar pasar la ocasión sin ninguna palabra de agradecimiento.

—Benny —dijo—. Soy una vieja extravagante y antipática. ¿Por qué fue siempre tan amable conmigo?

La repentina pregunta le azoró. Su rostro vacuo y benévolo expresó desconcierto. Pareció sentir que le pedían algo, pero sin comprender el qué.

—No importa —continuó Susan con inusitada dulzura—. De cualquier modo, deseo decirle que agradezco su amabilidad.

—¿Amabilidad? —repitió Benny, todavía azorado.

—Eso es. Buscarme un taxi y hacer que los conductores vengan precisamente a la puerta de entrada. Arreglarme una habitación cuando me sentí enferma. Cortarme un trozo del bastón al decirle que era demasiado largo. Traerme emparedados los días que el ensayo se alargaba. Eso es amabilidad.

—Es mi trabajo, señorita —contestó Benny, turbado—. Soy portero, me encargan toda clase de trabajos de confianza. La mayor parte del día no tengo nada que hacer y entonces...

—Entonces ayuda a cualquiera que lo precisa. Lo sé. Supongo que habría continuado sin darle importancia, Benny, pero hoy he comprendido cuanto ha hecho por mí, sus muchos pequeños detalles...

Se detuvo, al darse cuenta que sus palabras no lograrían otra cosa que confundir aún más al viejo. Pero no se sentía capaz de desaparecer sin una palabra, sin decir adiós. Viejo, arrugado, insignificante y torpe, le gustaba el viejo Benny.

—Hoy es la última vez que vengo aquí, Benny —explicó sosegadamente, con su habitual sarcasmo—. Hoy grabaré mi último disco, luego ingresaré en Renacimiento.

Un súbito fulgor en sus sombríos ojos la sobrecogió. Sin embargo, todo lo que respondió fue:

—Sí, señorita Sonnenburg.

—Una vez herí sus sentimientos ofreciéndole una propina —dijo ella—. No lo haré más. Sé que no hace las cosas por dinero. No obstante, ¿ha oído hablar alguna vez de honorarios?

—¿Orrorario?

—A veces, si alguien hace más de lo que le corresponde por su trabajo o sus obligaciones, las personas desean expresarle su gratitud de algún modo. Entonces le ofrecen algo que se llama honorarios. No es lo mismo que una propina. Cualquiera

puede aceptar honorarios.

—¿A qué se parece un orrorario? —preguntó Benny, dubitativo.

—Todo lo que le puedo ofrecer es dinero. Pero puede tomarlo y comprar algo que le guste. Sea una cosa u otra, compre algo que le haga acordarse de mí. Gracias, Benny, y adiós.

La dejó en la puerta del estudio siete, con tres arrugados billetes en su mano. Los alisó cuidadosamente.

Doscientos cincuenta dólares.

Susan se encontró con que no estaban preparados aún en el estudio siete. Collini, el director de orquesta, no había terminado de armonizar los conjuntos.

Desde que se implantó la superposición de ondas, la mayoría de las grabaciones se efectuaban como rompecabezas. Algunos directores e instrumentistas anticuados practicaban todavía el viejo método de los ensayos repetidos hasta encontrar la perfección. Pero el procedimiento más usual consistía en preparar un patrón, una radiografía de cada interpretación particular, una especie de visualización del deseado sonido orquestal. Este patrón visual se podía convertir de forma fácil y directa en sonido, pero, en todo caso, únicamente era útil para los estudiantes de música. El patrón resultaría demasiado mecánico para un profano.

Una vez completo el patrón, la orquesta procedía a registrar la música. Entonces se llevaba a cabo un proceso automático de comparación. Las máquinas ignorarían los matices de expresión y fraseo que no comprendiesen, para destacar diferencias positivas y mensurables, por ejemplo, si el segundo trompeta tocaba en mi natural en vez de en mi bemol, si los segundos violines tapaban a los primeros, si alguno de los instrumentos de viento vibraba durante una pausa, los ingenieros, el director de orquesta, el solista, si lo había, y el supervisor revisaban estos detalles cuidadosamente, decidiendo las supresiones, los fragmentos más logrados que superasen lo contenido en el patrón, y las partes a renacer nuevamente.

Ese sistema no producía música de mayor calidad artística. Simplemente permitía obtener una música impecable en un lapso de tiempo mucho menor.

Collini no tenía aún listo su patrón orquestal, por lo que Susan se retiró a una sala de descanso, fuera del estudio, mientras su colega continuaba. Notó con disgusto que Weygand la seguía.

—De modo que será la última grabación de Susan Sonnenburg —suspiró Weygand sentenciosamente.

—Cuando habla en este tono, señor Weygand —cortó Susan—, no puedo sino darle la razón.

Se trataba de un hombre pequeño, meticuloso y convencional. Su trabajo mismo era ya convencional. Siendo uno de los directores de Musicosmos, debía gustarle lo

que gustaría a cualquier persona.

—La Köchel 453 en sol mayor, de Mozart —continuó Weygand—. Hubiera preferido que la última obra que grabase fuera algo más grande y más noble. Por ejemplo, el «Emperador», de Beethoven. Aunque disponemos del «Emperador» que usted grabó hace catorce años.

—Como quiera.

—¿No se siente un poco triste? —preguntó Weygand—. Después de todo, es probable que no vuelva a ser pianista. Puede que ni siquiera se dedique a la música. Ni que sea famosa.

Si lograba escandalizarlo, se marcharía.

—Pero ya no tendré que dormir sola.

Weygand lo interpretó en el sentido más literal.

—Al contrario, sí que tendrá. Por lo menos cuatro años.

Susan se resignó a la conversación. Era honesta consigo misma y se veía obligada a admitir que su aversión a Weygand actuaba en función de ese desprecio que todo verdadero músico siente hacia los teóricos, así como del hecho de que siempre se sabía de antemano lo que iba a decir.

—He hecho casi todo lo que un pianista puede hacer en música —dijo ella—. No deseo empezar de nuevo.

—¿De verdad? —dijo Weygand reflexivamente.

—Quizá esta vez seré un trompeta de jazz o una cantante de *blues*.

Weygand emitió un resoplido de desdén.

—Eso no sería justo. Es una gran artista, señorita Sonnenburg.

—Mi temperamento es bastante técnico. Quizá esta vez me dedicaré a la Física o a la Medicina.

—¡Una científica! —exclamó Weygand, horrorizado.

—No se preocupe —le tranquilizó Susan suavemente—. De acuerdo con mi clasificación, no sería muy buena. Así todo resulta perfecto, ¿no es cierto?

Weygand se calló de repente, cosa altamente loable. Susan disfrutó del silencio, cuando recordó que Weygand podría hacer algo por ella.

—Señor Weygand —dijo—. ¿Conoce al viejo Benny?

—¿El vigilante? Por supuesto.

—¿Querría hacerme un favor? ¿Podría conseguir que le hagan un test?

—No la comprendo.

Susan difícilmente podía explicar que se refería a Renacimiento. La idea era demasiado fantástica. Renacimiento era una prerrogativa de los pertenecientes a Base Diez, es decir, el primer diez por ciento de la población con mejor promedio en la escala VPC (valor para la comunidad).

En realidad, el diez por ciento significaba un grupo bastante amplio. Susan, por

supuesto, se hallaba en lugar muy destacado en el primer uno por ciento de la escala VPC. Todas las personas que conocía, todos sus amigos estaban calificados. Cualquier graduado en estudios superiores, cualquier ejecutivo, cualquier artista, escritor, músico, técnico, doctor, enfermera, en fin, prácticamente todo individuo de moderado éxito en cualquier actividad, tenía grandes posibilidades de ser calificado para Renacimiento.

Pero estaba convencida del hecho que existía algo más. La escala VPC incluía inteligencia, una amplia variedad de habilidades y, entre otros muchos atributos, una cosa llamada afinidad, a veces conocida por empatía. En una palabra, este sistema eliminaba de Renacimiento a todos los eventuales sicópatas, favoreciendo en cambio a las personas normales.

Benny apenas si lograría una buena calificación en afinidad.

—Ya sabe lo que es un test —dijo Susan con irritación. No se refería a VPC, sino a Renacimiento.

—¿El test de capacidad musical?

—Naturalmente —respondió la mujer.

El test CM servía para una finalidad completamente diferente, pero incluía un test elemental de inteligencia y una más elemental clasificación de personalidad. Si Benny poseía cualquier talento, capacidad, inteligencia o potencial, los tests lo revelarían. Su paso por una clasificación VPC sería entonces cuestión de rutina.

—Lo que usted diga, señorita Sonnenburg —dijo Weygand—. ¿Intenta demostrar algo acerca de Benny?

Susan ignoró la pregunta.

—¿Lo hará usted?

—Por supuesto.

Uno de los ingenieros llamó ligeramente a la puerta y entró.

—Está todo dispuesto, señorita Sonnenburg —dijo.

No se trataba de una sesión corriente. Todos sabían que a su término, Susan iría directamente al Instituto de Renacimiento. Aunque no significaba la muerte, aunque únicamente los parientes y las esposas se lamentaban cuando sus deudos eran enviados allí, aunque todos los clasificados para Renacimiento se sentían cordialmente agradecidos y los que no lo deseaban ardientemente, en cierto modo resultaba tan definitivo como la muerte. Susan Sonnenburg, la pianista, estaría tan muerta como si sufriese ahora un ataque al corazón sobre el teclado de su piano. Jamás sabría que fue alguna vez Susan Sonnenburg, a menos que los sicólogos decidiesen que tal información no le sería perjudicial, pero era notorio que los sicólogos estaban predispuestos en contra de tales revelaciones.

La superposición de ondas se preparó con gran cuidado, pues sólo sería posible

grabar una toma, por lo menos en lo que a Susan se refería. Pero aunque todos se esperaban una larga y dura sesión, el conjunto halló inmediatamente su mejor forma, y apenas hubo necesidad de rehacer nada.

Cuando Susan se aseguró de que su solo quedaba debidamente registrado, se levantó para dirigirse a la sala de descanso, con tal naturalidad que Collini, Weygand y todos los demás supusieron que sólo iba al lavabo. Pero salió directamente del edificio, rehuyendo incluso a Benny.

A Susan no le gustaban las despedidas.

El conductor del taxi que la llevó al Instituto de Renacimiento se mostró también muy natural.

—¿No es usted la pianista? —preguntó—. Conduciré con mucho cuidado. No deseará sufrir un accidente justo en el trayecto a Renacimiento.

—Usted lo ha dicho —convino Susan.

—Me tocará ir allí dentro de sesenta años aproximadamente. No se hubiera pensado que un taxista lograría clasificarse para Renacimiento, ¿verdad?

—Ponga doble atención entonces. No vayamos a perder nuestra ocasión de inmortalidad...

Al entrar Susan cojeando en el gran edificio cuadrado del Instituto de Renacimiento suspiró con alivio, pensando que la próxima vez que tuviese que andar, podría correr si lo deseaba.

Weygand cogió el teléfono.

—Sí, soy Weygand, de Musicosmos. ¿El Instituto de Renacimiento? Sí, desde luego... ¿Benjamín Rice? Podría pertenecer a nuestro personal, pero el nombre no me dice nada. ¿Susan Sonnenburg les habló de él?

—Acostumbramos a interrogar a las personas que tuvieron amistad personal con nuestros pacientes —informó la tranquila y anónima voz—. Esta información es demasiado subjetiva, por supuesto. La señorita Sonnenburg dijo que ese Benjamín Rice, de Musicosmos, podría ayudarnos.

—Veamos, han pasado tres días desde que se trasladó a Renacimiento —dijo Weygand—. ¿Cómo se encuentra?

La voz anónima pareció ligeramente sorprendida por la pregunta.

—Tal como estaba previsto, señor Weygand. Un caso rutinario. Ninguna complicación. En cuanto a ese Benjamín Rice...

—Espere un instante. Tal vez sea el viejo Benny... Mire, haré indagaciones y le enviaré a Rice, quienquiera que sea, tan pronto como pueda. ¿Conforme?

—Gracias, señor Weygand.

Por el teléfono interior, Weygand llamó a Personal.

—¿Quién es Benjamín Rice? —preguntó.

La comprobación requirió menos de un minuto.

—Uno de los vigilantes, señor Weygand. ¿Desea su ficha?

—No, eso es todo, gracias.

Llamó a la pequeña oficina de Benny.

—¿Benny? Soy Weygand. Acaba de llamar el Instituto de Renacimiento. La señorita Sonnenburg dio allí su nombre. Parece que desean formularle algunas preguntas. No se preocupe, no hay nada malo en ello. Cuestión de trámite. ¿Quiere ir allá en seguida? Benny...

Acababa de recordar, con remordimiento, que prometió a Susan un test CM para Benny. No se había vuelto a acordar.

—No importa —dijo, y colgó. Llamaría a Walter Jennings, del departamento de tests, para que buscara a Benny en cuanto estuviera dispuesto. Con el objeto de no olvidarse otra vez, Weygand cogió el teléfono interior y llamó a Jennings.

Benny tomó su chaqueta de un colgador y se la puso lentamente, pensativo. Algo hormigueó en su interior ante la idea de ir al Instituto de Renacimiento. Pero no tenía más remedio. Dejó una nota sobre la mesa para justificar su ausencia y salió.

Benny Rice tenía más de cien años, y alguna vez los aparentaba. Pero en su trayecto al Instituto de Renacimiento no se le ocurrió tomar un autobús o un taxi, aunque la distancia era casi de cuatro kilómetros y el Musicosmos o el Instituto le habrían abonado el importe, se enderezó gradualmente, sus ojos brillaron, su pecho se ensanchó, de forma que, después de un trecho, podría haber pasado por un hombre de cincuenta años. Como que en aquellos días el promedio normal de vida era aproximadamente de ciento siete años, podía considerarse aún fuerte.

Físicamente, Benny era un individuo notable, hasta el punto de que para evitar ser advertido en Musicosmos, donde sabían su edad exacta, habitualmente se movía con más lentitud y torpeza que lo normal. Fuera de Musicosmos, estaba siempre preparado para aparentar cincuenta años si lo deseaba. Con suerte, le quedaban otros cuarenta años de vida.

El Instituto, desde el exterior, era un edificio frío, blanco, desnudo e impersonal. Dentro, la diferencia era asombrosa. El mobiliario y el diseño sugerían un hotel de lujo más que un hospital o una clínica de reposo.

—¿Benjamín Rice? —preguntó la elegante rubia recepcionista—. Perfectamente, el doctor Martin desea verle. Está ahora en los jardines. Sammy le acompañará.

Sammy era un callado joven pelirrojo. Su silencio desconcertó a Benny, pues Sammy parecía amigable y parlanchín.

—¿Qué ocurre, hijo? —preguntó, cuando llegaron a los jardines del Instituto—. ¿Se le comió la lengua el gato?

Sammy le dirigió una mirada tan colmada de inteligencia y travesura, que Benny esperaba una ingeniosa réplica. Pero todo lo que Sammy dijo fue:

—Da-da.

Benny lo comprendió entonces, sintiéndose molesto por su falta de perspicacia.

Sammy era uno de los renacidos. Su inteligencia era perfectamente normal; sin embargo, aún no había aprendido a hablar.

La recepcionista era probablemente otra renacida. Si el Instituto debía mantener los pacientes a su cargo durante casi cuatro años, parecía natural que los hubiesen puesto a trabajar.

El doctor Martin no aparentaba más de veinte años, pero podía ser un renacido. Renacimiento no se regía como un club social exclusivo. Si bien era necesario que los renacidos viviesen en común, a fin de adquirir madurez y la información básica que precisa todo ciudadano inteligente, en cuanto era posible se les integraba rápidamente con el resto de la sociedad. Martin no podía ser un renacido, porque a ningún doctor joven en tales condiciones le sería permitido aislarse del mundo permaneciendo en el Instituto de Renacimiento. Esto equivaldría a volver al útero.

Alzó la vista con una sonrisa.

—¿Benjamín Rice?

—Todo el mundo me llama Benny.

—Muy bien. Sammy, puedes volver al escritorio.

Se hallaban en un inmenso prado en el que numerosas sillas cubiertas permanecían alineadas en limpias hileras. Aun cuando no había enfermeras ni médicos, excepto Martin, en principio el panorama parecía bastante normal, muy semejante al jardín de cualquier sanatorio de reposo. Sin embargo, pronto se advertía que los ocupantes de las sillas cubiertas tenían aproximadamente catorce años, que todos se hallaban sumidos en el profundo sueño de una fuerte sedación y que, tanto varones como hembras, usaban sencillos y blancos camisones. Éste era el aspecto que llamaba más la atención, por cuanto resultaba evidente que ningún chico o chica normales hubieran consentido en llevarlos.

De piel clara y apariencia saludable, aquellas criaturas desarrolladas con exceso poseían mentes tan vacías como un bolsillo de espantapájaros. Los muchachos ni siquiera sabían que lo eran, y lo mismo les ocurría a las muchachas.

—¿Trabaja usted en Musicosmos, Benny?

—Soy el vigilante.

Martin pareció perplejo.

—¿Cómo se llevaba con la señorita Sonnenburg?

—Perfectamente, doctor. Era toda una señora. Sentí que viniera aquí.

—¿Lo sintió? No quería que ella muriese, ¿no es cierto?

—Era una gran mujer —repitió Benny vagamente.

Martin pareció aún más desconcertado. Susan había inscrito el nombre de Benny

en las fichas de referencia como un amigo capaz de informar, si fuese necesario, sobre su personalidad, proceder y temperamento. Martin había supuesto que Benjamín Rice sería un colega de Susan, un músico, escritor, artista o algo parecido.

—Hábleme de ella —pidió Martin, estimulándole.

—Siempre era amable conmigo. Decía que yo era amable con ella, pero no comprendo a lo que se refería. No podía desenvolverse muy bien, desde que se cayó aquella vez, y la ayudaba en pequeñas cosas. Decían que era una gran pianista, no obstante, no sabría qué decir acerca de eso. Todo lo que sé es que era una gran mujer.

Martin permaneció silencioso. Era evidente que Benny no podría explicarle nada útil. Probablemente, Susan Sonnenburg consignó el nombre de Benny en broma, del mismo modo que en la casilla «Otras Actividades» había puesto *dominó*.

Resultaría bastante fácil localizar otras muchas personas que conocieran realmente bien a Susan Sonnenburg. Pero era curioso que Susan diese precisamente el nombre de Benny. ¿Se trataba sólo de una broma insustancial y de escaso gusto, o existía algo más?

—¿Cuánto tiempo trató a la señorita Sonnenburg? —preguntó sin convicción.

—Exactamente un año. No, un poco menos. Ingresé en Musicosmos el pasado mes de setiembre.

Martín descartó entonces la idea de que la Sonnenburg y ese viejo hubiesen sido amantes alguna vez. De todos modos, resultaba una idea bastante absurda.

—¿Le gustaría ver a la señorita Sonnenburg ahora? —preguntó.

Benny dio un involuntario paso atrás.

—No —exclamó con vehemencia.

La cosa se ponía interesante. ¿Habrían sido amantes después de todo?

—Ella ya no es la Sonnenburg. Pero si le agradaba, Benny, creo que debería verla ahora. Es diferente, claro está. Sin embargo, creo que cuando la haya visto no se sentirá tan triste. Existe mucha felicidad ante ella.

Sin ofrecer resistencia, Benny fue conducido a través del prado. Martin se detuvo junto a una silla cubierta e hizo una seña. Benny contuvo la respiración.

Vio una muchacha sumida en un sueño profundo y artificial, que tenía aproximadamente catorce años, como todos sus compañeros. Su dulce y bonita cara recordaba vagamente la de Susan. Parecía llena de inteligencia, pero absolutamente limpia de experiencia. De no ser por su expresión inteligente y dotada de cierto sentido del humor, hubiera sido el rostro de una hermosa idiota.

Renacimiento no resultaba en verdad un nombre indicado para tal proceso. No se hacía renacer a las personas, se las limpiaba para restaurarlas inmediatamente en un tanque de cultivo. Los relojes de sus vidas eran atrasados ochenta años. Se sustituían sus viejas células por otras nuevas, la vejez por la juventud. El precio que pagaban a cambio de ello era renunciar a todo lo que siempre habían conocido.

La muchacha parecía vagamente a Susan vestía un sencillo camisón que no hacía concesiones al sexo. Su cuerpo, aunque escasamente núbil, era al menos tan hermoso como su rostro. Era como una niña recién nacida con un cuerpo de adolescente, cosa muy cercana a la verdad.

Betty Rogers —Martin tuvo cuidado en no mencionar su nuevo nombre a Benny—, poseía todo el talento, capacidad e inteligencia de Susan Sonnenburg. Pero nadie podía adivinar si tendría la misma personalidad. En caso concreto, nadie podía determinar en la personalidad lo que provenía de la herencia y lo que correspondía al medio ambiente. Betty y Susan tenían la misma herencia, su medio ambiente iba a ser completamente distinto. Era, probablemente, que Betty fuese más feliz que Susan y que sería menos creadora. Pero también era muy posible que Betty la superase en capacidad de creación.

—Pensé que sería una niña pequeña —dijo Benny, roncamente.

Martin meneó la cabeza.

—Podríamos lograrlo, pero es innecesario y poco conveniente. Hemos superado a la Naturaleza. Un niño necesita veinte años para crecer mental y físicamente. Nosotros podemos enseñarle lo suficiente en cuatro años. Cuando llegue a los dieciocho años, Betty no será en ningún modo inferior a una muchacha de nacimiento e infancia normales. Hemos establecido que el retroceso no se efectúe más allá de la pubertad porque este tiempo ya no es suficiente y se evitan muchos problemas emocionales. Es casi seguro...

Su voz se apagó. Había estado hablando como si Benny hubiese resultado lo que esperaba. El azoramiento del viejo le demostró que estaba perdiendo el tiempo.

Martin le acompañó de nuevo a través del prado.

—Gracias por venir, Benny —dijo—. Su ayuda ha sido muy valiosa. Tengo un gran interés en hablar con otras personas que, como usted, conocieron bien a la señorita Sonnenburg. ¿Puede sugerirme algún nombre en particular?

—Creo que debería ver al señor Collini —dijo Benny, orgulloso de ser consultado—. Es director de orquesta. La señorita Sonnenburg trabajó mucho con él.

—Gracias, Benny. Lo haré.

En el camino de vuelta al edificio Musicosmos, Benny consideró los acontecimientos.

Susan Sonnenburg había desaparecido. El hermoso ser intermedio entre niña y mujer que vio, no era Susan Sonnenburg. Y nunca lo sería.

Pero, por paradoja, esto apenas afectó a Benny, ni fue responsable de su depresión. Después de todo, Susan había llegado a una edad en que la muerte era posible en cualquier momento y no tardaría en ser una certeza. (Era únicamente cinco años más joven que él.)

Cuando Benny regresó a su modesta morada aquella noche, sacó los doscientos

cincuenta dólares que Susan le había dado, intactos hasta entonces.

—Compre algo que le haga acordarse de mí —había dicho.

No deseaba recordarla. No tenía objeto recordarla. Lo más sensato sería poner el dinero con el resto y olvidar su procedencia.

Tomó un gran sobre oculto tras el anticuado tocador para comprobar su contenido. Dos mil dólares. No quería ni necesitaba más. Cerró el sobre y lo puso de nuevo en su lugar. El dinero de Susan estaba todavía sobre la mesa.

Susan Sonnenburg había desaparecido, terminado. Se desharía de su dinero de la forma más rápida y completa posible. Esparcirlo al viento. No debía conservar ni un solo centavo.

Se le ocurrió ir a un club nocturno. No puso los pies en ninguno desde hacía veinte años. Le era por completo indiferente visitar uno de nuevo, pero cuando se necesita tirar el dinero sin quemarlo...

De un armario sacó un traje de etiqueta barato, pero bien cortado, hasta tal punto que, puesto dejaba por completo de parecer barato. Le hacía también más joven, no en años, sino en espíritu. Un hombre de setenta años bailando un jerk parecería mucho más joven que otro de sesenta en un cochecito de inválido. La edad de Benny se podía aún calcular con bastante exactitud, pero resultaría menos desplazado entre muchachas de veinte años que muchos hombres a quienes doblaba la edad.

Y no lo ignoraba.

Silbando con placer, aunque no precisamente con armonía, se vistió, sin pensar en Susan. Era fácil ponerse sentimental cuando las personas fallecían o se trasladaban a Renacimiento. Pero lo cierto es que, ni durante los últimos veinte años, ni Susan, ni ninguna otra persona, llegó a ser jamás amigo suyo. No podía permitirlo. Podía consentir a las mujeres que se enamorasen de él, si lo deseaban; en modo alguno que nadie, hombre o mujer, se convirtiera en su amigo.

Tal vez Susan pudo ser una amiga.

Dispuesto para los placeres de la noche, saboreó una buena cena en un restaurante cercano, mientras meditaba sobre ello. No fue una cena exquisita, pero sí bien escogida, regada con una botella de Riesling yugoslavo.

Luego se dirigió al Luna Azul. Antes de dirigirse al bar, se detuvo durante unos minutos para ver el espectáculo del cabaret. Un mago que realizaba algunos trucos electrónicos en armonía con el precio del cubierto del Luna Azul, disfrutaba de bastante menos atención de la que merecía. Algunos de sus mecanismos eran dirigidos por radio. Al vendarse los ojos, utilizaba radar. Y todos sus animales eran robots bellamente diseñados. Alguien debería haberle dicho que estaba un poco anticuado y que le convenía incluir unas cuantas chicas en el número.

Había dos muchachas en el bar cuando Benny se aproximó, una vestida de rosa, cuyas líneas eran inciertas, y otra vestida de rojo que mostraba cómo hubieran debido

ser las de su compañera.

—¡Hola! —saludó la chica de rosa.

La sonrisa que Benny le dirigió fue mucho más abierta y amigable que la dedicada a la chica de rojo. Sin embargo, hizo sentir su preferencia del modo más amable posible, por lo que la muchacha vestida de rojo suspiró filosóficamente.

—Esta es Marita —explicó—. Págame una bebida y me esfumaré.

Marita no parecía lo que era, muy al contrario que los más destacados miembros de su profesión a lo largo de la historia. Aparte de lo espectacularmente ceñido de su vestido, su apariencia era honesta e inteligente.

Cuando al día siguiente llegó al edificio Musicosmos, no quedaba del dinero de Susan más que una ligera ingravidez y una sensación de lasitud bastante natural en un hombre de su edad.

Jennings dejó una ficha sobre el escritorio de Weygand.

—Hice el test que me pidió a Benny Rice. ¿Quiere ver los resultados?

—No, a menos que haya algo interesante en ellos.

—Depende de lo que llame interesante.

Jennings era un hombre alto y desaliñado que pasaba la mayor parte de su vida en una apariencia de fatiga y desinterés, moviéndose como un motor que funcionase a bajo voltaje. Sin embargo, de vez en cuando algo le excitaba. Inmediatamente adquiría un dinamismo impuesto y burbujeaba como el champaña.

Su desilusión provenía del hecho de que pocas personas conocían o se interesaban por su trabajo. Se pasaba la mitad del tiempo explicando que sus tests tenían el propósito de aislar el *potencial*. Un proceso musical astronómico, 185, por ejemplo, no suponía una gran compositor, una estrella del disco, o un director de orquesta. Simplemente significaba un P.M. de 185. Si otros factores eran favorables, tal vez podía significar algo musicalmente. Cuando los factores eran exactamente los adecuados a otras cosas, existía certeza con tal de que su labor empezara suficientemente pronto y en la dirección conveniente. En el caso de que los factores fueran desfavorables, el sujeto constituiría un buen conductor de autobús o un empleado de oficina.

—Bien, ¿es deficiente musicalmente? —preguntó Weygand.

—No se trata de eso. Un deficiente tendría un P.M. de 70-80. El de Benny es 42, lo que le hace un imbécil desde el punto de vista musical.

—De todas formas, ¿qué pretendía con ello?

—Susan Sonnenburg deseaba que le hiciéramos un test. Intuición femenina, supongo.

Jennings perdió momentáneamente su aspecto cansado para mostrar un auténtico entusiasmo.

—Si Susan Sonnenburg lo pidió, tengo idea de lo que se trata. Renacimiento. Debió presentir que Benny no era tan obtuso como parece.

—¿Quiere decir que puede aspirar a Renacimiento? ¿Con un P.M. semejante? — Sus cansados y torturados ojos se fijaron de nuevo en el rostro de Jennings.

—El presidente Fuller tiene un P.M. de 61 —dijo—. Eso no le impide estar incluido en los últimos lugares de la sección principal de la escala VPC.

Las cejas de Weygand indicaron indulgencia en vez de sorpresa.

—Mi P.M. es idéntico a mi clasificación VPC.

—Pero se dedica a un trabajo de administración musical.

—¿Y qué?

Una expresión de agonía cruzó el rostro de Jennings. A veces se preguntaba si valía la pena molestarse.

—¿Desea que le haga a Benny un test VPC?

—De tener una alta clasificación se hubiera descubierto hace tiempo, ¿no es cierto?

—Naturalmente.

—Entonces, olvídalo. He hecho todo lo que Susan me pidió.

Pero Jennings no lo olvidó. Al regresar a su departamento, revisó mentalmente sus valoraciones de Benny. Como desconocía los antecedentes, había supuesto que el test fue solicitado porque alguien creyó en la presunta aptitud musical de Benny. Por decirlo con indulgencia, no tenía la más mínima.

Jennings había conocido a Susan Sonnenburg muy bien, en cierto modo mejor que cualquier otra persona. Recordó que su P.M. era 141 («¿Únicamente 141? —comentó una vez Weygand—. Eso demuestra exactamente lo poco que valen sus pruebas, Jennings. Es la pianista más grande del mundo»). Jennings intentó explicar que un P.M. de 141 e incluso menor, podía ser suficiente para una persona de tanta inteligencia y tenacidad como Susan. Se necesita algo más que potencial para lograr el éxito en cualquier actividad.)

Siguió recordando y pensó, no sin ira, que no existía nada erróneo en los tests si se interpretaban con una pizca de sentido común. Los coeficientes de Susan —CI (Coeficiente Intelectual), 155; AM (Aptitud mecánica), 139; VPC, 198—, explicaban una clara historia. Era obvio que su intuición alcanzaba un alto nivel. No existía ningún medio directo para medir la intuición, pero ésta, de forma idéntica al radio en la peblend, podía ser deducida. Si 141, 139 y 155 conducían a un 198, de alguna manera existía proporción.

Matemático y científico, Jennings estaba dispuesto a considerar el presentimiento de Susan acerca de Benny. No es que le interesara Benny como persona, sino el desarrollo del sistema de tests.

De regreso a su oficina, telefoneó al Instituto Federal de Renacimiento para pedir la clasificación VPC oficial de Benny. En quince minutos obtuvo la respuesta: 31.

Cuando lo supo, contuvo la respiración. Sus ojos resplandecieron como si hubiese adquirido un suministro propio de energía auxiliar, y se convirtió en una excavadora humana. Había algo allí que debía aclarar, algo que no estaba conforme.

La clasificación VPC de 31 era imposible. Benny era imbécil musicalmente y el resto de los tests no revelaban en él el más mínimo porcentaje de genio. Pero una clasificación VPC de 31 significaba una inutilidad absoluta, que no permitía siquiera un empleo de vigilante. Allí había algo extraño. Algo extraño y excitante.

Jennings llamó nuevamente a Benny. Éste vino en seguida.

—¿Preguntaba por mí, señor Jennings?

—Sí, siéntese ahí, Benny. Supongo que se preguntaría la razón del test de esta mañana. Se debe a que Susan Sonnenburg lo pidió. No dijo el porqué, pero tengo la impresión que le creyó potencialmente apto para el Renacimiento.

—No es así —dijo Benny simplemente—. Si no le molesta, señor Jennings, preferiría olvidarme de ella.

—Sólo por curiosidad —continuó Jennings—, averigüé su clasificación VPC oficial, Benny. Es 31. Y eso es imposible. Se trata de un completo error, le ruego que acepte mi palabra. Dígame, ¿recuerda algo acerca de aquel test?

—No mucho. Fue hace setenta años.

Jennings se puso en pie de un salto.

—Si su clasificación fuese realmente 31, Benny, no recordaría que fue hace setenta años. No podría calcularlo, ¿comprende?

—Si usted lo dice, señor Jennings.

—¿Qué más recuerda? ¿Sucedió algo especial durante el test? ¿Estaba enfermo, o algo por el estilo?

—No me acuerdo, señor Jennings.

—¿Le agradecería hacer de nuevo ese test?

—No, señor Jennings.

La brusca e inequívoca contestación desconcertó a Jennings por un momento.

—Benny, esa clasificación es completamente errónea. Tiene que serlo. No puedo prometerle nada, excepto, naturalmente, que debe ser mucho más alto. Ignoro exactamente cuánto.

Los coeficientes superiores a 120 eran los que integraban Base Diez. Era improbable que Benny alcanzase siquiera aproximadamente esta cifra, y Jennings no pretendía hacer concebir esperanzas al viejo, aun creyendo en el presentimiento de Susan Sonnenburg. Pero el test debía ser realizado.

—Mire, señor Jennings —suplicó Benny—. Toda la vida he sabido que Renacimiento no era para mí. Me he hecho viejo sabiendo que otras personas podían

esperarlo con satisfacción, pero yo no. Hace mucho que conseguí aceptarlo. Lo he dado por supuesto durante tanto tiempo que ahora ya no lo deseo. ¿Me comprende?

—No debe pensar así. Ya sabe que las personas no son obligadas al Renacimiento, a menos que su clasificación sea tan alta que la sociedad no pueda afrontar su pérdida. Benny, deseo que acepte esta prueba sólo para establecer el registro correctamente. Su clasificación VPC no es 31, ni nunca lo fue. Suponga que es 70..., 100..., incluso 110. ¿No le agradecería saberlo, aunque sólo fuese por comprobar que jamás fue un inútil?

—Si se empeña, señor Jennings. Lo que usted diga. —Benny se encogió de hombros.

Jennings no tardó en recibir el resultado. Lo miró fijamente, con incredulidad. VPC, 30.

¿Qué le diría ahora al viejo? Del mismo modo que Susan Sonnenburg podía totalizar más que la suma de sus partes, Benny totalizaba menos. C.I., 98; P.M., 42; A.M., 16. Aptitud matemática, 126, cifra increíblemente alta para un vigilante. Agresividad, 41, era sorprendentemente baja también. Memoria, 110.

Con unos topes mínimos de 41, y máximo de 126, la clasificación VPC era 30. La cifra inferior podría ser motivada por tendencias criminales antisociales o sicopáticas, pero no era así. El valor de la tendencia antisocial era neutro.

Jennings resolvió su problema, evitando ver a Benny. Se limitó a enviarle una nota comunicando que el nuevo test confirmaba el antiguo.

Después intentó hacer lo que Weygand le había aconsejado, olvidarse de Benny.

El minúsculo apartamento de Benny se hallaba a veinte minutos del edificio Musicosmos. Mientras se encaminaba a casa, se preguntó si debía abandonar su empleo. Se sentía indiferente, sin inquietud. Consideró con despreocupación las dos caras del problema.

Por una parte, cuando una persona empezaba a sentirse interesada por alguien, generalmente concluían descubriendo demasiado. Por otra parte, una actitud firme, recurriendo, si fuese necesario, a la desfachatez, acallaría toda curiosidad para proporcionar una seguridad nunca conocida antes. No se acostumbraba a remover lo ya investigado. No existía certeza, pero el secreto radicaba en escurrirse cuando la situación se pusiera alarmante.

Precisamente al decidir que permanecería sin ocultarse tanto tiempo como fuera posible, se dio cuenta de que le estaban siguiendo.

Sus pasos no vacilaron. ¿Quién le seguiría? Únicamente alguien que le conociese poco. En caso contrario sabría que simplemente volvía a su casa como todos los días, y que en modo alguno era necesario seguirle.

Quizá cometió una equivocación en el test VPC.

¿Por qué le habían sometido al test? Pensó que se trataba solamente de algo relacionado con Susan Sonnenburg, que creyó hacerle un favor al solicitar un test para él. Si era así, no obstante, ¿quién le estaba siguiendo ahora? Susan ingresó en el Instituto de Renacimiento, y hacía mucho tiempo desde que dejó de saber o interesarse acerca de Benny Rice.

Deliberadamente, pasó de largo ante el quiosco de periódicos donde solía comprar un diario. Entonces simuló recordarlo súbitamente y dio la vuelta. Esto permitió a Benny echar una buena ojeada a su seguidor. Aparentaba entre treinta y cuarenta años, y era el individuo más anónimo que Benny hubiese visto jamás. Aun mirándole atentamente, Benny apenas pudo concretar un rasgo que pudiese más tarde ayudarlo a identificar al hombre. Al sorprender la fija mirada de Benny, se la devolvió con tal indiferencia que, por un momento, el viejo pensó que se había equivocado.

Pero, no se había equivocado. Aquel hombre era un maestro en su trabajo, hasta el punto de que Benny se preguntó si le habría descubierto el juego expresamente, para comprobar su reacción.

Su despreocupación se esfumó, y Benny trazó planes en un instante. Debía llegar a su habitación, donde guardaba el dinero necesario para huir. Lo último que supondría su perseguidor era que emprendiese la huida apenas entrara en su domicilio.

La posibilidad de continuar en su papel de viejo Benny había desaparecido. Cuando detectives de primera clase empezaban a vigilarle, era demasiado tarde para seguir confiando en un papel de modesto empleado de Musicosmos, VPC 30. No importaba para quién ni por qué trabajaba el detective; al llegar a este punto, la situación ya no tenía salida.

El detective no debía pertenecer a la policía, pues ésta le hubiera observado por TVO. Lo más aconsejable era estar lejos, muy lejos antes de que los policías intervinieran en el asunto.

De nuevo era un fugitivo.

El hecho de que Benny Rice no se presentara a la mañana siguiente en Musicosmos, no tuvo suficiente importancia como para despertar la atención. Su incomparecencia no fue comunicada, desde luego, a ningún alto ejecutivo como Weygand o Jennings.

Fue únicamente al presentarse una mujer cuando un portero de ojos claros, el sustituto de Benny, encadenó los acontecimientos de los últimos días y llamó a Jennings en el Departamento de Tests.

—Aquí hay una mujer que pregunta por Benny, señor Jennings —dijo—. Como que últimamente usted le hacía subir mucho ahí, pensé que quizá...

—¿Qué quiere usted decir con esto? ¿No está Benny ahí?

—No, no está. No ha estado en toda la mañana. Pensé que usted...

—¿Cómo es esa mujer? ¿Vieja?

—No, joven.

El portero, que precisamente dejó de ser joven hacía mucho tiempo, no añadió más.

—Dígale que suba.

Jennings no esperaba encontrarse con una muchacha de veinte años y que era una auténtica belleza. Se presentó a sí misma como Marita Herbert.

—Siento molestarle, señor Jennings —dijo—. Estoy interesada en Benny Rice. Deseo encontrarle, eso es todo.

—¿Por qué?

Su sonrisa no desapareció, pero se hizo más fría.

—Francamente, señor Jennings, no veo que eso le concierna en absoluto.

Jennings pareció mostrar cierto fastidio.

—Si desea que le ayude a encontrar a Benny, tendrá que darme alguna explicación. No me interesan lo más mínimo sus asuntos, señorita Herbert. Pero estoy aún muy interesado en Benny.

—No le comprendo.

—¿Por qué desea encontrarle?

Se encogió ella de hombros tristemente, casi con irritación.

—Le conocí la noche pasada. Aunque tiene tres veces mi edad, me impresionó. Quisiera verle otra vez. Tengo que verle. Contraté incluso un detective para que lo localizara.

Jennings tragó saliva.

—¿Se ha enamorado de él? —preguntó incrédulamente.

—No es eso. No exactamente. ¿Tengo que estar enamorada para desear verle otra vez?

—Dijo que contrató a un detective para que le siguiera la pista. ¿No sabía su domicilio?

—Sabía únicamente su nombre. El detective descubrió que trabajaba aquí. Abajo me han dicho que es un vigilante, pero no puede ser verdad.

—¿Por qué no, señorita Herbert?

—La otra noche estuvo tirando el dinero a manos llenas.

—Quizá lo ganó en las carreras.

—Quizá, no obstante... Es agradable. Comprensivo. Inteligente, pero sin pedantería. Bueno al juzgar. Educado. Y tiene gusto.

—Muchos vigilantes son así —murmuró Jennings, sobrecogido.

—¿Está usted bromeando? ¿Cree que soy tonta y que no sé conocer la clase

cuando la veo? Mire, señor Jennings, deseo ver a Benny Rice porque... bueno, en unas pocas horas me hizo ver las cosas de modo diferente. Me devolvió el respeto a mí misma, ¿comprende? Le necesito, como algunas personas necesitan ir a la iglesia. ¿Comprende algo de lo que estoy hablando?

Jennings pensó en la clasificación VPC de Benny: 30. Había renunciado demasiado pronto. Esa cifra era increíble, naturalmente, tal como lo explicó a Benny antes de la prueba. Decidió reflexionar.

—Deje su nombre y dirección, señorita Herbert. Le haremos saber de Benny en cuanto hayamos hecho alguna comprobación. Enviaremos a alguien a su apartamento.

—Se puede ahorrar la molestia. No está allí. Creo que sé muchísimo más acerca de él que usted.

—¿Qué sabe, señorita Herbert?

—Ya se lo dije. No está en su apartamento. Silver, mi detective, me telefoneó anoche para explicarme que había seguido a Benny. Parece que Benny aprovechó un descuido para salir. Y nadie le ha visto desde entonces. Silver dice que tiene algunas pistas, pero ya no confío en él.

Cuando Marita se marchó, los ojos de Jennings habían cobrado vida de nuevo.

De una forma u otra, Benny había logrado falsear el test VPC. No existía otra explicación, porque el Benny que Jennings conocía guardaba poca o ninguna semejanza con el Benny que encontró Marita Herbert.

En cierto modo, Benny había logrado algo extraordinario, ya que las tentativas de falsificación del test solían ser descubiertas al punto. Por otra parte, resultaba asombrosamente ambiguo. ¿Cómo era posible que una persona del talento poco común para engañar a los especialistas fuese tan idiota como para obtener una clasificación de 30? Si Benny deseaba simplemente ocultarse, pasar inadvertido, debería haber alcanzado 90 por lo menos, quizá 100. Ningún término medio llama la atención. En vez de eso, había obtenido por dos veces un coeficiente falso y que dejaría perplejo a todo el mundo.

Benny nunca dio la menor señal de inteligencia en presencia de Jennings, como debió hacerlo con Marita y posiblemente con Susan Sonnenburg. Sin embargo, nunca se mostró tan pobre de espíritu como para encajar en una clasificación de 30 VPC.

¿Por qué pretendería alguien hacerse pasar por deficiente mental cuando no era así? Jennings sólo pudo imaginar una respuesta.

La policía se mostró cortés, pero no impresionada. No obstante, el sargento Basch hizo una visita a Jennings. Era un joven brillante que no parecía tener intención de continuar siendo sargento durante mucho tiempo.

—¿Entonces, ese Rice ha desaparecido? —preguntó Basch.

—Anoche fue a su apartamento como de costumbre, pero no permaneció en él más de cinco minutos. Desde entonces nadie le ha visto.

—No conseguí entender por completo su explicación acerca de ese test, señor Jennings. ¿Por qué cree que Rice lo falseó?

—Al igual que todos los tests de personalidad —aseveró Jennings—, ese al que me refiero es empírico. Lo confrontamos constantemente con hechos, otros datos y otros resultados. Y según éstos, es modificado. El proceso ocupa mucho tiempo. Se puede también invertir el test. O sea, en vez de decir: «El VPC de este hombre es tanto, luego debe ser capaz de tal y tal cosa», podemos decir: «Este hombre hace tal y tal cosa, luego su VPC debe ser tanto». Benny Rice no es que haya estado dirigiendo precisamente Musicosmos, pero su trabajo habitual aquí requeriría al menos un coeficiente de 80.

—Y el test señaló 30.

—Exacto.

—¿Lo que quiere decir...?

—Que existe algo extraño en relación a ese test. No me refiero al test en sí mismo o a cómo se llevó a cabo, sino a la forma en que Benny lo hizo.

—Comprendo. ¿Así que usted cree...?

—Que tiene sus propias razones para hacerse pasar por un débil mental. La posibilidad más evidente es que cometiese algún crimen.

Basch meneó la cabeza.

—No existe ningún crimen sin resolver, señor Jennings. Y usted lo sabe. Estamos perfectamente informados acerca de todos los criminales.

—Sólo cuando ustedes establecen los crímenes como tales.

Basch fue muy preciso.

—Gracias a TVO, el crimen ha quedado exactamente casi paralizado —explicó—. Naturalmente, esto no incluye los crímenes pasionales o impulsivos. Pero los crímenes motivados por el interés, sí.

—Me temo que no ha comprendido el punto crucial de este asunto, sargento. Benny tiene más de cien años. Falseó el test de ayer, pero también el que efectuó hace setenta años.

—Debo ser un estúpido policía, porque aún no le entiendo.

—Si Benny tuvo que ocultarse hace setenta años, su crimen, sea cual fuere, debió cometerse antes.

Basch hizo chasquear sus dedos.

—Por supuesto. ¿Quiere dar a entender que fue antes de que se implantase la TVO?

—No exactamente, pero indudablemente antes de las normas actuales, por las que todos saben que el crimen no compensa y no intentan correr el riesgo.

Basch sonrió burlona y puerilmente.

—Si ese individuo ha logrado escapar de algo durante más de setenta años, le deseo buena suerte.

—No es eso lo que importa. ¿No le interesa descubrir la verdad? A mí, sí. Me resulta difícil comprender cómo Benny consiguió superar esos tests.

—Si me someto a un test y por algún motivo deseo una baja clasificación, ¿qué tengo que hacer? ¿Contestar la mayoría de las preguntas erróneamente?

—No. No se trata de un simple cuestionario sí-no. Las preguntas están encadenadas, y con frecuencia hay que considerar varias contestaciones a la vez para calificar. Esto pone de relieve las incoherencias y hace fracasar cualquier intento deliberado de falsificar.

—Sin embargo, acaba de decir que...

—Existe un sistema. Yo podría lograrlo, porque conozco el test y recuerdo las respuestas.

—¿Es eso posible?

—Sí. Se pueden recordar muchas contestaciones individuales, sin significado como conjunto. Pero lo importante es saber los tipos relacionados que se supone uno puede descubrir y, al contrario, los tipos que se suponen fuera del alcance del sujeto. El secreto reside en saber cuándo hay que contestar correctamente, cuándo dejar la respuesta en blanco y cuándo contestar cosas sin sentido.

—Esto requiere una inteligencia fuera de lo común, ¿no es cierto?

—Sí.

Hubo algo significativo en la mirada de Basch.

—¿Pretende decir que ese Rice es apto para Renacimiento y que, no obstante, pretende ser un deficiente mental?

—Exactamente.

Basch asumió un aire severo.

—Si está en lo cierto y hubo un crimen, este asunto parece bastante serio... Bien, pronto lo descubriremos.

—¿Cómo?

—Revisando la vida de Rice para ver si murió alguien relacionado con él. Luego hay que verificar todas las muertes una por una para asegurarnos de si fueron naturales o no.

—¿Es posible determinar ahora tal cosa?

—Naturalmente.

—¿Cómo?

—De mil maneras. Suponga que usted, aquí y ahora, me pega un tiro. Los materiales de esta habitación, cristal, metal, madera, plástico, vibrarían y registrarían el proyectil en su estructura molecular. Por un período de diez años puede

determinarse que se disparó un proyectil, y por un mes la fecha exacta. Del mismo modo, los gases se fijarían, hasta ser cubiertos por el polvo; cuando el lugar fuese limpiado, aún existirían estratos, exactamente igual que en las rocas, y un cuidadoso examen podría descubrir el depósito del gas. Podría, no puedo asegurarlo... Si yo cayera al suelo, también eso quedaría registrado... Por cada dato que necesitamos acerca del incidente a investigar, hallamos otros incidentes, otras ocasiones...

—¿Es decir, durante la investigación de un lugar descubren todo lo que alguna vez sucedió allí?

—Algo parecido. Hemos interpretar lo que encontramos, por supuestos.

—¿Van a investigar, entonces, sobre Benny?

—Bien, eso es lo que usted deseaba, ¿no es cierto?

Jennings no se sentía tan seguro ahora. No tenía nada en contra del viejo Benny y existía algo inhumano en un método capaz de descubrir todo lo ocurrido en una habitación años atrás, aun cuando todas las personas presentes alguna vez en ella estuviesen muertas...

Marita subió lentamente la escalera hasta su piso, preguntándose si no estaba haciendo una tontería. No había vuelto al Luna Azul desde la noche en que encontró a Benny. ¿Pero qué pretendía demostrar con ello?

De haber sido desafortunada como buscona, resultaba fácil la decisión de abandonar su oficio. Pero Marita vivía mucho mejor de lo que hubiera conseguido con otra profesión, por lo que adoptar una línea de conducta para el futuro no le era tan fácil.

En la puerta encontró una nota de la señora Gersteiner: «Un hombre llamado J. S. ha telefoneado dos veces».

J. S. era John Silver, el detective que Marita había contratado para encontrar a Benny Rice. Quizá tenía algo que informar. Pero ahora no estaba tan segura de querer encontrar a Benny Rice.

Penetró en el cuarto de baño e hizo girar el grifo. Mientras se desnudaba, luchó contra el impulso de llamar a Silver.

Se enjabonó voluptuosamente en la bañera. Y de súbito comprendió que se sentía más limpia a como nunca lo había hecho durante años.

Al darse cuenta una vez más de lo que Benny significaba para ella, saltó fuera del baño, salpicando de agua todos los rincones, y corrió hacia el teléfono.

El brillante teléfono de color crema resbalaba en sus jabonosas manos, pero consiguió ponerse en comunicación con Silver.

—¿La señorita Herbert? Conseguí noticias para usted. Iré inmediatamente.

—¿No puede informarme ahora?

—Eso depende. ¿Desea que se lo diga por teléfono?

Ella dudó.

—No. Venga aquí.

Dejó el auricular en su soporte. Volvió al cuarto de baño, se duchó y se secó.

Cuando oyó el zumbador, ni siquiera había empezado a vestirse. Silver debía ser el detective más rápido del mundo. Deslizó un vestido sobre sus hombros y empujó sus pies dentro de unas babuchas.

Al entrar, Silver la miró de arriba abajo apreciativamente.

—Me gusta este trabajo —afirmó.

—Desembuche —pidió Marita brevemente.

Mientras sus ojos se recreaban en su figura, Silver habló distraídamente, pero de forma muy precisa.

—Rice había tomado una decisión cuando fue a su apartamento. Para desembarazarse de mí o de quien fuera, tendría que irse rápido y lejos. Por eso supongo que se dirigió directamente al aeropuerto para tomar el primer avión.

—Benny no actuaría de forma tan inocente.

—¿De verdad que no? Señorita, hay veces en que la sutileza termina por echarnos una soga alrededor del cuello. La única defensa contra TVO es no estar en derredor cuando los policías empiezan a rastrear.

—La policía no interviene en esto.

—¿No? Me parece que ese individuo actúa como si lo estuviera. Si no, ¿por qué huye de esa manera?

—¿Tenía realmente algo que decirme? —inquirió Marita.

—Claro. Tomó el primer avión. Florida, primera parada, Washington. Supuse que tomaría un barco en Washington y quedaría inscrito en el registro. Lo hizo. Luego tomó otro avión hacia..., espere..., Florida.

—¿Qué?

—No es ningún tonto. Si usted toma un avión para Florida y luego un barco, el último sitio a que cualquiera supondrá que va usted es Florida. Sólo que cuando te están siguiendo los pasos, este truco no me parece bueno.

—¿Entonces, Benny Rice está en Florida?

—Exactamente en las afueras de Miami. Sé el lugar, pero no he mandado a nadie para vigilarle.

—¿Por qué?

—No se dirige a ninguna parte. O le han seguido hasta Miami, en cuyo caso se le localizará desde allí, o no le han seguido, en cuyo caso no sería tan loco como para irse.

La agresiva seguridad de Silver irritaba a Marita. Hablaba y se desenvolvía como si fuera confidente personal de Dios. No obstante, tenía que seguir preguntando.

—¿Por qué?

—Cuando la policía busca a alguien, se controlan los transportes. Aeródromos, puertos, autobuses y estaciones de ferrocarril. El que continúa huyendo cae atrapado fatalmente. Si es listo, buscará un agujero y se esconderá allí.

—Suponga que Benny Rice le toma la delantera...

—Entonces no está en Miami. Diga, señorita, ¿qué representa ese viejo para usted?

Se había aproximado a ella como para dar énfasis a sus palabras. Con aparente lentitud, sus manos se posaron en el talle de la muchacha.

Marita se agitó con impaciencia, sin conseguir romper la presa.

—Fuera —dijo fríamente—. Compórtese bien o váyase.

—¿A quién trata de engañar, señorita? ¿Cree que trabajo para cualquier persona sin informarme previamente?

—Le contraté para hacer un trabajo. Fuera de eso, por lo que a mí respecta es como si usted no existiese.

—Podría cobrar vida...

Marita se desasíó y con el mismo movimiento empuñó una pequeña arma oculta en un cajón en la mesa.

—Fuera —dijo. No había demostrado temor, ni interés, ni disgusto.

Silver pudo aún sonreír burlonamente.

—Me debe mucho dinero. No tendría que pagarlo.

—Prefiero hacerlo.

La sonrisa se marchitó.

—Muy bien. ¿Pero qué hay de malo en mí? ¿Estoy perdiendo mi fatal fascinación?

—No lo sé. Jamás le vi ninguna.

La sorpresa y la incredulidad aparecieron en sus ojos.

—Está enamorada del viejo —murmuró—. Bien, qué le vamos a hacer.

—¿Cuál es la dirección? —preguntó Marita.

Marita le hizo señas de nuevo y se dirigió a su encuentro. Su bañador plateado brilló en el sol del atardecer.

Benny la observó con serena felicidad. A su edad difícilmente podía ser un amante ardoroso. Podía complacerse en la perfección de sus formas, pero hallaría la misma satisfacción en su belleza si hubiese sido la esposa o amante de otro hombre.

El agua brilló sobre su dorada piel mientras se dejaba caer sobre la arena junto a él.

—¿Por qué no nadas, Benny?

—Creo que me han descubierto —murmuró.

Marita le abrazó como si su propia determinación bastara para protegerle del resto

del mundo.

—Jamás nos encontrarán —afirmó.

—Al contrario —corrigió Benny, suavemente—, están seguros de encontrarme mientras permanezcas conmigo, Marita. Si realmente deseas ayudarme, por favor, déjame.

—No, jamás.

Benny suspiró. La certeza de la derrota estaba en él, porque de lo contrario habría intentado algo.

—Marita —dijo con suavidad y cariño—. Sabes que no te amo.

—No —repuso amargamente—. Eres el único hombre que siempre deseé que me amase así, pero no has querido.

—Eres demasiado joven para pensar de ese modo, Marita. Tengo cuatro veces tu edad, y pienso mucho más en el mundo que tú.

—Benny, ¿por qué no me lo cuentas todo? ¿No puedo ayudarte? ¿No puedo hacer algo?

—Sí. Puedes ir a casa. Tal vez entonces tendré una oportunidad.

—¿Por qué hablas así? ¿Qué mal estoy haciendo?

—Ese detective sabía que yo estaba en Miami. Cuando empiecen a buscarme, le encontrarán. Descubrirán que has ido a Miami. Te buscarán a ti y me encontrarán a mí.

—Pero ya no estamos en Miami.

—Estamos todavía tan cerca que si empiezan a indagar en Miami y se proponen encontrarnos, lo harán. Y si tomamos un avión, barco, autobús o tren, nos descubrirían igualmente.

—Benny, ¿qué hiciste? ¿Qué sucederá si te atrapan?

—La muerte —respondió simplemente.

Ella contuvo su respiración. Quiso llorar, pero había transcurrido tanto tiempo desde que lo hizo por última vez que no supo hacerlo.

—Todavía amo la vida —dijo él—. Soy viejo, pero me conservo sano. Si me dejan en paz, podría vivir otros veinte años. Quizá treinta. Incluso más que toda tu vida, Marita, si me dejan. Sin embargo, debo estar haciéndome viejo, viejo en espíritu, porque en otro caso lucharía. Te abandonaría para ocultarme en otra parte.

—¿No lo harás? —dijo ella vivamente—. ¿Me prometes que no lo harás?

Él meneó la cabeza.

—No te lo prometeré, Marita. Debería continuar luchando. Si logro reunir el valor moral que me resta, lo haré. Todavía puedo vencerles...

Una mano cayó sobre su hombro. A través del grito de Marita se oyó una voz:

—Benjamín Rice, le acuso del asesinato de Ralph Charles Coleman.

Benny levantó la vista y sonrió.

—Permítame decirle, señor Rice —continuó el abogado, fríamente—, que esa actitud no soluciona nada. He sido contratado para defenderle. Le haré lo mejor que pueda, pese a los insultos que usted lance sobre mí.

—Confío en que lo hará —dijo Benny—, ya que está dispuesto a aceptar en pago de sus servicios el dinero de una prostituta.

Kensel respiró profundamente.

—Considerando lo que la señorita Herbert ha hecho por usted —dijo—, esa observación revela una completa bajeza moral.

—Revela la verdad.

Kensel tragó saliva.

—Rice, ¿no comprende que esa muchacha..., esa muchacha le *ama*...? —había conseguido decirlo, aunque el esfuerzo hizo que su rostro enrojeciese.

—Creo que no me permitirán olvidarlo —repuso Benny.

Ahora volvía a luchar. Era demasiado tarde para huir y no le quedaba otra arma que su inteligencia. Ante todo, debía intentar desembarazarse de ese hombre.

—Marita Herbert es una de las mujeres más admirables que he conocido —continuó Kensel—. No alcanzo a comprender cómo ha podido engañarse con un hombre como usted. No obstante, ya que ella muestra tales sentimientos, estoy dispuesto a intentar creer que existe algo bueno en usted.

—Eso está bien por su parte —dijo Benny—. No le necesito, Kensel. Voy a declararme culpable.

—No le está permitido hacerlo.

—Entonces, dirigiré mi propia defensa.

—Ése es su privilegio.

—¿Por qué no se va?

—Ya que la señorita Herbert lo desea, intentaré defenderle lo mejor que pueda. Espero que vaya a la cámara de gas, pero procuraré que no sea así.

Ése era también su propósito. Benny permaneció callado, proyectando un nuevo plan de acción. El que intentó no dio resultado. Marita había hecho una gran labor con Kensel. No le había ganado al bando de Benny, pero le había logrado para el suyo.

—Ya que me han animado a hablar claramente —dijo el abogado, cuyas sonrojadas mejillas enrojecían aún más—, puedo decir otra cosa. Su crimen al asesinar a un hombre como Ralph Charles Coleman hace veinte años, pues no me cabe ninguna duda de que usted lo hizo, es tan particularmente brutal que desearía castigarle yo mismo. Fue usted perfectamente consciente de lo que hacía. Por tres mil dólares silenció usted una de las más grandes voces de este siglo.

—Era un viejo pelmazo —dijo Benny reflexivamente.

—La mayor autoridad en malaria que ha existido... El hombre que más hizo por la conservación de la vida de todos...

—Jamás probarán mi culpabilidad, y usted lo sabe —cortó Benny.

—Por el contrario, existe más de una probabilidad en contra suya. Aunque entonces la policía quedó completamente convencida que Coleman se suicidó. Un reciente examen de la habitación demuestra con toda claridad que fue alcanzado por un disparo cuando yacía inmóvil en el suelo. No cabe la menor duda y usted no puede dar una explicación.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Porque en caso contrario será declarado culpable. ¿Cómo puede suicidarse un hombre si cae primero y recibe el disparo luego?

Benny se encogió de hombros.

—Se levantó, se pegó un tiro y cayó al suelo otra vez.

—No. La evidencia que proporciona el estudio de Coleman, no considerada desde entonces, es absoluta. Sólo hubo una caída. Y después un disparo. Recibió el disparo mientras estaba inmóvil. No pudo hacerlo por sí mismo.

«Desde luego que no —pensó Benny—. No lo hizo. Fui yo. Es extraño que no hayan descubierto muchas otras cosas raras y significativas que sucedieron aquel día, hace veinte años, y que, en cambio, estén tan seguros de esta.»

Los métodos de la policía no serían tan eficaces después de todo. Veinte años atrás, la policía creyó una mentira. Ahora creía otra. En los próximos veinte años, tal vez descubriría la verdad.

El carcelero habló desde la puerta de la celda:

—La señorita Herbert desea verle, Rice.

—Puede irse —indicó Benny al abogado.

No tenía corazón para mostrarse cruel con Marita. Si Kensel les veía juntos, Benny corría el riesgo que lo comprendiese todo.

—Ella desea que permanezca aquí. Quiere hablarle en mi presencia.

Marita entró como un rayo de sol. Algo se derrumbó en Benny. Conforme. De cualquier modo, no iba a lograr nada con desembarazarse de Kensel.

Benny tomó las manos de la muchacha y sonrió. A su espalda, Kensel se asombró ante su repentino cambio de actitud.

—Tres cuartas parte de la Prensa están a nuestro lado —explicó Marita ansiosamente—. Dicen que tienes más de cien años y eres inocente. No existe ninguna prueba de que cometieses un crimen en los últimos veinte años. Dicen... Benny, todavía no puedo creerlo. No creo que nunca matases a nadie. No podrías hacerlo.

—Sin embargo, lo hice —repuso Benny con dulzura—. Marita, estoy contento porque estés aquí. He intentado irritar a Kensel para que abandonara el caso, pero no

lo hará. Por lo tanto, intentemos otra cosa. Marita, tú deseas lo que yo deseo, ¿no es cierto?

—Sí.

—Mi deseo es morir.

—¡No! —murmuró Marita, mientras Kensel observaba atónito la transformación del viejo. Era afable y bondadoso con Marita.

—No puedes —repitió Marita con más convicción—. No puedes. Amas la vida. Todavía amas la vida.

—Sí —admitió Benny—, con tal de que se me permita vivirla a mi manera, en libertad. Marita, sabes que no me absolverán. En cuanto la policía empezó a remover la historia de Benny Rice, estuve perdido. Me siguieron los pasos hasta la época en que me convertí en sirviente de Coleman y, naturalmente, eso les bastó para abrir otra vez la investigación sobre su suicidio. Por un tiempo pude orientar las pesquisas a fin de que las conclusiones oficiales fuesen las que me interesaban. Pero poco puede hacerse cuando la policía tiene la posibilidad de volver al escenario del crimen y, a través de las vibraciones amortiguadas por la madera, el metal y las materias textiles, reconstruir lo que ocurrió hace veinte años.

—Una parte de lo que ocurrió —corrigió Kensel.

Había un tono tal en sus palabras que Marita le miró fijamente, confundida, mientras que Benny experimentaba un súbito presentimiento.

—He sido un estúpido por no haberlo comprendido antes —dijo el abogado—. Usted es Coleman, por supuesto.

Benny había adivinado lo que iba a ocurrir y decidió no negarlo.

—Sí. ¿Comprende ahora por qué deseo morir? Soy Coleman. Un gran hombre, como dijo Kensel. Sin embargo, es exactamente igual que un viejo deficiente como Benny Rice matase a Coleman o viceversa. En ambos casos se trata de un crimen, un homicidio. He vivido veinte años como Benny Rice, y lo haría otros veinte. Si tengo que morir, o lo que es peor, ir a la cárcel, prefiero seguir siendo Benny Rice.

Marita frunció el ceño.

—Benny Rice o Coleman, no me importa quién seas.

—Ya lo sé que no, Marita. Pero sí me importa a mí. Kensel, ¿me conseguirá ahora la pena de muerte?

—Lo que me agradaría es conseguirle Renacimiento —dijo, sosegadamente, Kensel.

Marita saltó convulsivamente.

Benny rió.

—No, gracias. Para ella tendría que demostrar primero que no hubo ningún asesinato hace veinte años. Luego que yo soy Coleman y no Rice. Después que...

—Espere un momento —repuso Kensel vivamente—. Se me ocurre algo. Si

logramos demostrar que usted es Coleman, el motivo del asesinato desaparece. No iba a matar a Rice por tres mil dólares que eran suyos, una pequeña fracción de su cuenta bancaria. Hay que demostrar que es usted Coleman.

—Al contrario —musitó Benny—, tengo que permanecer como Benny Rice. El cargo contra él no pasa de ser un crimen simple y brutal. Los cargos contra Coleman, contra mí, serían muchos: inventar un complicado plan, escribir cartas y hacer llamadas telefónicas para falsificar todos los informes relativos a mí, con el objeto que tomasen el cuerpo muerto de Rice por el mío. Como era de mi misma edad, como fue empleado semanas antes, como nuestros rostros fueron intercambiados, es fácil demostrar la premeditación con que fue asesinado un pobre viejo inútil, a fin que yo pudiese desaparecer.

Marita se sintió confusa y desgraciada. En cierto modo, acababa de perder a Benny. Habían vivido una extraña intriga amorosa, desigual, pero hasta cierto punto equilibrada. No sucedía así con Ralph Charles Coleman.

Kensel también parecía disgustado.

—Entonces, ¿por qué lo hizo? —preguntó.

Benny meditó.

—Digamos que por una nimiedad —dijo.

Kensel comprendió que estaba mintiendo y que jamás se lo revelaría a nadie.

Pero Kensel se equivocó. Llegó un momento en el juicio en que fue considerada la posibilidad que el acusado fuese Coleman y no Benny Rice. Pareció incluso que el veredicto sería de prisión perpetua en vez de muerte.

Por fin, el juez preguntó a Benny si tenía algo que alegar antes de que se dictase sentencia.

El veredicto fue de culpabilidad. Esto implicaba la alternativa del encarcelamiento o la muerte.

—Sí —exclamó Benny—. Sí, tengo algo que alegar.

Hubo un murmullo en la sala. Durante todo el juicio se había mostrado tan expresivo como se podría esperar de un hombre con su clasificación VPC. Su voz era ahora fuerte y clara, signo de un inesperado rejuvenecimiento.

—Se ha mencionado la posibilidad que yo fuera Coleman y no Rice —afirmó—. Pero tal suposición parecía manifiestamente ridícula. ¿Continúa siéndolo ahora?

El murmullo en la sala aumentó clamorosamente. Todos conocían el C.I. y el VPC de Rice. El hombre que hablaba no era Benny Rice.

—Voy a explicarles —continuó Ralph Charles Coleman—, por qué maté a Benny Rice.

»No deseaba el Renacimiento.

»Quería vivir mi vida por completo y morir cuando estuviese acabada. Cuando un

hombre se dirige a Renacimiento, ¿sobrevive? No. No recuerda nada de su vida anterior, de su propia historia personal. Se convierte en otra persona.

»No me interesaba convertirme en otra persona. Quería vivir mi muerte. Hay muchas personas que sienten como yo, pero se callan por la vanidad de ser consideradas dignas de Renacimiento, por el temor a la noche eterna. Pero ese proceso no es más que un aplazamiento. Aun cuando no recuerden nada de lo que fueron, esto no significa el fin, al menos todavía. Entregan sus vidas a los setenta años, a los ochenta, en vez de arriesgarse a morir en cualquier momento en el caso que decidan intentar vivir más tiempo.

»A los ochenta años sufrí crecientes instancias para someterme a Renacimiento. Lo que deseaba eran los veinte años que he vivido desde entonces, los veinte o treinta años más que podría vivir. Pero Ralph Charles Coleman no tenía elección. Era demasiado importante, demasiado valioso. El mundo no podía arriesgarse a perder su valioso cerebro. Las instancias se aproximaban a un punto en que se convertían en coacción.

»Tenía que escapar. Era egoísta. No me importaba el valor que representase para el mundo Ralph Charles Coleman. Me interesaba mi propio valor. Quería seguir siendo yo mismo.

»Y el único medio para lograrlo era dejar de ser yo mismo.

»Como convendrán, mis planes surtieron efecto. Si nadie se hubiera preocupado por el pobre, inocente y viejo Benny Rice, el éxito habría sido total. Como no poseía ninguna aptitud natural para la música, logré un empleo en Musicosmos como vigilante. Mi carencia de talento garantizaba mi seguridad. Pero, por desgracia, agradé a una mujer, y otra se enamoró de mí. De esta forma se ha descubierto que el hombre que murió veinte años atrás no era el mismo que hizo el disparo.

Miró directamente al juez. Se hizo un completo silencio en la sala.

Fue en aquel momento culminante cuando revivió en su mente todo lo ocurrido.

El viejo Benny estaba muerto y había disparado sobre él. Pero no le mató. Sólo después que Benny muriese de un ataque, el brillante Ralph Charles Coleman concibió su intrincado plan para hurtar su propia vida al Instituto de Renacimiento, la única clave del caso que había sido descubierta era que la caída precedió al disparo.

Coleman podía ser absuelto. Aun ahora existía la posibilidad. Si conseguía una investigación más completa, sin detenerse en buscar la evidencia del hecho que un suicidio era un asesinato. Se descubriría que nunca pasó nada y que un hombre muerto había recibido un disparo.

Pero eso no significaría la absolución, sino Renacimiento para Coleman.

—He hecho esta declaración —concluyó— porque la cárcel sería peor para mí que Renacimiento. Sin embargo, debo sufrir prisión, Renacimiento o muerte. La sociedad no me permitirá ser libre, vivir mi propia muerte. Maté a un hombre para

escapar de Renacimiento, del que ese crimen todavía me mantiene a salvo. No queda, entonces, más alternativa que prisión o muerte. ¿Puedo pedir clemencia? ¿Puedo pedir la muerte?

Hubo silencio durante mucho tiempo. Y luego el juez accedió a su deseo.

El revuelo causado por el caso no duró más que nueve días. Después de la ejecución, el dilema legal de si Coleman podía ser declarado culpable del asesinato de Rice, tras serlo, como Rice, del asesinato de Coleman, se hizo académico.

Se decidió que el veredicto fue erróneo.

Luego, todo el mundo prefirió olvidar el asunto.

Con gran sorpresa general, incluyendo a los interesados, Marita se casó al cabo de tres semanas con Kensel. Resultaba un poco viejo para ella; sin embargo, era sesenta años más joven que Benny.

En efecto, todos pensaban en él como Benny. Uno de los motivos por los que el tumulto se extinguió tan pronto fue el desagradable sabor que dejó tras de sí el caso. Algunos opinaban que incluso un hombre como Ralph Charles Coleman tenía derecho a vivir su propia vida si lo deseaba, a no ser sometido a Renacimiento. Otros pensaban que un hombre no debería verse obligado a matar para eludir Renacimiento. Casi todos, simpatizantes o no, sentían que lo sucedido socavaba el nombre y la fama de un gran hombre.

Era mucho mejor pensar en él como Benny Rice.

En el Instituto de Renacimiento el doctor Martin miró al muchacho dormido y recordó con admiración al vacilante viejo que tan astutamente le había engañado. Debió ser un excelente actor.

Betty Rogers se le acercó.

—Es nuevo, ¿verdad? —dijo. Ahora ya podía hablar. Empezaba a preocuparse de su aspecto personal y un vestido de nylon blanco la hacía muy atractiva.

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Dick Herman.

«O Benny Rice, o Ralph Charles Coleman —pensó Martin—. Pobre viejo. No deseaba someterse a Renacimiento, pero, finalmente, no pudo evitarlo.»

—¿Por qué ha dormido mucho más que los otros?

—No teníamos la seguridad de que se le permitiera quedarse. Comprenda, Betty, le necesitábamos aquí, como les necesitamos a todos ustedes. Pero si una persona ha hecho ciertas cosas, no pueden estar aquí. Dick ha venido porque lo deseábamos y porque después de todo, alguien pensó que un muchacho tan agradable no pudo haber

hecho realmente lo que se le imputaba.

Fue la suya una explicación muy sutil de cómo el viejo, inconsciente, pero aún con vida, fue sacado de la cámara de gas y sometido a Renacimiento.

—¿Cómo pudieron pensar que había hecho algo si no fue así? —preguntó Betty.

Las preguntas de una niña renacida resultaban tan difíciles de contestar como las de una niña común. Pero Martin aceptó el reto.

—Pretendía que todo el mundo pensara eso, porque no deseaba quedarse aquí.

Martin se preguntó osadamente si los poderes ejecutivos habían decidido que no hubo asesinato simplemente porque no podía permitirse que un hombre como Coleman fuese a la cámara de gas sólo por liberar de sus miserias a un ser como Benny Rice. Pero tales pensamientos eran peligrosos.

—¿Por qué no deseaba quedarse aquí? —preguntó Betty.

—No sabía cómo era esto —contestó Martin pacientemente—, en otro caso no le habría importado.

—¿Cómo lo sabe? ¿Es que yo tampoco quise quedarme aquí?

—No, en absoluto. Mire, Dick está despertándose.

Betty se inclinó sobre él como una madre.

—Te gustará estar aquí, Dick —dijo con dulzura.

Martin apostó en voz baja a que le agradecería. Dentro de uno o dos años no le importaría casarse con Betty Rogers.

Pero el Instituto de Renacimiento no era una agencia matrimonial.

Gracias al Instituto de Renacimiento, por supuesto.

—No puedes hablar todavía —dijo Betty—, pero nosotros te enseñaremos. Doctor Martin, mire qué sonrisa tan agradable. Creo que va a gustarme.

Notas

[1] *En francés en el original.* <<

[2] *Poeta inglés.* <<

[3] *Importante sala de conciertos de Londres.* <<

[4] *Diario Oficial de Actas de las Sesiones del Parlamento inglés.* <<

[5] *En español en el original.* <<

[6] *En Astronomía, Nova indica la extinción de un cuerpo celeste después de un período de superactividad. (N. del T.) <<*

[7] *En castellano en el original.* <<

[8] *En castellano en el original.* <<

[9] *Very Important Person* - Persona Muy Importante (N. del T.) <<